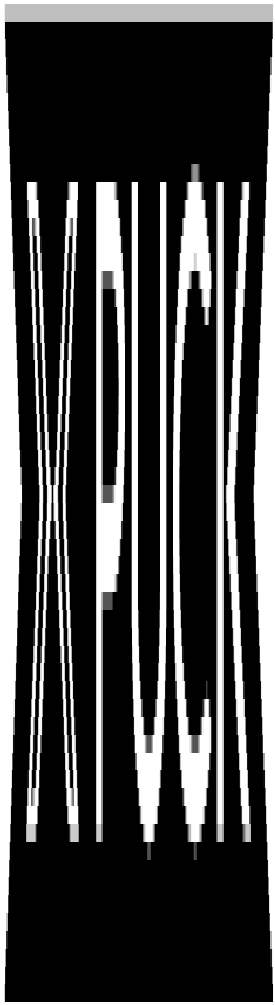
El amor nunca muere.
UN VELO ESCARLATA
SHELBY MAHURIN
AUTORA BEST SELLER INTERNACIONAL DE ASESINO de BRUJAS

UN VELO ESCARLATA

SHELBY MAHURIN

Traducción de Estíbaliz Montero Iniesta



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Scarlet Veil*
Editor original: HarperTeen, un sello de HarperCollins*Publishers*
Traductora: Estíbaliz Montero Iniesta

1.ª edición: noviembre 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2023 *by* Shelby Mahurin
All Rights Reserved
© de la traducción 2023 *by* Estíbaliz Montero Iniesta
© 2023 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's books,
una división de HarperCollins*Publishers*.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19699-66-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Wren, *mi dulce pajarillo.*

PARTE 1

Mieux vaut prevenir que guérir.
Más vale prevenir que curar.

Prólogo

El olor de los recuerdos es algo curioso. Se necesita muy poco para enviarnos atrás en el tiempo: un rastro del aceite de lavanda de mi madre, un toque del humo de la pipa de mi padre. Ambas cosas me traen recuerdos de la infancia a su propia y extraña manera. Mi madre se aplicaba el aceite todas las mañanas mientras contemplaba su reflejo y contaba las nuevas líneas de su rostro. Mi padre fumaba en pipa cuando recibía invitados. Creo que sus ojos huecos y sus manos rápidas lo espantaban. Desde luego, a mí me asustaban.

Pero la cera de abejas… La cera de abejas siempre me recordará a mi hermana.

Cada noche, con la puntualidad de un reloj, cuando nuestra niñera Evangeline encendía las velas, Filippa buscaba su cepillo de plata. Al prender, las mechas inundaban el cuarto infantil con un suave aroma a miel. Mientras Filippa me deshacía la trenza, mientras pasaba las cerdas de jabalí por mi melena. Mientras Evangeline se acomodaba en su sillón favorito de terciopelo rosa y nos observaba con calidez, entornando los ojos en la neblinosa luz púrpura del anochecer.

El viento, fresco en aquella noche de octubre, susurraba en los aleros, vacilante, demorándose ante la promesa de una historia.

—*Mes choux* —murmuró mientras se agachaba para hacerse con sus agujas de tejer, guardadas en el cesto que esperaba junto a su silla. El sabueso de la familia, Birdie, se hallaba acurrucado en una enorme bola frente a la chimenea—. ¿Os he contado la historia de *Les Éternels*?

Como siempre, Pip fue la primera en hablar, inclinándose sobre mi hombro para fruncirle el ceño a Evangeline. Suspicaz e intrigada a partes iguales.

—¿Los Eternos?

—Sí, querida.

La expectación revoloteó en mi estómago cuando miré a Pip, nuestros rostros a meros centímetros de distancia. En sus mejillas todavía brillaban unas motas doradas tras nuestra lección de retratismo de aquella tarde. Parecía que tuviera pecas.

—¿Nos la ha contado? —Mi voz carecía de la elegancia lírica de la de Evangeline, de la firme determinación de la de Filippa—. Creo que no.

—No hay duda de que no lo ha hecho —confirmó Pip, mortalmente seria, antes de girarse hacia ella—. Nos gustaría escucharla, por favor.

La niñera enarcó una ceja ante su tono imperioso.

—¿De veras?

—¡Ay, por favor, Evangeline, cuéntanosla! —Olvidando por completo mi compostura, me incorporé de un salto sobre mis pantuflas y junté las manos. Pip, que tenía doce años en comparación con mis insignificantes seis, me agarró a toda prisa del camisón y tiró de mí para que volviera a sentarme. Sus pequeñas manos aterrizaron en mis hombros.

—Las damas no gritan, Célie. ¿Qué diría *père*?

El calor me inundó las mejillas cuando crucé las manos sobre el regazo, inmediatamente contrita.

—*No basta con ser bonita, hay que actuar como tal*.

—Exacto. —Volvió a concentrarse en nuestra niñera, cuyos labios temblaban por el esfuerzo de contener una sonrisa—. Por favor, Evangeline, cuéntanos la historia. Prometemos no interrumpir.

—Muy bien. —Con la facilidad que proporciona la práctica, Evangeline deslizó sus ágiles dedos por las agujas mientras tejía una hermosa bufanda de lana del color de los pétalos de rosa. Mi color favorito. La bufanda de Pip, de un blanco deslumbrante, como la nieve recién caída, ya descansaba en el cesto—. Aunque todavía tienes pintura en la cara, querida. Sé buena y lávate para mí, ¿quieres? —Esperó hasta que Pippa terminó de frotarse las mejillas antes de continuar—. De acuerdo. *Les Éternels*. Nacen en el suelo, fríos como el hueso e igual de fuertes, sin corazón ni alma ni mente. Solo impulsividad. Solo *lujuria*. —Pronunció esa última palabra con un deleite inesperado—. El primero llegó a nuestro reino desde una tierra lejana. Vivía en las sombras y propagaba su enfermedad entre la gente de aquí, infectándola con su magia.

Pip volvió a cepillarme el pelo.

—¿Qué tipo de magia?

Yo ladeé la cabeza y arrugué la nariz.

—¿Qué significa *lujuria*?

Evangeline fingió no haberme oído.

—El peor tipo de magia, queridas. El *peor* de todos. —El viento sacudía las ventanas, ansioso por escuchar la historia, cuando nuestra niñera hizo una pausa dramática, excepto que Birdie soltó un ladrido cantarín en ese preciso instante, arruinando así el efecto. Evangeline le lanzó al sabueso una mirada exasperada—. Del tipo que requiere sangre. Que requiere *muerte*.

Pippa y yo intercambiamos una mirada disimulada.

—*Dames rouges* —escuché que me susurraba al oído, de forma casi imperceptible—. Las damas rojas.

Nuestro padre las había mencionado una vez, a las más extrañas y raras de todos los ocultistas que plagaban Belterra. Él creyó que no lo habíamos oído hablar con aquel hombre tan extraño en su despacho, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Qué andáis susurrando? —preguntó Evangeline con brusquedad, apuntándonos con sus agujas—. Ya sabéis que los secretos son una grosería.

Pip levantó la barbilla. Había olvidado que las damas tampoco fruncen el ceño.

—Nada, Evangeline.

—Sí —repetí al instante—. Nada, Evangeline.

Ella entrecerró los ojos.

—Sois muy valientes, ¿no? Bueno, debería deciros que a *Les Éternels* les encantan las chicas

intrépidas como vosotras. Les parecéis las más dulces.

La euforia que anidaba en mi pecho se retorció ligeramente ante sus palabras, y se me erizó el vello de la nuca cuando mi hermana me pasó el cepillo.

Me deslicé hasta el borde de mi asiento, con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

—Por supuesto que no. —Pip dejó caer su cepillo en el *armoire* con más fuerza de la necesaria. Con la más severa de las expresiones, me hizo girar la barbilla para mirarla—. No le hagas caso, Célie. Está *mintiendo*.

—Por supuesto que no. —negó Evangeline categóricamente—. Os diré lo mismo que me dijo mi madre a mí: *Les Éternels* acechan las calles a la luz de la luna, dando caza a los débiles y seduciendo a los inmorales. Por eso siempre dormimos al anochecer, queridas, y por eso siempre rezamos. —Cuando prosiguió, alzó su lírica voz en una cadencia tan familiar como la canción infantil que tarareaba cada noche. Sus agujas hacían clic, clic, clic, clic en el silencio de la habitación, e incluso el viento se quedó quieto para prestar atención—. Llevad siempre una cruz de plata y salid siempre acompañadas. Con agua bendita en el cuello y suelo consagrado a vuestros pies. En caso de duda, encended una cerilla y quemadlos con su calor.

Me senté un poco más recta. Me temblaban las manos.

—Yo siempre rezo mis plegarias, Evangeline, pero en la cena me he bebido toda la leche de Filippa cuando ella no miraba. ¿Crees que eso hará que me consideren más dulce? ¿La gente mala querrá comerme?

—Eso es ridículo. —Con un resoplido burlón, Pippa hundió los dedos en mi pelo para volver a trenzármelo. Aunque era evidente que se sentía exasperada, su toque siguió siendo dulce. Ató mis mechones negros como un cuervo con un bonito lazo rosa y me los pasó por encima del hombro—. Como si yo fuera a dejar que te sucediera algo, Célie.

Al oír sus palabras, el calor se expandió por mi pecho, una convicción centelleante. Porque Filippa nunca mentía. Nunca robaba golosinas ni gastaba bromas ni decía cosas que no considerara ciertas. Nunca me quitaba la leche.

Nunca dejaría que me pasara nada.

En el exterior, el viento aulló durante otro instante —arañando los cristales de nuevo, impaciente por escuchar el resto de la historia—, antes de marcharse, insatisfecho. El sol desapareció por completo del horizonte al mismo tiempo que la luna de otoño se alzaba sobre nuestras cabezas. Unas finas hebras de luz plateada bañaron la habitación. Las velas de cera de abeja parecieron vacilar en respuesta, alargando las sombras entre nosotras, y le apreté la mano a mi hermana en la repentina penumbra.

—Siento haberte robado la leche —susurré.

Ella me dio un apretón en los dedos.

—De todos modos, nunca me ha gustado la leche.

Evangeline nos estudió durante un largo instante antes de levantarse para devolver las agujas y la lana al cesto con una expresión inescrutable. Le dio unas palmaditas a Birdie en la cabeza antes de apagar las velas sobre la repisa de la chimenea.

—Ambas sois buenas hermanas. Leales y amables. —Cruzó el cuarto y nos besó en la frente antes de ayudarnos a meternos en la cama y acercar la última vela a nuestros ojos. En los de ella

brillaba una emoción que no comprendí—. Prometedme que os aferrareis la una a la otra.

Cuando asentimos, apagó la vela y se dispuso a irse.

Pip me rodeó los hombros con un brazo y me acercó para que me acurrucara en su almohada. Olía a ella, a miel de verano. A sermones, a manos suaves, a ceños fruncidos y a bufandas blancas como la nieve.

—Nunca dejaré que las brujas te atrapen —dijo en tono feroz contra mi pelo—. Nunca.

—Y yo nunca dejaré que te atrapen *a ti*.

Evangeline se detuvo en la puerta de la habitación y nos miró con el ceño fruncido. Ladeó la cabeza con curiosidad cuando la luna se deslizó detrás de una nube y nos sumergió en la oscuridad total. Cuando una rama arañó nuestra ventana, me puse tensa, pero Filippa me rodeó con firmeza con su otro brazo.

En aquel entonces, ella no lo sabía.

Yo tampoco.

—Niñas tontas —susurró Evangeline—. ¿Quién ha dicho nada sobre brujas?

Y se fue.

CAPÍTULO 1

Jaulas vacías

Atraparé a esa repugnante criaturilla aunque muera en el intento.

Me soplo un mechón suelto que me cae sobre la frente, vuelvo a agacharme y reajusto el mecanismo de la trampa. Ayer hicieron falta *horas* para hacer caer el sauce, para cepillar las ramas, pintar la madera y montar las jaulas. Para recoger el vino. Fueron necesarias *más* horas para leer hasta el último volumen de la Torre de los *chasseurs* sobre *lutins*. Los duendes prefieren la savia de sauce a otras variedades —por su dulce aroma— y, a pesar de su tosca apariencia, saben apreciar las cosas buenas de la vida.

De ahí las jaulas pintadas y las botellas de vino.

Cuando esta mañana he atado mi caballo a un carro y lo he cargado hasta arriba de ambas cosas, Jean Luc me ha mirado como si hubiera perdido la cabeza.

Puede que *sí* haya perdido la cabeza.

Lo que sé a ciencia cierta es que imaginaba que la vida de un cazador —de una cazador*a*— consistiría en algo más significativo que agazaparse en una zanja fangosa, sudando dentro de un uniforme mal ajustado, y atraer a un duende cascarrabias con alcohol para que se alejara de un campo.

Por desgracia, calculé mal las medidas, y las botellas de vino no *cabían* dentro de las jaulas pintadas, lo que me ha obligado a desmontarlas todas una vez en la granja. Las risas de los *chasseurs* todavía resuenan en mis oídos. No les ha importado que me esmerara en aprender a usar un martillo y clavos para este proyecto, o que me mutilara el pulgar en el proceso. Tampoco les ha importado que comprara la pintura dorada con mi propio dinero. No, solo han visto mi error. Mi brillante trabajo reducido a fajina a nuestros pies. Aunque Jean Luc se ha apresurado a intentar ayudarme para volver a montar las jaulas lo mejor que hemos podido y ha fruncido el ceño ante los ocurrentes comentarios de nuestros hermanos, Marc, el granjero, ha llegado furioso poco después. Como capitán de los *chasseurs*, Jean ha tenido que apaciguarlo.

Y he tenido que lidiar yo sola con los cazadores.

—Qué tragedia. —Inclinándose sobre mí, Frederic ha puesto sus brillantes ojos en blanco antes de sonreír. Los reflejos dorados de su pelo castaño relucían a la luz del sol de madrugada—. Aunque son *muy* bonitas, *mademoiselle* Tremblay. Como casas de muñecas en miniatura.

—Por favor, Frederic —he contestado entre dientes mientras me esforzaba por recoger las capas de mi falda—. ¿Cuántas veces debo pedirte que me llames Célie? Aquí todos somos iguales.

—Al menos una vez más, me temo. —Ha afilado la sonrisa hasta que se ha asemejado a un cuchillo—. Al fin y al cabo, es una dama.

Me he adentrado en el campo y he descendido por la colina hasta desaparecer de la vista —lejos de él, lejos de *todos* ellos— sin una sola palabra más. Sabía que no tenía sentido discutir con alguien como Frederic.

Al fin y al cabo, es una dama.

Termino el candado de la última jaula mientras imito su estúpida voz y me incorporo para admirar mi obra. Tengo las botas cubiertas de barro y quince centímetros de dobladillo manchado. Aun así, un destello de triunfo me inunda el pecho. Ya no habrá que esperar mucho. Los *lutins* de la granja de cebada de *monsieur* Marc pronto olerán la savia de sauce y seguirán su olor. Cuando vean el vino, reaccionarán impulsivamente —los libros aseguran que los *lutins* son impulsivos— y entrarán en las jaulas. Las trampas se cerrarán y transportaremos a las molestas criaturas de vuelta a La Fôret des Yeux, el lugar al que pertenecen.

Bastante sencillo, la verdad. Como robarle un caramelo a un niño. Aunque no es que yo robe caramelos a los niños, por supuesto.

Exhalo un suspiro tembloroso, planto las manos en las caderas y asiento con un poco más de entusiasmo del natural. Sí. El barro y el trabajo manual han valido la pena. Las manchas de mi vestido se pueden lavar, y mejor aún: habré capturado y reubicado a toda una madriguera de *lutins* sin causarles ningún daño. El padre Achille, el recién nombrado arzobispo, estará orgulloso. Puede que Jean Luc también lo esté. Sí, esto va *bien*. Mi esperanza va en aumento mientras me agacho detrás de las malas hierbas al borde del campo para observar y esperar. Saldrá perfecto.

Tiene que salir perfecto.

Un puñado de minutos pasan sin que haya ningún movimiento.

—Venga. —Bajando la voz, examino las hileras de cebada, tratando de no jugar con la Balisarda en mi cinturón. Aunque han pasado meses desde que hice mi voto sagrado, la empuñadura de zafiro todavía me resulta extraña y pesada en las manos. Como si no me perteneciera. Doy golpecitos en el suelo con el pie, presa de la impaciencia. Las temperaturas se han vuelto irrazonablemente cálidas para ser octubre, y una gota de sudor me recorre el cuello—. Vamos, *venga*. ¿Dónde estáis?

El momento se prolonga, seguido de otro. O quizá tres. ¿Diez? Sobre la colina, mis hermanos se carcajean y gritan como consecuencia de una broma que no puedo escuchar. No sé cómo pretenden atrapar a los *lutins* —ninguno se ha molestado en compartir sus planes conmigo, la primera y única mujer en sus filas—, pero tampoco me importa. Desde luego, no necesito su ayuda, ni necesito público, no después del fiasco de las jaulas.

La expresión condescendiente de Frederic me inunda la mente.

Y la expresión avergonzada de Jean Luc.

No. Con el ceño fruncido, los aparto a ambos de mi mente —junto con las malas hierbas— y me incorporo para revisar las trampas una vez más. *No debería haber usado vino. Qué idea tan estúpida…*

Ese pensamiento se detiene en seco cuando un pie pequeño y arrugado aparta la cebada. Mis

propios pies echan raíces. Cautivada, procuro no respirar mientras la criatura parduzca, que apenas me llega a la altura de las rodillas, posa sus ojos oscuros y demasiado grandes en la botella de vino. De hecho, todo él parece un poco demasiado… bueno… *demasiado*. Su cabeza es demasiado grande. Sus rasgos son demasiado afilados. Sus dedos son demasiado largos.

Si he de ser franca, parece una patata.

Anda de puntillas hacia el vino y no parece reparar en mí, o en ninguna otra cosa, para el caso. Su mirada permanece fija en la polvorienta botella y chasquea los labios en un ademán ansioso cuando la alcanza con esos dedos larguiruchos. En cuanto entra en la jaula, esta se cierra con un chasquido decisivo, pero el *lutin* se limita a aferrar el vino contra su pecho y a sonreír. Dos hileras de dientes afiladísimos brillan a la luz del sol.

Durante un segundo, soy incapaz de apartar la mirada y experimento una mórbida fascinación.

Y luego ya no puedo evitarlo. Yo también sonrío y ladeo la cabeza mientras me acerco. No se parece en absoluto a lo que esperaba: no es para nada repugnante, tiene rodillas huesudas y mejillas redondas. Cuando el granjero Marc contactó con nosotros ayer por la mañana, el hombre deliraba sobre *cuernos* y *garras*.

Los ojos del *lutin* por fin se clavan en los míos y su sonrisa vacila.

—Hola. —Despacio, me arrodillo ante él y coloco las manos en el regazo, donde pueda verlas —. Siento mucho todo esto —señalo la jaula ornamentada con la barbilla— pero el hombre que cultiva esta tierra ha solicitado que usted y su familia se muden. ¿Tiene nombre?

Me observa fijamente, sin pestañear, y el calor se apodera de mis mejillas. Miro por encima del hombro en busca de alguna señal de mis hermanos. Puede que esté siendo total y completamente ridícula, y me crucificarían si me encontraran charlando con un *lutin*, pero no parece correcto atrapar a una pobre criatura sin presentarme.

—Yo me llamo Célie —añado, sintiéndome cada vez más estúpida. Aunque los libros no mencionaban nada acerca del idioma, los *lutins* deben de comunicarse de alguna manera. Me señalo a mí misma y repito—: Célie. *Se-lii*.

Él sigue sin decir nada de nada. Si es que es un *él*.

Está bien. Enderezo los hombros y agarro el asa de la jaula, porque *soy* ridícula y debería ir a comprobar las otras jaulas. Pero primero…

—Si retuerce el corcho de la parte superior —murmuro a regañadientes—, la botella se abrirá. Espero que le gusten las bayas de saúco.

—¿Estás hablando con el *lutin*?

Me giro al oír la voz de Jean Luc, suelto la jaula y me sonrojo.

—¡Jean! —Su nombre me sale como un chillido—. No… no te había oído.

—Eso es evidente. —Está de pie entre la maleza, donde me escondía yo hace unos momentos. Al ver mi expresión de culpabilidad, suspira y cruza los brazos sobre el pecho—. ¿Qué estás haciendo, Célie?

—Nada.

—¿Por qué no te creo?

—Una pregunta excelente. ¿Por qué *no* me…? —Pero, antes de que pueda terminar, el *lutin* extiende una mano y atrapa la mía. Con un grito, la aparto de un tirón y me caigo hacia atrás, no

por las garras del *lutin*, sino por su voz. En el instante en que su piel toca la mía, oigo en mi mente una vocalización de lo más extraña: *Larmes Comme Étoiles*.

Jean Luc carga al instante, desenvainando su Balisarda entre un paso y el siguiente.

—¡No, espera! —Me lanzo entre él y el *lutin* enjaulado—. *¡Espera!* ¡No me ha hecho daño! ¡No quería hacerme daño!

—Célie —advierte Jean Luc, en voz baja y frustrada—, podría tener la rabia…

—*Frederic* podría tener la rabia. Ve a apuntarle a él con el cuchillo. —Al *lutin* le sonrío con amabilidad—. Le pido perdón, señor. ¿Qué ha dicho?

—No ha dicho nada…

Mando callar a Jean Luc cuando el *lutin* me hace señas para que me acerque y saca la mano entre los barrotes. Tardo varios segundos en darme cuenta de que quiere volver a tocarme.

—Ah. —Trago saliva, no es que la idea me entusiasme—. Usted… sí, bueno…

Jean Luc me agarra del codo.

—Por favor, dime que no vas a tocarlo. No tienes ni idea de dónde ha estado.

El *lutin* gesticula ahora con más impaciencia y, antes de que pueda cambiar de opinión, alargo la mano que tengo libre y le rozo los dedos. Siento la aspereza de su piel. La suciedad. Como si se tratara de una raíz desenterrada. *Mi nombre*, repite en un gorjeo sobrenatural. *Larmes Comme Étoiles*.

Me quedo boquiabierta.

—¿Lágrimas Como Estrellas?

Con un rápido asentimiento, retira la mano para volver a agarrar el vino y fulmina a Jean Luc con la mirada, quien resopla y tira de mí hacia atrás. Casi mareada por el vértigo, giro en sus brazos.

—¿Lo has oído? —pregunto casi sin aliento—. Ha dicho que su nombre significa…

—No tienen nombres. —Sus brazos se aprietan a mi alrededor y se inclina para mirarme directamente a los ojos—. Los *lutins* no hablan, Célie.

Entorno los ojos.

—Entonces, ¿crees que soy una mentirosa?

Tras suspirar de nuevo —*siempre* está suspirando—, me da un beso en la frente y yo me relajo un poco. Huele a almidón y a cuero, al aceite de linaza que emplea para pulir su Balisarda. Son olores familiares. Olores reconfortantes.

—Creo que tienes buen corazón —dice, y sé que lo dice como un cumplido. *Debería* ser un cumplido—. Creo que tus jaulas son magníficas y creo que a los *lutins* les encantan las bayas de saúco. —Retrocede con una sonrisa—. También creo que deberíamos irnos. Se está haciendo tarde.

—¿Irnos? —Parpadeo, confundida, y me inclino hacia un lado para echar un vistazo a lo alto de la colina. Sus bíceps se tensan un poco debajo de mis manos—. Pero ¿qué pasa con los demás? Los libros decían que una madriguera puede albergar hasta veinte *lutins.* Seguro que el granjero quiere que nos los llevemos a todos. —Frunzo aún más el ceño cuando me doy cuenta de que las voces de mis hermanos hace rato que se han desvanecido. De hecho, más allá de la colina, la granja entera permanece tranquila y en silencio, a excepción del solitario canto de un gallo—. ¿Dónde…? —Por mi vientre se abre paso algo que arde tanto como la vergüenza—. ¿Dónde están todos, Jean?

No es capaz de mirarme.

—Les he ordenado que se adelanten.

—¿Adelantarse *a dónde*?

—A La Fôret des Yeux. —Se aclara la garganta, retrocede y envaina su Balisarda antes de volver a sonreír y agacharse para recoger mi jaula. Después de otro segundo, me ofrece su mano libre—. ¿Lista?

Me quedo mirándola mientras me doy cuenta de algo odioso. Solo existe una razón para que les haya ordenado adelantarse.

—Ya… ya han atrapado al resto de los *lutins*, ¿verdad? —Cuando no responde, levanto la mirada hasta su cara. Me devuelve la mirada con cuidado, con *cautela*, como si fuera un cristal resquebrajado a punto de romperse. Y tal vez lo sea. Ya ni puedo contar las grietas que adornan mi superficie, ya no puedo *saber* qué grieta me romperá. Puede que sea esta.

—¿Jean? —repito, insistente.

Otro suspiro pesado.

—Sí —admite al fin—. Ya los han capturado.

—*¿Cómo?*

Sacude la cabeza y levanta la mano con más determinación.

—No importa. Tus jaulas eran una idea brillante y la experiencia llegará con el tiempo…

—Eso no es una respuesta. —Ahora me tiembla el cuerpo entero, pero no soy capaz de impedirlo. Mi visión se estrecha y solo puedo fijarme en la piel bronceada de su mano, en el brillo de su pelo oscuro, que lleva muy corto. Se lo ve perfectamente sereno, aunque incómodo, mientras que yo tengo el pelo despeinado y pegado al cuello y el sudor me corre por la espalda. Debajo del barro, tengo las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Por la humillación—. ¿Cómo han capturado a una *madriguera* entera de *lutins* en…? —Otro horrible pensamiento se abre paso—. Espera, ¿cuánto tiempo han tardado? —Levanto la voz en tono acusatorio y le planto un dedo delante de la nariz —. ¿Cuánto tiempo has estado esperándome?

Lágrimas Como Estrellas logra descorchar la botella y se bebe la mitad del vino de un trago. Se tambalea cuando Jean Luc vuelve a dejar su jaula en el suelo con suavidad.

—Célie —dice en tono tranquilizador—. No te hagas esto a ti misma. Tu jaula *ha funcionado*, y este… Este incluso te ha dicho su nombre. Eso no había sucedido nunca.

—Creía que los *lutins* no tenían nombre —espeto—. Y no me trates con condescendencia. ¿Cómo han capturado Frederic y los demás a los *lutins*? Son demasiado rápidos para atraparlos con las manos y… y… —Al ver la expresión resignada de Jean Luc, se me cae el mundo encima—. Y los han atrapado con las manos. Ay, Dios. —Me pellizco el puente de la nariz, cada inhalación es más rápida, más aguda que la anterior. Siento tal tensión en el pecho que empieza a dolerme—. Debería… debería haberlos ayudado, pero estas trampas… —La pintura dorada me mira con maldad, de mal gusto y sin elegancia—. He malgastado el tiempo de todo el mundo.

Al fin y al cabo, es una dama.

—No. —Jean Luc sacude la cabeza con ferocidad y me agarra las manos manchadas—. Has intentado algo nuevo y ha funcionado.

Al oír la mentira, siento que una presión se me acumula detrás de los ojos. Lo único que he hecho durante los últimos seis meses ha sido intentarlo —intentarlo, intentarlo e *intentarlo*.

Levanto la barbilla y sorbo por la nariz, desconsolada, mientras me obligo a sonreír.

—Tienes razón, por supuesto, pero no deberíamos irnos aún. Todavía podría haber más por ahí. A lo mejor Frederic ha pasado por alto a alguno…

—Este es el último.

—¿Cómo *puedes* saber que este es el último…? —Cierro los ojos cuando por fin lo entiendo. Al volver a hablar, lo hago en voz baja. Derrotada—. ¿Me lo has enviado tú? —No contesta, y su silencio nos condena a ambos. Abro los ojos de golpe, agarro su abrigo azul y lo sacudo. Lo sacudo a *él*—. ¿Lo has atrapado tú primero, solo para… para acercarte a mí a escondidas y liberarlo?

—No seas ridícula…

—¿Lo has hecho?

Aparta la mirada y se separa de mí con manos firmes.

—No tengo tiempo para esto, Célie. Tengo una reunión urgente del consejo antes de la misa de esta noche, y el padre Achille ya ha mandado un mensaje: hace horas que me necesita en la Torre.

—¿Por qué? —Intento que no me tiemble la voz, pero fracaso—. ¿Y qué… qué reunión urgente del consejo? ¿Ha pasado algo?

Es una vieja pregunta. Una que ya cansa. Desde hace semanas, Jean Luc se escabulle en los momentos más extraños y susurra fervientemente con el padre Achille cuando cree que no puedo verlos. Se niega a decirme por qué murmuran por lo bajo, por qué sus expresiones se oscurecen más con cada día que pasa.

Tienen un secreto, los dos —uno *urgente*—, pero cada vez que pregunto al respecto, la respuesta de Jean Luc sigue siendo la misma: «No es algo que te concierna, Célie. Por favor, no te preocupes».

Ahora repite las palabras como un autómata, mientras señala a nuestros caballos con la barbilla.

—Vamos. Ya he cargado el carro.

Sigo su mirada hasta el carro en cuestión, donde ha apilado mis jaulas en ordenadas filas mientras yo conversaba con Lágrimas Como Estrellas. Diecinueve en total. La vigésima la lleva en la mano mientras rodea el campo sin pronunciar palabra. Lágrimas Como Estrellas —totalmente borracho a estas alturas— se desploma contra los barrotes y ronca con suavidad a la luz de los últimos rayos de la tarde. A cualquier otra persona, la escena podría parecerle encantadora. Pintoresca. Tal vez asentiría con aprobación al ver la medalla de plata de mi corpiño, el anillo de diamantes en mi dedo.

No te hace falta empuñar una espada para proteger a los inocentes, Célie. La brisa otoñal trae de vuelta a mi mente las viejas palabras de Jean Luc. *Lo has demostrado más que cualquiera.*

El tiempo ha demostrado que todos somos unos mentirosos.

CAPÍTULO 2

Bonita muñeca de porcelana

Por primera vez en seis meses, me salto la misa vespertina. Cuando Jean Luc llama puntual a mi puerta a las siete y media —nuestra carabina curiosamente ausente—, finjo encontrarme mal. También es la primera vez. Por norma general, no miento, pero esta noche no consigo que me importe.

—Lo siento, Jean. Creo que antes me he resfriado. —Me toso en el codo y me inclino hacia el pasillo en penumbra, con cuidado de mantener oculto mi cuerpo. No saldría nada bueno de que me viera en mi camisón de seda de color marfil adornada con encaje. Una de las muchas tonterías poco prácticas que me traje de la casa de mis padres en el West End. Aunque no me protege de las heladas corrientes de aire de la Torre de los *chasseurs*, me hace sentir más como yo misma.

Además, Jean Luc insistió en que ocupara una habitación con chimenea cuando me mudé a los dormitorios.

Aún noto que se me calientan las mejillas ante el recuerdo. No tiene importancia que esta sea la *única* habitación con chimenea de los dormitorios.

—¿Estás bien? —La preocupación retuerce sus facciones mientras mete la mano por la rendija para comprobar mi temperatura perfectamente normal—. ¿Debería mandar llamar a un curandero?

—No, no. —Tomo su mano y la aparto de mi frente con tanta despreocupación como me es posible—. Debería bastar con un té de menta y acostarme temprano. Acabo de deshacer la cama.

Ante la mención de mi cama, aparta la mano como si lo hubiera escaldado.

—Ah —dice mientras se endereza y da un paso atrás con una tos incómoda—. Eso… Lamento escucharlo. Creía que tal vez querrías… Pero, no, está claro que deberías irte a dormir.

Lanza una mirada rápida por encima del hombro y se aclara la garganta después de negar con la cabeza ante algo que no puedo ver.

—Si por la mañana no te sientes mejor, solo tienes que decirlo. Delegaré tus responsabilidades.

—No deberías hacer eso, Jean. —Bajo la voz y me resisto a las ganas de echar un vistazo al pasillo que tiene detrás. Puede que, después de todo, lo haya acompañado una carabina. Una gran decepción se asienta sobre mí al pensarlo, pero *por supuesto* que se ha traído una, tal como debería. Nunca le pediría que arriesgara nuestra reputación o nuestras posiciones visitándome a solas por

la noche—. Puedo catalogar la biblioteca del consejo aunque tenga tos.

—El hecho de que *puedas* no significa que debas. —Vacila y esboza una sonrisa insegura—. No cuando Frederic está perfectamente sano y se sabe el alfabeto.

Me trago el nudo que siento en la garganta y me obligo a devolverle la sonrisa, porque mi fracaso con los *lutins* de esta mañana no ha sido culpa suya, en realidad no, y la presencia de una carabina durante los próximos seis meses tampoco lo es. De hecho, gracias a Jean Luc y a nuestros hermanos, los *lutins* han llegado ilesos a La Fôret des Yeux, y el granjero Marc podrá cosechar su cebada en paz. Todo el mundo gana.

Lo que significa que, sin darme cuenta, yo también debo de haber ganado.

Claro.

Dejo a un lado la precaución y apoyo una mano en su pecho, donde mi anillo de compromiso brilla entre nosotros a la luz de una vela.

—Ambos sabemos que no delegarás mis responsabilidades si me quedo en la cama. Las asumirás tú mismo, y lo harás *maravillosamente*, pero no puedes seguir cubriéndome. —Cuando me inclino más cerca de él en un movimiento instintivo, Jean hace lo mismo, y su mirada desciende hasta mis labios mientras susurro—: No eres solo mi prometido, Jean Luc. Eres mi capitán.

Traga saliva, y ese movimiento me llena de un tipo peculiar de calor. Antes de que pueda actuar en consecuencia —como si supiera siquiera *cómo* actuar—, él vuelve a echar un vistazo por encima del hombro, y me imagino a nuestra carabina cruzando los brazos con el ceño fruncido. Sin embargo, en lugar de un carraspeo, una voz divertida inunda el pasillo.

Una voz divertida y *familiar*.

—¿Quieres que nos vayamos? —El rostro pecoso de Louise le Blanc, también conocida como la *Dame des Sorcières*, o la Dama de las Brujas, aparece por encima del hombro de Jean Luc. Con una sonrisa traviesa, arquea las cejas al ver mi expresión—. Ya sabes lo que dicen… seis son multitud.

Parpadeo y la miro con incredulidad.

—¿A qué te refieres con *seis*?

—Tonterías —dice otra voz detrás de ella—. Siete son multitud, no seis.

Si acaso es posible, Lou ensancha aún más la sonrisa.

—Hablas con bastante autoridad sobre el tema, Beauregard. ¿Te gustaría compartir tus conocimientos con el resto de la clase?

—Seguro que le encantaría. —Abro aún más los ojos cuando Cosette Monvoisin, líder de las *Dames rouges*, la más pequeña y mortífera de las facciones de brujas de Belterra, se abre camino a codazos, pasa por delante de Jean Luc y se planta ante mí. Con un suspiro y a regañadientes, Jean se hace a un lado y abre la puerta para revelar a Beauregard Lyon, el *rey* de toda Belterra, y a su medio hermano, Reid Diggory, de pie detrás de él.

Bueno, el medio hermano de Beau y mi primer amor.

Casi me quedo boquiabierta al verlos. Hace un tiempo, los habría mirado a todos con suspicacia y miedo, *en especial* a Reid, pero la batalla de Cesarine cambió todo eso. Como si me estuviera leyendo la mente, levanta la mano en un gesto incómodo.

—Les he dicho que deberíamos enviar una nota primero.

De todo el grupo, solo Reid carece de un título formal, pero su reputación como el capitán más joven de los *chasseurs* todavía lo precede. Por supuesto, eso fue hace mucho tiempo. Antes de la batalla. Antes de que encontrara a sus hermanos.

Antes de que descubriera su magia.

Mi sonrisa, sin embargo, ya no es en absoluto forzada.

—No seas ridículo. Es *maravilloso* veros a todos.

—Lo mismo digo. —Tras acercarse para besarme en la mejilla, Coco añade—: Siempre y cuando le prohíbas a Beau contar historias sobre sus anteriores hazañas. Confía en mí, él sería el único que disfrutaría.

—No estoy tan segura. —Lou se pone de puntillas para besarme en la otra mejilla, y no puedo evitarlo, el instinto me hace envolverlas a ambas en un abrazo aplastante—. Disfruté mucho cuando nos contó su cita con la pselismofílica —acaba con la voz amortiguada.

Una calidez abrumadora se extiende desde mi pecho hasta mis extremidades cuando las suelto, Beau frunce el ceño y le da un golpecito en la nuca a Lou.

—Nunca debí hablarte de ella.

—No. —Se ríe con alegría—. No debiste hacerlo.

En ese momento, todos se giran hacia mí.

Aunque podría decirse que son cuatro de las personas más poderosas de todo el reino —si no *las* más poderosas—, aguardan en el estrecho pasillo de mi habitación como si… como si esperaran a que yo hablase. Les devuelvo la mirada durante varios segundos torpes, sin saber qué decir. Porque nunca han venido a visitarme *aquí*. La Iglesia rara vez permite visitas en la Torre de los *chasseurs*, y Lou, Coco y Reid tienen mejores razones que la mayoría para no volver a cruzar nunca nuestras puertas.

No permitirás que una bruja viva.

Aunque Jean Luc hizo todo lo posible para eliminar esas palabras de odio después de la batalla de Cesarine, su débil impresión aún oscurece la entrada a los dormitorios. En el pasado, mis hermanos vivieron por esas palabras.

Lou, Reid y Coco casi arden por ellas.

Desconcertada, al final abro la boca para preguntar: «¿Os apetece entrar?», en el preciso instante en el que la campana de la Cathédral Saint-Cécile d'Cesarine resuena a nuestro alrededor. Esa calidez en mi pecho solo aumenta al oír el sonido, y les sonrío a los cuatro en igual medida. No. A los *cinco*. Aunque Jean Luc los observa a todos con silenciosa desaprobación, debe de haberlos invitado él, aunque eso signifique saltarse la misa. Cuando la campana por fin se calla, pregunto:

—¿Estoy en lo cierto al suponer que nadie planea asistir al servicio de esta noche?

Coco me sonríe.

—Al parecer, todos nos hemos resfriado.

—Y sabemos cómo tratarlo. —Con un guiño, Lou saca una bolsa de papel de su capa y la sostiene en alto mientras sacude el contenido con evidente orgullo. PAN'S PATISSERIE brilla en relucientes letras doradas bajo sus dedos, y el embriagador aroma de la vainilla y la canela inunda el pasillo. Se me hace la boca agua cuando saca un bollo pegajoso de la bolsa y me lo coloca en la mano—. También van bastante bien cuando has tenido un día de mierda.

—*Esa boca*, Lou. —Reid le lanza una mirada afilada—. Seguimos estando en una iglesia.

En las manos sostiene un bonito ramo de crisantemos y pensamientos envueltos con cinta rosa. Cuando nuestras miradas se encuentran, sacude la cabeza con una pequeña sonrisa exasperada y me lo ofrece por encima del hombro de Coco. Se aclara la garganta y dice:

—Te sigue gustando el rosa, ¿verdad?

—¿A quién no le gusta el rosa? —pregunta Lou mientras Coco saca una baraja de cartas de su capa escarlata.

—A todo el mundo le gusta el rosa —coincide.

—*A mí* no me gusta el rosa. —En absoluto dispuesto a ser superado, Beau me presenta con una floritura la botella de vino que tenía escondida detrás de la espalda—. Elige tu veneno, Célie. ¿Serán los bollos, las cartas o el vino?

—¿Por qué no los tres? —Con un brillo perverso en sus ojos oscuros, Coco aparta la botella dándole un golpe con las cartas—. ¿Y cómo explicas la almohada de tu cama si no te gusta el rosa, majestad?

Sin inmutarse, Beau aleja las cartas con el cuello de la botella.

—Sabes perfectamente que mi hermana pequeña me bordó esa almohada. —A mí me dice, a regañadientes—: Y las tres cosas son conocidas por curar el dolor del alma.

El dolor del alma.

—Esa —digo con pesar— es una frase preciosa.

Irritado, Jean Luc por fin da un paso adelante para apoderarse tanto de la baraja de cartas como de la botella de vino antes de que pueda elegir cualquiera de las dos.

—¿Os habéis vuelto todos locos? No os he invitado para jugar y beber…

Coco pone los ojos en blanco.

—¿Acaso abajo no están bebiendo vino en este preciso momento?

Jean Luc le frunce el ceño.

—Es diferente, y lo sabes.

—Sigue diciéndote eso, capitán —le responde en su tono más dulce. Luego se gira hacia mí, señala las cartas y el vino confiscado, y añade—: Considera esto un preludio de tu fiesta de cumpleaños, Célie.

—Si alguien se ha ganado tres días de desenfreno, esa eres tú. —Aunque todavía sonríe, Lou suaviza un poco la expresión al continuar—. Sin embargo, si esta noche prefieres estar sola, lo entenderemos perfectamente. Solo tienes que decirlo y te dejaremos a tus anchas.

Con un movimiento de su muñeca y el fuerte aroma de la magia, una taza reemplaza el bollo pegajoso que tengo en la mano, y el vapor del té de menta recién preparado se eleva en espirales perfectas. Con otro movimiento, una jarra de cristal con miel aparece en lugar de las flores de Reid.

—Para tu garganta —dice simplemente.

Bajo la mirada a mis manos, maravillada.

Aunque por supuesto que he visto magia antes —tanto buena como mala—, nunca deja de asombrarme.

—No quiero que os vayáis. —Las palabras se me escapan demasiado rápido, con demasiada ansia, pero no logro fingir lo contrario, de modo que levanto el té y la miel con un encogimiento de

hombros—. Es decir… gracias, pero de repente me siento mucho mejor.

Una velada de cartas y unos bollos son *justo* lo que necesito después de este día tan desastroso, y tengo ganas de besar a Jean Luc en la boca por ofrecérmela, excepto que, por supuesto, acabo de cometer una grosería terrible al rechazar los regalos de Lou. A toda prisa, levanto la taza de té y bebo un enorme trago del líquido hirviente.

Me deja la garganta en carne viva y casi me ahogo mientras los demás entran en la habitación.

Jean Luc me da unas palmaditas en la espalda con preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí. —Con un jadeo, dejo la taza de té sobre mi escritorio y Lou retira una silla y me obliga a sentarme—. Me acabo de quemar la lengua. No es nada de lo que preocuparse…

—No seas ridícula —dice ella—. ¿Cómo vas a disfrutar adecuadamente de los *éclairs* de chocolate con la lengua quemada?

Observo la bolsa de la pastelería con esperanza.

—¿Has traído chocolate…?

—Por supuesto. —Dirige la mirada a Jean Luc, que se cierne detrás de mí con la expresión de un amotinado—. Incluso he traído canelés, así que ya puedes dejar de fruncirme el ceño. Si no me falla la memoria, te gusta bastante el ron —añade con una sonrisa.

Jean niega con la cabeza con vehemencia.

—No me gusta el ron.

—Sigue diciéndote eso, capitán. —Con una uña afilada, Coco se pincha la yema del dedo índice, de la que le sale sangre, y el olor de la magia nos envuelve una vez más. A diferencia de Lou y de sus *Dames blanches*, que canalizan su magia desde la tierra, Coco y sus parientes la almacenan dentro de sus propios cuerpos—. Ten. —Frota la sangre sobre mi propio dedo antes de verter una gota de miel en él—. Lou está en lo cierto, una lengua quemada puede arruinarlo todo.

No miro a Jean Luc mientras me llevo la sangre y la miel a los labios. Él no lo aprobará, por supuesto. Aunque los *chasseurs* han avanzado a pasos agigantados en su forma de pensar, liderados en gran parte por Jean Luc, en el mejor de los casos la magia todavía lo hace sentir incómodo.

Sin embargo, en el instante en que la sangre de Coco toca mi lengua, las ampollas que tengo en la boca se curan solas.

Asombroso.

—¿Mejor? —pregunta Jean Luc en un murmullo.

Le doy la mano y lo alejo de los demás. Sonrío con tantas ganas que mis mejillas amenazan con estallar.

—Sí. —Bajo la voz hasta convertirla en un susurro y señalo hacia el escritorio, donde Lou empieza a distribuir los bollos: dos para ella, por supuesto, y uno para los demás—. Gracias por todo esto, Jean. Sé que no es tu forma habitual de pasar la velada, pero *siempre* he querido aprender a echar las cartas del tarot. —Le aprieto los dedos con una emoción palpable—. No puede ser un pecado *tan* grande apostar entre amigos, ¿verdad? No cuando Lou ha traído canelés solo para ti. —Antes de que pueda responder, tal vez porque *temo* su respuesta, giro en sus brazos y apoyo la cabeza en su pecho—. ¿Crees que sabe jugar al tarot? ¿Crees que nos enseñará? Nunca he entendido la parte de las bazas, pero seguro que entre los dos podemos averiguarlo…

Jean Luc, sin embargo, desenreda nuestros cuerpos con suavidad.

—No me cabe ninguna duda de que lo conseguirás.

Parpadeo, confundida, antes de cruzar los brazos rápidamente y sentir que me arden las mejillas. Con tantas emociones, había olvidado que sigo llevando solo un camisón.

—¿Qué quieres decir?

Con un suspiro, se recoloca el abrigo en un gesto casi inconsciente y mis ojos siguen el movimiento por instinto, por lo que acaban aterrizando en un bulto peculiar en el bolsillo del pecho. Pequeño y de forma rectangular, parece una especie de… libro.

Qué extraño.

Jean Luc rara vez me visita en la biblioteca del consejo, y nunca lo he tenido por un gran lector.

Sin embargo, antes de que pueda preguntar, aparta la mirada de la mía y dice en voz baja:

—No… No puedo quedarme, Célie. Lo lamento. Tengo asuntos pendientes con el padre Achille.

Asuntos pendientes con el padre Achille.

Necesito un segundo entero para que las palabras penetren la bruma de mis pensamientos, pero cuando lo hacen, el corazón parece encogérseme varias tallas en el pecho. Porque reconozco esa nube de arrepentimiento en sus ojos. Porque no responderá, aunque pregunte, y porque no soporto la idea de que haya otro secreto más entre nosotros. Un rechazo más.

Un silencio incómodo desciende entre ambos.

—¿Acaso espera que resuelvas dicho asunto durante la misa? —pregunto en tono suave.

Jean Luc se frota la nuca con evidente incomodidad.

—Bueno… no. En realidad, él creía que asistiría al servicio de esta noche, pero entenderá…

—Así que dispones por lo menos de una hora y media antes de que él espere que termines nada. —Cuando sigue sin decir nada, me pongo una bata que cuelga de un gancho al lado de la puerta y bajo la voz mientras Lou monta un numerito para admirar mi joyero de segunda mano. Coco se muestra de acuerdo con ella en voz muy alta, y Beau arruga la bolsa de pastelería antes de tirársela a Reid a la cabeza—. Por favor… ¿no puede ese asunto esperar hasta que acabe la misa? —Entonces, incapaz de quedarme quieta ni un segundo más, atrapo su mano de nuevo, decidida a hacer desaparecer el tono suplicante de mi voz. No arruinaré esta noche con una discusión, y tampoco dejaré que él la estropee—. Te echo de menos, Jean. Sé que estás increíblemente ocupado con el padre Achille, pero… me gustaría que pasáramos más tiempo juntos.

Se queda inmóvil por la sorpresa.

—¿De veras?

—Por supuesto que sí. —Agarro también su otra mano y me las llevo al pecho para acunarlas ahí. Justo contra mi corazón—. Eres mi prometido. Quiero compartirlo todo contigo, incluso un *éclair* de chocolate y nuestra primera partida al tarot. Además —añado débilmente—, si no estás, ¿quién me dirá si Lou intenta hacer trampa?

Lanza otra mirada de desaprobación en dirección a nuestros amigos.

—No deberíamos estar jugando al tarot en absoluto. —Con un largo y sufrido suspiro, me da un casto beso en los nudillos antes de entrelazar los dedos con los míos—. Pero nunca puedo negarte nada.

El dulce aroma del chocolate y la canela parecen agriarse al oír esa mentira, y la miel me sabe repentinamente amarga en la lengua. Intento ignorar ambas cosas, trato de concentrarme en la indecisión de la mirada de Jean Luc. Significa que él también quiere pasar tiempo conmigo. Sé que sí.

—Entonces, ¿ese asunto puede esperar? —le pregunto.

—*Supongo* que sí.

Me esfuerzo por sonreír y le beso las manos una, dos, tres veces antes de soltarlo para apretarme la bata.

—¿Te he dicho hoy que eres el prometido perfecto?

—No, pero no dudes en repetírmelo. —Me conduce entre risas hacia los demás y selecciona el más excesivo de los *éclairs* de la pila para entregármelo. Sin embargo, él no se queda ni con un mordisco. Y tampoco reclama un canelé—. Serás mi pareja —dice, como si fuera cosa hecha.

Siento el *éclair* frío en mi mano.

—¿Sabes jugar al tarot?

—Puede que Lou y Beau me enseñaran en el camino. Ya sabes… —se aclara la garganta como si se sintiera avergonzado y se encoge de hombros—, cuando compartimos esa botella de ron.

—Ah.

Lou aplaude, asustándonos a los dos, y casi dejo caer mi *éclair* en su regazo.

—Se le daba como el culo —dice—, así que no temas, Célie, enseguida conseguiremos que lo derrotes.

Como si fuera una señal, una débil melodía se eleva del santuario que tenemos debajo, y la luz parpadea en el preciso instante en que se oye el gran estruendo del órgano. Jean Luc me lanza una mirada rápida cuando alargo la mano para sostener la vela más cercana en un acto reflejo. Una docena más atestan cada superficie plana de mi habitación. Arden encima de mis mesitas de noche de marfil, de mi estantería y de mi armario, compitiendo con la luz de la chimenea, donde un puñado más arde en la repisa. Cualquiera que se encontrara en la calle pensaría que se trata de un segundo sol, pero ni siquiera el sol brilla lo suficiente para mí hoy en día.

No me gusta la oscuridad.

De niñas, Filippa y yo nos abrazábamos debajo de las mantas, riéndonos e imaginando qué monstruos habitaban la oscuridad de nuestra habitación. Ahora ya no soy una niña, y *sé* qué monstruo acecha en la oscuridad. Conozco la sensación húmeda que deja en mi piel, su olor pútrido en mi nariz. No importa la frecuencia con la que me frote o cuánto perfume me eche. La oscuridad huele a podredumbre.

Tomo un enorme bocado de *éclair* para calmar la repentina aceleración de mi pulso.

Solo me queda hora y media para comer dulces y jugar al tarot con mis amigos, y nada, *nada*, me arruinará la velada, ni los secretos de Jean Luc, y mucho menos los míos propios. Ambos seguirán esperándome por la mañana.

A nuestros estómagos no les pasará nada, Célie. A ninguno nos pasará nada.

No nos pasará nada.

Deberías mostrar tus cicatrices, Célie. Significan que sobreviviste.

Significan que sobreviviste.

Sobreviví sobreviví sobreviví…

Miro a Lou y enarco las cejas.

—Tienes que prometer que no harás trampas. —Después de pensarlo bien, me giro hacia Beau y le apunto a la nariz con el *éclair*—. *Y* tú.

—¿Yo? —Lo aparta de un manotazo en fingida afrenta—. Todo el mundo sabe que *Reid* es el tramposo de la familia.

Una risa baja retumba en el pecho de su hermano mientras se acomoda al borde de mi cama.

—Nunca hago trampas. Es que eres malísimo jugando a las cartas.

—El hecho de que nadie te descubra —dice Beau, arrastrando una silla desde la esquina de la habitación— no significa que no hagas trampas. Es diferente.

Reid se encoge de hombros.

—Entonces, supongo que tendrás que descubrirme.

—*Algunos* de nosotros no disponemos de magia…

—No usa magia, Beau —dice Lou sin levantar la mirada mientras corta con cuidado la baraja —. Le decimos tus cartas cuando tú no miras.

—¿Disculpa? —Los ojos de Beau amenazan con salírsele de las órbitas—. ¿Que hacéis *qué*?

Después de asentir sabiamente mientras se quita las botas, Coco se deja caer en la cama, al lado de Reid.

—Lo consideramos una victoria para todos nosotros. Célie, serás mi pareja —añade mientras Jean Luc se quita el abrigo. Cuando lo deja sobre el respaldo de la silla de Lou, el libro que lleva en el bolsillo hace que esa zona cuelgue más que el resto. Intento no mirarlo. Intento no pensar en ello. Cuando Jean abre la boca para protestar, Coco levanta una mano para silenciarlo—. Sin discusiones. Al fin y al cabo, seréis pareja durante el resto de vuestras vidas.

Aunque me obligo a soltar una risa dulce, no puedo evitar pensar en lo equivocada que está.

Ser pareja implica confianza, pero Jean Luc nunca me habla de sus asuntos con el padre Achille, y yo…

Nunca le contaré lo que pasó en el ataúd de mi hermana.

…

La pesadilla empieza de la misma forma que siempre.

Fuera ruge una tormenta, el tipo de tormenta cataclísmica que sacude la tierra, derriba casas y arranca árboles. El roble de nuestro propio patio trasero se parte en dos después de que caiga un rayo. Cuando una de las mitades se derrumba contra la pared de nuestro dormitorio y está a punto de abrir un agujero en el techo, me lanzo hacia la cama de Pippa y me cuelo bajo sus mantas. Me recibe con los brazos abiertos.

—Pequeña y tonta Célie —canturrea, y me acaricia el pelo cuando un rayo lo ilumina todo a nuestro alrededor, pero su voz no es *su* voz en absoluto. Pertenece a una persona distinta, y sus dedos son antinaturalmente largos y están torcidos en los nudillos. Le crepitan llenos de energía, y me roza el cuero cabelludo con ellos. Me tiene atrapada en sus brazos de porcelana. Pip y yo somos casi idénticas, como dos muñecas rusas en blanco y negro—. ¿Estás asustada, cielo? ¿Te asusta la magia? —Aunque me alejo a trompicones, horrorizada, me agarra con más fuerza, con una mirada maliciosa y una sonrisa demasiado amplia que se extiende más allá de su cara—. *Debería* asustarte, sí, porque podría matarte si se lo permitiera. ¿Eso te gustaría, cielo? ¿Te gustaría morir?

—N-No. —La palabra escapa de mis labios como parte de un guion, como un bucle interminable del que no puedo huir. La habitación empieza a dar vueltas, y no puedo ver, no puedo *respirar*. El pecho se me contrae hasta quedar reducido a un puntito—. P-P-Por favor…

—P-P-*Por favor*. —Con una mueca burlona, levanta las manos, pero ya no sostienen ningún rayo. En vez de eso, las cuerdas de una marioneta cuelgan de cada uno de sus dedos. Se adhieren a mi cabeza, a mi cuello, a mis hombros y, cuando se levanta de la cama, yo la acompaño, indefensa. Una Balisarda aparece en mi mano. Resulta *inútil* en mi mano. Ella flota hasta el suelo de la habitación y me hace señas para que me acerque mientras se aproxima a la casa de madera pintada que hay a los pies de mi cama.

—Ven aquí, cielo. Qué muñequita tan encantadora.

Al oír sus palabras, mis pies titubean —tintineando con cada paso—, y cuando miro hacia abajo, no puedo gritar. Mi boca es de porcelana. Mi piel es de cristal. Bajo su mirada esmeralda, mi cuerpo empieza a contraerse hasta que caigo y mi mejilla se agrieta contra la alfombra. Mi Balisarda se convierte en hojalata.

—Ven aquí —canturrea desde arriba—. Ven aquí, para que pueda destrozarte.

—P-Pippa, n-n-no quiero j-jugar más…

Con una risa siniestra, se dobla a cámara lenta y un rayo golpea su cabello azabache de tal forma que brilla de un tono blanco horrible. *Bonita muñeca de porcelana, se pone en marcha tu precioso reloj. Ven a rescatarla a medianoche o me comeré su corazón.*

Con un movimiento de su dedo, me rompo en mil pedazos, y los fragmentos de mis ojos vuelan hacia la casa de muñecas, donde no hay relámpagos, ni truenos, ni caras pintadas ni pies de porcelana.

Aquí solo hay oscuridad.

Me presiona la nariz, la boca, hasta que me atraganto con ella —con el olor a carne podrida y a miel empalagosa de los mechones quebradizos del pelo de mi hermana. Me cubren la boca, la lengua, pero no puedo escapar de ellos. Tengo los dedos ensangrentados y en carne viva. Rotos. Mis uñas han desaparecido, reemplazadas por astillas de madera. Sobresalen de mi piel cuando araño la tapa de su ataúd de palisandro mientras sollozo su nombre, mientras sollozo el nombre de Reid, mientras grito y grito hasta que las cuerdas vocales se me desgastan y se quiebran.

—Nadie viene a salvarnos. —Pip gira la cabeza hacia mí lentamente, de forma poco natural, su precioso rostro hundido y *mal*. No debería ser capaz de ver en esta oscuridad, pero puedo. *Puedo*, y le falta la mitad. Con un sollozo, cierro los ojos de golpe, pero ella también vive debajo de mis párpados—. Como mínimo, ahora estás aquí —susurra—. Como mínimo, no morimos solas.

Mariée…

Las lágrimas me corren por las mejillas. Se mezclan con mi sangre, con mi enfermedad, con *ella*.

—*Pip…*

—A nuestros estómagos no les pasará nada, Célie. —Me toca la mejilla con una mano esquelética—. A ninguno nos pasará nada.

Luego entierra esa mano en mi pecho, me arranca el corazón y se lo come.

Capítulo 3

El hombre de paja

A la mañana siguiente, mientras me arrastro por la armería, con cuidado de andar con pasos ligeros y silenciar mis toses, me siento como si hubiera tragado cristal, porque ni siquiera el té de Lou puede curar una noche entera de gritos. El sol aún no ha salido, y mis hermanos aún no han bajado. Con un poco de suerte, terminaré mi sesión de entrenamiento antes de que lleguen para la suya: entrar y salir, sin público.

Jean Luc me aseguró que no sería necesario que entrenara en el sentido tradicional de la palabra, pero está claro que no puedo servir como cazadora de otro modo.

Los otros *chasseurs* no pierden el tiempo con libros y trampas.

Paso mis dedos fríos sobre unas armas aún más frías y casi me corto en la oscuridad. Unas nubes de tormenta bloquean la pálida luz gris del amanecer que entra por las ventanas. Pronto lloverá. Otra excelente razón para seguir adelante con este plan. Tras elegir una lanza al azar, casi despierto a los muertos cuando se me resbala y cae al suelo de piedra.

—Por los huesos de Cristo —siseo. Me agacho a toda prisa para recuperarla y me esfuerzo por levantar esta cosa tan incómoda y voluminosa y devolverla a la mesa. No acabo de comprender cómo alguien puede empuñar una herramienta semejante. Mi mirada salta hacia la puerta, hacia el pasillo que hay más allá. Si me esfuerzo, alcanzo a oír las voces bajas y el suave ajetreo de los sirvientes en la cocina, pero nadie se acerca a investigar. Tampoco vienen de noche. Ni los sirvientes, ni los cazadores, ni el capitán. Todos fingimos no escuchar mis gritos.

Nerviosa —inexplicablemente agitada—, elijo una vara, mucho más sensata. Mi Balisarda permanece escondida y a salvo en el piso de arriba.

Desde luego, hoy no me hace falta *apuñalar* nada.

Tras echar una última mirada a mi espalda, camino de puntillas hasta el patio de entrenamiento, donde los muñecos de paja aguardan a lo largo de la cerca de hierro forjado y me miran con malicia. También hay postes de madera con muescas y dianas de tiro con arco, así como una gran mesa de piedra en el centro. Un toldo a rayas la protege de los elementos. Jean Luc y el padre Achille a menudo se cobijan debajo de él y hablan en voz baja y furtiva sobre cosas que se niegan a compartir.

No te concierne, Célie.

Por favor, no te preocupes.

Excepto que *nada* parece concernirme, según Jean Luc, y *sí* me preocupo, me preocupo lo suficiente como para evitar a mis hermanos, como para colarme en el patio de entrenamiento a las cinco de la mañana. Después de mi primer combate en el patio, hace muchos meses, me di cuenta enseguida de que mis habilidades como cazadora yacen… en otra parte.

¿Te gusta construir trampas?

Me froto los ojos, frunzo el ceño y avanzo hacia el primero de los hombres de paja.

Si mi sueño de anoche ha demostrado algo, es que no puedo volver a casa. No puedo volver. Solo puedo seguir adelante.

—De acuerdo. —Entorno los ojos frente a la desagradable efigie y afianzo mi postura como he visto hacer a los hombres. Mi falda —de pesada lana azul— ondea ligeramente en el viento. Giro el cuello y sostengo la vara frente a mí con ambas manos—. Puedes hacerlo, Célie. Es sencillo. —Asiento con la cabeza y reboto sobre las puntas de los pies—. Recuerda lo que te dijo Lou. Ojos —golpeo con fuerza con la vara por si acaso—, orejas —pego de nuevo, más fuerte esta vez—, nariz —otro golpe— e ingle.

Tuerzo la boca con determinación, lanzo un golpe rabioso y golpeo al muñeco en el estómago. Sin embargo, la paja no cede, y mi impulso hace que me clave el bastón en el estómago, arrebatándome el aliento. Me doblo sobre mí misma y me froto la zona con cuidado. Amargada.

Oigo unos aplausos que provienen de la puerta de la armería. Casi los paso por alto en mitad del estruendo del trueno en el cielo, pero esa risa… es inconfundible. Le pertenece a *él*. Con las mejillas en llamas y de color carmesí, me giro para descubrir a Frederic andando hacia mí, flanqueado por un puñado de *chasseurs*. Él sonríe y sigue aplaudiendo, cada palmada que da con las manos lenta y enfática.

—Bravo, *mademoiselle*. Eso ha sido brillante. —Sus compañeros se ríen cuando pasa un brazo por encima de los hombros del hombre de paja. Esta mañana no lleva abrigo, solo una camisa de lino fino para protegerse del frío—. Mucho mejor que la última vez. Una notable mejoría.

La última vez me tropecé con el dobladillo y estuve a punto de romperme el tobillo.

Un trueno vuelve a resonar a nuestro alrededor. Se hace eco de mi tempestuoso estado de ánimo.

—Frederic. —Me agacho con rigidez para recuperar mi vara. Aunque es grande para mi mano, parece pequeña e insignificante en comparación con la espada bastarda que él esgrime en la suya—. ¿Cómo te encuentras esta mañana? Confío en que hayas descansado bien.

—Como un bebé. —Sonríe y me arranca la vara de las manos cuando empiezo a alejarme—. Sin embargo, debo admitir que siento curiosidad. ¿Qué hace aquí, *mademoiselle* Tremblay? No me ha parecido que durmiera bien.

Pues vaya con lo de fingir.

Aprieto los dientes y me esfuerzo por hablar con serenidad.

—Estoy aquí para entrenar, Frederic, igual que tú. Igual que todos vosotros —añado, lanzando una mirada mordaz a mis hermanos. No se molestan en desviar la mirada, en sonrojarse o en ocuparse de otros quehaceres. ¿Y por qué deberían hacerlo? Soy su mayor fuente de entretenimiento.

—¿De veras? —La sonrisa de Frederic se ensancha mientras examina mi vara y la hace rodar

entre sus dedos callosos—. Bueno, no entrenamos con bastones viejos y de mala calidad, *mademoiselle*. Ese trozo de madera no debilitará a una bruja.

—No es *necesario* debilitar a las brujas. —Levanto la barbilla para mirarlo—. Ya no.

—¿No? —pregunta, arqueando una ceja.

—*No*.

Un *chasseur* al otro lado del patio, un hombre verdaderamente desagradable que responde al nombre de Basile, baja desde lo alto de un poste con marcas. Lo golpea con los nudillos antes de comentar:

—¡Solo dos trozos de madera lo consiguen! ¡Una estaca y una cerilla! —Se ríe a carcajadas como si acabara de soltar una broma divertidísima.

Lo fulmino con la mirada, incapaz de morderme la lengua.

—Que Jean Luc no te escuche.

Ahora sí que desvía la mirada y murmura con petulancia:

—Tranquilízate, Célie. No pretendía decir nada con eso.

—Uy, tonta de mí. Eres hilarante, por supuesto.

Entre risas, Frederic arroja mi vara al barro.

—No te preocupes, Basile. Jean Luc no está aquí. ¿Cómo podría saberlo a menos que alguien se lo contara? —Lanza su espada bastarda y la atrapa por la hoja antes de tenderme la empuñadura—. Pero si de verdad quieres entrenar con nosotros, *Célie*, me encantaría ayudarte, por supuesto. —Un relámpago se abre paso sobre Saint-Cécile, y levanta la voz para hacerse oír por encima del trueno—. Todos queremos, ¿verdad?

Algo se agita en sus ojos ante esa pregunta.

Algo se agita en el patio.

Doy un paso inseguro hacia atrás y miro a los demás, que acechan cada vez más cerca. Dos o tres tienen la decencia de parecer incómodos por fin.

—No… no será necesario —digo, obligándome a respirar hondo. Me obligo a calmarme—. Puedo entrenar con el muñeco de paja…

—No, no, Célie, eso no servirá. —Frederic sigue mis pasos hasta que tengo la espalda apretada contra otro hombre de paja. El pánico se desliza por mi columna.

—Déjala en paz, Frederic. —Uno de los otros, Charles, sacude la cabeza y da un paso adelante —. Déjala entrenar.

—Jean Luc nos crucificará si le haces daño —añade su compañero—. Yo entrenaré contigo en su lugar.

—Jean Luc —Frederic habla en voz baja, indiferente, imperturbable excepto por el brillo acerado de su mirada— sabe que este no es el sitio para su pequeña y bonita prometida. ¿Qué opinas *tú*, Célie? —Con una inclinación de cabeza, vuelve a ofrecerme la espada bastarda. Sigue sonriendo—. ¿Es este tu sitio?

Escucho su pregunta tácita, la veo reflejada en los ojos de todos mientras nos miran.

¿Eres una cazadora o eres la pequeña y bonita prometida del capitán?

Soy ambas cosas, quiero gruñirles. Pero no me escucharán, tal vez *no puedan* escucharme, así que enderezo los hombros y le sostengo la mirada a Frederic mientras rodeo la espada bastarda con los dedos.

—Sí. —Muerdo la palabra, esperando que escuche el chasquido de mis dientes. Esperando que *todos* lo escuchen—. Este es mi sitio. Gracias por preguntar.

Con una risa burlona, suelta la hoja.

Incapaz de soportar su peso, me tambaleo hacia delante, casi empalándome a mí misma cuando los pies se me enredan en el dobladillo, y la espada y yo empezamos a caer hacia el suelo. Me agarra el codo con un suspiro atribulado, se acerca y baja la voz.

—Admítelo, *ma belle*. ¿No preferirías la biblioteca?

Me pongo tensa ante el apelativo.

—No. —Libero mi brazo de un tirón, me aliso la falda y me coloco bien el corpiño, con los ojos y las mejillas ardiéndome. Señalo la espada bastarda y me esfuerzo por mantener la voz firme—. Sin embargo, preferiría un arma diferente. No puedo usar esta.

—Eso es obvio.

—Ten. —Charles, que se ha colocado a mi lado sin previo aviso, me ofrece una pequeña daga. La primera gota de lluvia cae sobre su fina cuchilla—. Usa esta.

Antes de unirme a los *chasseurs*, podría haberme deleitado con las arruguitas alrededor de sus ojos al sonreír, con la galantería del gesto. Con la compasión. Lo hubiera imaginado como un caballero de brillante armadura, incapaz de relacionarse con gente como *Frederic*. Habría imaginado lo mismo para mí, o tal vez me habría imaginado como una doncella encerrada en una torre. Ahora resisto el impulso de hacer una reverencia y, en vez de eso, inclino la cabeza.

—Gracias, Charles.

Con otra respiración profunda, me vuelvo hacia Frederic, quien gira la espada bastarda entre sus palmas.

—¿Empezamos? —pregunta.

CAPÍTULO 4

Nuestra chica

Cuando asiento y levanto mi daga, mueve la muñeca sin esfuerzo aparente y arroja mi arma al suelo.

—Primera lección: no puedes emplear una daga contra una espada bastarda. Incluso *tú* deberías saber eso. Seguro que has pasado suficiente tiempo estudiando detenidamente nuestros viejos manuscritos, ¿o es que solo lees cuentos de hadas?

Recupero mi daga del barro y me pongo de pie al instante.

—No puedo *levantar* la espada bastarda, cretino insufrible.

—¿Y eso es problema mío? —Ahora da vueltas a mi alrededor, como hace un gato con un ratón, mientras los demás se acomodan para el espectáculo. Charles nos mira con recelo. Su compañero ha desaparecido—. ¿Has procurado mejorar tu fuerza física? ¿Cómo vas a aprehender a un *loup garou* rebelde si ni siquiera puedes levantar una espada? ¿Querrás aprehenderlos siquiera alguna vez, o vas a trabar amistad con ellos?

—No seas ridículo —espeto—. Por supuesto que lo haré si la situación…

—Lo requiere.

—Vives en el pasado, Frederic. —Los nudillos se me ponen blancos alrededor de la empuñadura de la daga, y lo único que quiero es golpearlo en la cabeza con ella—. Los *chasseurs* han cambiado. Ya no es necesario *debilitar* o *aprehender* a los que son diferentes…

—Eres una ingenua si crees que tus amigos salvaron el mundo, Célie. El mal continúa viviendo aquí. Quizá no en el corazón de *todos*, pero sí en el de algunos. Aunque la batalla de Cesarine cambiara muchas cosas, no cambió eso. El mundo aún necesita a nuestra hermandad. —Hunde su espada bastarda en el pecho del hombre de paja que nos queda más cerca, donde se estremece como un pararrayos—. De modo que nuestra hermandad pervive. Acércate. Finge que soy un hombre lobo. Acabo de atiborrarme del ganado de un granjero y me he dado un festín con sus pollos. —Abre los brazos de par en par como un maestro de ceremonias y dice—: Someteme.

La lluvia empieza a caer con ganas mientras lo miro. Mientras me arremango para ganar tiempo.

Porque no sé nada sobre someter a un hombre lobo.

Ojos, orejas, nariz e ingle. La risa de Lou atraviesa la espiral de pánico de mis pensamientos. Me

hizo una visita en el patio de entrenamiento el día después de mi iniciación, el día en que Jean Luc decidió que ninguno de los dos debíamos volver a visitar el campo de entrenamiento. *No importa a quién te enfrentes, Célie, todo el mundo tiene una ingle en alguna parte. Encuéntrala, dale una patada con todas tus fuerzas y lárgate*. Cuadro los hombros cuando Basile comienza a burlarse, separo las piernas y levantando mi daga una vez más.

Más *chasseurs* han llegado al patio. Nos observan con una curiosidad descarada.

Puedo hacerlo.

Sin embargo, cuando me lanzo a por sus ojos, Frederic me agarra la muñeca con facilidad, me hace girar en una pirueta mareante y me estampa la cara contra el hombre de paja. Detrás de mis ojos estallan unas lucecitas. Me mantiene inmovilizada más tiempo del necesario —con más fuerza de la necesaria—, restregándome las mejillas contra la paja hasta que casi grito por la injusticia de la situación. Forcejeo con violencia, le doy un codazo en el estómago y cede con una sonrisa burlona.

—Esos ojos de corderito te delatan, *mademoiselle*. Son demasiado expresivos.

—Eres un *cerdo* —gruño.

—Mmm. Y también emocional. —Se hace a un lado cuando me lanzo con furia a por su oreja, yerro por mucho y me resbalo un poco con el barro—. Admite que no deberías estar aquí y ya está, abandonaré con mucho gusto. Podrás volver a tus vestidos, a tus libros y a tu *chimenea* mientras yo vuelvo a nuestra causa. Esa es nuestra chica —canturrea mientras me aparto el pelo empapado de la frente, esforzándome por ver algo—. Admite que no estás capacitada para ayudarnos, y dejaremos que seas feliz con tus cosas.

—Aunque simpatizo con tu situación, Frederic, de verdad, no soy *tu chica*, y me compadezco de cualquier mujer que lo sea.

Me tira al suelo cuando voy a por su nariz. Aterrizo con fuerza, tosiendo y tratando de no encogerme de dolor o vomitar. Las esquirlas que siento en la garganta se me clavan más profundo, como si estuvieran intentando hacerme sangrar. *La pequeña y tonta Célie*, sigue canturreando Morgane. *Qué muñequita tan encantadora*.

—Ven aquí. —Frederic se arremanga y se agacha para señalar mi uniforme. Para mi sorpresa, la tinta negra de un tatuaje marca la cara interna de su antebrazo. Aunque solo puedo ver las primeras dos letras —*FR*—, la lluvia provoca que su camisa resulte casi translúcida, revelando el contorno de un nombre—. ¿No te sientes como si estuvieras jugando a los disfraces? —pregunta.

Ven aquí para que pueda destrozarte.

—¿En contraposición a *qué*? —Lo empujo, apretando los dientes, pero permanece inamovible —. ¿A tatuarme mi nombre en el brazo, para que nadie olvide quién soy?

Antes de que pueda responder, en la puerta de la armería brota un coro de voces, y nos giramos al unísono —Frederic suspendido sobre mí, mi cuerpo en posición supina debajo de él— cuando Jean Luc entra en el patio de entrenamiento, acompañado por tres mujeres con abrigos azul claro. *Novicias*. Aunque la lluvia se ha convertido en un aguacero, la mirada de Jean encuentra la mía de inmediato, y abre mucho los ojos durante una fracción de segundo. Luego, su expresión se oscurece. Tuerce la boca cuando otro rayo golpea la catedral y el compañero de Charles aparece junto a su hombro.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —pregunta, acercándose a nosotros con paso airado.

Frederic no se mueve, salvo por la agradable sonrisa que esboza.

—Nada de lo que informar, me temo. Solo un pequeño combate amistoso.

Jean Luc desenvaina su Balisarda en una amenaza apenas velada.

—Bien. Entrenemos, entonces.

—Por supuesto, capitán. —Frederic asiente en actitud afable—. En cuanto hayamos acabado.

—*Habéis* acabado.

—No, no hemos acabado. —Jadeo las palabras y sacudo la cabeza de un lado al otro, salpicando barro en todas direcciones. Aunque tengo los oídos llenos de agua, oigo un horrible zumbido que no desaparece. Me concentro en la expresión engreída de Frederic y cierro las manos en puños—. Déjame terminar esto, Jean.

—*Déjame terminar esto, Jean* —imita Frederic, demasiado bajo para que nadie más lo oiga. Riendo, me aparta un mechón de pelo de los ojos. El gesto es demasiado personal, demasiado *privado*, y se me eriza la piel cuando Jean Luc grita algo que no logro escuchar. El zumbido en mis oídos se intensifica—. Admite que lo avergüenzas y te dejaré tranquila.

No importa a quién te enfrentes, Célie, todo el mundo tiene una ingle en alguna parte.

Reacciono por instinto, con saña, y asesto una patada a la suave carne entre sus piernas, que produce un satisfactorio crujido.

Abre los ojos de par en par, y puede que haya calculado mal, porque no cae hacia atrás, sino hacia *delante*, y no logro alejarme de él antes de que aterrice sobre mí, aullando y maldiciendo y arrancándome la daga de la mano. Me aprieta la garganta con ella, preso de una furia ciega.

—Serás *zorra*…

Jean Luc lo agarra por el cuello y lo lanza al otro lado del patio de entrenamiento, sus ojos tan negros como el cielo sobre nuestras cabezas. Un rayo ilumina nuestro entorno.

—¿Cómo te atreves a atacar a uno de los nuestros? ¿Y a Célie Tremblay, para más inri? —No permite que Frederic se escabulla, sino que carga tras él y lo estampa contra el objetivo de tiro al arco más cercano. A pesar de la mueca de Frederic, a pesar de su tamaño, Jean Luc lo sacude con brusquedad—. ¿Tienes la menor idea de lo que ha hecho por este reino? ¿Tienes alguna idea de lo que ha *sacrificado*? —Suelta a Frederic como si fuera un saco de patatas y empieza a dirigirse al resto del patio de entrenamiento mientras me apunta con su Balisarda. Me pongo en pie rápidamente—. Esta mujer abatió a *Morgane le Blanc*. ¿O es que ya no recordáis a nuestra antigua *Dame des Sorcières*? ¿Ya habéis olvidado su reinado de terror? ¿Que mataba a hombres, mujeres y niños en su desquiciada búsqueda de venganza? —Vuelve a hablarle a Frederic, cuyo labio se curva en una mueca mientras se limpia con amargura el barro del abrigo—. ¿Y bien? ¿*Lo has olvidado*?

—No —gruñe.

Los *chasseurs* están petrificados por todo el patio. No se atreven a moverse. No se atreven a *respirar*.

Las novicias todavía se apiñan cerca de la armería, con los ojos muy abiertos y empapadas. Sus caras me resultan desconocidas. Nuevas. Me coloco más recta por ellas, y también por *mí*. Aunque la humillación todavía me arde en el pecho, en él también se despliega un atisbo de orgullo. Porque Lou y yo *sí* derrocamos a Morgane le Blanc el año pasado, y lo hicimos juntas. Acabamos con ella para siempre.

—Excelente. —Jean Luc enfunda su Balisarda con brusquedad mientras me arrastro hasta su lado. No me mira—. Si alguna vez vuelvo a ver algo parecido —nos promete, su voz más baja ahora, apenas audible—, apelaré personalmente ante el padre Achille por la destitución inmediata de los *chasseurs* implicados. Somos mejores que esto.

Frederic escupe con disgusto cuando Jean Luc toma mi mano y me conduce más allá de las novicias, a la armería. Sin embargo, no se detiene ahí. Continúa hasta que alcanzamos un escobero cerca de la cocina, más agitado con cada paso que da. Cuando me empuja dentro sin una palabra, se me cae el alma a los pies.

Deja la puerta entreabierta por decoro.

Luego me suelta la mano.

—Jean…

—Lo acordamos —dice en tono seco, cerrando los ojos y restregándose la cara—. Acordamos que no entrenarías con los demás. Acordamos no volver a ponernos en semejante posición.

—¿Ponernos en qué posición? —Ese atisbo de orgullo en mi pecho se marchita y se transforma en algo ceniciento y muerto, y me escurro el pelo con un gesto duro y brutal. Sin embargo, no puedo evitar que me tiemble la voz—. ¿*Mi* posición? Se espera que los *chasseurs* entrenen, ¿no es así? ¿Preferiblemente juntos?

Con el ceño fruncido, toma una toalla del estante y me la entrega.

—Si quieres entrenar, *yo* te entrenaré. Ya te lo he *dicho*, Célie…

—¡No puedes seguir dispensándome un trato especial! No tienes *tiempo* para entrenarme, Jean, y, además, Frederic tiene razón. No es justo esperarlo todo de ellos y nada de mí…

—No es que no espere nada de ti… —Deja de hablar de repente, y su ceño se vuelve más profundo mientras me limpio la suciedad del cuello, la clavícula, la garganta. Él tensa la mandíbula—. Estás sangrando.

—¿Qué?

Se acerca, me agarra por la mandíbula y me inclina la cabeza para examinarme la garganta.

—Frederic. Ese cabrón te ha roto la piel. Lo juro por Dios, haré que limpie los establos durante un *año*…

—¿Capitán? —Un novicio asoma la cabeza en el armario—. El padre Achille necesita hablar con vos. Dice que se ha producido un avance fundamental con el… —Pero se detiene en seco cuando me ve y se sobresalta al vernos juntos y a solas. Al notar que nos *tocamos*. Jean Luc suspira y se aleja.

—¿Un avance fundamental con qué? —espeto.

El novicio, varios años más joven que yo —puede que tenga catorce—, se endereza como si lo hubiera abofeteado y frunce el ceño, confuso. Baja la voz y habla con seriedad.

—Los cadáveres, *mademoiselle*.

Entorno los ojos con incredulidad mientras paseo la mirada entre él y Jean.

—¿Qué *cadáveres*?

—Es suficiente —interrumpe Jean Luc con brusquedad antes de que el novicio pueda responder. Lo saca por la puerta y me lanza una mirada cautelosa por encima del hombro. No me permite exigir una explicación. No me permite tirar la toalla, agarrarlo por el abrigo o gritar mis frustraciones a los cielos. No. Niega con la cabeza en un gesto seco mientras se da la vuelta—. No

preguntes, Célie. No es de tu incumbencia. —Sin embargo, vacila en la puerta, con una disculpa en la voz y los ojos llenos de arrepentimiento—. Por favor, no te preocupes.

Capítulo 5

Rosas carmesíes

Espero más de lo estrictamente necesario antes de adentrarme con sigilo en el pasillo, rezando para que los demás permanezcan en el patio. No quiero verlos. De hecho, en este momento, no quiero volver a ver otro abrigo azul o Balisarda nunca más.

No estoy enfurruñada, por supuesto.

Que Jean Luc se guarde para sí sus sucios secretos. Por lo que parece, no importa lo que *he hecho por este reino o lo que he sacrificado*; no importa la perorata que ha soltado en el patio de entrenamiento. Parece que son solo palabras —*no*, es una forma de aplacarnos, a mí, a Frederic e incluso a nuestro querido capitán. Al final, *sí* que soy una bonita muñeca de porcelana. Podría romperme ante el más mínimo roce. Me limpio las lágrimas de furia de las mejillas, subo las escaleras como un vendaval y me arranco el feo abrigo y la falda empapada para después arrojar ambas cosas a un rincón de mi habitación. Una parte de mí espera que se pudran ahí. Una parte de mí espera que se descompongan y se desmenucen, para que nunca tenga que ponérmelos de nuevo.

¿No te sientes como si estuvieras jugando a los disfraces?

Cierro las manos en puños.

Dejé de jugar a los disfraces con quince años, cuando ya era demasiado mayor para ello, según Filippa. Eso me dijo la primera noche que la descubrí escabulléndose de nuestra habitación. Yo me había quedado dormida con mi tiara puesta y un libro sobre la princesa de hielo Frostine todavía abierto sobre el pecho, cuando sus pasos me despertaron. Jamás olvidaré la mirada de desprecio en su rostro, la forma en que se burló de mi camisón rosa pálido.

—¿No eres un poco mayor para actuar así? —me preguntó.

No fue la última vez que lloré por culpa de mi hermana.

La pequeña y tonta Célie.

Me quedo de pie en mi habitación otro instante —respirando con dificultad, con la camisola goteando— antes de suspirar y levantarme a por mi uniforme. Con dedos fríos y torpes cuelgo la lana azul en la repisa de la chimenea para que se seque. Un sirviente ya ha avivado las brasas agonizantes del fuego de anoche, probablemente a petición de Jean Luc. Anoche oyó mis gritos. Los oye *todas* las noches. Aunque las reglas de la Torre le impiden acudir a mi lado, consolarme,

hace lo que puede. Velas nuevas llegan a mi puerta dos veces por semana, y las llamas siempre rugen en mi hogar.

Dejo caer la frente contra la repisa de la chimenea y me trago otra ardiente oleada de lágrimas. La cinta esmeralda que me rodea la muñeca, un talismán, casi se ha soltado durante mi riña con Frederic, y un extremo de la lazada está más largo que el otro; los bonitos bucles ahora cuelgan flojos y con un aspecto lamentable. Igual que yo. Aprieto los dientes y, con cuidado, vuelvo a atar la seda y elijo un vestido blanco como la nieve del armario, sin importarme el vendaval de fuera. Junto a la puerta, descuelgo una capa verde botella de su gancho y me coloco el pesado terciopelo alrededor de los hombros.

Jean Luc está ocupado.

Y yo voy a visitar a mi hermana.

El padre Achille me intercepta en el vestíbulo antes de que pueda escapar. Él sale del santuario —presumiblemente de camino a hablar con Jean Luc—, vacila y frunce el ceño cuando ve la mirada en mi rostro. En la mano lleva un libro pequeño.

—¿Va todo bien, Célie?

—Por supuesto, Su Eminencia. —Me obligo a esbozar una sonrisa deslumbrante, plenamente consciente de mis ojos hinchados y mi nariz roja, y estudio el libro con tanta discreción como me es posible, pero no logro distinguir las letras descoloridas de la cubierta. *Parece* del mismo tamaño que el libro que Jean Luc llevaba en el bolsillo anoche. Sin embargo, todo en él, desde sus páginas sueltas y amarillentas hasta su lomo de cuero maltratado, resulta siniestro. Y esa mancha oscura…. ¿es *sangre*? Cuando me fijo más, casi entrecerrando los ojos y arrojando la precaución al viento, se aclara la garganta y se mueve deliberadamente para esconder el libro detrás de la espalda. Sonrío con más intensidad—. Disculpe mi atuendo. La lluvia me ha empapado el uniforme mientras entrenaba con Frederic esta mañana.

—Ah. Sí. —Se mueve de nuevo, claramente incómodo con el silencio que cae entre nosotros. Como hombre viejo, bastante hosco y cascarrabias, el padre Achille preferiría desplomarse sobre su Balisarda que mencionar mis lágrimas. Sin embargo, estoy segura de que para sorpresa de ambos, no se marcha, sino que se rasca con torpeza la barba entrecana. Tal vez su nueva posición como arzobispo todavía no lo haya endurecido como sucedió con su antecesor. Espero que nunca lo haga—. Sí, he oído lo de Frederic. ¿Estás bien?

Mi sonrisa se convierte en una mueca.

—¿Jean Luc no ha mencionado que lo he derrotado?

—¿De veras? —Se aclara la garganta y sigue rascándose, con sus ojos oscuros fijos en sus botas, en la ventana, en cualquier cosa excepto en mi cara—. Pues esa parte… No, me temo que no ha surgido en la conversación.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. A veces me pregunto por qué Dios nos ordena no mentir nunca.

—Claro. —Me llevo el puño al corazón, inclino la cabeza y avanzo poco a poco hasta dejarlo

atrás—. Si me disculpáis…

—Célie, espera. —Me hace un gesto con la mano y suelta un suspiro atribulado—. Carezco de talento para esto, pero bueno, si alguna vez necesitas un oído que no pertenezca a tu prometido, todavía soy capaz de escuchar. —Vacila durante otro doloroso segundo y sigue rascando, rascando y *rascando*, y rezo para que el suelo se abra y me trague entera. De repente, yo tampoco quiero hablar de mis lágrimas. Solo quiero irme. Sin embargo, cuando me sostiene la mirada por segunda vez, deja caer la mano y asiente con resignación—. Antes me parecía mucho a ti. No sabía cómo encajaba aquí. No sabía si *podría* encajar aquí.

Frunzo el ceño, sorprendida.

—Pero usted es el arzobispo de Belterra.

—No siempre lo fui. —Me conduce hacia la gran entrada de Saint-Cécile y un inexplicable afecto por él florece en mi pecho cuando vacila, sin estar dispuesto a dejarme marchar todavía. Aunque la lluvia ha cesado, una fina capa de humedad aún empapa los escalones, las hojas, la calle empedrada—. No puedes vivir por un solo momento, Célie.

—¿A qué se refiere?

—Cuando le clavaste esa inyección a Morgane le Blanc, la bruja más fuerte y cruel que este reino haya conocido jamás, llevaste a cabo una gran hazaña por Belterra. Fue algo admirable. Pero eres más que grande y admirable. Eres más que ese momento. No dejes que te defina y no dejes que dicte tu futuro.

Frunzo aún más el ceño e, instintivamente, deslizo una mano dentro de la capa para jugar con la cinta esmeralda que me adorna la muñeca. Los extremos han empezado a deshilacharse.

—Me… me temo que sigo sin entenderlo. He elegido mi futuro, Eminencia. Soy una *chasseur*.

—Mmm. —Se arrebuja aún más en la túnica que cubre su demacrado cuerpo y compone una mueca de disgusto al echarle un vistazo al cielo. Le duelen las rodillas cuando llueve—. ¿Y eso es lo que quieres de verdad? ¿Ser una *chasseur*?

—Por supuesto. Quiero… quiero servir, proteger, ayudar a convertir este reino en un lugar mejor. Hice un voto…

—No todas las elecciones son para siempre.

—¿Qué quiere decir? —Incrédula, doy un paso atrás para alejarme de él—. ¿Que no debería estar aquí? ¿Que no *encajo*?

Carraspea y se gira hacia las puertas, repentinamente contrariado una vez más.

—Estoy diciendo que encajas si quieres encajar, pero que, si *no* quieres, bueno, no permitas que te robemos tu futuro. —Me mira por encima del hombro mientras cojea de vuelta al vestíbulo para escapar del frío—. No eres una necia. Tu felicidad importa tanto como la de Jean Luc.

Expulso el aire con aspereza.

—Ah… —agita una mano nudosa, despreocupado— y si vas al cementerio, detente primero en *le fleuriste*. Helene acaba de preparar unos ramos para las tumbas de los caídos. Llévale uno también a Filippa.

Unas rosas de color carmesí oscuro desbordan mi cesto cuando llego al cementerio, ubicado más allá de Saint-Cécile. Una enorme puerta de hierro forjado rodea la propiedad, sus torres negras perforan las nubes espesas. Las puertas están abiertas de par en par esta tarde, pero el efecto dista mucho de ser acogedor. No. Más bien produce la sensación de que voy directa hacia sus dientes.

Un escalofrío familiar me recorre la columna vertebral mientras insto a mi caballo a avanzar por el camino de adoquines.

El año pasado, cuando el fuego infernal de Cosette Monvoisin destruyó el viejo cementerio, junto con las catacumbas de los privilegiados y los ricos que se encontraban debajo, la aristocracia no tuvo más remedio que erigir nuevas lápidas para sus seres queridos aquí. Eso incluyó a Filippa. A pesar de las vehementes protestas de mi padre —*su* hija obligada a yacer junto a los campesinos por toda la eternidad—, nuestra tumba ancestral había ardido como todas las demás.

—En realidad no está aquí —le recordé a mi madre, que lloró durante días—. Su alma ya ha partido.

Y ahora, también su cuerpo.

Aun así, esta nueva tierra, aunque santificada por el mismísimo Florin Cardinal Clément, parece *furiosa*.

Parece… hambrienta.

—Chist. —Me inclino para consolar a mi caballo, Cabot, que resopla y sacude su enorme cabeza, agitado. Odia venir aquí. Y yo odio traerlo. Si no fuera por Filippa, nunca volvería a poner un pie entre los muertos—. Ya casi hemos llegado.

Cerca de la parte trasera del cementerio, hilera tras hilera de espeluznantes lápidas se elevan desde el suelo como dedos. Se aferran a los cascos de mi caballo, a las ruedas de mi carreta, cuando me bajo de la silla para caminar junto a Cabot e ir colocando un ramo de rosas encima de cada una. Una tumba —y un ramo— por cada persona que cayó durante la batalla de Cesarine. Por orden del padre Achille, traemos flores frescas cada semana. Para honrarlos, dice, pero no puedo evitar sentir que la auténtica motivación es apaciguarlos.

Es una idea estúpida, por supuesto. Al igual que Filippa, estas personas ya no están *aquí*, y aun así…

Ese escalofrío vuelve a recorrerme la columna.

Como si me estuvieran observando.

—*Mariée*…

La palabra, pronunciada en voz tan baja que podría habérmela imaginado, flota en el viento, y me detengo de repente para girar la cabeza de un lado a otro como una loca mientras me invade una enfermiza sensación de *déjà vu*. *Por favor, Dios, no. Otra vez NO*.

Ya he oído esa palabra antes.

Me estremezco, acelero el paso e ignoro la repentina presión en mis sienes. Porque me lo he imaginado, por supuesto que sí, y justo por esto evito los cementerios. Las voces en mi cabeza no son reales. Nunca lo han sido, y mi mente está jugando conmigo otra vez, como en el ataúd de Filippa. En aquella ocasión, esas voces tampoco eran reales.

No son reales.

Repito las palabras hasta que casi me las creo, y cuento cada uno de los ramos hasta que casi me olvido del tema.

Cuando por fin llego a la tumba de Pippa, me agacho junto a ella y apoyo la mejilla contra la piedra trabajada. Sin embargo, está tan fría como el resto. Igual de húmeda. El musgo ya se ha abierto paso por sus bordes arqueados, oscureciendo las sencillas palabras: *Filippa Allouette Tremblay, amada hija y hermana*. Aparto el musgo para reseguir el contorno de las letras de su nombre una y otra vez, porque era mucho más que amada, y ahora hablamos de ella en pasado. Ahora me persigue en mis pesadillas.

—Te echo de menos, Pip —susurro, cerrando los ojos y temblando. Y quiero decirlo en serio. Lo deseo *desesperadamente*.

Quiero preguntarle qué hacer: con Jean Luc, con Frederic, quiero pedirle su opinión sobre el amor y el matrimonio y esta paralizante decepción. Quiero preguntarle por sus sueños. ¿Amaba al chico al que visitaba de noche? ¿La amaba él? ¿Se imaginaban una vida juntos —una vida ilícita, *emocionante*—, antes de que Morgane se la llevara?

¿Alguna vez cambió de opinión?

Nunca me lo contó, y luego falleció, dejándome con una imagen a medio dibujar de ella. Dejándome con la mitad de su sonrisa, con la mitad de sus secretos. Con la mitad de su cara.

Dejo las rosas a sus pies con dulzura y me aparto con una calma deliberada. No huiré. No gritaré. Mi hermana sigue siendo mi hermana, al margen de cómo la profanara Morgane, de cómo me profanara Morgane *a mí*. Respiro hondo, le acaricio la cara a Cabot y asiento para mí misma: volveré a la Torre de los *chasseurs* y continuaré organizando por orden alfabético la biblioteca del consejo. Esta noche compartiré una comida mediocre con Jean Luc y nuestros hermanos, y me deleitaré con el pastel de carne y las patatas hervidas, con la lana azul y mi pesada Balisarda.

—Puedo soportarlo —le digo a Cabot antes de darle un beso en el morro—. Puedo hacerlo.

No jugaré a fingir que soy otra persona.

Entonces, con un relincho, Cabot se encabrita bruscamente y sacude la cabeza, con lo que casi me rompe la nariz.

—¡Cabot! —Retrocedo a toda prisa, aturdida, pero sale disparado antes de que pueda calmarlo, antes de que pueda hacer otra cosa que no sea recuperar el equilibrio contra la lápida de mi hermana—. ¿Qué estás…? ¡Vuelve! *¡Cabot!* ¡Cabot, *vuelve*! —Me ignora y aumenta la velocidad, inexplicablemente aterrorizado, hasta que gira en la curva y desaparece de la vista. Detrás de él, el carro rebota sobre los adoquines. Las rosas carmesíes salen volando en todas direcciones. Cubren el cementerio como gotas de sangre, excepto…

Excepto…

Me apoyo en la lápida de Filippa, horrorizada.

Excepto que se marchitan y se tornan negras en cuanto tocan el suelo.

Trago con dificultad mientras siento los dolorosos latidos de mi corazón en las orejas y bajo la mirada a mis pies, donde las rosas de Filippa también se enroscan sobre sí mismas y sangran. Sus vívidos pétalos se marchitan hasta convertirse en cenizas. La podredumbre me inunda los sentidos. *Esto no es real.* Repito las palabras en un frenesí mientras me alejo tambaleándome, mientras mi visión empieza a estrecharse y la garganta se me empieza a cerrar. *Esto no es real. Estás soñando. Es solo una pesadilla. Es solo…*

Casi no veo el cadáver.

Yace al otro lado de una tumba en mitad del cementerio, demasiado pálido —la piel casi

blanca, cenicienta y desprovista de sangre— para no tratarse de un cuerpo muerto.

—Ay, Dios. —Las rodillas se me paralizan mientras la miro. A *ella*. Porque este cadáver es claramente femenino, con hojas y escombros enredados en su pelo dorado, sus labios carnosos todavía pintados de escarlata, sus manos llenas de cicatrices apretadas con cuidado contra el pecho, como…. como si alguien la hubiera colocado en esa *pose*. Me trago la bilis y me obligo a acercarme más. No estaba aquí cuando he pasado cabalgando con Cabot antes, lo que significa… *Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios.*

Su asesino podría seguir aquí.

Recorro con la mirada cada lápida, cada árbol, cada hoja, pero a pesar de la tormenta de esta mañana, el silencio y la quietud han descendido sobre este lugar. Incluso el viento ha huido de aquí, como si también presintiera la cercanía del mal. Notando un martilleo en la cabeza, me acerco más al cuerpo. Más cerca aún. Cuando nadie salta desde las sombras, me agacho a su lado y, si es posible, el estómago me da un vuelco aún mayor. Porque reconozco a esta mujer, Babette. Una vez fue cortesana en el infame burdel de *madame* Helene Labelle, y se unió a Coco y a las demás *Dames rouges* contra Morgane le Blanc en la batalla de Cesarine. Peleó con nosotros. Me… me ayudó a esconder a niños inocentes de otras brujas; *salvó* a *madame* Labelle.

Dos pulcras heridas punzantes decoran su garganta donde debería estar su pulso.

—Ay, Babette. —Con dedos temblorosos, le retiro el pelo de la frente y le cierro los ojos—. ¿Quién te ha hecho esto?

A pesar de su palidez, ni una gota de sangre mancha su vestido; de hecho, parece no haber sufrido heridas más allá de las pequeñas marcas que se le ven en la garganta. Le tomo las manos para examinarle las muñecas, las uñas, y una cruz resbala por su palma. La tenía apretada contra el corazón. La levanto con incredulidad, es de plata adornada, brillante y reluciente incluso a pesar del día nublado. Sin sangre. Ni siquiera una gota.

No tiene *sentido*. Parece como si simplemente estuviera dormida, lo que significa que no puede llevar muerta mucho rato…

—*Mariée*…

Cuando las hojas de un abedul susurran detrás de mí, me pongo de pie y me giro con brusquedad, pero no aparece nadie, salvo el viento. Vuelve para clamar venganza, azotándome las mejillas y el pelo, instándome a moverme, a salir de aquí. Aunque anhelo hacer caso a su llamada, el novicio de antes ha hablado de cadáveres. *Cadáveres*. Como si hubiera… más de uno.

Jean Luc. Su nombre se alza como un muro en mitad de la vorágine de mis pensamientos.

Él sabrá qué hacer. Sabrá qué ha pasado aquí. Doy un par de pasos apresurados hacia Saint-Cécile antes de detenerme, volver a girarme y arrancarme la capa de los hombros. Cubro a Babette con ella. Tal vez sea una tontería, pero no puedo dejarla aquí, vulnerable y sola y…

Y muerta.

Aprieto los dientes y coloco el terciopelo sobre su precioso rostro.

—Volveré enseguida —le prometo. Luego corro hacia la puerta de hierro forjado sin parar, sin frenar, sin mirar atrás. Aunque el cielo se deshace en una fina niebla una vez más, lo ignoro. Ignoro los truenos en mis oídos, el viento en mi pelo, que entresaca los pesados mechones de mi moño. Me los aparto de los ojos y cruzo la puerta. Mi motivación cae en picado con cada paso porque Babette está muerta, *está muerta, está muerta, está muerta*, y me choco de frente con el

hombre más pálido que he visto en mi vida.

CAPÍTULO 6

El hombre más frío

Me ayuda a guardar el equilibrio con sus manos anchas y una expresión escéptica, y arquea una ceja al reparar en mi pelo alborotado y mi mirada embravecida. Tengo un aspecto escandaloso. *Sé* que tengo un aspecto escandaloso, pero aun así agarro su sobrevesta de cuero —que se adhiere a su poderosa silueta como una segunda piel, completamente negra contra su palidez— y clavo la mirada en él, con la boca abierta. Incapaz de articular el pánico que me constriñe el pecho. Continúa creciendo a medida que mi mente alcanza a mis sentidos.

Este hombre está más pálido que Babette.

Más frío.

Le tiemblan las aletas de la nariz.

—¿Se encuentra bien, *mademoiselle*? —murmura, y su *voz*, profunda y rica, parece enroscarse alrededor de mi cuello y atraparme ahí. Reprimo un escalofrío por todo el cuerpo, inexplicablemente nerviosa. Sus pómulos podrían cortar cristal. Su pelo emite un extraño brillo plateado.

—¡Un cadáver! —Las palabras brotan de mí con torpeza, más fuertes y más estridentes de lo que nuestra proximidad exige. Todavía me sostiene por la cintura. Todavía me agarro a sus brazos. De hecho, si quisiera, podría extender la mano y tocar las sombras debajo de sus ojos negro mate. Esos ojos que ahora miran dentro de mí con fría intensidad—. H-Hay… hay un c-c-cadáver ahí atrás. —Me dirijo hacia la puerta del cementerio—. Un cadáver…

Despacio, ladea la cabeza para examinar el camino de adoquines que queda a mi espalda.

—Varios, imagino —dice en tono mordaz.

—No, eso no es lo que… las rosas… se… se han marchitado al tocar el suelo y…

Parpadea.

—¿Las rosas… se han marchitado?

—Sí, se han marchitado y han muerto, y Babette… también ha muerto. Ha muerto sin que se haya derramado una sola gota de su sangre, solo tiene dos agujeros en el cuello…

—¿Está segura de que se encuentra bien?

—*¡No!* —Ahora casi grito la palabra, todavía aferrándome a él y demostrando por completo su argumento. No importa. No tengo tiempo para atender a razones. Elevo la voz a un ritmo

constante y entierro los dedos en sus brazos como si pudiera *obligarlo* a entender. Porque los hombres valoran la fuerza. No valoran la histeria; no *escuchan* a las mujeres histéricas, y yo… yo… —. ¡Por supuesto que no estoy del todo bien! ¿Me está escuchando siquiera? Una mujer ha sido *asesinada*. Ahora mismo, su cadáver está tendido sobre una tumba, como una especie de princesa de un cuento de hadas macabro, y usted, *usted*, señor… —Mi terrible inquietud por fin se convierte en sospecha, y se la arrojo como si se tratara de un arma—. ¿Por qué está al acecho fuera de un cementerio?

Pone los ojos en blanco y se libera de mi agarre con sorprendente facilidad. Mis manos caen de su cuerpo como telarañas rotas.

—¿Por qué acecha *usted* dentro de uno? —Su mirada pasa de mis hombros descubiertos a la niebla que se alza sobre nosotros—. Bajo la lluvia, nada menos. ¿Tiene ganas de morir, *mademoiselle*? ¿O son los propios muertos quienes la llaman?

Retrocedo con disgusto.

—¿Los *muertos*? Por supuesto que no… esto es… —Exhalo con fuerza por la nariz y me obligo a echar los hombros atrás. Levanto la barbilla. No va a distraerme. La lluvia pronto podría borrar cualquier pista que se me haya pasado por alto, y Jean Luc y los *chasseurs* deben ser informados—. Los muertos no me *llaman*, *monsieur*…

—¿No?

—No —repito con firmeza—, y hablar así es bastante inusual. Y sospechoso, dadas las circunstancias…

—¿Y bajo diferentes circunstancias?

—En realidad, le encuentro bastante inusual y sospechoso. —Ignoro la mueca sardónica de sus labios y continúo con sombría determinación—. Pido disculpas por esta imposición, señor, pero… sí, me temo que debe acompañarme. Los *chasseurs* querrán hablar con usted, puesto que ahora es —trago saliva cuando él ladea la cabeza, estudiándome— un s-sospechoso principal en lo que seguramente será una investigación de asesinato. O un testigo, por lo menos —añado a toda prisa mientras doy un paso inseguro hacia atrás.

Sus ojos no pierden detalle de ese paso. El movimiento, aunque leve, provoca que un escalofrío me recorra la columna.

—¿Y si me niego? —pregunta.

—Bueno, entonces, señor, no… no tendré más remedio que obligarlo.

—¿Cómo?

El estómago me da un vuelco.

—¿Disculpe?

—¿Cómo me obligarás? —repite, intrigado en esta ocasión. Y esa curiosidad, ese destello de humor en sus ojos negros, de alguna forma es peor que su desdén. Cuando da otro paso hacia mí, yo doy otro paso hacia atrás, y curva los labios hacia arriba—. Seguro que debes de tener alguna idea, o no me habrías amenazado. Adelante, mascota. No pares ahora. Dime lo que piensas hacerme. —Esos ojos se desvían un instante hacia mi persona, evaluándome, *divertidos*, antes de volver a desafiarme abiertamente—. No pareces tener ningún arma bajo ese vestido.

Las mejillas me estallan en llamas cuando también bajo la mirada hacia mi ropa. La lluvia la ha vuelto casi translúcida. Sin embargo, antes de que pueda hacer nada, antes de que pueda

conseguir una piedra o quitarme la bota para arrojársela, o puede que sacarle los ojos, se oye un grito al final de la calle. Nos giramos al unísono, y una figura delgada y familiar avanza hacia nosotros a través de la niebla. El corazón se me sube a la garganta cuando lo veo.

—¡Jean Luc! ¡Estás aquí!

La diversión desaparece del semblante del hombre.

Gracias a Dios.

—El padre Achille me ha dicho dónde encontrart… —Su expresión se contorsiona en una mueca a medida que se acerca, cuando se da cuenta de que no estoy sola, de que aquí hay otro *hombre*. Acelera el paso—. ¿Quién es? ¿Y dónde está tu abrigo?

El hombre en cuestión se aleja de nosotros y entrelaza sus largos y pálidos dedos detrás de la espalda. Esa inclinación de sus labios regresa, no como antes, no del todo una sonrisa y no del todo una mueca, sino algo a medio camino. Algo desagradable. Enarca una ceja en mi dirección y le dedica un breve asentimiento a Jean Luc.

—Qué suerte para todos nosotros. Cuente a su amiguito lo de las rosas. Yo me despido ya.

Se pone en movimiento para alejarse.

Para sorpresa de todos, incluso para mí, alargo la mano para atraparlo por la muñeca. Su expresión se oscurece ante el contacto y, despacio, con frialdad, baja la mirada hasta mis dedos. Los aparto a toda prisa. Su piel desnuda está tan fría como el hielo.

—El capitán Toussaint no es mi amiguito. Es mi… mi…

—Prometido —termina Jean Luc con brusquedad, agarrándome la mano y tirando de mí para ponerme a su lado—. ¿Te está molestando este hombre?

—Él… —Trago saliva y sacudo la cabeza—. No importa, Jean. De verdad. Hay algo más, algo más importante…

—*A mí* me importa.

—Pero…

—¿Te está molestando? —Jean escupe cada palabra con inesperado veneno, y casi grito de frustración, resistiendo el impulso de zarandearlo, de estrangularlo. Todavía mira con furia al hombre, que ahora nos observa con una extraña intensidad. Roza la actitud de un depredador. Y su cuerpo… se ha quedado demasiado quieto. *Antinaturalmente* quieto. Se me eriza el vello de la nuca cuando ignoro todos mis instintos y le doy la espalda para agarrar las solapas del abrigo azul de Jean Luc.

—Escúchame, Jean. *Escucha*. —Deslizo la mano hacia su cinturón mientras hablo y envuelvo con los dedos la empuñadura de su Balisarda. Se pone tenso ante el contacto, pero no me detiene. Clava los ojos en mi cara, entornados, y cuando asiento de forma casi imperceptible, su propia mano reemplaza la mía. Confía en mí implícitamente. Aunque puede que no sea la más fuerte, la más rápida o la más grande de sus *chasseurs*, *soy* intuitiva, y el hombre que tenemos detrás es peligroso. También está involucrado en la muerte de Babette de alguna forma. *Sé* que lo está.

—La ha asesinado —susurro—. Creo que ha asesinado a Babette.

Eso es lo único que hace falta.

En un solo movimiento fluido, Jean Luc me obliga a colocarme detrás de él y desenvaina su Balisarda, pero cuando carga hacia delante, el hombre ya se ha ido. No, no se ha ido…

Ha desaparecido.

Si no fuera por la rosa carmesí marchita que se alza donde se encontraba, podría no haber existido en absoluto.

CAPÍTULO 7

Un mentiroso, después de todo

La siguiente hora transcurre en el caos más absoluto.

Chasseurs y policías por igual andan desperdigados por las calles —en busca del hombre frío—, mientras otra docena de ellos retiran el cadáver de Babette del cementerio e inspeccionan el terreno en busca de señales de violencia. Yo me agarro con fuerza a su cruz, escondida dentro del bolsillo de mi falda. *Debería* entregársela a Jean Luc, pero mis dedos, todavía helados y temblorosos, se niegan a renunciar a sus ostentosos bordes plateados. Me dejan marcas en la palma cuando me lanzo tras él, decidida a unirme a la investigación. Decidida a *ayudar*. Sin embargo, apenas me mira; en vez de eso, grita órdenes con brutal eficiencia. Encomienda a Charles que encuentre al pariente más cercano de Babette, a Basile que alerte a la morgue de su llegada, a Frederic que recoja las rosas muertas como prueba.

—Llévalas a la enfermería —le dice a este último en voz baja— y envía un mensaje a la *Dame des Sorcières* a través de Su Majestad: dile que necesitamos su ayuda.

—¡Yo puedo ir a por Lou! —En marcado contraste con su fachada inquebrantable, mi voz suena alta, aterrorizada, incluso para mis propios oídos. Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo, apretando la cruz de Babette hasta que me hago daño—. Es decir, puedo contactar con ella directamente…

—No. —Jean Luc niega con la cabeza en un gesto seco. Sigue sin mirarme—. Irá Frederic.

—Pero yo puedo llegar hasta ella mucho más rápido…

—He dicho que *no*, Célie. —Su tono no admite discusión. De hecho, su mirada se endurece cuando por fin examina mi pelo mojado, mi vestido sucio, mi anillo centelleante, antes de darse la vuelta para dirigirse al padre Achille, que llega con un grupo de curanderos. Al ver que no me muevo, se detiene y me mira por encima del hombro—. Ve a la Torre de los *chasseurs* y espérame en tu habitación. Tenemos que hablar.

Tenemos que hablar.

Esas palabras se hunden en mi estómago como ladrillos.

—Jean…

Se oyen gritos a medida que los transeúntes se reúnen en la puerta del cementerio con los ojos muy abiertos y estiran el cuello para ver el cadáver de Babette a través del tumulto.

—Vete, Célie —gruñe. Hace un gesto con la mano a tres *chasseurs* que pasan y les ordena—: Encargaos de los peatones. —Ellos se desvían al instante, y yo lo fulmino con la mirada. A ellos. Obligándome a respirar, suelto la cruz de Babette y me apresuro tras sus anchas espaldas cubiertas de azul. Porque puedo hablar a una multitud con la misma facilidad que ellos. Puedo construir trampas para los *lutins*, ordenar alfabéticamente la biblioteca del consejo y *también* ayudar en una investigación de asesinato. Aunque he dejado mi abrigo y mi Balisarda en casa, sigo siendo una *chasseur*; soy más que la pequeña y bonita prometida de Jean Luc, y si él piensa lo contrario, si alguno de ellos piensa lo contrario, les demostraré aquí y ahora que están equivocados.

El barro me salpica el dobladillo mientras corro para igualar su ritmo y alcanzo el brazo del cazador más lento.

—Por favor, dejad…

Se aparta con un movimiento impaciente de la cabeza.

—Vete a casa, Célie.

—Pero…

Las palabras mueren en mi lengua cuando la multitud se disuelve tras unas escuetas palabras de mis compañeros.

No solo no me quieren aquí, sino que resulto del todo inútil.

Siento como si se me estuviera hundiendo el pecho.

—*Muévete* —murmura Frederic, irritado, apartándome a un lado cuando se gira con los brazos ya llenos de rosas, y casi me pisa el pie. Sus ojos se demoran en mi vestido, y curva el labio con desagrado—. Por lo menos has abandonado toda pretensión, gracias a Dios. —Se acerca a mi carro sin una palabra más y deposita las flores en el interior.

—¡Espera! —Corro tras él a través de la puerta del cementerio. No lloraré aquí. *No lloraré*—. ¿Por qué no recoges las rosas del lado norte? Yo me encargo de las del sur…

Eso solo consigue que frunza más el ceño.

—Creo que has hecho suficiente por un día, *mademoiselle* Tremblay.

—No seas ridículo. He venido aquí por orden del padre Achille…

—¿De verdad? —Frederic se inclina para recuperar otra rosa del suelo. Recojo una cerca de sus pies antes de que pueda detenerme—. ¿El padre Achille también te ha ordenado manipular el escenario del crimen y confraternizar con un sospechoso?

—Yo… —Si es posible, el alma se me cae aún más a los pies, e inhalo con fuerza ante sus acusaciones—. ¿D-de qué hablas? No podía *dejarla* ahí sin más. Estaba… No he manipulado… No *pretendía* manipular nada.

—¿Qué importa eso? —Me arrebata la rosa de la mano y una espina me araña el pulgar—. Lo has hecho de todas formas.

Con los dientes apretados para detener el temblor de mi barbilla, lo sigo hasta lo más profundo del cementerio. Al cabo de dos pasos, sin embargo, una mano familiar agarra la mía, y Jean Luc me hace girar para mirarlo a la cara, en la que exhibe una expresión furiosa.

—No tengo tiempo para esto, Célie. Te he dicho que volvieras a la Torre.

Aparto la mano de la suya y señalo el caos que nos rodea. Las lágrimas brillan en mis ojos, y odio no poder detenerlas. Odio que Frederic pueda verlas. Odio que *Jean* pueda verlas, odio que su propia mirada comience a suavizarse en respuesta, como siempre.

—*¿Por qué?* —estallo, ahogando un sollozo. *No lloraré*—. ¡Todos los demás cazadores están aquí! Todos están aquí y todos están ayudando. —Al ver que no dice nada, que se limita a mirarme fijamente, me obligo a continuar, en voz más baja esta vez. Desesperada—. Babette era mi amiga, Jean. Eres el capitán de los *chasseurs*. Déjame ayudar también. Por favor.

Al final, suelta un profundo suspiro, sacude la cabeza y cierra los ojos, como si le doliera. Los cazadores que tenemos más cerca interrumpen sus tareas para escuchar con el máximo disimulo posible, pero aun así los veo —aun así los *siento*—, y también Jean Luc.

—Si realmente eres una *chasseur*, obedecerás mi orden. Te he dicho que volvieras a la Torre —repite, y cuando abre los ojos de golpe, ha endurecido la mirada una vez más. Todo su cuerpo se ha puesto tenso como un arco, a un tirón de romperse, pero yo me pongo aún más tensa. Porque cuando se inclina para sostenerme la mirada, ya no es Jean Luc, mi prometido y mi corazón. No. Es el capitán Toussaint y yo soy una insubordinada—. Es una orden, Célie.

Esas palabras deberían ser todo lo que siempre he querido.

No lo son.

En algún lugar a mi izquierda estallan unas risitas, pero las ignoro y me quedo mirando a Jean Luc durante un instante desgarrador. Coincide con la lágrima que me resbala por la mejilla. He dicho que no lloraría, pero yo también soy una mentirosa.

—Sí, capitán —susurro, secándome la lágrima y girando en redondo. No vuelvo a mirarlo. No miro al padre Achille, ni a Frederic, ni a las decenas de otros hombres que se detienen para presenciar mi vergüenza. Para *compadecerse*. El anillo que llevo en el dedo me resulta más pesado que de costumbre mientras camino de vuelta a la Torre de los *chasseurs* yo sola. Y por primera vez en un mucho tiempo, me pregunto si he cometido un terrible error.

El tiempo libre es mi enemigo.

Mientras camino arriba y abajo por mi dormitorio, pierdo la noción de él esperando la vuelta de Jean Luc. Con cada paso, la ira se aviva y se propaga por esa zona vacía y dolorosa de mi pecho. Es una distracción bienvenida. La ira es buena. La ira tiene solución.

Tenemos que hablar, me ha dicho Jean Luc.

Al rememorar la severidad de su expresión casi siseo de frustración ante las brasas agonizantes de mi chimenea. Ha tenido el descaro de mandarme a mi habitación como si no fuera su soldado, ni siquiera su *prometida*, sino una niña rebelde y metomentodo. Todas mis velas arden hasta convertirse en cabos mientras trazo un camino de pasos impacientes sobre la alfombra. Algunas se consumen y otras parpadean hasta extinguirse por completo. Aunque la lluvia ha cesado, las nubes permanecen, arrojando una opaca luz gris sobre la habitación. Las sombras se alargan.

Vuelve a la Torre y espérame en tu habitación.

Espérame en tu habitación.

Es una orden, Célie.

—Es una orden, Célie —digo con los dientes apretados mientras arranco un cabo inútil de su

candelabro y lo arrojo al fuego. Las llamas chisporrotean y estallan alegremente, y la imagen me provoca tal placer salvaje que arranco otro cabo y lo arrojo tras el primero. Luego otro. Y otro. Y otro y *otro,* hasta que siento un estremecimiento en el pecho y los ojos me lloran y la cabeza me duele por culpa de la injusticia de toda esta situación. ¿Cómo se *atreve* a ordenarme que haga algo después de *meses* de insistir en un trato especial? ¿Después de meses de dirigirse a mí como si estuviera hecha de porcelana y tratarme con guantes de seda? ¿Cómo se atreve a esperar que lo *obedezca*?

—No puedes tener las dos cosas, Jean. —Con mi resolución endurecida, me dirijo hecha una furia a mi puerta y la abro de par en par, disfrutando del choque cuando impacta con la pared del pasillo. Espero que aparezca alguno de mis hermanos para reprenderme por el ruido, pero ninguno lo hace. Por supuesto que no. Están demasiado ocupados siendo cazadores —auténticos y adecuados, no de los que desobedecen las órdenes de su capitán. Tras otro segundo, suspiro y cierro la puerta con mucha más suavidad, murmurando:

»Pero han dejado claro que no soy una *chasseur*. No de verdad.

Me arrastro por los pasillos vacíos en busca de Jean Luc.

Porque él tenía razón. Tenemos que hablar, y no pienso retrasarlo ni un momento más.

Primero me dirijo a comprobar su habitación y llamo a la puerta anodina al otro lado de la Torre con una confianza que roza la beligerancia, pero no contesta. Después de lanzar miradas furtivas a cada extremo del pasillo, me saco una horquilla de la manga y abro la cerradura. Un viejo truco que aprendí de mi hermana. El mecanismo se suelta con facilidad y echo un vistazo al interior durante un instante antes de percatarme de que no está aquí: su cama está impoluta y sin deshacer, y las persianas cubren la ventana, sumergiendo toda la habitación en la oscuridad. Me retiro rápidamente.

Cuando la campana de la catedral suena un momento después, indicando que son las cinco en punto de la tarde, aprieto el paso en dirección al patio de entrenamiento. Seguro que lo que sea que ha retenido a Jean Luc no debería haberlo hecho durante *tres horas*.

Después de registrar el patio en vano, y los establos, y la enfermería y el estudio del padre Achille, paso al refectorio. Al fin y al cabo, ya es hora de cenar. Puede que Jean Luc no haya comido hoy. Quizá haya pensado en traernos a ambos la cena para rebajar la tensión. Solo un puñado de *chasseurs* ocupan las largas mesas de madera. Sin embargo, Jean Luc no está sentado entre ellos.

—¿Has visto al capitán Toussaint? —le pregunto al más cercano. El nudo de ansiedad de mi estómago trepa hasta alejárseme en la garganta cuando el joven se niega a mirarme a los ojos—. ¿Ha vuelto del cementerio?

¿Ha pasado algo?

Se mete un enorme bocado de patata en la boca, retrasando así el momento de proporcionarme una respuesta. Cuando por fin habla, lo hace en tono reacio.

—No lo sé.

Aunque intento no espetarle nada, el cadáver sin sangre de Babette aparece en mi mente, excepto que ahora no se trata de ella en absoluto, sino de Jean Luc. Dos heridas gemelas le perforan la garganta, y ese atractivo hombre frío se cierne sobre su tumba, con sus dedos pálidos entrelazados y ensangrentados. Cuando me sonríe, veo que sus dientes son extrañamente afilados.

Me obligo a mantener la calma.

—¿Sabes dónde está? ¿Ha aprehendido al sospechoso? ¿Dónde está el padre Achille?

El *chasseur* se encoge de hombros con una mueca y se da la vuelta deliberadamente, retomando la conversación con su compañero.

Está bien.

Con creciente inquietud, pongo rumbo al cementerio de nuevo. Tal vez no haya regresado siquiera. Tal vez haya encontrado una pista…

Sin embargo, cuando giro en la esquina que lleva al vestíbulo, su voz se eleva con brusquedad desde el hueco de la escalera que conduce a la mazmorra. Me detengo en mitad de un paso y el alivio me recorre todo el cuerpo. *Por supuesto*. Jean Luc frecuenta a menudo la sala del consejo en momentos de estrés, para estudiar detenidamente sus notas, sus manuscritos, cualquier cosa que lo ayude a aclarar la mente. Me lanzo escaleras abajo sin hacer ruido y en el proceso me apropio de una antorcha que cuelga de la pared de piedra. Sin embargo, otra voz se une pronto a la de Jean Luc, aún más aguda, alzada como para demostrar enfado, y casi tropiezo en el último escalón.

—Y yo te digo *a ti*, capitán, por millonésima vez, que esto no es obra de las brujas de sangre.

Lou. A pesar de las horrendas circunstancias, no puedo evitar soltar un suspiro de alivio. Si Lou está aquí, todo debe de ir bien, o, al menos, pronto irá bien. Ella y Jean Luc a menudo trabajan juntos en cuestiones de defensa; no permitirán que nadie más corra la misma suerte que Babette. Si tanto las brujas como los cazadores buscan al hombre frío, no me cabe la menor duda de que pronto será detenido.

Como en respuesta, un ruido sordo resuena desde la sala del consejo, ¿quizás el puño de Jean Luc contra la mesa?

—Al cuerpo le *drenaron la sangre*, Lou. ¿Qué otra explicación se te ocurre? ¿Qué otra explicación tienes para *cualquiera* de esos cadáveres?

Esas palabras perforan mi alivio.

—Se llamaba Babette. —Una nueva voz, baja y tensa, se une a las demás, y me arrastro cada vez más cerca, con el ceño fruncido. Claro, Lou ha respondido a la convocatoria de Jean Luc, pero ¿Coco? ¿La ha convocado a ella también?—. Babette —repite, con más énfasis ahora—. Babette Trousset. Deja de referirte a ella como *el cadáver*.

Con cuidado, apoyo una oreja contra la puerta, ignorando el indicio de malestar que se despliega en mi pecho. *Por supuesto que está aquí,* me reprendo mentalmente. *Babette era una bruja de sangre y Coco es la* Princesse Rouge. *Por supuesto que Jean Luc ha contactado con ella.*

—¿Trousset? —pregunta en tono afilado, y el sonido del crujido del papel llena la habitación —. La hemos identificado como Babette *Dubuisson,* anteriormente cortesana en el establecimiento de *madame* Helene Labelle —más ruido de papeles—, el Bellerose.

La respuesta de Coco es aún más afilada.

—Babette no fue la primera bruja en adoptar un seudónimo, y seguro que no será la última. Tu hermandad se ha asegurado de ello.

—Lo lamento —murmura Jean Luc, excepto que no suena en absoluto a disculpa—. Pero tienes que entender cómo se ve esto desde fuera. Este es el quinto cadáver que hemos encontrado, y…

—Otra vez con lo de *los cadáveres* —espeta Lou.

—*Son* cadáveres —argumenta él, cuya paciencia claramente se agota—. Puede que Babette fuera una bruja, pero ahora es una pieza clave en una investigación de asesinato.

—Creo que es hora de llamar a esto por su nombre, Jean —dice otra voz, más serena y más profunda que las demás. Siento un nudo en el pecho al escucharla, esta vez no de entusiasmo, sino de alarma. Porque Reid Diggory no debería estar en la sala del consejo. Después de la batalla de Cesarine, dejó claro que no tenía intención de volver a la Torre de los *chasseurs* con carácter oficial.

Hasta ahora.

Me aprieto más contra la puerta mientras prosigue.

—Cuatro de las cinco víctimas eran de origen mágico, con la excepción de un humano, y todas han sido encontradas con heridas punzantes en la garganta y sin sangre en el cuerpo. Todas en ocasiones diferentes. Todas en los últimos tres meses. —Hace una pausa, e incluso al otro lado de la puerta, la aprensión espesa el silencio. Aunque no poseo el conocimiento criminalístico de Jean Luc o de Reid, sé lo que esto significa. Todos lo sabemos—. Nos enfrentamos a un asesino en serie —confirma Reid.

Puede que se me olvide cómo respirar.

—No es una bruja de sangre —asegura Coco, obstinada.

—¿Tienes alguna prueba? —pregunta Jean Luc en tono sombrío—. A mí me parece magia de sangre.

—Las *Dames rouges* no asesinan a los suyos.

—Podrían hacerlo para desviar las sospechas después de asesinar a un humano, una *Dame blanche*, un *loup garou* y una melusina.

—No podemos demostrar que sea un asesino en serie. —Otra voz, dolorosamente familiar, se une a la refriega, y la más pura humillación me atraviesa el pecho como un cuchillo. Frederic está aquí. Frederic ha sido invitado a esta sala con todas las personas a las que quiero, y yo no. Peor aún, debe de haberlo invitado Jean Luc, lo que significa que le ha contado a Frederic sus secretos, pero no a mí—. El objetivo de los asesinos en serie son víctimas con un perfil similar. No existe ningún parecido entre las víctimas. Ni siquiera son de la misma especie.

A pesar de las náuseas que siento en el estómago, me obligo a inhalar. A exhalar. Esto es más grande que yo, más grande que mis sentimientos heridos y la mala fe de mis amigos. Ha muerto gente. Y, además, Jean Luc solo está haciendo lo que cree que es mejor. Todos lo están haciendo.

—Quienquiera que sea, puede que no mate por la emoción de hacerlo —dice Coco—. Podría estar matando por una razón diferente.

—Estamos pasando algo por alto —coincide Reid.

—¿Dónde está Célie? —pregunta Lou de repente.

El corazón me da un vuelco al escuchar mi nombre, y retrocedo un poco, como si Lou pudiera sentirme aquí, al acecho en el pasillo, escuchando a escondidas. Tal vez pueda. Es una bruja. Sin embargo, cuando Jean Luc le responde, en tono bajo y reacio —no, *renuente*—, no puedo evitar volver a acercarme y escuchar como si me fuera la vida en ello.

—Ya te lo he dicho antes —murmura—. Esto no es asunto de Célie.

Un instante de silencio. Y luego…

Lou resopla con incredulidad.

—Y una mierda que no. Célie es la que ha *encontrado* a Babette, ¿no es así?

—Sí, pero…

—¿Todavía es una *chasseur*?

—Y está claro que la más inteligente —añade Coco entre dientes.

—*Gracias*, Cosette. —Prácticamente escucho a Jean Luc fruncir el ceño mientras retira de la mesa una silla cuyas patas rozan el suelo de la sala del consejo y se deja caer en ella—. Y por supuesto que Célie sigue siendo una *chasseur*. Ni que pudiera expulsarla.

Inhalo con brusquedad.

—Entonces, ¿dónde está? —pregunta Lou.

—En su dormitorio. —Aunque no puedo ver las expresiones de Lou y de Coco, Jean Luc sí—. No me miréis así. Se trata de una investigación sumamente confidencial, y aunque no lo fuera, en esta habitación no caben todos los *chasseurs*.

—Él te ha cabido. —Coco suena tremendamente poco impresionada, pero sus palabras hacen poco para animarme. Los dedos me tiemblan alrededor de la antorcha, y mis rodillas amenazan con ceder. *Ni que pudiera expulsarla*. Jean Luc nunca había admitido semejante cosa en voz alta, al menos, no delante de mí—. Célie es el doble de inteligente que el resto de nosotros —dice Coco—. Debería estar aquí.

—No puedes ocultarle esto para siempre, Jean —dice Lou.

—Ella encontró el cadáver. —Ni siquiera la tranquila seguridad de Reid sirve para estabilizarme—. Ahora está involucrada, te guste o no.

Creo que voy a vomitar.

—Tú no lo entiendes. —La frustración endurece la voz de Jean Luc, y esa emoción, ese cuchillo en mi pecho, se clava aún más hondo, pasa entre mis costillas y llega hasta mi corazón—. Ninguno de vosotros lo entiende. Célie es… ella es…

—Delicada —termina Frederic, cuya voz gotea condescendencia—. Se rumorea que ha pasado por mucho.

Ha pasado por mucho.

Ni que pudiera expulsarla.

—Sigue gritando todas las noches. ¿Lo sabíais? —les pregunta Jean Luc, y el deje defensivo de su tono no me lo estoy imaginando—. Pesadillas. Pesadillas horribles y vívidas en las que está atrapada dentro de ese ataúd con el cadáver de su hermana. Lo que Morgane le hizo… debería haber muerto. Mantiene las velas encendidas todo el día porque ahora le teme a la oscuridad. Se estremece cuando alguien la toca. No puedo —vacila, y la resolución vuelve más profunda su voz —, *no* permitiré que sufra más daño.

Se produce un instante de silencio entre ellos.

—Puede que eso sea cierto —dice Lou con suavidad—, pero conozco a Célie, y le causarás más daño manteniendo esto en secreto. ¿Qué pasaría si hubiera sido ella en lugar de Babette? ¿Y si ahora mismo estuviéramos hablando de *su* cadáver? —En un tono más suave aún, añade—: Merece saber la verdad, Jean. Sé que quieres protegerla, todos queremos, pero necesita estar al tanto del peligro. Ha llegado el momento.

Ha llegado el momento.

Las palabras palpitan al ritmo de mi corazón mientras mi sangre continúa vertiéndose, derramándose con libertad desde la herida que tengo en el pecho. Me doy cuenta de que nunca

sanó. No sanó después de lo de Pippa, después de lo de Morgane, y ahora, mis amigos, las personas a las que más quiero en el mundo, la gente en la que *confiaba*, la han vuelto a abrir de par en par. Pero la ira es buena. La ira tiene solución.

Sin dudarlo, abro la puerta de un empujón y entro hecha una furia.

CAPÍTULO 8

Un número mágico

Todos los ojos se giran hacia mí, pero no dudo y marcho en línea recta hasta donde está sentado Jean Luc, en el centro de la habitación. Casi se cae de la silla en su prisa por levantarse.

—¡Célie! —A nuestro alrededor, los demás retroceden y se miran las botas, las velas, los fajos de papeles sueltos que cubren la mesa del consejo. En la parte superior se encuentra un boceto a carboncillo del cadáver de Babette—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí? Te he dicho…

—Que esperara en mi habitación. Sí, soy consciente.

Una parte de mí disfruta del pánico que veo en su expresión. El resto lamenta de inmediato haber entrado aquí hecha un basilisco para… ¿qué, exactamente? ¿Ser testigo de su traición de cerca? Porque están todos aquí. Cada uno de ellos. Incluso Beau se queda petrificado en la esquina, con un aspecto de lo más indigno con la boca abierta. Aunque no ha discutido sobre mi posición, mi pasado, mi *dolor* con el resto, su presencia sigue convirtiéndolo en cómplice. Su silencio por encima de todo. Al ver mi mirada acusadora, se aparta de la pared.

—Célie, nosotros…

—¿Sí? —espeto.

—Nosotros… —Con pasos vacilantes, mira con impotencia a Lou y a Coco, quienes me observan con cautela. Me niego a mirar a ninguna de los dos—. ¿Cómo estás? —termina sin convicción, levantando una mano para frotarse el cuello. Coco le da un codazo en las costillas.

Lo fulmino con la mirada.

Las personas más poderosas del reino, todas reunidas en una misma habitación.

Discutiendo mi destino.

—Supongo que tú, eh… —deja caer la mano en señal de resignación—. ¿Has oído… lo has oído todo?

Terca, me acerco a la mesa circular para examinar los demás bocetos. Nadie se atreve a detenerme.

—Sí.

—Bien. Bueno, entonces tienes que saber que yo no quería venir, y que estaba totalmente de acuerdo con Lou cuando ha dicho que deberías estar aquí…

—Con todo respeto, majestad —extiendo los bocetos con una mano y observo las caras al

carboncillo sin ver ninguna de ellas—, si alguien en esta habitación me hubiera querido aquí, habría estado aquí. —Si Lou percibe la amargura en mi tono, mi corazón roto, no lo demuestra. ¿Y por qué debería? Siempre ha sido una maestra de los secretos. Igual que mi hermana—. ¿Estas son las víctimas? —le pregunto a Jean Luc. A él tampoco lo miro.

Me toca el hombro, inseguro.

—Célie…

Me alejo, luchando cada vez más contra las lágrimas.

—¿Lo son?

Él duda.

—Sí.

—Gracias. ¿Tan difícil era? —Ahora sí lo miro, y la indecisión en su mirada está a punto de quebrarme. En ella hay culpa, sí —tal vez incluso remordimiento—, pero también hay reticencia. *Sigue* sin querer incluirme. Sin confiar en mí. Incapaz de soportarlo otro segundo más, recojo la totalidad de los bocetos y me niego a reconocer que algunos se me caen. Revolotean lentamente hasta el suelo mientras giro sobre los talones y camino hacia la puerta. Dirigiéndome a Beau, resoplo—: Diría que ha sido maravilloso volver a verte, majestad, pero no todos podemos mentir con tanta habilidad como tú.

Ignoro a los demás por completo, cierro la puerta detrás de mí y dejo caer otros pocos bocetos en el proceso.

Esta vez, me inclino para recogerlos, con todo el cuerpo temblando, y me sobresalto por la humedad que salpica cada dibujo. Lágrimas. Furiosa, me paso una mano por las mejillas y me enderezo.

Cuando oigo unos pasos apresurados detrás de la puerta, avanzo a toda prisa por el pasillo y entro en la biblioteca, en absoluto dispuesta a enfrentarme a cualquiera de ellos otra vez. No directamente, al menos. Algunos podrían llamarlo *huir*, otros podrían llamarlo *esconderse*, pero algunos podrían estar equivocados. Algunos podrán decir que quieren *protegerme*, pero lo que *pretenden* es tenerme entre algodones. Encargarse de mí.

No se lo permitiré.

Y voy a demostrárselo a todos.

Me retiro a un rincón de la biblioteca, donde quedo fuera de la vista desde la puerta. Me apretujo entre dos estantes que hacen esquina y hojeo los bocetos una vez más. En esta ocasión, me obligo a estudiar cada cara cuando la puerta de la sala del consejo se abre de golpe, cuando las botas de Jean Luc resuenan por el pasillo. Aunque me llama, lo ignoro y me encojo más entre los estantes, contemplando con furia el boceto del *loup garou*. Yace en la misma posición supina y pacífica que Babette, con las manos semitransformadas y entrelazadas sobre el pecho. Con las mismas heridas punzantes en la garganta.

—Célie, *espera*. —Cuando la voz resignada de Jean pasa por la puerta de la biblioteca, suspiro de alivio—. Vuelve. Tenemos que hablar de esto…

Pero no quiero hablar. Ya no. En vez de eso, estudio los árboles que rodean el cadáver del *loup garou*; levanto el boceto para mirar más de cerca las garras de sus manos, en busca de cualquier señal de una cruz. No la hay, por supuesto. Jean Luc habría preguntado por la cruz de Babette si hubieran encontrado una en todas las víctimas. Pero ¿por qué estaba el *loup garou* atrapado entre

formas? ¿Estaba el asesino interesado en el lobo o en el hombre? ¿Puede que el hombre se transformara para defenderse?

—¡Célie! —La voz de Jean Luc sube por la escalera y me relajo un poco a medida que se aleja. Apoyo la cabeza contra las estanterías y respiro hondo. Tal vez pueda escabullirme antes de que los demás terminen su reunión. Hojeo los bocetos por última vez y no reconozco ninguno de los escenarios del crimen, excepto uno: Brindelle Park, una arboleda sagrada para las brujas.

Cuando era niña, observaba los árboles larguiruchos al otro lado de la ventana de mi habitación más veces de las que podía contar. Mi madre detestaba el tenue aroma a magia que desprendían las hojas y que impregnaba nuestro patio, pero, en secreto, a mí me traían consuelo. Sigue siendo un secreto el hecho de que aún me lo proporcionan. Para mí, la magia huele deliciosa, como a hierbas y a incienso y a miel de verano.

Hace meses que no vuelvo a casa.

Sacudo la cabeza y estudio el boceto mientras la voz de Jean Luc se desvanece más arriba. Curiosamente, la víctima encontrada en Brindelle Park no fue la *Dame blanche*, sino la melusina. Aunque no logro ubicar su cara plateada, sus branquias y aletas permanecen intactas, lo que significa que el asesino no la mató allí. Las dos aletas de las melusinas se transforman en piernas cuando salen del agua. Debieron de matarla bajo el agua y arrastrar su cadáver a tierra, pero… *¿por qué?*

—¿Célie? —La voz de Jean Luc vuelve a oírse bien fuerte, más severa, y sus pies caen sobre los escalones como yunques—. Los guardias no te han visto subir, así que sé que estás aquí abajo. No me ignores.

Me pongo tensa y recorro la estancia con los ojos. No quiero tener esta conversación. Ahora no. Jamás.

Irrumpe en la biblioteca antes de que pueda huir *o* esconderme, y su mirada encuentra la mía al instante. No tengo más remedio que cuadrar los hombros y levantarme para saludarlo, fingir que le he estado esperando todo este rato.

—Has tardado bastante.

Entorna los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Agito los bocetos sin disculparme por el revuelo.

—Estudiar. —Aunque abre la boca para responder, me lanzo hacia delante y hablo por encima de él, en voz muy alta. La puerta sigue abierta, pero no podría importarme menos—. El asesino movió el cadáver de la melusina. También podría haber movido el de Babette, lo que significa que deberíamos intentar establecer una conexión entre las ubicaciones…

Tras cruzar la habitación en tres zancadas, me arranca los bocetos de las manos y los coloca con cuidado en el estante más cercano.

—Tenemos que hablar, Célie.

Paseo la mirada entre él y los bocetos.

—Tienes razón.

—Nunca quise involucrarte en todo esto.

—Eso ha quedado *más* que claro.

—No es nada personal. —Se frota la cara con una mano en un ademán cansado. Un rastrojo

oscuro ensombrece su mandíbula, una vez bien afeitada, y su piel bronceada está pálida, como si llevara días sin dormir. Una parte de mí sufre por él, por la carga que ha soportado solo, pero una parte aún mayor sufre por mí misma. Porque no *hacía falta* que la soportara solo. Yo la habría soportado con él. La habría llevado *por* él, de ser necesario—. Esta investigación es clasificada. El padre Achille y yo no hemos divulgado ninguna información sobre estas muertes a nadie que no estuviera en esa sala.

—¿Por qué estaba Frederic en la sala del consejo?

Se encoge de hombros, y el gesto resulta tan apático, tan *distante*, que enderezo la espalda en respuesta. Levanto la barbilla aún más.

—No seas así —murmura—. Frederic encontró el primer cadáver. No podíamos apartarlo del caso.

—¡*Yo* he encontrado el cadáver de Babette!

Desvía la mirada rápidamente, incapaz de sostener la mía.

—Son dos situaciones diferentes.

—*No* lo son, y lo sabes. —Recupero los bocetos, se los acerco a la cara y los sacudo—. ¿Qué pasa con las otras víctimas? ¿Quién las encontró? ¿Saben lo del asesino, o esa información también está clasificada?

—Querías que te tratara como a un *chasseur*. —Aprieta los dientes, esforzándose por controlar el tono. Aunque está claro que su temperamento está al límite, mis propias manos se aprietan en puños alrededor de los bocetos. Jean Luc no es el único al que se le permite estar cabreado—. Este soy yo tratándote como a un *chasseur*, no tienes por qué estar al tanto de todo lo que sucede dentro de esta Torre, y *esperar* siquiera…

—Debería estar al tanto de todo lo que te sucede *a ti*, Jean Luc. —Arrojo los bocetos a un lado y levanto mi dedo anular, detestando la forma en que reluce a la luz de las antorchas, como mil soles diminutos. Jean y yo deberíamos crear ese mismo reflejo el uno en el otro: brillante, hermoso, como el diamante engarzado en el centro. Se me cae el alma a los pies al darme cuenta—. ¿No es eso lo que me prometiste cuando me diste este anillo? ¿No es eso lo que te prometí cuando lo acepté? Al margen de lo que *cualquiera* de nosotros desee, somos más que solo nuestras posiciones, y tenemos que encontrar juntos el camino a seguir…

Con el ceño fruncido, se arrodilla para recoger los bocetos.

—No soy más que mi posición, Célie. Soy tu capitán y tu prometido a partes iguales, y tú —su mirada se vuelve acusatoria, avivando las llamas de mi ira y de mi dolor—, *tú* deberías saber mejor que nadie lo duro que he trabajado para llegar hasta aquí. Sabes todo lo que he sacrificado. ¿Cómo puedes siquiera *pedirme* que elija?

—No te estoy pidiendo que elijas…

—¿No? —Coloca los bocetos en una pila ordenada y se yergue en toda su estatura para caminar hasta la mesa oblonga y las sillas de respaldo alto que están al otro lado de la habitación. Aunque pedí asientos más cómodos el mes pasado, puede que un sofá para animar a los cazadores a quedarse a *leer* aquí, Jean Luc rechazó la idea. Aunque lo inspiró para hacerme ordenar alfabéticamente la biblioteca. Coloca los bocetos junto a mi actual pila de libros—. ¿*Qué* estás pidiendo, entonces? ¿Qué es lo que quieres de mí, Célie? ¿Lo sabes siquiera?

—Lo que *quiero* —gruño, porque ya no controlo mi lengua, y mi visión se ha convertido en un

túnel que acaba en su espalda rígida, en sus dedos agarrotados mientras apilan y ordenan mis libros— es ser tratada como una persona, no como una muñeca. Quiero que te sinceres conmigo. Quiero que confíes en mí, que confíes tanto en que puedo cuidar de mí misma como en que puedo cuidarte *a ti.* Se supone que somos compañeros…

Mueve la cabeza con brusquedad.

—*Somos* compañeros…

—*No* lo somos. —Levanto la voz, como presa de un delirio, mientras me retuerzo las manos. Seguro que los demás pueden oírme, es probable que la *Torre* entera pueda oírme, pero no puedo parar ahora. No pienso hacerlo—. No somos compañeros, Jean. *Nunca* lo hemos sido. En cada paso del camino, has tratado de encerrarme en una caja de cristal y dejarme en tu estantería, intacta y sin experimentar nada, como si no fuera real. Pero ya estoy rota. ¿No lo entiendes? Morgane me destrozó y usé esos fragmentos para contraatacar. La *maté*, Jean. Yo lo hice. *Yo.* —Las lágrimas caen sin control por mi cara, pero me niego a limpiarlas, y en vez de eso avanzo para agarrarle la mano. Para que lo vea. Que todos lo vean. Porque no importa lo que digan, *soy* digna y soy capaz. Tuve éxito donde todos los demás fracasaron.

Jean Luc me mira con tristeza, y hay dolor en sus ojos cuando se lleva mi mano a los labios. Sacude la cabeza con una mueca y adopta el aspecto de alguien reacio a dar un golpe mortal.

Sin embargo, lo da.

—Tú no mataste a Morgane, Célie. Fue Lou.

Parpadeo y la ira justificada que me llenaba el pecho se marchita hasta quedar reducida a algo pequeño y vergonzoso. Algo sin esperanza. De entre todas las cosas que podría haber dicho en este momento, nunca habría esperado que dijera eso. Él no. Jean Luc no. Y tal vez sea esa cualidad inesperada lo que me arrebata el aire del pecho. Hasta ahora, esa idea jamás había cruzado por mi mente, pero está claro que sí ha cruzado por la suya.

—¿Cómo dices? —susurro.

—Tú no la mataste. Puede que ayudaras, puede que estuvieras en el lugar y el momento adecuados, pero ambos sabemos que te habría rajado la garganta si Lou no hubiera estado allí. La tomaste desprevenida con esa inyección, y ese… ese tipo de suerte no dura, Célie. No puedes depender de ella.

Ambos oímos el verdadero significado de sus palabras: *No puedo depender de ti*.

Lo miro fijamente, cabizbaja, mientras suspira con pesadez y continúa.

—Por favor, entiéndelo. Todo lo que he hecho ha sido para protegerte. Vas a ser mi esposa, y no puedo… —aunque se le quiebra un poco la voz al pronunciar la palabra, se aclara la garganta y parpadea a toda velocidad—, no puedo perderte. Sin embargo, también le hice un juramento a la gente de Belterra. No puedo protegerlos si estoy preocupado por tu seguridad, persiguiéndote por cementerios y rescatándote de un asesino.

Cuando aparto mi mano de la suya, baja la cabeza.

—Lo siento, Célie. Por favor, solo… ve arriba. Podemos terminar esta conversación después de la reunión del consejo. Te llevaré la cena, lo que quieras. Incluso… despediré a la carabina por esta noche, para que podamos hablar de verdad. ¿Qué te parece?

Mantengo los ojos clavados en él, incapaz de imaginar qué más podría decir. Al menos, las lágrimas han desaparecido. Nunca he tenido los ojos más despejados.

Con otro suspiro, se dirige hacia la puerta y se hace a un lado para indicarme con un gesto que la cruce.

—¿Célie? —Mis pies lo siguen como por instinto hasta que me detengo frente a él y el silencio entre nosotros crece, resonando en mi pecho como una campana de advertencia. Como un presagio. Me toca la mejilla con una mano—. Por favor, di algo.

Mi niñera siempre decía que el siete es un número mágico —por los enanos, por los pecados, por los días de la semana, y por las mareas. Puede que también traiga suerte por las palabras. Aunque se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo, me coloco de puntillas y le doy un último beso en la mejilla a mi prometido antes de susurrar—: Voy a demostrarte lo equivocado que estás.

Él retrocede.

—Célie…

Pero ya he pasado por su lado y avanzo por el pasillo, donde me quito su anillo del dedo y me lo guardo en el bolsillo. No soporto seguir mirándolo. Tal vez nunca vuelva a hacerlo. Sea como fuere, no echo la mirada atrás cuando pongo rumbo hacia Brindelle Park.

Capítulo 9

Brindelle Park

La casa de mi infancia pronto se alza ante mí en el West End, el distrito más rico de Cesarine, y Brindelle Park habita la extensión plana de terreno que queda justo detrás. La brisa de la tarde arranca susurros leves a sus árboles, que ocultan la mayor parte del Doleur, al otro lado. Antes de que Pippa y yo creciéramos lo suficiente para ser conscientes del peligro, nos deslizábamos entre los árboles etéreos y resplandecientes hasta la orilla del río y sumergíamos los dedos de los pies en sus aguas grises. Ahora estudio la familiar escena con la mano apretada alrededor de la cerca de hierro forjado que rodea la propiedad de mis padres.

Porque los árboles ya no brillan.

Con el ceño fruncido, me acerco sigilosamente, con cuidado de tener siempre un ojo puesto en la puerta principal de la que era mi casa.

Aunque pueda parecer rencorosa, no deseo ver a mis padres. Ellos… *desaprueban* que forme parte de los *chasseurs*, aunque su desaprobación parece más que una diferencia de opiniones; parece desesperada, como si me colocaran esposas en las muñecas, me ataran ladrillos en los pies y me lanzaran de cabeza al mar. Cada vez que pienso en ellos (los últimos miembros vivos de mi familia), de repente me siento incapaz de respirar, y hoy en día ya me cuesta lo suficiente mantener la cabeza a flote. No. Esta noche no puedo permitirme el lujo de ahogarme en mi vergüenza, mi dolor o mi ira. Debo concentrarme en la tarea que tengo entre manos.

Si las sospechas de Jean Luc y los demás son acertadas, hay un asesino suelto en las calles de Cesarine.

Inhalo despacio y dejo que el aire frío de la noche me recorra por fuera, que me recorra *por dentro*, y congele la marea de emociones en mi pecho. Luego apoyo la palma contra el tronco del árbol Brindelle más cercano.

Aunque me esperaba el frío, la corteza casi me congela la piel, y el color, que una vez fue un plateado luminiscente, se ha oscurecido hasta convertirse en un negro intenso. No. Está *marchito*. Estiro el cuello para contemplar la copa del árbol. Como si sintiera mi mirada, el viento es tan amable de levantarse, provocando que una de las ramas cruja con su roce y se disipe en un polvo fino. Tras otra ráfaga de viento, el polvo se arremolina en dirección a mi mano extendida y me cubre los dedos. Sus partículas emiten un ligero brillo a la moribunda luz del sol.

Frunzo aún más el ceño. A lo largo de mi infancia, mi madre solicitó en múltiples ocasiones a la familia real la destrucción de Brindelle Park. Una vez, el rey Auguste incluso se lo concedió. No obstante, los árboles volvieron a crecer de la noche a la mañana, más altos y más fuertes que antes —más brillantes—, obligando así a los aristócratas del West End a aceptar a sus larguiruchos vecinos. Los árboles Brindelle se convirtieron en una presencia obstinada en el West End. En el mismísimo *reino*.

¿Cuál podría ser la causa de… su *muerte*?

Otra rama se rompe y a mi mente acuden de nuevo las rosas del cementerio, la forma en que se marchitaron sobre el suelo. ¿Podría el asesino ser responsable de eso también? ¿Y de los árboles? Aunque antes no haya detectado olor a brujería, puede que la lluvia haya eliminado su aroma. Jean Luc cree que podría haber magia de sangre en juego, y todas las víctimas *pertenecían* a especies mágicas…

Cuando una tercera rama se rompe a mi espalda, me giro con un chillido.

—Tranquila. —Lou levanta las manos, exhibiendo una expresión extraordinariamente seria—. Solo soy yo.

—Louise. —A toda prisa, me limpio el polvo negro del corpiño, fingiendo que no acabo de agarrarme el corazón. Fingiendo que no acabo de imitar a un *ratón*—. ¿Me has seguido hasta aquí?

Vestida con una capa blanca brillante, se acerca más y me tiende una tira de lana carmesí. Me doy cuenta de que es otra capa justo cuando un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Me dejé la mía en el cementerio, con Babette.

—Coco te manda esto —dice Lou en lugar de responder a mi pregunta—. Habría venido conmigo, pero… ha hecho una parada en la morgue. Necesitaba despedirse. —El dolor se asoma brillante y afilado a sus ojos mientras se esfuerza por recomponerse—. De Babette —aclara tras un instante—. Una vez se quisieron, hace mucho tiempo. Antes de que Coco conociera a Beau. —Vuelve a hacer una pausa, a la espera de que hable yo, y este silencio se alarga más y es más tenso que antes. No hago ningún movimiento para aceptar la capa. Al final, la baja con un suspiro—. Se nos ocurrió que podrías tener frío.

Sorbo por la nariz y resisto el impulso de temblar.

—Pues os habéis equivocado.

—Se te están poniendo los labios azules, Célie.

—No finjas que te preocupa, Louise.

—¿De verdad quieres hacer esto? —Con sus ojos turquesas entornados, camina hacia mi árbol Brindelle y se apoya en el tronco antes de mirarme. Una cuarta rama se deshace—. Parece que estás a punto de derrumbarte, y podría haber un asesino acechándonos en este preciso instante. Aunque si quieres mantener esta discusión aquí y ahora, mientras nos congelamos nuestros estupendos traseros, faltaría más, hablemos.

Resoplo y me giro para contemplar el río.

—Eres la *Dame des Sorcières*. Dudo mucho que cualquiera que te ataque sobreviva para contarlo, sea o no un asesino sádico.

—Estás enfadada conmigo.

En respuesta, me rodeo el torso con los brazos. Cuando el viento me acaricia el pelo como para consolarme, reprimo otro escalofrío.

—No solo contigo —murmuro mientras alargo la mano hacia la capa. La lana carmesí cae en mi palma abierta de inmediato. Me rodeo los hombros con ella e inhalo la dulzura terrosa del aroma de Coco—. Estoy enfadada con todos.

—Pero estás más enfadada conmigo —dice Lou, sagaz.

—No —miento.

Se cruza de brazos.

—Siempre has sido una mentirosa patética, Célie.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Estás intentando distraer a la maestra de la distracción? —Al ver que no digo nada, sus labios componen una mueca, y probablemente me esté imaginando el sutil brillo de aprobación en su mirada—. Vale… *de acuerdo*. Permitiré esta distracción temporal del problema en cuestión. —Del bolsillo de sus pantalones de cuero saca los bocetos, ahora convertidos en un revoltijo lamentable, y señala la casa que tenemos a nuestra espalda—. No te he seguido hasta aquí. He supuesto que podrías… querer empezar tu investigación por la melusina. ¿Puede que entrevistar a tus padres? Jean les hizo algunas preguntas después de que encontráramos su cadáver, pero no se mostraron exactamente comunicativos.

—Por supuesto que no. —Todavía temblando con violencia, me envuelvo aún más en la capa para protegerme del viento, pero sirve de poco. El frío que siento en el pecho ahora se arrastra por mis extremidades y se instala en mis huesos, y me siento imposiblemente pesada, casi entumecida. Jean Luc involucró a mis *padres* antes que a mí. Cierro los ojos y respiro hondo, pero incluso el olor de mi infancia ha quedado arruinado: la magia ha huido, dejando solo un ligero hedor a pescado y agua salada.

Otra rama se desmenuza hasta convertirse en polvo. Intento no desmoronarme con ella.

—No debería haber venido.

—Esta era tu casa —dice Lou en voz baja—. Es natural que busques tierra firme cuando todo lo demás está… bueno… —Aunque se encoge de hombros, el gesto no me molesta como cuando lo ha hecho Jean Luc. Tal vez porque ninguna piedad nubla su mirada, solo una extraña especie de pesar. De *tristeza*.

—¿Cayéndose a pedazos?

Asiente.

—Cayéndose a pedazos. —Se aparta del árbol y acude a colocarse a mi lado, y su cálido brazo roza el mío. Su mirada se vuelve distante mientras también contempla fijamente el Doleur—. Los árboles de Brindelle murieron con la melusina. No he sido capaz de revivirlos.

La revelación me provoca poca satisfacción.

—Igual que las rosas.

—Algo va mal, Célie. —Baja todavía más la voz—. No son solo los árboles y las rosas. La tierra misma… parece *enferma* en cierto sentido. Mi magia parece enferma. —Cuando clavo la mirada en ella, se limita a sacudir la cabeza, todavía contemplando el agua, pero sin verla—. ¿Encontraste algo más en el cementerio? ¿Algo que pudiéramos haber pasado por alto?

Por instinto, me saco el collar del bolsillo y dejo que la cruz de plata cuelgue entre nosotras.

—Solo esto.

Frunce el ceño cuando se acerca para examinarla.

—¿Dónde?

—Babette la aferraba entre las manos. —Cuando deja caer su propia mano, desconcertada, le tiendo la cadena con más insistencia. No es correcto que me la quede por más tiempo. A pesar de la abrumadora e inexplicable necesidad de tener cerca el collar, no me pertenece, y no servirá de nada escondido en mi bolsillo—. Quédatelo. Puede que ayude a localizar al asesino.

Se queda mirándolo.

—¿Se lo has ocultado a Jean Luc?

—Sí.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros, impotente, incapaz de darle una respuesta sincera.

—Es solo que… no me parecía correcto dárselo. Él no conocía a Babette. Si no lo necesitas para la investigación, a lo mejor podrías dárselo a Coco. Puede que ella… lo aprecie.

Durante otro largo instante, Lou analiza la cruz, me analiza *a mí*, antes de tomar con cuidado la pesada pieza y guardármela de nuevo en el bolsillo. El alivio me atraviesa entera. El hielo en mi pecho se resquebraja.

—Deberías confiar en tus instintos, Célie —dice con solemnidad—. Babette no adoraba al dios cristiano. No sé por qué llevaba esa cruz consigo cuando murió, pero debía de tener algún motivo. No te separes de ella.

Mis instintos.

Las palabras se fragmentan entre nosotras, tan negras y amargas como los árboles de Brindelle.

—Gracias, Lou. —Trago saliva en mitad del silencio—. Se suponía que tú lo entenderías.

Aunque se pone un poco tensa al oír mis palabras, el resto escapa de mis labios en un torrente mareante que no puedo detener. Que no puedo ralentizar. Irrumpen a través de la grieta que tengo en el pecho, rompiendo el hielo, dejando solo esquirlas afiladas e irregulares a su paso.

—Tú estuviste ahí durante todo aquello. Me sacaste del ataúd de mi hermana. Me limpiaste sus restos de la piel. Me seguiste por esos túneles hacia Morgane y me viste salir ilesa de ellos.

—*Nadie* salió ileso de esos túneles…

—*Viva*, entonces —digo en tono feroz mientras me giro hacia ella—. Después de todo lo que pasó, me viste salir viva de esos túneles. Viste cómo arañé, mordí y desgarré para abrirme paso hasta la superficie, y fuiste testigo de cómo le clavé esa inyección en el muslo a Morgane. *Tú*. No Jean Luc, ni Coco, ni Reid, ni Beau, ni Frederic. —Mi voz se vuelve más pastosa bajo todo el dolor, la rabia, el arrepentimiento, el resentimiento y… y la derrota—. Los demás… me ven como a alguien que necesita protección, que necesita una… una caja de cristal y un pedestal refinado en el estante más alto, pero se suponía que *tú* me veías de otra manera. —Con la voz quebrada, levanto la manga de Coco para mostrarle la cinta esmeralda que todavía llevo atada alrededor de la muñeca—. Se s-suponía que eras mi *amiga*, Lou. *Necesitaba* que fueras mi amiga.

En cuanto pronuncio esas palabras, me arrepiento de ellas. Porque Lou es mi amiga —y Jean Luc es mi prometido—, y todo el mundo en la sala del consejo sabe más que yo y quiere *ayudarme*. Puede que merezca que me traten como a una niña. He pataleado y gritado como una, eso seguro.

Lou se queda mirando la cinta durante un largo instante.

Para mi angustia, no habla. No discute ni me trata con condescendencia, ni me echa la bronca;

no me dice que no me preocupe ni que no llore, ni suspira y me escolta de vuelta a la seguridad de mi habitación. No. En vez de eso, toma mi mano y me la aprieta con fuerza, mirándome directamente a los ojos mientras el sol desaparece al otro lado del río. Un polvo brillante se arremolina a nuestro alrededor mientras otra rama se deshace.

—Tienes toda la razón —dice—. Lo siento mucho.

Siete palabras mágicas.

Siete golpes perfectos.

—¿Q-Qué? —digo, sin aliento.

—He dicho que lo siento. Desearía poder explicarme de alguna manera, pero no tengo excusa. Debería habértelo contado todo desde el principio, como habrías hecho tú de haber sido *tu* decisión, no la mía. Y tampoco la de Jean Luc. —Tuerce la boca al recordar algo, y siento un peso en el corazón cuando me doy cuenta de que debe de haber oído la discusión que hemos mantenido en la biblioteca. *Todo el mundo* debe de haberla oído. El calor florece en mis mejillas cuando añade—: Es un *asno*, por cierto, y no tiene ni idea de lo que dice. Si no hubieras estado aquí —hace un gesto a nuestro alrededor para señalar los árboles Brindelle, y su capa ondea con el movimiento, revelando la cicatriz que le recorre el cuello—, Morgane me habría cortado la garganta. Otra vez. Habría muerto aquel día, y ni siquiera Reid habría podido traerme de vuelta por tercera vez. —Un brillo malicioso inunda su mirada cuando una idea cobra vida, seguida de una sonrisa más maliciosa aún—. ¿Quieres que lo maldiga por ti? ¿A Jean Luc?

Me río entre dientes con un ligero temblor y tiro de ella hacia la calle amplia y adoquinada que hay frente a la casa. Un puente enorme la atraviesa, y se alza sobre la gran fisura que partió el reino en dos durante la batalla de Cesarine. Los *chasseurs*, junto con cientos de voluntarios, colocaron la última piedra el mes pasado. Para honrar la ocasión, Beau y la familia real celebraron un festival durante el cual revelaron una placa a la entrada del puente que reza: *Mieux vaut prévenir que guérir*.

El padre Achille eligió las palabras, una advertencia para todo aquel que lo cruce.

Más vale prevenir que curar.

Extiendo la mano para reseguir el contorno de las letras cuando pasamos. Aquí no hay nada más que ver y, además, Lou ha dicho la verdad: nos estamos congelando nuestros estupendos traseros, y ahora el pelo nos huele a pescado.

—Por mucho que disfrutara viéndolo retorcerse, Jean Luc está sometido a mucha presión ahora mismo. Una maldición podría complicar las cosas. Sin embargo, tienes mi permiso para maldecirlo *después* de que encontremos al asesino.

Lou gime de forma teatral.

—¿Está segura? ¿Ni siquiera una pequeñita? Estuve *así* de cerca de teñirle el pelo de azul el año pasado. O a lo mejor podríamos afeitarle una ceja. Jean Luc estaría ridículo sin una ceja…

—Para ser justos, cualquiera estaría ridículo sin una.

Riendo de nuevo, me coloco la capucha de Coco para cubrirme la cabeza, que sigue húmeda. Cuando Lou entrelaza su brazo con mi codo en respuesta, obligándome a contonearme en lugar de cruzar el puente, ese torrente de mi pecho se reduce a un goteo, hasta que la cruz tintinea contra el anillo que guardo en el bolsillo. Un recordatorio.

Se me cae el alma a los pies una vez más.

A lo lejos, el tañido de la campana de Saint-Cécile suena lento y grave, y la Torre de los *chasseurs* se cierne como una sombra detrás de la catedral, funesta e imponente en la oscuridad. No queda otro remedio. Al final del puente, desenredo mi brazo del de Lou con suavidad.

—Debería irme. Jean Luc y yo tenemos que… terminar nuestra discusión.

Echa un vistazo deliberado a mi dedo desnudo y arquea una ceja.

—¿De verdad? A mí me parece que ya ha terminado.

—Yo… —Con las mejillas en llamas una vez más, escondo la mano incriminatoria dentro de la capa—. Todavía no he decidido nada. —Al ver que no responde y que se limita a fruncir los labios, continúo a toda prisa—: En serio, no he tomado ninguna decisión, e incluso si lo hubiera hecho, no todas las decisiones son para siempre.

Por desgracia, las palabras no logran evocar la firme seguridad del padre Achille, y dejo caer los hombros, resignada. *Agotada*.

Menudo desastre.

—Mmm. —Lou se compadece de mí, me da un golpecito con la cadera y me arrastra en la dirección opuesta—. No te equivocas, pero tampoco es necesario tomar esa decisión esta noche. De hecho, *insisto* en que dejes que nuestro querido capitán se consuma por su estupidez durante al menos unas horas. Coco y Beau vendrán a tomar una copa después de un día *muy* largo, y Reid estará encantada de verte. Melisandre también, si te disculpas por haber cancelado los planes del mes pasado. Incluso te ha cazado un precioso regalo de cumpleaños para la celebración de mañana. Estoy segura de que lo traerá a rastras justo cuando estemos cortando el pastel. —Vacilante, echa la vista atrás, hacia la casa, con su preciosa piedra pálida y sus enredaderas de hiedra—. A menos que prefieras quedarte aquí.

—No —digo demasiado rápido.

—Excelente. —Con una sonrisa, me mete un mechón de pelo azotado por el viento debajo de la capucha otra vez—. Entonces sugiero un poco de queso bajo la mesa como ofrenda de paz, pero hazlo cuando Reid no esté mirando. No le gusta que Melisandre se coma las sobras de la mesa…

Mis pies se ralentizan por propia voluntad y, de mala gana, me detengo. No sé por qué. También echo de menos a la gata de Lou —los echo de menos a *todos*—, pero no me atrevo a dar otro paso.

—Adelántate —le digo, obligándome a sonreír—. Ahora te alcanzo. —Cuando frunce el ceño, asiento con la cabeza para tranquilizarla y le indico que continúe—. No te preocupes. Le debo a Melisandre una disculpa, así que confía en mí, te veré allí. No puedo permitir que esté molesta conmigo.

El sol ya se ha puesto por completo, y sus ojos examinan la oscuridad de la calle antes de volver a aterrizar en mí.

—¿Sabes que es peligroso vagar sola de noche cuando hay un asesino suelto?

—*Tú* lo has hecho —señalo.

Duda de nuevo, está claro que se está debatiendo.

—Lou. —Le aprieto la muñeca, implorando—. Quien haya matado a Babette tiene poco interés en mí. Podrían haberme secuestrado en el cementerio cuando la encontré, pero no lo hicieron. Te prometo que iré justo detrás de ti. Solo necesito unos momentos para… recomponerme. Por favor.

Lou asiente con una rápida exhalación.

—Está bien. Por supuesto. Y *también* tienes tu Balisarda, ¿verdad? —Cuando niego con la cabeza, me levanta el brazo izquierdo con un suspiro atribulado y pellizca el duro bordado del dobladillo de la capa—. Qué suerte que Coco guarde una hoja estrecha en cada manga. Es probable que no las necesites, pero en caso de que sí, el broche de la manga derecha se atasca. Utiliza la de la izquierda.

Intento no parecer sobresaltada. Por supuesto que Coco guarda cuchillos en su ropa.

—Eso haré.

Lou asiente de nuevo.

—¿Te veo en una hora?

—Te veo en una hora.

—Recuerda, Célie —presiona con el pulgar el broche de mi manga izquierda y una cuchilla afilada se desliza hasta mi palma—, todo el mundo tiene una ingle.

Después de volver a colocar el arma en posición, me da un abrazo rápido antes de desaparecer calle arriba. Observo su figura alejarse con una melancolía que solo ella parece entender —salvo que, por supuesto, ella no entiende nada. En realidad, no. Cierro los ojos e intento ignorar mis pies de plomo. Lou ha encontrado su lugar en la vida, ha encontrado a su familia, su *hogar*, y yo…

No.

Es una verdad aleccionadora.

Como si sintiera mis pensamientos morbosos, la puerta principal de la casa se abre y de ella sale mi madre, vestida a toda prisa con una bata negra brillante.

—¿Célie? —me llama en voz baja, mirando hacia las sombras de los árboles de Brindelle. La ventana de su dormitorio también da al parque; debe de haberme visto merodeando por debajo, puede que me haya oído discutiendo con Lou y haya acudido a investigar—. ¿Querida? ¿Sigues aquí?

Me quedo completamente inmóvil al otro lado del puente, deseando que vuelva a la cama.

De hecho, la miro tan fijamente que no me doy cuenta de que se me ha erizado el vello de la nuca o de que el viento ha huido con Lou. No reparo en la sombra que se separa del suelo y que avanza rápidamente —*demasiado* rápidamente— en mi periferia. No. A medida que la séptima rama se desmorona en Brindelle Park, solo veo la figura triste de mi madre, y desearía —desearía, desearía, *desearía*— haber encontrado mi lugar con ella, mi familia, mi hogar. Desearía poder encontrarlo con *alguien*.

Debería haber sido más lista.

Mi niñera siempre decía que el siete es un número mágico, y puede que estos árboles no estén tan muertos como imaginaba. Tal vez ellos también me recuerden. Su polvo brillante permanece suspendido en el aire tranquilo de la noche —observando, esperando, sabiendo—, mientras esa sombra desciende sobre mí.

Mientras un dolor agudo explota en mi sien y el mundo entero se torna negro.

Capítulo 10

Un pájaro en su jaula

Despierta.

Las palabras reverberan en mi mente con una voz que no es la mía —con una voz familiar, profunda y rica—, y mis ojos responden de inmediato, abriéndose de golpe ante la imperiosa orden. Salvo que… parpadeo y me encojo ligeramente cuando la oscuridad continúa siendo absoluta. Me siento igual que si no hubiera abierto los ojos. Ni un solo rayo de luz atraviesa la oscuridad que me rodea.

El corazón me empieza a latir con fuerza.

Bum-bum, ¿estás

Bum-bum, asustada

Bum-bum, dulzura?

Cierro los ojos de golpe una vez más. Porque la oscuridad tras mis párpados es mucho mejor que la oscuridad de lo desconocido, la oscuridad de mis *pesadillas*, y… y ¿dónde *estoy*? La confusión dispersa mis pensamientos, aguzando mis sentidos hasta que me ahogo en ellos, hasta que convergen en una oleada que me marea. Este lugar no huele a pescado, sino a algo dulce e intenso, a algo extrañamente metálico, lo que significa que estoy lejos del Doleur. Tal vez… ¿tal vez esté a salvo en el apartamento de Lou? Sí. Quizá ya no sienta el aire frío de Brindelle Park porque me he quedado dormida en su *chaise longue*. Puede que hayan apagado todas las luces porque no querían despertarme. *Sí, por supuesto…*

Un dolor sordo me palpita en la cabeza cuando asiento en mitad de mi delirio.

Con una mueca, me toco el chichón que tengo en la sien, y mi autoengaño se descontrola hasta que acaba estrellándose contra el suelo a mis pies. Porque Lou no me ha provocado este chichón. No se me ha acercado a hurtadillas por la espalda, sin que la viera, y me ha dejado inconsciente con un solo golpe demoledor.

¿Sabes que es peligroso vagar sola de noche cuando hay un asesino suelto?

Ay, Dios.

El mundo entero empieza a girar cuando me levanto con una sacudida de mi asiento, pero unas manos pequeñas y frías descienden sobre mis hombros a una velocidad sorprendente. Con una *fuerza* sorprendente. Me empujan hacia abajo, acompañadas de una dulce voz femenina.

—No, no, no. No debes huir.

El corazón me da un horrible vuelco.

Ante las palabras de la mujer, una vela solitaria cobra vida en el otro extremo de la habitación —en el *lejano* otro extremo de la habitación, que es casi tres veces más grande de lo que esperaba. Formas vagas emergen a su amparo: alfombras gruesas y ornamentadas, cortinas pesadas y cajas de ébano tallado. Al menos dos de ellas, puede que más. La vela ilumina muy poco. Sin embargo, con ese parpadeo de luz, la interminable oscuridad queda desterrada al fin, y mis pensamientos son capaces de sintonizar con mi vista. Mi respiración se estabiliza. Los latidos de mi corazón se ralentizan.

Esta oscuridad no es real. Dondequiera que esté, no estoy en un ataúd con mi hermana, y Morgane le Blanc está muerta.

Está *muerta* y nunca volverá.

—¿Estás asustada? —pregunta la voz con curiosidad.

—¿Debería?

Una risa sin humor vibra en respuesta.

¿Cuánto tiempo ha pasado? Cuando nos separamos, Lou esperaba que llegara a su apartamento al cabo de una hora. Si no me presento, vendrá a buscarme; *todos* vendrán a buscarme, y eso incluye a Jean Luc, al padre Achille y a los *chasseurs*. Hasta entonces, tengo que ganar tiempo. Tengo que… entretener a la asesina de alguna manera. Si no le interesa charlar, los cuchillos de Coco permanecen ocultos en las mangas de esta capa, y no tengo las manos atadas. Puedo matar si debo hacerlo.

Ya he matado antes.

—¿Quién eres? —A pesar del roce frío que siento en los hombros, mi voz suena fuerte y cristalina como la lámpara de cristal en lo alto. Estoy *harta* de tener miedo—. ¿Dónde estoy?

La mujer se inclina hacia delante por uno de mis costados y su largo cabello negro cae sobre mi hombro, de un tono un poco más claro y cálido que el mío. Huele a caléndulas. A sándalo.

—Estamos en un barco, querida. ¿Dónde si no? —Con un roce ligero como una pluma, me arranca la capucha carmesí de la cabeza y se inclina para examinarme más de cerca—. Yo soy Odessa, y *tú* eres tan encantadora como dicen los rumores. —Por el rabillo del ojo veo cómo frota un mechón de mi pelo entre el pulgar y el índice, y escucho más que veo el ceño fruncido de su expresión—. Aunque con muchas menos cicatrices. La otra tenía constelaciones enteras, se talló las doce estrellas del Hombre Salvaje en el pie izquierdo.

¿Cicatrices? ¿Constelaciones? Parpadeo al oír esas palabras. Parecen… extrañamente irrelevantes dada nuestra situación, en la que esta mujer me ha asaltado, secuestrado y metido en el vientre de un barco como si fuera un pedazo de…

Espera.

¿Un barco?

Ay, no. Ay, no, no, no…

Cuando el suelo ondula en confirmación, apisono mi histeria rápidamente, con saña. No puedo permitirme perder la cabeza. Otra vez no. No como me pasó con Babette. Mi mirada aterriza en la vela al otro lado de la habitación, en las amplias ventanas tras ella, pero las cortinas me ocultan lo que hay fuera. Solo puedo rezar para que sigamos flotando en el puerto, que aún no

hayamos partido hacia mar abierto. En la primera situación, Lou vive prácticamente en la puerta de al lado; solo un puñado de calles separan su apartamento del agua. Si es la segunda, bueno…

Me obligo a sonreír, sin saber qué más hacer.

—Es… fascinante conocerte, Odessa —digo por fin.

—*Fascinante*. —La mujer parece saborear la palabra, intrigada, antes de alejarse para apoyarse en una de las cajas de ébano—. No es exactamente una mentira, pero es muy superior a la verdad. Bien hecho.

Me quedo sin respiración cuando veo su rostro por primera vez y soy incapaz de apartar la vista, momentáneamente enmudecida.

—Eh…

Ella arquea una ceja en altitud altanera.

—¿Sí?

Unas ondas espesas enmarcan sus grandes y profundos ojos marrones —separados y respingones, casi felinos—, unos pómulos altos y unos labios en forma de corazón. Los lleva pintados de color ciruela. Combinan con el satén de su vestido escotado y con las joyas de su lujoso collar. En contraste con la palidez de su piel ambarina, todo el conjunto resulta… bueno, *fascinante*. Me reprendo mentalmente.

—¿Puedo preguntar *por qué* estamos en un barco?

—Claro que puedes. —Odessa inclina la cabeza, frunciendo el ceño cada vez más y, de repente, ella es el gato y yo soy el pájaro enjaulado. A pesar de sus palabras, una nueva cautela me hormiguea en la piel. ¿Por qué no me ha atado? ¿Por qué no hay cuerdas? ¿Ni cadenas? Como si me leyera la mente, se inclina hacia delante, sumergiendo la mitad de su precioso rostro en las sombras—. Una forma de hablar muy inteligente. Aunque sin duda cortés, simultáneamente me pides permiso para preguntar y procedes a preguntar sin mi permiso.

—Eh… —Parpadeo de nuevo y me esfuerzo por seguirle el ritmo a esta extraña mujer—. Mis disculpas, *mademoiselle*. —Sin embargo, cuando continúa mirando sin más, con esos ojos saltones prestando *demasiada* atención a mi rostro, busco algo más que decir. Cualquier cosa. Solo necesito ganar unos momentos antes de que lleguen Lou y los demás—. Por favor, perdone mi ignorancia, pero no es para nada como esperaba.

—¿De veras? ¿Y qué esperabas?

Frunzo el ceño.

—Para ser completamente sincera, no lo sé. ¿Crueldad? ¿Cierto aire general de malevolencia? Ha matado a cinco personas.

—Oh, ha matado a muchas más —interviene otra voz, *esa* voz, que me da un susto de muerte. Suelto un chillido y me giro para hacer frente a la figura que tengo justo detrás.

A *él*.

El hombre frío.

Se encuentra demasiado cerca, es demasiado silencioso, y me observa con una sonrisa burlona. Con las mejillas sonrojadas, me agarro el pecho e intento hablar sin jadear, sin traicionar el repentino aumento de mi pulso.

—¿C-Cuánto tiempo lleva ahí parado?

Cuando se ríe, su risa suena grave y peligrosa.

—El suficiente.

—Ya, bueno, es bastante grosero… —Las palabras se marchitan rápidamente en mi lengua. Aunque *es* de mala educación ocultar la propia presencia cuando hay compañía, es mucho más grosero golpear a una mujer indefensa para dejarla inconsciente y arrastrarla a tu inmunda y malvada guarida. Este hombre ha hecho ambas cosas. A pesar de toda su elegancia, parece haberse saltado algunas lecciones cruciales de etiqueta—. ¿Por qué estoy aquí? —pregunto en cambio—. ¿Planeáis desangrarme como a Babette y a los demás?

—Tal vez. —Junta las manos detrás de la espalda y da vueltas a mi alrededor con la gracia de un depredador. La luz de las velas convierte sus inhóspitos colores (el blanco de su piel, el plateado de su cabello, el negro de su capa) en casi dorados. Sin embargo, no sirve de nada para ablandarlo. Cuando conectan con los míos, sus ojos podrían hacerme sangrar—. ¿Le has hablado a tu amiguito sobre las rosas?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Deberías responderle —dice Odessa desde su posición en la caja de ébano—. Mi primo se vuelve bastante tedioso si no se sale con la suya.

Los ojos negros del hombre se clavan en los de ella.

—Un rasgo familiar, estoy seguro.

—No hay por qué irritarse, querido.

Cuando por fin se detiene frente a mí, levanto la cara, fingiendo obstinación cuando en realidad no puedo apartar la mirada. Nunca me he topado con una persona de rasgos tan finos, tan salvajes. Aun así, la inquietud desciende por mi espalda cuando coloca un único dedo debajo de mi barbilla.

—¿Quién… quién es usted? —pregunto.

—Me interesa mucho más saber quién eres tú, mascota.

Con un suspiro dramático, Odessa se baja de la tapa de la caja.

—De verdad, primo, deberías ser más específico en el futuro. He seguido tus instrucciones al pie de la letra. —Levanta tres dedos y revela unas uñas negras, largas y perversamente afiladas. Una gema de ónix brilla en su nudillo, conectada por una fina cadena de plata al brazalete que lleva en la muñeca—. Cabello negro, capa carmesí, compañera de la *Dame des Sorcières*. Cumple con los tres criterios, y no hay duda de que *huele* a *Dame rouge*, pero… —Frunce y junta sus labios color ciruela, los dos me miran con lo que se parece absurdamente a una sospecha—. No tiene cicatrices.

Ahí está esa palabra otra vez: cicatrices. ¿Y Odessa ha dicho que huelo como una *Dame rouge*? ¿Cómo puede ser…?

La comprensión se abate en picado y a toda velocidad sobre mi estómago, provocándome náuseas, cuando las piezas encajan en su lugar, pero me esfuerzo por mantener una expresión impasible, plenamente consciente de su escrutinio. Plenamente consciente de que todavía llevo la capa de Coco.

No soy la única compañera de la *Dame des Sorcières* con el pelo negro.

Tras esa comprensión llega otra, igual de escalofriante: *La otra tenía constelaciones enteras: se talló las doce estrellas del Hombre Salvaje en el pie izquierdo*. Estas personas conocían a Babette. La conocían lo bastante íntimamente como para haber visto sus pies descalzos, para recordar la

configuración de sus cicatrices. Ellos la mataron. La certeza se me asienta en el pecho. La mataron, y ahora, ahora persiguen a Coco. Curiosamente, ese conocimiento no hace que el corazón se me acelere o me tiemblen las manos, que es lo que debería provocarme. No. Enderezo la espalda y me alejo del contacto del hombre.

No tendrán a Coco.

No si yo puedo evitarlo.

—¿De veras? —A pesar de todos mis esfuerzos, me agarra el mentón con más fuerza y me inclina la cara hacia delante y hacia atrás en busca de cicatrices. Su mirada me inspecciona los ojos, los pómulos, los labios, la garganta. Tensa la mandíbula tras ver esta última—. ¿Cómo te llamas? —pregunta por fin, y su voz es más suave ahora. Siniestra. Sé que no debo ignorarlo. Mis instintos hormiguean de nuevo, advirtiéndome de que me quede quieta, advirtiéndome de que este hombre es más de lo que parece.

Cuando trago saliva para ganar tiempo y considerar mi respuesta, sus ojos siguen el movimiento.

—¿Por qué quiere saberlo? —pregunto al fin.

—Esa no es una respuesta, mascota.

—Eso tampoco lo es.

Con los labios fruncidos en una mueca de disgusto, me suelta la barbilla, pero cualquier alivio remite cuando se agacha ante mí y sus ojos quedan a la misma altura que los míos. Hago todo lo posible por ignorar la forma en que sus antebrazos descansan sobre sus rodillas, la forma en que entrelaza los dedos mientras me estudia. Engañosamente despreocupado. Tiene manos grandes, y sé por experiencia lo fuertes que son. Podría aplastarme la garganta en un segundo. Como si me leyera la mente, murmura:

—Esto será mucho más agradable si juegas limpio.

—¿Y si me niego? —repito sus propias palabras.

—A diferencia de ti, poseo los medios para obligarte a aceptar. —Suelta una risa sombría—. Sin embargo, repito que no serán agradables, y no serán corteses. —Puesto que sigo sin decir nada y cierro con fuerza la mandíbula, él entorna los ojos. Su rodilla me roza la espinilla, e incluso ese ligero toque me recorre la columna y me eriza el vello de la nuca. En esta posición, casi arrodillado a mis pies, debería parecer sumiso, tal vez reverente, pero no podría tener más control sobre la situación. Se inclina más cerca—. ¿Quieres que te diga *exactamente* lo que pretendo hacerte?

—Ya te he dicho que podía ser tedioso. —Odessa se acerca a la vela y saca un pergamino de la mesa sobre la que está apoyada. Lo despliega sin interés antes de lanzarlo a un lado y seleccionar otro. A su primo, le dice—: Date prisa, Michal. Anhelo alejarme de este asqueroso lugar.

—Dijiste que anhelabas aire fresco, prima.

—El aire de Cesarine dista mucho de ser fresco, y no creas que no he oído el juicio en tu tono de voz. Los baños de aire tienen enormes beneficios para la salud. —Agita una mano y examina los demás pergaminos, concentrándose ya en otra cosa—. De verdad, ¿tienes que ser siempre tan cerrado de mente? Un rato desnudo ante la ventana abierta podría venirte bien…

—*Suficiente*, Odessa.

Para mi sorpresa, ella obedece sin protestar, sin poner los ojos en blanco ni murmurar un insulto en voz baja, y esa obediencia inmediata es, de alguna forma, más ominosa que cualquier

amenaza que el hombre pudiera haber pronunciado. Lou se habría reído en su cara. Jean Luc habría atacado en un segundo.

Sospecho que ambos estarían muertos a estas alturas.

El hombre —*Michal*—, toma una respiración comedida y controlada antes de devolverme toda su atención, pero incluso yo puedo ver que se le está agotando la paciencia. Enarca una ceja, sus ojos más oscuros que antes. De un negro absoluto y aterrador.

—¿Y bien? ¿Cómo me prefieres, mascota? ¿Agradable o desagradable? —No aparto la mirada, resuelta, hasta que asiente en un gesto de sombría satisfacción—. Muy bien…

—C-Cosette. —Me obligo a escupir el nombre con los dientes apretados, negándome a romper el contacto visual. Un buen mentiroso nunca mira hacia otro lado, nunca duda ni titubea, pero nunca he sido muy buena mentirosa. Ahora le ruego a Dios que me ayude a serlo—. Me llamo Cosette Monvoisin.

Su expresión se oscurece aún más ante la obviedad de la mentira.

—¿Eres Cosette Monvoisin?

—Claro que sí.

—Quítate la capa.

—¿Que qué?

Puede que vea el pánico en mis ojos, que sienta la repentina tensión de mi cuerpo, porque se inclina aún más cerca. Sus piernas presionan contra las mías. Sus labios se curvan en una dura sonrisa.

—Quítate la capa, *mademoiselle* Cosette, y enséñanos tus cicatrices. Como *Dame rouge*, debes de tenerlas en alguna parte.

Me pongo de pie, en parte para fingir indignación, en parte para escapar de su contacto, y la silla se estrella contra el suelo detrás de mí. Odessa levanta la vista de sus pergaminos, picada por la curiosidad, cuando las mejillas me empiezan a arder y cierro las manos en puños. *Por favor, por favor, por favor*, rezo, pero ahora no puedo echarme atrás. Debo mentir como no lo he hecho nunca.

—¿Cómo se *atreve*, *monsieur*? Soy la *Princesse Rouge*, y no toleraré que se me hable de una forma tan lasciva y familiar. Usted mismo ha dicho que puede… que puede *oler* la magia que fluye por mis venas. Está claro que me veo superada en número y capacidad, así que, por favor, preste atención a su prima y lleve a cabo los planes que tuviera para esta noche. No caigamos en intercambios desagradables. Dígame qué quiere y me esforzaré por complacerlo, o matéme aquí y ahora. No le temo a la muerte —añado con mi mirada más feroz—, así que no presuma de poder asustarme con amenazas vacías.

Todavía agachado, completamente imperturbable, observa mi diatriba con una apatía mordaz.

—Mentirosa.

—¿Le ruego me disculpe?

—Eres una mentirosa, mascota. Cada palabra que has dicho desde que nos conocimos ha sido una falsedad.

—Eso no es…

Chasquea la lengua en una suave reprimenda, sacude la cabeza y se levanta despacio, como una sombra que se despliega. No puedo evitar retroceder un paso.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, y hay algo en su voz, o puede que en la repentina quietud de

su cuerpo, que advierte de que esta será la última vez

—Se lo he dicho. Soy Cosette Monvoisin.

—¿Tienes ganas de morir, Cosette Monvoisin?

Retrocedo otro paso de forma inconsciente.

—Por… Por supuesto que no tengo ganas de morir, pero la muerte es inevitable, *monsieur*. Al final nos encuentra a todos.

—¿Eso hace? —Cierra la distancia entre nosotros, aunque no parece que se mueva. Un segundo, está *ahí* de pie con las manos entrelazadas a la espalda, y al siguiente, está de pie *aquí* mismo con las manos entrelazadas a la espalda—. Hablas como si la conocieras.

Exhalo con brusquedad.

—¿Cómo ha…?

—¿Podría ser que ya te haya encontrado? —Levanta una mano pálida para tocarme el cuello. Aunque me pongo tensa, él se limita a tirar de los cordones de la capa de Coco, que cae a nuestros pies en una oleada de tela carmesí. Me aparta el pelo del hombro. Me empiezan a temblar las rodillas.

—¿Q-Quién?

—La muerte —susurra a la vez que se inclina para… para *olerme* la curva del cuello. Aunque no me toca del todo, *siento* su cercanía como la más ligera de las caricias descendiendo por mi garganta. Cuando jadeo y se aleja, se endereza con el ceño fruncido, sin parecer afectado, tal vez ajeno, y mira hacia atrás, a Odessa—. La magia de sangre no fluye por sus venas.

—No —dice esta alegremente mientras continúa leyendo sus pergaminos. Ignorándonos por completo—. Es otra cosa.

—¿Reconoces el olor?

Ella se encoge de hombros con elegancia.

—En absoluto. Aunque no es del todo humano, ¿verdad?

Paseo la mirada entre uno y otra mientras el silencio cae entre ellos, convencida de que el latido desenfrenado de mi corazón me ha impedido oírlos bien. Cuando ninguno de los dos habla, cuando no resoplan con incredulidad ni se ríen de su propia broma ingeniosa, niego con la cabeza y recojo la capa de Coco del suelo.

—Ambos están bastante equivocados. —Me la coloco sobre los hombros y meto la mano en la manga izquierda. Con las mejillas todavía calientes, acciono el mecanismo, y el cuchillo se desliza hasta mi palma.

Lou y los demás ya deberían haber llegado. O no pueden encontrar mi rastro, o ya estoy perdida en el mar. La causa, sin embargo, no importa. Las consecuencias siguen siendo las mismas. Me estoy quedando sin tiempo, y a estas… a estas *criaturas* no se les puede permitir vagar con libertad. Si abandonan el barco, sin duda reanudarán su búsqueda de Coco, y aquí —ahora— sigo en posesión del factor sorpresa. Desvío la mirada de los ojos de Michal hasta sus orejas, su nariz, sus… partes inferiores.

Él arquea una ceja en un gesto burlón.

No importa a quién te enfrentes, Célie, todo el mundo tiene una ingle en alguna parte. Encuéntrala, dale una patada con todas tus fuerzas y lárgate.

Tras una respiración profunda, lanzo la precaución por la borda y me abalanzo…

Entre un parpadeo y el siguiente, Michal se mueve de nuevo y, de repente, no está frente a mí en absoluto, sino justo detrás, agarrándome la muñeca y retorciéndomela, llevando el cuchillo que tengo en la mano hasta mi propia garganta.

—Yo no haría eso si fuera tú —susurra.

Capítulo 11

El infierno está vacío

En momentos de extrema coerción, en el cuerpo humano a menudo se desencadena una respuesta psicológica de lucha o huida. Me acuerdo de Filippa describiéndomela cuando era niña: la boca seca, la visión en túnel, la respiración superficial. Incluso entonces, sabía que Pip nunca huiría.

Sabía que yo nunca pelearía.

Ahora reacciono sin pensar —*ojos, oídos, nariz, ingle*— y echo la cabeza hacia atrás para aplastarle la nariz a Michal y subo la rodilla para golpearle en la región inferior. No obstante, él se hace a un lado antes de que pueda darle y sus brazos serpentean alrededor de mi cintura para tirar de mí contra él, por lo que acabo golpeándolo en su duro muslo. Por poco *me rompo la rótula*. Un dolor agudo me atraviesa el hueso, pero me libero de su macabro abrazo y paso corriendo junto a él, tropezando en la oscuridad, buscando a ciegas una puerta, *cualquier* puerta…

Allí.

Lanzo mi peso contra la pesada madera —una, dos, tres veces—, y cuando por fin se abre de golpe, la acompaño y aterrizo con fuerza sobre manos y rodillas. Estas chillan de agonía mientras me yergo y avanzo con esfuerzo, mientras recorro el pasillo y giro en la esquina. Ninguna mano helada aterriza sobre mis hombros en esta ocasión; ninguna voz argentina me advierte con una risita tonta.

Me han dejado ir.

No. Aparto ese pensamiento intrusivo y aumento la velocidad al subir las escaleras, cada peldaño entre nosotros supone un soplo de alivio. *No, he escapado. He escapado de la habitación, y ahora debo escapar del barco…*

Abro otra puerta de un empujón, patino hasta detenerme en el alcázar y el alma se me cae a los pies de la misma forma en que cae la temperatura.

La luz de la luna brilla sobre el mar abierto.

Se abre ante mí en todas direcciones, ininterrumpido e interminable —excepto al oeste, donde un racimo de luces todavía brilla en el horizonte. *Cesarine*. Nunca antes había pensado en esa palabra con tal anhelo. Con tanto *miedo*. Ya hemos partido hacia Dios sabe dónde, lo que significa… Un nudo férreo se me forma en la garganta al darme cuenta, y empieza a costarme

respirar.

Mis amigos nunca me encontrarán.

No.

Corro por la cubierta hacia donde docenas de marineros trabajan al unísono, sus movimientos extrañamente rítmicos mientras manejan las velas y dirigen el timón, mientras tiran de los cabos, atan nudos y friegan las tablas. A diferencia de Michal y de Odessa, tienen la piel sonrojada a causa del esfuerzo físico, cálida y familiar, a pesar del brillo ausente en su mirada.

—Por favor, señor —agarro al hombre que tengo más cerca por la manga—. He… he sido s-secuestrada, y necesito desesperadamente su ayuda. —Aunque alzo cada vez más la voz, hasta que resulta estridente, él no parece escucharme, sino que pasa rozándome como si no hubiera hablado en absoluto. Echo la mirada hacia atrás, hacia las puertas dobles y me aferro a su brazo sin poder hacer nada—. *Por favor*. ¿Hay algún tipo de bote salvavidas a bordo? Debo volver a Cesarine…

Se libera de mi agarre con facilidad y avanza fatigosamente, sin verme. Me quedo mirándolo con creciente pánico antes de girarme hacia otro hombre.

—¿*Monsieur*? —Está sentado en un taburete de tres patas, tallando un cisne de madera. O, al menos, *empezó* siendo un cisne. Donde debería estar el cuerpo del pájaro, el hombre sacude la muñeca mecánicamente, reproduciendo el mismo corte, una y otra y otra vez. Puede que sea imprudente, pero le quito el cuchillo, decidida a llamar su atención. No hace nada para detenerme. Sin embargo, su mano nudosa sigue moviéndose como si todavía sostuviera la hoja, convirtiendo la madera en una punta perversamente afilada—. *Monsieur*, ¿puede… puede oírme?

Agito el cuchillo frente a su nariz, pero ni siquiera parpadea.

Aquí hay algo que va muy mal.

Cuando deslizo una mano por debajo de su bufanda para comprobar su pulso, este late débilmente contra mis dedos. Vivo, entonces. El alivio se estrella contra mí en una violenta oleada, salvo porque…

Retrocedo y dejo caer el cuchillo antes de arrancarle la bufanda de la garganta.

Antes de revelar dos pinchazos.

Todavía supuran ligeramente, la sangre le chorrea por el cuello.

—Ay, Dios. Está… está herido, *monsieur*. Déjeme… —Cuando presiono la herida para detener el sangrado, abre la boca y murmura algo ininteligible. Con otra mirada apresurada hacia las puertas, me acerco más, muy a mi pesar.

—Dormid siempre al anochecer y rezad siempre vuestras oraciones. —Balbucea las palabras mientras los ojos se le cierran, mientras la cabeza empieza a balanceársele a un ritmo lento e inquietante—. Llevad siempre una cruz de plata, y salid siempre acompañados.

El horror se alza en algún lugar de mi subconsciente. Conozco esas palabras. Las reconozco con tanta facilidad como recuerdo el rostro obstinado de mi hermana, la voz melodiosa de mi niñera. *Ay, Dios*.

Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios.

Aparto los dedos de su garganta y él abre sus ojos vacíos. Excepto que ya no parecen vacíos. Los atraviesan unas ráfagas de terror absoluto —lo bastante brillantes para cegar, para *quemar*—, y me agarra la muñeca con una fuerza tremenda. Un espasmo aparatoso sacude su cuerpo.

—C-Corre —balbucea, y su garganta se mueve con esfuerzo al pronunciar esa palabra—. *Corre*.

Me alejo con un jadeo, tropiezo hacia atrás y el hombre se derrumba como una marioneta. Al instante siguiente, sin embargo, se endereza. Sus manos reanudan la talla ausente, y cuando parpadea, su mirada vuelve a carecer de toda emoción. Su garganta continúa goteando sangre en todo momento.

Ploc.

Ploc.

Me giro como una loca y busco el bote salvavidas, pero ahora que he visto esas marcas, no puedo escapar de ellas. Dondequiera que miro, me devuelven la mirada de forma perversa, adornando el cuello de cada marinero, algunas frescas y aún sangrantes, y otras con costras, amoratadas e inflamadas. No puede ser una coincidencia. Estos hombres de ojos vacíos han sido atacados y sometidos —como Babette y los demás, como *yo*—, y esas heridas son la prueba. Me llevo una mano a la garganta mientras me estremezco y corro hacia la barandilla tallada. Hemos sido condenados a muerte, todos nosotros.

Prefiero ahogarme antes que morir como morirán estos hombres.

Respirando de forma superficial, me inclino sobre el lateral del alcázar y echo un vistazo a las aguas negras. Las olas están intranquilas esta noche. Chocan contra el casco del barco a modo de advertencia, prometiendo castigar a cualquiera lo bastante insensato para sumergirse en ellas. Y tal vez yo sea una insensata. Una insensata testaruda y confiada por haber huido de la Torre de los *chasseurs*, por creer que podría tener éxito allí donde Jean Luc y Lou han fracasado. Echo otro vistazo a las puertas dobles, pero parece que mis captores no tienen prisa por perseguirme. ¿Por qué deberían tenerla? Saben que no puedo escapar.

Mi determinación se endurece ante esa pequeña afrenta.

Nunca he sido una buena nadadora, pero si salto, existe una posibilidad, aunque infinitesimal, de que sobreviva a la ira del agua, de seguir la corriente hasta Cesarine. He conocido a la diosa del mar, y considero amigas a muchas melusinas. Puede que me ayuden.

Antes de que pueda cambiar de idea, me subo a la barandilla y rezo una plegaria silenciosa y desesperada al cielo.

Unos dedos fríos se enroscan alrededor de mi muñeca. Me arrastran de vuelta al infierno.

—¿Vas a alguna parte? —murmura Michal.

Me ahogo con un sollozo.

—D-Déjeme en paz. —Aunque intento alejarme de él, todos mis esfuerzos son en vano; su mano sigue constituyendo un grillete alrededor de mi muñeca. Me resbalo de la angosta barandilla y el estómago me da un vuelco cuando pierdo por completo mi punto de apoyo y caigo por el lateral del barco. Chillando, me aferro a su mano, que es lo único que me mantiene en el aire mientras cuelgo sobre las heladas olas del mar. Él me sostiene con facilidad y ladea la cabeza mientras observa cómo me sacudo.

—Admito que siento curiosidad. —Enarca una ceja—. ¿Y ahora qué, mascota? ¿Planeas *nadar* hasta Cesarine?

—¡Súbame! —La súplica me desgarra la garganta por propia voluntad, y mis pies buscan a ciegas, frenéticos, un punto de apoyo contra el lateral del barco—. Por favor, *por favor*…

Su agarre se afloja en respuesta, y caigo unos centímetros mientras suelto un nuevo grito. El viento arrecia a nuestro alrededor. Me azota el pelo, el vestido, traspasa la fina tela y me atraviesa la piel como un millar de agujas. Y, de repente, mi resolución no parece resolución en absoluto. Parece un impulso violento y visceral de *vivir*. Le destrozo el brazo en un intento de escalar por su cuerpo, de alejarme de la muerte segura que me espera abajo.

Parece que, después de todo, preferiría no ahogarme.

—Por favor —me deja caer otro centímetro—, no dejes que te lo impida. Sin embargo, debes saber que te congelarás hasta morir en siete minutos. *Siete* —repite con frialdad, su rostro una máscara de granito en calma—. ¿Eres buena nadadora, Cosette Monvoisin?

Le clavo las uñas en la manga y dejo marcas en el cuero cuando una ola se eleva lo bastante como para besarme los pies.

—N-No…

—¿No? Una pena.

Otro grito me destroza la garganta, otra ola me lame el dobladillo antes de que por fin encuentre apoyo contra el barco y me impulse hacia arriba. No me suelta la muñeca, sino que me agarra de la cintura con su mano libre y me guía por encima del pasamanos en un único movimiento fluido. Aunque me deposita con suavidad sobre mis pies, el hielo en sus ojos desmiente el gesto. Tuerce la boca con disgusto mientras da unos pasos atrás.

Cuando las rodillas me ceden un segundo después, no hace nada para sostenerme, y me derrumbo a sus pies, rodeándome el torso con los brazos y temblando de forma incontrolable. Mi dobladillo ya se ha congelado por culpa del penetrante viento. Se me pega a los tobillos, a las pantorrillas, y el entumecimiento se arrastra por mi cuerpo.

Lo odio. Tan feroz e inequívocamente como he podido odiar a cualquier otro, *detesto* a este hombre.

—Hágalo. —Me niego a desnudar mi garganta, me niego a buscar esos cuchillos finos en su persona, y lo fulmino con la mirada. Puede que me arrebate la vida, pero no me arrebatará la dignidad—. Atraviéseme la piel. Dréneme la sangre. Úsela para cualquier propósito perverso para el que haya usado la de los demás.

Con esa misma expresión de desagrado, se agacha y su tamaño me oculta del resto de la tripulación. *No es que importe*, pienso con amargura. Los hombres siguen moviéndose de forma extraña, como marionetas que penden de un hilo. Ni una sola mirada se ha desviado en nuestra dirección desde que ha llegado Michal.

Ahora me escruta con intensidad. Su expresión no revela nada.

—Nunca he conocido a alguien tan ansioso por morir como tú. —Al ver que no hablo, niega con la cabeza—. Pero no temas, soy todo un caballero. ¿Quién soy yo para negarme a los deseos de una dama como tú?

Una dama.

La palabra chisporrotea como la leña bajo mi piel, y me incorporo con un gruñido, casi golpeándole la nariz de nuevo. Nunca he sido una persona violenta. De hecho, por lo general aborrezco la visión de la sangre, pero cuando una muñeca de porcelana se rompe, quedan muchos bordes afilados. Una extraña y secreta parte de mí quiere herir a este hombre. Quiere hacerlo sangrar. Sofoco esa reacción tan violenta y hablo entre dientes.

—Hágalo, entonces. ¿Por qué esperar?

Él curva los labios en una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—La paciencia es una virtud, mascota.

Tan de cerca, su evidente falta de olor resulta desconcertante, como la nieve o el mármol, o tal vez veneno derramado en el vino. No soporto ni un segundo más en su presencia.

—No soy su *mascota* —escupo las palabras con una voz que apenas reconozco— y no finja entender de virtud, *monsieur*. No es un caballero.

Un ruido bajo retumba en su pecho y demuestra que está de acuerdo conmigo, ¿o es —entorno los ojos por la incredulidad— una risa? ¿Se está *riendo* de mí?

—Ilumíname, *mademoiselle*. ¿Qué hace a un caballero?

—Me está tratando con condescendencia.

—Es una pregunta sencilla.

Cuando me pongo de pie en respuesta, una fría diversión brilla en sus ojos negros, y reluce aún más cuando tropiezo y me apoyo en su ancho hombro para mantener el equilibrio. Retiro la mano al instante. Me siento enferma ante su contacto, la rabia me burbujea en el estómago, la *humillación*. No es a mí a quien quiere. En realidad, no. Ni siquiera soy lo bastante importante como para matarme.

Aprovechando su posición vulnerable, intento pasar junto a él como una flecha, pero, de nuevo, entre un parpadeo y el siguiente, aparece delante de mí, bloqueándome el paso. Mi mirada aterriza en las puertas dobles.

Lo intento de nuevo.

Reaparece.

Junta las manos a la espalda y habla con cruel ligereza.

—Solo me queda asumir que tu próximo paso es buscar a mi prima, apelar a su naturaleza compasiva, puede que maternal. Permíteme ahorrarte la decepción: Odessa es la criatura menos maternal que existe. Aunque simpatizara con tu situación, no te ayudaría. Responde ante mí. —Hace una pausa con esa oscura media sonrisa y señala con la cabeza a los hombres que nos rodean —. *Todos* responden ante mí.

El corazón me late con fuerza en los oídos mientras lo miro.

Un segundo.

Dos.

Cuando me giro y me abalanzo hacia la barandilla, él aparece ante mí una vez más, y patino hasta detenerme para evitar chocar con su pecho. El humor en su mirada se desvanece gradualmente ante lo que sea que ve en la mía.

—Puesto que tu propia vida te preocupa tan poco, permíteme acelerar esta tontería.

Con un movimiento de su mano, hasta el último marinero del barco abandona sus quehaceres, se pone de pie entre tambaleos y marcha hacia la barandilla de estribor. Sin embargo, no se detienen ahí. Sin dudarlo, sin una palabra, proceden a encaramarse hasta que están de pie unos junto a otros a lo largo de la barandilla, balanceándose por culpa del vendaval y esperando las próximas instrucciones. El viento aumenta en un *crescendo* mientras los observo con horror. Porque ahí de pie parecen soldaditos de plomo, y de repente, no son sus expresiones vacías las que veo.

Veo la mía.

Una vez, Morgane dejó mi cuerpo igual de impotente. Con su magia, nos obligó a Beau y a mí a batirnos a duelo, nos obligó a *hacernos daño* el uno al otro para enviar un mensaje a su hija. Incluso cuando mi espada se hundió en su pecho, no pude hacer nada para detenerlo, y en ese instante supe —*lo supe*— que nunca volvería a ver tanta maldad. Supe que nunca conocería a alguien que fuera su igual.

Cuando uno de los soldados se tambalea precariamente y sus pies resbalan por la barandilla, me giro hacia Michal con un propósito renovado.

—Para esto. Detén esto *ahora*.

—No estás en posición de exigir nada, mascota. Si intentas nadar hasta Cesarine, mis hombres te seguirán y también morirán congelados, qué trágico. —En este momento, su mirada se endurece hasta convertirse en algo extraño y aterrador, algo salvaje, mientras se apodera de un mechón de mi pelo y lo frota entre el pulgar y el índice—. Por supuesto, la anemia acortará su esperanza de vida a menos de siete minutos. Tal vez cuatro, si tienen suerte. Estarás obligada a ver cómo se ahogan. —Una pausa—. ¿Lo entiendes?

¿*Anemia*? Me aparto de la barandilla como si le hubieran crecido cuernos mientras intento ubicar la palabra. Al no poder, la rabia contenida en mi pecho estalla de forma irracional.

—Deje que bajen —espeto—. No contestaré a nada hasta que estén a salvo en cubierta.

—No hay ningún lugar seguro en cubierta. —Aunque en sus palabras oigo una amenaza velada, los marineros comprenden su intención de alguna manera; tan rápida y silenciosamente como se han subido a la barandilla, se bajan de ella y reanudan su espeluznante baile. Ya no son soldaditos de plomo, sino marionetas. Michal inclina la cabeza—. ¿Tenemos un acuerdo?

—¿Cómo los controla? —pregunto—. A los hombres.

—¿Cómo es que no tienes cicatrices?

—La *Dame des Sorcières* lanzó un hechizo para disfrazarme. —La mentira escapa de mis labios junto con un inesperado placer. Me desplazo hacia la izquierda tan subrepticiamente como me es posible, con la vista fija en el hombre de la estaca en forma de cisne—. Sabíamos que planeaba secuestrarme…

—Pequeña *menteuse*. —Los ojos de Michal se oscurecen aún más al oír mi falsedad. *Pequeña mentirosa*.

A pesar de las alarmantes pruebas de lo contrario, no logro evitar cerrar las manos en puños.

—No soy una mentirosa.

—¿No? —Sigue mis pasos como un depredador que acecha a su presa. Paciente. Letal. Cree que estoy atrapada, y tal vez lo esté—. ¿Cuándo naciste, Cosette Monvoisin?

—El 31 de octubre.

—¿Dónde naciste?

—En L'Eau Melancolique. En concreto, en Le Palais de Cristal, en Le Présage. —La obstinación —no, el *orgullo*— impregna cada palabra, cada pequeño detalle. *Estrellas eternas en tus ojos*, me decía siempre Pippa, y gracias a Dios por ello. Gracias a Dios que colecciono historias como las melusinas recolectan su tesoro; gracias a Dios que escucho cuando la gente habla.

Michal tensa la mandíbula.

—¿Cómo se llamaban tus padres?

—Mi madre era la legendaria bruja Angelica. Murió en la batalla de Cesarine junto con mi tía,

La Voisin, que fue quien me crio. Y no conozco a mi padre. Mi madre nunca pronunció su nombre.

—Qué lástima —repite en voz baja, pero no suena a disculpa en absoluto—. ¿Cómo conociste a Louise le Blanc?

Levanto la barbilla.

—Me lanzó un pastel de barro a la cara.

—¿Y a Babette Trousset?

—Crecimos juntas en La Fôret des Yeux.

—¿La amabas?

—Sí.

—¿A quién amas ahora?

—A su majestad el rey de Belterra, Beauregard Lyon.

—¿Y cómo se declaró?

—Me sorprendió después de mi iniciación en la Torre de los *chasseurs*…

El triunfo brilla en los ojos negros de Michal y su fría sonrisa vuelve a aparecer. Me doy cuenta de mi error demasiado tarde, me tropiezo y casi aterrizo en el regazo del cautivado marinero. Su estaca de madera me roza la cadera. Todavía se mueve como si estuviera tallando. Apretando los dientes, agarro la superficie lisa de madera y la escondo dentro de un pliegue de la capa de Coco. Si Michal repara en ello, no dice nada.

En vez de eso, levanta un anillo de oro muy familiar entre nosotros. El diamante reluce a la luz de la luna.

—No sabía que Cosette Monvoisin *tenía* un prometido —dice con una voz tan gélida como el agua de abajo—. Qué interesante.

Como un rayo, me llevo la mano libre al bolsillo, y la bilis me quema la garganta cuando lo encuentro vacío. Mi anillo de compromiso y la cruz de Babette… Ambas cosas han desaparecido, *robadas* por este hombre que no es un hombre en absoluto, sino un monstruo. Sus ojos negros no son del todo humanos cuando me miran, y su cuerpo se ha quedado demasiado quieto. Mi propio cuerpo responde de la misma manera. Apenas me atrevo a respirar.

—Tampoco era consciente de que fuera una *chasseur* —dice en voz baja—. Que yo sepa, solo *una* mujer ocupa ese puesto, y no es la *Princesse Rouge*.

En el silencio que sigue a su declaración, vuelve a inhalar mi olor. Ladea la cabeza.

Y yo me deshago de toda precaución.

Coloco la estaca de madera entre nosotros y la blando como un niño con una espada de juguete. Entre mis dedos, los ojos del cisne se burlan de mí. *No puedes esperar dominar a este hombre*, parecen decir, o tal vez esa no se trate en absoluto de su voz. Quizá sea la mía. *No puedes esperar superarlo*.

—No se acerque a mí. —Sin aliento, levanto más la estaca mientras una presión furibunda se me acumula detrás de los ojos. *Puedo hacerlo. Incapacité a Morgane le Blanc*—. No… no significo *nada* para usted. Si no me va a matar, suélteme. No tengo ningún valor, así que deje que me vaya.

Hastiado, Michal ya no se molesta en moverse a una velocidad sobrenatural. No. Recorre la distancia entre nosotros despacio, envuelve mi puño con el suyo, que está helado, y se apropia de la estaca con una facilidad irrisoria. La arroja al mar sin decir una palabra. Mi corazón se hunde con ella.

Yo me hundo con ella.

—No vuelvas a huir —advierte, su voz aún más suave y letal— o te perseguiré. —Se inclina más cerca—. Y no quieres que yo te persiga, mascota.

Debo concederme que la voz no me tiembla al responder.

—No me hará daño.

—Cuánta convicción.

Esas palabras resuenan en mis oídos como una promesa.

Cuando se endereza y chasquea los dedos, el marinero que tengo detrás se pone de pie de repente. Sin su estaca, sus manos han dejado de moverse, y cualquier magia que Michal haya lanzado vuelve a asumir el control absoluto sobre él. Mira al frente sin ver.

—Llévala de vuelta al salón de baile —le dice Michal—. Si intenta escapar de nuevo, quiero que recuperes tu preciada estaca del lecho marino. ¿Entendido?

El marinero asiente y echa a andar. Como no me pongo a seguirlo de inmediato, se detiene, se gira y su brazo sale disparado para aferrarme el codo. Tira de mí hacia delante a base de fuerza bruta. Aunque clavo los talones en el suelo —aunque le araño la muñeca, gruño y escupo, retorciéndome y pataleando e incluso *mordiendo*—, continúa obligándome a marchar hacia las puertas dobles, sin inmutarse. Su sangre me sabe agria en la boca.

—Mis amigos vendrán a por mí —gruño por encima del hombro, haciendo una mueca cuando Michal aparece ahí sin previo aviso—. Ya lo hicieron una vez. Lo volverán a hacer.

Agarra la capa de Coco con sus pálidos dedos. Me resbala por los hombros con facilidad y cae en sus brazos, y la forma en que la estudia…

Un puño helado me aprieta el corazón cuando por fin sonríe —una sonrisa auténtica, devastadora—, y revela dos colmillos largos y perversamente afilados. El mundo parece ralentizarse en respuesta. Los hombres, el barco, el océano, todo se desvanece en una sombra gris mientras lo miro, mientras *los* miro, horrorizada y embelesada a partes iguales.

Colmillos.

Este hombre tiene colmillos.

—Cuento con ello —dice, con un destello en sus ojos negros.

Y en este momento —mientras desciendo a las entrañas de su barco—, me doy cuenta de que el infierno está vacío y de que el diablo está aquí.

PARTE 2

L'habit ne fait pas le moine.
El hábito no hace al monje.

CAPÍTULO 12

La isla de Requiem

Nunca supe qué le pasó a mi hermana la noche de su muerte.

La noche de su desaparición, sin embargo… *esa* noche la recuerdo con una claridad insoportable. Recuerdo que discutimos. Llevaba toda la semana escabulléndose por la ventana de nuestra habitación cada noche, y siempre sin decirme ni una sola palabra. Yo ni siquiera sabía el *nombre* del hombre. En mis momentos más amables, intentaba ver la situación a través de sus ojos: veinticuatro años y aún compartiendo habitación con su hermana pequeña. Veinticuatro años y sin marido, sin hijos, sin un hogar y una situación propios. Puede que se sintiera avergonzada. Puede que el hombre careciera del título o la riqueza para conseguir su mano, motivo por el que mantuvo su romance en secreto. Puede que hubiera una docena de otras cosas que a mí —su *hermana*— no me habrían importado, porque la quería. Habría compartido habitación hasta el final de los tiempos; habría defendido con gusto a su hombre misterioso, con independencia de su título o su riqueza. Me habría reído con ella debajo de las sábanas, yo misma habría aceitado las bisagras de la ventana para su cita secreta.

Sin embargo, nunca me habló de él.

Nunca me dijo nada.

En mis momentos menos amables, me preguntaba si me querría siquiera.

—Esto tiene que parar —siseé esa noche después de que el reloj anunciara la medianoche, después del revelador crujido de las tablas del suelo. Arrojé mi manta a un lado, saqué los pies de la cama y la fulminé con la mirada. Ella se quedó petrificada con una mano en el pestillo de la ventana—. Ya es suficiente, Filippa. *Quienquiera* que sea, no debería pedirte que te escabulleras en la oscuridad de la noche para encontrarte con él. Es muy peligroso.

Se relajó un poco y abrió la ventana. Sus mejillas resplandecían por la emoción, o tal vez se tratara de otra cosa.

—Vuelve a dormirte, *ma belle*.

—*No*. —Cerré los puños al oír aquel término cariñoso, porque en los últimos tiempos no lo sentía amoroso en absoluto. Lo sentía diminuto, burlón, como si se riera de mí por algo que no entendía. Y eso me *enfurecía*—. ¿Cuánto tardarán *maman* y *pére* en descubrirte? Sabes que se desquitarán con las dos. No podré ver a Reid en un mes.

Puso los ojos en blanco y pasó un pie por encima del alféizar, intentando esconder la alforja que llevaba debajo de su capa, pero no lo consiguió.

—*Quelle tragédie*.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

Con un suspiro de impaciencia, dijo:

—Reid no es para ti, Célie. ¿Cuántas veces debo decírtelo? Está hecho para la *Iglesia*, y cuanto antes te des cuenta de ello, antes nos harás un favor a todos y podremos seguir adelante. —Soltó un resoplido burlón mientras sacudía la cabeza, como si yo fuera la chica más estúpida del mundo —. Te va a romper el corazón.

Pero era más que eso. A pesar de toda su bravuconería fraternal, solía *gustarle* Reid; su mayor placer consistía en obligarnos a los dos a jugar con ella, a atrapar copos de nieve y recoger naranjas y llamarla *votre majesté, le magnifique Frostine*, por su cuento de hadas favorito. Algo había cambiado entre ellos durante el año anterior. Algo había cambiado entre *nosotras*.

—Dice la mujer que se está descolgando por la cañería del desagüe —le espeté, inexplicablemente cabreada—. ¿Por qué no se ha presentado, Pip? ¿Podría ser que no esté interesado en una auténtica relación? Al menos Reid todavía me quiere cuando sale el sol.

Sus ojos color esmeralda lanzaron un destello.

—Y nunca conocerás un mundo sin la luz del sol, ¿verdad? No nuestra querida Célie. Vivirás a salvo en la luz para siempre, y nunca te preguntarás, nunca cuestionarás, nunca mirarás atrás para ver las sombras que proyectas. Ese es el problema con los que viven bajo el sol. —Pasó del alféizar a la rama que había cerca de nuestra ventana y se giró hacia atrás para añadir con brutal eficiencia—: Lo siento por ti, hermanita.

Fueron las últimas palabras que me dijo.

Mientras veo el parpadeo de la luz de las velas en el rostro de Odessa —atrapada en el casco oscuro de un barco—, no puedo evitar preguntarme si mi hermana se arrepintió de haber abierto esa ventana. Si se arrepintió de haber entrado en las sombras. Aunque nunca lo sabré, no de verdad, no alcanzo a imaginar que aceptara su destino. Habría pateado y arañado y desgarrado a Morgane hasta que su cuerpo se rindiera, porque Pippa era fuerte. Incluso en su momento más reservado y exasperante, estaba llena de recursos, y tenía seguridad en sí misma. Estaba llena de confianza. *Condenada*.

Como si yo fuera a dejar que te sucediera algo, Célie.

Se revolcaría en su tumba si supiera que me he rendido.

Me enderezo en la silla y le digo a Odessa:

—Supongo que no me dirás a dónde vamos.

No me mira, sigue completamente absorta en sus pergaminos al otro lado de la habitación.

—Buena suposición.

—¿Ni cuánto tiempo tardaremos en llegar allí?

—No veo por qué ha de importar. —Entorno los ojos al oír su tono entrecortado. Tiene razón, por supuesto. Naveguemos otros cinco minutos u otras cinco horas, no albergo ninguna esperanza de escapar hasta que lleguemos a tierra. Como si leyera mis pensamientos, Odessa arquea una ceja en un gesto sardónico—. Has adquirido el peligroso aire de desesperación y estupidez que siempre precede a un intento de fuga. Apesta a fracaso.

Levanto la barbilla.

—No sabes si será un fracaso.

—Claro que sí.

—¿Qué estás leyendo?

Tras poner los ojos en blanco en un gesto apenas perceptible, vuelve a concentrarse en los pergaminos, terminando así de forma efectiva la conversación. Resisto las ganas de volver a preguntar, aunque solo sea porque tengo poca —no, *cero*— idea de cómo escapar de este barco una vez que atraquemos. No sé nada de estas criaturas, salvo por una sensación vaga y persistente al fondo de mi mente. *¿Os he contado la historia de* Les Éternels*?* Cuando tiro del recuerdo, se desenvuelve lentamente en cepillos de plata, pecas doradas y bufandas blancas como la nieve. En la voz de Evangeline en una fresca noche de octubre. *Nacen en el suelo, fríos como el hueso e igual de fuertes, sin corazón ni alma ni mente. Solo impulsividad. Solo lujuria.*

Giro la cinta deshilachada alrededor de mi muñeca, pensando en los ojos negros de Michal, en su piel adamantina, y resisto el impulso de fruncir el ceño.

Cuando el barco por fin reduce la velocidad y echa el ancla, Odessa toma mi codo con una de sus frías manos.

—¿Dónde estamos? —vuelvo a preguntar, pero ella solo suspira y me conduce de nuevo a cubierta.

El horizonte se ha teñido de gris cuando salimos de la pasarela, y un retrato verdaderamente sórdido se extiende ante nosotras: una isla hecha de roca, completamente aislada del resto del mundo. A ambos lados del barco, el agua oscura se agita contra varios islotes y una playa escarpada. Me concentro en las olas, en la espuma de cada cresta, para mantener la calma. Para *pensar*. Porque Evangeline tenía más que decir aquella noche en nuestra habitación. Las notas de su canción de cuna aún resuenan en mis oídos, pero no alcanzo a escucharlas.

No con semejante avalancha de ruidos.

Abro los ojos como platos ante el absoluto caos que nos rodea.

Un poco más adelante, los marineros se afanan por todo el puerto, sus ojos misteriosamente despejados, gritando órdenes y llamando a sus seres queridos. Incluso el hombre con la estaca envuelve en un abrazo demoledor a un niño pequeño. El alivio me inunda al ver que este hombre ha vivido para ver otro día, que no ha acabado en una tumba acuática, pero luego Odessa me empuja hacia delante y su presencia es demasiado fría. Demasiado inhumana. Evangeline continúa susurrando en mi memoria.

El primero llegó a nuestro reino desde una tierra lejana. Vivía en las sombras y propagaba su enfermedad entre la gente de aquí, infectándola con su magia.

Por lo menos, Michal se ha esfumado.

Trago saliva y localizo a otra niña mientras se escabulle entre los adultos y roba el reloj de la muñeca de un marinero. Su piel y su pelo resplandecen plateados bajo esta pálida luz, y…

Me quedo boquiabierta.

Tiene branquias.

—¡Vuelve aquí! —Aunque el marinero se abalanza sobre ella, la niña se ríe y se agacha para pasar por debajo de sus brazos extendidos y sumergirse en el mar. Debajo de su falda, sus piernas ondulan y brillan y se transforman en dos aletas que sacude en actitud juguetona antes de

sumergirse aún más profundo. Con el ceño fruncido, el hombre intenta perseguirla, pero se choca contra un enorme lobo blanco que le lanza una dentellada a los talones, disgustado—. Malditos hombres lobo —maldice por lo bajo, levantando las manos y retrocediendo poco a poco—. Malditas melusinas.

Lo miro con incredulidad antes de darme la vuelta para enfrentarme a Odessa.

—¿Qué es este lugar?

—Eres bastante persistente, ¿no? —Agitada, me empuja más allá del hombre mientras este desaparece en un pub de mala muerte—. De acuerdo. Bienvenida a L'ile de Requiem, acertadamente bautizada por Michal, quien se cree tremendamente inteligente. Intenta no llamar la atención sobre tu persona. Los locales disfrutan de la sangre fresca.

La isla de Requiem.

Aunque una parte de mí se estremece ante lo macabro del nombre, una parte aún mayor no puede evitar darse la vuelta y maravillarse ante el hombre lobo, ante la mujer que está detrás y que le cura la garganta a un marinero con un movimiento de muñeca. Una *bruja*. Entreabro los labios, incrédula. Brujas y hombres lobo y sirenas, todos habitando la misma isla. Jamás he oído nada semejante.

Como vizconde, mi padre visitaba a menudo tierras lejanas, por supuesto, pero nunca permitió que Pippa o yo lo acompañáramos. En vez de eso, examiné detenidamente cada mapa de su estudio —de Cesarine, de Belterra, de todo el continente—, y memoricé cada punto de referencia, cada masa de agua.

No debería haber nada más que océano frente a la costa este de Belterra.

—Esto es imposible. —Estiro el cuello en todas las direcciones, decidida a verlo todo, momentáneamente distraída por esta isla que no debería existir—. He… he estudiado geografía. Mi padre prácticamente empapeló las paredes con mapas, y nunca…

—Por supuesto que no. Este lugar no existe *en los mapas* ni *en los despachos*. —Aunque Odessa se esfuerza por sonar indiferente, cierto deje agudiza su voz cuando entramos en la aglomeración. Una pizca de tensión. Su mano en mi codo es puro acero—. Sinceramente, querida, sé difícil si es lo que deseas, pero nunca te muestres espesa. Y por el amor de todas las cosas santas, deja de mirarlo todo tan *fijamente*.

Echa un vistazo rápido por encima del hombro y asiente cuando dos hombres se acercan y se colocan detrás de nosotras. No, no son hombres en absoluto. *Les Éternels*. A juzgar por sus físicos duros y las insignias negras de sus capas, deben de ser algún tipo de… guardia. Pero eso no puede ser cierto. Puedo dar fe de la fuerza y la velocidad de Odessa, así que ¿por qué necesita protección adicional?

Le echo una mirada de reojo.

—¿Quiénes son?

—Nadie de importancia.

—Te has relajado al verlos.

—Yo nunca me relajo.

Sin pretenderlo, les echo otro vistazo furtivo a ambos y frunzo el ceño cuando se acercan aún más, porque las brujas, los hombres lobo y las sirenas ya no son los únicos que se reúnen para observarnos. No. Una docena o más de *Éternels* han salido arrastrándose desde las sombras para

unirse a ellos. Sus ojos fríos despiden un brillo espeluznante y extraño a la luz de la lámpara cuando Odessa pasa por su lado a grandes zancadas, con la barbilla alta e indiferente a sus miradas. Sin embargo, uno de los guardias me roza la espalda con el pecho cuando el *Éternel* más cercano me enseña los dientes.

—¿Estoy… segura aquí? —le pregunto con incertidumbre. Una pregunta ridícula.

Cuando Odessa me arrastra hacia delante, él y su compañero nos siguen sin responder.

—Se acerca el amanecer, así que me temo que tenemos poco tiempo para hacer turismo. —Aunque camina con determinación y confianza, Odessa sigue a los *Éternels* que nos rodean por el rabillo del ojo—. Trágico, lo sé. Requiem es una ciudad preciosa, una de las más antiguas del mundo entero y llena de residentes de todos los tamaños, formas y… Date prisa, ¿quieres?

Me aparta del establecimiento que queda a nuestra izquierda, donde metros de tela de terciopelo adornan cada balaustrada y una música inquietante se derrama tras las puertas pintadas de negro y dorado. Muy dentro, la audiencia se ríe. El sonido es tan escalofriante —tan *cautivador*— que no puedo evitar detenerme a escuchar.

Sin embargo, siento frío por todo el cuerpo cuando el grito de una mujer se entrelaza con la música.

Un grito desgarrador y espeluznante.

Odessa me aprieta el brazo con el suyo cuando me apresuro hacia las puertas.

—Ah, ah, ah. —Se ríe de nuevo, justo cuando el grito de la mujer termina al compás de la música. El silencio me pone el vello de la nuca de punta—. En Requiem, la curiosidad matará al gato, y ninguna satisfacción, por grande que sea, te traerá de vuelta.

—Pero …

—No puedes ayudarla —dice Odessa mientras tira de mí hacia delante—. *Ven*. Puedes caminar por propia voluntad, o uno de mis guardias te llevará. A Ivan en particular no se le ocurre mayor placer. —Señala al hombre esbelto y de piel oscura que tenemos detrás. Su mirada esconde una violenta amenaza—. La decisión es tuya, por supuesto.

¿Qué tipo de magia?

La voz de Evangeline vuelve a mí mientras Ivan y yo nos miramos fijamente. *El peor tipo de magia, queridas. El peor de todos. Del tipo que requiere sangre. Que requiere muerte.*

Él curva lentamente el labio para revelar sus colmillos.

Cierto.

Trago saliva y me obligo a moverme, ignorando la extraña sensación de vuelco en el estómago. Porque necesito concentrarme. Porque no me siento *fascinada* por este lugar sombrío y espantoso, y esta falta de aliento en mi pecho significa que probablemente esté a punto de desmayarme. Sí. Estoy a punto de desmayarme, y si Evangeline de verdad *estuviera* aquí, me diría que mirase hacia delante antes de que perdiese la cabeza.

Sin embargo, cuando doy el siguiente paso, temo que sea demasiado tarde.

Un líquido oscuro rezuma alrededor de mi bota sobre el musgo que hay entre los adoquines: un líquido oscuro que guarda un inquietante parecido con la sangre.

Con un pequeño chillido, salto lejos de él, choco contra el pecho de Ivan y casi me disloco el codo en el proceso. Él me empuja hacia delante sin demasiada delicadeza, y cuando vuelvo a mirar hacia abajo, veo que la sangre también se filtra alrededor de sus botas. Un rastro de nuestras

huellas escarlatas nos sigue por la calle.

—¿Está… está *sangrando* el suelo? —pregunto, alarmada—. ¿Cómo es eso posible?

—No lo es —dice con brusquedad—. Vuelve a mirar.

Efectivamente, el musgo ya no sangra, y el rastro de huellas ha desaparecido.

Como si nunca hubiera existido.

Cuando jadeo, incrédula, me empuja hacia delante una vez más, y no tengo más remedio que avanzar a trompicones detrás de Odessa, sacudiendo la cabeza y balbuceando. Porque la he visto, estaba ahí, pero debo de habérmelo imaginado todo. Es la única explicación. Puede que esta isla sea diferente, pero ni siquiera aquí el suelo puede tener venas o vasos sanguíneos. No puede estar vivo, y yo…

Trago saliva.

No puedo permitir que me inquiete. Los gritos, la sangre, las miradas frías de *Les Éternels*… no pueden distraerme de mi propósito, y ese propósito es proteger a Coco de Michal por cualquier medio.

A continuación, Odessa nos lleva por una calle pavimentada con adoquines, donde unas tiendecitas extrañas se alinean a cada lado. Enormes sapos croan desde el interior de unas jaulas para pájaros doradas, unos escarabajos vivos brillan dentro de azucareros de plata, y hay manojos de incienso en jarrones de cristal tallado, cada uno de ellos atado con una cinta negra. Otra tienda vende viales de un líquido espeso y oscuro. *Loup garou*, se lee en letra puntiaguda en la etiqueta de uno. Lo acompañan otros clasificados como *humano*, *melusina* y *Dame blanche*.

Mis dedos se demoran en una botella etiquetada como *dragón*, y ese hormigueo de anticipación vuelve. ¿O se trata de pavor?

Son botellas de sangre, al fin y al cabo, y en toda mi vida, solo Evangeline me ha hablado alguna vez de los Eternos. Desde entonces he leído hasta el último libro de la Torre, todos los libros de la catedral, y ni uno solo los mencionaba. A las *Dames blanches* y a los *loup garou*, sí, además de a las melusinas y a algún que otro *lutin*, pero nunca a *Les Éternels*.

No, estos monstruos parecen ser… nuevos.

Suelto la botella y me obligo a seguir caminando.

O puede que muy, muy antiguos.

Dormid siempre al anochecer, queridas… Rezad siempre vuestras oraciones…

La familiar advertencia flota a nuestro alrededor en este día de mercado de octubre, enredándose con los gatos callejeros. Hay uno agachado detrás de los sapos, mientras que otro le maúlla groseramente a un comerciante. Hay dos más que vigilan a un cuervo de tres ojos en su percha, completamente inmóviles a excepción del movimiento de sus colas. Me apresuro a alcanzar a Odessa.

—¿Tenéis problemas con las ratas en Requiem?

Echa un vistazo a un gato atigrado cercano con disgusto.

—Las ratas no son el problema.

—Entonces, ¿estos gatos no son mascotas?

—Una infestación, más bien. —Cuando continúo mirándola, perpleja, suspira y espeta—: Aparecieron en la isla hace varios meses. Nadie sabe cómo ni por qué, simplemente aparecieron de la noche a la mañana, y nadie se atreve a acabar con ellos.

Me agacho para acariciar la cabeza de un gatito de pelo largo.

—¿Por qué no?

—Los gatos son los guardianes de los muertos. Creía que todo el mundo lo sabía.

Me quedo inmóvil a media caricia. *No* lo sabía, pero de alguna manera, confesarlo ante Odessa parece como admitir un doloroso defecto de carácter. Retiro la mano a toda prisa y cambio de tema.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que nadie sepa nada sobre esta isla?

—Michal —dice Odessa simplemente, apartando al gatito—. Mi primo adora sus secretos, y este lo guarda con celo. Nadie está al tanto de la existencia de Requiem a menos que lo desee, e incluso entonces… rara vez lo saben por mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir *eso*?

Sin embargo, antes de que pueda responder, un puñado de *Éternels* salen a raudales del callejón de enfrente, bloqueándonos el camino, y los comerciantes que tenemos a ambos lados se dispersan. Algunos se agachan junto a sus carretas como medio de protección, mientras que otros huyen a sus tiendas; el miedo brilla en sus ojos tan transparente y brillante como los cristales de sus ventanas. Siento un nudo en el estómago cuando Ivan se cierne sobre mí por detrás.

—Quédate quieta —murmura.

No hay problema.

Odessa, sin embargo, vuelve a levantar la barbilla —supremamente imperturbable— y agita una mano hacia los *Éternels* en un gesto brusco.

—*Bonsoir, mes amis*. Parece que os habéis perdido.

Un *Éternel* alto y aterrador con cabello rojo fuego y ojos verdes ladea la cabeza mientras nos estudia. Su mirada resulta fría y antigua sobre mi rostro, y detrás de él, sus compañeros permanecen inmóviles y en silencio.

—¿Quién es ella? —pregunta en voz baja.

—Eso —dice Odessa—, no es de tu incumbencia, Christo.

—A mí me parece que sí. —Señala con un dedo largo y acusador a nuestra espalda mientras curva el labio ligeramente—. Los gatos la siguen.

Odessa, Ivan y yo nos giramos a la vez para seguir la dirección de su mirada, y la inquietud que he sentido ante el musgo empapado de sangre se multiplica por diez, porque el *Éternel* ha dicho la verdad. Media docena de gatos me siguen como si fueran mi sombra. No. Niego con la cabeza con vehemencia ante esa ridícula idea. *Nos* siguen como sombras. *A nosotros*. Dejando de lado a Melisandre, la mascota de Lou, los gatos nunca me han prestado ninguna atención en particular, y tengo pocas razones para creer que vayan a empezar ahora. Una explicación mucho más probable sería que Ivan lleva anchoas escondidas en el bolsillo.

Odessa me lanza una mirada rápida y evaluadora —aunque desaparece demasiado deprisa para descifrarla— antes de devolverle toda su atención a Christo.

—Tu imaginación se vuelve más salvaje que nunca, querido. Los gatos llegaron mucho antes que ella.

—¿La ha traído para que cure la isla?

—Lo único que necesitas saber —dice Odessa— es que le pertenece a Michal, y cualquier criatura que la toque se enfrentará a su ira y a la de toda la familia real. —Recalca esa declaración

con una sonrisa escalofriante, y sus afilados colmillos blancos destellan a la luz del farol. Instintivamente, contengo la respiración al verlos, en un intento de atraer la menor atención posible.

Christo, sin embargo, da un paso adelante.

—Y, sin embargo, *ma duchesse*, Michal sigue sin estar aquí. ¿Cómo puede el pastor proteger a su rebaño si se niega a caminar con él? —Una pausa—. Tal vez no pueda protegerlo en absoluto.

Antes de que me dé tiempo a parpadear, el otro guardia se lanza hacia delante e inmoviliza al *Éternel* contra la pared del callejón poniéndole una mano en la garganta. Aunque sus compañeros sisean por lo bajo desde la calle, nadie mueve un dedo para ayudarlo, ni siquiera cuando el guardia le abre la boca a la fuerza. Dirige su mirada gélida a Odessa, a la espera de su orden, mientras el *Éternel* forcejea y se ahoga.

—Ay, Christo. —Como si se sintiera decepcionada, Odessa se pasea hacia ellos, pero su actitud despreocupada entra en contradicción con el brillo duro de su mirada—. Siempre has sido un cliché con patas, y lo que es peor, ahora *yo* también debo convertirme en uno. ¿Le entregamos Pasha y yo tu mensaje a Michal en persona?

Christo gruñe e intenta, sin éxito, morderle los dedos a Pasha.

Los ojos de Odessa brillan con deleite.

—Eso es un «sí» rotundo. —Entonces, en un hábil movimiento, mete la mano entre los dientes de Christo y… y…

Los ojos están a punto de salírseme de las órbitas por la incredulidad.

Y le arranca la lengua.

El movimiento es tan eficiente, tan rápido, que la sangre que gotea de la boca de Christo parece demasiado brillante, demasiado impactante, demasiado roja para ser real. Sacudo la cabeza, completamente impactada, y tropiezo con Ivan de nuevo. Hace solo unos momentos, Odessa y yo estábamos discutiendo sobre gatos, y ahora… ahora sostiene el órgano flácido y repugnante de un ser vivo en la mano.

—La próxima vez —le pasa la lengua a Pasha, quien suelta a Christo con disgusto— haré que te la comas, querido. Considera esto un gesto amable, y nunca más vuelvas a amenazar a mi familia. —A mí, me dice en tono agradable—: Vamos, Célie.

Esta vez, no finge indiferencia mientras se desliza calle arriba sin mirar atrás.

Y yo… yo he echado raíces. De repente, una canción de cuna tonta no parece un arma adecuada contra estas criaturas. ¿Qué podría saber Evangeline acerca de semejante *violencia*? Con la velocidad de los Eternos, la fuerza y, francamente, la belleza, ¿cómo podría una persona triunfar contra ellos? ¿Cómo podría logarlo yo? Sin pretenderlo, mi mirada viaja por encima de mi hombro, a donde los compañeros de Christo lo abandonan para que se pudra en la calle.

La próxima vez haré que te la comas.

—Le… le ha arrancado la l-lengua —susurro, anonadada.

Pasha se la guarda en el bolsillo.

—Perderá más que eso. Y ahora, *muévete*.

Puesto que dispongo de pocas opciones, sigo a Odessa hacia el centro de la isla, donde un castillo se eleva por encima de los demás edificios. Gruesas nubes de tormenta oscurecen sus torres. Sin embargo, la luz del destello de un relámpago ilumina dos torres perversamente afiladas

en mitad de la penumbra, e inhalo con fuerza. El trueno retumba en lo alto.

—Bienvenida a mi hogar. —Odessa contempla la fortaleza negra con más afecto del que he visto hasta ahora en su rostro—. Podría ser el tuyo también, si eres inteligente. Los huéspedes tienden a disfrutar de su estancia más que los prisioneros.

Siento una tensión aún mayor en el pecho ante la implicación de lo que ha dicho. La propia Odessa ha admitido que pocas personas que no residan en la isla conocen su ubicación. Ha admitido que Michal elige quién vive con ese conocimiento… y quién muere con él.

—¿Y cuánto tiempo se quedan vuestros invitados?

—Tanto como deseemos.

Y ahí está. El verdadero significado de sus palabras reverbera de forma tácita entre nosotras. Tan siniestro como el trueno en lo alto. *Cuanto más tiempo te necesite, más vivirás*. Casi me retuerzo las manos por la frustración. Porque no *me* necesitan en absoluto; necesitan a Coco, y cuanto antes llegue, antes morirá. Antes *moriremos*. Yo solo soy el cebo, el pececillo, el *gusano*, destinado a peces más grandes y mejores. Mientras subimos los escalones del castillo, mientras Odessa se relaja por fin, mientras flota por el vestíbulo de entrada y sube por la gran escalera, mientras Pasha e Ivan nos abandonan sin una palabra, tomo una resolución tan impecable y afilada como el anzuelo en mi espalda.

Coco no debe llegar jamás.

Capítulo 13

Promenade

Mi habitación se encuentra en el ala este del castillo.

Aunque alguien haya encendido un candelabro en el pasillo desierto, las sombras son tan espesas como las telarañas de los tapices. Por delante se alza una puerta solitaria, imponente. Estatuas de ángeles talladas en mármol negro la adornan a lado y lado, salvo que…

Me detengo en seco detrás de Odessa.

Con esas alas anchas y membranosas como las de un murciélago, los ángeles no son ángeles en absoluto.

Levanto una mano para tocar uno de sus rostros y trazo el duro contorno de su mejilla, la angustia resulta palpable en sus ojos. El escultor lo ha captado en plena transformación, a medio camino entre el hombre y el demonio, y las vetas doradas y las incrustaciones blancas del mármol hacen poco para suavizarlo. Su expresión torturada parece la personificación del propio castillo.

Mientras que Requiem es bonita, extraña y *viva*, su castillo es austero, oscuro, sin ninguno de los toques caprichosos de la ciudad. Aquí no hay sapos cornudos ni cuervos de tres ojos, ni besos robados entre brujas y marineros o sentidos reencuentros entre padre e hijo. No hay gatos extraños, música embrujada ni chillidos de terror.

Aquí, solo hay sombras y silencio. Una brisa penetrante recorre los pasillos vacíos.

El castillo refleja el cascarón hueco que es su dueño.

Cualquier criatura que la toque se enfrentará a su ira y a la de toda la familia real.

Reprimo un escalofrío y aparto la mano del rostro de la estatua. El castillo refleja el cascarón hueco que es su *rey*.

—Aquí estamos. —Odessa abre la puerta con un chirrido de las bisagras. Sin embargo, cuando no hago ningún ademán de entrar y echo un vistazo indeciso a la habitación oscura, iluminada solo por un único candelabro de pared, suspira y le habla al techo—. Si no estoy recluida en mi habitación, felizmente a solas, en los próximos tres minutos, no tendré ningún problema en matar a alguien. Con un poco de suerte, no serás tú.

Se adentra más en la habitación.

Sigo sin moverme.

—Alguien regresará al anochecer —dice con impaciencia mientras me apoya una mano fría en

la espalda y me empuja hacia dentro.

—Pero…

—Ay, relájate, querida. Como nuestra estimada invitada, no tienes nada que temer de nadie de nuestra casa. —Duda en el umbral y añade a regañadientes—: Dicho eso, este castillo es muy antiguo y contiene muchos malos recuerdos. Sería mejor no deambular por ahí.

Me giro para mirarla cara a cara, consternada. Sin embargo, antes de que pueda discutir, cierra la puerta, y el pequeño clic de la cerradura hace eco en el profundo silencio de la habitación. Agarro el candelabro de la pared y levanto el objeto de bronce para ver mejor mi nueva celda. Al igual que pasaba en el barco, la habitación se extiende ante mí sin fin. Demasiado grande. Demasiado vacía. Demasiado *oscura*. La puerta en sí se encuentra en el punto más alto de la habitación; unas amplias escaleras hechas con el mismo mármol negro descienden de inmediato y desaparecen en la penumbra.

Respiro hondo.

Si voy a quedarme aquí de forma indefinida, no puedo tener miedo de mi propia habitación.

Exacto.

No obstante, cuando doy un paso adelante, el aire parece cambiar —parece afilarse, parece *despertar*— y de repente, no siento que la habitación esté vacía en absoluto. Se me eriza el vello de la nuca cuando me doy cuenta. Empujo mi vela hacia delante, en busca de esta nueva presencia, pero las sombras devoran la luz dorada. Me aferro a la barandilla con la mano libre y dejo una huella de mi palma en el polvo.

—¿Hola? —saludo en voz baja—. ¿Hay alguien ahí?

El silencio se hace aún más intenso en respuesta.

Contemplo el mármol bajo mis pies. Como con la barandilla, una gruesa capa de polvo cubre su superficie, intacta salvo por mis propias pisadas. Está claro que nadie ha entrado en este lugar en muchos, *muchos* años y que de verdad he perdido la cabeza. *Respira*, me ordeno con severidad. *No estás en un ataúd. No estás en los túneles.*

Aun así, mientras me obligo a poner un pie delante del otro —y me adentro, adentro y adentro en las sombras—, no puedo evitar estremecerme. Nunca antes he sentido un ambiente semejante en una habitación, como si las paredes mismas me estuvieran mirando. Como si el propio suelo *respirara*. Los dedos me hormiguean alrededor del candelabro y suelto una risa temblorosa.

Solo suena un pelín histérica.

Pero me niego a sucumbir ahora, no después de haber sobrevivido a un secuestro y haber estado a punto de ahogarme, no después de haber descubierto una isla clandestina gobernada por criaturas que quieren matarme. Por desgracia, mi pecho parece no estar de acuerdo. Se me tensa dolorosamente hasta que apenas puedo respirar, pero cierro los ojos y respiro de todos modos.

Un poco de polvo no hace daño a nadie, y esta habitación tampoco me lo hará. Solo necesito presentarme, puede que convencerla de que le caigo bien, para que revele sus secretos.

—Me llamo Célie Tremblay —susurro, demasiado tensa, demasiado *agotada*, para sentirme ridícula por hablar con una habitación vacía. Me pican los ojos. Me duele la cabeza. No recuerdo la última vez que dormí o comí, y todavía me duele la rodilla por haberle pegado a Michal con ella —. Por lo general no me gusta la oscuridad, pero estoy dispuesta a hacer una excepción por ti. —Abro los ojos y respiro hondo para estudiar las formas a mi alrededor—. Dicho esto, si pudiera

encontrar una vela o dos, esta amistad sería mucho más llevadera.

Sendos biombos a juego se alzan a ambos lados de la escalera, ocultando un pequeño vestidor a mi izquierda y una zona de aseo a mi derecha. Paso la mano por la seda fina como el papel de uno de ellos. Se alarga a través de varios paneles de madera, negros como el resto de la habitación, con un patrón de intensas violetas azuladas y gansos dorados. *Bonito*.

—Nuestros amables anfitriones me dicen que residiré aquí de forma indefinida.

Con un dedo tembloroso, resigo un ganso que vuela con su pareja, o tal vez con su madre o hermana. Pippa y yo solíamos asomarnos a nuestra ventana y veíamos cómo las bandadas volaban hacia el sur cada invierno. El recuerdo envía una punzada inesperada de nostalgia que me recorre entera—. Estuve en el fondo del mar el año pasado, pero nunca me había sentido tan lejos de casa —le susurro a la habitación. Luego, más bajito aún—: ¿Crees que los pájaros se sienten solos alguna vez?

La habitación no responde, por supuesto.

Me reprendo mentalmente y prosigo con mi búsqueda de velas.

Una nueva nube de polvo me envuelve cuando aparto las sábanas de una lujosa cama, lo que me arranca una tos y provoca que casi apague la vela. La levanto más alto e ilumino una pared llena de estanterías envueltas en telarañas, dos cómodos sillones cerca de la chimenea y una escalera de caracol en la esquina. El suelo de un altillo cuelga por encima.

Abro los ojos como platos.

Ventanas.

Tres de ellas, enormes y bien cerradas. Si consigo abrirlas, no necesitaré velas; fuera seguro que ha amanecido. En el exterior aún retumban los truenos, sí, pero el sol sigue siendo *luz*, incluso envuelto en nubes de tormenta. Me muevo a toda velocidad, cruzo la habitación y pongo a prueba la escalera de caracol una, dos veces, antes de apoyar en ella la totalidad de mi peso. Aunque el metal gime, no cede, y corro por los estrechos escalones hasta que me lanzo hacia el altillo, ligeramente mareada.

—Gracias —le digo a la habitación.

Luego paso la mano por las persianas en busca de un pestillo.

Mis dedos solo encuentran madera desgastada. Con el ceño fruncido, lo intento de nuevo: palpo las junturas, el borde inferior, levanto la vela para buscar por encima de mi cabeza, pero no distingo ningún destello metálico revelador. No hay ganchos. Ni cerraduras. Ni listones. A continuación, estudio la ventana a la derecha, luego la de la izquierda, pero las persianas de las tres se mantienen firmes. Impenetrables.

Frunzo aún más el ceño mientras apoyo el candelabro a mis pies, contra la pared.

Usando ambas manos esta vez, hago palanca en la juntura de la ventana de en medio. Se niega a ceder. Detrás de mí, el aire parece agitarse, preso de la anticipación. Se cierra a mi alrededor, casi palpable, hasta que lo *siento* en el cuello, hasta que un mechón de pelo se me *mueve* de verdad. Mi dolor de cabeza va en aumento. Me lanzo contra las persianas y las araño hasta que una astilla de madera se me clava debajo de la uña y empiezo a sangrar.

—¡Ay! —Sacudo la mano, tropiezo hacia un lado y con el pie provoco que el candelabro se derrumbe. Abro mucho los ojos, presa del pánico—. No…

Aunque me lanzo hacia la vela, esta resbala de su soporte, rueda por el altillo y cae por el

borde hasta el suelo. La llama se apaga de golpe.

La habitación se sumerge en la oscuridad total.

—Ay, Dios. —Me quedo petrificada, todavía medio agachada, mientras las familiares garras del pánico me trepan por la garganta. *Esto no puede estar pasando. Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios…*

Me enderezo antes de que todo mi cuerpo se bloquee, corro hacia la barandilla y la sigo hasta las escaleras de caracol. *No estás en un ataúd. No estás en los túneles*. Repito las palabras como un salvavidas, pero el *olor*… me envuelve en actitud vengativa, como si la misma habitación recordara el hedor fétido de su cadáver. El hedor fétido de la *muerte*. Me choco contra la silla, contra la cama, casi me rompo un dedo del pie en el primer escalón de la enorme escalera. Arrastrándome de rodillas, me arranco la última horquilla del pelo y me lanzo hacia la puerta. Me olvido de los dientes afilados, los ojos negros y las manos frías. Me olvido de la advertencia de Odessa, de cualquier cosa que no sea escapar.

No estoy en un ataúd.

Tengo que salir de este sitio.

No estoy en los túneles.

No puedo quedarme aquí.

—Por favor, por favor… —Los dedos me tiemblan con violencia cuando meto la horquilla en el ojo de la cerradura. Con *demasiada* violencia. No siento los seguros de la cerradura, no puedo pensar en nada que no sea el débil resplandor que emana del ojo de la cerradura—. Deja que me marche —le pido a la habitación mientras apuñalo, apuñalo y apuñalo hasta que la horquilla se dobla. Hasta que se *rompe*. Un sollozo me desgarra la garganta y el resplandor de la luz se vuelve más brillante en respuesta. La sigue el leve sonido de un violín.

Mi mente tarda varios segundos en comprender lo que captan mis sentidos.

Luz.

La confusión estalla al verla, al *escucharlo*, pero el alivio no tarda en llegar y se estrella contra mí en una horrible oleada.

Caigo de rodillas y aprieto la cara contra el ojo de la cerradura. Esta luz no es la luz de las velas; no es cálida y dorada, sino fría y plateada, como el resplandor de las estrellas, o… o el brillo de un cuchillo. No me importa. Bebo de ella con avidez, obligándome a respirar mientras la extraña música aumenta en intensidad.

No estoy en un ataúd. No estoy en los túneles.

Respiro hondo una vez.

Dos.

La tensión que me invade los hombros se relaja mínimamente. La presión que siento en el pecho se alivia. Debo de estar soñando. Es la única explicación. Mi subconsciente, al reconocer la familiar pesadilla, se ha vuelto lúcido al fin y ha creado esta extraña música y esta luz aún más extraña para consolarme. Ambas parecen originarse al final del pasillo vacío, al girar la esquina. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en mi habitación, no hay ventanas que interrumpan las largas paredes doradas. Las velas de los candelabros se han apagado. A pesar de todo, me acomodo contra la puerta, con la mejilla apoyada en la madera.

Me quedaré aquí, arrodillada en este suelo duro, hasta que Odessa vuelva a por mí. Si es necesario, viviré aquí para siempre.

La luz plateada se torna más brillante a medida que la música suena más fuerte, y a ella se unen voces más salvajes y profundas. Risas femeninas. Intento ignorarlas. Intento contar cada respiración de mis pulmones y cada latido de mi corazón, deseando despertarme. *Esto no es real*.

Y luego, cuando la música alcanza su punto álgido en un extraño *crescendo*, aparecen unas siluetas.

Me quedo boquiabierta.

De forma humana, giran en la esquina de dos en dos, sus cuerpos translúcidos y brillantes. Docenas de ellas. Su piel emite una luz plateada, desde la lujosa túnica de encaje de una a los gruesos grilletes que rodean las muñecas de otro, que arrastra las cadenas detrás de él mientras levanta a una mujer vestida con harapos por encima de la cabeza. Dos hombres vestidos con túnicas tocan sendos violines que llevan apoyados en los hombros, mientras, a su espalda, una doncella de rizos perfectos hace una pirueta perfecta.

Ninguno repara en mí mientras recorren el pasillo vacío, riendo, celebrando, antes de que el primero de la procesión gire y desaparezca a través de la pared. Observo al resto con horror, no tan convencida ya de que mi subconsciente se esté mostrando lúcido. No tan convencida de estar durmiendo en absoluto. En mis sueños, nunca antes he conjurado espíritus, *espíritus* reales.

La música se desvanece con los violinistas, pero el último de los fantasmas —una mujer verdaderamente encantadora con nubes de cabello translúcido— continúa girando y riendo encantada mientras la cola de su vestido barre el suelo. Deja unos círculos tenues en el polvo. Sin embargo, justo cuando desliza la mano a través de la pared opuesta, su mirada aterriza en mi puerta. En el ojo de la cerradura.

En mí.

Su sonrisa se desvanece cuando me escabullo hacia atrás, *lejos*, pero es demasiado tarde. Se agacha y un único ojo saltón ocupa el hueco de la cerradura. Unas manchas negras inundan mi visión cuando me sostiene la mirada.

—*Te voilà* —susurra con curiosidad mientras ladea la cabeza.

Sus palabras son lo último que escucho antes de desmayarme.

Ahí estás.

Todavía acurrucada en posición fetal, me despierto con un extraño hombre agachado y cerniéndose sobre mí. Sobresaltada, me alejo, pero algo en su sonrisa, en la inclinación de sus ojos oscuros, en el tono de su piel ambarina, me resulta familiar.

—Buenas noches, estrella —canturrea—. Confío en que hayas dormido bien.

Cuando extiende una enorme mano para ayudarme a levantarme, me quedo mirándola, confusa.

—¿Quién… quién es usted?

—Una pregunta aún mejor es —inclina la cabeza y esos ojos felinos continúan aprendiéndose mi cara— ¿quién eres *tú*?

Me doy la vuelta con un suspiro y contemplo el techo con resignación. O al menos, *creo* que

miro al techo. Sigue estando demasiado oscuro para discernir cualquier cosa que no sea la silueta del hombre. En el pasillo que tiene detrás, alguien ha vuelto a encender el candelabro, y esa luz dorada difumina su pelo oscuro y sus hombros anchos. Arroja sombras sobre su rostro.

En el exterior continúan retumbando unos truenos espantosos.

Nunca volveré a ver el sol.

La frustración brota, afilada y repentina, al darme cuenta de lo injusta que es toda esta situación. La desesperanza. Por lo menos, esta vez la mentira acude con facilidad a mis labios.

—Me llamo Cosette Monvoisin, pero supongo que ya lo sabe.

Suelta un resoplido burlón.

—Vamos, *mademoiselle*. Seremos grandes amigos. Seguro que puedes compartir tu verdadero nombre.

—Mi verdadero nombre *es* Cosette Monvoisin. —Cuando no dice nada y solo enarca las cejas en una expresión vagamente divertida, espeto—: ¿Y bien? Le he dicho mi nombre. La etiqueta dicta que ahora me diga el suyo.

En respuesta, se ríe, me rodea la muñeca con sus fríos dedos y me levanta por los aires como si no pesara nada, como si no fuera nada, como si no fuera de carne y hueso, sino éter. *Te voilà*. Me pongo tensa ante ese pensamiento intrusivo, ante las ominosas palabras de la mujer etérea, y los acontecimientos de esta mañana regresan a mí a una velocidad mareante. *Fantasmas*.

No eran reales, me apresuro a decirme.

Cuando me deja caer sobre mis pies, veo que una hendidura perfecta divide la barbilla del hombre.

—Vaya, vaya, y eso que Odessa ha dicho que eras *dulce*.

—¿Conoce a Odessa?

—Por supuesto que conozco a Odessa. Todo el mundo conoce a Odessa, pero, por desgracia, yo la conozco más que la mayoría. —Al ver mi mirada desconcertada, señala su cuerpo esbelto e inclina la cabeza en una reverencia real. Por debajo de su pelo espeso y unas pestañas aún más espesas, me guiña un ojo—. Es mi melliza, *mademoiselle* Monvoisin. Soy Dimitri Petrov. Pero debes llamarme Dima. ¿Puedo llamarte Cosette?

Mellizos.

—No debería.

—Ah. —Se agarra el pecho, fingiendo una afrenta—. Me hiere, *mademoiselle*. —Cuando se endereza con un suspiro dramático, escucho a Odessa en la inflexión; la veo en su porte. Aunque él viste terciopelo granate en lugar de raso ciruela —aunque en sus ojos brilla un interés agudo donde los de ella van a la deriva en otra dirección—, sus modales regios siguen siendo los mismos. *Son* primos del rey, después de todo, lo cual los convierte en… ¿duque y duquesa? ¿Respetan *Les Éternels* la misma jerarquía social que los humanos?

Me muerdo la lengua para detener las preguntas.

—Si insiste en la falsedad y la formalidad —continúa, entrelazando su codo con el mío—, la complaceré, por supuesto. Sin embargo, debo advertírselo: disfruto de los desafíos. A partir de este momento, tengo la intención de molestarla hasta que nos llamemos por el nombre de pila. *Coco* será el único nombre en mi mente.

Le lanzo otra mirada renuente. Como su hermana —como Ivan y Pasha e incluso Michal— es

casi demasiado atractivo, lo cual hace que todo sea mucho peor.

—Lo conozco desde hace solo diez segundos, *monsieur*, pero ya sospecho que el suyo es el único nombre en su mente.

—Ay, me gusta. Me gusta mucho.

—¿Dónde está Odessa? Ha dicho que volvería a buscarme al anochecer.

—Ah. Me temo que ha habido un ligero cambio de planes a ese respecto. —Su sonrisa se desvanece cuando me conduce por el pasillo, donde los tenues círculos sobre el polvo han desaparecido. *Qué extraño*—. Michal ha… bueno… Ha solicitado vuestra presencia en su estudio, y Odessa, la muy holgazana, aún no ha despertado de su sueño reparador. Me he ofrecido para ir a buscarla en su lugar.

—¿Por qué? —pregunto, suspicaz.

—Porque quería conocerla, por supuesto. Todo el castillo se hace eco de su llegada. He oído el nombre de *Cosette* nada menos que doce veces de camino a sus aposentos. —Me mira desde arriba con un brillo astuto en los ojos—. Parece que a los sirvientes se les ha concedido el codiciado privilegio de emplearlo.

Como para puntualizar sus palabras, una mujer vestida con sencillez se acerca desde lo que parece ser una sala de estar con un bulto de tela en brazos. Entorna los ojos cuando me ve, y uno de los trapos cae al suelo. De inmediato, me agacho para recuperarlo, pero ella se mueve más deprisa, sobrenaturalmente deprisa, y me arrebata la tela de la mano extendida.

—*Excusez-moi* —murmura, revelando las puntas de sus colmillos mientras habla. Inclina la cabeza ante Dimitri y dice en un tono extrañamente sentido—, volveré, *mon seigneur*. —Luego sale disparada por el pasillo y se pierde de vista.

Desconcertada, clavo la vista en ella. Ese trapo estaba empapado en sangre fresca; unas manchas escarlatas adornan el suelo donde ha caído. Pero cuando me inclino para echar un vistazo a la sala de estar, ansiosa por encontrar la fuente, Dimitri está ahí, bloqueando la entrada con una sonrisa demasiado rápida.

—No hay nada que ver aquí, querida.

Poso la mirada en la mancha del suelo.

—Pero alguien está sangrando.

—¿De veras?

—¿Eso no es sangre?

—Alguien la limpiará. —Agita una mano en un gesto apresurado y se niega a mirarme a los ojos—. ¿Vamos? Me temo que Michal tiene los modales de un salvaje, y no le gusta que lo hagan esperar. —No aguarda a que responda, sino que me coloca el brazo con firmeza en el hueco de su codo y me arrastra lejos de aquí.

—Pero… —tiro infructuosamente contra su agarre férreo— ¿por qué me ha mirado así? Y la sangre, ¿de dónde ha salido? —Niego con la cabeza, sintiéndome mareada, y clavo los pies mientras él me remolca por una escalera para atravesar el castillo—. Había demasiada. Debe de haber alguien herido…

—Y ahí está esa escurridiza dulzura. Al final parece que Odessa no ha mentido sobre usted. —Aunque está claro que su objetivo es reducir la persistente tensión, su brazo permanece tenso bajo mi mano. También sus ojos. Un curioso rubor le ha subido por la garganta y sigue sin mirarme. No

lo conozco en absoluto, pero si lo conociera, diría que parece avergonzado—. Otro desafío personal —dice con tristeza cuando no respondo—. Engatusar a *mademoiselle* Monvoisin para que sea dulce *conmigo*. ¿Me haría un favor, querida?

Lo miro, desconcertada.

—Eso depende.

—¿Le importaría no mencionarle esto a nadie? No quiero preocupar a mi hermana, aunque va todo bien, por supuesto. Y Michal y yo, bueno… —Se encoge de hombros, un poco impotente—. Sencillamente, no necesitamos ningún otro malentendido, por lo de sus modales salvajes y todo eso. No se lo dirá, ¿verdad?

—¿Decirle qué?

Me estudia con fervor durante varios segundos, con la indecisión visible en su mirada.

—Nada —dice al fin, y ese extraño rubor en sus mejillas se vuelve aún más intenso—. Por favor, perdonéme. No he debido… no importa. —Tensa la mandíbula mientras el silencio desciende entre nosotros y nos detenemos frente a un par de enormes puertas de ébano—. Hemos llegado —dice en voz baja.

Por fin logro desenredar mi brazo del suyo. Esta vez, no me lo impide. No. En lugar de eso, agacha la cabeza a modo de disculpa mientras da un paso atrás, como si estuviera igual de interesado en poner distancia entre nosotros. Y me siento vagamente mareada. No lo entiendo, *nada* de esto, y no estoy segura de que alguna vez lo comprenda. Este lugar, esta gente… están todos enfermos.

Algo va mal, Célie.

No son solo los árboles y las rosas. La tierra misma… parece enferma en cierto sentido. Mi magia parece enferma.

Dimitri se estremece ante mi expresión y hace una profunda reverencia.

—La he hecho sentir incómoda. Lo lamento. Eh, bueno, en mi cabeza me había imaginado que todo esto sucedería de forma muy diferente, y lo siento.

Me empieza a doler la cabeza, pero aun así debo preguntar:

—¿Por qué se ha hablado en el castillo de mi llegada? ¿Por qué los sirvientes hablan de mí?

No responde y se aleja caminando hacia atrás, muy serio ahora. En el último segundo, sin embargo, duda, y algo parecido al arrepentimiento ensombrece sus rasgos.

—Lo siento —repite—. Las criaturas dulces nunca duran mucho en Requiem.

Luego da media vuelta y se va.

Sin embargo, tengo poco tiempo para rumiar sobre su advertencia, por más siniestra que haya sido, porque al instante siguiente las puertas de ébano se abren hacia dentro y Michal aparece entre ellas. Durante varios segundos, no dice nada. Luego arquea una ceja.

—¿No es de mala educación esperar en las puertas? Por favor… —Me tiende una mano pálida, y esos ojos negros nunca se despegan de los míos—. Únete a mí.

Capítulo 14

Un juego de preguntas

Para mi sorpresa, el estudio de Michal es pequeño. Íntimo. Paneles de seda verde esmeralda decoran las paredes, mientras que un oscuro escritorio lacado domina el centro de la estancia. En él, todo tipo de objetos curiosos hacen tictac y dan vueltas: un reloj de péndulo dorado con la forma de una atractiva mujer, un huevo flotante de plata y perlas, una planta de hiedra con hojas de color verde intenso. Debajo de esta última se encuentra una pila de libros encuadernados en cuero. Tienen aspecto de ser antiguos.

Caro.

De hecho, todo lo que hay en esta habitación parece caro, y yo…

Echo un vistazo a mi vestido blanco como la nieve, pero el delicado encaje se ha manchado más allá de toda solución —está empapado, *destrozado*—, y ahora recuerda al interior de un zapato raído. No del todo marrón y no lo bastante gris. Tampoco demasiado cómodo. Me irrita la piel mientras me remuevo bajo la fría mirada de Michal.

—Por favor. —Se sienta detrás del escritorio y apoya los codos encima, con los dedos entrelazados mientras me estudia. Cuando le sostengo la mirada, inclina la cabeza hacia el lujoso asiento frente a él. Las llamas rugen en el hogar que hay junto a la mesa, inundando el despacho de luz y una deliciosa calidez. Sin embargo, como en mi habitación, las persianas bloquean las ventanas arqueadas a su espalda. Estamos encerrados como reliquias en una cripta—. Siéntate.

No me muevo ni un centímetro desde mi posición junto a la puerta.

—No, gracias, *monsieur*.

—No ha sido una petición, *mademoiselle*. Siéntate.

Sigo negándome a moverme.

Porque en mitad de su escritorio, entre los libros, la hiedra y el reloj hay una copa con joyas incrustadas llena de más sangre. Intento no mirarla, porque si me planteo el motivo de que haya sangre en esa copa, podría gritar. Podría gritar y gritar hasta que no pueda gritar más, o tal vez hasta que Michal me arranque las cuerdas vocales y me ahorque con ellas.

Con una sonrisa fría, ladea la cabeza como si compartiera la misma oscura fantasía.

—¿Siempre eres así de aburrida?

—En absoluto. —Levanto la barbilla y entrelazo las manos detrás de la espalda para ocultar el

temblor—. Es solo que prefiero estar de pie. ¿Tan difícil resulta de creer?

—Por desgracia, Célie Tremblay, no me creo una sola palabra que salga de tu boca.

Célie Tremblay.

Aunque palidezco al oír mi verdadero nombre, él no parece reparar en ello. Con una mano, arrastra lentamente una pila de pergaminos hacia el centro del escritorio.

—Qué nombre tan bonito: *Célie Tremblay*. —Sin dejar de sonreír, repite mi nombre, como si disfrutara de su sabor en la lengua—. Nacida el 12 de octubre en el reino de Belterra, en la ciudad de Cesarine. Concretamente, nacida en el número 13 de Brindelle Bulevar, en el West End. Hija de Pierre y Satine Tremblay y hermana de la difunta Filippa Tremblay, quien pereció a manos de Morgane le Blanc.

Se me escapa un jadeo ante la mención de mi hermana.

—¿Cómo lo…?

—Sin embargo, tus padres no te criaron, ¿verdad? —No se molesta en mirar su pila de pergaminos; al parecer, ha memorizado la información. Me ha memorizado *a mí*—. Esa responsabilidad recayó en tu niñera, Evangeline Martin, quien falleció en la batalla de Cesarine a principios de este año.

El estómago me da vueltas, como si acabara de trastabillar.

Evangeline Martin. Muerta.

Esas palabras suenan extrañas y desconocidas, como si hubieran sido pronunciadas en un idioma diferente.

—¿A qué se…? —Ay, Dios. Lo miro fijamente, horrorizada, antes de llevarme una mano a la frente. *No*. Niego con la cabeza—. No, debe… debe de haber algún error. Evangeline no… —Pero mi voz se marchita y se convierte en algo pequeño e inseguro. Nunca leí el registro definitivo de las muertes de la batalla de Cesarine. Cierto, Jean Luc me lo ocultó, pero aun así debería haberme esforzado más para encontrarlo, para rendir homenaje a los caídos. Evangeline podría haber sido una de ellos.

Michal enarca una ceja en actitud irónica.

—Mi más sentido pésame —ofrece, pero no hay nada empático en su tono. Solo hay hielo. ¿Puede este hombre, este… este *monstruo*, *sentir* siquiera compasión? Expulso el aire despacio. Por algún motivo, lo dudo.

Solo… necesito recomponerme. Necesito pensar con claridad. Toda esta exhibición —mi historia personal, esa sorprendente revelación, su cáliz lleno de *sangre*— pretende inquietarme, intimidarme. Dejo caer la mano y le echo una mirada fulminante antes de dar un par de zancadas para instalarme en la silla que me ha ofrecido. No me dejaré intimidar. Puede que él tenga todas las cartas, pero al exigir que vuelva para un segundo interrogatorio me ha dejado ver su mano: necesita algo de mí. Algo importante.

Doblo mis propias manos sobre el regazo. Puedo ser paciente.

—¿Deberíamos continuar? —Sin embargo, no espera una respuesta; sus ojos permanecen clavados en los míos mientras enumera los pináculos de mi vida con mordaz indiferencia: cómo me enamoré de Reid, cómo me dejó por Lou, cómo unimos fuerzas para derrotar a la indomable Morgane le Blanc—. Eso debió de ser muy complicado —dice mientras alza su copa—, trabajar con el hombre que te rompió el corazón.

Cuando sigo sin decir nada, casi mordiéndome la lengua, se ríe por lo bajo.

—Aun así, supongo que te vengaste de todos cuando mataste a su suegra. —Hace girar el líquido en actitud perezosa antes de tomar un sorbo—. Y cuando aceptaste el cortejo de su mejor amigo.

Abro la boca, indignada.

—No fue así…

—Tu capitán te sorprendió con una proposición después de tu iniciación en la Torre de los *chasseurs*, ¿no? —Con un brillo cruel en los ojos, alza la copa en un brindis—. La primera mujer de la historia en cruzar su puerta *y* una futura novia. Debes de sentirte muy orgullosa.

De nuevo, hace una pausa, como si esperara que interviniera, pero le enseño los dientes en una sonrisa furiosa, mi cortesía pendiendo de un hilo. *Quiere alterarte. Quiere intimidarte.*

—¿Ha terminado? —pregunto, tensa.

—Eso depende. ¿Me he dejado algo?

—Nada relevante.

—Y, sin embargo —se inclina hacia delante sobre los codos y su tono de voz se oscurece—, parece que, en algún punto, me he saltado algo.

Nos miramos durante un instante largo y tenso mientras el péndulo oscila entre nosotros.

El silencio me gusta incluso menos que la oscuridad. Como para prolongarlo, se pone de pie y se arremanga la camisa con naturalidad mientras su mirada se desplaza a donde mi vestido ondea contra el suelo. Dejo de dar golpecitos con el pie de inmediato. Con el fantasma de una sonrisa en la cara, rodea su escritorio para apoyarse en él, se cruza de brazos y se cierne sobre mí. La nueva posición me deja inmediatamente en desventaja, y él lo sabe. Cruza sus zapatos lustrados —negros, como su *alma*—, a escasos centímetros de los míos.

—¿Qué eres? —pregunta simplemente.

Me quedo boquiabierta, incrédula.

—Soy humana, *monsieur*, como ya sabe por su *profundamente* inapropiada invasión de mi espacio personal. —Resistiendo el impulso de huir de la habitación, me acerco más para fastidiarlo, y levanto la nariz en mi más recatada imitación de Filippa—. ¿Qué es *usted*, majestad? ¿Aparte de imperdonablemente grosero?

Descruza los brazos, se inclina hacia delante para imitar mi movimiento y, al ver su elegante sonrisa, me arrepiento al instante de mi bravuconería. Prácticamente nos estamos *tocando*. Peor aún, ya no finge apatía, en lugar de eso, me estudia con abierta fascinación. Como antes, su interés parece de alguna manera más letal, como si estuviera en equilibrio sobre la punta de un cuchillo. En voz baja, pregunta:

—¿Tienes mal genio, Célie Tremblay?

—No voy a responder más a sus preguntas. No hasta que responda algunas de las mías.

—No estás en posición de negociar, mascota.

—Por supuesto que sí —respondo, obstinada—, o ya me habría matado.

Cuando se aparta de su escritorio, me pongo tensa por la aprensión, pero no me toca. En vez de eso, se dirige hacia la puerta, la abre, y murmura algo que no alcanzo a oír. Sin embargo, me niego a darle la satisfacción de girarme. Les prohíbo a mis ojos seguirlo por la habitación.

—Este plan suyo es ridículo —balbuceo en mitad del silencio, incapaz de soportarlo otro

segundo más—. ¿Puedo sugerirle que, en lugar de centrarse en mí, dirija su atención al pobre Christo? Actualmente carece de lengua.

—Creo que le falta algo más que eso. —Michal pasa un dedo por mi cuello y me sobresalto violentamente, porque no me había dado cuenta de que había vuelto a cruzar la habitación. Continúo sin girarme. No obstante, me alejo de él; la piel me hormiguea donde me ha tocado, y aprieto las piernas a la vez que los puños—. Puedo oír los latidos de tu corazón —murmura—. ¿Lo sabías? Se acelera cuando estás asustada.

Me pongo de pie a toda prisa, me lanzo a rodear el escritorio con las mejillas en llamas y reclamo su silla.

—*Quiero* saber por qué Coco es su objetivo. —En sus ojos negros brilla una diversión cruel—. Quiero saber por qué no la mató… bueno, por qué no *me* mató en Cesarine como a sus otras víctimas, y no le diré nada hasta que no lo sepa. Considere que este es el provecho que saco de mi ventaja.

Él ensancha la sonrisa.

—Tu… ventaja —murmura.

La palabra suena más oscura en su lengua, pérfida.

—Sí. —Me reclino en su asiento, agradecida por el escritorio lacado que se alza entre nosotros. Mi reflejo brilla pequeño e inseguro sobre su superficie. Lejísimos de su profundidad—. Supongo que entiende el concepto.

—Claro que lo entiendo. ¿Y *tú*?

—¿Tenemos un trato o no?

Con una sonrisa escalofriante, se hunde en la lujosa silla que acabo de dejar libre. Eso lo pone varios centímetros por debajo de mí. Aun así, se despatarra de par en par —demasiado grande para la pequeña estructura, demasiado *a gusto*—, y ladea la cabeza mientras me estudia.

—Está bien. Jugaremos a este estúpido juego tuyo. Te haré una pregunta, a la que responderás con *la verdad*, y yo responderé a una tuya a mi vez. —Levanta una mano para darse un golpecito en el pecho en señal de advertencia y baja la voz. Su sonrisa se desvanece—. Pero no vuelvas a mentirme nunca, mascota. Lo sabré si lo haces.

Me noto asentir. Sus ojos siguen el movimiento y, no por primera vez, recuerdo sus siniestras palabras en el barco: *¿Quieres que te diga exactamente lo que pretendo hacerte?* Esa pregunta, sin embargo, palidece en comparación con la siguiente:

—¿Cómo invocaste a los fantasmas?

—Pues… ¿qué? —Parpadeo ante lo inesperado de la pregunta, con las palmas cada vez más húmedas cuando me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Qué fantasmas?

—Respuesta incorrecta.

—No sea ridículo. Ni siquiera creo en fantasmas. Las Sagradas Escrituras dejan claro que el alma pasa directamente al más allá cuando el cuerpo muere…

—No me interesa la relación de la Iglesia con la vida eterna. Me interesa la *tuya*. —Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas. Entrelaza los dedos—. He sentido un cambio en el castillo esta mañana, una peculiar carga de energía en los pasillos. Cuando me he levantado para investigar, he encontrado una botella vacía de absenta —señala su aparador, donde todavía hay una licorera vacía— y mis pertenencias esparcidas por la habitación. Alguien le ha dibujado un

bigote bastante desafortunado a mi tío favorito. —Su mirada se desplaza hacia mi izquierda, donde un enorme retrato de un caballero de aspecto severo nos mira desde la repisa de la chimenea. Es cierto que alguien le ha pintado un bigote fino y rizado sobre el labio.

En cualquier otra situación, podría haberme reído.

—*Si* los fantasmas existieran, seguro que no podrían beber absenta o sostener un pincel. Lo siento mucho por su tío, señor, pero como no soy yo quien ha irrumpido en su estudio…

—Nadie entra en mi estudio sin mi conocimiento, Célie Tremblay. ¿Estás segura de que no has sentido nada… inusual?

Aunque trato de disminuir los latidos de mi corazón, sigo siendo una penosa mentirosa. En vez de eso, levanto la barbilla.

—Aunque haya visto a esos fantasmas, le aseguro que yo no los he *invocado*.

Se queda inmóvil.

—¿Los has visto?

—No… no sé lo que he visto. —Me limpio las manos en la falda y abandono toda pretensión —. Ellos… *Algo* ha desfilado al otro lado de mi habitación esta mañana en una especie de danza macabra, un vals, creo. —Aunque clava sus ojos negros en los míos, extrañamente decidido, casi enfadado, sigue sin moverse. Sin hablar. Me vuelvo a secar las manos y el encaje de mi vestido me irrita las palmas—. ¿Está diciendo que nadie los ha visto?

Ahora, incluso yo puedo escuchar los latidos de mi corazón. *Bum, bum, bum* late en mi pecho, en mi garganta, en mis dedos, cuando él niega lentamente con la cabeza.

—Oh. —El estómago me da un horrible vuelco cuando lo digo—. Entonces, ¿cómo ha…? Un segundo, esa no es otra pregunta —añado deprisa. Él inclina la cabeza y el silencio de la habitación se vuelve más profundo, sus anteriores palabras resuenan entre nosotros con cada tictac del reloj.

Tic…

¿Qué

Tac…

eres?

Me ajusto el cuello del vestido, repentinamente tibio, y me aferro a otra cosa con la que romper el silencio.

—B-bien. Por supuesto que no. Lo más probable es que me los imaginara, de todos modos. Esta isla le hace cosas extrañas a mi cabeza. —Cuando entorna aún más los ojos, me pongo a la defensiva de inmediato—. Es *cierto*. En el mercado, el suelo parecía llorar sangre, y los gatos… —Me interrumpo de golpe, no quiero compartir el resto. Porque no es necesario que Michal conozca los detalles. A pesar de lo que dijo Christo, los gatos no me *seguían* a ninguna parte, y lo que es seguro es que no he invocado a un *fantasma* para destruir este despacho.

»He oído que la isla está enferma —digo en vez de eso, mirándolo por encima de la nariz—. Quizás el mal que aqueja a Requiem también sea responsable de desfigurar el retrato de vuestro tío. Mi amiga —no me atrevo a mencionar el nombre de Lou— me habló de una misteriosa enfermedad que se extiende por Belterra. ¿Por qué no debería estar extendiéndose por aquí también? Lo cierto es que es la explicación más probable, y puesto que todo parece haber empezado con usted asesinando a esas pobres criaturas, sugiero que, si quiere echarle la culpa a alguien, busque un espejo. Lo que es seguro es que yo no he tenido nada que ver.

Michal junta los dedos y aguarda con paciencia a que termine. Lo cual he hecho. Creo.

—¿Y *bien*?

—Por algún motivo —canturrea—, dudo que este gran mal que te has inventado fuera a dibujarle un bigote al tío Vladimir.

—¿Y un fantasma sí?

Tuerce la boca, como si estuviera rememorando un recuerdo desagradable.

—Me viene alguno a la mente. Ahora…

—Espere. —Levanto la mano a toda prisa para silenciarlo antes de poder contenerme—. Tengo una pregunta más.

—No lo creo —dice con voz sedosa.

—Pero este juego tiene reglas. —Cuadro los hombros en actitud desafiante, obligando a los fantasmas a quedarse encerrados en una pequeña habitación al fondo de mi mente. Ya los visitaré más adelante. O puede que nunca—. Usted mismo las ha establecido, *monsieur*. Ha hecho tres preguntas, y yo he hecho dos, lo que significa…

Sus dientes chocan con un chasquido audible.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, mascota.

—Un tramposo es lo mismo que un mentiroso. —Se oye un fuerte golpe en la puerta que nos interrumpe, y una sonrisa realmente perversa eleva las comisuras de la boca de Michal al oírlo. Retrocedo como por instinto. Cualquier cosa que provoque un cambio voluble en su estado de ánimo no puede ser buena—. ¿Quién es? —pregunto en tono cauteloso.

Él inclina la cabeza.

—El desayuno.

Se abre la puerta y entra una hermosa joven.

Pequeña y rellenita, se coloca el cabello castaño rojizo por encima de un hombro cuando me ve y camina hacia donde está Michal, en mi silla. Sorprendida, estudio sus movimientos ágiles, las marcas de garras que le recorren un lado del rostro. *Loup garou*. Cuando se sienta en el regazo de Michal, sus ojos emiten un destello amarillo, lo cual confirma mi sospecha.

Aparto la mirada a toda velocidad.

—Buenas noches, Arielle —ronronea él, y ante el timbre bajo de su voz, no puedo evitarlo, levanto la mirada para descubrir que me está mirando directamente a mí. Él le aparta el grueso cabello de la garganta. Dos cicatrices más estropean su piel de marfil en esa zona—. Gracias por haber venido con tan poca antelación.

Ella inclina la cabeza con entusiasmo, le rodea el cuello con un brazo y se aferra a él.

—Siempre es un honor, Michal.

Mortificada por su intimidad, intento apartar la mirada. Pero cuando engancha una mano detrás de la rodilla de Arielle —cuando ella se retuerce en su regazo para quedar a horcajadas sobre él—, el calor me inunda hasta que las mejillas me arden y la piel me quema. Porque no debería estar aquí. No debería estar… *viendo* esto, sea lo que fuere, pero mis ojos se niegan a parpadear. Con otra gélida sonrisa, Michal le roza la larga curva de su hombro con la nariz y la besa suavemente.

—Adelante —me dice—. Has dicho que aún te quedaba una pregunta.

—Volveré… volveré más tarde…

—Haz tu pregunta. —Sus ojos se oscurecen sobre el cuello de Arielle—. No tendrás otra oportunidad.

—Pero esto es *indecente*…

—O haces tu pregunta —señala con la cabeza hacia la puerta— o te vas. La decisión es tuya.

Su tono es enfático. Definitivo. Si huyo de su presencia ahora, no me detendrá, y me pudriré en la oscuridad hasta que Coco llegue a Requiem y nos mate a las dos. Aunque me ofrece una opción, no tengo elección en absoluto.

Me obligo a asentir.

Apaciguado, Michal continúa su apreciación del cuello de Arielle, y ella se estremece en sus brazos.

—¿Qué…? —Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo, tratando de ordenar mis pensamientos revueltos, de recordar las preguntas más acuciantes, mientras él le ladea la cabeza con una mano—. ¿Qué…?

Al segundo siguiente, sin embargo, le hunde los dientes en la yugular.

Todo pensamiento se desvanece cuando Arielle arquea la espalda contra el pecho de él y cierra los ojos con fuerza con un agudo gemido de placer. Me pongo de pie con brusquedad al oír ese sonido y derribo la silla con mis prisas. Los miro boquiabierta, a ella, a *él*, a la forma en que las caderas de ella se retuercen contra él con cada tirón de su boca. Una gota de sangre corre por su clavícula, y la comprensión me atraviesa el pecho como la estocada de un cuchillo. Mi peor temor se ha confirmado.

Michal está bebiendo su sangre.

Se… se la está *bebiendo*.

Me alejo del escritorio a trompicones, caigo sobre la silla y me levanto sobre pies temblorosos cuando Michal le libera la garganta y le inclina la cabeza hacia atrás, deleitándose en su sabor, en el *hedonismo*. Se limpia la sangre de los labios. Choco contra las persianas. Aunque la madera se me clava en la espalda, no la siento, no siento nada que no sea la intensidad de la mirada de Michal cuando vuelve a sostener la mía. Mientras se pone de pie y levanta a Arielle en brazos.

—¿Q-Qué…? —Pero mi respiración es irregular, aguda, demasiado dolorosa para permitirme hablar.

—La palabra que buscas —deposita el cuerpo de extremidades inertes de Arielle en la silla, donde esta suelta un suspiro soñador y cierra los ojos— es *vampiro*, aunque respondemos a muchos nombres. *Éternel*. *Nosferatu*. *Strigoi* y *moroi*. Muertos vivientes.

Muerto viviente.

Éternel.

Vampiro.

Me estremezco ante cada nombre como si fuera un golpe físico. Ninguno de los libros de la Torre hacía alusión alguna a esto. Las marcas de pinchazos de los soldados, de Babette y de las otras víctimas… sus cuerpos exanguinados… Cierro los ojos para bloquear la visión de los labios escarlatas de Michal. De la sangre que todavía corre por el pecho de Arielle, que mancha su camisa, la silla.

Loup garou.

Humano.

Melusina.

Dame blanche.

No solo mató a sus víctimas. Las *consumió*, y esas botellas de sangre del mercado, también las consume. Sacudo la cabeza, incapaz de recuperar el aliento. Mis pulmones amenazan con dejar de funcionar. Evangeline no podría haber entendido la depravación de su historia, o nunca habría invitado a tales criaturas a nuestra habitación, a nuestra misma infancia. He oído hablar de *Dames rouges* que en ocasiones beben sangre, por supuesto, para ciertas pociones o hechizos, pero nunca nada como esto. Nunca como *sustento*.

Con un aire de sombría satisfacción, Michal regresa a su escritorio, endereza su silla y se sienta. La respiración de Arielle se vuelve más profunda por el sueño.

—Creo que es mi turno —dice por encima del hombro—. ¿Eres capaz de volver a invocar a los fantasmas?

—No-no-no he invocado…

Tan rápido que no lo puedo seguir con la mirada, vuelve a levantarse y fluye hasta detenerse líquidamente justo frente a mí. Aunque no me toca, el efecto es el mismo: estoy atrapada aquí, acorralada, como un *lutin* en una jaula.

—Estás mintiendo otra vez —dice.

—N-no estoy *mintiendo*. —Con los últimos rastros de mi valentía, me muevo para empujarlo, pero sería más fácil mover una montaña, el *océano*, que al vampiro que tengo delante. Ya no posee su extraña falta de olor. No, ahora huele a cobre y a metal, a sal, a la sangre de Arielle. La bilis me sube por la garganta, y lo empujo más fuerte—. No he invocado *nada*, pero si lo hiciera, n-no lo volvería a hacer. No para *usted*.

Y es la verdad.

A través del zumbido en mis oídos, la comprensión se abre paso. La determinación.

Por fin entiendo por qué sigo viva: como cebo para Coco, sí, pero también para los fantasmas. Después de lo de esta mañana, cree que se han alzado por mi causa, y desea desesperadamente que repita la actuación para algún perverso propósito.

Todo el mundo tiene una ingle en alguna parte, Célie.

Paso junto a él y me siento tras su escritorio con una sensación de triunfo que me deja sin aliento.

—¿Por qué va detrás de Coco? ¿Qué *quiere* de ella?

Se gira despacio hacia mí y, a pesar de su fachada impasible, algo cruel y despiadado persiste en los duros planos de su rostro. Promete venganza con tanta tranquilidad como uno habla del tiempo.

—Las brujas de sangre me han quitado algo, Célie Tremblay, algo muy valioso, y planeo devolverles el favor en especie. —Una pausa—. Su princesa servirá muy bien a tal propósito.

Lo miro con creciente incredulidad. ¿Mataría a una mujer inocente porque una bruja de sangre le robó una de sus *baratijas*? Tras ese pensamiento, sin embargo, surge otro igual de escalofriante. *Mataría a muchos más*. Sacudiendo la cabeza con disgusto, digo en voz baja:

—Es un ladrón *y* un hipócrita asqueroso. ¿Dónde está mi cruz?

—Qué interesante. Cualquiera pensaría que pedirías tu anillo de compromiso. —Se me entrecorta la respiración, pero él se limita a señalar la puerta con la mano—. Apártate de mi vista.

Nuestro juego ha terminado. —Luego…—. Quédate en tu habitación hasta que te llame. No intentes abandonar el castillo.

Dividida entre un sollozo y un gruñido, cierro las manos en puños.

—¿Por qué retenerme? ¿Por qué no acabó con este asunto en Cesarine? A menos que…

La lengua ensangrentada de Christo inunda mi mente.

¿Cómo puede el pastor proteger a su rebaño si se niega a caminar con él?

Tal vez no pueda protegerlo en absoluto.

—A menos que no pueda irse —termino la frase con astucia—, porque teme las consecuencias si lo hace.

—No me hace falta marcharme. Cosette Monvoisin vendrá a mí. —Levanta un trozo de pergamino que descansa sobre el escritorio y revela una carta escrita con tinta esmeralda. La palabra *Masquerade* ocupa la parte superior, escrita con una caligrafía ornamentada—. De hecho, he enviado una invitación a todos tus amiguitos, dándoles la bienvenida a Requiem para un baile en la víspera de Todos los Santos. Para entonces, habré desenterrado todos tus secretos, Célie Tremblay, y ya no te necesitaré más.

En la víspera de Todos los Santos.

Cuento los días a toda prisa, y el corazón me da un vuelco al darme cuenta. *Dentro de una quincena más o menos*. Apenas tengo *diecinueve días* para deshacer todo este embrollo, para salvar a mis amigos y a mí misma de una muerte brutal y sangrienta. Él no dice nada mientras intento recomponerme, sus ojos negros fríos e indiferentes una vez más. Y por primera vez desde que puse un pie en Requiem, empiezo a entender la enfermedad que asola este lugar.

El odio sabe a veneno, como la mecha chamuscada de una vela un segundo antes de que se encienda, y siempre se enciende.

—Encontraré la forma de detenerte —le prometo, mi mente trabajando ya a toda velocidad. En diecinueve días, debo aprender a matar a los muertos vivientes, a matarlos *de verdad* esta vez—. Nunca les pondrás la mano encima a mis amigos.

Capítulo 15

Los mellizos Petrov

Las estanterías de mi habitación llegan hasta el techo, y están repletas de libros antiguos y baratijas rotas. Y polvo. Capas y *capas* de polvo. Levanto el candelabro del salón mientras examino cada tomo e intento no estornudar. Aunque el hambre me destroza el estómago, la ignoro como buenamente puedo. Está claro que el sustento es una indulgencia en Requiem —a menos que uno beba *sangre*—, y preferiría morir de inanición antes que pedirle nada a Michal. Quito la mugre de los lomos de un estante más bajo y me agacho para leer los títulos: *El resucitador*; *Nigromancia práctica: una guía para el arte oscuro*; y *Cómo comunicarse con los muertos*.

Aparto la mano de golpe.

Nigromancia.

Me estremezco, me limpio la palma de la mano en el corpiño y me apresuro a continuar bajando por la estantería para sacar otro libro al azar: *Le Voile Écarlate*. Con un suspiro de impaciencia, lo coloco debajo del busto de un dios enojado y olvidado hace mucho tiempo. Esta sala alberga *miles* de libros, pero solo necesito uno: *un* libro con instrucciones detalladas sobre cómo matar a un vampiro. No debería ser mucho pedir.

Como encontrar una aguja en un pajar.

El estómago me ruge de nuevo, pero otro trueno se traga el sonido y sacude un juego de té astillado en lo alto. Saco otro libro del estante. Tal vez este sea el verdadero plan de Michal: matarme despacio, dolorosamente, durante las próximas dos semanas. Al pensar en Arielle y en su garganta desfigurada, en sus *gemidos* jadeantes, no me opongo necesariamente a la idea. El hambre es infinitamente preferible a eso.

Dos horas después, sin embargo, estoy lista para arrancarle la garganta a Michal yo misma.

Coloco el *Diccionario ilustrado de champiñones y otros hongos* de vuelta en el estante, casi delirando de hambre a estas alturas. Los ojos me pican y me lagrimean, y las velas se han derretido hasta quedar reducidas a cabos. Emiten una luz débil y parpadeante sobre las minúsculas letras del siguiente libro, que representa las cuatro etapas del ciclo de la vida del… moho.

Dejo escapar una maldición estrangulada.

—¿*Mademoiselle*? —La voz de Dimitri desciende por las escaleras, y me sobresalto antes de

levantar el candelabro. Sostiene una bandeja de desayuno dorada en las manos, repleta de lo que parece ser comida. Me apresuro a ponerme de pie. Ladeando la cabeza con una sonrisa pícara, pregunta—: ¿Está… hablando con alguien?

—Consigo misma, creo. —Odessa lo rodea desde detrás y pasa un dedo por la espesa capa de polvo de la barandilla. Arruga la nariz—. Esto es repugnante.

—Sí, lo es. —Me encuentro con su hermano en mitad de las escaleras—. Tenía este aspecto ayer, cuando me arrojaste aquí para que me *pudriera*.

Eso me suena petulante hasta a mí, pero mi estómago amenaza con comerse a sí mismo. Cuando le quito la bandeja de Dimitri y le tiendo el candelabro, se pasa una mano por la boca para ocultar su sonrisa mientras mira de reojo a su hermana.

—Odessa, eso fue terriblemente perverso.

Está claro que intenta subsanar cualquier *malentendido* anterior, pero después de ver a su primo darse un festín con la garganta de Arielle, tengo pocas dudas de quién tiene la culpa de esos trapos empapados de sangre en el pasillo.

Como si me leyera la mente, ladea la cabeza y esboza una sonrisa demasiado deslumbrante.

—Por favor, créame, *mademoiselle*, *yo* nunca habría hecho tal cosa. Mire, le he preparado un delicioso desayuno humano.

Todos a una, contemplamos el desayuno en cuestión: miel y repollo, cinco huevos duros y una tina de mantequilla.

—Sumamente delicioso —repite Odessa, inexpresiva, antes de poner los ojos en blanco y limpiarse el dedo polvoriento en el abrigo. Aunque Dimitri frunce el ceño, los dejo discutiendo en las escaleras, me meto un huevo en la boca y me acomodo en un sillón mullido.

Después de haberme zampado el primero entero, me obligo a masticar el segundo y a tragar antes de atravesar a Odessa con la mirada.

—Se suponía que regresarías al anochecer.

—Dije que *alguien* vendría al anochecer, querida, no que sería yo. —La cola de su vestido barre los zapatos de Dimitri mientras desciende hasta la habitación. Esta noche viste de seda carmesí. El corpiño entallado y la amplia falda emiten un leve brillo a la luz de la vela, al igual que el carmín negro de sus labios y las joyas de ónix en su garganta. Esta es la primera vez que la veo con su hermano, y juntos, uno al lado del otro, provocan que literalmente me quede sin aliento.

Aparto la mirada y tomo nota mental de que *Los vampiros son atractivos* justo al lado de *Los vampiros comen personas* y *Eres una persona, Célie*.

—Anocheció hace *cuatro* horas —digo en cambio.

—Ya, bueno, mi querido hermano insiste en que todos pasemos la noche juntos, así que, para no arruinar una visita perfectamente agradable a *monsieur* Marc, ¿dejamos el pasado atrás?

Frunzo el ceño y reduzco la velocidad a la que devoro el tercer huevo.

—¿*Monsieur* Marc?

Dimitri, que camina detrás de su hermana, dice:

—Sí, él…

Pero Odessa habla por encima.

— … es modisto, por supuesto. *El* modisto. —Se inclina para examinar la pila de libros que hay junto a mí y ladea la cabeza con curiosidad antes de concentrar la mirada en mis uñas—.

¿Albergas una pasión secreta por la horticultura? Yo misma hice mis pinitos con la flora hace… ¿cuánto hace? —Se gira hacia su hermano sin esperar mi respuesta—. ¿Veintisiete años?

—Sí —responde él, escueto—. Abandonaste tu investigación después de que te encargara un invernadero.

Ella se encoge de hombros con elegancia y se pone de puntillas para inspeccionar el juego de té.

—¿Por qué debería visitar a un modisto? —les pregunto, desconfiada.

Dimitri esboza otra sonrisa diabólica.

—Queríamos…

Sin embargo, Odessa lo interrumpe de nuevo y señala mi cuerpo con disgusto.

—Seguro que no es necesario responder a una pregunta tan ridícula. Observa el estado de tu *vestido*. Apesta, lo cual me recuerda —le hace un gesto con la muñeca a Dimitri, quien entorna los ojos— que deberías buscar un sirviente para que prepare el baño. No podemos presentársela a *monsieur* Marc mientras siga oliendo igual que una fregona sucia.

Intento no resoplar, pero es en vano.

Él da un paso para rodear la mano de Odessa con una paciencia poco disimulada.

—Qué pena, ese hedor es tu perfume, querida hermana. ¿Puedo hablar? —Cuando ella le lanza una mirada fulminante, sonríe y continúa—. Se rumorea que esta noche es su decimonoveno cumpleaños, *mademoiselle*, y a mi hermana y a mí nos gustaría regalarle un nuevo guardarropa, con el oro de Michal, por supuesto. —Se adueña de un trozo de repollo de la bandeja y lo levanta a la luz de las velas para examinar sus venas—. Es indiscutible que os debe *algo* por el estado de esta habitación. ¿A qué sabe el repollo? —pregunta de repente.

Repollo. Una cosa de lo más mundana sobre lo que reflexionar, y en absoluto lo que esperaba comer en mi cumpleaños. Si no fuera por mi secuestro, mis amigos podrían haber preparado un pastel de chocolate para conmemorar la ocasión. Podrían haber decorado la *patisserie* de Pan con guirnaldas rosas y burbujas eternas, y mis velas podrían haber echado chispas y explotado, esparciendo auténtico polvo de hadas; hicieron eso mismo en el cumpleaños de Beau en agosto, salvo que el pastel llevaba ron y fuegos artificiales.

Por supuesto, si no fuera por mi secuestro, mis amigos también seguirían guardando secretos.

—Sabe un poco picante. —A regañadientes, Odessa hojea *El libro de los jardines del Viejo Mundo* —. Seguro que recuerdas el repollo, Dima. Al fin y al cabo, fuimos humanos una vez.

La admisión me saca de mi ensoñación, y la miro con incredulidad.

—¿Fuisteis… humanos?

—Hace mil años, más o menos. —Dimitri deja el repollo de vuelta en la bandeja mientras los ojos están a punto de salírseme de las órbitas. ¿*Mil* años? Debo de haberlo oído mal. Me guiña un ojo al ver mi reacción y añade—: Estamos bastante espectaculares para nuestra edad, ¿verdad?

—Para cualquier edad —resopla Odessa.

Dimitri la ignora.

—Aunque me siento halagado por su atención, *mademoiselle*, lo cierto es que no puedo aceptarla con la conciencia tranquila si sigue negándose a decirme su nombre.

Odessa pone los ojos en blanco y mira al techo.

—Eso, y tu enamoramiento con la florista local.

—Ah, Margot —dice su hermano en tono soñador mientras se sienta en una silla cercana a la mía. Deja caer la cabeza sobre un brazo y cruza las piernas una sobre la otra. Con él sonriéndome boca abajo, sus rizos negros haciéndome cosquillas en el brazo y su traje de terciopelo un poco arrugado, irradia cierto encanto juvenil.

Excepto por esos trapos del pasillo.

Dejo caer mi huevo con disgusto y empujo mi bandeja lejos de sus afilados incisivos. Aun así, parece una tontería continuar con la mentira cuando Michal ya conoce la verdad.

—Si insiste, me llamo Célie Tremblay. Y le agradezco el desayuno, pero de verdad que debo pedirles que…

—Célie Tremblay. —Como su primo antes que él, parece saborear las palabras y frunce la boca en actitud contemplativa—. El epíteto más apropiado que haya oído jamás. En su idioma, creo que significa *cielo*.

Y ahí es cuando Odessa pierde todo interés en la conversación.

—En idiomas más antiguos y decisivos, significa *ciego*. ¿Nos vamos, o me he levantado a estas horas intempestivas para nada?

Dimitri se ríe.

—Por mucho que deteste admitirlo, Des, ya no necesitas ningún sueño reparador. —A mí me dice—: ¿Qué le parece, *mademoiselle* Tremblay? ¿Le apetece unirse a nosotros para unas compras de cumpleaños? Podría ser divertido.

Divertido. Mi mirada vaga hasta las sombras de mi habitación, hasta la pared cubierta de estanterías, y casi lloro. No tengo tiempo para *diversiones*, si es que tal cosa existe aquí. No. Debo continuar mi búsqueda y aprender a matar vampiros como Odessa y Dimitri; de alguna manera, debo advertir a mis amigos de que se mantengan alejados de Requiem. Christo no parecía terriblemente complacido con la familia real durante nuestro trayecto por el mercado. Puede que en algún lugar de esta isla haya una bruja igual de disgustada, puede que tan disgustada como para enviar una nota a Cesarine mediante la magia o para ayudarme a matar a sus señores.

Sin pretenderlo, mis ojos regresan a la cara boca abajo de Dimitri, a la anticipación que veo en ella. Parece casi *honesto*, y siento que la curiosidad se despliega en mi interior muy a mi pesar. *Los vampiros comen personas*, sí, pero Odessa estudia horticultura. Dimitri tiene *hoyuelos*.

Me doy un violento zarandeo mental.

Estas criaturas son monstruos, y las odio. *Las odio*. Tienen a una isla entera como rehén, se dan banquetes con la sangre de sus habitantes y planean atraer a mi amiga para matarla. Me han secuestrado. Me han atacado. Sirven a un hombre que sin duda asesinó a Babette, y… ¿cuántas razones más necesito para echarlos de mi habitación?

—¿Por qué sois tan amables? —Frunzo el ceño mientras enderezo la esquina de la bandeja del desayuno—. Sigo siendo una prisionera. No debería importaros mi cumpleaños. Tampoco debería preocuparos mi guardarropa.

Odessa habla mientras analiza los lomos de mis libros y arrastra una uña afilada por ellos.

—Los vampiros viven para siempre, querida, y tú eres radiante, brillante y nueva. Mi querido hermano no puede evitarlo.

—Dice la vampira que está investigando en profundidad sus estanterías. —Dimitri se sienta bien y entrelaza los dedos sobre las rodillas mientras me devuelve toda su atención—. Seguirá

siendo una prisionera, se quede enfurruñada y a solas en esta habitación o se una a nosotros para una visita al pueblo. Sé qué celda preferiría yo.

Vuelve a sonreír para suavizar la reprimenda y yo me quedo mirándolo, desgarrada por la indecisión.

Una pequeña parte de mí sabe que debería mandarlos lejos. Jean Luc lo hubiera hecho sin dudarlo.

Pero… la idea de permanecer en este cuarto durante quince días —solo con unos cabos de velas, sombras e hileras e hileras de libros polvorientos como compañía— no es exactamente atractiva, y mi madre siempre le decía a Pippa que atraparía más moscas con miel que con vinagre. Aunque a Pip le molestara esa frase hecha, para mí tenía mucho sentido. No me hace falta estar sola en esta isla. No me hace falta pudrirme en la oscuridad o desperdiciar un tiempo precioso con las setas y el moho. Como vampiros, Odessa y Dimitri saben más sobre su especie que cualquier libro de este castillo.

Solo hay un problema.

Las criaturas dulces nunca duran mucho en Requiem.

No obstante, puede que, tal como decía mi madre, la dulzura no tenga por qué ser ninguna maldición. Me aclaro la garganta, esbozo una sonrisa incierta y le pestañeo a Dimitri, decidida a atrapar al menos a *esta* mosca con miel.

—Tiene razón. Por supuesto que sí, y lo haría. Me *encantaría* ir…

—¿Pero…? —insiste.

—Michal me ha dicho que me quedara aquí —digo a regañadientes—. Me ha prohibido salir de mi habitación.

Dimitri suelta un resoplido burlón.

—Nuestro primo es un murciélago viejo.

—Y *tú*, hermano, eres un maldito embustero. —Lanzándole una mirada exasperada a su hermano, Odessa cierra su libro con un fuerte crujido cuyo eco resuena con fuerza por toda la habitación—. Con que *Michal está de acuerdo*, ¿eh? No sé por qué sigo haciéndote caso. —Niega con la cabeza y se encamina hacia la escalera—. Esto ha sido una enorme pérdida de tiempo.

—Des. —Dimitri se pone de pie de un salto, su voz indignada y suplicante a partes iguales—. ¿Dejarías a *mademoiselle* Tremblay aquí, en mitad del polvo y la oscuridad? ¿En su cumpleaños?

—Pues prepárale una *tarta*…

Una aguda punzada de arrepentimiento.

—No puedes hablar en serio…

—Sé que te cuesta, Dima, pero *intenta* ser un poco inteligente. Si Michal ha dicho que no puede salir, no puede salir. —Agita la mano, su humor empeora más y más con cada paso que da —. Aun así, le pediré un baño, por supuesto. Y tal vez podamos concertar una visita con *monsieur* Marc para mañana…

Dimitri la persigue sin decoro, pero antes de que pueda hablar, me pongo de pie y adopto un tono serio y suplicante.

—Pero soy *humana*, Odessa. Michal no puede esperar que viva en estas condiciones hasta la víspera de Todos los Santos. Podría enfermar con tanta oscuridad y humedad, tal vez incluso *morir*. ¿Es eso lo que él querría? ¿Que muera antes de cumplir su propósito?

—Y, técnicamente —Dimitri la alcanza al pie de las escaleras, le rodea la cintura con el brazo y la hace girar—, nos quedaremos dentro de los terrenos del castillo. Estará perfectamente segura siempre y cuando no salgamos de los muros interiores. Todo el mundo gana. ¿No es así, *mademoiselle* Tremblay?

Asiento con fervor.

—Has dicho que huelo como una fregona sucia.

Odessa me mira con los ojos entornados.

—Te había confundido con alguien inteligente, pero parece que Michal está en lo cierto: tienes ganas de morir y no te ayudaré a conseguirlo.

—No seas tan dramática. —Dimitri le ahueca las mejillas con las manos y le muestra una sonrisa encantadora. Sus dientes son muy blancos. Muy afilados—. Michal nunca tiene razón y, además, nunca sabrá que nos hemos ido. Tiene mejores cosas que hacer esta noche que patrullar el ala este.

Al oír *eso*, cientos de preguntas se precipitan hasta la punta de mi lengua, pero las reprimo todas, en absoluto dispuesta a tentar a mi suerte tan rápido. Odessa ya parece preparada para ensartar a alguien. Nos mira a Dimitri y a mí con el ceño fruncido y las mejillas aplastadas entre las anchas palmas de su hermano.

—Es una idea *terrible*.

Dimitri la libera al instante, con una sonrisa triunfante en esta ocasión.

—Las mejores siempre lo son.

—Quiero que conste que me he opuesto.

—Por supuesto.

—Cuando Michal se entere, te desollará y no pienso intervenir.

—Puedes usar mi piel como sombrero.

—Eres un cretino. —Lo empuja lejos de sí y se acerca a uno de los biombos de seda. Detrás aguarda una enorme bañera. Tira de una borla con flecos y el profundo sonido de un gong responde desde algún lugar por encima de nuestras cabezas. Echa un vistazo por arriba del hombro y espeta:

—¿Y bien? ¿Vienes, Célie, o dejamos que Michal siga el rastro de tu hedor hasta *monsieur* Marc?

Salto hacia adelante justo cuando Dimitri emite un ruidito de indignación.

—¿Por qué *ella* puede llamaros Célie?

Tres cuartos de hora más tarde, vestida con una túnica y una capa del guardarropa de Odessa, atravieso el castillo del brazo de los mellizos. Me arrastran por un vasto patio, desde donde disponemos de una vista panorámica de la ladera de abajo y de lo que parece ser un pueblo escondido.

Me quedo boquiabierta, invadida por un asombro genuino.

Las murallas de piedra intrincadamente talladas se elevan hacia el norte, el este y el sur—

protegiendo las pequeñas casas y tiendas—, mientras que el castillo en sí mismo forma la cuarta y última muralla del pueblo. Hay gárgolas agachadas encima de cada pilar. Nos miran de reojo, las llamas crepitan en sus bocas abiertas y la hiedra trepa por sus cuerpos de piedra. Aunque las enredaderas y las flores suavizan sus duros rasgos, no logran ocultar las escamas, los dientes y los cuernos de las gárgolas. Mis ojos revolotean hacia el cuervo de tres ojos del mercado mientras este picotea una de sus orejas, pierde la paciencia y salta al techo de paja de *l'apothicaire*. Cuando un trueno retumba en lo alto, agita las alas y suelta un graznido indignado.

Más abajo, dos gatos salen de las sombras para observarme.

No. Me reprendo en mi fuero interno, con vehemencia. Para mirar*nos*.

Odessa abre su sombrilla justo cuando empieza a llover.

—Maravilloso —dice con frialdad, y me guía por la calle adoquinada sin compartir la protección. Dimitri extiende la suya con una mirada de resignación hacia su hermana—. No empieces, Dimitri. Ya llegamos tarde, y *monsieur* Marc detesta la tardanza. Es señal de cierta pobreza de carácter —nos mira con los ojos deliberadamente entornados— y es un *excelente* juez del carácter.

Dimitri pone los ojos en blanco.

—No te derretirás, Odessa.

—¿Y cómo lo sabes? —Echa un vistazo a las nubes de tormenta en lo alto, y un relámpago destella en respuesta. Un gran estallido de truenos sacude la tierra—. La fatiga Hygral es muy real. Puede que no me derrita, pero mis folículos pilosos se expandirán debido a la humedad excesiva, causando opacidad, fragilidad, rotura y…

— … una muy necesaria humildad —termina él. Me mira y añade con una sonrisa—: Esta es la Ciudad Vieja. Solo los vampiros pueden vivir dentro de estos muros sagrados, y solo los linajes más venerados y respetados. Estos caminos son casi tan antiguos como el propio Michal.

Ni siquiera aquí parece posible escapar de él, o de los gatos. A pesar de la lluvia, nos siguen con movimientos silenciosos, y sus ojos se asemejan a faroles que nunca parpadean.

Aun así, mientras recorro las calles estrechas y tortuosas —con musgo entre los adoquines, torres de hierro y un bebedero para pájaros agrietado—, no puedo evitar dar saltitos. Solo unos pocos. El jabón de caléndula de Odessa me ha quitado *años* de suciedad de la piel, y el desayuno ha adormecido el afilado mordisco del hambre. Puedo ignorar a los gatos. Después de todo, hace unas horas creía que no viviría para ver la puesta de sol, pero aquí estoy, paseando por una antigua aldea sobrenatural con dos criaturas que la conocen a la perfección. ¿Qué mejor forma de descubrir sus debilidades que caminar entre ellos?

¿No te sientes como si estuvieras jugando a los disfraces?

Frederic cree que mis ojos de corderito delatan ineptitud. Cree que nunca podré ayudar a nuestra hermandad, que ese nunca sería mi sitio. No obstante, los *chasseurs* ni siquiera conocen la existencia de los vampiros. Puede que los ojos de corderito y los vestidos sean justo lo que les ha hecho falta todos estos años.

Alargo la mano con cuidado hacia una mariposa monarca que revolotea bajo la llovizna. No quiero asustarla, o a Dimitri, con la pregunta equivocada. No importa que las motas blancas en las puntas de su ala parezcan parpadear como… como *ojos.* Aparto la mirada a toda prisa.

—Y los demás habitantes… ¿vinieron aquí por propia voluntad?

Dimitri atrapa la mariposa con facilidad y me la coloca en la palma. Ya no parpadea, *gracias a Dios*, pero su color naranja todavía parece demasiado brillante en contraste con el encaje oscuro de mi guante y los grises apagados del cielo y de la calle.

—Todos los habitantes de Requiem eligieron fundar su hogar aquí, *mademoiselle* Tremblay.

—Pero ¿disponían de toda la información? ¿Sabían que sus vecinos serían vampiros? ¿Sabían que os *alimentaríais* de ellos?

—Haces un montón de preguntas. —Odessa mira a Dimitri con una ceja arqueada—. Y tú no deberías contestarle. Michal ya estará lo bastante furioso…

—Nadie te ha obligado a venir, querida hermana.

Ella resopla.

—*Alguien* tiene que guardarte las espaldas, ya que no dejas de insistir en meter las narices en todo y con la mayor frecuencia posible.

Dimitri se ríe y saluda con la cabeza a un par de *Éternels* que se inclinan con rigidez ante él y su hermana.

—¿Y por qué no deberíamos responder a sus preguntas? ¿No eres *tú* la que siempre dice que *la curiosidad mató al gato, pero…*?

— … la satisfacción lo trajo de vuelta —termina, irritada—. Esto es diferente, y lo sabes.

—Vamos, Des. ¿A quién se lo va a contar? —Baja la voz y me dice—: Solo se puede abandonar esta isla en barco, y hay centinelas vampiros por todo el muelle, estará muerta antes de llegar a la pasarela.

El estómago me da un vuelco y suelto la mariposa al viento. Se eleva en espiral hacia el cuervo, que no tarda nada en comérsela.

—Lo suponía.

Él se gira hacia Odessa con una sonrisa autocomplaciente.

—¿Lo ves? No será tan tonta para huir. Y para responder a la pregunta —me da un apretón amigable en el brazo—, sus ancestros emigraron siglos atrás, pero Michal dio a elegir a todas las familias antes de traerlas aquí.

—¿Qué tipo de *elección* pudo darles? ¿Y cómo podrían haberse negado? Según Odessa, Michal guarda celosamente el secreto de este lugar. Habría matado a todos los que supieran de su existencia.

Aunque Odessa se pone un poco tensa al oír mi tono, finge examinar su reflejo en la ventana de la capilla cuando pasamos por delante.

—¿Nunca has oído hablar de la coerción, querida?

—Odessa —advierte Dimitri, cuyos hoyuelos se desvanecen. Se desliza por detrás de mí para colocarse entre nosotras—. Que no se te pase por la cabeza.

Ella se encoge de hombros en actitud distraída, pero la posición de su mandíbula, de sus hombros, indica que está muy presente. Su reflejo se encuentra con el mío en la ventana, y se me pone la piel de gallina en los brazos. *Coerción*. Incluso en mi cabeza, esa palabra resulta extrañamente prohibida, extrañamente… sensual. Pero es solo una palabra. Sacudo la cabeza, sintiéndome ridícula, y digo:

—Por supuesto que nunca he oído hablar de la coerción. Antes de esta noche, jamás había oído hablar de *vampiros*.

Esos ojos felinos se topan con los míos.

—¿Te gustaría saber qué es?

—Odessa, detente…

—Ya te lo he dicho, Dima, te guardaré las espaldas, *y* las mías, aunque tú te niegues a hacer lo mismo. Célie necesita comprender el verdadero peligro de Requiem. Si tiene pensado continuar provocando a Michal, debería saber con exactitud a qué se arriesga. —Se acerca y me ofrece la mano. Me ofrece una *elección*—. ¿Debería emplear la coerción contigo, Célie?

Miro a Dimitri, cuyo hermoso rostro se ha endurecido como la piedra mientras observa a su hermana. No dice nada, sin embargo. No impedirá que Odessa use la *coerción*, sea lo que fuere eso, y no me impedirá pedírselo. Tal vez debería renunciar a todo este asunto. Resulta evidente que sigue irritada, e incluso con mi limitada experiencia, un vampiro irritado no es un buen augurio. Ya conozco los peligros de su velocidad, de su fuerza. Conozco el peligro de sus dientes. ¿Qué más podría haber?

¿Qué más podría haber?

Esa pregunta podría matarme. Esperemos que la satisfacción me traiga efectivamente de vuelta, porque Odessa tiene razón. *Quiero* saber. Acepto su mano.

—Enséñamelo.

Se cuadra de hombros y ladea la cabeza mientras sonríe con dureza.

—Excelente.

Nos miramos a los ojos.

Al principio, no pasa nada. Insegura, miro a Dimitri, pero Odessa me agarra la barbilla con la mano y me sostiene la mirada.

—A mí, querida. Mírame solo a mí.

Una sensación de lo más extraña se arrastra por mi mente en respuesta: como si una mano espectral se extendiera hacia ella para tocarla, acariciarla, seducirla para que se quedase tranquila. No. *Sumisa*. Una parte de mí quiere inclinarse hacia esa caricia, mientras otra quiere retroceder, quiere huir tan lejos y tan rápido como sea posible. Antes de que pueda hacer cualquiera de las dos cosas, Odessa ronronea:

—Cuéntame cómo planeas atacarnos antes de la víspera de Todos los Santos.

—Des —la reprende Dimitri con brusquedad.

Ella no rompe nuestro contacto visual.

—Planeo advertir a Coco de la trampa de Michal. —La respuesta escapa de mis labios por voluntad propia, en voz baja, segura y serena. Con cada palabra, la tranquilidad se torna más profunda, envolviéndome en una adorable calidez hasta que no puedo evitar sonreír. ¿*Este* es el peligro? Nunca me había sentido más satisfecha en toda mi vida—. Planeo manipular a Dimitri para que me revele vuestras debilidades, y planeo vengar a Babette y las muertes de los demás matándoos, si es posible. Planeo matar a todos los *Éternels* de esta isla.

—Maldita sea, Odessa. —Dimitri se pasa una mano por la cara y su pétrea fachada se resquebraja—. ¿Por qué le has preguntado eso?

—¿No es obvio? Quería oír su respuesta.

—Pero ¿por qué? Sabes que en realidad no puede hacernos daño…

—Por supuesto, pero ahora ella también lo sabe. —Me mira y me dice—: Ahí lo tienes.

Coerción. No puedo decir que esperara una respuesta diferente. Sin embargo, si yo fuera tú —se gira para reanudar su paseo por la calle al tiempo que rota la sombrilla sobre el hombro—, no informaría a Michal de mis planes, y dejaría en paz a mi hermano.

En el segundo en que sus ojos se despegan de los míos, su esclavitud sobre mí se disipa, el delicioso calor se desvanece y mis pensamientos chocan y giran en espiral, presos de la confusión. Del horror. *Porque no ha… es imposible que le haya dicho…*

No.

Aunque me tapo la boca con la mano, de poco sirve; no puedo retirar las palabras. Ahora viven entre nosotros, tan resbaladizas y oscuras como la lluvia sobre los adoquines. Me castañetean los dientes cuando una oleada de frío me inunda y se me cae el alma a los pies. Acabo de contárselo todo. Odessa ya sabía que quería hacerles daño, por supuesto, y yo ya sabía que los vampiros poseían alguna forma de hipnosis, pero la *facilidad* con la que me ha extraído mis pensamientos más íntimos es… alarmante.

Peor aún: ella quería que yo lo supiera. Quería que me diera cuenta de lo débil que soy en comparación.

Creo que voy a vomitar.

—Yo… —Aunque busco las palabras correctas para llenar el silencio, no encuentro ninguna, y un calor traicionero se desliza por mis mejillas al ver la cuidadosa expresión de Dimitri—. Lo lamento —digo al fin. Incluso a mí me suenan petulantes mis propias palabras—. Nunca debería haber intentado… bueno…

En sus ojos oscuros brilla el buen humor.

—¿Seducirme?

—Yo no lo llamaría *así*.

—Sus pestañas amenazaban con echar a volar.

—Como he dicho —repito con los dientes apretados—, lo lamento mucho…

—No hay necesidad. Lo he disfrutado bastante. —Su sonrisa pícara pronto se desvanece ante lo que sea que ve en mi expresión—. Mi hermana y yo no le haremos daño, *mademoiselle* Tremblay —dice con un suspiro—, pero debería olvidar sus planes de venganza. No puede matarnos, y solo logrará enojar a Michal si lo intenta. ¿Vamos?

Cuando me tiende su brazo como una rama de olivo, clavo la mirada en él con fría incredulidad. Acabo de admitir que he planeado atentar contra su vida y la de toda su familia y todavía desea ser mi amigo.

No logro decidir si resulta reconfortante o insultante.

Capítulo 16

Boutique de Vêtements de M. Marc

Aunque las letras doradas de la ventana declaran que se trata de la Boutique de Vêtements de M. Marc, y un impresionante vestido de pavo real rota despacio en el escaparate, las costuras de la tienda de ropa parecen estar deshaciéndose. La hiedra cubre casi cada centímetro del oscuro escaparate, que ha sido reparado con piedras desiguales, y el techo se ha hundido por un lado. Un abedul plateado y retorcido se curva sobre el agujero, impidiendo el paso de la lluvia, pero las hojas broncíneas revolotean por la tienda en su lugar.

Extiendo la mano para tocar la guirnalda de preciosas flores azules que alegran la puerta.

—Con cuidado. —Con unos reflejos rápidos como el rayo, Dimitri aparta mis dedos cuando los pétalos empiezan a temblar—. Las flores Barba Azul han empezado a morder.

Me agarro la mano con incredulidad.

—¿Por qué iban a morder?

—Porque la isla se ha vuelto traviesa. —La puerta se abre y un vampiro delgado de ceño fruncido, con cabello blanco ralo y piel fina como el papel aparece y cruza los brazos al vernos. Dos puntos rosas colorean sus mejillas, y sus ancianos ojos están delineados con kohl—. Llegáis tarde —espeta—. Os esperaba hace dieciséis minutos.

Por encima del hombro, Odessa le arquea una ceja a su hermano en un gesto engreído.

Dimitri se dobla en una reverencia impecable.

—Mis disculpas, *monsieur* Marc. No habíamos contado con la lluvia.

—¡Bah! Uno siempre debe esperar que llueva en Requiem. —Levanta la nariz en mi dirección y olfatea con desdén—. ¿Y quién eres tú? ¿Debo rogar que nos presenten?

Dimitri me empuja hacia delante.

—Permitidme presentaros a *mademoiselle* Célie Tremblay, que necesita un vestuario completamente nuevo y adecuado para el castillo, así como un vestido especial para la víspera de Todos los Santos. Es una invitada de Michal —explica con una sonrisa diabólica—, así que el coste no será un problema, por supuesto.

Con una nueva motivación, sigo el ejemplo de Dimitri y hago una profunda reverencia. *Esto* es territorio familiar para mí. Al fin y al cabo, he asistido a un centenar de pruebas de vestuario en mi vida, me han pinchado con todas las agujas y envuelto en todas las telas imaginables a instancias

de mi madre.

Monsieur Marc me mira con los ojos entrecerrados.

—Desafortunadamente, no tolero la tardanza en mis clientes. Ni siquiera por parte de los invitados de Michal. —Se saca un reloj de bolsillo grande y voluminoso del chaleco, de seda negra con estrellas de marfil, y resopla—. Diecisiete minutos.

—¿He mencionado que es su cumpleaños? —pregunta Dimitri—. Cumplirá diecinueve en unas pocas horas, y nos pareció lo correcto que pasara la trascendental ocasión con *usted*. —Se aclara la garganta y me echa una mirada disimulada. Me enderezo, sin saber muy bien qué espera que haga. Empiezo con una sonrisa beatífica. Solo me sale un poco tensa.

—Dicen que es usted un genio con las telas, *monsieur* —le ofrezco al modisto con amabilidad —. El mejor de toda la isla.

Monsieur Marc agita una mano en un gesto impaciente.

—Es cierto.

—Consideraría un gran honor llevar su obra.

—Porque lo sería.

—Claro. Por supuesto. —Dolorosamente consciente de su silencio, busco algo más que decir, *cualquier* otra cosa que decir, antes de ver la guirnalda sobre su cabeza y soltar—: ¿Les da de comer? A las flores Barba Azul. —Cuando el silencio solo se profundiza en respuesta, me apresuro a rellenarlo mientras me encojo internamente—. Es solo que… nunca antes había oído hablar de flores carnívoras. Es obvio que no disponemos de ellas en Cesarine, o bueno, tal vez sí y yo nunca he visto ninguna. Mis padres nunca aprobaron la flora mágica. Aunque plantaron un naranjo en nuestro patio delantero —añado míseramente, con las mejillas teñidas de rosa. Me obligo a esbozar una sonrisa más deslumbrante para combatir la incomodidad. No funciona.

Dimitri cierra los ojos y exhala despacio, mientras Odessa observa, fascinada. Su ira parece haberse evaporado, una pequeña misericordia, ya que tendré que llevar sus vestidos durante el resto de mi desgraciada vida.

El modisto, al menos, se apiada de mí.

—Uf, *de acuerdo*. Entra, entra, y asegúrate de limpiarte los pies en la alfombrilla. Soy un *artista*. No se puede esperar que me manche las manos con barro, fregonas y naranjos. ¿A qué esperas, *papillon*? —Me agarra la muñeca y tira de mí hacia el interior cuando me ve dudar en el umbral—. ¡El tiempo no se detiene por ninguna mariposa!

Agacho la cabeza y me apresuro a seguirlo.

La tienda cuenta con una única estancia y dos aprendices: un vampiro y una vampira que no parecen mayores que yo. Pero el aspecto de alguien puede ser engañoso en Requiem. Lo más probable es que ambos tengan cientos de años. Aparto la mirada de ellos mientras una hoja revolotea hasta mi coronilla.

—Sube a la plataforma, por favor. ¡Apresúrate! —*Monsieur* Marc empuja a un lado los carros con telas que se interponen en nuestro camino: muselina brillante, lana añil, terciopelo, seda y lino e incluso suaves pieles blancas. Los extremos de las fibras emiten un brillo peculiar a la luz de las velas—. Quítate la capa.

Apretados entre una mesa desordenada y un estante lleno de plumas, botones y huesos, Dimitri y Odessa se sientan a observar el proceso. El primero me dirige un asentimiento

tranquilizador y articula: «Bien hecho». Aunque intento devolverle la sonrisa, me sale más como una mueca; sin embargo, es una sospecha que no puedo confirmar, ya que no hay espejos en esta tienda de ropa.

Qué extraño.

Con un movimiento de muñeca, *monsieur* Marc despliega una raída cinta métrica y trina:

—Estamos esperaaaaando.

Me apresuro a quitarme la capa de Odessa, pero cuando *monsieur* Marc vislumbra el vestido que hay debajo, casi se desmaya y se lleva una mano al pecho.

—Ay, no no no no no. *Non*. *Mademoiselle* Célie, seguro que sabes que un tono tan cálido no le hace ningún favor a tu tez. Tonalidades frías, *papillon*. Eres un *invierno*, no un verano. Esta… esta —hace un gesto indignado hacia mi vestido de encaje ámbar —monstruosidad debe arder. Es una *vergüenza*. ¿Cómo te atreves a entrar en mi tienda con esto?

—Eh… —Por encima del hombro, lanzo una mirada con los ojos como platos a Odessa—. Mis disculpas, *monsieur*, pero…

—Usted creó esta monstruosidad para mí hace menos de seis meses, *monsieur* Marc —dice Odessa, que suena enormemente entretenida—. La llamó su *pièce de résistance.*

—Y eso *era*. —*Monsieur* Marc apuñala el aire con su dedo índice, triunfante. Y tal vez un poco desquiciado—. Era mi *pièce de résistance* para ti, el sol maldecido a vivir en la noche eterna, no para *ella*: ¡la luna creciente, el refulgente cuarto creciente, la luz de las estrellas en las alas de una mariposa!

Clavo la mirada en él un instante, extrañamente halagada, y un nuevo calor inunda mis mejillas. Nunca antes me habían llamado *luz de estrellas en las alas de una mariposa*. Me hace pensar en los *lutins*. Me hace pensar en Lágrimas Como Estrellas. Me hace pensar en…

—Su cabello es encantador —digo de repente, y esta vez, mi sonrisa es insegura pero auténtica. Él parpadea, sorprendido—. Me… me recuerda a la nieve.

—¿A la nieve? —repite en voz baja.

Me sonrojo aún más ante la ávida curiosidad de su mirada. No sé por qué le he dicho eso. Es demasiado personal, demasiado íntimo, y lo acabo de conocer. Además, es un vampiro… de modo que ¿por qué lo he hecho? Tal vez sea porque tiene los colmillos cortos y no llego a verlos. Tal vez porque su tienda es acogedora y cálida. Tal vez porque me ha llamado «mariposa».

O tal vez porque echo de menos a mi hermana.

Me encojo de hombros con indiferencia e intento explicar la situación sin ningún éxito.

—Mi hermana adoraba la nieve. Se vestía de blanco a la mínima oportunidad. Vestidos, cintas, bufandas, mitones… y todos los inviernos se envolvía en su capa blanca e insistía en construir un palacio de hielo.

Vacilo entonces, sintiéndome más ridícula con cada palabra. Tengo que dejar de hablar. Como mínimo tengo que *fingir* que puedo adherirme a los formalismos sociales. En la oscura extravagancia de esta tienda, sin embargo, rodeada por lo extraño y lo hermoso, casi puedo sentir la presencia de Filippa. Le habría encantado estar aquí. Habría odiado estar aquí.

—En el pasado, se imaginaba su vida como un cuento de hadas —termino en voz baja.

Monsieur Marc ladea la cabeza y me contempla con una inquietante intensidad. Ya no es curiosidad, sino otra cosa. En efecto, para ser un hombre tan distraído, su expresión se torna casi…

calculadora. Aunque retuerzo la capa de Odessa con los dedos húmedos, no aparto la mirada de la suya. Odessa ha dicho que *monsieur* Marc es un excelente juez del carácter, y en este momento, me siento sometida a una prueba. Otra hoja cae al suelo mientras el silencio se prolonga en la tienda.

Y se sigue prolongando.

Por fin, una sonrisa peculiar divide su rostro empolvado, y da un paso lejos de la plataforma.

—Mis disculpas, *papillon*, pero parece que he olvidado mi cinta métrica en el taller. *S'il vous plaît* —hace un gesto a la tienda en general, con la mano misteriosamente vacía—, siéntete libre de seleccionar tus telas en mi breve ausencia. Eso sí, que sean tonos fríos —añade con brusquedad. Luego, con la misma extraña sonrisa, se desliza por una puerta oculta detrás de un perchero de disfraces.

Insegura, contemplo la puerta durante varios segundos antes de descender vacilante de la plataforma.

Ya es oficial, nos hemos alejado de lo que es territorio familiar para mí.

No porque esté en una tienda llena de vampiros, por supuesto, sino porque mi madre nunca me permitió elegir mis propias telas, y esta tienda está llena a reventar.

Solo tonos fríos.

Nadie habla cuando voy hacia el estante más cercano y paso los dedos por un rollo de lana de vicuña cruda. Mi madre hubiera salivado al ver la seda de color mora de al lado. Incluso de niñas, insistía en que vistiéramos solo las telas más lujosas, y la mayoría plateadas o doradas. Como si fuéramos unas bonitas monedas en su bolsillo.

En un acto instintivo, recorro la tienda en busca de cualquiera de los dos colores.

Un estante de fluidas telas metálicas se halla justo detrás de Odessa y Dimitri. Los ojos de ambos me siguen por la habitación, y el calor hace que me pique la garganta cuando me doy cuenta de que me han estado observando todo este tiempo. No, *estudiándome*. Me aclaro la garganta en mitad del incómodo silencio, mientras ojeo las telas metálicas sin llegar a verlas de verdad. *Cobre y bronce. Oro rosa. Lavanda*.

—¿Creéis que he… pasado su prueba? —pregunto por fin.

—Nadie la está poniendo a prueba —dice Dimitri.

—Eso está por ver —dice Odessa al mismo tiempo.

Dimitri le lanza a su hermana una mirada acusadora.

—*Odessa*.

—¿Qué? —Se encoge de hombros y se examina las uñas con fría indiferencia—. ¿Prefieres que mienta? Todavía no ha conocido a D'Artagnan, y todos saben que él es la *verdadera* prueba.

—¿Quién es…?

En ese momento, sin embargo, un gato realmente enorme asoma la cabeza del cesto de tela que hay entre ambos. Con un pelaje espeso y negro como el carbón, ojos saltones y ambarinos y cara aplastada, podría ser la criatura más fea que he visto en mi vida, y si su gruñido sirve de indicación, siente más bien lo mismo acerca de mí.

—Largo —siseo y empujo el cesto con la punta de la bota. Porque esto empieza a ser absurdo. Los gatos de esta isla han creado una situación que me resulta completamente innecesaria, y ahora uno de ellos ha logrado seguirme hasta una tienda de *ropa*—. Vete. —Me agacho y vuelco el cesto para obligar a la criatura a salir de él, resistiendo el impulso de abrir la mandíbula y hacer estallar

la presión repentina que siento en los oídos—. Sal de aquí. Déjame en paz.

Si un gato pudiera fruncir el ceño, este lo haría.

—Eres bastante engreída, ¿no?

Las palabras caen como ladrillos sobre mi cabeza.

Porque parece haberlas *dicho* este gato, y ahora sí que debo de haber sucumbido de verdad a las alucinaciones. Seguro que debo de habérmelo imaginado. Seguro que su boca no acaba de moverse como la… como la de un humano. Escuchar voces incorpóreas es una cosa, pero los gatos… no pueden hablar. Tampoco pueden *fruncir el ceño*, y… Incrédula, miro a Odessa y a Dimitri.

—¿Alguno ha oído…?

—Célie —dice Odessa con una sonrisa burlona—, por favor, permíteme presentarte al magnífico D'Artagnan Yvoire, propietario original de esta pequeña y encantadora *boutique* y el hermano mayor de *monsieur* Marc.

Me quedo mirándolos un instante, convencida de que he oído mal. Es imposible que acabe de insinuar que esta criatura de cuatro patas una vez fue dueña de una tienda de ropa, y segurísimo que no ha insinuado que dicha criatura es también *pariente* de *monsieur* Marc.

—Pero —me siento obligada a constatar lo obvio— es un *gato*.

Estirándose sobre la tela caída, D'Artagnan me examina con mordaz apatía.

—Una brillante observación.

Se me escapa un jadeo antes de girarme hacia Dimitri.

—Y-y *puede* oírlo, ¿verdad? El gato está… ¿De verdad está hablando? ¿No está pasando dentro de mi cabeza? ¿O-o tal vez se trate de alguna extraña nueva enfermedad de la isla?

—Esas voces —dice D'Artagnan en tono seco—, exactamente, ¿cuánto tiempo hace que las oyes?

Dimitri niega con la cabeza, exasperado.

—Ignore a D'Artagnan. Es lo que hace todo el mundo.

No obstante, al oír el sonido de su voz, el gato aplana las orejas y empieza a mover la punta de la cola. Yo frunzo aún más el ceño. Debería sentirme aliviada, por supuesto —y gracias a Dios que los demás también pueden escuchar a este horrible gato—, pero en vez de eso, siento un escalofrío en el cuello. Probablemente sea por el frío en la tienda. Después de todo, *hay* un agujero enorme en el techo, ¡y tengo muy poca experiencia con gatos parlantes para asumir nada sobre su comportamiento, excepto que este hace gala de *muy* malos modales!

—Como puede ver, tampoco es que yo le guste especialmente. —Dimitri se levanta de su asiento y lanza una mirada de desaprobación a D'Artagnan antes de darme una palmada comprensiva en el hombro. Y en este preciso segundo, una ráfaga de viento frío irrumpe entre las ramas del techo.

—*Mariéeeee*…

La presión que siento en los oídos se convierte en un dolor real que me atraviesa las sienes, pero me levanto de golpe de todos modos y echo un vistazo a la tienda, alarmada, en busca de cualquier rastro de una luz etérea y parpadeante. *Otra vez no*. Casi gimoteo por culpa de la presión, por la sensación inminente de que alguien o algo permanece fuera de la vista. *Por favor, otra vez no*.

—¿*Mademoiselle* Tremblay? —La cara de Dimitri se contorsiona por la preocupación y retira su mano de inmediato para inclinarse un poco y mirarme a los ojos—. ¿Qué sucede?

—Nada. —Sin embargo, mis ojos siguen moviéndose en busca de esa maldita luz plateada—. No es nada.

—Se ha puesto blanca como la cera.

Los ojos de D'Artagnan brillan con una diversión sin tapujos.

—O quizá tan blanca como un… ¿fantasma?

Me pongo rígida ante la insinuación y me giro despacio para mirarlo.

—¿Por qué dice eso?

Aunque se limita a lamerse la pata en respuesta, su silencio… dice mucho, y suena lo bastante fuerte como para amortiguar incluso este debilitante dolor de cabeza. Porque lo *sabe*. *Tiene* que saberlo. Su uso de la palabra no puede ser una mera coincidencia, lo que suscita la pregunta: ¿puede D'Artagnan verlos también?

¿A los… fantasmas?

Los gatos son los guardianes de los muertos, Célie. Creía que todo el mundo lo sabía.

Trago saliva y me obligo a tomar respiraciones profundas y tranquilizadoras a pesar del pavor que siento. Sea lo que fuere D'Artagnan, no es un simple gato, de *eso* estoy segura a estas alturas.

—¿Cómo…? —Un hilillo de sudor deja un rastro entre mis omóplatos cuando me arrodillo a su lado, mientras los dientes amenazan con castañetearme por el frío—. ¿Cómo llegó exactamente a… tener este aspecto, *monsieur*?

—Vaya, conque ahora es *monsieur*, ¿eh?

La puerta del taller se abre de golpe y *monsieur* Marc avanza a grandes zancadas con sus ayudantes a remolque. Aunque a la cinta métrica no se la ve por ningún lado, ambos cargan varios rollos de tela en equilibrio sobre los brazos: seda esmeralda, lana negra y satén de un intenso azul lapislázuli.

—Lo envenené, por supuesto —dice en tono afable—. Por haber seducido a mi consorte.

—Después de lo cual, por supuesto —replica D'Artagnan en tono mordaz—, *tu* amante atrapó mi alma en el cuerpo de un desgraciado animal para toda la eternidad.

—Ay, Agatha. —*Monsieur* Marc se ríe y una mirada de ensoñación cruza por su rostro empolvado—. Nunca conocí a una bruja con tal inclinación por el tormento eterno. No debiste haberla matado. La muerte por gato es una forma *terrible* de abandonar este mundo, bastante lenta, ya sabes, y muy dolorosa. —Se gira hacia mí, chasquea los dedos y dice—: ¿Y bien? ¿Has elegido ya tus telas, *papillon*?

—Pues… —Mi mirada aterriza en el estante de las telas metálicas, donde mis manos se aferran tanto a un magenta brillante como a un intenso verde esmeralda. A toda velocidad, busco cualquier indicio de oro y encuentro una brillante franja satinada al final del estante. La agarro sin pensar.

—Esta, por supuesto, para un vestido de noche. ¿No está de acuerdo?

Entorna sus ojos brumosos al ver la tela, como si lo hubiera ofendido personalmente.

—¿Sufres daltonismo?

—¿Perdón?

—Daltonismo —repite con mucho énfasis—. ¿Lo sufres? ¿O es que a lo mejor vienes de un

reino donde el *oro* se considera un tono frío? —Con una mueca, devuelvo el satén al estante lo más deprisa posible, buscando algún destello de plata en su lugar. No obstante, antes de encontrarlo, *monsieur* Marc sacude la cabeza con impaciencia y chasquea los dedos una vez más, indicando a sus ayudantes que presenten las telas verde, negra y azul—. Creo que también un rosa suave —les dice—, o tal vez un bonito verde azulado…

—¿Verde azulado? —D'Artagnan suelta un ruidito burlón desde su cesto—. Dime, hermano, ¿tu sentido común murió conmigo?

—Y, exactamente, ¿*qué* tiene de malo el color verde azulado? Simboliza claridad, originalidad…

—No podría haber nada menos original en esta joven.

—¿Ese es tu veredicto oficial?

—¿Cambiarás de opinión, aunque no lo sea?

—Por supuesto que no. Un enemigo de mi enemigo es un amigo, lo que te convierte, *papillon* —se gira hacia mí y aplaude en señal de deleite—, en mi nueva clienta favorita.

Me quedo boquiabierta entre ambos, incrédula. Y puede que un poco indignada.

—¿Cree que soy *poco original*?

—Ay, vamos —dice *monsieur* Marc con amabilidad—. Si todo el mundo fuera original, nadie lo sería. Y ese es justo el quid de la cuestión.

—Perdóneme, *monsieur,* pero eso no me ha sonado a cumplido.

D'Artagnan se lame la pata una vez más, completamente tranquilo, en el equivalente felino de un encogimiento de hombros.

—La vida es larga y las opiniones cambian. Si te molesta, demuéstrame que me equivoco. —Cuando abro la boca para decirle, bueno, no sé el qué, exactamente, se aparta de mí por completo y se va a olfatear la capa de Odessa—. Por ahora, me temo que has perdido mi interés. Lo que *sí* me interesa, sin embargo, son las anchoas de tu bolsillo, *mademoiselle* Petrov.

Con una sonrisa altanera, Odessa saca una lata pequeña y la abre para revelar una hilera de pececillos de aspecto viscoso. Se los ofrece a D'Artagnan, que los engulle con el aire complaciente de haber hecho lo mismo cientos de veces. De repente, dejo de buscar en el estante. Una vez más, *debería* sentirme inmensamente aliviada ante esta revelación; no obstante, la indignación que siento en el pecho no deja de avivarse. Por supuesto que D'Artagnan odia a Dimitri y a mí en comparación, no llevamos pescado en el bolsillo.

—Tú eres la razón por la que los gatos *nos* han estado siguiendo —la acuso.

La sonrisa de Odessa se desvanece.

—Los gatos no nos han estado siguiendo a nosotros, Célie.

—Pero…

—*Papillon!* —*Monsieur* Marc resopla y planta las manos en las caderas—. ¡Concéntrate, *s'il vous plaît*! Mi próxima cita llega en once minutos, lo que nos deja aproximadamente dos minutos y treinta y seis segundos para elegir el resto de tus telas. Boris, Romi…

Hace un gesto a sus ayudantes, quienes sacan cintas métricas de sus delantales y me empujan hacia el estrado. Siento sus manos frías cuando me toman las medidas.

—Plata. —Pronuncio la palabra con los dientes apretados, conservando la paciencia por muy poco—. Me gustaría pedir un vestido plateado, por favor, en lugar de uno verde azulado o rosa. —

Espero que resople de nuevo, quizá que ponga esos ojos pálidos en blanco y señale un armario entero lleno de tela plateada, pero no hace ninguna de esas cosas.

De hecho, nadie reacciona en absoluto como espero.

Ambos ayudantes interrumpen sus atenciones y se quedan completamente inmóviles mientras *monsieur* Marc esboza una sonrisa demasiado amplia y brillante. Odessa y Dimitri intercambian una mirada cautelosa y D'Artagnan levanta la vista de sus anchoas, con los bigotes temblándole ligeramente mientras me estudia.

—Sí, hermano —dice con elegancia—. ¿Dónde *está* la tela plateada?

Monsieur Marc se aclara la garganta.

—Me temo que la hemos vendido toda.

—¿De veras?

—Sabes que sí.

A pesar de su sonrisa, su voz suena tensa, y aunque no hay nada intrínsecamente *malo* en su explicación, tampoco la siento normal. No en una tienda como esta. No cuando ofrece al menos cuatro tonos diferentes de dorado en una variedad de telas.

—¿Cuándo llegará el próximo envío? —pregunto—. Supongo que ha hecho un pedido para reponer las existencias.

—Me temo que las fronteras no se abrirán hasta la víspera de Todos los Santos.

Parpadeo.

—¿Por qué?

—Cuántas preguntas —murmura Odessa.

—Y no son las adecuadas —añade D'Artagnan.

Después de fruncirles el ceño a ambos, vuelvo a concentrarme en *monsieur* Marc, cuya sonrisa ahora parece inamovible.

—Puede que algún comerciante del pueblo tenga…

—No, no. —Se aclara la garganta de nuevo y agita la mano con ímpetu antes de meterla en el chaleco para recuperar su reloj de bolsillo—. Creo que no, *papillon*. La plata es un recurso bastante… hum, *finito* en Requiem y, de hecho, no nos hace mucha falta. Estarás resplandeciente de *esmeralda* en la víspera de Todos los Santos. De hecho, insisto en transformarte en una auténtica y verdadera mariposa…

—¿Finito? —Una extraña sensación se instala en mi estómago al escuchar esa palabra. Un presentimiento. Una sospecha. En Cesarine, todas las tiendas de ropa están repletas de adornos, si la tela en sí no brilla, hay cuentas metálicas e hilo adornando cada dobladillo, cada cintura, cada manga, y Requiem parece estar a favor del mismo gusto lujoso. No tiene demasiado sentido que los vampiros excluyan la plata de su vestuario sin una buena razón—. Mis disculpas —digo al fin —. Las alas esmeraldas quedarán preciosas, por supuesto. Lo entiendo.

—¿*En serio*? —pregunta D'Artagnan.

—Creo que sí.

Nos quedamos contemplándonos un instante. Su mirada me evalúa. La mía lo desafía.

Luego, con un abrupto resoplido, se agacha sobre sus anchoas una vez más.

—Por algún motivo, lo dudo mucho, y yo apostaría por el rosa si fuera tú. Te pega.

Monsieur Marc cierra su reloj de bolsillo con el aire decisivo de quien pone fin a una

conversación.

—Ocho minutos.

Levanto la barbilla en actitud desafiante, le sonrío a D'Artagnan e ignoro la aguda puñalada de presión en los oídos. La baja temperatura me pone la piel de gallina en los brazos. Aunque capto un parpadeo de luz antinatural con el rabillo del ojo, también lo ignoro. Porque ahora, por primera vez desde que llegué a Requiem, lo entiendo.

Los vampiros también tienen secretos.

—Pues verde azulado será —digo en tono agradable.

Capítulo 17

L'Ange de la Mort

Ocho minutos después, *monsieur* Marc nos echa de su tienda, con el pecho hinchado por un orgullo inconfundible.

—Excelentes elecciones, *papillon*, excelentes elecciones. Te mandaré llamar con la mayor prontitud para tu disfraz de la víspera de Todos los Santos, *oui*? Se me ocurre una cola de golondrina esmeralda. —Extiende los dedos y los mueve con énfasis—. La mariposa más hermosa de todas. Brillarás como *la lune á vos soleils*.

La presión que siento en la cabeza disminuye un poco cuando salimos.

—Eso sería encantad…

—Por supuesto que sí —dice—. Ahora, vete. ¿No ves que debo ponerme a trabajar?

Da un portazo a nuestra espalda sin más ceremonias, y el alivio, vacilante al principio, pero cada vez más intenso con cada segundo que pasa, afloja el nudo en mi pecho. Inclino la cara hacia las nubes de tormenta —hacia los truenos, hacia los relámpagos, hacia el cuervo de tres ojos— y cierro los ojos para inhalar profundamente. Porque, por lo menos, a *monsieur* Marc parece que le caigo bien, y es un excelente juez del carácter. Porque los fantasmas no son reales, y porque huelo a caléndula. Porque el desdichado D'Artagnan seguirá siendo un gato para siempre, y… porque no hay plata en Requiem.

—Teníais razón. —Exhalo mientras otro trueno retumba en lo alto—. Pasar mi cumpleaños sola hubiera sido horrible, y me gusta bastante *monsieur* Marc.

Cuando nadie responde, abro los ojos y me giro hacia Odessa y Dimitri con otra sonrisa…

Y me quedo petrificada.

Michal está apoyado en la piedra oscura de la tienda.

Con los brazos cruzados y una postura engañosamente relajada, nos estudia a los tres con una expresión inescrutable. A mis dos lados, Odessa y Dimitri se han quedado sobrenaturalmente inmóviles. Ni siquiera respiran.

—A mí también, Célie —murmura Michal—. A mí también.

Ay, Dios.

—Michal. —Con los hombros rígidos, Dimitri da un paso para colocarse delante de su hermana y de mí—. No deberías haber…

Michal levanta una mano pálida.

—No hables.

Ante esas palabras, un parpadeo de… de *algo* se agita en lo profundo de los ojos de Dimitri. Aunque no identifico la emoción, parece extraña e inquietante en su encantador rostro. Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Deberíamos haberla dejado morir de hambre?

Con una velocidad letal, Michal se impulsa para alejarse de la pared y se coloca justo frente a él. Sin embargo, no levanta la mano. Se limita a intimidar con la mirada a su primo, frío e impasible, y espera.

Y espera.

Echo un vistazo de reojo a Odessa, que mira al frente y se niega a reconocer la presencia de ninguno de ellos. Tiene las pupilas dilatadas y ha dejado de respirar. Un inexplicable aleteo estalla en mi estómago al verla, y me muevo sin pensar. Coloco una mano sobre el pecho de Dimitri para… para calmarlo, de alguna manera. Para disipar esta extraña tensión.

—No me he muerto de hambre —le digo en voz baja—, gracias a ti.

Él tensa la mandíbula en respuesta. Al cabo de otro segundo, traga con fuerza y me aparta la mano, aunque su contacto sigue siendo amable. Sus dedos se demoran en mi muñeca.

—Recuerda lo que te dije sobre las criaturas dulces en Requiem.

Se aleja antes de que pueda responder y le dedica una rígida inclinación a su primo en el proceso. Solo entonces, Michal posa sus ojos negros en mí.

—Sí que deberías tener cuidado, *mademoiselle* Tremblay, si Dimitri opina que eres dulce. ¿De verdad creías que podrías escabullirte y pasar desapercibida?

El alivio que he sentido hace solo unos segundos se endurece hasta convertirse en esa familiar tensión cuando lo miro a los ojos.

—No me he escabullido, *monsieur*. He salido andando por la puerta de atrás.

En sus ojos brilla la ira, o tal vez se trate de diversión. Ambas resultan inquietantemente similares en Michal.

—No. Una dama nunca se escabulle, ¿verdad? —Enarca una ceja, se lleva un brazo al pecho en un gesto exagerado de cortesía y les dedica una inclinación de cabeza a Odessa y a Dimitri. Su mirada, sin embargo, no se aleja de mi rostro—. Dejadnos, primos.

Aunque Odessa me lanza una mirada de disculpa, no duda; entrelaza el codo con el de su hermano e intenta llevárselo, pero él clava los talones con firmeza.

—Soy el responsable de haberla persuadido para que saliera de su habitación, Michal —dice en tono amargo—. Odessa no ha tenido nada que ver.

La sonrisa que Michal esboza en respuesta es escalofriante.

—Lo sé.

—Tampoco ha sido culpa de *mademoiselle* Tremblay.

—No. —Esos ojos negros por fin se separan de los míos y examinan a Dimitri con una apatía al borde de la indignación—. La culpa, como siempre, es toda tuya, y lo discutiremos largo y tendido antes del amanecer. En mi estudio. A las cinco en punto.

—Dima —sisea Odessa, tirando de él con más fuerza—. *Muévete*.

—Pero…

—Por favor, vete —le digo—. No me hará daño. Todavía no, por lo menos. —Aunque la atención de Michal se agudiza al final, lo ignoro y miro a Dimitri a los ojos antes de añadir—: Gracias por los regalos de cumpleaños, Dima, y por favor, llámame Célie.

Sus labios se curvan durante un mero instante. Luego suspira, la tensión abandona todo su cuerpo y permite que Odessa se lo lleve con una última mirada inescrutable por encima del hombro. Los dos aprietan el paso, se desdibujan al girar la esquina y desaparecen de la vista. Dejándome a solas con Michal.

Este extiende el brazo en una burla del perfecto caballero.

—¿Vamos?

—Si planea acompañarme de vuelta a mi habitación —me alejo de él y cruzo mis propios brazos con firmeza sobre el pecho—, voy a necesitar velas. Montones y *montones* de velas. No soy un vampiro, y no veo en la oscuridad.

—¿Quién dice que los vampiros puedan ver en la oscuridad?

—Nadie —digo a toda prisa cuando me doy cuenta de que he delatado aún más a Dimitri. Entonces, incapaz de resistirme, añado—: Es solo que usted me recuerda a un viejo murciélago. Tienen visión nocturna, ¿no?

No hay duda de que ahora el humor brilla oscuro en sus ojos mientras extiende la mano por encima de mi cabeza para arrancar una ramita de las flores Barba Azul. Frunzo el ceño al ver las flores azules y me niego a aceptarlas, hasta que se inclina y me coloca la ramita en el pelo.

—Igual que los murciélagos, estas flores también comieron arañas una vez.

—¿Qué comen ahora?

Sus dedos me rozan la oreja.

—Mariposas.

Siento ese contacto hasta en los dedos de los pies.

Dos segundos demasiado tarde, me alejo de él, horrorizada por mi propia reacción, y tiro las flores al suelo.

—Por suerte para mí, no soy una mariposa, y no tengo ningún interés en ser devorada por *nada* que habite en esta isla.

—No tienes que preocuparte por eso. *Todavía* no, por lo menos. —Al ver mi ceño fruncido, suelta una risa burlona—. Ven. Tenemos asuntos pendientes, y estoy deseoso de verlos concluidos. —Gira sobre los talones y sigue el mismo camino que Odessa y Dimitri sin comprobar si voy tras él. Cosa que no hago.

Asuntos pendientes.

Esas palabras nunca han sonado más siniestras.

—Cargaré contigo, Célie —grita amablemente y al imaginármelo *tocándome* de nuevo, mis pies se ponen en marcha.

—Sois groseramente informal, *monsieur*. —Me doy prisa para alcanzarlo y me resbalo un poco sobre los adoquines mojados. He olvidado la sombrilla de Dimitri en la tienda de *monsieur* Marc, y el cielo ha comenzado a nublarse una vez más—. Solo mis amigos me llaman Célie, y usted ciertamente no es mi amigo.

—Qué pintoresco. Crees que Dimitri es tu amigo.

—Dimitri es un caballero…

—Dimitri es un adicto. No ha pensado en otra cosa que no sea tu sangre desde que te conoció ayer. Esa hermosa garganta se ha convertido en su obsesión.

Casi tropiezo de nuevo, boquiabierta por la indignación.

—Eso… Eso *no* es verdad…

—Deberías sentirte halagada. —Michal sube los escalones del castillo y pasa ante un cuarteto de guardias que se inclinan ante él, todos a la vez. Desvío la mirada rápidamente. Después de la vulgar declaración de Michal, seguro que solo me estoy imaginando el hambre en sus ojos—. Por lo general, no anhelamos la sangre humana —continúa, y quizá también me imagino la forma en que se acerca, la fría mirada que dirige a los otros vampiros. Sin embargo, *no* me imagino la mano posesiva que apoya en la zona baja de mi espalda—. Dimitri es la excepción, por supuesto. Él desea la sangre de todo el mundo.

Las mejillas se me calientan de forma inexplicable ante su contacto, y acelero el paso para cruzar a toda velocidad el vestíbulo de entrada.

—Miente. —No tengo ni idea de si está mintiendo, pero no soporto que Michal hable mal de Dimitri. No cuando Michal es tan completa y terriblemente *Michal*.

Curva los labios mientras sigue mis pasos.

—Cree lo que gustes.

—Eso haré. —No obstante, sus palabras han dado en el blanco, y mi primer recuerdo de Dimitri asoma su fea cabecita una vez más. Los trapos empapados en sangre. El comportamiento furtivo. Irritada, lo aparto todo a un lado y cruzo las puertas dobles para adentrarme en la noche. Dimitri solo ha sido amable conmigo—. ¿Por qué los vampiros no desean sangre humana? —pregunto, suspicaz.

—Está más diluida, tiene un sabor más débil que la sangre de las criaturas mágicas. —Michal extiende el brazo en dirección a la ciudad de abajo y me insta a avanzar—. Pero ya hemos establecido que no eres humana. No del todo.

—Suena ridículo.

—Suenas asustada.

Entorno la mirada.

—Si está tan seguro de que no soy humana, por favor, ilumíneme, ¿qué soy?

Su mirada cae lánguidamente hasta el punto de la garganta donde me late el pulso.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—*Nunca* me morderá.

—¿No?

—No.

Su lenta sonrisa no vacila cuando pasa por delante y me roza sin otra palabra más.

Cuatro de las cinco víctimas eran de origen mágico, con la excepción de un humano, y todas han sido encontradas con heridas punzantes en la garganta y sin sangre en el cuerpo.

Por lo general, los vampiros no anhelamos la sangre humana. Está más diluida, tiene un sabor más débil que la sangre de las criaturas mágicas.

Ya no cabe ninguna duda de su culpabilidad. Eso ha sido prácticamente una confesión.

Y no tengo más remedio que seguir a un asesino hasta la ciudad.

Los transeúntes se separan para dejarnos paso sin dudarlo, ya sea con una reverencia o

retrocediendo a causa del miedo. Sin embargo, todos miran a Michal desde debajo de sus sombrillas, como si un dios caminara entre nosotros. Él no parece reparar en su adoración. O puede que no le importe. Con las manos agarradas a la espalda, acecha por las calles con aire indiferente, dedicando una inclinación de cabeza a algunos e ignorando a otros por completo. Imperioso e insufrible.

Sin embargo, Michal ya me ha buscado *dos veces* en los mismos días, lo que significa que este *asunto pendiente* nuestro sigue siendo una excelente ventaja a mi favor. Le guste o no, ha llegado el momento de conseguir respuestas, y si se niega a darlas, haré que se arrepienta de su inmortalidad. Acelero para alcanzarlo y digo:

—*Monsieur* Marc ha dicho que la plata es un recurso finito en Requiem. —Cuando veo que no dice nada, casi le piso el talón en mis prisas por ponerme a su altura—. De hecho, no tiene ni un poco en su tienda. Tampoco tiene espejos.

Michal sigue fingiendo que no me escucha.

—¿No es extraño? ¿Que no haya espejos en una tienda de ropa? Aunque, ahora que lo pienso —esta vez le piso los talones intencionadamente, recordando aquella vez que Pippa y yo rompimos el espejo de mano de nuestra madre y su armario quedó cubierto de polvo plateado—: Tampoco recuerdo haber visto ningún espejo en mi habitación. O en el castillo. O en toda la isla.

—De ahí el término *finito*.

—¿Dónde está mi cruz? —pregunto con brusquedad—. No me respondió.

Cuando lo golpeo en el talón por tercera vez, me lanza una mirada amenazadora por encima del hombro.

—Y no tengo intención de responderte ahora. Dime, ¿eres siempre tan…? —Su voz se extingue mientras se esfuerza por encontrar la palabra adecuada.

—¿Molesta? —Le ofrezco mi sonrisa más dulce, y disfruto de la forma en que sus ojos se estrechan en respuesta—. *Siempre*. Y bien, ¿a dónde vamos? —Como si estuviera esperando mi señal, el cielo se abre de verdad esta vez y arroja gruesas gotas de lluvia sobre nuestras cabezas—. ¿A ver a un fabricante de velas? ¿A una tienda de sombrillas?

Se ríe sombríamente.

—No, mascota.

Nos detenemos en seco en el exterior del teatro.

Los adornos de terciopelo cuelgan flácidos de las balaustradas, empapados por la lluvia, y no sale música de las puertas negras y doradas. Tampoco gritos. Es evidente que no hay ningún espectáculo programado para esta noche.

Michal cruza la entrada de todos modos, completamente despreocupado, mientras un relámpago estalla en lo alto. Su luz crea siluetas sombrías en el vestíbulo vacío, y de repente, tengo aún menos interés en este *asunto sin resolver.* Dudo en los escalones y pregunto:

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué quiere de mí?

—Ya conoces la respuesta de al menos una de esas preguntas. —De pie en el umbral, se quita la chaqueta y la arroja a un lado. La camisa que lleva debajo es blanca y… y está *empapada*. Con la boca repentinamente seca, aparto la mirada de la esculpida forma de su pecho y lo encuentro sonriéndome. Me arden las mejillas—. Siéntete libre de entrar —dice con ironía y con los ojos un tono más oscuros que antes. Lo miro a través del aguacero, con el agua chorreándome por la nariz.

El vivo retrato de la elegancia aristocrática.

—No hasta que me diga por qué estamos aquí.

Se ríe de nuevo y se enrolla cada una de las mangas con dedos lentos y hábiles.

—Pero te estás mojando.

—Sí, *gracias* por esa aguda observación. No me habría dado cuenta si no…

—Entra —repite.

Me aparto el pelo empapado de la cara y resisto el impulso de dar pisotones como una niña.

—Dígame por qué estamos aquí.

—Eres bastante obstinada, ¿no?

—Le dijo la sartén al cazo.

Se cruza de brazos y apoya un hombro contra la puerta abierta para evaluarme.

—Entonces, ¿te apetece otro trato? Si te explico porque estamos en L'Ange de la Mort, ¿me prometes que entrarás?

L'Ange de la Mort.

El ángel de la muerte.

Me cruzo de brazos, ahogándome lentamente en mis botas, e intento no temblar de frío. Se cree perfectamente razonable, lo veo en la curva condescendiente de sus labios, en el brillo de autocomplacencia de sus ojos. Para él, solo soy una niña pequeña con la que hay que lidiar. En otras circunstancias, podría haber intentado hacerlo cambiar de opinión, demostrar que soy capaz, competente y fuerte, pero ahora…

Me encojo de hombros, adopto su misma actitud despreocupada y echo un vistazo al teatro.

—No prometo nada. Un poco de lluvia nunca ha matado a nadie, y no tengo ningún interés en ayudarle a hacer… lo que sea que me haya traído aquí para hacer.

—No deberías tentar a la Muerte en este lugar, Célie. Puede que responda.

—Cuénteme más, por favor. No tiene ni idea de lo dispuesta que estoy a *no* entrar.

Se me queda mirando durante un largo instante, con expresión inescrutable, calculadora, antes de curvar los labios en otra sonrisa cruel. Durante un único momento, me preocupa haber sobreactuado. Al fin y al cabo, podría obligarme a entrar, podría obligarme a hacer cualquier cosa que quisiera, pero acaba asintiendo.

—Está bien —dice—. Soy un muerto viviente, y como tal, existo con un pie en el reino de los vivos y con el otro en el de los muertos. Ambos tiran de mí. Ambos sirven al otro. Cuando me deleito en el calor de los vivos, cuando me doy un festín con su sangre, tengo la fría muerte en mis manos. ¿Lo entiendes?

Cualquier respuesta que pudiera haberle dado se me atasca en la garganta. Esto no es lo que esperaba, sin duda, y es mucho más de lo que estoy preparada para digerir. *Ambos tiran de mí. Ambos sirven al otro.*

—No, no lo entiendo —digo con cautela, sin apartar la mirada de él—. No entiendo nada.

—Yo creo que sí. —Se aleja de la puerta y se acerca a mí con las manos en los bolsillos—. Sin embargo, siempre hay lugares, desgarrones en el tejido entre los reinos, por donde la Muerte se cuela y en los que se queda, y L'Ange de la Mort es uno de ellos. Muchos han muerto aquí. Eso debería propiciar que este proceso fuera… más fácil.

—¿Qué proceso?

—El de invocar a un fantasma.

Capítulo 18

El cuchillo en el velo

Retrocedo un paso, con los ojos muy abiertos y las manos frías.

—Ya se lo he *dicho*. No puedo…

—He pasado las últimas veinticuatro horas recorriendo esta isla en busca de cualquier otra explicación, y todo, *todo*, hasta el último hongo cubierto de mucosa, sigue igual que hace dos días. —Avanza los mismos pasos que yo con un brillo duro y decidido en la mirada—. Todo excepto tú. El velo se hizo más fino cuando llegaste. Lo sentí entonces, y he vuelto a sentirlo esta noche. ¿Te importa explicármelo?

El velo se hizo más fino cuando llegaste.

No me gusta cómo suena eso. No me gusta nada de nada.

Exigir respuestas es una cosa, pero este… este tipo de *aplicación práctica* es otra muy distinta.

Una oleada de inquietud me baja por la espalda, y miro a izquierda y derecha a través de la lluvia, preparada para huir si eso significa escapar de este giro tan brusco que ha tomado nuestra conversación. Me perseguirá, por supuesto, pero mi huida podría distraerlo. Lo que es seguro es que me alejará de esto, de este desgarrón en el tejido entre reinos. Michal ya tiene un pie en la tierra de los muertos, y en lo que a mí respecta, puede irse directo al infierno. No pienso participar en esto, no invocaré a un fantasma.

Como si me leyera la mente, niega despacio con la cabeza y dice en voz baja:

—Nunca huyas de un vampiro.

Demasiado tarde.

Me levanto el dobladillo, me lanzo detrás de una pareja que pasa junto a nosotros y corro hacia la tienda más cercana: una pintoresca floristería de ladrillo pintado con ramos de plumeros amarillos en exhibición. Seguro que Michal no puede existir en un lugar tan alegre. Seguro que no podemos invocar fantasmas frente a una guapa florista, que ya se está poniendo de puntillas para mirarnos…

Un par de manos frías me agarran por detrás, y antes de que pueda gritar, Michal me envuelve la cintura con unos brazos increíblemente duros y me levanta del suelo para arrojarme sobre su hombro. Me quedo sin aliento en los pulmones.

—Suélt… —Jadeo, le doy patadas en las caderas y puñetazos en la espalda, pero es como si

estuviera luchando con una montaña. Su cuerpo es más duro que la piedra—. ¡Suélteme! ¿Cómo se atreve? ¡Suélteme! Es… ¡es una *sanguijuela* asquerosa!

—Parece que hemos empezado con el pie izquierdo, cariño. —Coloca el codo detrás de mis rodillas (duro como el diamante, irrompible), mientras carga conmigo de vuelta al teatro. Cuando me incorporo para darle un golpe en la oreja, atrapa mi puño con facilidad y lo envuelve en su mano—. Empecemos de nuevo. Te haré una pregunta y tú responderás. No habrá más juegos ni más mentiras. —Tira de mi mano capturada, y caigo en sus brazos. Su rostro, sus *dientes*, están demasiado cerca. Aunque me alejo de él, se inclina aún más cerca, tan cerca que veo la lluvia en sus pestañas, las sombras debajo de sus ojos—. Nunca vuelvas a huir de mí —susurra, y ya no sonríe, sino que está mortalmente serio.

Abre las puertas del teatro de una patada y me deja en el suelo.

Huyo de inmediato para esconderme detrás de uno de los pedestales del vestíbulo. El busto de mármol de una hermosa mujer me devuelve la mirada antes de que Michal cierre las puertas con un golpe siniestro y la oscuridad total descienda. Aquí no hay velas. No hay *luz*.

El pánico me sube por la garganta.

Otra vez no.

—M-Michal. —Mis dedos buscan a ciegas el busto, algo que me ancle a la habitación—. ¿Podemos… podemos p-por favor encender una…?

Al instante aparece una luz brillante a mi izquierda, iluminando a Michal junto a una estatua de tamaño natural; esta levanta un candelabro sobre su voluptuosa figura, a medio vestir con una túnica flotante de obsidiana. El vampiro ladea la cabeza en un gesto curioso y apaga la cerilla que tiene en la mano.

—¿Le tienes miedo a la oscuridad, Célie Tremblay?

—No. —Exhalo pesadamente, empapándome de la imagen de los techos altos, de los acabados dorados de la habitación. Otra docena de bustos se alinean en las paredes en un imponente semicírculo. *La familia real*. Al final de todo, dos de ellos tienen unos enormes ojos felinos que me resultan tremendamente familiares, al igual que el que está justo a mi lado. El escultor debía de ser mitad brujo; ningún artista común podría capturar la amenaza en los ojos de Michal de forma tan perfecta. Me giro otra vez hacia su modelo.

—Ya te lo he dicho, no soy vampira, así que no puedo *ver* en la oscuridad.

—¿Eso es todo?

Mis dedos resbalan por el busto y dejan huellas en su polvoriento rostro.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se te acelera el corazón?

—No se me…

Aparece ante mí al instante y me aferra la muñeca antes de enroscar los dedos alrededor y presionarlos contra el salvaje ritmo de mi pulso.

—Puedo oírlo desde el otro lado de la habitación, mascota. El ruido es ensordecedor. —Me pongo tensa cuando me toca y él inclina la cabeza con una chispa de interés genuino en los ojos. Un interés *peligroso*—. También puedo oler tu adrenalina, puede ver que se te han dilatado las pupilas. Si no es la oscuridad lo que te asusta…

—No lo es —interrumpo.

— … debe de ser otra cosa —termina mientras enarca una ceja en actitud sugerente. Su pulgar me acaricia la piel translúcida del interior de la muñeca, y una corriente de… *algo* atraviesa mi núcleo—. A menos que no sea miedo en absoluto —añade en tono sedoso.

Mortificada, tiro de mi muñeca, que escapa de entre sus dedos sin resistencia.

—No sea tonto. Es solo… que no quiero interferir con los fantasmas. Ni siquiera sé *cómo*. Al margen de lo que sintiera cuando llegué aquí, no fui yo quien debilitó el velo entre reinos. Soy humana, una mujer cristiana temerosa de Dios que cree en el cielo y en el infierno y no posee el menor conocimiento sobre la vida después de la muerte. Ha habido un… —me deslizo a su alrededor, incapaz de soportar la fascinación de su mirada— un horrible malentendido.

—Me pregunto si serán tus emociones las que los atraen. ¿Podría ser cualquier emoción que sientas con mucha intensidad?

Me pongo de puntillas y arranco el candelabro de oro de la mano de la estatua.

—No tiene nada que ver con mis emociones.

—Puede que necesites sostener un artículo personal del difunto para establecer contacto.

Me adentro en el auditorio y enciendo todas las velas a mi alcance. Debe de haber otra salida *en alguna parte*. Puede que entre bastidores.

—Es imposible que tuviera un artículo personal de cada fan… *cosa* de ese pasillo. Había docenas.

—¿Te hablaron?

—No.

—Mentirosa. —Me bloquea el camino una vez más, y no puedo evitar detenerme en seco y contemplarlo fijamente. Aquí, bañado en la luz dorada de las velas del teatro y enmarcado por los demonios tallados alrededor del escenario, tiene el aspecto de una criatura de otro mundo, como un espíritu vengador o un ángel caído. Como el Ángel de la Muerte. Exhalando lentamente, me devuelve la mirada, con los ojos negros entrecerrados como si yo fuera un rompecabezas que no es capaz de resolver—. Lo estás haciendo otra vez —dice al fin.

Me apresuro a apartar la mirada.

—¿El qué?

—Romantizar las pesadillas.

Suelto un resoplido burlón mientras me miro las botas.

—No tengo ni idea de a qué se refiere.

—¿No? ¿Acaso ese ligero brillo en tus ojos no es asombro? —Un dedo frío me levanta la barbilla, así que me veo obligada a seguir mirándolo. Tiene los labios fruncidos mientras me estudia—. Tenías la misma expresión ayer, cuando entraste en mi estudio, y otra vez al salir de la tienda de *monsieur* Marc, como si nunca hubieras visto nada más hermoso que un reloj de péndulo o un rollo de seda verde azulada.

—¿Cómo sabe que era seda verde azulada?

—Sé todo lo que sucede en esta isla.

—¿Es que no oye lo engreído que suena? —Sacudo la barbilla para que me suelte—. Y tiene ese reloj en su escritorio porque es hermoso, así que no me disculparé por admirarlo o romantizarlo.

Enarca una ceja.

—¿Y los sapos cornudos del mercado? ¿Los escarabajos carroñeros? ¿También son hermosos?

Lo miro boquiabierta, dividida entre el asco y la indignación.

—¿Escarabajos *carroñeros*? —Entonces, caigo en la cuenta—. ¿Me ha estado siguiendo?

—Te lo he dicho. —Se encoge de hombros sin pedir disculpas—. Sé todo lo que pasa por aquí. —Cuando abro la boca para decirle *exactamente* lo que puede hacer con su gran y omnisciente conocimiento, chasquea la lengua con suavidad y habla por encima de mí—. No quiero obligarte, Célie, pero si te niegas a ayudarme, no me dejarás elección. De una forma o de otra, descubriré cómo invocaste a esos fantasmas.

De una forma o de otra.

Trago saliva y doy un paso atrás.

No necesito que me lo aclare. Odessa ha sostenido mi mente en sus manos hace solo una hora, y la coerción no es una experiencia que vaya a olvidar nunca. Me estremezco al pensar qué podría haber pasado si esas manos hubieran pertenecido a *Michal*…

Justo cuando pienso en eso, una corriente antinatural recorre el auditorio y deja pequeños carámbanos sobre mi piel mojada. El estómago me da un vuelco al sentir ese contacto familiar, al notar la presión renovada en la cabeza, y contengo la respiración, rezando para habérmelo imaginado.

—Tus ojos —dice Michal en voz baja.

—¿Qué pasa con ellos? —A toda prisa, busco a mi alrededor algún tipo de… de superficie reflectante pero, como en cualquier otro lugar de esta maldita isla, no hay ninguna. Mis manos revolotean hasta mi cara en un gesto inútil—. ¿Qué pasa? ¿Les pasa algo?

—Están… brillando.

—*¿Qué?*

Entonces, alguien completamente diferente empieza a hablar.

—¿Cuándo será otra vez nuestra reunión? ¿Habrá también tormenta o chaparrón?

Detrás de Michal, una mujer espectral sube al escenario vestida con una túnica oscura y opaca y con cadenas alrededor de los tobillos. En la mano sostiene su propia cabeza cortada. Otra mujer aparece a su lado con un parpadeo, esta con una opulenta gorguera y joyas perladas.

—Cuando la batahola esté acabada —recita, agarrando la cabeza de la otra fantasma y presentándosela a la audiencia—. Cuando la lucha esté perdida y ganada.

Pronto, en los asientos de terciopelo se materializan una docena de figuras más, cuyos susurros producen un suave estruendo.

Cierro los ojos un instante.

No, por favor.

—Ni hablar. —Un hombre corpulento con un bigote espectacular irrumpe en el escenario a continuación, empuñando una calavera a modo de espada. Salvo que se trata de un cráneo real, un cráneo de sólido hueso color marfil, no de uno espectral. Mi mirada aterriza de nuevo en Michal, quien todavía me observa de cerca. En sus ojos negros, veo el reflejo de los míos: dos puntos plateados espeluznantes y refulgentes. Coinciden con la luz que emiten las figuras sobre el escenario—. Elaine, mujer ridícula, estamos en el acto cuatro, escena primera…

—De acuerdo, está bien. —La cabeza sin cuerpo frunce el ceño y pone los ojos en blanco antes de espetar—: Según cómo me pican los pulgares, algo malo se acerca a estos lugares.

—Yo quería ver *La dama de Shalott* —se queja a su acompañante la figura más cercana a mí, un hombre con un monóculo en el ojo y un hacha en el cuello. Parece sentir mi mirada al instante siguiente, y se gira en su asiento para fruncirme el ceño—. ¿Puedo ayudarte, *mariée*? Ya sabes que es una grosería quedarse mirando a alguien.

Intento respirar, intento evitar que la bilis me suba por la garganta. Porque esa hacha en su cuello, la cabeza cortada de la mujer… ¿Cómo puede haber otra explicación para su presencia? Si no son fantasmas, ¿qué otra cosa podrían ser? ¿Demonios? ¿Un producto de mi imaginación? A menos que Michal comparta la misma ilusión, a menos que el brillo plateado en mis ojos sea producto de un juego de luces, esto es muy real. *Son* muy reales.

Por fin lo entiendo, y al hacerlo, el pecho se me llena de esquirlas de cristal.

Me ha llamado *mariée*.

—¿Alguien ha visto el caldero? —Con el ceño fruncido, el corpulento hombre sobre el escenario mira a la audiencia—. ¿Dónde está Pierre? No debería haberlo nombrado encargado de utilería…

Con un movimiento brusco, vuelvo a mirar a Michal, quien de repente y de manera inequívoca, es el menor de los males.

—Tenemos que irnos. Por favor. No deberíamos estar…

Sin embargo, al oír el sonido de mi voz, todos los fantasmas del auditorio se giran hacia mí.

Todos se quedan en silencio mientras otra corriente de aire barre el teatro, más intensa y más fría esta vez. La araña de cristal en lo alto tintinea en respuesta, y un mechón de mi pelo revolotea y me cae sobre la cara, movido por esta brisa antinatural. Michal lo observa con atención. Todo su cuerpo está inmóvil, tenso.

—¿Están aquí ahora? —pregunta en voz baja.

La presión que siento en la cabeza aumenta hasta que creo que podría estallar, hasta que los ojos me lagrimean y me arden. Incapaz de seguir fingiendo, me tapo los oídos y susurro:

—Me llaman *novia*.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

—No-no lo sé…

—¿No es obvio? —En el escenario, el hombre corpulento planta las manos en las caderas y nos examina con severa desaprobación—. Eres el cuchillo en el velo, niña tonta, y no deberías quedarte. Al fin y al cabo, él te está buscando.

—¿*Q-Quién* me está buscando?

—El hombre en las sombras, por supuesto —dice la mujer con la gorguera.

—No podemos ver su rostro —añade el hombre corpulento—, pero podemos sentir su ira.

Un gemido escapa de mi garganta y cierro los ojos con fuerza, esforzándome por dominarme. No les temeré. Como ha dicho Michal, este lugar es un desgarrón en el tejido entre reinos. La muerte se ha quedado aquí. Muchos han muerto, y eso… eso no tiene nada que ver conmigo. A pesar de su advertencia, nada de esto tiene *nada* que ver conmigo. Solo una gran coincidencia, salvo por…

—De verdad que no deberías estar aquí, *mariée* —dice el hombre con el hacha en el cuello, irritado—. Tienes que salir de este lugar, y tienes que hacerlo ya. ¿Quieres que te encuentre? ¿Sabes

qué pasará si lo hace?

Se me cae el alma a los pies.

Excepto que parecen reconocerme a mí —*a mí*, no a Michal—, y a medida que se van acercando, sus voces se vuelven más insistentes, creando eco a mi alrededor, dentro de mí, e imposibles de ignorar. Igual que en el ataúd de Filippa. De hecho, la mujer decapitada pronto aparece en el pasillo, sosteniendo su cabeza con una mano, y en sus ojos arde un fuego plateado.

—Debes tener el aspecto de una flor inocente, Célie Tremblay, pero debes ser la serpiente que repta por debajo.

—*Sé la serpiente* —repite otro fantasma.

—Vete ya —gruñe otro.

—Eh… —ahogo mi pánico y me obligo a respirar hondo—. Michal, p-por favor, de verdad que tenemos…

—¿Cuántos han cruzado? —Aunque levanta la voz con urgencia, tropiezo hacia atrás, lejos de él, lejos de *ellos*, incapaz de responder y de ayudar. Porque los fantasmas no me *quieren* aquí. Cuanto más tiempo me quedo, más frío se vuelve su contacto, más que el de los vampiros, más que el hielo. Demasiado frío para existir en este mundo. No puedo evitar que me castañeteen los dientes—. ¿Dónde están? —pregunta, ahora más fuerte—. ¿Qué están diciendo? —Luego, repentinamente violento—: ¿Por qué no puedo verlos?

No puede verlos. Entender eso aplasta los últimos vestigios de mi esperanza, y la respiración se me entrecorta, se me acelera, es dolorosa y superficial y… Ay, Dios. Lo escucho hablar como a lo lejos, pero sus palabras no llegan hasta mí. Ya no. Un horrible sonido torrencial ahoga su voz y suena con más fuerza con cada segundo que pasa.

Si Michal no puede ver a los fantasmas, si no puede oírlos, significa que… debe de tener razón. De alguna forma, yo he provocado esto. Los he invocado, y ahora no puedo hacer que vuelvan. Están aquí por mí. Soy la novia, y-y…

—Abandona este lugar, *mariée* —sisea el hombre con el hacha.

—Debes esconderte —dice la mujer decapitada.

La voz del director de escena se eleva hasta convertirse en un grito.

—Debes OCULTARTE…

Un sollozo escapa por mi garganta cuando me envuelvo la cabeza con los brazos, cuando el dolor me parte el cráneo en dos. Voy a morir en este teatro, donde me obligarán a recitar a los poetas muertos hasta el fin de los tiempos. Al pensarlo, se me escapa una risa histérica que hace que acabe temblando, hasta que ya no sé si estoy llorando o gritando o emitiendo algún sonido.

Baja y tensa, la voz de Michal me llega como a través de un túnel.

—Célie. Abre los ojos.

Obedezco la orden en un acto reflejo y lo encuentro mucho más cerca que antes, e inmóvil. Completa y absolutamente quieto. El negro de sus ojos parece expandirse mientras me mira fijamente la garganta, y tiene la mandíbula rígida, como si… como si estuviera intentando no respirar. Permanece callado durante otro momento.

—Estás hiperventilando. Tienes que calmarte —dice entre dientes.

—No-no-no no puedo…

—Si no disminuyes tu ritmo cardíaco —dice sin alterarse—, todos los vampiros en un radio de

cinco kilómetros acudirán en masa al teatro. *No* —la palabra es afilada, letal, mientras me agarra la manga con la mano—, no corras. No corras *nunca.* Te perseguirán, te atraparán y te matarán. Ahora, concéntrate en tu respiración.

Concéntrate en la respiración. Asiento e inhalo aire hasta que la cabeza me da vueltas, hasta que la negrura de mi visión empieza a desvanecerse. Ante la proximidad de Michal, los fantasmas retroceden entre amargos murmullos. Me atraganto con la explicación.

—Q-Quieren que nos vayamos…

—Que entre por la nariz y que salga por la boca, Célie.

Hago lo que dice, concentrándome en su rostro, en la dura línea de su mandíbula. Sigue sin respirar. Sin moverse. Cuando asiento de nuevo, más tranquila, me suelta la manga y da un paso atrás. Tomo otra profunda respiración mientras los fantasmas vuelven a acomodarse poco a poco en sus asientos. Con una mirada reticente en mi dirección, el director de escena llama al orden.

—Por favor, vete —me dice, y casi lloro de alivio cuando Michal se dirige hacia las puertas.

Sin embargo, antes de que pueda seguirlo, de la oscuridad que hay más allá de la cortina de brocado surge otra voz. Más débil que las demás. Tan débil que podría habérmela imaginado. *Ven aquí, cariño. Qué muñequita tan encantadora.*

Como una cinta que se rompe, la oscuridad retorna y me derrumbo con la cara contra el pecho de Michal.

Capítulo 19

Un día duro

Mi sueño es frío.

El hielo parece adherírseme a las pestañas, a los labios, cuando me incorporo en la cama y echo un vistazo a la extraña habitación. Me parece familiar —como si fuera un lugar que debería reconocer—, pero no es mi habitación de la infancia. Tampoco es Requiem. Un abrigo y una falda pulcros —ambos de un tono azul brillante— cuelgan dentro del armario, y un fuego crepita alegremente en la chimenea, al otro lado de la habitación, despidiendo frío en lugar de calor y proyectando una extraña luz mística sobre las paredes. Levanto la mano y la observo bailar entre mis dedos. Como pasa con el aire, esta luz parece afilada al tacto, como si sumergiera la mano en la nieve.

La Torre de los chasseurs.

El pensamiento llega al instante, sin esfuerzo, y después de darme cuenta de ello, reparo en otra cosa: no estoy sola en la habitación.

La cabeza me da vueltas como si estuviera suspendida en una sustancia más ligera y más fina que el aire, pero no experimento dificultad alguna para respirar. A mi lado, dos mujeres jóvenes están sentadas en la cama, con los rostros demacrados y llenos de ansiedad. Están mirando a una tercera mujer —más mayor, con el pelo largo y negro, que le empieza a encanecer las sienes—, que rebusca en un pequeño escritorio cerca de la puerta.

—Tiene que haber *algo* —murmura la mujer con amargura, más para sí misma que para las demás—. Es imposible que hayáis buscado adecuadamente.

Las jóvenes intercambian una mirada de tristeza.

—Tal vez tenga razón, *madame* Tremblay —dice la primera mientras gira el anillo de piedra lunar que lleva en el dedo.

La segunda junta las manos llenas de cicatrices sobre el regazo.

—Es probable que se nos haya pasado algo por alto.

Lou y Coco.

Una vez más, esa información simplemente cristaliza, al igual que el hecho de que conozco a estas mujeres. Las considero mis amigas. Al darme cuenta, la esperanza cobra vida dentro de mí y me pongo de pie para rodear la cama y quedar cara a cara. Como si pudiera sentir mi presencia, Lou se pone rígida y frunce ligeramente el ceño, pero no me mira. Ninguna de ellas lo hace. No

estoy segura de si debería molestarme. De hecho, no estoy segura de si debería sentir nada en absoluto, así que, en lugar de eso, me siento dócilmente.

A los pies de la cama, un edredón verde arrugado cae por encima del borde. Nadie lo dobla. Nadie lo toca.

Debo de haberlo dejado así, comprendo de repente. Pero ¿por qué no lo recogen?

Madame Tremblay —no, *maman*— se endereza con sus familiares labios fruncidos. Prometen una miríada de críticas si Lou o Coco se atreven a dar un solo paso en falso. Por suerte, las chicas permanecen en silencio, observando cómo *maman* apila libros, joyas y dos ganzúas doradas encima del escritorio.

—Los *chasseurs* no deberían esperar ninguna donación por nuestra parte para el próximo año. Son todos unos inútiles.

Maman saca el cajón demasiado rápido y sisea cuando de su dedo índice brota sangre. Una astilla de madera sobresale de su piel como una bandera blanca de rendición.

—*Madame* Tremblay —murmura Lou en voz baja—, por favor, permita que una de nosotras la cure…

—Por supuesto que no. —*Maman* se endereza y se aparta el pelo a un lado, provocando que la sangre tiña de escarlata las hebras grises—. Perdón por mi honestidad, pero la magia es… bueno, es *vil*. De hecho, nos vemos en este embrollo por su culpa. Una *semana* —dice, furiosa—. Mi hija lleva desaparecida una *semana*, y ¿qué progresos se han hecho para devolvérnosla?

—Le prometo que tenemos más ojos buscando por toda Belterra de los que podrían caber en ese magnífico bolso. —Lou ofrece una sonrisa débil, tensa, y aprieta su anillo de piedra lunar con tanta fuerza que este empieza a derretirle la carne. Coco se acerca y le da la mano. La piel de Lou se calma al instante y el anillo vuelve a su anterior forma impecable.

Sin embargo, no se sueltan las manos.

La imagen de sus dedos entrelazados me llena de una sensación tanto reconfortante como anhelante.

Maman vuelve a colocar el cajón en su lugar y el escritorio traquetea mientras los libros —*mis* libros— se tambalean peligrosamente en el estante de arriba. No obstante, casi por arte de magia, se desplazan un centímetro hacia atrás, alejándose así del borde.

Maman se da cuenta, de modo que endereza los hombros y levanta la barbilla en un gesto indignado.

—No lo apruebo. Sea lo que fuere lo que tú y tus… tus *Dames blanches* estéis haciendo, *no lo apruebo*.

—No es necesario que lo apruebe —dice Coco. Cualquier otra persona hubiera replicado en voz baja y probablemente poniendo los ojos en blanco, pero ella le sostiene la mirada a *maman*—. Queremos encontrar a Célie tanto como *usted*, *madame* Tremblay, y haremos *lo que sea necesario* para conseguirlo. Y eso incluye usar magia. No hay otra opción.

Encontrar a Célie.

¿Encontrar a Célie?

La confusión baila por mi cabeza como una ráfaga de copos de nieve recién caídos. No me imagino por qué les haría falta encontrarme cuando estoy aquí mismo. Me acerco a mis amigas y apoyo la mano sobre las suyas. Lou se endereza y mira a Coco con los ojos entrecerrados.

Tal vez no sea la única que está confundida.

—Estoy justo aquí —le susurro.

Mis palabras rebotan en las paredes y se topan con el ensordecedor eco del silencio. Participo de él, segura de que se supone que también debería estar haciendo algo. ¿Buscar algo? No, puede que no sea eso. A lo mejor debería estar *triste*. Pero ¿por qué? ¿Por qué no puedo recordar?

—En *eso* estamos de acuerdo. —*Maman* asiente una vez, concisa pero aparentemente satisfecha —. Quiero recuperar a mi hija. No importa a qué precio.

Coco suelta a Lou y se pone de pie. Es más alta que *maman*, y esta última debe llevar el rostro hacia arriba para sostenerle la mirada.

—La encontraremos, *madame*.

Maman parpadea, y espero a que abra la boca para lanzar palabras afiladas como cuchillos. En cambio, para mi absoluta sorpresa, sus ojos brillan con intensidad y una lágrima se desliza por su mejilla. Se la seca a toda prisa, pero mis amigas reparan en ella. Un pañuelo color zafiro cruza la habitación a lomos de una brisa fantasma y aterriza como una mariposa en el hombro de mamá. Ella se lo quita de encima y lo deja caer sobre el escritorio.

Aunque Lou se encoge de hombros ante la silenciosa reprimenda, indiferente, la conozco lo bastante bien para detectar la preocupación que oscurece el azul verdoso de sus ojos.

—Nunca he perdido nada que no haya recuperado pronto, *madame* Tremblay. Su hija no será la excepción. De una forma o de otra, la encontraremos.

—Gracias. —*Maman* aparta la mirada del escritorio y se encamina hacia la puerta cuando se oye un golpe en ella. Una, dos veces. Luego tres, cuatro, cinco veces.

Sonrío muy a mi pesar.

He escuchado esos golpes una docena de veces antes. Puede que cien. Jean Luc dijo que los necesitábamos, una forma de saber quién aguardaba en mi puerta, de saber si estaba o no a salvo. Por supuesto, él era el único que los usaba. Y con él siempre he estado a salvo.

¿Verdad?

Una emoción me quema la garganta como si fuera ácido, pero no logro discernir qué, exactamente, es lo que siento. Planteármelo duele demasiado, como una herida infectada que se deja supurar. No puedo tocarla. Solo empeoraría las cosas.

La puerta se abre con un movimiento rápido de la muñeca de Lou y…

Ahí está.

Jean Luc.

Envuelto en azul y plata, con una reluciente Balisarda al costado, abre los ojos como platos cuando ve a mi madre.

—¡*M-Madame* Tremblay! —Se inclina al instante—. No tenía ni idea de que hoy estaba de visita en la Torre. Debería… debería llevar escolta. Permítame ir a buscar a Frederic. Él podrá ayudarla…

—No es necesario. —*Maman* levanta la barbilla y, aunque es *mucho* más baja que Jean Luc, se las arregla para mirarlo por encima de la nariz en todo momento—. Y esto *no* ha sido una visita social. Sus investigaciones están fracasando, capitán. Ha llegado el momento de que dirija la mía propia.

La expresión de Jean es un poema.

—Por favor, *madame* Tremblay, estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano.

—Me parece que eso es lo que están haciendo *ellas*. —*Maman* señala a regañadientes a Lou y a Coco—. Pero lo último que he visto es que sus cazadores estaban picoteando las tierras de cultivo y los arbustos como una bandada de pollos inútiles.

Jean Luc se estremece y aparta la mirada a toda prisa.

—Se les ha ordenado buscarla en cada centímetro de Belterra. Eso incluye las tierras de cultivo.

—Mi hija no está escondida entre un montón de *arándanos*. —Se le quiebra la voz y tres lágrimas más caen por sus mejillas. Aún de pie en el umbral, Jean Luc se arriesga a echarle una mirada rápida. Se queda boquiabierto cuando ve sus lágrimas.

Lou intenta llenar el silencio con unas palabras en voz baja.

—Es verdad. Célie nunca se habría arriesgado a mancharse la ropa, ya fuera el uniforme, un vestido o cualquier otra cosa.

—Nada la habría vuelto más violenta que eso —coincide Coco.

Jean Luc pone los ojos en blanco y se detiene solo cuando *maman* agita un dedo en su dirección.

—No me importa qué título ostente. No me *importa* si es capitán o prometido. Si no encuentra a mi hija, no descansaré hasta que esta torre haya sido desmantelada y utilizada como leña.

Lo empuja con una elegancia que yo nunca podría emular, su ira convertida en la afilada punta de un cuchillo. Se recoge las faldas mientras avanza hacia el pasillo y se endereza de nuevo, su postura, impecable, y su columna vertebral, rígida. Una postura perfecta para un retrato. Lo fulmina con el ceño fruncido.

—¿Y bien?

—Sí, *madame* Tremblay. —Jean Luc se inclina de nuevo y se lleva la mano derecha al corazón en una promesa silenciosa—. ¿Le interesa un escolta que la acompañe de vuelta al carruaje?

—No, en absoluto.

Tras esas palabras, *maman* se marcha sin pronunciar ni una más y, cuando desaparece al girar la esquina, Jean Luc se desploma contra el marco de la puerta. Descansa la frente, resbaladiza por el sudor, contra su brazo.

—¿Un día duro? —pregunta Coco con dulzura.

Con *demasiada* dulzura. Las palabras se disuelven en mi lengua como algodón de azúcar.

Jean Luc no se molesta en levantar la mirada.

—No empieces.

—Ay, qué pena. —Chasquea la lengua con suavidad antes de sonreír y enseñar una fila de dientes blancos como perlas—. Verás, hemos dedicado el día a convencer a los pájaros para que busquen navíos sospechosos en las fronteras, hechizado cerdos para reconocer el olor de Célie como si fuera una maldita trufa, y… Mmm, ¿qué más? —Se da golpecitos en la barbilla—. Ah, sí. Nos hemos pasado la última hora atrapadas en esta habitación con la afligida madre de Célie, ¡que se ha presentado sin más mientras buscábamos un objeto personal con el que adivinar el futuro!

—Para. —Jean Luc se lleva una mano a su Balisarda, como si esta fuera a infundirle fuerza—. No actúes como si no hubiera hecho nada. No he sido capaz de comer, beber o dormir en la última semana. Toda mi existencia gira en torno a encontrar a mi prometida.

Coco echa la cabeza hacia atrás con una risa seca y carente de humor.

—¿*Tú* has estado sufriendo? ¿Te das cuenta de que huyó por tu culpa y por tus secretos? —Avanza, ágil como una serpiente, mientras Lou se levanta de la cama con el ceño fruncido. No parece encajar en su cara pecosa—. Nada de esto habría pasado si le hubieras contado la puta verdad. ¿Qué intentabas demostrar?

La mano de Jean Luc aprieta la empuñadura de la Balisarda.

—Por si no te habías dado cuenta, no huyó. La *secuestraron*, lo que significa que tenía todo el derecho a intentar proteger…

—No, no lo tenías, Jean —dice Lou—. Ninguno de nosotros lo tenía. Nos equivocamos.

Y sé que debería mostrarme de acuerdo con ella. Debería abrir la boca y defenderme —debería imponer mi presencia de alguna manera—, pero ninguno de ellos puede oírme. Y, de todos modos, no me queda la energía necesaria para luchar. Quizá nunca la haya tenido. *Eso es*, me doy cuenta, momentáneamente triunfante. *Eso es lo que siento*.

Una emoción singular me inunda mientras me siento en la cama. En *mi* cama.

Agotamiento.

Me siento agotada.

Ahora que lo he reconocido, otras emociones resurgen como una tormenta que estalla sobre el mar, pero por una vez, tengo la capacidad de sofocarlas. Y me siento como en el cielo. Puedo limitarme a mirar, en trance, mientras las tres personas que más me importan en este mundo discuten sobre mí, sobre dónde debería o no debería haber estado esa noche, qué debería o no debería haber estado haciendo. Sus voces se enfadan más con cada palabra, suenan más fuertes, hasta que no se parecen en nada a mis amigos, sino a unos completos desconocidos. No los reconozco.

No me reconozco a mí misma.

Sin embargo, una cosa es cierta: hiciera lo que hiciera, lo estaba haciendo mal.

—No he venido a discutir —dice Jean Luc al fin mientras niega con la cabeza y las fulmina con la mirada. Los músculos de sus hombros y de sus brazos irradian tensión cuando se obliga a sí mismo a apoyarse contra la puerta. A inhalar y exhalar. A desvincularse de esta pelea sin sentido.

—Nosotras tampoco. —Lou se cruza de brazos en respuesta, y uno de los botones del abrigo de Jean Luc sale despedido al instante y aterriza entre los pies de ambos—. Pero que sepas que, si estuviéramos peleando de verdad, ganaríamos Coco y yo.

—Claro que sí. —Jean Luc recoge su botón y lo aprieta entre los dedos mientras mira a ambos lados del pasillo. Ahora no se digna a mirar a mis amigas a los ojos. Y no echa ni un vistazo a lo que hay en la habitación, detrás de ellas—. La colcha —dice al fin, con un suspiro—. Célie se la trajo de su habitación de la infancia. Debería ayudaros con la sesión de adivinación.

Lou vuelve a echarle un vistazo.

—Por supuesto. Es lo único que no es de este espantoso tono azul.

—Deberías mostrar más respeto por los cazadores. Todos se han ofrecido voluntarios para ayudar en la búsqueda. Incluso los nuevos reclutas.

—Hagamos un trato. —Lou le ofrece una mano con actitud burlona—. Mostraré respeto *después* de encontrar a mi amiga. ¿Te sirve?

—Lo estoy *intentando*. —Jean Luc se pasa la mano por la cara y su cuerpo tenso se desinfla de repente—. La quiero, ¿de acuerdo? Sabéis cuánto la quiero.

Coco retrocede para agarrar la colcha y la sostiene con fuerza contra el pecho. Sus ojos siguen amenazando con violencia.

—Bueno, no la hallarás en esta habitación, así que siéntete libre de buscar en otro lado.

—Sí, no estoy segura de que la táctica correcta durante una operación de búsqueda y rescate sea perder el tiempo en los umbrales. —Lou golpea el suelo con el pie, y suena muy parecido a un trueno justo unos segundos antes de que caiga otro rayo—. ¿Qué *quieres*, Jean?

Jean Luc aprieta la mandíbula. Su mirada se detiene en la colcha que Coco tiene en las manos.

—Hay novedades.

—¿Qué? —Coco se sobresalta al oír esas palabras hasta el punto de dar un pequeño tropezón, el primero que la he visto dar, y cae contra Lou, quien la estabiliza con una mano ansiosa y los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está? —susurra Lou—. ¿Qué has oído?

Jean Luc aparta los ojos de mi colcha y por fin les sostiene la mirada. Frunce el ceño.

—No se trata de Célie. Es… —Traga saliva—. Se trata del grimorio de tu familia, Cosette. Ha desaparecido. Alguien lo ha… Lo han robado —termina en voz baja.

Coco se queda mirándolo durante varios segundos.

Luego maldice, en voz alta y con saña, mientras que Lou despide una oleada de ira que atraviesa la habitación. Mis libros se caen del estante, uno por uno, y se estrellan contra el suelo. Mis ganzúas ruedan debajo de la cama y desaparecen de la vista. Me pongo en pie de un salto y corro para recogerlas, pero aunque doy manotazos, desesperada, mis dedos atraviesan el metal. Lo vuelvo a intentar. Y otra vez. Todas y cada una de las veces, mis manos se niegan a agarrarlas, y unas diminutas agujas heladas se me clavan en la piel.

Parece que no puedo tocar nada.

¿Por qué no puedo tocar nada?

Y ya que estamos: ¿por qué no pueden oírme? ¿Por qué no pueden verme? ¿Por qué no puedo hablar con ellos?

Al final, mi propia frustración se desata y le doy una patada al lomo de un cuento de hadas encuadernado en cuero. Para mi sorpresa, se mueve, solo un poco, lo justo para agitar las páginas. Sin embargo, no es suficiente para que nadie se dé cuenta. Y… me cabreo. Y me *entristezco*. Y…

Una docena de emociones más convergen como una ola que rompe en el centro de mi pecho, lo bastante potente como para desconcentrarme. Para romperse como una cinta tensa en mi vientre, tirando de mí hacia otra parte. Hacia algún lugar que *no es aquí*. Se me nubla la visión hasta que la escena que tengo ante mí —hasta que Lou, Coco, Jean Luc, mi habitación— se difumina en un arcoíris negro y gris. Intento aferrarme a cualquier cosa a mi alcance, al escritorio, a la cama, incluso al suelo, con un grito desesperado. Porque no puedo irme todavía. Mis amigos me están buscando y *no puedo irme*.

—¡Lou! ¡Coco! —Levanto las manos para hacerles una seña, pero es un error. En el instante en que pierdo el contacto con la habitación, esa sensación de tirón se intensifica, y no puedo encontrarla. No soy lo bastante fuerte—. Estoy aquí. ¡Por favor, *por favor*, estoy aquí! —Mi voz se desvanece, lejana incluso para mis propios oídos, como si estuviera gritando bajo el agua.

Lo último que veo son los ojos de Lou, que de alguna manera encuentran mi cara en la oscuridad, y me sumerjo en un sopor profundo y sin sueños.

Capítulo 20

Una advertencia

Una luz dorada baila detrás de mis párpados cuando me despierto… cosa que hago despacio. Con delicadeza. Dondequiera que esté, es un lugar encantador y cálido y huele a mi hermana: a velas de cera de abeja y a miel de verano. En absoluto dispuesta a abrir los ojos, me entierro aún más debajo de la manta y froto la mejilla contra lo que parece seda. Un mechón de pelo me hace cosquillas en la nariz y suelto un profundo suspiro de alegría.

Entonces recuerdo el teatro, a los fantasmas, a *Michal*, y abro los ojos de golpe.

Miles de velas cubren hasta la última superficie de mi habitación. Recorren la gran escalera, bordean los biombos de seda y rodean los mullidos sillones, dispuestas en un círculo en el suelo. Un fuego crepita alegremente en la chimenea, y en el altillo se entrelazan los brazos de un montón de candelabros de bronce, cuyas velas iluminan una galería repleta de marcos dorados. Aunque antes la oscuridad los mantenía ocultos, los retratos cubren cada centímetro de la pared que rodea las ventanas. Cada uno de esos rostros resulta majestuoso y exquisito.

Asombrada, me incorporo hasta quedar sentada, y las sábanas negras —una vez cubiertas de polvo— resbalan hasta mis caderas. Ahora huelen a jazmín. *Yo*, sin embargo, todavía huelo a agua de lluvia y a humedad. Arrugo la nariz y levanto la sábana para examinar mi vestido húmedo: motas de barro manchan el dobladillo y lo más probable es que el encaje no tenga arreglo posible. *Maravilloso*. Me echo hacia atrás sobre la almohada y murmuro:

—Odessa me va a matar.

Me quedo tendida durante varios minutos más, contando cada tictac del reloj que hay en la repisa de la chimenea. Temiendo lo inevitable, que debo levantarme, que debo continuar, que al final deberé enfrentarme de nuevo a Michal y a su isla de vampiros. La víspera de Todos los Santos está cada vez más cerca, y lo único que he descubierto es que los vampiros *podrían* tenerle aversión a la plata.

Gimo y me doy la vuelta para hacer frente a la infranqueable pared de libros.

Sin Dimitri y Odessa a mi disposición, solo me queda una opción, y lo cierto es que no debería desperdiciar la luz de las velas. Sin embargo, pensar en leer esas páginas de papel cebolla hasta que me sangren los ojos hace que me entren ganas de gritar. A pesar de todo, retiro la manta con una mueca y me obligo a salir de la cama. También hace poco que han fregado la alfombra. La

siento ligeramente húmeda bajo mis pies descalzos mientras me dirijo penosamente hacia las estanterías, mientras paso los dedos a lo largo de sus libros infinitos.

Y me detengo en *Cómo comunicarse con los muertos*.

Un escalofrío me baja por la espalda mientras contemplo las letras antiguas y desgastadas.

No seas estúpida. La parte lógica de mi mente rechaza la idea al instante, y dejo caer la mano lejos del lomo. Los fantasmas del teatro dejaron bastante clara su postura: que debo irme, huir o sufrir las consecuencias. Es improbable que me ayuden ahora, incluso aunque se lo pida. Y aun así…

Saco el libro del estante de un tirón, me dejo caer en uno de los mullidos sillones y estudio la portada. Sería todavía más estúpido *no* pedírselo, ¿verdad? Necesito información sobre los vampiros, y ellos podrían proporcionármela. Además, no es como si pudieran escabullirse y chivarse a Michal. Él no puede verlos. *Nadie* puede verlos excepto yo, lo cual significa que los fantasmas serían los aliados perfectos. Cierto, la última vez que me comuniqué con ellos me desmayé, pero en el teatro no estaba preparada para conocerlos. Ni siquiera creía que fueran reales.

Esta vez podría ser diferente.

Ese pensamiento llega de la mano de otra revelación sorprendente: en nuestros dos encuentros, los fantasmas no han intentado hacerme daño. En realidad, no. Han procurado intimidarme, asustarme, pero no han levantado un solo dedo contra mí. Detengo la mano sobre las letras medio despegadas y trazo la *m* de *muertos*.

¿*Pueden* levantar un dedo contra mí? ¿Pueden siquiera tocarme?

Paseo la mirada alrededor de la habitación, sin apenas atreverme a tener esperanzas, pero no aparece ningún dolor de cabeza, ni una luz espectral, ni una presencia espeluznante, ni voces de ningún tipo.

—¿Hola? —digo en voz baja. Nadie responde. *Por supuesto* que nadie responde, ¿por qué iban a hacerlo? Yo también he dejado bastante clara mi postura.

Me pregunto si son tus emociones las que los atraen. ¿Podría ser cualquier emoción que sientas con mucha intensidad?

Pero ¿cómo se *fuerza* una emoción fuerte?

Descarto la idea, abro *Cómo comunicarse con los muertos*, lo hojeo y aterrizo en una página más o menos por la mitad.

> *La teoría de los reinos, por supuesto, ha sido largamente debatida por los eruditos de lo oculto. La mayoría está de acuerdo en que los reinos coexisten en tándem, o más bien, plegados juntos como la carne de una cebolla: en capas idénticas e imposibles de aislar, pero con una identidad separada. Como tal, el reino de los vivos y el de los muertos prevalecen el uno sobre el otro. Rara vez los habitantes de cualquiera de los reinos cruza al otro, a pesar de compartir el mismo espacio físico, y los que lo cruzan nunca se recuperan.*

Cierro el libro de golpe, sin leer ni una palabra más. Pese a que la mayoría no las he entendido. Aunque *los que cruzan nunca se recuperan* parece bastante claro. Con cuidado, dejo el libro en la mesita auxiliar, me limpio las palmas en la falda por si acaso y me consuelo sabiendo

que, de todos modos, solo son conjeturas. Ni siquiera los vampiros saben cómo funciona esta nueva y extraña habilidad que poseo. Es probable que esos *eruditos* entiendan incluso menos.

Tal vez simplemente pueda *pedirles* a los fantasmas que aparezcan.

Me aclaro la garganta, sintiéndome ridícula, y adopto un tono de petición cortés.

—Si hay alguien ahí, ¿podría, eeeh, podría por favor mostrarse? Me gustaría charlar.

Cuando veo que nadie habla, junto las manos y lo intento de nuevo.

—Entiendo la… renuencia a aparecer, pero creo que todos queremos lo mismo. Con su ayuda, podré abandonar esta isla mucho antes, esta misma noche, de hecho, si somos inteligentes. Solo tenemos que trabajar juntos.

Silencio.

La irritación empieza a resquebrajar mi paciencia.

—Necesito saber más sobre la plata en Requiem. Aquí todo el mundo se vuelve bastante evasivo cuando la menciono, pero asumo que los fantasmas no son amigos de los vampiros. —Tras reprimir un escalofrío, añado—: Al fin y al cabo, es probable que el mismo Michal le pusiera esa hacha en el cuello cuando los engañó a usted y a su familia para que vinieran aquí. —Más silencio —. ¿Podría la plata ser un arma contra él? *Monsieur* Marc mencionó haber envenenado a su hermano, supongo que eso significa que los vampiros *pueden* morir. ¿A menos que el veneno debilitara a D'Artagnan de alguna forma? ¿Cómo se atrapa un alma en el cuerpo de un gato?

Cuando *siguen* sin responder, enderezo los hombros, levanto el mentón y le frunzo el ceño a la habitación vacía. Si los fantasmas están aquí, escuchando sin ser vistos, no se molestan en participar en la conversación.

—No hay razón para hacerse los difíciles —les digo, irritada—. Lo único que han hecho desde que llegué es aterrorizarme al parlotear sobre que tengo que hacer caso y que tengo irme, pero cuando presento una oportunidad real para conseguir esas cosas, eligen ignorarme. Es un comportamiento de lo más necio.

La única respuesta es la del reloj sobre la repisa de la chimenea. Cuando termina y la habitación se sumerge en el silencio una vez más, me sube la temperatura con cada tic, tic, tic constante de su segundero.

Perdiendo la paciencia por completo, enarbolo *Cómo comunicarse con los muertos* y lo arrojo al otro lado de la habitación.

No se estrella contra el poste de la cama como esperaba. De hecho, no se estrella en absoluto, y observo con incredulidad cómo la esquina de la cubierta parece *perforar* el aire, desgarrando el éter de la habitación y desapareciendo en posesión de una mano extendida.

—¿Besas a tu madre con esa boca? —pregunta una voz ligera y femenina, y una cabeza familiar se agacha para aparecer por la herida improvisada entre mi dormitorio y… otro lugar.

Retrocedo con un chillido, pero es demasiado tarde.

La extraña herida cerca de mi cama continúa extendiéndose, abriéndose como unas fauces, y la temperatura de la habitación cae en picado al mismo tiempo. El aire se torna más fino y se afila hasta que apenas puedo respirar, hasta que mis pulmones amenazan con dejar de funcionar, hasta que la realidad se confunde con un sueño delirante de colores apagados y una inquietante luz etérea. En efecto, en vez de humo, es ceniza lo que parece flotar desde la llama de la vela. Aterriza como copos de nieve en mi pelo.

Una fantasma se apoya contra las espirales de hierro al pie de mi cama, con las piernas cruzadas mientras me observa con atención.

—Eres tú —susurro, con los ojos abiertos como platos al reconocerla antes de recorrer la habitación con la mirada una vez más. *Porque ha funcionado. Tiene* que haber funcionado y, sin embargo, no siento ninguna presión en los oídos, ningún terrible dolor de cabeza—. Tú eres quien… quien miró a través del ojo de la cerradura la primera noche. Me hablaste.

La risa de la mujer es alegre y contagiosa, como un carillón, y sus ojos oscuros brillan con picardía.

—Haces que mirar a través del ojo de la cerradura suene indecente. ¿Lo has probado alguna vez? Es mi actividad favorita.

—¿Qué? Pues no. No, no lo he hecho. —Ahora respiro con más facilidad, junto con la ligera sospecha de que aquí no necesito respirar en absoluto. Sea donde fuere *aquí*—. Disculpa, pero… ¿dónde *estoy*?

—Al otro lado del velo, por supuesto.

—¿Al otro lado del qué?

—¿De verdad no lo sabes? —Deja el libro a un lado y ladea la cabeza con curiosidad para estudiarme. Aunque irradia juventud gracias a su piel suave y su resplandeciente melena —larga, espesa y opaca, probablemente de un marrón intenso en vida—, también hay algo claramente elegante en ella. Algo sabio. Podría tener mi edad, sí, o tal vez ser unos años mayor. *No*. ¿Unos años menos? Frunzo el ceño mientras intento decidirlo—. ¿Cómo es eso posible después de lo que pasó en el teatro? —pregunta—. ¿Nadie te lo ha explicado?

—Perdóname por preguntar, pero ¿quién… bueno, quién *eres*? ¿También estabas en el teatro?

Resopla.

—Por supuesto que no, y tú tampoco deberías haber ido. L'Ange de la Mort es estridente en el mejor de los casos, atestado por todo tipo de criaturas groseras y desagradables. Y me llamo Mila. —Hace una pausa, dándose aires de gran importancia y apartándose el pelo de la cara—. Mila Vasiliev.

Mila Vasiliev.

Está claro que se supone que el nombre debe significar algo para mí, pero como no tengo ni idea de qué, hago una reverencia para ocultar mi ignorancia.

—Es un placer conocerte, Mila Vasiliev.

—Como lo es conocerte a ti, Célie Tremblay.

Esboza una sonrisa radiante antes de ponerse de pie y realizar una reverencia impecable. Aunque abro la boca para preguntar *cómo* me conoce exactamente, cambio de táctica con brusquedad y, en vez de eso, voy directa a la raíz del problema. ¿Quién sabe cuánto tiempo tengo antes de que Dimitri u Odessa, o incluso, Dios no lo quiera, alguien *más*, vuelva?

—Michal dijo que L'Ange de le Mort es un desgarrón en el tejido entre reinos. Me llevó allí para… para que invocara a los fantasmas de alguna manera.

La sonrisa de Mila se convierte en un ceño fruncido, y cuando pone los ojos en blanco, sé que no he errado en mis cálculos: esta fantasma, al menos, no es amiga de Michal.

—No puedes invocarnos a ninguna parte —dice con disgusto—. No somos perros. No respondemos a ningún amo, y no acudimos cuando nos llaman. Si puedes vernos es porque *tú* te

has acercado a *nosotros*, no al revés.

Al ver mi postura rígida, arquea una ceja, y me obligo a doblar las rodillas y sentarme al borde de la silla blanda mientras la ceniza continúa flotando a nuestro alrededor.

—Pero yo *no* me he acercado a vosotros. De hecho, he estado haciendo todo lo posible para *no*…

—Por supuesto que no has tenido la *intención* de rasgar el velo. —Hace un gesto cortante con la mano antes de volver a acomodarse en la cama. O, mejor dicho, antes de ponerse a flotar varios centímetros por encima de ella—. Pero, en serio, ¿qué esperabas si reprimes tus emociones? Al final tienen que acabar en alguna parte, ¿sabes? Y este reino es bastante conveniente…

—Espera, *espera*. —Entrelazo los dedos sobre el regazo, con los nudillos blancos, y me inclino hacia delante en mi asiento. Aunque milagrosamente no me duele la cabeza, empieza a darme vueltas cuando habla del velo y… y… todo lo demás—. Más despacio. ¿A qué te refieres con *este* reino? ¿Cuántos reinos hay? El libro solo mencionaba el reino de los vivos y el de los muertos…

—Presumiblemente, los autores de dicho libro estaban vivos en el momento de escribirlo. ¿Cómo podían ostentar ninguna autoridad sobre las complejidades del más allá? —Suelta otra risa alegre y contagiosa mientras posa el enorme libro en su palma. Cuando este se abre por una página al azar, la ilustración de un cráneo con una boca ancha y abierta nos mira con maldad. Aparto la mirada a toda prisa—. Ni siquiera *yo* lo entiendo del todo, y estoy bien muerta. Lo que sí sé —habla más fuerte cuando abro la boca para interrumpir, incrédula— es que este reino, *mi* reino, actúa como una especie de intermediario. Existe entre el reino de los vivos y el de los muertos, y como tal, nosotros, los espíritus, podemos ver destellos tanto de tu reino como del… más allá.

—Más allá —repito sin comprender.

Asiente y examina el cráneo como si no estuviéramos discutiendo sobre la *eternidad*, como si no hubiera cuestionado todo mi credo con dos sencillas frases.

—Tu reino es mucho más claro, por supuesto, ya que hemos vivido en él, y ambos son casi idénticos. —Cierra el libro de golpe—. Pero no has venido para hablar de la vida, ¿verdad? Más bien lo contrario, creo.

Muerte.

Por supuesto, la muerte es, ante todo, la razón por la que he buscado una audiencia con los fantasmas. *Concéntrate, Célie*. Me obligo a soltar la falda que aferro con los dedos, a sacudir la extraña ceniza que me cubre las rodillas y a cuadrarme de hombros. A pesar de toda esta… esta *distracción*, Coco debe seguir siendo mi prioridad, y para protegerla, primero debo encontrar una forma de protegerme a mí misma.

Sin embargo, antes de que pueda encontrar una forma inteligente de empezar el interrogatorio, deja a un lado *Cómo comunicarse con los muertos* y dice:

—No te culpo por buscar la violencia, pero primero debes permitir que me disculpe por el despreciable comportamiento de mi aquelarre. Los vampiros siempre han sido criaturas espantosas.

Frunzo el ceño al oír la palabra. *Aquelarre*.

—Pero eso significa… ¿Eres una bruja?

—¿Una bruja? —Me muestra otra sonrisa, esta con dientes, dos de ellos acabados en sendas

puntas afiladas. Retrocedo un poco—. Por supuesto que no. Soy una vampira, o al menos, lo era. Intenta seguir la conversación, ¿de acuerdo, querida? Como hemos comentado antes, ahora estoy muerta.

Ahora estoy muerta.

A pesar de su reprimenda, esas palabras son justo lo que quería escuchar.

Obligo a mi expresión a permanecer cuidadosamente en blanco, indiferente, mientras me recuesto en el cómodo sillón. En el estante frente a mí, la tetera empieza a silbar y a humear por sí sola, pero apenas la oigo. Apenas la veo.

Si Mila fue una vampira en el pasado, eso significa que… *Les Éternels pueden morir*.

A pesar de las afirmaciones de Michal, Odessa e incluso Dimitri, parece que no son tan eternos como quieren hacerme creer. La prueba de su mentira está sentada a menos de un metro de distancia, ahuecándose el pelo y esperando mi respuesta. La estudio con inocencia mientras la tetera empieza a traquetear. No hay sangre ni restos que le manchen la piel y, a diferencia de los fantasmas del teatro, ningún hacha sobresale de su cabeza, que permanece firmemente sobre el cuello. Lo cierto es que no hay nada que insinúe la causa de su muerte. Si no fuera por su forma plateada e incorpórea, parecería perfectamente sana. Perfectamente viva.

Me aclaro la garganta y adopto, espero, la cantidad justa de sinceridad.

—Lamento mucho escuchar eso, *mademoiselle* Vasiliev. Si no te importa que pregunte… ¿Cómo ocurrió?

Su sonrisa se ensancha, como la del gato que ha encontrado leche.

—*Eres* inteligente. Eso te lo concedo.

Se me cae el alma a los pies.

—No sé lo que estás…

—Aunque eres una mentirosa terrible. Deberías parar de inmediato. —Me señala los ojos con un dedo—. No hace falta escuchar los latidos de tu corazón u oler tus emociones para saber exactamente lo que estás pensando. Aunque son de un tono verde *precioso*. —Tras echar una mirada astuta a las velas que nos rodean, añade—: Su Majestad debe de estar de acuerdo.

Me aliso la falda mientras la tetera vierte un té negro como la boca del lobo en una taza desportillada.

—¿Qué significa eso?

—Significa que antes has mencionado la plata —responde, en un tono demasiado inocente—, lo cual parece una petición inusual. Dime, ¿de verdad es de eso de lo que deseas hablar? Si es así, podría convocar a los demás. Todos se sienten bastante ansiosos por charlar contigo, y les *encantará* describir lo ingenua que has sido con minucioso detalle.

—¿Los demás? —Sin pretenderlo, mi mirada aterriza en los estantes, donde unos rostros iridiscentes han empezado a parpadear, escondidos entre los libros y las baratijas. Sin embargo, la taza desportillada ya no se encuentra entre ellos. No, ahora está sobre la mesa, junto a mi silla, emitiendo un brillo inocente—. No… no lo entiendo. Tenía la clara impresión de que queríais que me fuera. ¿Por qué ahora parece que *tú* quieres ayudarme?

—¿Consideras que el orgullo es un defecto o una virtud, Célie Tremblay?

Sorprendida por la pregunta, despego la mirada de la taza, que ahora ya casi me toca la mano. Aparto los dedos del reposabrazos y el suave aroma de los azahares emana del té a su paso.

—Ninguna de las dos cosas, supongo.

—¿Y tú? ¿Te consideras orgullosa?

—¿Qué? N-No. En absoluto.

Aunque nunca lo admitiría, en realidad me considero bastante lo opuesto. ¿Cómo podría ser de otra manera? Solo los niños de tres años temen a la oscuridad, e incluso en esos casos, no sucumben a ataques de histeria cuando las velas se apagan. No hablan con fantasmas.

—Bueno, en ese caso —dice Mila—, no debería costarte demasiado imaginar que incluso los difuntos tienen seres queridos a los que proteger.

—Por supuesto que sí, pero ¿qué tiene eso que ver… —resisto la tentación de señalar como una loca la ceniza flotante, los carámbanos a lo largo de la repisa de la chimenea, la tenue luz grisácea…— qué tiene todo esto que ver conmigo?

—Vamos, Célie. Hasta la última lengua de nuestro reino lleva semanas parloteando sobre una novia, y yo en tu lugar no me bebería ese té —añade con brusquedad.

Parpadeo, sobresaltada, y me doy cuenta de que mi mano ha alcanzado instintivamente la extraña tacita.

—¿Por qué?

—Porque es veneno. —Se encoge de hombros con delicadeza mientras aparto la taza con un sonido estrangulado y derramo el líquido negro sobre la mesa. Al contacto, literalmente se *come* la madera con unos dientes diminutos y afilados como navajas—. ¿Creías que el tuyo era el único reino afectado por esta plaga? —pregunta Mila.

—Pero creía… Me disculpo, por supuesto, pero aquí todo el mundo está muerto ya…

Mila lanza *Cómo comunicarse con los muertos* al otro lado de la habitación, donde aterriza con un doloroso golpe sobre mis piernas. Pesado, real y alarmante.

—Mientras estés en este reino —dice, seria—, eres *de* este reino, lo que significa que debes tener mucho cuidado. La ceniza, la tetera, el veneno, nada de esto es como debería ser, lo cual quiere decir que nuestro reino ya no es seguro. Ni siquiera para una novia.

La tetera todavía silba desde el estante, remarcando sus palabras y sonando cada vez más fuerte —ahora está gritando—, con cada traqueteo de sus pies de porcelana. La miro con incredulidad, procurando mantener la voz firme y fracasando en el intento.

—¿De qué estás hablando? ¿Y por qué no dejáis de llamarme «novia»? Todavía no me he casado…

—No nos referimos a ese tipo de novia. —Mila niega con la cabeza y la ceniza se asienta a su alrededor en una especie de macabro velo nupcial—. Eres una novia, una Novia de la *Muerte*. —Cuando parpadeo, perpleja, suelta un suspiro de sufrimiento—. ¿La Muerte y la Doncella? *Filles à la cassette*? Vamos, Célie, ¿es que solo has hojeado ese maldito libro?

Abro la boca, indignada.

—¡Has dicho que no podía aprender sobre el más allá de un libro! Has dicho que los autores…

—¡Por supuesto que pueden acertar en ocasiones! —Abre el libro por una sección cerca del final y le da la vuelta para revelar otra espantosa ilustración de una mujer con una serpiente en la boca—. Mira, escribieron una sección completa sobre las Novias al final. No voy a fingir que sé lo que te pasó, pero está claro que has sido tocada por la Muerte. Lo hace a veces —explica—, en muy raras ocasiones, con mujeres jóvenes y hermosas. En lugar de apagar su vida, las deja ir, las

deja vivir, salvo que nunca vuelven a ser las mismas después de que la Muerte las visite. Se convierten en su Novia.

Su Novia.

Tocada por la Muerte.

¿Tiene ganas de morir, mademoiselle*? ¿O son los propios muertos quienes la llaman?*

Me pongo de pie a toda prisa.

Esta no es la dirección que quería que tomara esta conversación.

—¿No te has preguntado por qué puedes cruzar entre reinos cuando nadie más es capaz de hacerlo? —Mila levanta las manos en el aire antes de que pueda responder—. No importa. No importa. Bueno, *sí*, la verdad es que deberías leer más, pero los detalles no son relevantes para esta conversación en particular. Lo que importa es que encuentres una forma de salir de esta isla antes de que él venga a por ti.

—¿Antes de que *quién* venga a por mí? —Perdiendo los estribos por completo, yo también levanto las manos, porque estoy cansada, mojada y hambrienta de nuevo. Porque cada vez que doblo una esquina en este horrible lugar, encuentro más preguntas que respuestas. Porque quería descubrir cosas sobre la plata, y ahora soñaré con serpientes durante el resto de mi fugaz vida—. Y esta vez quiero una auténtica explicación —añado, enfadada—, o tú y el resto de estos sucios espías —levanto la voz y me dirijo a las estanterías— podéis volver flotando a través de esas paredes y desaparecer de mi vida. Lo digo en serio. Todavía no sé cómo purificar un espacio, pero encontraré salvia si es necesario. Voy a coser estos desgarrones, ¡para que ninguno de vosotros pueda volver a molestarme!

Mila me mira con perspicacia durante varios segundos.

—Los desgarrones suelen sanar por sí mismos.

—Te lo advierto, Mila…

—Sí, está bien, está bien —cede al fin—. Si *debo* contarlo… En realidad, no sabemos lo que se avecina. Los espíritus no somos omniscientes, pero… a menudo vemos cosas, las sentimos, de formas que vosotros no podéis. —Se aleja flotando de la cama y se acerca a mí, y sus siguientes palabras hacen que se me erice el vello de la nuca—. La oscuridad viene a por nosotros, Célie. Viene a por todos nosotros, y en su corazón hay una figura, un hombre —aclara.

—¿Quién es? —pregunto un poco sin aliento—. ¿La Muerte?

—Por supuesto que no. Ya te lo he dicho: la Muerte rara vez interfiere. —Suspira de nuevo y la frustración inunda su voz mientras se sacude la ceniza de los hombros—. El hombre de quien hablo… no podemos verlo con claridad a través del velo. El dolor parece envolver su rostro.

Exhalo una risa temblorosa, aliviada.

—Entonces, ¿cómo sabes que está buscándome? Seguro que solo es un malentendido…

—Necesita tu sangre, Célie.

Las palabras caen con brutalidad entre nosotras, como la hoja de una guillotina. Cortan cada pensamiento que hay en mi cabeza, cada pregunta, provocando que clave la mirada en ella, presa de un silencio atónito. Puede que la haya oído mal. Porque este hombre, esta… esta *figura oscura* a la que incluso los fantasmas temen, no es posible que quiera mi sangre. Tal vez haya querido referirse a la sangre de Lou, o a la de Reid, o incluso a la del todopoderoso Michal. Quizás entonces la creería. Pero ¿la mía? Se me escapa un resoplido en mitad del silencio.

—Ha habido un terrible error.

Mila junta las cejas.

Sin embargo, antes de que pueda discutir, suena un golpe en la puerta y la seca voz de Michal resuena en la habitación silenciosa.

—¿Estás viva?

Todo deseo de reír se marchita en mi pecho y se transforma en un nudo iracundo.

Como siempre, Michal aparece en el momento menos oportuno.

Los fantasmas de los estantes se esfuman al instante, pero Mila se queda y gira los ojos hacia la puerta. Algo parecido al miedo destella en ellos, pero desaparece demasiado rápido para identificarlo. Traga saliva como si estuviera deliberando. Después de varios segundos más, sus hombros se desploman y, con la decisión tomada, sale disparada hacia el techo.

Sin embargo, no es justo —*nada* de esto es justo—, ¿y por qué ella puede huir y yo no? Señalo la puerta con furia y logro articular: *Quiere hablar con un fantasma.*

Una pequeña y triste sonrisa aparece en sus labios.

—Lo sé.

Y lo único que puedo hacer es limitarme a mirar mientras se eleva más y más alto, fuera de mi alcance en más de un sentido. Otra vez, me quedo con más preguntas que respuestas, y la sangre de esa guillotina ha dejado un lío atrás. *Necesita tu sangre, Célie.*

Ridículo.

—¿Célie? —pregunta Michal de nuevo.

—Prometo volver. Para explicártelo. —Mila vacila debajo del techo dorado, justo al lado de la lámpara de araña, mientras el pomo de la puerta empieza a girar. Sus últimas palabras me llegan en un susurro desolado antes de que desaparezca de la vista—. Pero no puedo darle lo que quiere.

Capítulo 21

Un regalo

Se desvanece justo cuando Michal aparece detrás de mí, y no puedo evitar la intensa amargura que impregna mi voz cuando me giro para enfrentarme a él y vuelvo de golpe al reino de los vivos. El calor me inunda en una oleada violenta y los ojos me arden por el repentino estallido de colores brillantes y saturados.

—No le he dado permiso para entrar.

Arquea una ceja imperiosa.

—No lo he pedido.

—Ese es *justo* el problema… —Me sobresalto cuando se mueve para colocarse frente a mí a una velocidad inhumana y su mirada de ojos negros sube hasta posarse en el candelabro. El movimiento descubre la amplia y pálida extensión de su garganta por encima de su corbata. Negra, como siempre, aunque se ha puesto ropa limpia y seca desde la última vez que lo vi. Resentida, bajo la mirada a mi vestido manchado.

—¿Interrumpo algo? —pregunta como quien no quiere la cosa.

No puedo darle lo que quiere.

Y ahora lo sé: Michal no quiere hablar con cualquier fantasma antiguo. No. Solo quiere hablar con una, y lo desea con desesperación. Aunque no sé por qué, tampoco me importa.

—No ha interrumpido nada —miento.

—Habría jurado que te he oído hablar.

—Hablo en sueños.

—¿De veras? —Junta las manos a la espalda y camina a mi alrededor con una tranquila especie de autocontrol. Sus ojos aún estudian el techo—. Interesante. No has pronunciado ni media palabra cuando te he arropado esta mañana. —Me arden las mejillas ante esa casi dolorosa revelación, ante la idea de Michal cerca de mi cuerpo dormido, de mis mantas y de mi *cama*—. ¿Qué? —pregunta, con una mueca burlona en los labios—. ¿No recibiré ninguna muestra de gratitud?

Por el rabillo del ojo, veo que la brecha entre reinos ondea ligeramente a causa de una brisa inexistente y que sus bordes se unen lentamente. Se están *curando*, me doy cuenta con incredulidad. Como si yo de verdad fuera un cuchillo en el velo, como si el hecho de que lo haya

cruzado hubiera abierto una herida real entre los reinos. Me obligo a darle la espalda.

—¿Por dejarme puesto un vestido húmedo? Sí, su majestad, le estaré eternamente agradecida por el resfriado y la tos.

Se detiene a medio paso y me lanza una mirada curiosa y de soslayo.

—¿Habrías preferido que te desnudara?

—¿*Disculpe*…? —Si es posible, las mejillas se me calientan aún más, pero él solo ladea la cabeza, y esa mueca de sus labios se transforma en una sonrisita de suficiencia en toda regla—. Ehhh… Es despreciable, *monsieur*, por hablar de tales cosas. Por supuesto que no hubiera *preferido* que usted… que usted…

—¿Te desvistiera? —termina en tono lascivo—. Sabes que solo tienes que pedirlo. No supondría un problema.

—Deje de mirarme así —le espeto.

Finge inocencia y empieza a dar vueltas a mi alrededor una vez más.

—¿Así cómo?

—Como si fuera un pedazo de *carne*.

—Más bien un buen vino.

—Creía que los vampiros no anhelaban la sangre humana.

Se inclina más cerca, haciendo gala de una diversión cruel, y su mirada vuelve a descender hasta mi garganta. Está intentando inquietarme. *Sé* que está intentando inquietarme, pero el instinto me mantiene inmóvil. El instinto y… algo más, algo líquido y tibio y no del todo desagradable. Michal ensancha la sonrisa, como si lo supiera.

—Todas las reglas tienen excepciones, Célie.

También puedo oler tu adrenalina, ver tus pupilas dilatadas.

Cierro los puños con más fuerza, sobresaltada por las inexplicables y en absoluto bienvenidas ganas de alargar la mano y tocarlo. Le echo la culpa a su aura misteriosa. Michal es verdadera y completamente horrible, pero… ¿Estarán las sombras bajo sus ojos tan frías como el resto de él? ¿Y qué las causa? ¿Agotamiento? ¿Hambre? Mi mirada aterriza en sus dientes, en el extremo puntiagudo de cada colmillo. Parecen lo bastante afilados como para perforar la piel con el menor movimiento de mi pulgar. ¿Dolería?

Como si me leyera la mente, murmura:

—Eres demasiado curiosa para tu propio bien, mascota.

—No sé a qué se refiere.

—¿No te estás preguntando qué se siente? ¿Al recibir el beso de un vampiro?

Los gemidos de Arielle resuenan, igual de agudos, en mi mente, y el calor que siento hace que se me sonroje aún más la piel.

No. No parecía doler.

—No se lo tenga tan creído. —Me alejo de él, pero me doy cuenta demasiado tarde de que me he desviado hacia la cama en lugar de hacia la chimenea. Madre de Dios. Aprieto los dientes, estiro las sábanas y coloco bien las mantas para que el error parezca un acto intencionado—. Como ya le he dicho, no estoy interesada en que me muerda nada de esta isla, y mucho menos usted.

La risa de Michal es oscura, llena de promesas que no entiendo.

—Por supuesto.

—¿Qué hace *aquí*? ¿No tiene otros presos a los que provocar esta noche? —Lo miro por encima del hombro y añado—: *Es* de noche, ¿verdad? Es imposible saberlo, ya que parece que esas persianas son parte integral de la estructura de esta habitación dejada de la mano de Dios.

—Son las siete de la tarde. —Devuelve su atención al techo—. Y he venido para asegurarme de que sobrevivieras —dice con ironía—. Después de tu desvanecimiento en L'Ange de la Mort, temí que tu corazón dejara de funcionar, y no puedo permitirlo. Aunque hemos hecho algunos progresos, nuestro trabajo sigue sin estar acabado.

—Progresos —repito sin emoción alguna.

—¿Cuándo desarrollaste la *nictofobia*?

—¿Qué relevancia tiene *eso*?

Sus ojos negros vuelven a encontrarse con los míos.

—Es relevante porque la nictofobia parece ser tu estímulo. Me di cuenta en cuanto entré en tu habitación. Los dos cambios que sentí ocurrieron inmediatamente después de que te dejáramos aquí a oscuras, y el tercero tuvo lugar en el teatro. De nuevo, en la oscuridad.

Ahueco la almohada con un golpe contundente.

—A mucha gente la asusta la oscuridad.

—No como a ti. Nunca antes había sido testigo de una reacción psicológica tan intensa. —Sus ojos se vuelven más brillantes, más hambrientos, a medida que examina mi rostro, y de forma espontánea, por lo que parece, se acerca más a la cama. A mí—. Creo que tu miedo te permite deslizarte a través del velo. Te permite ver a los fantasmas. Hablar con ellos.

Un instante de silencio.

¿Qué esperabas si reprimes tus emociones? Al final tienen que acabar en alguna parte, ¿sabes?

Aunque abro la boca para refutar su afirmación, no es… enteramente ridícula, y también parece encajar con la explicación de Mila. Todas las veces que han aparecido los fantasmas, a excepción de la más reciente, he estado en pleno ataque de pánico. De hecho, a salvo bajo la luz dorada de las velas, incluso podría admitir que nunca me siento más cerca de la muerte que en la oscuridad.

—¿Ese es su plan? —Levanto la barbilla, enderezo la espalda y finjo bravuconería—. ¿Me dejará a oscuras hasta que consiga lo que quiere? ¿O es eso lo que *realmente* quiere, ver cómo me acobardo y oírme gritar? —Su expresión se enfría al instante, pero sigo adelante de todos modos, decidida a… irritarlo de alguna manera. A afectarlo como él me ha afectado a mí—. ¿Nuestro miedo lo hace sentir poderoso? ¿Es eso lo que le hizo a Babette antes de matarla?

Todo el interés se desvanece de su mirada.

—Haces muchas preguntas.

—¿Por qué encender estas velas? —Lanzo los brazos en alto, imprudente, puede que estúpida, y señalo la luz de los candiles a nuestro alrededor—. ¿No está retrasando lo inevitable?

—Tal vez —dice con frialdad mientras inclina la cabeza—. Sin embargo, aprecio el esfuerzo que hiciste en el teatro, y como tal, he decidido abrirte mi casa. A partir de esta noche, podrás moverte por el castillo con libertad. Considéralo una muestra de mi buena fe. No obstante —se acerca y suaviza la voz de esa forma tan horrible y letal—, no abuses de mi hospitalidad, mascota. No te atrevas a huir. Te arrepentirás si lo haces.

—Deje de *amenazarme*…

—No es una amenaza. La isla es peligrosa y esta noche tengo asuntos que atender en otra parte. No podré intervenir si te alejas demasiado.

Sus palabras tardan varios segundos en penetrar la gruesa neblina de mi ira.

—¿Qué clase de asuntos? —pregunto, suspicaz, imaginando el cuerpo sin sangre de Babette y los bocetos al carboncillo de sus otras víctimas: humano, *Dame blanche, loup garou* y melusina. Cinco especies en total. Ningún vampiro.

Todos los cadáveres desangrados.

Una urgencia implacable afila mi ira. Si Michal planea abandonar la isla, no cabe duda de que un sexto cadáver aparecerá pronto en Belterra. Tengo que… detenerlo de alguna forma, incapacitarlo, pero a falta de encontrar un arma mágica y mortal…

Me pongo tensa al percatarme de que, si Michal de verdad planea irse, puedo aprovechar esta oportunidad para buscar mi cruz. La tiene escondida en alguna parte, y aunque Mila no ha confirmado mis sospechas sobre la plata, no tengo mucho más con lo que continuar. No puedo salvar a esta víctima, y siento un nudo de arrepentimiento en el estómago, pero tal vez pueda salvar a la siguiente. Tal vez pueda *matar* a Michal en cuanto regrese a Requiem. Una fiera determinación me inunda a raíz de ese pensamiento. Si la plata es la clave, la encontraré, y lo detendré.

—¿Qué clase de asunto? —vuelvo a preguntar, en un tono más duro esta vez.

—Ninguno que te incumba.

Con otra mirada imperiosa, pasa junto a mí en dirección al armario oculto detrás del segundo biombo de seda. Dudo solo un segundo antes de seguirlo.

—¿Qué está haciendo ahí atrás?

—Para ti. —Antes de poder dar un par de pasos, me arroja un fardo de encaje y seda esmeralda y la tela cae en mis manos, revelando el vestido más precioso que he visto en toda mi vida. Unos delicados diamantes negros brillan a lo largo del escote en forma de corazón, en el ajustado corpiño, tan pequeños que parecen motas de polvo de estrellas.

—*Monsieur* Marc te envía saludos y te pide que regreses esta noche con Odessa para recoger el resto de tu ajuar… por el cual también deberías dar las gracias.

Su voz gotea desdén. Cierro los puños en torno a la cola. A pesar de su irritante arrogancia, no debería seguir incitándolo. Es un vampiro, un *asesino*, que disfruta del control por encima de todo lo demás. No se irá hasta que restablezca el dominio sobre esta situación, y necesito que se vaya para buscar mi cruz. Si debo expresar mi gratitud para acelerar su partida, debería hacerlo. Debería sonreír, debería disculparme y debería someterme. Debería perder esta batalla para ganar la guerra.

Sería lo más sensato. Lo lógico.

Resoplo y me giro en redondo.

—Ningún regalo puede compensar las cosas que ha hecho, *monsieur*. Su corazón es tan negro como estos diamantes.

Acaricia la seda con la mano, atrapándola —atrapándome *a mí*— con unos dedos fríos como el hielo.

—Discúlpame. Creía que habíamos empezado de cero. ¿Debo devolver el vestido?

—No. —Tiro del vestido, consciente de la delicadeza de la tela, pero no lo suelta. En vez de

eso, tira de él hacia sí mismo, despacio, obligándome a mirarlo a la cara una vez más. Frunzo el ceño y clavo los pies en el suelo. Él continúa tirando, acercándome más y más, hasta que tengo que alargar el cuello para ver su hermoso rostro—. Por supuesto que no devolverá el vestido —le espeto—. Ahora me pertenece, y espero que haya costado una *fortuna*.

Con su mano libre, se saca unos largos y lujosos guantes de noche del bolsillo y los deja colgando delante de mi nariz. No logro decidir si el brillo en sus ojos es de diversión o de enfado. Puede que ambas cosas.

—Así ha sido —dice en voz baja.

Solo enfadado, entonces.

—*Bien* —gruño, porque yo también estoy enfadada, estoy furiosa, y él… él…

Me quita el vestido de las manos con una facilidad irrisoria. Antes de que pueda detenerlo, antes de que pueda soltar una maldición por el sobresalto, lo rasga limpiamente en dos y deja caer el precioso encaje, la seda y los diamantes al suelo a mis pies. Sus ojos nunca se apartan de los míos.

—Mi corazón es más negro. Disfruta de tu libertad, Célie Tremblay.

Se marcha sin decir otra palabra.

Capítulo 22

El gabinete de curiosidades

Espero media hora antes de asomar la cabeza fuera de la habitación, en busca de cualquier señal de Michal. Varias docenas de velas más iluminan el pasillo desierto que hay más allá, que ha sido limpiado a la perfección desde ayer —las telarañas retiradas, los tapices fregados, las estatuas pulidas— sin que yo escuchara ni pío. Parece que los sirvientes se mueven tan silenciosamente como su amo. Doy un paso vacilante fuera de mi habitación y cierro la puerta detrás de mí con un suave clic.

Tal como ha prometido Michal, fuera no espera ningún guardia que pueda oír el sonido.

En los pliegues de la falda de Odessa, mis nuevos alfileres tintinean con entusiasmo cuando me apresuro por el pasillo.

Los silencio con una mano, sigo la luz de las velas e intento rastrear los pasos de Dimitri esa primera noche. Me llevó directamente al estudio de Michal, que parece el mejor lugar donde empezar mi búsqueda de cosas ocultas. El *único* lugar donde empezar mi búsqueda, en realidad, puesto que no he visitado ningún otro sitio del castillo, a excepción del vestíbulo de la entrada. No obstante, si la confianza de Michal en mi capacidad para escapar sirve de indicación, es probable que ni siquiera haya escondido la cruz. O puede que ya la haya arrojado al fuego.

Al pensar en eso, casi me echo a reír.

Michal es demasiado arrogante para destruir tal trofeo, pero como dicen, el orgullo siempre precede a la caída. Si la cruz todavía existe, si Michal la ha escondido en alguna parte, la encontraré, aunque tenga que desmantelar este castillo ladrillo a ladrillo. La encontraré y, de algún modo, la usaré a mi favor.

Lo haré.

Sin embargo, mi confianza no tarda en desvanecerse cuando giro en una esquina de forma inesperada y patino hasta detenerme en un pasillo con armaduras alineadas a cada lado. La luz de las velas arranca un brillo extraño y oscuro a los escudos, y desde cada uno de ellos me saluda mi propia cara pálida, tan familiar como… diferente, de algún modo. Mis rasgos son salvajes y místicos. Después de mucho rato mirándolos, los ojos de mis reflejos parecen sangrar, y… *no*.

Con un grito ahogado, sacudo la cabeza para despejarla antes de volver sobre mis pasos y girar de nuevo en la esquina. Porque esto es solo otra perversión. Por supuesto que lo es. Mila,

Lou e incluso *Christo* hablaron de una oscuridad —de una enfermedad— que se extiende por los reinos, y el castillo no podía permanecer indemne. Solo… tengo que prestar atención. Tengo que andarme con más cuidado, y tengo que…

Me detengo de sopetón y abro los ojos como platos al ver la blanca extensión de pared que tengo delante.

Debo mantener la calma.

Porque la esquina por la que acabo de llegar se ha desvanecido de alguna manera, se *ha movido*, como si al mismo pasillo le hubieran crecido piernas como las de una araña y hubiera huido. Dejándome aquí a solas con armaduras y sombras por toda ayuda. *Eso es*. Trago saliva y me giro despacio para enfrentarme a ellas. Como mínimo, mis reflejos han vuelto a la normalidad, y elijo interpretar eso como una señal de buena suerte. Puede que el castillo no esté tratando de aterrorizarme, después de todo; quizás esté intentando ayudarme y este pasillo vaya a llevarme adonde tengo que ir.

Sin embargo, cuando el casco más cercano se gira para mirarme al pasar, abandono ese pensamiento tan necio, salgo corriendo por el pasillo hasta desaparecer de la vista y no me detengo hasta llegar a una escalera que me resulta vagamente familiar. Excepto que no es familiar en absoluto. Y tampoco lo es la siguiente, ni la siguiente. Me soplo un mechón de pelo húmedo para apartármelo de los ojos, planto las manos en las caderas y observo el retrato de la mujer de rojo que cuelga frente a mí. Estoy *segura* de que no estaba ahí hace un segundo y, efectivamente, entre un parpadeo y el siguiente desaparece de nuevo, dejando atrás solo una pared vacía.

Esto empieza a ser ridículo.

Me apuesto lo que sea a que me he cruzado con un vampiro sin darme cuenta y que dicho vampiro se ha puesto en contacto con Michal, Odessa o Dimitri a través de algún tipo de control mental macabro. Cualquiera de ellos podría aparecer en cualquier momento, lo que significa que esta pequeña excursión tiene fecha de caducidad. Con un suspiro reacio, me giro para encarar el pasillo en toda su extensión, odiándome por lo que estoy a punto de hacer.

—¿Mila? ¿Estás aquí?

No responde, pero después del dramatismo con el que se ha marchado, no esperaba menos. De hecho, cuando la irritación florece en respuesta, me concentro en ella con cada fibra de mi ser. La verdad es que no debería ser tan difícil. *Nada* debería ser tan difícil, pero aquí estoy, intentando engatusar a mis emociones para que suban a la superficie en suficiente cantidad y perforen un velo metafísico para pedirle indicaciones a un fantasma. Resoplo. Mis amigos nunca me creerán si se lo cuento. Hace una semana, ni yo misma me lo habría creído. Y a lo mejor debería sentirme avergonzada por tal admisión: que nadie, ni siquiera yo, habría creído que acabaría metida en semejante lío.

En cuanto me doy cuenta de eso, la temperatura cae en picado y todo el color desaparece del pasillo cuando de los candelabros que tengo a cada lado empieza a alejarse a la deriva la familiar ceniza. Me la sacudo con una especie de triunfo a regañadientes. Porque lo he conseguido —he cruzado— y debería sentirme enormemente satisfecha conmigo misma. Y *estoy* satisfecha, pero a la vez… no.

Lo cual hace que me sienta bastante perdida.

Pero ahora no tengo tiempo para concentrarme en eso. Aparto esos pensamientos a un lado,

vuelvo a sisear el nombre de Mila y, al más puro estilo Célie, un fantasma desgarbado y pecoso aparece en su lugar y atraviesa las escaleras flotando con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo sabes que la plata los matará? —me pregunta.

—No lo sé. —Paso corriendo por su lado en busca de Mila, pero solo doy dos pasos antes de vacilar. Porque me guste o no, no puedo permitirme desperdiciar esta oportunidad. No puedo darme el lujo de sentir pena por mí misma. Aún no—. ¿Sabes *tú* cómo matarlos?

Se señala las heridas gemelas de la garganta con una sonrisa tímida.

—Un amigo me dijo una vez que con ajo.

—Ya veo. —Aparto la mirada a toda prisa y pongo una mueca mientras almaceno esa información—. Nada de ajo. ¿A lo mejor podrías conducirme al estudio de Michal?

Con una sonrisa cada vez más amplia, señala con su estrecho hombro hacia la derecha.

—A lo mejor sí.

Se aproxima a la pared y se desvanece tan rápido como ha aparecido. Yo me detengo en una bifurcación en el siguiente pasillo y, tras reprimir un estremecimiento, me olvido del ajo y estudio ambas direcciones.

A la izquierda, las velas continúan ardiendo, arrojando una luz cálida sobre un pasillo que podría conducir al vestíbulo de entrada. Ese tapiz de ahí me resulta vagamente familiar. No obstante, no recuerdo que Dimitri y yo cruzáramos el vestíbulo para llegar al estudio de Michal.

Me muerdo el labio y miro a la derecha, donde las sombras cubren los apliques sin encender.

El chico fantasma no *parecía* tener intenciones malévolas. Tras una respiración profunda y tranquilizadora, agarro un candelabro y giro a la derecha, imaginando a Jean Luc en mi mente, y a Lou y a Reid, a Coco y a Beau. Se arrastraron a oscuras por esos túneles por mí, y yo puedo hacer lo mismo por ellos. Puedo encontrar mi cruz de plata, y puedo salvar a mis amigos de la ira de Michal. Puedo salvar la vida de sus futuras víctimas. Sabe que le tengo miedo a la oscuridad.

Ha dejado este pasillo a oscuras por una razón.

Levanto más el candelabro para alumbrar la zona de pasillo que tengo delante. Este lugar también me resulta familiar. Reconozco ese tapiz turbulento, ese extenso árbol genealógico. Los dejo atrás a toda velocidad y me lanzo hacia abajo por otro tramo de escaleras. Siguen sin aparecer vampiros para detenerme. Sin embargo, la ceniza no deja de caer y la temperatura continúa descendiendo. Se me pone la piel de gallina en los brazos con cada crujido de los muros.

—Estás siendo ridícula —murmuro para mí misma mientras me aferro al candelabro con las dos manos. Un gemido hace eco en lo alto en respuesta, y me pongo tensa al recordar la advertencia de Odessa: *Este castillo es muy antiguo y contiene muchos malos recuerdos.*

—Ridícula —repito.

Cuando una risa peculiar estalla detrás de mí, se me escapa un chillido estrangulado y esgrimo el candelabro como si fuera una especie de garrote. Pero hiende el aire vacío y por poco se me resbala de las manos antes de estrellarse con unas familiares puertas de ébano. Patino hasta detenerme y las contemplo con asombro. Se alzan hasta el techo y son igual de anchas que altas, ominosas, impenetrables y negras como la noche. Igual que su dueño.

—Os encontré —respiro.

Como si el mismísimo castillo estuviera escuchando, una ráfaga de aire frío inunda el pasillo en respuesta.

Apaga todas y cada una de mis velas.

—No…

Antes de que pueda entrar en pánico, antes de que pueda exigir que, de alguna manera… no sé, se vuelvan a encender, otra cabeza atraviesa las puertas de ébano y pego un salto hacia atrás. Esgrimo el candelabro como una espada y resoplo.

—¿Puedes *por favor* advertirme de alguna forma antes de saltar sobre mí de esa manera?

—Yo no salto. —La mujer fantasma aspira por la nariz y levanta su altiva barbilla. Unos aretes de perlas se balancean entre los rizos perfectos de su cabello. Excepto por la extraña inclinación de su cuello, es el vivo retrato de la educación—. Los de sangre caliente sois siempre muy presuntuosos al menospreciar la muerte frente a los muertos. No es lo peor que se puede estar, ¿sabes? —Empieza a alejarse.

—¡Espera! —Me apresuro a ponerme de pie y me aliso a toda prisa la falda y el pelo bajo su mirada crítica. Para ser sincera, me recuerda a mi madre, aunque varios años más joven. ¿O puede que varios años mayor? Es imposible saberlo—. Por favor, me… me disculpo por la ofensa. Tienes toda la razón, pero si pudieras quedarte solo un momento, estaría en deuda contigo para siempre.

Arruga su nariz respingona con desagrado.

—¿Por qué?

Señalo el pomo de la puerta. Su forma plateada proporciona la luz suficiente para ver el ojo de la cerradura, y debe de tener una buena razón para permanecer en el estudio de Michal, presumiblemente, una vengativa. No me parece del tipo que trata a sus amantes con afecto.

—El amo de este castillo me ha robado algo, y me gustaría recuperarlo. Sin embargo, necesito luz para forzar la cerradura.

Una especie de alegría perversa brilla en los ojos de la mujer.

—¿Quieres robarle a Michal?

Asiento con cautela.

—Excelente. ¿Dónde me pongo?

Exhalo con alivio cuando se desliza a través de la puerta y proyecta una luz adecuada sobre el picaporte. Unas aristas peculiares bordean el contorno. Examino cada una de ellas con cuidado antes de girarme hacia el ojo de la cerradura, todo mientras experimento una inesperada camaradería con esta mujer muerta. Aquellas que odiamos a Michal debemos mantenernos unidas.

—Perdón por mi franqueza, pero —saco las ganzúas de mi falda— ¿también te mató a ti?

—¿Quién? ¿Michal? —La mujer se ríe mientras trabajo en la cerradura—. Por supuesto que no. Aunque me rompió el corazón, no el cuello. Con mucho gusto le habría retorcido el suyo. —Se lleva una mano al pelo y mete un dedo en un rizo de forma casi soñadora—. Es una pena. La de cosas que podía hacer con la lengua.

Me atraganto y por poco dejo caer las ganzúas.

—Uy, sí —dice con picardía—, y con los dientes…

La cerradura se abre con un clic y me enderezo rápidamente, con las mejillas en llamas. Pensándolo mejor, *no* me recuerda en absoluto a mi madre.

—Ya, bueno, muchas gracias por tu ayuda. Cuando encuentre mi collar, prometo darle a Michal besos de tu parte.

Se hincha como un sapo.

—Por supuesto que no le darás…

Giro el picaporte, cruzo de un salto el umbral hacia su estudio, desgarrando el velo, y aterrizo con contundencia en el reino de los vivos. Para mi gran alivio, la fantasma se limita a asomar la cabeza por el desgarrón antes de sacarme la lengua y desaparecer por donde ha venido. Y como este desgarrón es más pequeño, casi más limpio, también se cura demasiado deprisa para que cambie de opinión.

De modo que me quedo sola.

Sin embargo, la auténtica oscuridad no desciende sobre mí, puesto que los rescoldos de un fuego arden aún en la chimenea y una vela titila débilmente sobre su escritorio. Gotea cera negra sobre la superficie lacada.

Bien.

Reúno los últimos vestigios de mi coraje, rodeo su silla y abro todos los cajones del escritorio.

A diferencia de la habitación en sí, permanecen abiertos, llenos de objetos convencionales bien ordenados: en uno hay una pluma de águila, un frasco de tinta esmeralda y una daga fina como una aguja; en otro, una bolsa de terciopelo repleto de monedas. Me echo un puñado en la palma. No llevan la corona de las *couronnes* de Belterra, sino la silueta tosca de un lobo en oro y bronce. Nada de plata. Con cuidado, devuelvo la bolsa a su sitio y paso a los siguientes artículos.

Una caja de cerillas y un manojo de incienso.

Un sello en forma de calavera y cera negra.

Un anillo de hierro en forma de garra —que deslizo sobre la punta de mi pulgar para examinar su letal punta con morbosa fascinación— y, por último, un boceto al carboncillo de Odessa y Dimitri. Reconozco las espesas ondas de su cabello, la forma felina de sus ojos, aunque parecen más jóvenes que los vampiros que he conocido. Puede que de mi edad. Incluso a lápiz, sus sonrisas trascienden la página, sus sonrisas *humanas*. Ningún colmillo interrumpe las líneas blancas y rectas de sus dientes. Parecen… felices.

Vuelvo a colocar el boceto debajo de un pisapapeles de jade y aprieto los dientes.

La cruz no está aquí.

Aunque sobre el aparador hay un decantador lleno de absenta, la cruz tampoco está ahí. No está entre la cristalería tallada de al lado, ni sobre los pesados libros del estante de arriba. No está bajo la alfombra ni sujeta detrás de los retratos, no está escondida dentro del enorme gabinete de curiosidades.

No está aquí.

Me trago un grito de frustración y por poco arrojo mi candelabro a la chimenea. No está *aquí*, y me estoy quedando sin tiempo. Michal podría estar volviendo ya al castillo. Gracias a su *picaporte* carnívoro, sabrá que me he colado en cuanto ponga un pie en esta habitación. Me ha dado permiso para explorar el castillo, sí, pero no para irrumpir en su despacho privado y hurgar entre sus pertenencias personales. Tiene que estar aquí.

Tiene que estar.

Abro su gabinete de curiosidades una vez más. Aunque huya, él me encontrará, y si no tengo plata a mano, podrá castigarme, encerrarme en las tinieblas y lanzar la llave bien lejos. Tengo que seguir buscando. Tengo que…

Doy un golpe con el candelabro en el suelo del gabinete de curiosidades y se oye *hueco*.

Sin apenas atreverme a respirar, me arrodillo y busco los recovecos en sombras del gabinete con dedos torpes. La madera está a ras del suelo, y… *ahí*. Un pequeño botón se esconde muy al fondo. Cuando lo presiono, con los ojos muy abiertos, los engranajes se ponen en marcha en lo profundo de la pared, y el suelo del gabinete se abre.

—Una trampilla —susurro.

Y es justo eso.

Al otro lado, una escalera imposiblemente estrecha desciende directamente hacia la oscuridad, el aire denso y terroso mezclado con el olor dulce y metálico de la sangre. Ese aroma me revuelve el estómago. Se me seca la boca ante la absoluta ausencia de luz. Lo que sea que aguarde al final de este túnel no puede ser bueno. Aun así… debería investigar. Seguro que aquí es donde Michal ha guardado mi cruz de plata, en esta *guarida* húmeda y oscura debajo del castillo. Antes de cambiar de opinión, corro de vuelta a su escritorio, busco a tientas la caja de cerillas y enciendo las velas de mi candelabro.

He recorrido ya la mitad de camino hacia abajo cuando me doy cuenta de lo que he hecho.

El pánico me trepa por la garganta.

No. Respiro hondo y me concentro en contar cada pisada. Reid siempre cuenta hasta diez cuando su temperamento sube a la superficie. Por desgracia, mi propia ira ha huido, dejándome tan fría y hueca como la cavernosa estancia en la que entro. Aferro el candelabro con más fuerza. La última vez que estuve bajo tierra, Morgane me había dejado inconsciente y desperté en las catacumbas. Desperté en un ataúd.

Sacudo la cabeza para librarme de ese recuerdo. *No es la misma situación*. Aunque Michal haya tallado su guarida en la mismísima roca bajo el castillo, estas paredes no son las de una cripta o un ataúd. Vetas de mineral y motas de mica brillan en estos muros, y al otro lado de la habitación un agua oscura se extiende lisa como el cristal más allá del resplandor de mis velas. No sé si se trata de un arroyo o de una entrada secreta del océano, pero hay un sencillo bote amarrado en la orilla. El corazón se me sube a la garganta al verlo.

Dimitri dijo que solo podría irme de Requiem en barco. Dijo que los vampiros centinelas me matarían antes de llegar a la pasarela.

Convenientemente, se le olvidó mencionar este pequeño bote de remos escondido debajo del castillo.

Obligo a mis pies a moverse y desciendo hasta abajo del todo por un segundo tramo de escaleras, más ancho, antes de recoger un guijarro en la orilla. Tras una mirada rápida por encima del hombro, lo lanzo tan lejos como me es posible y sostengo el candelabro en alto para observar su trayectoria. Sin embargo, sirve de poco; a pesar del lejano chapoteo, no tengo forma de medir si conecta con el mar. Excepto…

Me agacho con brusquedad y sumerjo los dedos en el agua antes de llevármelos a los labios.

Sabe a sal.

Unas abrumadoras lágrimas de alivio me aguijonean los ojos cuando todo mi cuerpo se desploma hacia delante. Porque esta gruta debe de conducir al mar, lo que significa… ya lo tengo. Apenas me permito pensar las palabras, albergar *esperanza*, pero ahí está, tan claro y brillante como la luz de mi vela reflejada en el agua. Michal se ha ido, y yo puedo escapar.

Puedo *irme*.

Tengo el pie a medio camino del bote cuando la realidad de la situación se estrella contra mi cabeza y me aturde. Puedo huir de Requiem esta noche, sí —todos mis instintos me gritan que me *vaya, vaya, vaya*—, pero mi huida no detendrá a Michal. No se rendirá. Seguirá buscándome y, lo que es peor, seguirá buscando a Coco. Al final, nos encontrará y no podré impedir que le haga daño.

No como puedo impedírselo ahora.

Los dedos con los que me aferro al borde del bote se me ponen blancos, y contemplo con determinación el agua oscura, deliberando. No es necesario que Michal sepa que he descubierto su trampilla, su cámara secreta y su gruta privada. A todos los efectos, cree que estoy atrapada, indefensa, o nunca me habría permitido vagar por el castillo sin supervisión. Y ahora, si encuentro un arma contra él, tengo los medios para escapar. Medios auténticos. Si lo mato, nadie pensará en buscarme aquí. Acudirán en masa a los muelles, y cuando se den cuenta de que he desaparecido, ya podría estar a mitad de camino de Cesarine. ¿*Intentarían* siquiera vengar su muerte?

Podría funcionar.

Con cautela, doy un paso atrás, hacia la orilla y me giro para examinar la gruta con renovada urgencia. Tendré que tener mucho cuidado, por supuesto. Michal no puede saber que he estado aquí, eso arruinaría todo mi plan. Avanzo despacio, me acerco a la enorme cama en el centro de la caverna —madera de ébano y brillante seda esmeralda— antes de vacilar, porque detesto la idea de tocarla. Tampoco puedo imaginarme a Michal *durmiendo*.

Céntrate, Célie.

Deprisa y con delicadeza, paso las manos por la colcha y las almohadas en busca de mi cruz de plata. Nada. Me alejo de nuevo. Al margen de una alfombra gruesa que amortigua mis pasos, Michal tiene poca decoración: no hay estatuas, ni cojines, ni sofás, ni candelabros. Contra la pared del fondo hay apoyada una hilera caótica de pinturas, pero las ha ocultado con una tela negra. Incapaz de resistirme, destapo una de ellas y contemplo dos caras que reconozco a pedazos: su nariz y sus ojos, su mandíbula y su boca. Los padres de Michal.

Sus padres *humanos*.

Mientras los observo, la sensación de que esto está mal provoca que me hormiguee el cuero cabelludo. No logro imaginarme a Michal como humano. Sencillamente, no tiene sentido, como una Coco fea o un Beauregard tímido. Sin su fuerza sobrenatural, su inmovilidad, su intensidad, el Michal que conozco no existiría y, sin embargo, he aquí una prueba de que existió. Nació humano. Trazo con los dedos el contorno de los ojos de su madre mientras recuerdo a los soldados sometidos a la coerción en el barco, sus dientes en el cuello de Arielle. Las sombras en su mirada y la sangre en sus labios. ¿Siempre fue así de retorcido por dentro? ¿Así de sádico? ¿Cómo se *convierte* uno en vampiro?

¿Cómo se convierte un hombre en un monstruo?

Aparto esos pensamientos extrañamente lúgubres y echo un vistazo a los nombres escritos en la esquina inferior derecha del retrato: *Tomik Vasiliev y Adelina Volkov*.

Entorno los ojos.

Vasiliev.

El estómago me da un vuelco, como si hubiera dado un paso en falso. No puede ser

coincidencia. Con manos temblorosas, paso al siguiente retrato y exhalo lentamente cuando unos rostros familiares me devuelven la mirada, sus nombres garabateados en la esquina. *Michal y Mila Vasiliev*. Él está de pie detrás de ella y su pálida mano descansa sobre su hombro, mientras que ella está majestuosamente sentada en una silla de terciopelo. A pleno color, sus ojos ya no son translúcidos, sino que relucen del tono más perfecto de marrón. Su cabello —castaño oscuro, como había imaginado—, fluye largo y espeso sobre su vestido del color de la espuma de mar, y sus mejillas sonrojadas presentan un tono rosa oscuro. Es impresionantemente hermosa.

Siento una contracción dolorosa en el pecho.

Es la hermana de Michal.

Sus ojos son más grandes, más suaves que los de él, y su piel más oscura, pero es imposible dudar del ángulo audaz de sus cejas, de la línea recta de su nariz, de la fuerza de su mandíbula. También pertenecen a Michal. Pertenecen a su padre. Y de repente, la obsesiva búsqueda de Michal para hablar con ella tiene sentido. Su hermana murió. La está… llorando.

Vuelvo a colocar la tela a toda prisa, sintiéndome mareada. A menos que haya escondido mi cruz de plata debajo del colchón, no está en esta habitación, lo que significa que no debería quedarme aquí por más tiempo. Rebuscar en su escritorio es una cosa; arrastrarme hasta su habitación y descubrir los rostros de su familia es otra muy distinta. Instintivamente, sé que, si Michal me encuentra en este sitio, no se limitará a encerrarme hasta la víspera de Todos los Santos. Me matará, y creo que no lo culparía por ello.

Tras una última pasada superficial de mi candelabro, dejo sus secretos en la oscuridad.

Capítulo 23

Los celestiales

Mis padres contrataron a un especialista cuando volví de las catacumbas. Mi madre no tardó nada en darse cuenta de que no estaba preparada para ayudarme, y mi padre se hartó de despertarse cada noche por culpa de mis gritos. Los llamaba «mis pequeños ataques», y el especialista, un sanador de la mente llamado padre Algernon, confirmó mi condición con suma diligencia y me diagnosticó histeria.

—Una afección exclusivamente femenina —informó a mis padres, quienes, a su vez, le pagaron obedientemente por recetarme un tónico en lugar de un asilo. O peor, un exorcismo.

Sin embargo, todavía los oigo susurrar en el estudio de mi padre sobre la posesión demoníaca.

—No es raro —dijo el padre Algernon con gravedad— entre los tocados por la brujería. Lo vemos a menudo en sus víctimas: una corrupción del alma. Una semilla negra plantada en los débiles e inmorales. Debe saber que no es culpa suya, mi señor, porque el fruto podrido crece incluso en las familias más saludables y robustas.

Después de eso, mi madre echó al padre Algernon de nuestra casa, pero casi un año después, sigo sin olvidar sus palabras. *Débil. Inmoral.*

Parecen arremolinarse, igual que las hojas, cuando, más avanzada la noche, Odessa y yo nos acercamos a la Boutique de Vêtements de M. Marc.

Por encima de nuestras cabezas, unos murciélagos de papel cuelgan del abedul plateado en honor a la víspera de Todos los Santos, y sus diminutas alas revolotean en la fresca brisa. En el suelo, calabazas y más calabazas atestan el umbral. Alguien les ha tallado bocas anchas y perversas, junto con unos ojos iluminados por las velas del interior. Unas arañas vivas corretean por el escaparate, donde ahora se exhibe un impresionante vestido de crepé color berenjena, y unas guirnaldas de rosas negras se enroscan alrededor de la farola al otro lado de la calle. Encima de la puerta, un cráneo humano cuelga de las cuentas de un rosario.

Odessa, que se da cuenta de que no aparto la vista de él, dice:

—En Requiem, el cráneo es una tradición de la víspera de Todos los Santos. Y el rosario.

—¿Por qué?

¿Por qué Mila no quiere ver a Michal? ¿Por qué no habla con él?

Y, lo que es más importante, ¿por qué ahora no me habla a mí?

He intentado atravesar del velo. Después de haber regresado del estudio de Michal con las manos vacías, me he concentrado en cada emoción que brota de mi interior: confusión e ira, incluso esperanzas y expectativas.

Miedo.

No importa lo mucho que le he rogado que apareciera —o las docenas de fantasmas que se han asomado a través de mis estanterías para presenciar el espectáculo—, se ha negado a responder, lo cual solo me ha dejado ansiosa y con la única opción de estudiar minuciosamente *Cómo comunicarse con los muertos* hasta que ha llegado Odessa. *Me ha dejado*, pienso con amargura, *un paso más cerca de mi muerte*.

Mi plan no sirve de nada sin un arma.

—Supongo que se podría decir que los vampiros tienen un oscuro sentido del humor. —Odessa posa la mirada en mi rostro durante demasiado rato. Si no supiera que es imposible, pensaría que parece preocupada. Puede que esté demasiado pálida, demasiado demacrada, desde que he descubierto el secreto de Michal. Puede que no esté formulando las suficientes preguntas. Cuando sigo sin ser capaz de responder, se lanza hacia delante con aire de determinación—. La Iglesia primitiva intentó absorber el antiguo rito pagano de Samhain eligiendo el 31 de octubre y el 1 de noviembre como víspera de Todos los Santos y día de Todos los Santos, respectivamente: para facilitar la conversión, dijeron. Desarrollaron ese desagradable hábito. Por supuesto, no esperaban que los muertos vivientes también participaran. —Sonríe y enarca las cejas al decir eso, pero cuando me limito a sentir, suspira. Entonces, como si prefiriera sacarse los ojos y clavarlos en la puerta, pregunta—: ¿Quieres hablar del tema? ¿De lo que sea que te esté molestando?

Lo que sea que me esté molestando. Casi me río, pero en lugar de eso me obligo a preguntar:

—¿Conocía la Iglesia primitiva la existencia de los vampiros?

—Durante un breve periodo de tiempo. —Con los labios fruncidos, me estudia durante otro segundo antes de acariciar la mejilla de la calavera con cariño y entrar en la tienda—. Hola otra vez, padre Roland. Tienes un aspecto estupendo.

Y ahí está: el motivo *exacto* por el que Mila no querría hablar con su familia. Se me revuelve el estómago mientras observo cómo el cráneo se balancea horriblemente de un lado a otro, y resisto el impulso de descolgarlo, de dejar que la cabeza del pobre padre Roland descanse. Puede que Michal llore a su hermana, pero ¿cuántos otros lloran por su culpa?

—¡Oh! —La exclamación de *monsieur* Marc resuena en la tienda cuando sigo a Odessa al interior, y tardo varios segundos en encontrar sus mechones de pelo blanco entre los cuerpos amontonados. Está arrodillado junto al dobladillo de un atractivo vampiro subido en la plataforma central, mientras Boris y Romi revolotean de un lado a otro entre su mesa de trabajo y otros dos clientes vampiros, midiendo, fijando, pellizcando y remetiendo a una velocidad sobrenatural.

—*Bonjour, monsieur* —empiezo a saludar, pero él pasa junto a Odessa y a mí como un borrón y agarra un trozo de cadena dorada de la pared que tenemos detrás.

—¡Llegáis temprano, señoritas! —A continuación, se lanza a por un recipiente lleno de cuentas —. Es una terrible grosería por vuestra parte. ¿No os dais cuenta de que se aproxima la víspera de Todos los Santos? ¿No os dais cuenta de que toda la Ciudad Vieja reclama mi atención? ¿No entendéis el concepto de puntualidad? Vuestras citas no empiezan hasta dentro de diez minutos…

—Y no nos importa esperar, *monsieur*. ¿No es así, Célie? —Odessa desliza una mano por el corpiño de damasco granate que está expuesto cerca de la puerta. Una lujosa capa color zafiro —de un terciopelo tan oscuro que parece casi negro— cuelga a su lado, y el conjunto queda completo con una diadema de oro y perlas. El atuendo entero me resulta extrañamente familiar, aunque no logro recordar dónde lo he visto antes—. Comprendemos que la verdadera genialidad requiere tiempo. Esto es impresionante —añade, levantando la capa para que yo la vea—. Siempre supera todas las expectativas.

—Me halagas. —Aunque *monsieur* Marc finge quejarse, unas traviesas chispas de júbilo inundan sus ojos ante el cumplido, y saca pecho con inconfundible orgullo—. Y la adulación te llevará a todas partes. Boris —chasquea los dedos para llamar la atención de su asistente—, termina con *monsieur* Dupont por mí, ¿quieres? Debo preparar a nuestra *Madonna* para su prueba final antes de confiarle su ajuar a *mademoiselle* Célie.

—¿*Madonna*? —Paseo la mirada entre Odessa y la capa negra azulada y el corpiño granate. *Azul por lo divino. Rojo por la sangre de Cristo*. Resoplo de la forma menos femenina posible. Mi madre se avergonzaría de mí—. ¿Vas a vestirte como la *Madonna* para la víspera de Todos los Santos? ¿Como en *La Madonna y el niño*? ¿La madre de Dios y Jesucristo?

—¿Te puedes creer que Dimitri se niega a participar? —Con el traje a remolque, Odessa se arregla el pelo mientras *monsieur* Marc la conduce a la trastienda. Me guiña un ojo con complicidad—. Cuando llegue con el carruaje, es imperativo que lo convenzas de que será un adorable bebé recién nacido. Con su agudo intelecto, ya estará a mitad de camino. Imagínatelo en pañales.

Riendo, *monsieur* Marc cierra la puerta y pone fin a nuestra conversación.

Dejándome sola en una tienda llena de vampiros silenciosos.

Boris se mueve como una ráfaga y extiende la cola del traje de *monsieur* Dupont —del color del oro fundido, la tela tan elegante que parece líquida—, que llega hasta la puerta de la tienda. Lo rodeo con cuidado, demasiado consciente de los ojos oscuros de *monsieur* Dupont sobre mí. Sobre su delicada cabeza descansa una corona en forma de rayos de luz.

Nunca he podido tolerar el silencio por mucho tiempo.

—Su disfraz es increíble —le digo con una sonrisa tímida—. Parece el sol. —Cuando veo que no responde nada, que solo me mira, me aclaro la garganta y empiezo otra vez—. Por supuesto, no tiene ni idea de quién soy, lo cual hace que esto sea bastante inapropiado, ¿no es así? Mis disculpas. Por favor, permita que me presente. Me llamo Célie Tremblay, y…

Con una voz tan oscura y suave como su piel, dice:

—Sé quién eres.

Boris y Romi intercambian una mirada cautelosa.

—Ah. —Lo miro a él y a sus compañeros, y mi sonrisa se desvanece—. Ya veo…

—¿Te permite entrar en la Ciudad Vieja? —La segunda vampira, pálida, alta y esbelta, con el pelo rubio como el hielo y los labios rojos como la sangre, ladea la cabeza con curiosidad. Romi recoloca un pliegue de su suave vestido blanco. La tela parece emitir un suave resplandor y un delicado tocado negro brilla en su cabeza. Un colgante en forma de luna creciente cae sobre su frente—. ¿A su mascota humana?

Me quedo un poco rígida.

—¿Su *mascota*?

No me gusta el apodo en labios de Michal. Lo detesto con todas mis fuerzas cuando viene de ella.

—Una *chasseur* —dice *monsieur* Dupont, cuya expresión resulta ilegible—. Una cazadora.

—¿Por qué ha traído a una *cazadora* a Requiem? —sisea la tercera vampira. Sus rizos negros como un cuervo caen desordenados y salvajes por su figura redondeada y voluptuosa, y el corpiño de su vestido es ajustado y transparente, de la tonalidad de una paloma gris pero iridiscente, con diamantes cosidos en forma de telaraña. Parecen estrellas.

Porque son estrellas, me doy cuenta con un irritante e irracional interés.

Juntos, estos vampiros representarán a los tres astros en la víspera de Todos los Santos. También parece que quieren matarme. Y, de repente, me niego a admitir que soy una prisionera, una mascota, mientras ellos me mangonean con sus preciosos trajes y sus rostros más encantadores aún. Me obligo a sonreírles uno por uno.

—Soy una invitada en casa de Michal. Volveré a mi hogar después del baile de máscaras de la víspera de Todos los Santos.

No debería haber dicho eso.

Al instante, la vampira del pelo negro sisea, y los labios de su compañera rubia platino componen una mueca. Me obligo a permanecer exactamente donde estoy. *Nunca huyas de un vampiro*.

—¿Te ha invitado a la celebración de la víspera de Todos los Santos? —pregunta la primera, indignada.

—¿No debería haberlo hecho? He visto humanos en el mercado.

—Como esclavos —gruñe—. Nunca invitados.

—Priscille. —*Monsieur* Dupont apoya una mano ancha sobre su hombro antes de volver esos ojos insondables hacia mí. Aunque no se muestra abiertamente hostil como Priscille, tampoco es exactamente amable—. Ten cuidado, humana, porque no somos el rey Vasiliev o su familia. No gozamos de la bendición de celebrar con nuestros parientes la víspera de este día de Todos los Santos.

Trago saliva y echo un vistazo en dirección a la trastienda.

—¿Oh?

—*Oh*. —Priscille se irrita bajo la mano de *monsieur* Dupont—. Vampiros de todo el mundo deberían estar llegando ya a Requiem. Sin embargo, este año Michal ha cerrado nuestras fronteras. Sin su bendición, nadie entra, y nadie sale.

—Excepto tú, por supuesto —dice la rubia con frialdad—. ¿Intentarán tus hermanos seguirte hasta aquí?

—No… Apenas si soy una *chasseur*, *mademoiselle*.

—Me pregunto si, aun así, sabrías igual que uno.

—Juliet —advierte *monsieur* Dupont—. Aquí no.

Aquí no. Se me seca la boca. No ha dicho *nunca*.

Pero seguro que Odessa y *monsieur* Marc todavía pueden oírnos; seguro que intervendrán si me encuentro en verdadero peligro. Mi mirada aterriza de nuevo en su puerta. Aunque una tienda llena de vampiros enfadados no es lo ideal, tal vez su odio por Michal pueda jugar a mi favor. Al

fin y al cabo, un enemigo de mi enemigo es un amigo.

—¿Por qué ha cerrado las fronteras?

Monsieur Dupont niega despacio con la cabeza.

—No discutimos dichos asuntos con los humanos.

—¿Y por qué no deberíamos? —Priscille le aparta la mano de su hombro—. Michal se burla de su propio gobierno a pesar del peligro que conlleva para su pueblo, y aun así ¿espera que lo sigamos a ciegas? Me parece que no. —Levanta la nariz, con las fosas nasales ensanchadas—. En mi opinión, ya no es él mismo. Sus sirvientes han empezado a susurrar, Pierre. Hablan de sucesos extraños en el castillo, de su reclusión e inquietud. Hablan de *fantasmas*.

—*Tú* no deberías hablar de ellos, Priscille.

—Mi primo incluso ha oído que ha invitado a la *Dame des Sorcières* y a la *Princesse Rouge* al baile de máscaras de la víspera de Todos los Santos. ¿Te imaginas? ¿Brujas caminando por las calles de Requiem, creyéndose nuestras iguales? ¿Qué ha pasado con nuestro santuario, nuestro *secreto*? —Me mira con un desdén fulminante—. No quería creerlo, pero ahora me temo que debe de ser cierto: Michal está verdaderamente desquiciado, y ya no me siento segura aquí.

Juliet sacude la cabeza con disgusto.

—Los *chasseurs* seguirán a su cazadora. Recordad lo que os digo. Cuando el hechizo desaparezca en la víspera de Todos los Santos, vendrán con sus espadas de…

Monsieur Dupont habla en un tono más afilado que antes.

—*Juliet*…

—¿Y cómo puede Michal protegernos? —El desdén retuerce el precioso rostro de Priscille—. Ni siquiera pudo proteger a su propia hermana…

La puerta de atrás se abre de repente con un fuerte golpe y Odessa aparece en el umbral, inmóvil, menuda y absolutamente aterradora. Ya no sonríe. *Monsieur* Marc aparece detrás de ella, en silencio y con expresión grave.

—No es necesario que me prestéis atención, queridos —dice, en un tono ligero y engañosamente agradable. Se me eriza el vello de la nuca—. Por favor, continuad. Me interesa mucho seguir escuchando esta *fascinante* conversación.

Monsieur Dupont le dedica una inclinación de cabeza y enseña los dientes a Priscille y a Juliet cuando estas no lo imitan de inmediato. Juliet esboza una mueca de dolor antes de dejarse caer en una reverencia. La atención de Odessa se centra en Priscille, que continúa de pie en la plataforma con la espalda bien recta y un ademán orgulloso en los hombros. Boris y Romi se alejan de ella muy despacio, con las miradas fijas en el suelo.

—¿Lo desafías, Priscille? —pregunta Odessa—. ¿Debo convocar a nuestro rey?

Con los ojos muy abiertos, observo cómo Priscille aprieta la mandíbula y se niega a romper el contacto visual con Odessa. Todo esto me parece terriblemente importante —y terriblemente *estúpido*—, como si estuviera presenciando los últimos momentos de vida de esta criatura inmortal. Si Michal estuviera aquí en lugar de Odessa, Priscille ya estaría muerta. Haciéndose eco de mis pensamientos, todavía en plena reverencia, *monsieur* Dupont murmura:

—No te precipites, *mon amie*. Ríndete ahora.

Priscille traga con furia.

—Michal no es apto para liderarnos.

—¿Y tú sí? —le pregunta él.

—Puede.

La sonrisa de Odessa se endurece.

—Cuidado con vuestras palabras, celestiales. Cientos han desafiado a Michal durante los mil años de su reinado, pero solo queda él, porque el sol, la luna y las estrellas no existen en Requiem. Aquí solo hay oscuridad, y la oscuridad es eterna.

Un escalofrío inexplicablemente entusiasta recorre mi cuerpo al oír esas palabras. Puede que *sí* sea una inmoral. Porque no consigo apartar la mirada de Priscille, de Odessa, de la palpable amenaza de violencia entre ambas. Si la situación escala mucho más, es posible que Odessa no espere a Michal. Podría deshacerse de Priscille con sus propias manos y yo… bueno, sencillamente no logro conjurar el horror adecuado ante la perspectiva.

Me inclino hacia delante y aguardo con gran expectación a que Priscille responda.

Cuando una mano pequeña me agarra por el codo, me pongo tensa y siento el corazón en la garganta. *Monsieur* Marc tose deliberadamente.

—Vamos, *papillon* —dice en un tono inusualmente tranquilo—. Es mejor no escuchar ciertas conversaciones, y he preparado tu ajuar en la trastienda. Por favor, espera allí a que me reúna contigo.

No me permite protestar, sino que me empuja hacia delante con una fuerza que contradice la blancura de su pelo. Ni un solo vampiro de los que se encuentran en la habitación hace algo para reconocer mi presencia cuando pasamos junto a ellos. Odessa y Priscille siguen enzarzadas en un silencioso desafío incluso cuando *monsieur* Marc cierra la puerta a mi espalda.

Resisto el impulso de apoyar la oreja contra la puerta y echo un vistazo al pequeño cuarto. Me doy cuenta de que es su despacho. Decenas de cajas de ropa se esparcen sobre su escritorio, debajo de la silla y sobre la alfombra en un caos organizado, y unas cintas esmeraldas adornan cada una de ellas con un bonito lazo. Cuando las miro, me recorre una inesperada oleada de afecto. Son del mismo tono exacto que la cinta que llevo en la muñeca.

—Mi hermano sufre de esa única maldición para la que no hay cura —reflexiona D'Artagnan desde una cesta semioculta detrás de la puerta. Sobresaltada, me giro justo cuando él bosteza, se estira con parsimonia, completamente despreocupado, y se sienta para lamerse la pata mientras menea la punta de la cola—. Los sentimientos.

Aunque entorno los ojos, resisto la tentación de tirar de mi manga hacia abajo para tapar mi propia cinta. Porque no tengo nada de lo que avergonzarme y, además, esta pequeña y desdeñosa criatura y sus opiniones no me gustan demasiado. Siempre he sabido que los gatos son bastante distantes, por supuesto —con la excepción de los de esta isla—, pero este se lleva la palma.

—Preocuparse por alguien no es el peor de los pecados.

Hace una pausa para lamerse la pata trasera antes de levantar la mirada hacia mí.

—¿Es eso lo que crees que está pasando? ¿Que los vampiros se preocupan por ti?

—No sea absurdo…

—Ah, bien. Entonces estamos de acuerdo. —Vuelve a lamerse de una forma bastante ofensiva, procurando enseñarme sus cuartos traseros—. Por un momento, me he preocupado, pero sería bastante absurdo, incluso delirante, que cualquiera de nosotros fingiera que un vampiro tiene en mente lo mejor para ti. Incluso tu apreciado *monsieur* Marc me envenenó en un arrebato de mal

genio, y compartimos el mismo útero.

Sin pretenderlo, mi mirada se desliza hasta la puerta de la tienda, pero del otro lado no llega ningún sonido. No hay pasos. No hay voces. No hay gritos de angustia, ni de rebeldía. Puede que los vampiros celestiales hayan abandonado la tienda sin presentar pelea, o tal vez —y esto es más probable—, simplemente no puedo oírlos; al fin y al cabo, *monsieur* Marc admitió haber coqueteado con una bruja. Puede que sobre esta puerta pese un hechizo y ellos tampoco puedan oírme a mí, lo que significa…

Me acerco al desordenado escritorio y empujo a un lado las cajas que hay sobre él con todo el disimulo posible.

No estaría de más echar un vistazo. Aunque mi registro del despacho de Michal no me haya permitido recuperar mi cruz de plata, ha sido útil de todos modos, y *monsieur* Marc no parece tan escrupuloso con sus pertenencias como el benévolo gobernante de Requiem. Después de todo, envenenó a su hermano vampiro. ¿Podría seguir en posesión de lo que sea que usó? ¿Arsénico en polvo? ¿Bayas de belladona?

¿Excrementos de rata?

Por favor, que sean excrementos de rata.

—Sedujiste a la esposa de tu hermano. —Decido adoptar un tono informal mientras paso la mano por el frasco de cristal lleno de tinta y la pluma de pavo real, en busca de algo que se salga de lo ordinario. Un retrato rudimentario de dos adolescentes, asumo que de las hijas de *monsieur* Marc, está enmarcado con orgullo detrás de una carpeta de cuero llena hasta los topes de bocetos —. Tenía razones de sobra para enfadarse contigo.

—Ya, bueno, me robó mi pañuelo de bolsillo favorito.

Detengo la mano en el tirador del cajón del escritorio y alargo el cuello para mirarlo con incredulidad.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no?

—¿Destrozaste el matrimonio de tu hermano porque te robó tu pañuelo de bolsillo favorito? —Niego con la cabeza y retomo mi búsqueda, ahora buceando en el cajón de *monsieur* Marc—. Eso es despreciable, D'Artagnan. Deberías avergonzarte de ti mismo, como vampiro y como gato.

—Ojo por ojo… Aunque, si insistes, te diré que no fue su matrimonio lo que destrocé. Su esposa humana murió mucho antes de que ninguno de nosotros se convirtiera en vampiro, y ella nunca consintió tales payasadas.

Sus grandes ojos ambarinos parpadean con disgusto al mirarme y, aunque no tiene forma de saberlo —no puede leer la *mente*—, un asomo de duda se extiende por mi pecho en respuesta. No. De *vergüenza*. Hace solo unos minutos, he disfrutado de la idea de Odessa haciendo daño a esa vampira celestial, de modo que ¿quién soy yo para amonestar a D'Artagnan por su comportamiento?

Siento un nudo en la garganta al darme cuenta.

Necesito escapar de esta isla lo antes posible.

Como si realmente sintiera mis sombríos pensamientos, D'Artagnan dice:

—Por seguir hablando de comportamientos despreciables, ¿ha guardado mi hermano tu ajuar en su escritorio? ¿Hay, tal vez, un vestido de noche doblado entre los sobres?

Casi me agarro los dedos con el cajón del escritorio cuando me apresuro a cerrarlo.

—Por supuesto que no —digo rápidamente (*demasiado* rápidamente), y me detesto por ello mientras esbozo una amplia sonrisa, acaricio la caja de ropa más cercana con una mano y me guardo la hoja de pergamino en blanco en el bolsillo con la otra. Susurra contra el tintero y la pluma de pavo real que ya están ahí guardados—. Solo esperaba echar un vistazo a mi disfraz antes de la víspera de Todos los Santos. ¿Está aquí en la tienda? ¿Lo ha terminado?

Si un gato pudiera poner los ojos en blanco, este lo haría.

—Como mínimo, ten el sentido común de robar algo más que una pluma.

—¿Cómo dices?

—No te sienta bien hacerte la estúpida. —Al fin termina de limpiarse y me otorga su total y francamente inconveniente atención—. Adelante, pues. No te detendré. Supongo que pretendes conseguir un arma para algún disparatado intento de huida, sin darte cuenta en ningún momento, por supuesto, de que ningún arma en esta tienda puede ayudarte.

Ahora es mi turno de dedicarle toda mi atención. Porque no ha dicho *ningún arma en general*; ha dicho *ningún arma en esta tienda*, y D'Artagnan no me parece de los que hablan sin pensar.

—Para tu información, tengo un plan —le digo—. O, al menos —abandono todos los intentos de sutileza y abro el gabinete junto al escritorio para ampliar mi búsqueda—, estoy en proceso de idear uno, y no es disparatado en absoluto. Es bastante sencillo, en realidad.

—¿Tiene que ver con la pluma y la tinta que te has guardado en el bolsillo?

—Es posible.

—Entonces lamento informarte, niña estúpida, de que no hay nada sencillo en enviar una carta desde Requiem.

Me desplazo a toda velocidad hacia la estantería y saco los libros uno a uno con la esperanza de descubrir algo. Un paquetito lleno de polvo, tal vez, o una palanca secreta.

—Sandeces. ¿Acaso no tenéis una pajarera?

—Por supuesto que la tenemos, pero se encuentra en la costa norte de la isla, que, en caso de que asuntos tan triviales como la revuelta y la rebelión hayan escapado a tu atención, ya no es segura. La inquietud invade las calles, y los ciudadanos ansían un mártir. Sin la protección de Michal, serás. . . marcada.

Marcada.

Esa palabra debería erizarme el vello de la nuca, pero devuelvo el último libro a su estante antes de girarme para inspeccionar el resto de la habitación y recorrer el reducido espacio con ansiedad. A pesar de la bastante inesperada advertencia de D'Artagnan, aquí no hay ninguna auténtica salvaguarda. Michal me marcó en el instante en que vio la capa escarlata de Coco. No estoy más *segura* con él que en las calles.

Me arrodillo y empiezo a palpar las tablas del suelo con creciente desesperación.

Monsieur Marc y Odessa podrían interrumpir esta pequeña charla en cualquier instante, y aunque no lo hagan —lanzo la mirada hacia la puerta trasera, donde el primero organiza los pedidos—, Dimitri no tardará en llegar. Araño la madera con los dedos mientras la decepción alza su fea cabeza. Puede que D'Artagnan no pretendiera en absoluto insinuar la existencia de un arma secreta, o tal vez sí y ahora se esté deleitando al verme gatear a cuatro patas.

—Te estás estropeando el vestido —dice con desdén— y además pareces la pequeña cerillera.

¿Conoces el cuento? Solía leérselo a mis sobrinas todas las noches. Habla de las esperanzas y los sueños de una niña moribunda…

—Aunque aprecio tu preocupación, D'Artagnan —le digo entre dientes—, no me importa mi vestido, y no necesito tus ánimos. Avisaré a mis amigos de lo que les espera aquí. No espero que lo entiendas, por supuesto, pero… —Capto un destello brillante por el rabillo del ojo y me detengo en seco. Me giro bruscamente hacia la parte inferior del escritorio de *monsieur* Marc. Con los ojos entrecerrados durante un segundo, dos, me inclino más cerca para investigar. *Qué raro*. Largo, afilado y estrecho, parece ser una especie de… de *alfiler*, salvo que…

No.

Me incorporo con los ojos abiertos como platos, me golpeo el cráneo contra el escritorio y casi me caigo de rodillas otra vez, agarrándome la coronilla entre lágrimas. Porque no es en absoluto un alfiler.

Es una *estaca*.

Y no es una estaca cualquiera. Es una estaca de *plata*, y no sé si llorar de dolor o de vértigo, de preocupación o de júbilo. Sea como fuere, apenas importa; saco el arma de su escondite y resisto el impulso de besar a D'Artagnan en toda su cara de cascarrabias. Porque ya no me cabe ninguna duda, si *monsieur* Marc ha tomado tantas precauciones para ocultarla, esta estaca debe de ser peligrosa. La *plata* debe de ser peligrosa.

—Lo sabía. —Todavía un poco mareada, todavía agarrándome la cabeza, doy vueltas entre las cajas antes de acordarme de la tinta, la pluma y el pergamino que llevo en el bolsillo y volcarlo todo sobre el escritorio—. Lo *sabía*.

—Ay, querida. —Sin embargo, para mi sorpresa, D'Artagnan no hace ademán de moverse para arrebatarme la estaca de la mano o alertar a los vampiros de al lado de mi recién descubierta arma. En vez de eso, amasa el borde de su cesto de modo desapasionado—. Parece que has encontrado mi estaca.

—¿Tu *estaca*?

—Me insultas, *mademoiselle*. Si mi hermano no me hubiera envenenado esa mañana, yo le habría clavado la estaca esa misma noche. En efecto, el plan ya estaba en marcha.

—Despreciable —repito mientras sacudo la cabeza, pero ya no me siento implicada en la conversación. No, mi corazón vuela ahora por el pergamino al mismo tiempo que mi mano cuando por fin, *por fin*, pongo mi plan en marcha.

Coco,

No debes venir a Requiem. El asesino está aquí, un vampiro llamado Michal Vasiliev. Bebe la sangre de sus víctimas y tiene la intención de matarte en la víspera de Todos los Santos. Armada con plata, yo misma no estoy en peligro inminente. Por favor, sé que escaparé de este lugar despreciable, y pronto os veré a todos en Cesarine.

Con todo mi amor,

Célie

Tras el último trazo de mi pluma, D'Artagnan sale lánguidamente de su cesto, bosteza una vez más y se pasea hasta la puerta de las entregas.

—¿Qué haces? —pregunto, suspicaz, mientras doblo el pergamino en cuatro pliegues antes de metérmelo en el corsé junto con la estaca—. No vas a venir conmigo.

—Por supuesto que sí. —Se estira hacia arriba para agarrar el picaporte de la puerta y el aire fresco de la noche se cuela entre nosotros cuando la abre a las sombras del callejón—. Al fin y al cabo, una vez vampiro, siempre vampiro.

Frunzo el ceño a sus espaldas y lo sigo en silencio fuera de la tienda.

—¿Qué significa eso?

Agita la cola en la oscuridad como el *feu follet* de las leyendas. Como un mal presagio.

—Que disfruto bastante del olor de la sangre.

Capítulo 24

Ma douce

La expectación aumenta en mi pecho cuando D'Artagnan me conduce hacia la gárgola de siete colas, aparta la hiedra bajo ella y se agacha para pasar por la grieta que hay en la pared. Tal vez sea una tontería sentirse así de… *optimista* después de su advertencia, pero la ciudad parece diferente ahora. Se me escapa una risotada dura, casi dolorosa, mientras nos abrimos paso entre los arbustos al otro lado del muro y nos adentramos en la ancha calle que hay más allá. Aquí, los colores —el amarillo de las calabazas, el ámbar de los ojos de D'Artagnan— parecen más intensos que antes, preciosos y saturados, mientras que la sal en el aire sabe más fuerte, y el lejano retumbar de un trueno promete otra tormenta.

Pero no todavía.

Las calles están muy tranquilas esta noche. Pacíficas, incluso. La misma luna se asoma desde detrás de unas nubes, brillando sobre los adoquines mojados, y una gata negra nos sigue mientras cruzamos hacia otra calle. Cuando ronronea al rozarme las faldas, sé en lo más hondo que ha llegado. Este es mi momento. Meto una mano en el bolsillo de mi falda y compruebo dos veces que la carta doblada siga ahí. Cuando D'Artagnan arquea la espalda y sisea, asustando a la pobre criatura para que se aleje, me cercioro tres veces de que llevo la estaca en el corsé.

—Eso no era necesario —le susurro—. No estaba haciéndole daño a nadie.

Él adopta un aire engreído.

—Lo sé.

Sacudo la cabeza y echo un vistazo al paisaje que nos rodea para orientarme, y gracias a Dios que la Ciudad Vieja se halla en el pico más alto de la isla. Desde aquí, justo fuera de la muralla, alcanzo a ver toda Requiem a nuestros pies. D'Artagnan ha dicho que la pajarera se encuentra en la costa norte, lo que significa… Me doy la vuelta y entorno los ojos a la luz de la luna. *Allí*. La distingo a duras penas, junto a la playa rocosa.

Tras una lenta exhalación, memorizo las estrellas sobre ella: una constelación llamada Les Amoureux. La misma estrella forma la punta de la cola de la serpiente y el ala de la paloma. Permito que me guíe cuando me adentro en la ciudad y pierdo de vista la pajarera.

Beau cambió el nombre de la constelación como regalo de bodas para Lou y Reid el verano pasado.

Una punzada de anhelo me recorre ante el recuerdo, pero la aparto a un lado. La entierro profundamente. Nada puede frustrar mis esperanzas esta noche, ni la lluvia, ni mucho menos el arrepentimiento.

Este es mi momento.

Después de mandar esta carta, volveré a la gruta de Michal y esperaré.

Aunque la luz de las velas parpadea en las tiendas a derecha e izquierda, agacho la cabeza y resisto la tentación; paso a toda prisa ante la librería y la perfumería, miro solo un par de veces por encima del hombro los collares de diamantes y perlas expuestos en la joyería. Puede que los celestiales estén distrayendo a Odessa por el momento, pero acabará percatándose de mi ausencia. Acelero el paso y le dedico un asentimiento cortés a un caballero que pasa por mi lado, quien se quita el sombrero ante mí con expresión de curiosidad. Tiene la cara blanca como el hueso.

Mantengo mi ritmo tranquilo y mesurado y me niego a mirar hacia atrás. Me niego a darle una razón para detenerse, para hablar conmigo. Por lo que él sabe, no he hecho nada malo; soy una simple mascota humana dando un paseo a la luz de la luna, perfectamente vulgar y aburrida. ¿Cómo lo ha expresado Priscille? Como una esclava. Espero varios segundos más. Cuando ninguna mano fría me agarra del brazo, giro un poco la barbilla y suelto un suspiro de alivio al ver la calle vacía detrás de mí.

—¿Te lo estás pensando mejor? —murmura D'Artagnan—. No es demasiado tarde para dar media vuelta.

—Eso te gustaría, ¿a que sí?

—En absoluto. —Se frota de lado contra una gárgola, perfectamente satisfecho—. ¿Por qué privarme de este entretenimiento? No hay nada tan satisfactorio como ser testigo de un plan que sale mal, aunque no es que lo tuyo cuente como plan, por supuesto. Una carta y una estaca parecen más una despedida. —Se abalanza sobre una hoja errante—. Siempre he imaginado mi propio canto del cisne con algo más de pompa y circunstancia… puede que vestido de alta costura, con las amígdalas de mi hermano en la mano.

—Precioso.

Ninguna otra criatura se cruza en nuestro camino mientras continuamos descendiendo por las empinadas calles.

Parece que la multitud de los mercados inferiores también evita deambular cerca de la Ciudad Vieja. Una ventaja, me digo, asintiendo y caminando más deprisa todavía. Sería mucho más difícil mantener el secreto si tuviera que abrirme paso entre el ajetreo y el bullicio de brujas, hombres lobo y sirenas cerca de los muelles. Aun así… Echo un vistazo a nuestro alrededor. Según Odessa, los vampiros se levantan al alzarse la luna. ¿No debería haber más en las calles esta noche, examinando estas lujosas tiendas cerca de la muralla? Seguro que no todos los vampiros residen en el interior de la Ciudad Vieja. Dimitri afirmó que solo los linajes más venerados y respetados vivían dentro.

Un gélido presentimiento me aguijonea la nuca.

Puede que… los vampiros *estén* aquí. A lo mejor simplemente no puedo verlos.

Como en respuesta, en la alcoba en sombras al otro lado de la calle capto un movimiento que hace que me ponga tensa y me saque la estaca de plata del corsé. Pero… no. Vuelvo a relajarme y siento que me arden las mejillas. La pareja —un hombre y una mujer— parecen estar enzarzados

en un abrazo apasionado, demasiado ocupados el uno con la otra para reparar en nosotros. Sus caderas se mueven en sincronía. Incluso para mis oídos humanos, la respiración del hombre suena laboriosa e irregular, y cuando la mujer se aleja, él gime y cae de lado, con la sangre chorreándole por el pecho. El corazón me da bandazos en la garganta. No es un abrazo en absoluto. La mujer se está *alimentando* de él, y el hombre parece estar muriendo.

—*Quelle tragédie* —ronronea D'Artagnan.

Contengo la respiración, lo empujo hacia delante y paso de puntillas tan silenciosamente como me resulta posible. Tardo varios minutos en ralentizar los latidos de mi corazón, en volver a centrarme en mi objetivo. No puedo salvar a ese hombre, no puedo salvar a la víctima de Michal de esta noche, pero puedo salvar a Coco. *Salvaré* a Coco, y también me salvaré a mí misma.

Siento la estaca resbaladiza en la palma de mi mano cuando otro caballero cruza la ciudad. Se limpia la sangre de la comisura de la boca con un pañuelo de seda y una mueca lasciva, sus brillantes dientes largos y blancos.

—*Bonsoir, ma douce.*

—Buenas noches, *monsieur*. —Agarro la estaca con más fuerza y me la escondo en la falda mientras paso por su lado. Al ver que continúa mirándome mientras la brisa le alborota su cabello, oscuro como un cuervo, me obligo a dedicarle una sonrisa agradable y murmuro—: Una noche preciosa, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí.

Me observa mientras giro en la esquina, pero, por suerte, no me sigue.

—¿Lo ves? —le pregunto a D'Artagnan con un optimismo tenso. Excepto porque se me pone la piel de gallina en los brazos, en las piernas y la presión empieza a acumulárseme en los oídos con cada latido errático de mi corazón. Me esfuerzo por controlar mi miedo, por estabilizar mi respiración, a medida que el color desaparece de la calle que nos rodea—. Si algún vampiro quisiera morderme, habría sido ese, y era un perfecto caballero…

—Excepto por la sangre que tenía en el cuello —dice Mila en tono agudo. Me sobresalto violentamente cuando se materializa a mi lado, con los ojos entrecerrados y… y furiosa.

—¡Mila! —Mis propios ojos escanean nuestros alrededores mientras el reino de los espíritus se asienta por completo, y retrocedo un paso antes de resbalar un poco con la ceniza e intentar no parecer demasiado decepcionada. Ahora sí que se digna a hablarme—. ¿Qué estás…?

—Sería mejor preguntar: ¿qué eres tú, Célie Tremblay? ¿Crees que estás siendo *valiente*, escapándote de los demás? ¿Crees que estás siendo lista? —Cuando me muevo para rodearla, se coloca a toda velocidad frente a mí, y me estremezco ante la desagradable sensación helada de su piel contra la mía—. Y pensar que te tenía por alguien inteligente.

—Yo también me alegro de verte. —Levanto la barbilla e ignoro las ardientes chispas de enfado que siento al escuchar sus palabras. Esbozo una sonrisa con la que le enseño los dientes y echo a andar por la calle. Más adelante, la sombra de la pajarera se cierne más cerca que antes, más grande. Clavo la vista en su silueta y me niego a mirar a Mila. No permitiré que arruine el plan. Coco, Lou, Jean Luc, Reid, ya casi están a salvo. *Ya casi estoy allí*—. Gracias por haberme hablado de tu *hermano*, por cierto. Aprecié mucho esa mentirijilla por omisión.

Junta las cejas en un gesto de sorpresa. La he sorprendido. *Bien*.

—No mentí —dice, recuperándose a toda velocidad y cuadrándose de hombros—. Te dije mi

nombre. No es mi culpa que no lo reconocieras.

—Qué modesta. Debe de ser cosa de familia. —Aprieto el paso, ansiosa por escapar de ella—. Sin embargo, estoy bastante ocupada en este momento, así que si me disculpas…

—Pues claro que *no* te disculpo. ¿Qué haces aquí fuera y sola?

D'Artagnan se aclara la garganta, sale de las sombras y nos sorprende a las dos.

—Hola otra vez, Mila.

—D'Artagnan. —Si es posible, la expresión de Mila se endurece aún más y ahora de verdad parece hecha de piedra, pero su frío saludo solo confirma mis sospechas: D'Artagnan *puede* ver fantasmas, lo que significa que no estoy tan sola aquí como temía. No tan *equivocada*. El hecho de comprenderlo me inunda de una extraña sensación de afinidad con la bestial criaturilla—. De entre todos los entrometidos, debería haber sabido que estarías aquí. —La voz de Mila gotea con acusación—. ¿Asumo que has sido *tú* quien la ha animado a hacer esto?

D'Artagnan se frota lánguidamente contra una farola.

—Las razones son suyas.

Ella levanta las manos y corre tras de mí, exasperada.

—¿Y bien? ¿Cuáles son?

—Preferiría no comentarlas contigo.

—Y yo preferiría no estar muerta, pero aquí estamos —espeta—. ¿Acaso Michal no te ha dejado claro lo peligroso que es este lugar? Cuando acordamos que te irías de la isla, supuse que te referías a *viva*.

—Escucha, Mila —le digo en tono seco, prácticamente corriendo para alejarme de ella a estas alturas—. Puede que Michal sea tu hermano, pero de verdad que esto no te concierne. No puedo dejar que mate a mis amigos, y creía que tú, de entre todas las personas, lo entenderías. Está claro que quiere hablar contigo, y yo podría haber mediado entre ambos, pero te negaste a verlo. Debe de haber una razón.

Vuelve a colocarse frente a mí, más enfadada ahora.

—No estamos hablando de mí y de Michal. Estamos hablando *de ti*. —*Respuesta incorrecta*. La rodeo con la mandíbula tensa, pero se limita a seguirme como un murciélago salido del infierno—. Los vampiros *comen* personas, Célie. Solo porque mi familia te haya tratado con amabilidad —resoplo—, eso no significa que los *vampiros* sean amables. Si te topas con el tipo equivocado, ni siquiera mi hermano podrá salvarte. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo desagradable que es morir?

—Puedo hacerlo. —Levanto la barbilla, obstinada—. *Tengo* que hacerlo. —Luego, incapaz de ocultar la frustración de mi voz, pregunto—: ¿Por qué te importa? No me conoces, y tu hermano planea matarme en menos de quince días. Está claro que todavía sientes algo de lealtad hacia él, y… —La comprensión llega a mí rápida y cruel y… y *ay, Dios mío*—. ¿Es eso? ¿Te preocupa que mis amigos no vengan si muero antes de la víspera de Todos los Santos? ¿Que Michal nunca consiga su venganza?

Mila entorna los ojos una vez más. Esta vez, cuando se mueve para detenerme, se estira cuan alta es y se cierne sobre mí con una mirada tan fría y tan familiar que casi me tropiezo.

—Eres una auténtica necia —dice, y cada centímetro de ella recuerda a su hermano—, si crees que estoy aquí por venganza.

Me detengo de golpe para fulminarla con la mirada.

—¿Por qué estás aquí, entonces? ¿Para ayudar a tu hermano a elegir a sus próximas víctimas? ¿Para arrastrar a esas pobres almas al infierno?

—Mi hermano no mató a esas criaturas. Lo crees más allá de toda absolución, pero te equivocas. La salvación de Michal aún es posible. *Sé* que lo es.

Lo crees más allá de toda absolución.

Ningún regalo puede compensar las cosas que ha hecho.

D'Artagnan chasquea la lengua con desaprobación.

—¿Nos estabas espiando? —pregunto, indignada, pero cuando abre la boca para responder, me doy cuenta de que no quiero una explicación. Mila era la hermana de Michal, por supuesto que cree que merece la absolución; por supuesto que no quiere creerlo capaz de un mal tan irrevocable. Si nuestros papeles estuvieran invertidos, yo tampoco creería algo así de Pippa. Pero… no. No tengo tiempo para esto. Odessa podría llegar en cualquier momento.

Levanto la estaca de plata y digo con decisión:

—Permíteme ser clara. Incluso aunque *fuera* posible, que no lo es, nunca te ayudaría a perdonar a Michal. Si pudiera, le clavaría esta estaca de plata directamente en el pecho, para librar al mundo de su negro corazón.

—El corazón de mi hermano es muchas cosas —dice con vehemencia—, pero no es negro.

Me niego a tolerar a Mila o a su hermano ni un segundo más. Con un empujón agresivo e instintivo, me lanzo hacia delante con toda mi ira, sintiéndome justificada —*reivindicada*—, por primera vez en mucho tiempo. Siento que, a lo mejor, *podría* clavarle esta estaca en el pecho a Michal si apareciera. Mila entreabre la boca, conmocionada, cuando detrás de mí, en el velo, se produce un desgarrón rápido y brutal y salto al otro lado, alejándome así de ella, para después agarrar los bordes y obligarlos a juntarse de nuevo.

Con los ojos muy abiertos, salta hacia delante dos segundos demasiado tarde.

—¿Qué haces?

—Lo siento, Mila. Ojalá pudiéramos ser amigas.

Ella niega con la cabeza e intenta atravesar el velo a la fuerza con una mano, pero este se está reparando solo a gran velocidad, avivado por el fuego en mi pecho.

—No lo hagas, Célie, *por favor*…

—Vete.

Con un último y despiadado golpe, obligo al velo a cerrarse por completo, con lo que el camino a la pajarera queda despejado. Tomo otra respiración profunda para calmarme, aplasto mi culpa e inhalo un aire más cálido antes de poner rumbo a la pajarera. Para mi inexplicable alivio, D'Artagnan me sigue.

—A pesar de que me siento reacio a admitirlo —murmura—, eso ha sido… Bueno.

—No me habías dicho que puedes ver fantasmas.

—Tú tampoco me lo habías dicho.

Un pesado silencio desciende sobre nosotros cuando cruzamos la puerta juntos. A diferencia de la pajarera de Cesarine, esta no está construida como una enorme jaula. No. Está construida en forma de torre, alta, estrecha y ligeramente torcida, con el techo cóncavo y las paredes de piedra. Un olor peculiar inunda este lugar, uno que no logro identificar del todo, pero es probable que provenga de los pájaros. Y los hay a cientos: halcones, búhos, palomas y cuervos, y todas sus caras

quedan iluminadas por el brasero encendido en mitad de la estancia. Algunos de ellos nos miran entre parpadeos desde el interior de las jaulas, mientras que otros están posados a lo largo de la desvencijada escalera que rodea las paredes hasta la parte superior de la estructura. Por encima, unas cadenas traquetean débilmente antes de que se haga el silencio.

Observo el techo oscuro con cautela. Aunque la luz del fuego no alcanza a iluminar la parte superior de la pajarera, asumo que el cuidador ata a sus pájaros más mortíferos allí arriba, lejos de los demás. Los dedos ya me hormiguean por las ganas de liberarlos a todos. Las jaulas, las cadenas, siempre me han parecido particularmente crueles para las criaturas con alas.

Por desgracia, esta noche solo puedo liberar a una.

En silencio, sigo a D'Artagnan escaleras arriba, en busca de un pájaro más grande que haga el viaje a través del mar. Incluso D'Artagnan parece reacio a hablar en este lugar. Unas ventanas toscas perforan las paredes cuanto más alto subimos, y se oye una fuga en algún lugar por encima de nuestras cabezas. Su constante goteo se une al suave aleteo y al discreto crepitar del fuego.

Un graznido agudo y repentino en lo alto casi me detiene el corazón. D'Artagnan sisea, sube corriendo las escaleras y desaparece de la vista cuando giro la cara hacia el sonido. El cuervo de tres ojos del mercado me mira desde una jaula cerca del techo en sombras. Ladea la cabeza con curiosidad, alborota sus plumas y salta de una pata a otra. *Qué extraño*. Frunzo el ceño y empiezo a caminar hacia él mientras susurro:

—¿Cómo has acabado ahí arriba? Creía que eras la mascota de alguien.

En voz baja, D'Artagnan me dice:

—Debería sentirme insultado, ¿crees que el pájaro hablará?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Tú nunca te callas.

Vuelve a graznar en respuesta, y suena extrañamente urgente mientras continúo ascendiendo hacia la penumbra. A medida que el goteo, el goteo, el goteo del agua se oye más fuerte.

—Estás montando un escándalo terrible, ¿lo sabías? No es de extrañar que el comerciante se deshiciera de ti. —Por toda respuesta, el pájaro grazna y ataca los barrotes de su jaula. Dudo cuando llego junto a la agitada criatura.

Hay otros pájaros, pájaros mejores, que podrían entregar mi carta; sin embargo, siento una conexión inexplicable con este.

—Para —le digo con firmeza mientras saco el pergamino doblado y le doy en el pico con la punta—. Te vas a hacer daño, y tengo un trabajo para ti.

Aunque picotea mi carta con irritación, también parece entender mis palabras, porque cada vez se mueve menos y guarda más silencio mientras continúa posado en su percha. Mirándome. *Estudiándome*.

—Bien. —Lo miro con aprensión antes de volver a guardarme la estaca de plata en el escote—. Ahora voy a abrirte la jaula y *no* me vas a atacar. ¿Estamos de acuerdo?

—Esto será divertido —interviene D'Artagnan.

—Ignóralo —le digo al pájaro.

Agita las alas como dándose importancia.

Tras interpretar eso como un «sí» descorro el pestillo y abro la puerta. Cuando veo que el pájaro no se mueve, se me escapa un suspiro de alivio.

—¿Lo ves? Es muy fácil ser civilizado. Ahora —deslizo la carta en la bolsa que lleva atada al

pie—, necesito que le entregues esto a Cosette Monvoisin. —El pájaro ladea la cabeza—. ¿La *Princesse Rouge*? La encontrarás en el número 7 de la calle del Tejo en Cesarine, o en el castillo —añado, sintiéndome más estúpida con cada segundo que pasa. No obstante, si las brujas, las sirenas y los vampiros existen, seguro que este pájaro puede entregar una carta—. A menudo se queda allí con Su Majestad. O… o también podría estar más allá de Amandine. ¿Has oído hablar del Château le Blanc? No creo que esté allí en esta época del año, pero por si acaso…

El pájaro grazna varias veces para acabar con mi miseria, y antes de que me dé tiempo a agacharme, pasa a toda velocidad junto a mi cara y sale por la ventana más cercana. Lo observo marcharse con una mezcla de triunfo e inquietud. Hay algo en ese pájaro que no acaba de encajar, y no me refiero solo a su tercer ojo. De hecho, hay algo que no acaba de encajar en este *lugar*.

En un intento de desembarazarme de esta sensación, me subo a la ventana y me obligo a apreciar las vistas. Porque lo he conseguido. *Lo he conseguido*. Con un poco de suerte, el pájaro no tardará en encontrar a Coco, y mis amigos harán caso de mi advertencia. He conseguido una estaca de plata para acabar con el malvado reinado de Michal, y pronto estaré remando hacia Cesarine. Todo acabará perfectamente. Todo el mundo vivirá su «felices para siempre», igual que en los cuentos de hadas que Pip y yo leíamos de niñas. *Todos estaremos bien.*

Sin embargo, cuando el cuervo de tres ojos desaparece, mi esperanza se niega a volver. En vez de eso, una peculiar sensación se asienta sobre mi piel. Cuanto más tiempo paso aquí, más se intensifica. Dirijo la mirada a las lechuzas que aguardan a ambos lados de la ventana. Aunque les tiemblan las alas, se mantienen completa y totalmente inmóviles en sus perchas. ¿No deberían los animales, incluso los pájaros, hacer más ruido? ¿Y dónde está Odessa? ¿No debería haberme encontrado ya?

—Vamos —le susurro a D'Artagnan mientras me giro hacia las escaleras—. Deberíamos volver a la tienda de *monsieur* Marc…

Pero un suave sonido de chapoteo se ha unido al constante goteo de agua. Con el ceño fruncido, bajo la mirada hasta mis pies, donde D'Artagnan se agacha y lame un charco de…

Todo el cuerpo se me pone tenso.

Un charco de sangre.

Sin pretenderlo, levanto la cabeza para buscar el origen, y… desde la oscuridad del techo, los grandes ojos de un cadáver me devuelven la mirada. Durante lo que dura un latido, mi mente se niega a aceptar la escena: las extremidades del cadáver enredadas en unas cadenas, la garganta abierta, la boca deformada por la agonía y el miedo. Luego una gota de su sangre me cae en la mejilla. En el párpado, en los *labios*…

La realidad de la situación me aplasta, y me atraganto. En mi intento de alejarme de él, tropiezo y choco contra las jaulas alineadas a lo largo las paredes. Los búhos chillan de terror. Atrapan mi capa con sus garras y mi pelo con sus picos, pero no siento los tirones, no siento *nada*, porque la sangre del cadáver… la tengo en la boca. La tengo en la lengua, y puedo saborear su regusto amargo. Puedo… puedo…

Caigo de rodillas, jadeando, pero aquí también hay sangre. Me cubre las palmas antes de que me ponga de pie una vez más. Inunda mi visión y pinta la pajarera de rojo mientras mi mirada vuelve a aterrizar en el hombre sin pretenderlo.

No.

Detrás de él, apenas visible en las sombras, un vampiro se aferra al techo, con el cuerpo, con la *cabeza*, contorsionados de forma antinatural para mirarme. *Solo porque mi familia te haya tratado con amabilidad, eso no significa que los vampiros sean amables. Si te topas con el tipo equivocado…*

Una sonrisa irregular se extiende por el rostro del vampiro. Todavía tiene pedacitos del hombre entre los dientes, y la sangre le chorrea por la barbilla en una oscura estela carmesí.

Este es el tipo equivocado de vampiro.

Consigo volver a mover las rodillas, agarro a D'Artagnan, me giro y corro escaleras abajo.

—¿Qué estás haciendo? —Se retuerce salvajemente en mis brazos, siseando y escupiendo con indignación—. Suéltame *ahora mismo*…

—No seas *estúpido*…

Aunque busco a tientas la estaca que llevo en el corsé, solo logro hacerme un corte en el pecho antes de que el vampiro aterrice frente a mí en silencio. Sus ojos pálidos brillan hambrientos al ver el rastro de sangre en mi escote, y se relame con avidez mientras sube la mirada para volver a mirarme a los ojos en un gesto burlón, lento y perverso. Ese simple movimiento, la visión de su lujuria, de su lengua, provoca que me tambalee hacia atrás, casi delirando por el pánico.

—Me tomaré mi tiempo —promete con una voz gutural y profunda. Y le creo. *Dios*, le creo, y debería haber hecho caso a Mila, a D'Artagnan, a Odessa y a Dimitri, incluso a Michal.

¿Entiendes lo desagradable que es morir?

Cuando se lanza a por mí, no me paro a pensar.

Sencillamente, salto.

El suelo acude a mi encuentro a toda velocidad, pero doblo las rodillas y junto los pies para prepararme para el impacto. Durante el entrenamiento, Jean Luc me enseñó cómo caer. Me enseñó a relajar los músculos, a aterrizar primero sobre los dedos de los pies, a hacer otras cien cosas que olvido en el instante en que mis pies chocan contra el suelo. El dolor me estalla por todas las piernas y me inclino hacia delante para rodar y aterrizar con fuerza sobre el codo. El hueso se rompe al instante. Con un aullido, D'Artagnan salta de mis brazos y atraviesa la puerta abierta a la carrera. Aunque la risa cruel del vampiro crea eco por encima de mi cabeza, me yergo mientras el suelo tiembla y se balancea bajo mis pies.

Tengo el codo roto. También el tobillo izquierdo. La fuerza de la colisión ha provocado que la estaca me resbalase más abajo por el pecho, y la sangre corre libre por mi corpiño. Sin embargo, por alguna especie de milagro, sigo viva; *he sobrevivido*. Me apoyo en el brasero y me arranco la estaca de la piel con el brazo bueno. No puedo correr, pero no moriré aquí. *Aún no*.

—¿Dónde le gustaría, *monsieur*? —le pregunto con los dientes apretados mientras levanto la estaca. Unos puntos negros inundan mi visión. La boca me sabe a sangre—. ¿Ojos, orejas, nariz o ingle?

Se deja caer al suelo, junto al brasero. Aunque me preparo para su ataque, nunca llega.

En vez de eso, su mirada aterriza en algún punto por encima de mi hombro y su sonrisa lasciva desaparece al ver lo que tengo detrás. Aprieto los dedos alrededor de la estaca ensangrentada. Apenas me atrevo a albergar esperanza. Apenas me atrevo a *respirar*. Me giro despacio y sigo la dirección de su mirada a través de la pajarera, pero no es Odessa quien está cruzando la puerta. No es *monsieur* Marc, ni Dimitri ni tampoco Michal.

No.

Los dos caballeros de la calle se descubren ante mí, devastadoramente atractivos, seguidos por la mujer del amante. Los tres contemplan la sangre de mi pecho con un hambre palpable.

—Ay, querida. —Desplegando su pañuelo con dedos largos y gráciles, el vampiro de pelo negro chasquea la lengua con simpatía. Su sonrisa, sin embargo, es pura maldad—. Pareces estar sangrando.

Capítulo 25

Un afrodisíaco natural

El vampiro que tengo al lado gruñe, con cada músculo del cuerpo tenso y tirante.

—Yo la he encontrado primero —les dice a los demás, y su voz gutural baja otra octava. Ahora resulta casi ininteligible. La sangre todavía le gotea por la barbilla, y me trago la bilis al verla. Al *olerla*—. Es mía.

Los ojos del vampiro de pelo negro no se despegan de mi rostro en ningún momento. Su pañuelo sigue extendido.

—Sandeces. La marqué en la calle hace media hora. —Me mira y ronronea—: Ignora a los demás. Ven a mí, *ma douce*, antes de que desperdicies otra gota de ese delicioso icor. Te quitaré el dolor.

Me quitará el dolor.

Las palabras me resultan deliciosas, encantadoras, cálidas y… y *convincentes*. Cuando la mente se me empieza a vaciar y los pies se me empiezan a mover, aparto la mirada con un gran esfuerzo y me agarro al borde del brasero. El dolor me recorre toda la pierna y el brazo, pero me obligo a sentirlo, a mantener el control, y fijo la mirada con determinación en mis nudillos raspados. No puedo correr. Ni siquiera puedo caminar. La estaca se me sigue clavando en la palma, pero las posibilidades de apuñalar a un solo vampiro ya eran escasas; las de apuñalar a cuatro son inexistentes. La realidad de la situación me supera y las rodillas amenazan con cederme.

Al final voy a morir aquí.

Solo me queda rezar para que Coco reciba mi nota.

—Odessa llegará en cualquier momento. —Me balanceo sobre los pies y miento descaradamente—. Estaba acabando de cerrar cierto asunto con *monsieur* Marc, pero ha dicho que no tardaría. No querréis enfadarla. —Lo último lo digo con tanta bravuconería como puedo reunir. Es lo que haría Jean Luc, y también Lou, Reid y Coco. Mirarían a la muerte de frente y a lo mejor hasta se reirían de ella antes de adentrarse en el más allá con la cabeza bien alta.

Me obligo a levantar la barbilla cuando la mujer frunce el ceño.

—Por suerte para mí, solo tardaré un momento. —El segundo caballero se quita el sombrero y los guantes y los deja sobre la jaula más cercana—. Sin embargo, por desgracia para todos los demás implicados, la etiqueta dicta que perteneces al primer vampiro que te marcó, y te he estado

rastreando desde que saliste de ese agujero de la Ciudad Vieja. ¿En qué estabas pensando?

El vampiro salvaje se mueve para quedar medio agachado antes de que me dé tiempo a responder.

—Prefiero mandar al cuerno la etiqueta.

El segundo caballero echa un vistazo al techo —al cadáver mutilado que todavía cuelga muy por encima de nosotros— con expresión de disgusto.

—Resulta evidente.

—Caballeros —dice la mujer con cautela—. Ella no parece dispuesta.

—No me importa —repite el vampiro salvaje con un gruñido mientras sigue agachándose.

El vampiro de pelo negro suspira con resignación.

—Seamos civilizados. La etiqueta es subjetiva, por supuesto, pero aun así odiaría acabar con otros vampiros. La chica no ofrece más que un bocado, apenas lo suficiente para satisfacernos a cualquiera, así que tal vez podamos *compartirla*. Personalmente, prefiero la arteria femoral del muslo. —Se relame los labios mientras me mira las piernas y se acerca un poco más—. Lo cual deja libres la axila y la garganta, y también esa deliciosa herida por encima del corazón.

—Supongo que la sangre *es* mucho más dulce debajo del brazo —dice el segundo caballero a regañadientes. Mira al vampiro salvaje—. ¿Qué me dices, Yannick? Incluso te concederemos el primer bocado.

El vampiro salvaje sisea su acuerdo.

Los tres se giran hacia la mujer.

—¿Madeleine? —pregunta el vampiro de pelo negro.

Pero la mujer, Madeleine, se acerca a la puerta y sacude la cabeza con un miedo apenas velado.

—Si lo que dice es verdad, si Odessa la sigue hasta nosotros, Michal no andará lejos. —Agita una mano morena en mi dirección e inhala profundamente—. ¿No oléis el castillo en ella? Es su invitada.

El vampiro de cabello negro camina hacia mí con un elegante encogimiento de hombros.

—Todavía no la ha mordido. Está sin reclamar.

Vacilante, Madeleine traga saliva y echa un nuevo vistazo a mi pecho sangrante.

—A Michal no le gustará nada de esto.

—Michal no está *aquí* —dice el otro caballero con impaciencia—, pero si tanto le temes, adelante… déjanosla a nosotros. Estoy hambriento. ¿Yannick? —Unas manos frías me agarran por los hombros desde atrás, y no puedo evitarlo, cierro los ojos cuando los últimos vestigios de mi bravuconería se desvanecen. Porque no soy Jean Luc, ni Lou, ni Reid, y no puedo reírme de la muerte en su cara, no puedo fingir ser valiente mientras la boca del vampiro salvaje desciende hasta mi garganta. Su aliento es asqueroso.

Me tomaré mi tiempo, ha prometido antes.

Me tenso, a la espera de la primera y brutal oleada de dolor, pero en vez de eso, algo pasa junto mi oído.

Se incrusta en el cráneo de Yannick.

Cuando me suelta, abro los ojos de golpe y su cabeza literalmente *explota* en una lluvia de sangre. La cara, la garganta y el pecho me quedan empapados de vísceras frías. Me giro —

cerrando con fuerza la boca y agarrándome al brasero como si me fuera la vida en ello—, y observo cómo una estaca de madera cae con estrépito al suelo de entre la carnicería, seguida por el cuerpo decapitado. Ante mis ojos, su figura comienza a envejecer, a secarse, hasta que ya no parece un hombre, sino una cáscara arrugada de varios cientos de años. *Su verdadera edad*.

Me quedo mirando al vampiro muerto como si estuviera bajo el agua, con un terrible zumbido en los oídos. Sus entrañas permanecen sobre mi piel. No puedo reconocer que sé que están ahí. No puedo reconocer que *él* está ahí. Toda esta escena es tan familiar, tan espantosa, que mi mente simplemente… se retira. Entre un parpadeo y el siguiente, el mundo exterior se detiene y me refugio en ese espacio reducido y tranquilo que descubrí en el ataúd de mi hermana. Ese lugar en el que dejé de existir.

Nadie va a venir a salvarte.

Los demás vampiros se quedan petrificados al instante y todos dirigen la mirada al unísono hacia la puerta de la pajarera, en la que se encuentra Michal, apoyado en ella con indiferencia.

—Disculpad. —Vestido con la sobrevesta de cuero oscuro de antes, sin un solo pelo fuera de lugar, con las botas lustradas y la corbata prístina, se impulsa en la puerta con la gracia y el reposo de un aristócrata. Si no fuera por el brillo letal de sus ojos, podría pasar por uno—. Aunque detesto colarme en la fiesta, debo decir que me siento bastante ofendido por no haber recibido invitación. —Hace una pausa para sacudirse una inexistente mota de polvo de la manga—. Al fin y al cabo, soy el anfitrión. Y como tal, un anfitrión podría ofenderse si su invitado es acechado, acorralado y aterrorizado en la calle como una presa cualquiera. Un anfitrión podría desear… una compensación.

Los vampiros empiezan a alejarse muy despacio. De él, de mí, unos de otros. Los ojos de Madeleine revolotean hacia la ventana más cercana, mientras que el vampiro de pelo negro levanta las manos en un gesto apaciguador.

—No pretendíamos ofenderte, Michal, faltaría más. Nunca se nos ocurriría hacer daño a tu estimada invitada.

—Faltaría más —repite Michal en tono sedoso al seguir sus pasos.

El segundo caballero se inclina, con cuidado de no romper el contacto visual.

—Solo queríamos salvarla de las garras de *Yannick*. La pobre criatura estaba desquiciada. —Señala hacia el techo y sacude la cabeza con pesar—. Lo cierto es que nos has hecho un favor a todos al librar a la isla de tamaña grosería.

Michal asiente casi complacido.

—Nadie echará de menos a Yannick.

—*Exactamente*…

—Pero te equivocas en una cosa, Laurent.

El segundo caballero abre los ojos como platos.

—¿De veras?

—La curva entre el cuello y el hombro —de repente, Michal se coloca justo delante de él y levanta una mano para acariciar la curvatura del cuello del caballero— es donde la sangre sabe más dulce.

Laurent va a morir.

Esa certeza tarda en abrirse paso, pero luego me cala de repente, cuando la cara pálida de

Laurent pierde el último rastro de color. Él también lo sabe. El depredador se ha convertido en presa, y Michal disfruta de este momento, disfruta del brillo salvaje y aterrorizado que ve en los ojos de este vampiro más débil. Una parte de mí también lo disfruta. De hecho, algo oscuro se agita en mi subconsciente al ver cómo Laurent se queda total y absolutamente inmóvil.

Una parte de mí espera que Michal se tome su tiempo.

—Michal. —Aunque la voz de Laurent se reduce a un susurro, en la pajarera reina el silencio suficiente para escuchar cada palabra. Incluso los pájaros presienten el peligro—. Por favor, *mon roi*. Solo queríamos jugar con ella.

Solo queríamos jugar con ella.

Jugar con ella.

Las palabras son como agujas que aguijonean mi subconsciente y me devuelven a mi cuerpo con una sacudida. La sangre de Yannick me gotea entre los dedos cuando aprieto la estaca con más fuerza.

—No soy una muñeca —digo en voz baja.

Con el ceño fruncido, Michal gira la cara hacia mí e inclina ligeramente la barbilla, y en esa fracción de segundo, Laurent se mueve. Levanta los brazos a la velocidad de la luz, consigue que Michal le suelte la garganta y embiste con los dientes al descubierto. Sin embargo, Michal es más rápido. Hunde el puño en su pecho, lo atraviesa como hace un cuchillo con la mantequilla y lo retuerce. Cuando lo saca, sostiene en la mano el corazón palpitante de Laurent.

Clavo la mirada en él, muda de horror. Incrédula.

El vampiro de pelo negro sale disparado hacia la puerta, pero, de alguna forma, Michal también está ahí, repitiendo el proceso con brutal eficiencia. Ambos cuerpos —marchitos, resecos — caen al suelo a la vez. Los pájaros más cercanos chillan, forcejean contra sus cadenas y chocan con los barrotes de sus jaulas, pero Michal los ignora a todos. Arroja los corazones a un lado y se gira hacia la última vampira que queda, Madeleine, que aún vacila al otro lado de la pajarera. Puede que sea lo bastante lista para no huir. Puede que sepa que ya está muerta.

Con alarmante facilidad, Michal arranca un peldaño de madera de la escalera y lo parte por la mitad con sus propias manos. Y así consigue dos rudimentarias estacas.

—Por favor —suplica Madeleine mientras retrocede contra la pared—. Lo lamento…

—Yo también, Madeleine. —Michal niega con la cabeza, decepcionado—. Yo también.

Siento un revoloteo de aprensión en el estómago.

Porque Madeleine… no es Laurent.

—¡Espera! —Antes de darme cuenta de lo que hago, me lanzo tras él y compongo una mueca cuando siento un nuevo ramalazo de dolor en la pierna. Cede al instante. El suelo se eleva a una velocidad alarmante, pero Michal ya está ahí para atraparme. No mira hacia abajo —no reconoce en absoluto nuestro abrazo—, sino que tiene los ojos entornados y fijos en Madeleine, quien se arriesga a dar un paso rápido hacia la puerta.

—No te muevas —le advierte. O puede que a mí. La negrura inunda mi visión mientras intento escapar de su agarre sin resultado alguno. El brazo roto me cuelga inútil a un costado, y tengo el otro atrapado entre ambos. La cabeza me palpita al compás del corazón. Tras reconocer que es una batalla perdida, me derrumbo contra él y señalo débilmente hacia Madeleine.

—Esta mujer les ha dicho que no me hicieran daño. Ha respetado tu… tu *reclamo* sobre mí. Ha

advertido a los demás de que habría consecuencias.

Él aprieta los brazos un poco alrededor de mi cintura.

—Estaba en lo cierto.

—¿De verdad matarías a una súbdita leal a sangre fría? ¿A una inocente?

Sus labios dibujan una curva.

—Sabes que sí.

Mila no podría haber estado más equivocada con él. Incluso Morgane se preocupaba por la vida de su gente. Este hombre, esta *criatura*, ha perdido por completo lo que una vez lo hizo humano.

—Si de verdad quieres mandar un mensaje —digo con los dientes apretados—, necesitas un mensajero.

—Un mensajero —repite con frialdad. Por fin se digna a mirarme, y sus ojos pasan de mi tobillo torcido a mi codo destrozado y a la herida sangrienta sobre mi pecho. Aprieta la mandíbula de forma casi imperceptible y, demasiado tarde, me doy cuenta de que su pecho no se mueve contra el mío. *No está respirando*—. ¿Ella no te ha infligido ninguna de estas heridas?

Niego con la cabeza, y otra oleada de crestas negras atraviesa mi visión.

—¿Deseas que viva?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque —me esfuerzo por mantener los ojos abiertos y la cabeza erguida— no merece morir.

Michal me mira con incredulidad.

No sé si Madeleine ha matado al hombre de fuera; espero que no. Espero que consintiera que se alimentara de él, como hizo Arielle. *Espero*. Aunque Michal tuerce el labio ante lo que sea que ve en mi expresión, al final señala a Madeleine con la barbilla.

—Está bien. Ve. Cuenta a los demás lo que has visto aquí esta noche. Diles que su rey todavía protege esta isla de los peligros tanto internos como externos, y diles que Célie Tremblay te ha perdonado la vida.

Madeleine abre la boca, confundida, pero no duda. Hace una reverencia apresurada y me lanza una última mirada agradecida antes de pasar junto a nosotros a toda velocidad y sin una palabra. A diferencia de sus compañeros, hoy ha conservado la vida. Ha escapado de una muerte segura.

Y yo también.

Suelto un suspiro de alivio y relajo las extremidades, pero Michal no me libera. De hecho, la tensión que irradiaba su cuerpo solo parece aumentar. Se esfuerza por dejar la expresión en blanco, por procurar que sus rasgos se conviertan en una fría máscara de calma, pero fracasa estrepitosamente. Sus ojos brillan con más frialdad de la que nunca le he visto mientras contempla fijamente la puerta. Permanecemos así, inmóviles y en silencio, durante varios segundos más antes de que diga:

—Te dije que no salieras del castillo.

Frunzo el ceño e intento liberarme de nuevo.

—Creía que esta noche tenías asuntos en otra parte.

—He vuelto hace solo unos instantes.

—Qué suerte para todos nosotros.

—Qué *suerte* que Odessa oliera a Yannick —dice, tenso— y se apresurara a venir a por mí. Si no lo hubiera hecho, esta noche habría acabado muy mal para ti. Los gustos de Yannick eran más oscuros que los de la mayoría.

Esa información no debería sorprenderme —*no* debería—, pero, de todas formas, el asco me retuerce el vientre. *Tal para cual*.

—¿Sabías que Yannick torturaba y mutilaba a sus presas, pero no hiciste nada para detenerlo? ¿Le permitías campar a sus anchas por la isla?

Sin previo aviso, Michal me levanta en brazos, cruza la pajarera y me deposita con cuidado en las escaleras antes de quitarse el abrigo. Aunque todos sus movimientos están cuidadosamente controlados, cuidadosamente *reprimidos*, su mandíbula parece lo bastante dura como para romper el cristal.

—No me corresponde a mí controlar a Yannick. ¿Dónde estás herida?

—Eres el *rey*. Tu *único* trabajo es controlar a Yannick. Se supone que debes garantizar la seguridad y el bienestar de tus súbditos, mantener la ley y el orden…

—Los vampiros no somos humanos. —Su tono no admite discusión—. No albergamos ninguno de vuestros tiernos sentimientos y nos atenemos a una sola ley, una ley que no cabe duda de que has quebrantado esta noche. Y ahora dime dónde te han herido. —Cuando lo fulmino con la mirada, obstinada, sus ojos emiten un destello y se rasga la manga hasta el antebrazo mientras se pone en cuclillas ante mí—. Tienes roto el tobillo izquierdo y la muñeca, y te has lacerado el pecho, ambas palmas y ocho dedos. ¿Será necesario que lleve a cabo un examen más completo, *mademoiselle*, o responderás a mi pregunta?

Nos fruncimos el ceño el uno al otro durante unos instantes.

—Las rodillas —digo a regañadientes—. También me he arañado las rodillas.

Sus ojos aterrizan en mi falda rasgada.

—Las rodillas.

No es una pregunta, pero la respondo de todos modos.

—Sí.

—¿Cómo te has arañado las rodillas, Célie Tremblay?

—He bajado las escaleras de un salto huyendo de Yannick.

—Ya veo. —Alza las manos, todavía ensangrentadas, frías y *erróneas* hacia mi mandíbula con sorprendente ligereza y, tras apartarme el pelo enmarañado de la cara, estudia los huesos de esa zona. Me estremezco ante la pequeña herida que encuentra en mi coronilla cuando el dolor estalla detrás de mis ojos. Su boca se transforma en una línea sombría—. ¿Y la cabeza?

—He bajado las escaleras de un salto —repito como una estúpida, arrastrando un poco las palabras mientras la adrenalina se desvanece. Sin ella, el dolor acude en toda su intensidad—. ¿Crees que tengo una conmoción cerebral?

—Parece probable.

Voy a perder el conocimiento dentro de nada. Lo sé con tanta certeza como he sabido que Laurent moriría. Como si sintiera lo mismo, Michal se saca un cuchillo de la bota y arrastra la hoja por su muñeca. La sangre carmesí brota de la piel blanca, cruda e impactante. Retrocedo instintivamente cuando me la acerca a la boca.

—¿Qué vas a…?

Aunque intento echarme hacia atrás, subir las escaleras, *alejarme*, se desplaza en un borrón para sentarse en el escalón que queda por encima de mí, bloqueando así mi ruta de escape. Su brazo ileso serpentea alrededor de mis hombros y me atrapa entre sus piernas. Su boca me hace cosquillas en el pelo.

—Bebe.

—No pienso…

—Mi sangre te curará.

—No… *¿Qué?* —Niego con la cabeza, convencida de que he oído mal, solo para inclinarme de lado cuando un dolor lacerante me atraviesa las sienes—. No puedo… No voy a… beber tu sangre —termino débilmente. Aunque Lou, Reid y Beau hayan bebido la sangre de Coco mezclada con miel para curarse en alguna ocasión, una magia única de las *Dames rouges*, esto no es lo mismo. No se trata de Coco sino de *Michal*, y la idea de consumir una parte tan vital de él, de tomarlo en mi cuerpo, es impensable. Perverso. Contemplo el lento goteo de la sangre por su antebrazo y reprimo un escalofrío. *¿Verdad?*

—En Requiem no tenemos curanderos, Célie. Si no bebes mi sangre, tus huesos podrían soldarse incorrectamente y tus heridas podrían infectarse, lo que resultaría en una muerte lenta y tediosa, y eso es solo si la herida de la cabeza no te mata primero.

Aunque abro la boca para discutir, para negarme, me recuesto en su hombro cuando el mundo entero se inclina y observo su sangre mientras la herida empieza a cerrarse. No quiero morir. Nunca he querido morir.

A Jean Luc no le gustará.

—A la de una… —dice Michal en voz baja, sosteniendo la muñeca a mi alcance—. A la de dos…

En el último segundo, me esfuerzo por inclinarme hacia delante para agarrarle la muñeca. No tendría que haberme molestado. En cuanto se percata de mi intención, me la acerca a los labios, y el extraño sabor metálico de su sangre me explota en la lengua. La cabeza me da vueltas. Las estrellas estallan tras mis ojos mientras el dolor de las sienes se desvanece, junto con el del codo. Y el del tobillo. Y el de las manos y el pecho y… y…

Un ruidito vergonzoso escapa por mi garganta.

Cierro los párpados con fuerza al escuchar ese sonido y tiro de su brazo para acercármelo más y seguir bebiendo con fruición. Con cada movimiento de mi boca, un delicioso calor me aguijonea el vientre hasta que estoy casi delirando, hasta que estallo en llamas. Cuando me recuesto hacia atrás, contra su pecho, contra sus muslos, desesperada por la frialdad de su piel, su cuerpo se mueve sutilmente en respuesta, tenso como una serpiente a punto de atacar.

—Célie —advierte, pero no le hago caso. Me siento más ligera de lo que me he sentido en semanas, en años, pero también más pesada, dolorida y estremecida y con la *necesidad* de algo a lo que no puedo poner nombre.

Frustrada, recorro su piel con la lengua y él maldice, en un tono más bajo y más áspero que antes. Aunque se pone de pie, me muevo a su vez, mi boca febril no abandona su piel. Incapaz de parar. Aparta el brazo y murmura:

—Es suficiente.

Pero me giro para mirarlo a la cara con un grito ahogado, las mejillas sonrojadas y la piel tirante. Demasiado tirante. Una palpitación late en lo más profundo de mi vientre mientras lo miro. Mientras él me mira.

Sigue sin respirar.

La imagen debería haberme asustado. Aunque mis heridas hayan sanado, la sangre todavía me gotea por el pecho, y Michal es un vampiro. Puede oír los latidos de mi corazón. Puede oler mis emociones. Y cuando entorna los ojos, que se mueven casi de mala gana hacia mi escote, lo que veo no me asusta en absoluto. No. En vez de eso, me llena de una extraña y embriagadora sensación de poder. Si no lo beso en este preciso instante, podría entrar en combustión.

De modo que me pongo de puntillas y eso es justo lo que hago.

Capítulo 26

Reunión

Antes de que pueda tocarlo, sus manos descienden hasta mis hombros y me obligan a bajar un escalón. Dos. Con los dientes apretados, pregunta:

—¿Qué decía tu nota?

—¿Qué nota? —pregunto sin aliento mientras lucho contra su férreo agarre. Frunzo el ceño, presa de la confusión. Desesperada. Aunque mis manos todavía intentan alcanzar su pecho rígido, me mantiene con firmeza a la distancia de un brazo, por lo que me conformo con acariciarle los antebrazos en su lugar. Los codos. Los bíceps.

—Tócame, por favor, Michal. Por favor.

Esos ojos negros se vuelven imposiblemente más oscuros.

—No.

—*¿Por qué?*

—Porque en realidad no quieres que te toque. La sangre de un vampiro es un afrodisíaco natural. Facilita la transición. Cuanto más anciano es el vampiro, más fuerte es su efecto. —Una sonrisa amarga le tuerce la boca, pero no alcanza sus ojos—. Soy… muy viejo, lo cual hace que mi sangre sea más poderosa que la de la mayoría. —Cuando vuelve a hablar, su voz es fría, casi desapasionada, y su mirada se aleja de mí por completo—. La respuesta de tu cuerpo pronto remitirá.

Esas extrañas palabras perforan la espesa neblina de mis pensamientos. *Afrodisíaco. Transición*. Como un relámpago, el rostro de Jean Luc aparece en mi mente, abrasándome con su incredulidad, con su disgusto porque pueda actuar con tanto egoísmo. Me llevo una mano temblorosa a los labios hinchados. Todavía puedo saborear la sangre de Michal en la lengua.

La respuesta de tu cuerpo pronto remitirá.

—No. —La palabra me sale en un susurro y cierro los ojos con repugnancia, incapaz de mirarlo otro segundo más. Incapaz de mirarme *a mí*. Las manos me caen sin fuerzas a los costados —. Esto… esto no ha sucedido. No *puede* haber sucedido.

—Repítelo —dice en tono cortante—. Tal vez consigas que se haga realidad.

Me suelta los hombros y pasa junto a mí al bajar las escaleras, pero incluso el más mínimo roce de su brazo envía un nuevo rayo de calor hasta mi núcleo. Y de vergüenza. Una vergüenza

espantosa y *horripilante*. Cuaja en mi estómago mientras me obligo a abrir los ojos y bajar la mirada hasta la piel suave y recién curada de mis palmas. Visualizo a Jean Luc, unas Balisardas rotas y a Babette. Tomo una respiración entrecortada.

Babette.

La estaca de plata olvidada brilla a mis pies.

—Mientras tanto —se desenrolla la manga sin mirarme y mete los brazos en la sobrevesta de cuero—, vas a contarme *exactamente* qué ponía en tu nota. Has elegido la pajarera por una razón. —Su cuidadoso control no flaquea cuando se agacha para recuperar el pañuelo del cuerpo desecado del vampiro y se limpia la sangre de las manos con tranquilidad—. ¿Qué les has dicho a tus amigos sobre nosotros, Célie Tremblay?

Despacio, me inclino para recuperar la estaca. Mis latidos retumban implacables en mis oídos. Michal planea asesinar a esos amigos, y yo acabo… acabo de beber su *sangre*. Acabo de probar su piel, y lo que es *peor*… quería que… que…

Un odio visceral corre por mis venas y me niego a terminar ese pensamiento. Las manos me tiemblan con resolución cuando desciendo por las escaleras y mi visión se centra en su amplia espalda cubierta de cuero.

En el lugar que queda justo detrás de su corazón.

—Les he contado cómo mataros —gruño, y arremeto mientras se gira. Durante un único segundo, tal vez menos, disfruto de la sorpresa en su hermoso y cruel rostro cuando la plata impacta contra su pecho. La estaca perfora fácilmente su fina camisa y, allí donde entra en contacto con su piel desnuda, surge un humo que se enrosca en una columna sorprendente. El dolor brota brevemente en sus ojos. Luego, la ira.

Una ira brillante y cortante.

Me agarra por la muñeca antes de que pueda clavarle la plata en el corazón. Se arranca la estaca del pecho y la arroja al otro lado de la pajarera, donde al instante se estrella contra la puerta. La resolución que almacenaba en mi pecho se rompe con ella. *Mierda*. Tropiezo hacia atrás y lo miro con los ojos muy abiertos.

Me enseña los colmillos en una sonrisa salvaje.

Mierda, mierda, *mierda*.

Aunque intento huir, se mueve demasiado deprisa y toda la pajarera se vuelve borrosa hasta que nos detenemos con una sacudida repugnante justo antes de la puerta. Me obliga a darme la vuelta con esas manos imposiblemente fuertes —una de ellas me captura las muñecas y la otra la nuca— y me conduce sin prisas hasta la puerta. El polvo de plata de la estaca todavía se adhiere a la madera. Me raspa la mejilla.

—Chica lista —dice, con la voz pegada a mi oído y rezumando una oscura diversión—, pero de verdad que no deberías jugar con objetos afilados, especialmente cuando tienes sangre de vampiro en el cuerpo. Podrías hacerte daño a ti misma.

—Suéltame —gruño, pero él solo se acerca más. Su cuerpo se aprieta más contra mí.

—No.

—Te juro que, si no me sueltas, voy… voy…

—¿Vas a qué? —El humo sigue ondulando entre nosotros. Me envuelve el pelo y los hombros. Sin embargo, sus dientes son mucho más preocupantes. Se encuentran suspendidos justo por

encima de la cabeza, burlándose de mí, mientras una risa sarcástica retumba en su pecho. Siento que me recorre toda la columna—. Exactamente, ¿cuál es tu plan, *mademoiselle*? Ya no tienes la estaca. Tampoco tienes otras armas, y aunque las tuvieras, eres una humana en una isla llena de vampiros. El olor de tu sangre ya ha atraído atención no deseada. En este preciso instante, una docena de *Éternels* aguarda más allá de esta puerta, todos ellos ansiosos por descubrir tu destino. Todos ellos *hambrientos*. —Aparta la mano con la que me retiene las muñecas y también la que tenía en mi nuca—. ¿Te dejo con ellos?

Me aprieto más contra la puerta y reprimo un escalofrío. La piel de los brazos se me pone de gallina. Por mucha suavidad con la que me hayan tocado sus manos, hace solo unos momentos que le ha rasgado la cavidad torácica a Laurent. *Para protegerte*, argumenta una vocecilla en mi cabeza, pero no es suficiente. Y, en el fondo, no importa lo que me pase a mí.

—¿Qué te quitó? —pregunto en voz baja mientras me apoyo contra la madera. Flexiono los dedos. El polvo de plata se adhiere a la sangre que aún tengo ahí y me cubre las puntas de las uñas —. Coco.

—Algo que nunca podrá devolver.

—¿Vas a matarla?

—Tal vez.

Una respiración.

Dos.

Me giro y le paso las uñas por la mejilla, pero cuando se echa hacia atrás, rugiendo de dolor, la puerta se abre de golpe de forma inesperada y me derriba contra sus brazos abiertos. Las marcas al rojo vivo de mis uñas queman y echan humo cuando me agarra por los brazos y gruñe.

—Michal Vasiliev. —La voz furiosa e inesperada de Mila inunda la pajarera al instante siguiente—. No puedes oírme, pero como no la sueltes *ahora mismo*, arrastraré tu enorme cadáver al más allá para siempre.

Jadeo y giro la cabeza para mirarla, y ella desciende por la pajarera como si fuera una tormenta estallando —con expresión oscura y ojos relampagueantes—, mientras las jaulas a nuestro alrededor traquetean. Los pájaros chillan. Sin embargo, todavía alcanzo a oír la aguda inhalación de aire de Michal. Siento cómo me aprietan sus manos. Sin prestar atención, Mila se arremolina a nuestro alrededor, provocando que mi pelo salga disparado en todas direcciones.

—¿Te ha hecho daño, Célie? Lo juro por todo lo que es santo, si esa es *tu* sangre…

—No lo es —me apresuro a decir, siguiendo sus círculos agitados con la mirada, pero me detengo en seco cuando Michal gira la cabeza para seguirla también. Su rostro está vacío de toda emoción. Parpadea una vez, dos veces, cuando ella se detiene a su lado para inspeccionar la sangre que tengo en el pecho. La miro boquiabierta. Porque esto no debería ser posible. No he cruzado el velo y estoy segura de que seguimos en el reino de los vivos, y nada de esto tiene sentido—. ¿Cómo es que estás…?

—Reparaste un desgarrón en el velo, Célie, no todos. —Habla por encima de mí sin pararse a respirar—. Existen en todas partes, a nuestro alrededor, y algunos se reparan más rápido que otros. Si no, ¿cómo habría podido Guinevere destrozar el despacho de Michal la semana pasada? No respondas a eso. —Alza una mano—. No importa. ¿Tienes la más mínima idea de la suerte que tienes de que Yannick no te haya devorado? ¿No? Porque voy a perseguirte hasta que entiendas

que toda acción tiene sus consecuencias…

—Mila. —Esta vez, pronuncio su nombre más fuerte. Ella duda y sus ojos saltan hasta quedar fijos en los míos. Despacio, inclino la cabeza hacia Michal, quien clava la mirada en su hermana a través del humo que se eleva entre ambos. Las quemaduras de su cara han adquirido relieve, pero se queda lo bastante quieto como para pensar que está tallado en piedra—. Creo que puede verte —continúo con una sonrisa tensa—, y sé que a mí puede oírme.

Frunce el ceño.

—Pero eso es imposible. Él no… ¿Puede…? —Agita una mano frente a su rostro y retrocede ligeramente cuando los ojos de él siguen el movimiento—. ¿Michal? —susurra.

Él apenas mueve los labios para pronunciar las palabras:

—Hola, hermanita.

Mila abre los ojos con incredulidad, y se miran durante varios segundos agonizantemente largos. El resto de la pajarera parece desvanecerse bajo la intensidad de su mirada: los búhos ya no ululan, el fuego ya no crepita. Incluso el viento parece detenerse, aprensivo, como si temiera lo que viene a continuación. Yo intento no respirar. Quizá se olviden por completo de que estoy aquí.

Por fin, Mila exhala.

—¿Cómo es posible? —pregunta, en voz aún más baja, como si el momento pudiera estallar en cualquier segundo—. Nunca antes has sido capaz de verme.

La mano de Michal todavía agarra la piel desnuda de mi brazo. La manga de encaje que debería cubrirme esa zona cuelga flácida alrededor de mi codo, destrozada por mi caída. Despacio, retira los dedos, su expresión todavía de granito, antes de apretar la mandíbula y volver a colocarlos rápidamente.

—Parece —dice, sin apartar la mirada de su mano sobre mi piel— que tenemos una conocida en común a quien dar las gracias por esto.

—Ah. —Mila sigue su mirada hasta donde nuestras pieles están en contacto, alabastro contra marfil—. Supongo que tiene sentido.

—Nada de esto tiene sentido —dice Michal sucintamente.

Y el momento se rompe.

Mila entorna los ojos.

—Intenta seguir el hilo, ¿eh, hermano? Seguro que ya te has dado cuenta de que Célie es una Novia. —Aunque Michal abre la boca para responder, ella se apresura a hablar por encima de él, con determinación, con el aire de alguien que intenta dirigir la conversación lejos de un tema en concreto. O tal vez intente huir de la conversación por completo—. Ha sido tocada por la Muerte, por eso puede cruzar el velo, y también es el motivo de que pueda verme. Si esta situación sirve de referencia, ese ingenioso truquito se extiende temporalmente a quienquiera que elija tocar. —Gruñe y echa una mirada fulminante a la mano con la que me aprieta—. O *no* elige tocar. Por favor, dime que no eres responsable de toda la sangre que tiene encima, Michal, porque si lo eres, esas marcas de tu cara son la menor de tus preocupaciones.

—Mila. —Pronuncia su nombre con sorprendente paciencia, pero ella vuelve a ignorarlo y se gira con un latigazo de su oscura melena.

—Si es así, no tendré más remedio que contarle esta situación a Guinevere, y cada vez que toques a Célie, incluso el más mínimo roce de su brazo, Guin estará allí, respirándote en la nuca

como un perro rabioso.

—Mila —repite, en un tono ligeramente más oscuro—. Estás cambiando de tema.

Lo observo, fascinada y absorta. Aunque intenta hacerse el duro y permanecer impasible, en sus ojos ha empezado a arder una extraña emoción mientras mira a su hermana. Exasperación, sí, pero también cierta dulzura. Nunca antes lo había visto parecer tan… tan *humano*. Si no hubiera estado agarrándome el brazo, darme cuenta de eso me habría hecho retroceder un paso. Lo miro con el ceño fruncido y tiro infructuosamente para liberarme de su agarre. No hay idiota peor que yo, que trato de humanizar a un monstruo.

Pero incluso los monstruos se preocupan por sus hermanas.

—Le dibujará otro bigote al tío Vladimir —continúa Mila acaloradamente mientras se pasea por las escaleras, agitada—. Te juro que lo hará. Puede que esta vez también le dibuje cuernos y le ennegrezca los dientes. Puede que yo le dé la tinta. —Michal exhala pesadamente, pero no repite su nombre de nuevo, sino que espera con una impaciencia apenas velada a que ella haga una pausa para respirar. Cosa que no hace—. Guin es el fantasma que te ayudó a entrar en su despacho —me dice, y me tenso por esa traición a la vez que le lanzo una mirada rápida a Michal. Sin embargo, él no se distrae. Su mirada permanece fija únicamente en Mila—. Michal le rompió el corazón, y ella nunca se lo ha perdonado, ni siquiera después de morir. Todavía da vueltas por su despacho, lamentándose, furiosa y llorando y adulándolo en igual medida, a pesar de que él no oye ni una palabra de lo que le dice. Es *desgarrador.*

—¿Has terminado? —pregunta Michal.

Mila levanta la barbilla.

—No.

Sin embargo, parece que por fin se le han acabado las cosas que decir. Sin inmutarse, abre la boca para intentarlo de nuevo, pero Michal sacude la cabeza lentamente.

—Ya es suficiente, Mila. —Las palabras son menos una orden que una súplica, pero, de todos modos, Mila flota hasta detenerse junto a la puerta, con los hombros hundidos. Derrotada—. Dime qué pasó. Dime por qué te fuiste a Cesarine.

Ella se niega a mirarlo y, en lugar de eso, contempla con fijeza el escalón más cercano.

—Ya sabes por qué fui.

¿Cesarine? Con el ceño fruncido, paseo la mirada entre ambos mientras Michal pone una mueca.

—Dimitri —dice.

—Dices su nombre como si fuera una plaga.

—Porque lo es. Nunca debió pedirte…

—Basta, Michal. —Mila se gira y, enfadada, señala el cielo al otro lado de la puerta. Unas gruesas nubes de tormenta se han formado desde que me fui de la tienda de *monsieur* Marc, y un trueno retumba en respuesta—. Actúas como si nunca antes hubiéramos buscado la ayuda de las brujas. ¿La brillante idea de pedirles la noche eterna no fue *tuya*?

—Hace cientos de años, y desde entonces hemos tenido mucho cuidado para que nuestra existencia se desvaneciera de sus recuerdos. Amenazaste con exponer a toda nuestra raza por el bien de un *único* vampiro.

—Por Dimitri. Por el bien de *Dimitri*. Es tu *primo*, y necesita tu ayuda…

—Lo que necesita es autocontrol, no una cura mística de nuestro enemigo. —Las fosas nasales de Michal se ensanchan cuando su cuidadoso autocontrol empieza a desaparecer—. Te abandonó allí. ¿Lo sabías? Medio escondida en la basura detrás de Saint-Cécile, donde supongo que esperabais encontrar a la *Dame des Sorcières*. Te abandonó.

—No fue culpa suya. —Mila se eleva en toda su altura y lanza toda la fuerza de su desafío sobre Michal. Unas lágrimas opacas brillan en sus ojos—. Estaba *asustado*…

—¿Quién fue, Mila? —Entre parpadeos, Michal toma mi mano y me arrastra tras él mientras avanza hacia su hermana. Su expresión se vuelve más negra que las nubes de tormenta de fuera—. ¿Quién te hizo esto? *Dímelo*.

Pero no puedo quedarme callada por más tiempo. Cesarine, Saint-Cécile, la *Dame des Sorcières*: las palabras me son familiares, enfermizamente familiares, y aun así parecen a medio formar, como tratar de encajar un rompecabezas sin todas las piezas. Siento el pecho tenso por la confusión, y clavo los pies en el suelo, intentando reducir la velocidad de su avance sin conseguirlo.

—¿Qué tiene que ver Lou con todo esto? —pregunto, como loca—. ¿Por qué estabas en Saint-Cécile? ¿Y quién te hizo qué?

Michal se detiene lentamente, mira con el ceño fruncido a su hermana y una pregunta tácita pasa entre ellos. Mila suspira.

Luego, a regañadientes, se aparta el pelo y tira hacia abajo del cuello del vestido para revelar dos perfectas heridas punzantes en su garganta.

Igual que las de Babette.

Observo las marcas como a través de un túnel, incapaz de entenderlo. De alguna forma, las siento *erróneas*, aberrantes, e incluso yo puedo sentir que no deberían estar ahí. Los vampiros pueden morir, sí, acabo de ver a Michal matar a tres, pero ¿drenarle la sangre a uno? ¿Cómo puede suceder algo semejante? Son demasiado fuertes, demasiado rápidos, demasiado *letales* para ser cazados mientras cazan a otros. Una sensación escurridiza y viscosa se despliega en mi estómago cuando comprendo la única otra explicación, la única posibilidad que todavía tiene sentido. Retrocedo para alejarme de Michal y susurro:

—¿Mataste a tu propia hermana? —Luego me dirijo a Mila y hablo más fuerte esta vez—: ¿Por eso te negabas a verlo? ¿Te mató? ¿Bebió de tu sangre?

—No seas repugnante. —Mila suelta el cuello del vestido para ocultar las repudiables marcas una vez más—. Los vampiros solo beben de otros vampiros en situaciones muy poco familiares…

—¿Te negabas a verme? —pregunta Michal en voz baja. Suena casi *herido*.

—Pero aun así te *mató*, ¿verdad? —pregunto por encima de él.

Ella agita una mano en un gesto cortante e impaciente dirigido a ambos.

—Ya te lo he dicho, Célie, mi hermano no mató a esas criaturas, y tampoco me mató a mí. —Frunce los labios y vuelve a echar un vistazo fulminante al escalón, evitando con sumo cuidado la mirada de Michal—. Pero tampoco puedo deciros quién lo hizo.

Michal cierra la distancia entre ellos en un segundo.

—*¿Por qué?*

—Porque no me acuerdo. Mis últimos recuerdos han… desaparecido.

—Brujería —gruñe Michal.

Y ahí está. La última pieza. Su búsqueda de venganza por fin cobra sentido. Tratando sin éxito de liberar mi brazo de su agarre, me conformo con fulminarlo con la mirada.

—Coco no mató a esa gente. Quería a Babette, y aunque no hubiera sido así, una bruja de sangre jamás desangraría a una criatura. —Desvío deliberadamente la mirada hacia Yannick, hacia Laurent—. No como lo haría un vampiro.

—Un vampiro —responde él, su voz rezumando desdén— no mataría a un miembro de la familia real.

—¿Cómo lo sabes? He oído a los celestiales hablando en la tienda de *monsieur* Marc…

—Porque Mila no es *yo*. —Pronuncia esa palabra con los dientes apretados—. Todo aquel que posaba los ojos en ella la adoraba.

Resoplo con incredulidad y lástima.

—Estás dejando que tu opinión sobre tu hermana te nuble el juicio. Aunque el asesino no sintiera ningún rencor personal contra Mila, sabría que su muerte te afectaría. —Le lanzo una mirada de disculpa a la fantasma, quien nos observa con una expresión peculiar—. No recuerdas tus últimos momentos, pero quizás otra persona pueda recordar los suyos. ¿Está Babette al otro lado del velo? ¿Puedes traérnosla?

—No todas las almas eligen permanecer cerca del reino de los vivos, Célie. —Por primera vez desde que la conozco, algo parecido al arrepentimiento ensombrece los hermosos rasgos de Mila —. La mayoría elige… seguir adelante.

—Ah. —Por alguna inexplicable razón, siento que esas palabras me afectan como si hubiera encajado un golpe en el pecho. No debería ser así. Por supuesto que no. El lugar final de descanso de los espíritus no debería *importar* en este momento, no con un vampiro sediento de sangre sosteniéndome la mano en este preciso instante, pero no puedo evitarlo. *Pippa*. Su nombre resuena en mi mente como una mano fantasmal, como si ella misma hubiera atravesado el velo para tocarme.

Pero no lo ha hecho.

Y no lo hará.

Porque si alguna vez ha habido alguien lo bastante valiente como para seguir adelante, esa era mi hermana.

Como si me leyera la mente, Michal me da un ligero apretón en los dedos.

—Me arriesgaré a suponer —dice en voz baja— que Babette no está disponible para ser interrogada ni en este reino ni en el siguiente. —Al ver mi ceño fruncido, añade—: Su cuerpo desapareció de la morgue hace dos noches.

—*¿Qué?* —jadeamos Mila y yo al unísono.

Michal inclina la cabeza y me estudia con una expresión ilegible.

—¿Dices que era la amante de Babette?

—Coco *no ha hecho esto* —espeto, perdiendo la paciencia por completo, pero él no me permite alejarme.

—Ya veremos. —Señala la puerta con su mano libre y le indica a Mila que salga antes que él—. Vamos. Debemos discutir los siguientes pasos, los tres, y debemos hacerlo lejos de oídos entrometidos.

Sin embargo, Mila no se mueve.

—Michal —dice en voz baja.

A diferencia de su hermana, él no se molesta en desviar la conversación.

—No hagas esto, Mila.

—Me has preguntado por qué no quería verte. —Se acerca y extiende la mano para tocarle la mejilla a su hermano. No sé si él puede o no sentirla, pero se apoya en la puerta de todos modos, su mano apretada y fría alrededor de la mía. Una atadura. *O tal vez*, me percato con un desagradable sobresalto, *yo sea la suya*.

—Sabes cómo funcionan las cosas, Michal —dice Mila con una mirada inusualmente solemne —. Estoy muerta. *Verdaderamente* muerta esta vez, lo que significa que no nos queda nada por hablar. No soy Guinevere; me niego a perseguirte, y ninguna venganza me traerá de vuelta. La oscuridad se revuelve en el horizonte, se acerca cada vez más con cada instante que pasa, y este reino os necesitará, a *ambos* —sus ojos se posan brevemente en mí—, para sobrevivir. Debes dejarme ir, hermano. Por favor.

—*No*. —Con los ojos ardiendo más brillantes de lo que nunca los he visto, levanta nuestras manos unidas, y la mano de Mila pasa a través del rostro de su hermano—. Porque te he traído de regreso, dos veces ya, y no tengo intención de perderte de nuevo. *No* te volveré a perder.

Mila lo mira con tristeza.

—Aunque me resista a admitirlo —me coloco entre ellos antes de que Michal puede hacer algo verdaderamente estúpido, como tratar de secuestrar a su hermana—, estoy de acuerdo con él. Tú y los demás fantasmas veis cosas desde el otro lado que podrían ayudarnos a encontrar al asesino. —Dudo entonces, insegura sobre cómo comunicar la extraña y persistente presión que siento en el pecho. Hay algo que no deja de inquietarme acerca de la muerte de Mila, de la de Babette, acerca de ese misterioso asesino y la oscuridad que se avecina. Acerca de mis extraños poderes. No es posible que se trate de incidentes aislados, pero no logro encontrar una conexión inmediata. Exhalo con fuerza. Nada de esto tiene *sentido*. Como cuando una tiene dolor de muelas, lo mastico todo una y otra vez, pero no consigo ningún alivio.

Puede que me esté imaginando cosas. Puede que no haya ninguna conexión en absoluto.

Puede que solo sea que no quiero estar a solas con Michal.

—¿Qué pasa si… qué pasa si son la misma persona? —le pregunto a Mila, vacilante. *Por favor, no te vayas*—. ¿El asesino y el hombre que me sigue? ¿La figura oscura?

Michal se gira con brusquedad para mirarme.

Mila, sin embargo, sacude la cabeza con resignación. Cualquiera que fuera el fuego que la ha dominado durante su confrontación con Michal se ha desvanecido ya, dejando a su paso a una mujer pequeña y derrotada.

—Te he contado todo lo que sé, Célie. El resto, me temo, depende de ti.

Tras esas palabras, flota hacia arriba, adonde ni siquiera Michal puede seguirla, y se aleja más y más, hasta que se funde con las sombras y desaparece de la vista.

Capítulo 27

La promesa de Michal

Media hora más tarde, Michal se sirve un vaso de absenta en su despacho.

No habla, no me mira, mientras destapa el decantador de cristal, vierte el asqueroso líquido y se lo bebe entero de un trago. Observo su pálida garganta al tragar con reticente fascinación. No sabía que los vampiros podían beber licor, pero aquí está él, dislocándose la mandíbula como una serpiente.

Las quemaduras que tienen en la cara brillan, húmedas e inflamadas a la luz del fuego.

No consigo sentirme culpable.

Sin embargo, su silencio pronto se alarga demasiado, y me remuevo en mi asiento de tal modo que el suave susurro de mi falda se une al tictac constante del reloj de su escritorio. Cruzo y descruzo los tobillos. Entrelazo los dedos en el regazo. Finjo toser para aclararme la garganta. Aun así, me ignora. Al final, incapaz de soportar la incomodidad ni un segundo más, pregunto:

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Y por qué no se te han curado las heridas?

Se sirve otro vaso de absenta en respuesta.

—Por la plata.

Espero pacientemente a que me lo explique; cuando no lo hace, me resisto al impulso de poner los ojos en blanco.

—Entonces, ¿simplemente… te quedará marca para siempre? ¿Pasarás toda la eternidad con el aspecto de alguien que ha sido mutilado por un oso? —No le recuerdo que *yo* soy el oso, no cuando tiene los hombros en una posición tan tensa y amenazante.

Después de que Mila nos dejara, me ha traído desde la pajarera a su despacho sin una palabra y se ha negado a tocarme de nuevo.

—Volverá —ha afirmado a modo de presagio—. La tentación de entrometerse será superior a sus fuerzas.

Sin embargo, a pesar de su convicción, no ha vuelto a aparecer. Ni antes, ni ahora.

—Las heridas no se me curarán hasta que beba algo más fuerte que la absenta. —Michal me lanza una mirada de cejas enarcadas por encima del hombro—. ¿Te estás ofreciendo?

Las sombras que tiene debajo de los ojos parecen más profundas después de su encuentro con ella; los planos de su rostro, más afilados. Más duros. Parece… cansado.

—No —respondo. Porque no siento ninguna simpatía por él. Su hermana lo ha despachado de forma total y rotunda —*y a mí*, pienso con rebeldía—, pero sigue sin merecer mi simpatía. Aunque no sea *el* asesino, sí es *un* asesino, y… y no sé exactamente dónde nos deja eso.

O por qué me obliga a sentarme aquí con él.

—¿Por qué quería Mila curar a Dimitri? —Jugueteo con la cinta que llevo en la muñeca, incapaz de seguir mirándolo más rato—. ¿Para qué necesitaban dar con Lou? —*¿Y en la iglesia, de entre todos los lugares?*

Por fin, se da la vuelta para apoyarse en el aparador y estudiarme. Por el rabillo del ojo, lo observo agitar la absenta con parsimonia. Mi madre siempre la llamó «la bebida del diablo». Tiene sentido que le guste.

—Dimitri sufre de sed de sangre —responde después de otro largo instante.

Esta vez, no espero al silencio incómodo.

—¿Y qué es la *sed de sangre*?

—Una aflicción que afecta únicamente a los vampiros. Cuando Dimitri se alimenta, pierde la conciencia. Muchos vampiros se olvidan de sí mismos durante la caza, pero un vampiro afectado por la sed de sangre va más allá de eso. No recuerda nada, no siente nada, e inevitablemente mata a su presa de formas espantosas y horripilantes. Si pasa el tiempo suficiente, se convierte en un animal como Yannick.

No puedo evitarlo, levanto la cabeza hacia él. Las sombras crean un corte afilado debajo de sus pómulos cuando vuelve a bajar la mirada hacia su vaso. Contempla fijamente el líquido esmeralda.

—Por lo general, acabamos con los infectados rápido y en silencio. Los vampiros con sed de sangre son un lastre para todos. No pueden guardar nuestro secreto.

—Pero Dimitri es tu primo.

Una sonrisa dura y autocrítica distorsiona sus facciones.

—Dimitri es mi primo.

—Lo quieres —digo, perspicaz—. Lo culpas por la muerte de Mila, pero sigues queriéndolo. De lo contrario, ya estaría muerto.

Michal hace una mueca al oír eso, y me retuerzo la tela de la falda con las manos mientras otro pensamiento, del todo inoportuno, se entromete entre nosotros. El amor ciega a Michal respecto a su hermana —sigue sin entender por qué alguien querría hacerle daño—, pero ¿y si también lo ciega respecto a Dimitri? Puede que Michal no matara a su hermana y a los demás, pero alguien lo hizo. Alguien les drenó la sangre del cuerpo y dejó esos cadáveres por toda Cesarine. ¿Cuánto tiempo, exactamente, llevaban Dimitri y Mila en la ciudad antes de que ella muriera? ¿Una semana? ¿Más?

¿El tiempo suficiente para alimentarse de un humano, una *Dame blanche*, una *Dame rouge*, una melusina y un *loup garou*?

Bajo la negra mirada de Michal, no me atrevo a expresar mis sospechas —no después de lo de Mila—, pero ahí están, cada vez más insistentes con cada tictac de su reloj.

Dimitri tiene sed de sangre.

Dimitri fue la última persona que estuvo con Mila antes de que muriera.

Aunque ella afirma que los vampiros solo se alimentan de otros vampiros en situaciones

estrictamente no familiares, signifique lo que signifique eso, ¿sabe Dimitri de quién se alimenta en pleno arrebato de su sed de sangre? El mismo Michal acaba de reconocer que los vampiros con la aflicción a menudo pierden la conciencia, por lo que sería lógico pensar que no.

Dimitri es un adicto. Las ominosas palabras de Michal regresan a mí en un susurro escalofriante. *No ha pensado en otra cosa que no sea tu sangre desde que te conoció ayer. Esa hermosa garganta se ha convertido en su obsesión.*

La voz de Mila pronto se une a la suya. *En su corazón hay una figura, un hombre.*

El dolor parece envolver su rostro.

Necesita tu sangre, Célie.

Un escalofrío me recorre la espalda y me quedo rígida en la silla mientras aprieto la falda entre los puños, con fuerza. ¿Sabe Dimitri que soy una Novia? Pero… no. Michal no lo sabía hasta que Mila se lo ha dicho hace un rato, y estoy segura de que no compartirá esa información con el primo del que se ha distanciado en ningún momento del futuro cercano. Me relajo un poco y exhalo con suavidad. Por ahora, mi secreto está a salvo.

—¿Y tú qué sabes del amor, Célie Tremblay? —pregunta Michal en voz baja. Me sobresalto ante la pregunta y vuelvo a la habitación con una sacudida desagradable. Nada bueno sucede cuando emplea ese tono. De hecho, un brillo frío y calculador ha aparecido en sus ojos y, sin previo aviso, cruza la habitación hasta su escritorio. Cuando apoya el vaso vacío sobre él con un tintineo decisivo, me echo un poco para atrás en mi asiento—. Los humanos siempre hablan como si fueran expertos en el tema, pero según mi experiencia, no hay nada tan voluble como el corazón humano.

Con un movimiento borroso, abre el cajón superior, algo chasquea en el interior y saca…

Se me cae el alma a los pies.

Saca mi anillo de compromiso.

A la luz del fuego, resplandece entre nosotros como mil soles diminutos, brillantes, puros y eternos, y siento un nudo en la garganta solo con mirarlo. *Jean*. Con las mejillas sonrojadas, me pongo de pie para agarrarlo, pero, por supuesto, Michal se mueve más deprisa. El anillo está ahí y desaparece otra vez antes de que pueda dar un solo paso.

—Demuéstrame que me equivoco, *mademoiselle* —dice, levantándolo en el aire entre nosotros —. Dime por qué no lo llevas puesto y te lo devolveré con gusto.

Siento una presión ardiente detrás de los ojos, pero me niego a llorar frente a este desgraciado. No es necesario que sepa que no he pensado en Jean Luc —pensado *de verdad* en él—, desde que llegué aquí. No es necesario que sepa lo de nuestra confrontación en la biblioteca, los fracasos de Jean como compañero, mis propios y horribles fracasos en ese tema también. No es necesario que sepa que no llevo puesto el anillo porque… porque…

Ni siquiera puedo pensar esas palabras.

—No lo sé —espeto en su lugar, cruzando los brazos con fuerza contra el pecho—. De todas formas, ¿por qué te importa tanto? Esta es la segunda vez que mencionas mi compromiso. ¿No tienes nada mejor que hacer que entrometerte en la relación de dos personas a las que ni siquiera conoces? ¿Acaso no eres el rey de todos los vampiros?

El brillo cruel en los ojos de Michal se desvanece ante lo que sea que ve en mi expresión y, tras otro instante, sacude la cabeza con asco. Quizá por mí. Quizá por sí mismo. Y lo odio, *lo odio*,

porque una parte de mí también se odia a sí misma.

Cuando me arroja el anillo al instante siguiente, me sobresalto y casi lo dejo caer. Él finge no darse cuenta.

—Quédatelo. De todas formas, una baratija tan tonta no me sirve de nada.

La mano me tiembla ligeramente cuando clavo la vista en el objeto, desgarrada por una horrible indecisión. Si me pongo el anillo en el dedo, estaré admitiendo algo ante Michal. Si no lo hago, estaré admitiendo algo completamente diferente. Sin embargo, me ahorra la humillación de tener público al girarse y volver a acercarse al aparador para entretenerse con algo que no puedo ver.

El odio hacia mí misma me recorre entera cuando me guardo el anillo en el corsé, fuera de la vista.

—¿Dónde está mi cruz de plata? —le pregunto, sorprendida por lo firme que suena mi voz.

No se gira.

—Eso depende por entero de ti.

—En ese caso, dámela. La quiero.

—No —dice con calma mientras se saca la cruz del bolsillo y la sostiene en alto, agarrándola por la cadena. Sus dedos humean ligeramente al entrar en contacto con la plata, y el colgante gira y centellea a la luz del fuego como un espejismo—. No hasta que lleguemos a un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

Por fin se da la vuelta, con la cruz en una mano y ofreciéndome un vaso de absenta con la otra.

—Es muy sencillo. ¿Estás conmigo, Célie Tremblay, o estás contra mí?

Mis ojos pasan con incredulidad de su rostro a su puño cerrado, donde la plata continúa chisporroteando y humeando contra su piel. Una parte de mí quiere alargar este momento. Una parte de mí quiere ver cuánto tiempo aguantará antes de que su mano estalle en llamas. La otra parte se siente inundada por un temor inexplicable ante la perspectiva. Nunca he visto a alguien quemándose, y no me apetece cambiar eso, ni aunque se trate de Michal.

—¿Sigues teniendo intención de matar a Coco? —pregunto sin aliento, ignorando la absenta por completo.

—Si la situación lo requiere.

Mi expresión se endurece.

—No lo requiere.

—Sigo sin estar convencido.

—Y *yo* sigo sin estar convencida de que no seas un sádico demente y perverso con la intención de destruir todo lo que es bueno en el mundo. Puede que no mataras a tu hermana, pero has matado a otros. No confiaría en ti antes que en una víbora.

—Mmm. —A pesar de su mano humeante, me estudia durante un momento con expresión fría, tranquila, antes de beberse mi vaso de absenta y guardarse la cruz de plata una vez más. Niega con la cabeza en un gesto de decepción—. Una pena. Y pensar que iba a llevarte conmigo.

Aparto la mirada de su palma carbonizada.

—¿A dónde? —pregunto con recelo—. *¿Por qué?*

—Ya no importa, ¿verdad? Soy un sádico demente de negro corazón en quien no se puede confiar. —Ladea la cabeza—. Aunque, curiosamente, no he intentado destruirte *a ti*. ¿No te

consideras entre lo bueno de este mundo, Célie Tremblay?

—Deja de retorcer mis palabras.

—Nunca haría nada semejante. Cuéntame todo lo que sepas sobre Cosette Monvoisin y Babette Trousset.

Entorno los ojos ante este giro inesperado.

—¿Disculpa?

—Cosette Monvoisin —repite, y sus ojos brillan con repentina malicia— y Babette Trousset. Querías saber por qué te he traído aquí, por qué quiero que me acompañes fuera de la isla. Necesito información sobre su relación. Más concretamente, necesito saber por qué Cosette robaría el cadáver de Babette de la morgue.

—¿Crees… que Coco robó el cuerpo de Babette…? —Pero las palabras mueren enseguida, y una certeza estalla a su paso—. De verdad, estás loco. Coco nunca entorpecería una investigación de asesinato para… para huir con el cadáver de Babette…

—Las brujas de sangre celebran ritos funerarios bastante peculiares, ¿no es así? ¿La llamada «ascensión»?

—Bueno, sí, queman a sus muertos y cuelgan las cenizas en arboledas secretas a lo largo y a lo ancho de La Fôret des Yeux, pero *repito*: Coco no se llevaría el cuerpo de Babette sin permiso.

—¿Es cierto que creen que el alma de una bruja permanece atrapada en la tierra hasta que ascienden? ¿Querría Coco someter el alma de Babette a tal tormento, aunque sea de forma temporal? Dijiste que eran amantes.

Frunzo el ceño y levanto la barbilla.

—*Cualquiera* podría haberse llevado el cuerpo de Babette. Solo porque tengas una *vendetta* personal, y extremadamente fuera de lugar, contra Coco, no significa que sea culpable. Puede que el verdadero asesino haya vuelto a por su cuerpo. ¿Te lo has planteado siquiera? Tal vez los curanderos pasaron algo por alto en la autopsia, algo que apuntara al asesino, y este regresó para destruir las pruebas.

Michal extiende las manos y se inclina hacia delante sobre su escritorio.

—Ilumíname, por favor, *mademoiselle*. Si no se trata de Coco, ¿quién es?

Lo fulmino con la mirada, y abro y cierro la boca como un pez. Porque es obvio que no conozco su identidad. Nadie en el reino sabe quién es —ni siquiera él—, y ese es el puñetero problema.

—Tengo dos caminos posibles ante mí, Célie Tremblay. —Se pone de pie, junta las manos detrás de la espalda y rodea su escritorio con aire despreocupado. Salvo porque no hay nada despreocupado en Michal. Jamás. Cada paso que da antes de detenerse ante mí es preciso, ominoso—. Puedo investigar a Cosette Monvoisin, o puedo investigar a Babette Trousset. —Su rostro permanece engañosamente tranquilo—. Quizá tus amigos sean inocentes. Quizá no. Tome la vía que tome, *vengaré* la muerte de mi hermana, y compadezco a todo aquel que se interponga en mi camino. Así que dime —me pide en voz aún más baja—, ¿qué camino será el elegido?

Un instante de silencio.

Dimitri, estoy a punto de decir, pero retengo su nombre en la punta de la lengua. No tengo pruebas reales de que haya matado a Mila ni a nadie más, y hasta que las tenga, no puedo traicionar su amistad. Michal tolera la participación indirecta de Dimitri en la muerte de Mila; si le

digo que realmente *la mató*, no dudará. Le arrancará el corazón palpitante del pecho a su primo sin esperar pruebas.

Tampoco puedo traicionar a Coco.

Michal continúa aguardando, claramente a la espera de una respuesta.

—No necesitas que te diga nada sobre Babette Trousset. —La frustración por su total y absoluta obstinación me inunda, afilada y repentina—. Puedes obligar a cualquiera de las brujas de su aquelarre a decirte todo lo que necesitas saber sobre ella, aunque no es que importe. A estas alturas, tenemos más posibilidades de encontrar una aguja en un pajar que de hallar su cadáver.

—Que los idiotas de tus hermanos encuentren el cuerpo. No es importante. Lo que necesitamos saber es por qué el asesino volvió a por él y no a por los otros.

—*No* son idiotas —espeto, acalorada.

Él agita la mano en un gesto desdeñoso.

—Son unos ineptos. Han estado dándole vueltas al tema desde hace meses, buscando a nuestro misterioso asesino sin dar con un solo sospechoso. En una semana, tú has logrado posicionarte en el corazón mismo de la investigación, y también has aprendido a matar vampiros, a cruzar el velo y a comunicarte con los muertos. También posees un conocimiento único sobre brujas, sirenas y, a menos que me equivoque mucho, hombres lobo, todos los cuales te consideran una amiga.

Me sonrojo ante lo inesperado de esas palabras. No puedo dejar de mirarlo, confundida, mientras sus alabanzas producen una oleada de calidez que me recorre entera, aunque no estoy del todo segura de si floto o me ahogo en ella. Nadie me ha dicho nunca nada tan… tan *halagador*, a pesar de que Michal consigue que no suene a adulación en absoluto. Por su tono seco y práctico, podríamos estar hablando del tiempo.

—Yo…. —Parpadeo como una estúpida, sin saber qué responder—. No creo…

—Claro que sí —interrumpe—. Tú *piensas*, y por eso resultas el doble de valiosa que todos los cazadores de la Torre. No obstante, no forzaré tu mano. Si no deseas unirte a mí, volverás a tu habitación y me aseguraré en persona de que nadie te moleste hasta la víspera de Todos los Santos. —Una pausa—. ¿Es eso lo que quieres?

El suave tictac de su reloj es el único sonido que perfora el silencio. Y el latido de mi corazón. Palpita a un ritmo traicionero dentro mi pecho, y amenaza con estallar y estropearlo todo. *¿Es eso lo que quieres?* Nadie me ha hecho nunca *esa* pregunta, y… y lo miro sin saber qué hacer. En unas pocas horas, he pasado de conspirar para matar a Michal a… ¿a *qué*? ¿A absolverlo de toda culpa? ¿A buscar sus alabanzas? Casi lloro de frustración ante la elección imposible que aguarda ante mí.

Si acepto colaborar con Michal, podríamos encontrar al asesino.

Si acepto colaborar con Michal, también estaré ayudando a uno.

—Prométeme que no matarás a nadie —susurro—. P-Prométeme que dejarás que los *chasseurs* se lleven al asesino si lo encontramos, y promete que no interferirás con su sentencia.

Su respuesta es rápida, instantánea. Sus ojos, oscuros.

—Te prometo que no te mataré *a ti*, Célie Tremblay, y esa es la única promesa que haré. ¿Tenemos un trato?

Cierro los ojos un instante.

Al final, sin embargo, ni siquiera es una elección. No puedo limitarme a volver a mi

habitación, a mi estantería, y acumular polvo mientras un asesino anda suelto. No puedo volver a ese lugar nunca más. *No lo haré*.

—Tenemos un trato —digo en voz baja. Abro los ojos y levanto la mano hacia la suya. Solo me tiembla un poco.

Una pequeña y peligrosa sonrisa tira de las comisuras de su boca, y me la estrecha con su mano ennegrecida. Me envuelve los dedos con firmeza. Esta vez, no hay fantasmas que acudan a nuestro encuentro. No. Este contacto, esta *unión*, son solo nuestros.

Cuando se aparta, la cruz de plata descansa en mi palma, tan brillante y familiar como siempre, y frunzo el ceño al ver las débiles iniciales grabadas en un lateral. Nunca había reparado en ellas. De hecho, ni siquiera ahora me habría percatado, de no haber sido por el ángulo exacto en el que incide la luz del fuego, pero ahí están. *BT*.

Si vamos a trabajar juntos, Michal necesita saberlo todo.

—No sé por qué el asesino volvió a por Babette y no a por los demás, pero Babette… fue la única víctima a la que encontraron con una de estas. —Juntos, contemplamos la cruz—. No adoraba al dios cristiano.

Michal clava la mirada en la mía.

—Crees que sabía algo.

—Creo que tenía miedo de algo. —*Por ejemplo, de un vampiro*. Me guardo la cruz en el bolsillo de la falda, donde descansa pesadamente contra mi pierna. Me ancla al suelo del despacho de Michal; me ancla a *Michal*. Pero ahora ya no puedo dar marcha atrás—. Los asesinos en serie suelen elegir víctimas que se ajustan a un perfil determinado, pero los cazadores no han encontrado ningún patrón que relacionase a los muertos. Puede que este asesino elija a sus víctimas de forma diferente. Quizá tenga una… conexión personal con ellas.

Michal no necesita más explicaciones. Su mente está trabajando a toda velocidad, sus ojos negros brillan repletos de expectación.

—¿Dónde vivía Babette? ¿En Cesarine?

—No. —*Y gracias a Dios por eso*. Niego con la cabeza y unas lágrimas de alivio brotan detrás de mis párpados. Gracias a Dios que Babette se mudó bien lejos de Coco después de la batalla de Cesarine. Gracias a Dios que Michal se ha olvidado de mi amiga por el momento. Solo me queda rezar para que las cosas sigan siendo así—. Vivía en Amandine. La escuché hablar con… con alguien —digo rápidamente— sobre un lugar llamado Les Abysses, pero no me sé la dirección. Mis padres vendieron nuestra casa de verano en Amandine cuando era niña.

—Dudo que tus padres lo hubieran aprobado. —Michal se aleja de mí con una sonrisa fría—. Les Abysses no es lugar para señoritas amables y bien educadas.

—¿Lo conoces?

—Ya lo creo. —Hace un gesto hacia la puerta, que se abre por sí sola y derrama sombras profundas en la habitación. Me levanto a toda velocidad—. Y pronto, tú también. Vamos a Amandine, mascota. Si existe alguna conexión entre Babette y nuestro asesino, la descubriremos. Sin embargo, deberías saber que —su mano sube por mi brazo cuando estoy cruzando la puerta—, si no hay nada que encontrar, solo quedará un camino. ¿Lo entiendes?

Nuestros ojos se encuentran en la penumbra, su nombre pasa entre nosotros de forma tácita.

Coco.

Resisto el impulso de grabarle una cruz en la mejilla para siempre.

—Sí —confirmo con amargura.

—Bien. —Me suelta con un asentimiento desdeñoso—. En ese caso, el barco a Belterra zarpará mañana por la noche. A las siete en punto. Ponte algo… verde.

PARTE 3

L'appétit vient en mangent.
El apetito llega cuando comes.

Capítulo 28

Descender

Me visto de escarlata como acto de rebeldía. Es un gesto pequeño, puede que trivial, pero solo porque esté trabajando *con* Michal no significa que esté trabajando *para* él. Parece importante empezar en igualdad de condiciones, para recordarle que no puede darme órdenes como si fuera su criada, o peor —tiro del corpiño de seda con irritación—, su *mascota*.

Cuando me reúno con él en su estudio a las siete en punto, evalúa mi vestido con una mirada irónica, como si intentara no sonreír. Entrecierro los ojos hasta convertirlos en sendas rendijas.

—El rojo es mi color favorito —le informo con altivez.

Recortado contra la puerta, se abrocha la capa negra de viaje con dedos diestros.

—Mentirosa.

—*No* miento. —Hago una pausa—. ¿Cómo sabes cuando estoy mintiendo?

—Estableces demasiado contacto visual. Es desconcertante. —Descuelga otra gruesa capa negra de un gancho junto a la puerta, la sostiene en alto y me hace un gesto para que deslice los brazos dentro de las mangas. Sorprendida, eso es justo lo que hago, aunque dudo cuando dice—: ¿No hay nada que pueda decir para hacerte cambiar de opinión?

Las quemaduras de su rostro han desaparecido, al igual que las de su mano, dejando atrás solo piel suave y pálida. El estómago me da unas ligeras volteretas ante esa imagen. *No se me curarán hasta que beba algo más fuerte que la absenta*. Tal vez Arielle lo haya visitado de nuevo. Puede que haya sido otra persona. Ese pensamiento provoca que la bilis me suba por la garganta, y me alejo de su contacto mientras me reprendo mentalmente. No se me ha ocurrido traer mi propia capa, una preciosa creación de lana color marfil y botones de plata. Estaba demasiado concentrada en que Michal me viera de escarlata.

—Ni una sola.

Incapaz de ocultar su sonrisa por más tiempo, pasa rozándome al salir al pasillo.

—Como desees.

—¿Por qué querías que vistiera de verde? —le pregunto, suspicaz.

Su única respuesta es una risita oscura.

Como cuando llegamos a Requiem, un único barco flota en el puerto. Michal no se detiene para ver si lo sigo, sino que sube la pasarela hacia los marineros que apilan unas sencillas cajas de madera a lo largo de la proa. Me agarro un punto que tengo en el costado mientras los maldigo a él y a su velocidad sobrenatural y me apresuro a seguirlo. El viento cortante hace que me duelan los dientes.

—¡Michal! ¿Podrías, *por favor*, ir más despacio…?

La pregunta muere en mi lengua cuando las cajas de madera toman forma a la luz del farol. Patino hasta detenerme sobre la cubierta principal, incapaz de mirar en otra dirección.

—Ataúdes —susurro.

Están apilando ataúdes.

La capa de viaje de Michal ondea detrás de él cuando se gira.

—Sí. Requiem, S.A., es el mayor proveedor de ataúdes de Belterra. —Cuando sonríe, el relámpago sobre nuestras cabezas hace relucir sus colmillos con frialdad. La niebla helada ya nos cubre la ropa, el pelo. La tormenta de esta noche promete ser desagradable—. Tenemos bastante monopolizado el mercado. Nadie puede competir con nuestros precios. Sígueme. —Dirige una mirada irritada al cielo—. Ya casi tenemos la tormenta encima.

Un trueno ensordecedor retumba en respuesta, y doy un saltito hacia delante para agarrarlo de la manga mientras da una orden a uno de los marineros. Trabajan de la misma forma rítmica que hace días —es evidente que se hallan sometidos a la coerción—, apilando y apilando y *apilando* ataúdes hasta que apenas puedo ver más allá de la cubierta.

—M-Michal. —Me castañetean los dientes y me tiembla todo el cuerpo. No es por el frío—. ¿Por qué os hace falta exportar a-ataúdes?

—No nos hace falta —responde, cortante y con el ceño fruncido mientras me conduce abajo, al salón de baile. Aunque alguien ha encendido aquí otro farol, la luz no hace nada para aliviar el nudo que siento en el pecho. Solo ilumina más ataúdes, más grandes que los de arriba, tallados en ébano y sándalo con adornos dorados, forros de seda y satén—. Los exportamos para introducir vampiros polizones en Cesarine. Los inspectores rara vez echan un vistazo *al interior* de los ataúdes. —Una parte distante de mi mente registra que dice *rara vez* en lugar de *nunca*, pero no puedo preocuparme por esos inspectores que sí miran dentro. No ahora mismo—. Es mucho más sencillo de este modo. Más limpio. Después de que el barco pase la inspección, nos colamos en la ciudad sin previo aviso. Sin embargo, no será necesario que nos metamos hasta dentro de un par de horas. Cuando nos acerquemos a la ciudad. —Se saca los guantes de cuero del bolsillo y me los da—. Toma. Póntelos.

Pero los guantes son inútiles contra el frío que me asola.

—Michal, no puedo… —Las palabras mueren cuando mi mirada aterriza en el ataúd que tiene más cerca. Se parece al de Filippa: de palisandro, con dos cisnes de tamaño natural tallados sobre la tapa, cada uno con una corona de laurel. *¿Requiem, S.A., también habrá fabricado su ataúd?* Una ardiente oleada de náuseas me recorre la garganta ante la idea, y cierro la boca con fuerza para no vomitar encima de las prístinas botas de Michal—. No… No puedo meterme sin más en un ataúd. No puedo.

—Lo recuerdo. —Al decir eso, se saca otra cosa del bolsillo: una extraña joya brillante. Perfectamente redonda, casi parece opalina, atravesada por vetas de un blanco luminoso y tonos

iridiscentes de azul, verde y morado—. Ten. La última de las luces mágicas. Una muestra de buena fe de la *Dame des Sorcières* de antaño. —Deposita la joya en mi mano, y otro trueno ahoga los gritos de los marineros cuando el barco se hace a la mar entre tambaleos. Cuando me tropiezo hacia un lado, Michal me sujeta del brazo y lanza una mirada sombría al techo—. Junto con el tiempo.

Le devuelvo la joya con manos temblorosas. Porque ninguna luz me ayudará dentro de un *ataúd*. Nada alejará el olor de la muerte, la sensación del pelo quebradizo de Pippa en mi boca. Ya me estoy ahogando, tropiezo hacia atrás, frenética, y choco contra el ataúd que tengo a mi espalda. Con un ruido estrangulado, salto hacia un lado para alejarme, pero tropiezo con mi capa y casi caigo de rodillas. Michal me sujeta por los codos antes de que pueda caerme.

Frunce el ceño cuando me dejo caer de todos modos. Desciende conmigo y ahora está arrodillado, sus ojos fijos en las rápidas subidas y bajadas de mi pecho. Sé que las pupilas se me han dilatado. Sus fosas nasales se ensanchan, y sé que huele mi miedo. Pero no puedo hacer nada para detenerlo, nada para combatir la respuesta de mi cuerpo cuando lo único que veo son *ataúdes*. Cuando lo único que huelo es miel de verano y *podredumbre*.

—¿Qué pasa? —pregunta, confundido—. ¿Qué ocurre?

Nadie va a venir a salvarnos.

—N-no puedo meterme en un ataúd, Michal. Por favor, tiene que haber otra manera.

Frunce aún más el ceño.

—Tu prometido tiene barcos buscándote por todas estas aguas. El rey ha ordenado inspeccionar todos los barcos. Hay escuadrones enteros de soldados patrullando el reino mientras hablamos, y tanto cazadores como brujas recorren las calles de Cesarine bajo las órdenes del arzobispo y de la *Dame des Sorcières*. Eres la persona más buscada de toda Belterra. Y eso ni siquiera incluye los esfuerzos del vizconde, que ha ofrecido una recompensa de cien mil *couronnes* para quien te devuelva sana y salva. Creo que lo conoces.

Una risa estremecedora me sacude el cuerpo.

Sí, lo conozco.

Lord Pierre Tremblay, humilde servidor de la Iglesia y la Corona, esposo y padre devoto, y un hombre con el que no he hablado en casi un año. En circunstancias diferentes, su recompensa de cien mil *couronnes* por el regreso de su hija podría haber resultado conmovedora. Tal como están las cosas, el vizconde no tiene ni dónde caerse muerto, y todavía recuerdo sus últimas palabras, pronunciadas en voz baja y furiosa: *Ninguna hija mía se deshonrará con los chasseurs. No lo permitiré. ¿Me oyes? No te unirás…*

—Puedo obligar a los hombres corrientes a olvidar tu rostro —dice Michal, reemplazando los siniestros ojos verdes de mi padre por los suyos negros—, pero si te ve un *chasseur* o una *Dame blanche*, tendré que matarlos.

—No. —Jadeando, me esfuerzo por ponerme de pie y Michal me suelta al instante—. Nada de matar.

En cualquier caso, el riesgo es demasiado elevado; no tenemos ni idea de quién inspeccionará este barco, y si alguien me reconoce, me arrastrarán de vuelta al West End. Nunca descubriré la verdad sobre el asesino. Nunca le encontraré sentido a mi extraña nueva habilidad, ni a la oscuridad que se avecina. Nunca tendré otra oportunidad de demostrar mi valía ante mis padres, Jean Luc y Frederic. Volverán a meterme en una jaula de cristal —no, a *encerrarme*—, y esta vez,

mis padres tirarán la llave.

No. Eso no puede suceder.

Mis ojos buscan a la desesperada otra solución y aterrizan en el escritorio de Odessa en el centro del salón de baile. La montaña de pergaminos todavía se alza sobre él, pero justo al lado, brillando débilmente a la luz del farol…

Otra botella de absenta.

Gracias a Dios. El corazón me da un vuelco y me abalanzo sobre el asqueroso líquido verde como si mi vida dependiera de ello. Sin embargo, cuando cierro los dedos alrededor de la botella, Michal cierra la mano alrededor de mi muñeca. Sacude la cabeza con una mueca sardónica en los labios.

—Creo que no.

—Suéltame. —Aunque me sacudo y me retuerzo para debilitar su agarre, este permanece irrompible. Sorprendentemente tenue, sí, pero irrompible de todas formas. Levanto la barbilla—. He cambiado de opinión. *Puedo* hacerlo. Puedo meterme en un ataúd.

Suelta un resoplido burlón.

—¿Con absenta?

—*Tú* la bebes.

—Bebo todo tipo de cosas que tú no, y permíteme asegurarte que la absenta puede que sea la *más* desagradable de todas. ¿La has probado alguna vez?

—No. —Planto los pies con determinación, con terquedad, y por fin me permite arrancarle la botella. La acuno contra el pecho—. Pero una vez le robé un sorbo de vino a mi madre. No puede ser muy diferente.

Michal me mira como si hubiera perdido la cabeza, como si me la hubiera arrancado y la hubiera tirado por la ventana. Y puede que sea así. Puede que no me importe. Forcejeo con el corcho de la botella bajo el crítico escrutinio de su mirada, aunque solo logro descorcharla cuando fuera se oye un choque distante.

Ambos levantamos la cara con brusquedad.

—¿Qué ha sido…? —empiezo a preguntar.

En un abrir y cerrar de ojos, Michal desaparece por las escaleras. Me apresuro a seguirlo, torpe y lenta tras él, y me derramo un poco de absenta en las manos. Su aroma especiado (anís, hinojo y algo más) me obliga a arrugar la nariz mientras subo las escaleras y me detengo en el alcázar tras resbalar un poco bajo la lluvia. Cae en grandes ráfagas, como si Dios mismo lanzara cubos de agua sobre nuestras cabezas. En cuestión de segundos, me empapa hasta la piel, pero me aparto el pelo de la cara para seguir la dirección de la mirada de Michal.

Al norte, apenas visible a través del vendaval, otro barco lucha por mantenerse a flote en medio de unas olas de quince metros. El viento ha quebrado su trinquete, y el barco entero cabecea de lado, precariamente cerca de volcar. Me quedo helada cuando me percato.

—¡Michal! —Sin embargo, el viento se lleva mi grito, y me agacho rápidamente cuando otro relámpago destella. Los ataúdes se deslizan en todas direcciones. La tripulación, medio ahogada, se apresura a asegurarlos, pero ni siquiera la coerción es rival para la tormenta. Con otro crujido ensordecedor, una caja de madera choca contra otra, y ambas caen al mar por encima de la barandilla—. ¡Michal! —Con el viento azotándome la capa y el pelo, me esfuerzo por alcanzarlo,

por agarrarlo del brazo—. Ese barco, toda la tripulación se va a ahogar si no…

—No podemos ayudarlos.

Tras esas palabras, el mástil quebrado del otro barco se rompe por completo y un oleaje salvaje arrastra la proa hacia abajo, junto con la mitad de la tripulación. Los demás hombres gritan y cargan hacia delante para asegurar el barco, pero es demasiado tarde. La nave se está hundiendo de verdad. Al instante siguiente, un rayo golpea otro mástil y las velas despiden chispas y se incendian. El horror me inunda el vientre ante semejante panorama, y aprieto la mano alrededor de la manga de Michal.

—¡Pero tenemos que ayudarlos! ¡Michal!

Pero él se limita a señalar desapasionadamente el agua agitada que nos rodea. Fragmentos afilados y rotos de otros barcos perforan las olas como lápidas que se alzan en un cementerio. Y me doy cuenta de que eso es lo que es: un cementerio.

—No hay forma de salvarlos —asegura Michal—. Nadie encuentra Requiem, salvo aquellos que nacen o se crean allí.

—*¿Qué?*

—La isla es secreta, Célie —dice Michal en tono cortante antes de darle la espalda al barco que se hunde y a los hombres moribundos, pero yo no puedo apartar la mirada. Me agarra del codo y me lleva a un rincón protegido por las escaleras—. La antepasada de tu preciosa Louise lanzó un hechizo de protección a su alrededor hace muchos años. La mayoría simplemente se desvía del rumbo al acercarse a Requiem, pero otros, como nuestros amigos de ahora, son demasiado hábiles para disuadirlos. De modo que el hechizo los mata. Jamás llegan a la isla.

—¿Los… los *mata*? —repito con incredulidad.

—Excepto en los días sagrados de una bruja. —Un rayo tiñe el pelo de Michal de color blanco hueso y proyecta sombras debajo de sus ojos y mejillas, y cuando tuerce la boca con saña, realmente parece un habitante del infierno—. Un tecnicismo inteligente. La *Dame des Sorcières* lo reclamó como protección para su pueblo, un contrapeso para el hechizo. Durante tres semanas al año, Requiem queda completamente expuesta y vulnerable al mundo exterior. —Enarca una ceja de forma elocuente—. Samhain es uno de esos días.

Aprieto la botella de absenta con tanta fuerza que me duelen los dedos. El mar ya lo ha reclamado todo menos la popa del barco. Se me revuelve el estómago cuando los gritos de los hombres se desvanecen bajo el rugido del viento y los ensordecedores truenos. Aunque me tambaleo hacia delante, decidida a… a *ayudar* de alguna manera, a bajar el bote salvavidas, solo logro dar tres pasos antes de que Michal atrape mi capa y me arrastre de vuelta al refugio. Medio segundo después, una ola se levanta y pasa por encima del pasamanos. Me aferro a él, impotente, mientras nuestro barco cabecea en respuesta.

—¿O sea que Lou y los demás no podrán atravesar el hechizo hasta la víspera de Todos los Santos?

—Hasta esa medianoche, para ser exactos.

—¿Y si llegan antes?

Juntos, nuestros ojos permanecen fijos en el último hombre mientras el mar se lo traga entero.

—Reza para que no lo hagan —se limita a responder.

Para cuando termina de hablar, la totalidad de la nave y su tripulación han desaparecido.

Simplemente han… desaparecido. El corazón me late fuerte y dolorosamente en el pecho. Es como si nunca hubieran existido siquiera.

Nos quedamos así durante otro largo momento, contemplando las olas mientras el viento y la lluvia azotan a nuestro alrededor. Solo me doy cuenta de que continúo aferrada a Michal cuando se suelta con firmeza y se gira para ir bajo cubierta. En el último segundo, sin embargo, duda y me lanza una mirada ilegible por encima del hombro.

—El bote salvavidas no los habría salvado —dice.

Me duele el pecho porque es verdad.

Y cuando desaparece por las escaleras, me acerco la botella de absenta a los labios y bebo.

Capítulo 29

La fée verte

Tomo un trago por cada persona a quien he visto morir.

Michal —quien, por lo que parece, ha desarrollado una conciencia en los cinco minutos que han pasado desde que me he juntado con él— me detiene después de tres.

—¿Cómo te atreves? —Mecida por las turbulentas olas, me aparto el pelo húmedo de las mejillas con indignación. Ya las siento calientes, sonrojadas, como si hubiera estado tumbada al sol durante horas en lugar de ahogándome sobre la cubierta. También me arde la garganta, como si hubiera estado bebiendo ácido. Observo con recelo la botella que ahora sostiene Michal en la mano y entorno los ojos al ver el hada verde de la etiqueta. Su sonrisa parece bastante inocua—. *Intento* honrar a los muertos, pero tú… —Una ola particularmente violenta sacude todo el barco y me tambaleo hasta chocar con él—, tú eso no lo entiendes, ¿verdad?

Pone los ojos en blanco y me sujeta por el codo.

—Probablemente no.

—Típico. —Me alejo para agarrarme al escritorio de Odessa en vez de a él y me despojo de mi pesada capa antes de que me sofoque—. La muerte ya no te afecta. Has matado a demasiadas personas.

—Lo que tú digas.

—Sí, *lo digo*. Y muy en serio. —Una pausa—. Por curiosidad… ¿A cuántas personas has matado?

Alza la comisura de la boca —es más una mueca que una sonrisa—, y me rodea para guardar la botella de absenta en el escritorio de Odessa. Cierra el cajón con fuerza.

—Esa es una pregunta muy personal, Célie Tremblay.

—Me gustaría que la respondieras. —Levanto la barbilla—. Y que me devolvieras mi botella. Solo he bebido por Ansel, Ismay y Victoire, pero todavía me falta beber por…

—Y a mí me gustaría que no me vomitaras en los zapatos. —Entorna los ojos cuando me balanceo de nuevo, y yo parpadeo cuando el mismo calor que siento en las mejillas recorre el resto de mi cuerpo. Ocurre de repente, de forma bastante inesperada, y… dudo y echo un vistazo alrededor del salón de baile semiiluminado, sorprendida. Parece agradablemente distorsionado en las esquinas, casi como si estuviera soñando, o… o tal vez viéndolo a través de un encantador

cristal empañado. Michal frunce el ceño ante algo que ve en mi expresión. Me agarra de la muñeca y me arrastra alrededor del escritorio de Odessa para obligarme a sentarme en la silla—. Parece que ninguno va a conseguir lo que quiere.

Levanto una mano hasta tenerla delante de la cara y la examino con curiosidad a la parpadeante luz del farol.

—Me siento… extraña. He visto a otras personas borrachas, por supuesto, pero no esperaba que resultara tan… tan *agradable*. —Me pongo en pie de un salto y me giro para mirarlo a la cara, tropezando levemente. Él me vuelve a atrapar por el codo—. ¿Por qué la gente no hace esto todo el tiempo?

Impaciente, exhala con fuerza y me empuja hacia abajo.

—¿Ese sorbo del vino de tu madre no te resultó *agradable*?

Agito una mano, despreocupada.

—Eso era una mentira.

—¿Cómo dices?

—He mentido. —Cuando se le oscurece la expresión, empieza a temblarme un músculo de la mejilla. Lo ignoro y abro el cajón del escritorio de Odessa para recuperar la botella de absenta. Él casi me atrapa los dedos al volver a cerrar el cajón—. Dijiste que no podía mentir, pero puedo y lo he hecho. Y no te has dado ni cuenta. —Ahora ya no logro evitarlo, una risita brota de mis labios cuando me doy la vuelta en la silla para clavarle un dedo en el estómago. Me lo aparta de un manotazo—. He dicho que probé el vino de mi madre, pero eso nunca pasó. No bebe vino. No bebe ningún tipo de alcohol, no lo aprueba, así que no he tomado un solo sorbo en toda mi vida. —Junto las manos con deleite—. Pero es *maravilloso*, ¿no es cierto? ¿Por qué nadie me había dicho que era tan maravilloso? ¿Alguna vez has estado borracho?

Mira al techo con expresión de dolor, como si se preguntara cómo, exactamente, un vampiro antiguo y todopoderoso ha acabado en semejante situación.

—Sí.

No despego la mirada de él.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Bueno, y *todo*. ¿Cuántos años tenías? ¿Cómo ocurrió? ¿También fue con absenta, o…?

Niega con la cabeza en un gesto seco.

—No vamos a hablar de esto.

—Venga ya. —Aunque me giro para clavarle el dedo de nuevo, se aparta en un borrón de movimiento y me veo obligado a conformarme con señalarlo—. Eso no es justo —lo increpo—. Puede que seas capaz de… moverte con tu *velocidad superespecial*, Michal Vasiliev, pero *yo* puedo ser especialmente *fastidiosa* cuando nadie me tiene en cuenta, lo cual es bastante desafortunado para ti, porque nadie me tiene *nunca* en cuenta —agito el dedo para enfatizar mis palabras—, lo que significa que me siento bastante cómoda siendo molesta, y simplemente seguiré preguntando y preguntando y preguntando hasta que me digas lo que quiero…

Me agarra el dedo antes de que se lo meta en el ojo por accidente.

—Eso ha quedado *dolorosamente* claro. —Exasperado, me suelta la mano, que cae de nuevo en mi regazo—. Tenía quince años —contesta, irritado, cuando intento pincharlo de nuevo—. Dimitri

y yo le robamos un barril de aguamiel a mi padre y a mi madrastra. Todo el pueblo salió a celebrar su décimo aniversario de bodas, y no se dieron cuenta de que faltaba.

Tenía quince años.

—¿Os lo bebisteis entero? —susurro con asombro.

—No. Mila y Odessa ayudaron.

—¿Erais mejores amigos, los cuatro?

Resopla, aunque el sonido no es tan frío y desapasionado como pretende que sea. No, casi suena *cariñoso*, y me muerdo la mejilla para ocultar mi sonrisa.

—Casi incendiamos el granero y pasamos el resto de la noche vomitando en el pajar. Nuestros padres se pusieron furiosos. Nos hicieron limpiar los establos durante horas al día siguiente.

A pesar del vómito y el estiércol de caballo, no puedo evitar suspirar ante la historia, inexplicablemente melancólica, y entrelazo los dedos en el regazo.

—¿Tu padre quería mucho a tu madrastra?

—Sí. —Me lanza una mirada larga e inquisitiva—. También quería a mi madre.

—Suena encantador.

—Sí —dice Michal después de otra breve pausa. Entonces, más reacio, añade—: Era… muy parecido a Dimitri en ese sentido.

Mmm.

Frunzo los labios y lo estudio con enorme interés durante varios segundos. La absenta todavía desdibuja sus rasgos en una especie de cuadro oscuro, todo alabastro y obsidiana, hasta que deja de parecer real. Niego con la cabeza, desconcertada. Porque *es* real, por supuesto, aunque la idea de él a los quince años con unos padres exasperados, unos primos traviesos y un barril lleno de hidromiel me inunde de una inexplicable e inesperada sensación de pérdida.

Me río en un acto reflejo.

—Y pensar que cuando yo tenía quince años todavía dormía en mi habitación de la infancia y jugaba con muñecas. —Me río de nuevo, incapaz de contenerme, y me inclino hacia atrás de golpe para mantener el equilibrio sobre las patas traseras de la silla. Aunque abre la boca para soltarme una respuesta mordaz, hablo por encima de él, más deprisa en esta ocasión—. Lou, Reid y Beau jugaron a «verdad o reto» con whisky el año pasado, pero yo estaba durmiendo en la otra habitación. Ojalá no lo hubiera estado, así podría haber jugado también. Me gustaría jugar a un juego como ese en algún momento, y cualquiera pensaría que habría sido incómodo, con todos nosotros viajando juntos, pero no fue nada incómodo. ¿Sabes por qué? —Hago una pausa dramática y alargo el cuello para mirarlo del revés, esperando que abra mucho los ojos, cautivado, o tal vez que se incline hacia delante y sacuda la cabeza con anticipación.

—No —dice en vez de eso, en un tono extrañamente tranquilo—. No lo sé.

—¿Quieres que te lo diga?

Sus labios adoptan un ademán irónico mientras empuja mi silla para que vuelva a descansar sobre las cuatro patas.

—¿Tengo elección?

—No —vuelvo a ponerme en pie de un salto, y él da un paso atrás para evitar la colisión—, y no fue incómodo porque Lou y Reid son *almas gemelas*. Como tus *padres*, Michal.

—No me digas.

Asiento con entusiasmo.

—Ya sabes que Reid y yo salimos porque, bueno, no sé cómo lo sabes, exactamente, pero apuesto a que no sabes lo perfectos que son el uno para el otro. Apuesto a que no sabes que Lou toca cuatro instrumentos. Apuesto a que no sabes que Reid es un *espléndido* bailarín y que baila alrededor del árbol de mayo cuando cree que no hay nadie cerca. —Lo golpeo en el pecho de nuevo, desafiándolo a que me contradiga—. Baila mejor que tú, estoy segura. *Y* es más alto.

Le tiemblan los labios.

—Un dios entre los hombres.

—Reid jamás aceptaría esa comparación. Es demasiado humilde. —Levanto la nariz y me giro para sacar la botella de absenta del cajón. Esta vez, Michal ni siquiera intenta detenerme. En vez de eso, se apoya en el ataúd más cercano y cruza los brazos sobre el pecho mientras me observa—. Y no te olvides de su hermano, Beau —le digo, destapando la absenta para pegarle otro trago. Ya ni siquiera me quema la garganta. De hecho, siento la lengua completamente adormecida—. Podría ser la persona más divertida del mundo entero. Es un caballero y un pícaro, y cuando sonríe, tiene justo el aspecto que me imagino que tendría un pirata apuesto: todo encanto, hoyuelos y peligro. Y Coco, *Coco* —agito la botella para dar énfasis, incapaz de detenerme —es mucho más que una cara bonita, ¿sabes? Posee un agudo ingenio y un exterior de acero, pero es solo porque no le gusta sentirse vulnerable. —Ahora acuno la botella contra el pecho, me apoyo en el escritorio y trazo las alas del hada verde con el pulgar. Tal vez pueda teñirme el pelo de esmeralda como el de ella para el baile de disfraces de la víspera de Todos los Santos. Tal vez *monsieur* Marc nos cosa a todos unas alas a juego. Suspiro feliz ante la idea—. Los quiero mucho a todos.

—¿De verdad? —Enarca una ceja en actitud sardónica—. Jamás lo habría adivinado.

Sorprendida, miro a Michal y frunzo el ceño. Porque se me había olvidado que estaba aquí. Porque a juzgar por su tono, no quiere a mis amigos como yo, y porque planea… planea…

La habitación da vueltas peligrosamente cuando agarro un abrecartas del cajón del escritorio de Odessa y lo blando como un cuchillo. Es mucho más ligero que las lanzas y espadas bastardas de la Torre de los *chasseurs*. Mucho más adecuado.

—No dejaré que los mates, *monsieur* —le digo con brusquedad.

Pone los ojos en blanco, pero por lo demás, no se mueve.

—Suelta eso antes de que te hagas daño.

Mis propios ojos relampaguean ante su condescendencia.

—No puedes decirme qué hacer. Todo el mundo intenta decirme *siempre* qué hacer, pero solo uno de ellos es mi capitán. *T*ú no eres mi capitán, lo que significa que no tengo que obedecer a nada de lo que digas.

Ante la mención de Jean Luc, todo rastro de humor se desvanece de la expresión de Michal.

—Ah, sí. —Junta las manos detrás de la espalda y contempla fijamente la punta del abrecartas contra su pecho. Por desgracia, está hecho de acero y no de plata—. Célie, la cazadora. Se me había olvidado por un momento. Me pregunto a cuántas personas habrías matado si te hubieras quedado en la Torre. —Avanza deliberadamente hacia el abrecartas, y abro los ojos con incredulidad cuando este se dobla contra su pecho. *Se dobla*. Lo dejo caer a toda prisa, retrocedo y me precipito hacia el escritorio de Odessa. Sin embargo, él no deja de caminar hacia mí, cerrando

lentamente la distancia que nos separa—. Lo que está claro es que nunca dudas en atacarme *a mí*. ¿Por qué?

—Porque eres un monstruo. —Todavía retrocediendo, le lanzo la botella de absenta para detener su aproximación. Ni siquiera sé *por qué* quiero detener su acercamiento. Me prometió que no me haría daño, pero hay algo en la determinación de su mandíbula que envía un delicioso escalofrío por mi espalda. Atrapa la botella con una mano y la tira en el cajón del escritorio de Odessa.

—Y *no* soy una *chasseur* —le digo, obstinada, mientras me lanzo detrás de un ataúd—. Ya no.

—Pues piensas como un *chasseur*. ¿Sabe tu amado capitán que has roto tu voto?

—No, él… —Frunzo el ceño, confusa, y retrocedo parpadeando con fuerza. He olvidado hablarle sobre Jean Luc. Se lo he contado todo sobre los demás, pero por algún motivo, he olvidado mencionar su empuje, lo firme, capaz y devoto que es. *¿Sabe tu amado capitán que has roto tu voto?* Un zumbido bajo me inunda los oídos ante la pregunta, haciendo que me sea imposible pensar—. ¿Qué… qué quieres decir con eso? —le pregunto, suspicaz.

Planta las manos encima del ataúd.

—Dímelo tú.

Pero… no. No me gusta su pregunta. No me gusta para nada. En efecto, esta conversación se ha vuelto irrevocablemente aburrida.

—N-no te voy a decir nada, y no quiero seguir hablando contigo. —Resuelta, me alejo de él hacia el pasillo. No me estropeará este momento, da igual cuánto lo intente. No importa que tenga diecinueve años en lugar de quince, que mi única compañera aquí sea la *fée verte*, yo también puedo incendiar un granero metafórico. Desesperada, echo un vistazo a mi alrededor en busca de algo que hacer. El barco ha cesado de cabecear, lo que significa que debemos de haber dejado atrás la tormenta, y en lo alto de las escaleras, en algún lugar de la empapada cubierta, un marinero toca una animada giga con su armónica. *Eso es*. Reboto un poco sobre las puntas de los pies al escuchar ese sonido. Al fin y al cabo, *estamos* en un salón de baile, y hace siglos que no bailo.

No oigo a Michal moverse a mi espalda.

—Esperemos —me dice en un tono inesperadamente tenso— que no haya sido *monsieur* Diggory quien te enseñó a bailar.

Muerta del susto, vuelvo a girarme —esta vez para propinarle un empujón que lo aleje—, pero me detengo en el último segundo. Está muy cerca de mí. *Demasiado* cerca, pero mis pies echan raíces mientras lo miro. Así de cerca, así de quieto, podría contar sus pestañas si quisiera. Pasar el pulgar por ellas, trazar la línea de su pómulo hasta la comisura de su boca.

Podría rozarle las puntas de los dientes.

Se me entrecorta la respiración ante ese pensamiento intrusivo, y sin pretenderlo, mi mirada desciende hasta sus labios. Aunque su expresión permanece cuidadosamente en blanco, él tampoco se mueve. No respira.

No respiró en el teatro cuando olió mi miedo. Ni en la pajarera, cuando olió mi sangre.

Porque es un monstruo, repite mi mente, que se revuelve con fuerza contra mí. *Un monstruo.*

Con el estómago lleno de mariposas, levanto una mano vacilante hacia él de todos modos.

En ese instante, sin embargo, suena un golpe en la puerta, y un marinero asoma la cabeza en la habitación.

—Majestad —dice, y la desconcertante tensión entre nosotros se hace añicos. *Majestad*. Resoplo en voz alta al oír el título y doy un paso atrás. Michal se gira con rigidez hacia el marinero, que se encoge bajo su negra mirada—. Mis disculpas, majestad, pero se acercan tres navíos con bandera de Belterra. Nos han hecho señales de que van a inspeccionar el cargamento.

Nos han hecho señales de que van a inspeccionar el cargamento.

Las palabras revolotean en mis oídos como abejas, urgentes, desagradables y molestas. Está claro que significan algo importante para Michal y su tripulación, lo que implica que probablemente deberían significar algo importante para mí. Sin embargo, no logro recordar muy bien *qué*, no con todos estos zumbidos, o por qué han empezado a picarme. Así que aparto las palabras, avanzo dando brincos por la habitación y alcanzo al marinero.

—¿Cómo se llama, *monsieur*? —le pregunto con entusiasmo.

Cálidas y encallecidas, sus manos aceptan las mías después de una breve vacilación. Cuando se las aprieto, me devuelve la presión con una pequeña sonrisa y un surco entre las cejas.

—Me llamo Bellamy, *mademoiselle*.

—Tienes un nombre *excelente*, Bellamy. —Me inclino hacia él en un gesto cómplice—. Y también eres muy guapo. ¿Lo sabías? ¿Tienes familia en casa? ¿Bailas con ellos? A mí me encanta bailar y, si quieres, puedo enseñarte para que también te encante.

Parpadea, desconcertado, y mira a Michal.

—Eh…

—Ignora a Michal. Yo siempre lo hago. —Cuando me balanceo hacia atrás y hago una pirueta por debajo de su brazo, el que me atrapa es el vampiro en cuestión. Tira de mí hacia él. Tiene los labios apretados en una línea dura y plana, pero no me importa; también giro por debajo de su brazo, todavía riendo y hablando con el apuesto marinero—. Si fuera una vampira, usaría la coerción con todos los habitantes de la isla para que ignoraran a Michal. Sería maravilloso.

—Qué suerte que eso nunca vaya a suceder. —Michal le hace un gesto con la mano al marinero, que retrocede a toda prisa y sale de la estancia—. Ahora —señala con la cabeza a algo que queda detrás de mí— deja de hechizar a mi tripulación y métete en el ataúd.

Por instinto, lanzo una mirada por encima del hombro y el corazón se me estrella en algún punto cercano al ombligo. Un familiar ataúd de palisandro me mira con malicia. Parpadeo a toda velocidad. Las abejas de mis oídos zumban con empeño y la habitación se vuelve abrupta e intolerablemente calurosa. Me alejo de Michal entre tambaleos y me presiono las mejillas febriles con las manos. ¿Por qué hace tanto calor aquí? ¿Hemos ido más allá de Cesarine y navegamos directos al infierno?

—Métete en el ataúd, Célie —repite Michal, en voz más baja esta vez. En sus ojos negros brilla la impaciencia. Y algo más. Algo a lo que no puedo ponerle nombre.

Vuelvo a resoplar.

—Majestad, *querido*, ¿alguna vez alguien te ha dicho que no?

Da un paso hacia mí con determinación.

—Jamás.

—No pienso meterme en ese ataúd.

—Entonces, ¿te has bebido una pinta de absenta sin razón alguna?

—Una dama nunca bebería una *pinta* de absenta. He bebido con sensatez y, además, he dicho

que no me metería en *ese* ataúd. En ningún momento he dicho que no me metería en uno diferente. —Fingiendo una sonrisa serena, acaricio el ataúd de ébano lacado que hay junto a él. El suelo empieza a moverse bajo mis pies cuando el cuarto trago de absenta llega a mi estómago—. Me meteré en *este*, gracias.

—Ese es el mío.

—*Era* el tuyo. Ahora es mío. —Aún sonriendo, aún balanceándome, busco a tientas los cierres de latón y abro la tapa cuando volvemos a oír gritos provenientes de arriba. Debemos de tener casi encima a la flota real. Me levanto las faldas, me meto en el ataúd antes de que me entren las dudas y me giro para tender una mano, expectante—. Y aceptaré esa *luz mágica*.

—Su señoría, *querida*, ¿alguna vez alguien te ha dicho que no? —Para mi sorpresa, para mi *horror*, Michal apaga el farol antes de que pueda responderle, sumergiéndonos en la más absoluta oscuridad, y se mete conmigo en el ataúd.

—¿Qué estás *haciendo*? —Lo agarro del brazo cuando se mueve para sentarse, empujándolo y aferrándome a él en igual medida. No veo nada que no sea esta mareante oscuridad—. No puedes simplemente… *Michal* —siseo—, esto es muy inapropiado, ¡así que vete a otro lado! ¡Y dame antes la luz mágica!

—Me niego a pasar la próxima hora apretujado en otro ataúd cuando construí este expresamente para que me resultara cómodo. Si prefieres no compartir, por favor —se saca la luz mágica del bolsillo y me la pone en las manos—, no dudes en elegir otro.

Lo contemplo a la espeluznante luz blanca, con los ojos muy abiertos por la incredulidad, pero no espera a que tome una decisión. No. Se tumba en el ataúd como si se tratara de unas sábanas de seda, y *esa* no es una comparación que necesite en este momento. Me doy una potente bofetada mental y casi me caigo al suelo. No es una comparación que necesite *nunca*. Por supuesto que no puedo compartir un espacio tan pequeño e íntimo con un vampiro, y menos con uno tan dominante como Michal. Además —echo un vistazo al ataúd—, ni siquiera hay espacio para que me tumbe a su lado. Si hago esto, voy a tener que tumbarme, bueno… me ruborizo. Las mejillas me arden todavía más.

Sin embargo, si no lo hago, pasaré la próxima hora a solas en la penumbra, tratando de no recordar esas cosas que la *fée verte* ha mantenido alejadas.

Un poco de perspectiva es algo maravilloso.

Antes de que pueda cambiar de opinión, me dejo caer como una piedra sobre el pecho de Michal y me tumbo recta sobre él, o al menos lo intento. Casi lo golpeo en la frente con mi luz mágica y le clavo las rodillas en el estómago, luego en la cadera, en mi lucha por contener mis faldas. La seda roja y la camisola se amontonan en el apretado espacio, dejando al descubierto mis pantorrillas, y me retuerzo para enderezarlas, alarmada, con lo cual le doy a Michal un codazo en la garganta por accidente.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —Pero sacudo la rodilla hacia la izquierda al decirlo y rozo el punto que queda entre sus piernas, cosa que lo hace inhalar profundamente. Jadeo, presa del horror—. Lo siento *tan*…

—*Deja* —me agarra la cintura y me levanta en el aire por encima de él— *de moverte*.

Sin otra palabra más, desplaza mi peso, presionándome contra la pared del ataúd, y extiende una mano entre nosotros para colocarme las faldas en su sitio. Sus dedos me rozan las piernas

desnudas. Mi pelo besa su rostro furioso. Sin embargo, ambos fingimos que esas dos cosas no están ocurriendo, y cuando me baja hasta quedar apoyada sobre él, quiero salir de un salto del ataúd y huir.

Como si leyera mis pensamientos, cierra la tapa con un clic decisivo, y gracias a Dios que lo hace, porque, en cuestión de segundos, se abre la puerta del salón de baile y unos pasos pesados recorren las alfombras.

Capítulo 30

Confesionario

—¿Veis algo? —pregunta una voz ronca. Me imagino a un anciano arrugado levantando una antorcha o un farol, y su luz dorada recorriendo hilera tras hilera de ataúdes.

Su compañero suena disgustado. Y mucho más joven.

—Ataúdes. Esto tiene que traer mala suerte.

—No sé qué cree que encontraremos con estas inspecciones. —Los pasos del primer hombre se acercan. Me tenso, y cierro los ojos con fuerza cuando golpea nuestro ataúd con los nudillos. La luz mágica parpadea y gira contra la oscuridad tras mis párpados, y ahora me cuesta más tragar que antes. Michal desliza la mano por mi espalda—. Date cuenta de que *él* no está aquí fuera en plena noche, congelándose las pelotas con nosotros.

—Mejor él que el otro de arriba —responde el segundo con amargura—, que se pone ese abrigo azul y actúa como un rey en lo alto. Como me llame «chico» una vez más, te juro que le quitaré ese palo de plata y se lo meteré directamente por el culo. Tú espera y verás. Pienso hacerlo. —Una pausa—. ¿*Deberíamos* inspeccionar los ataúdes?

Otro golpe seco en la tapa.

—No. Lo único que encontraremos aquí será un fiambre, y no seré yo quien le cuente a Toussaint que su pequeña prometida ha estirado la pata.

—¿Crees que está muerta?

Un resoplido burlón.

—Me da que, en el fondo, él también lo cree. Las mujeres que desaparecen rara vez vuelven a aparecer, ¿verdad? O no aparecen vivas, en cualquier caso. Solo piensa en lo que le pasó a su hermana. He oído que las brujas se la llevaron y la maldijeron para que envejeciera hasta que le falló el corazón. Es solo cuestión de tiempo antes de que también encontremos muerta a esta.

Unos dedos fríos y gentiles me acarician el pelo, deslizándose entre la espesa masa de mechones que tengo en la nuca. Tardo varios segundos en darme cuenta del motivo, en notar que todo mi cuerpo ha empezado a temblar, que mis manos, blancas como el hueso, se aferran a las solapas del abrigo de Michal. No sabía que lo estaba agarrando. No creía que pudiera moverme siquiera.

—No sé yo —murmura el más joven—. Ya desapareció una vez. Nadie sabe a dónde fue

entonces tampoco. Mi padre cree que ha huido. Que ha abandonado a Toussaint. No llevaba puesto el anillo cuando huyó de la Torre. Mi madre dice que Toussaint merece a alguien mejor por esposa. —Se ríe sombríamente—. Ofreció a mi hermana como voluntaria.

El zumbido en mis oídos aumenta con cada palabra. Ahora es agudo y doloroso.

Sin embargo, antes de que puedan seguir debatiendo los defectos de mi carácter, la puerta del salón de baile se abre una vez más, y un tercer par de pasos se une a ellos.

—Caballeros.

Un estremecimiento violento sacude mi cuerpo ante esa palabra, y abandono todo fingimiento para enterrar el rostro en la capa de Michal. Porque *esta* voz sí la reconozco. Daría cada *couronne* de la recompensa de mi padre para no volver a escucharla.

—Frederic —gruñe el primer hombre. Suena como si dejara de apoyarse en nuestro ataúd y se enderezara de mala gana. El joven no dice nada—. No está aquí *abajo*.

—Habéis comprobado todos los ataúdes.

No es una pregunta, y los dos hombres, inseguros de cómo responder, vacilan brevemente antes de que el segundo se aclare la garganta y mienta con convicción.

—Por supuesto.

—Bien. —La palabra rezuma desdén, y puedo imaginarme a Frederic paseándose por el pasillo y pasando la mano sobre las adornadas cajas. Quizás inspeccionándose los dedos en busca de polvo—. Cuanto antes encontremos su cadáver, antes dimitirá Toussaint.

—¿Cree que dimitirá, *monsieur*? —pregunta el primero, dudoso.

Frederic se ríe, un sonido corto y sin humor que hace que se me revuelva el estómago.

—¿Cómo podría no hacerlo? ¿Un capitán que fracasa a la hora de proteger no solo a su subordinada sino también a su prometida? Es humillante.

—No es culpa de él que la chica lo haya abandonado —murmura el segundo.

—Y ahí, chico —dice Frederic, en un tono más afilado—, es justo donde te equivocas. Sí que es culpa de él. *Todo* este maldito lío lo es. Metió a una mujer en una hermandad de hombres. Le dio una Balisarda *y* un anillo de compromiso. —Suelta un resoplido burlón—. No eres un *chasseur*, no lo entenderías.

El segundo hombre, el *chico*, solo se ofende más.

—¿Ah, no? *Póngame a prueba.*

Otra risa sin una pizca de alegría. Otra pausa.

—Está bien. Te pondré a prueba. ¿Recuerdas el derramamiento de sangre que hubo en diciembre y en enero? ¿Después de que ese *chasseur* pelirrojo se aliara con una *bruja*? —gruñe la palabra como si fuera un insulto, y para Frederic, lo es—. El reino perdió toda la fe en nuestra hermandad cuando asesinó al arzobispo en Nochebuena, y luego otra vez cuando su suegra sacrificó a nuestro rey en Año Nuevo. Toussaint era su amigo. Se puso del lado de Diggory y de su bruja en la batalla de Cesarine, y el reino sufrió.

Un arrebato de ira me explota en el estómago y me lo revuelve junto con la absenta. Me sube por la garganta, pero vuelvo a tragármelo, respirando cada vez con más fuerza. Con más aspereza. ¿Cómo se *atreve* Frederic a criticar a Jean Luc y a Reid? ¿Cómo se atreve a tener alguna opinión sobre la batalla de Cesarine, una batalla en la que cientos de personas inocentes perdieron la vida, una batalla en la que él ni siquiera *participó*? Los dedos de Michal me aprietan la nuca en señal de

advertencia. Me susurra algo al oído, pero no oigo nada que no sea este horrible zumbido, no veo nada que no sea la cara de odio de Frederic en el patio trasero durante el entrenamiento.

Ese trozo de madera no debilitará a una bruja.

La sonrisa lasciva de Basile.

¡Solo dos trozos de madera lo consiguen! ¡Una estaca y una cerilla!

La risa de mis hermanos, todas sus risas crueles, mientras intentaba levantar una espada bastarda.

—No tiene que decirnos nada sobre Reid Diggory —espeta el segundo hombre—. Mi hermano perdió varios dedos en esa batalla.

—Yo no era cazador entonces —explica Frederic—. Si lo hubiera sido, tu hermano podría haber conservado sus dedos. Al margen de eso, he trabajado muy duro para restaurar la confianza del reino, pero los actos de Toussaint han provocado que se vuelva a poner en duda a nuestra hermandad. —Emite un ruido bajo de disgusto con la garganta mientras sus pasos retroceden—. Tal vez sea lo mejor. Aunque Toussaint no renuncie, no tendrá más opción que volver a dedicarse a nuestra causa sin *mademoiselle* Tremblay como distracción. —Se detiene al pie de la escalera y, durante una fracción de segundo, incluso menos, casi puedo sentir sus brillantes ojos azules posados en nuestro ataúd. La bilis me sube por la garganta y, esta vez, un tirón violento me sacude el estómago, el pecho. Michal deja de tocarme, alarmado. Me tapo la boca con una mano y su rostro se vuelve borroso, transformado en líneas blancas y negras. Mi madre tenía razón. La absenta *es* la bebida del diablo.

—Es una verdadera pena —dice Frederic con un suspiro—. Habría sido una esposa encantadora.

Tras esas palabras, sus pasos se retiran y desaparecen en cubierta, y el silencio cae sobre el salón de baile.

Habría sido una esposa encantadora.

Esas palabras me provocan un dolor punzante en las sienes, como un poema enfermizo. No. Me trago la bilis, que me quema por dentro mientras desciende. Como una profecía.

Una esposa encantadora.

Habría sido

adorable

si hubiera sido su esposa.

—Creía que le ibas a meter ese palo plateado por el culo —gruñe el primer hombre después de un instante—, *chico*. —El segundo maldice en respuesta y, a continuación, se oye el ruido sordo de su puño golpeando al otro. Se ríen de forma amistosa durante unos instantes más antes de seguir a Frederic.

Antes de dejarnos a solas.

—¿Célie? —murmura Michal.

Pero parece que no puedo hablar. Cada vez que abro la boca, veo el rostro de Frederic, su abrigo azul, y la garganta se me cierra. Al tercer intento, me las arreglo para susurrar:

—Los odio. —Me aparto las manos de la boca y me froto los ojos y las mejillas con saña hasta que me arde la cara. Cualquier cosa para someter el veneno que corre por mis venas. Por mi estómago—. Los odio a todos, y odio odiarlos. Es solo que… son tan…

Los dedos de Michal continúan masajeándome el cuello, distrayéndome. Parecen hielo contra mi piel excesivamente caliente.

—Respira hondo para reducir las náuseas, Célie. Respira por la nariz. Expúlsalo por la boca. —Y luego—: ¿Quién es Frederic?

—Un *chasseur*. —Escupo la palabra con veneno y me estremezco, recordando que Frederic ha escupido *bruja* de forma similar. Tomo una respiración profunda. Entra por la nariz y sale por la boca, tal como ha dicho Michal. No ayuda. No ayuda porque *no* soy como Frederic, y no puedo —no pienso— condenar a todos los cazadores con él. Jean Luc es bondadoso, bueno y valiente, como lo son muchos de los hombres que residen en la Torre. Y aun así…

Me trago otra oleada de bilis. A menos que lleguemos a tierra pronto, existe una posibilidad muy real de que vomite encima de Michal.

Solo me queda rezar para que sea en sus zapatos.

—De eso ya me había percatado. —Su mano pasa de mi nuca a mi pelo. Una pequeña parte de mi mente se pregunta por el gesto, se pregunta por qué Michal está intentando… *calmarme*, pero otra parte aún mayor se niega a quejarse—. ¿Quién es Frederic para ti?

Aunque no puedo cerrar los ojos, derrotada —no mientras el mundo dé vueltas—, mi ánimo combativo se derrumba sin previo aviso, y dejo caer los hombros contra él. ¿Quién *es* Frederic para mí? Es una pregunta *válida*, una que de inmediato suscita otra: ¿por qué debería dejar que siguiera afectándome? Mi voz suena pequeña al revelar la verdad.

—No es nadie. De verdad. Le gustaba provocarme en la Torre de los *chasseurs*, pero eso ya apenas importa. No volveré nunca.

La mano que Michal me está pasando por el pelo deja de moverse.

—¿No?

—No. —La palabra sale de mí con libertad, sin vacilación, como si siempre hubiera estado ahí, esperando a tener permiso. Puede que haya sido así. Y ahora, escondida en un ataúd con un vampiro medio sádico, por fin se lo concedo—. Nadie te dice nunca lo difícil que será abrirte camino, lo solitario que es. —Apoyo la mejilla contra su pecho cubierto de cuero y me concentro en mi respiración. Y las palabras siguen llegando, más destructivas que el licor que me llena el estómago—. Solo quería hacer algo bueno después de lo que le pasó a Filippa. Por eso le dije a Reid que se concentrara en los *chasseurs* en su funeral; por eso me dejó para enamorarse de Lou. Por eso los seguí hasta ese faro en enero, y por eso luché contra Morgane en la batalla de Cesarine. —Suspiro y trazo el cuello de su abrigo para tener algo que hacer con las manos. Porque no puedo mirarlo. Porque no debería admitir nada de esto, y mucho menos delante de él, pero parece que no puedo parar—. Me dije a mí misma que por eso me uní luego a los *chasseurs*: quería ayudar a reconstruir el reino. No obstante, creo que en realidad solo quería reconstruir mi vida.

Tras una breve vacilación, continúa acariciándome el pelo. Debería parecerme raro. Lo cierto es que nadie me ha tocado así el pelo desde Filippa, ni siquiera Jean Luc, pero, por algún motivo, no me lo parece.

—Conocí a Morgane le Blanc una vez, hace muchos años, en un circo nocturno. —Como antes, parece reacio a continuar, pero así es nuestro juego. Una pregunta por otra. Una verdad por otra—. Acababa de cumplir dieciocho años y su madre, Camille le Blanc, le había pasado el título y los poderes de la *Dame des Sorcières* libremente. Quería a su hija. Morgane no tenía ni idea de lo que

era yo, por supuesto, pero incluso entonces, su sangre olía… mal. Vi cómo le robó una baratija a una vendedora ambulante. Cuando la anciana se lo echó en cara, prendió fuego a su carromato.

Trago saliva. No necesito demasiada imaginación para visualizar la escena en mi mente.

A mí también me atrapó con fuego cuando me secuestró, un círculo de llamas alrededor de la cama, en mi habitación. El olor de ese humo todavía me asfixia por la noche. El calor de esas llamas me chamusca la piel. Me aclaro la garganta y susurro con voz ronca:

—Se… se coló en mi habitación mientras dormía, y me secuestró igual que había hecho con Filippa, salvo que en realidad no me quería a mí. Quería a Lou y a Reid. —Las palabras se me atascan en la garganta, se alojan ahí y se niegan a moverse, pero necesito decirlas. *Quiero* decirlas. Michal no intenta llenar el silencio; se limita a esperar, y las caricias de su mano son firmes y serenas—. Me usó como cebo y me metió en un ataúd con mi hermana muerta. Estuve encerrada a oscuras con ella durante más de dos semanas antes de que Lou me encontrara.

Las palabras caen pesadas y quebradizas entre nosotros.

Durante varios segundos, creo que Michal no va a contestar. ¿Cómo responde uno a algo tan espantoso, tan absoluta y completamente malvado? Jean Luc, mis amigos, incluso mis padres, nadie sabe nunca qué decir. Nadie sabe cómo consolarme. La mayoría de los días, ni siquiera yo sé cómo consolarme, así que, la mayoría de los días, tampoco digo nada.

Siento una presión ardiente detrás de los ojos a medida que el silencio aumenta, y de verdad que creo que voy a vomitar.

Entonces, Michal coloca un dedo debajo de mi barbilla y me hace levantar la cara para mirarlo. Sus ojos ya no parecen fríos e impasibles; un fuego negro arde en ellos, y la violencia sin edulcorar de su mirada debería provocarme ganas de salir corriendo. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Lo más probable es que Frederic y su grupo de búsqueda ya hayan desembarcado, lo que significa que no hay razón para continuar… *abrazados* así. Empiezo a alejarme al darme cuenta, pero Michal se niega a soltarme la barbilla.

—Has dicho que peleaste contra Morgane en la batalla de Cesarine. *¿Cómo murió*?

Clavo la mirada en su hombro.

—Ya sabes cómo murió. Todo el mundo lo sabe. Lou le cortó la garganta.

—Cuéntame lo que pasó.

—No hay nada que contar —digo débilmente mientras vuelvo a mirarlo. Una vez cometí el error de… exagerar mi participación ante Jean Luc, y no planeo repetirlo con Michal. La mera idea de que se burle, de que sacuda la cabeza o peor, de que sienta *lástima*, provoca que una nueva presión acuda a mis ojos—. Lou se enfrentó a Morgane, y lucharon. Fue horrible —digo, aún más bajito—. Nunca he visto a una persona tan decidida a matar a otra, y mucho menos a una madre y a su hija. La magia que usó Morgane era letal, y Lou no… no tuvo más remedio que defenderse.

—¿Y?

—Y… —resisto las ganas de llorar, o tal vez de pegarle— y nada. Lou le rajó la garganta a su madre, igual que Morgane se la había cortado a ella en su decimosexto cumpleaños.

Michal entorna los ojos, como si presintiera que se trata de una verdad a medias.

—¿Cómo?

—¿Cómo *qué*?

—¿Cómo le cortó la garganta a su madre? Morgane le Blanc era una de las criaturas más

formidables que jamás haya caminado sobre la faz de la Tierra. ¿Cómo lo hizo Lou?

Exhalo, sin saber qué hacer, y mis ojos se encuentran con los suyos.

—Ella… Michal, es la *Dame des Sorcières*. Su magia…

—*¿Cómo*, Célie?

—¡La apuñalé! —Las palabras brotan altas e inesperadas, pero no puedo retractarme. Una nueva ira resurge en respuesta, porque son ciertas, porque no debería *querer* retirarlas, porque no debería importar lo que piense Jean Luc, pero sí que importa. Importaba—. La apuñalé con una inyección de cicuta, que la incapacitó el tiempo suficiente para que Lou terminara el trabajo. También me habría encargado de esa parte —digo con amargura, secándome las lágrimas de furia — si Lou hubiera vacilado. Habría deslizado ese cuchillo por la garganta de su madre, y no me habría arrepentido ni un solo segundo.

Aunque mis lágrimas caen gruesas y rápidas sobre la mano de Michal, no hace ademán de limpiarse. En vez de eso, se inclina hacia delante hasta que casi nos rozamos las caras.

—Bien —gruñe. Luego empuja la tapa del ataúd para abrirla y nos impulsa a ambos para volver a pisar el salón de baile, enciende el farol y recoge mi capa del suelo antes de que pueda parpadear—. Ten. Póntela. Hemos atracado en Cesarine y tenemos aproximadamente siete horas hasta el amanecer. Tardaremos al menos cuatro en llegar a Amandine.

Sin embargo, el movimiento repentino provoca que todo me dé vueltas. Se me llena la boca de saliva y sufro violentas sacudidas en el estómago mientras me aferro al brazo de Michal para estabilizarme. Mareada y desorientada.

De repente, no importa que Amandine se encuentre al otro lado del reino, que no podamos llegar antes del amanecer. No importa que las lágrimas aún brillen en mis mejillas; de hecho, ni siquiera importa que acabe de compartir demasiados detalles con mi enemigo mortal, o que *él me haya acariciado el pelo*.

No. Me tapo la boca con una mano. La situación ha empeorado demasiado.

Si me escuchas, Dios, rezo con fervor, y cierro los ojos para concentrarme al máximo, *por favor, no me dejes vomitar frente a Michal. No volveré a beber otra gota de alcohol, solo por favor, por favor, no me dejes vomitar delante de…*

—¿Célie? —Alarmado, Michal aparta su brazo—. ¿Vas a…?

Pero Dios no está escuchando, y yo soy una idiota, y… y… un gemido escapa entre mis dedos en respuesta. No debería haber cerrado los ojos. Me obligo a abrirlos, pero es demasiado tarde: la habitación da vueltas, la garganta se me contrae y sufro un estremecimiento por todo el cuerpo. Antes de poder hacer nada —antes de poder darme la vuelta, o tal vez de lanzarme al mar—, escupo vómito verde ácido sobre los zapatos de Michal.

Justo como él había dicho que haría.

Capítulo 31

Edén

Michal no miente acerca de llegar a Amandine en cuatro horas. Debería ser imposible, pero estoy empezando a entender que ya no existe lo *imposible*, no cuando *Les Éternels* gobiernan la noche. Después de haber limpiado sus destrozados zapatos durante un largo y sufrido silencio, Michal me hace un gesto para que me suba a su espalda —a lo cual me niego con vehemencia— antes de suspirar, alzarme en volandas y cargarme hasta Cesarine.

—*¡Espera…!* —Sin embargo, el viento se lleva mi grito, y Michal solo avanza más rápido, la ciudad pasa en un borrón de marrones, negros y grises. Por lo menos, aquí no llueve; a la velocidad a la que nos movemos, las gotas me habrían magullado la cara. Tal como están las cosas, Michal se detiene en seco dos veces y me gira justo antes de vaciar el contenido de mi estómago en la calle.

—¿Has acabado? —pregunta en tono seco.

La segunda vez, apenas me he limpiado la boca cuando vuelve a ponerse en marcha.

Reprimo otro gemido bajo y lastimero, y a Michal le tiembla de nuevo la boca, como si quisiera reírse. Toda esta tarde ha sido humillante, *degradante*, y juro por todo lo sagrado que no volveré a beber otra *gota* de alcohol.

El estómago se me asienta poco a poco mientras cruzamos La Fôret des Yeux, con sus pinos susurrantes. Apenas me doy cuenta de cómo han enfermado, de que sus troncos se están tornando negros y se curvan hacia dentro. ¿Qué me ha poseído para beber *absenta* como primera incursión en la tierra del vicio? *¿Por qué* he aceptado meterme en un ataúd con Michal? ¿Y por qué —*por qué* — me ha tratado con tanta amabilidad ahí dentro? ¿Por qué me ha *consolado*? El estómago se me vuelve a retorcer al pensar en la dulzura con la que me ha tocado el pelo. En la fiereza de su mirada cuando me ha obligado a confesar la verdad: que Lou no podría haber matado a Morgane sin mí. Que teníamos que hacerlo juntas, o no hacerlo en absoluto.

Habría sido mucho más fácil si hubiera sido cruel.

Un tipo diferente de mareo se extiende por mi cuerpo cuando mis pensamientos toman esa dirección, y me reprendo mentalmente. Porque el hecho de que esta noche haya mostrado bondad es irrelevante. Sigue planeando matar a Coco y atraer a mis amigos a la muerte —*me secuestró*—, y una buena acción no compensa toda una vida de actos horribles. Michal sigue siendo Michal, y

olvidarlo sería mi último error. No es mi amigo —nunca *será* mi amigo—, y cuanto antes encontremos al verdadero asesino, antes podremos separarnos para siempre.

Tomo una respiración profunda y asiento.

Es lo mejor.

Michal no sigue ningún camino a través del bosque. No lo necesita. Aunque el pelo se me enreda más y más por culpa del viento, que me arranca lágrimas de los ojos y el aliento del pecho, *él* no disminuye la velocidad en ningún momento y nunca se cansa. Sus pasos nunca vacilan a medida que los árboles se alejan y las colinas que nos rodean se elevan hasta convertirse en montañas.

En algún punto después de haber dejado atrás Saint-Loire, sucumbo al agotamiento y me duermo. Me despierta a las afueras de la ciudad con un murmullo:

—Hemos llegado.

Aturdida, parpadeo y echo un vistazo a la farola más cercana a nosotros. Señala la entrada de Amandine, una ciudad gloriosa y en expansión en mitad de las montañas. El calor florece por mi cuerpo al verla, al detectar su familiar olor: liquen, musgo y tierra húmeda, el aroma nítido de los cipreses. Puede que Cesarine sea la capital política e industrial de Belterra, pero siempre he preferido las bibliotecas, los museos y los teatros de Amandine. Antes de que mi padre vendiera nuestra propiedad de aquí, mi madre celebraba fiestas llenas hasta los topes de artistas —artistas reales y genuinos que pintaban, escribían y actuaban—, y Filippa y yo nos quedábamos dormidas en la escalera, escuchando sus historias. Siempre parecían tan mágicos. Tan *fantásticos*.

Michal me deja en el suelo.

Esta noche, sospecho que me va a mostrar un lado completamente diferente de la ciudad. Babette era cortesana en Cesarine. Tiene sentido que continuara con su trabajo en Amandine. Los latidos del corazón se me aceleran un poco ante las posibilidades, y por la irónica inclinación de los labios de Michal, los oye.

—Tres horas hasta el amanecer —dice antes de adentrarse en la oscuridad de la calle.

Con la boca seca, me aliso la falda arrugada y me apresuro a ir tras él. Nunca he puesto un pie en un burdel, mis padres jamás lo habrían permitido, y mucho menos en un burdel llamado Les Abysses. Suena extremada y deliciosamente *emocionante*.

—Intenta no saltar de alegría. —Aunque está claro que quería sonar superior, el brillo de diversión en su mirada estropea bastante el efecto—. Hemos venido en misión de reconocimiento, nada más.

—¿Cómo es? —pregunto, ardiendo de curiosidad—. El burdel. *Es* un burdel, ¿no?

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Es que la absenta no te ha parecido aventura suficiente?

Me sonrojo y de repente recuerdo que la boca me huele como si algo se me hubiera muerto en ella.

—No tienes menta, ¿verdad?

Cuando niega con la cabeza, lo agarro del brazo y tiro de él hacia la izquierda, camino de un boticario que conocía. Entonces me detengo en seco. Porque no estará abierto a las tres de la mañana. De hecho, echo un vistazo a la calle con creciente desesperanza: la ciudad se ha transformado en un verdadero cementerio. Ni una sola criatura deambula por aquí. Ni siquiera un

gato. Un gemido de frustración toma forma en mi garganta. ¿Qué voy a hacer? No puedo hacer mi debut en Les Abysses apestando a *vómito*.

Michal suelta un pesado suspiro y me arrastra hacia la tienda de todos modos. Yo clavo los pies en el suelo.

—¿Qué vas a…?

Pero antes de que pueda terminar la pregunta, rompe la cerradura de la puerta con un movimiento rápido de muñeca. Me quedo boquiabierta a su espalda mientras él se cuela dentro y reaparece segundos después con un cepillo de dientes y pasta de menta. Me pone ambas cosas en las manos con brusquedad y cierra la puerta con firmeza detrás de él.

—¿Contenta? —pregunta.

—Eh… —Aferro con fuerza los objetos—. Bueno, sí, eso ha sido muy… muy… —Pone los ojos en blanco y se aleja varios metros. Con otro sobresalto, me percato de que me está dando intimidad—. Gracias —digo con torpeza—. ¿Has…, bueno… has pagado por esto?

Muy despacio, se gira para mirarme.

—Claro. —Asiento apresuradamente y tomo nota mental de pagarle al boticario en mi próximo viaje a Amandine. A poder ser, sin Michal respirándome en la nuca. *Añade ladrón a la lista*, dice una vocecilla arrogante en mi cabeza, *junto con secuestrador y posible asesino.* Mis ojos, sin embargo, no pueden evitar volver a reparar en su perfil perfecto, y es entonces cuando lo veo. Mi propia cara me devuelve la mirada desde la tienda que queda al otro lado de la calle. En letras grandes y nítidas, la nota de debajo reza:

DESAPARECIDA
CÉLIE FLEUR TREMBLAY
DIECINUEVE AÑOS
VISTA POR ÚLTIMA VEZ EL 10 DE OCTUBRE

Me doy la vuelta rápidamente, fingiendo no haberlo visto, y me froto los dientes con un poco más de fuerza. Por supuesto que hay carteles. Mi padre no puede hacer creer que distribuirá su ridícula recompensa sin carteles. No obstante, la calle permanece oscura y vacía —ningún cazarrecompensas se me abalanza—, y cinco minutos después, sigo a Michal por un callejón lateral y a través de una trampilla en los adoquines.

Intento no estremecerme ante el aire denso y sofocante de la escalera que hay debajo. Siempre me siento así bajo tierra, como si las paredes y el techo pudieran derrumbarse sobre mí en cualquier momento, como si la tierra misma quisiera tragarme entera. Gracias a Dios, hay antorchas bordeando el pasadizo. Gracias a Dios, reducimos la velocidad casi de inmediato para detenernos ante una puerta carmesí sin marcar. No tiene aldaba, ni cerradura, ni siquiera picaporte. Solo madera lisa y pintada.

Coincide con el color exacto de mi vestido.

—¿Es aquí? —susurro mientras resisto el impulso de moverme con nerviosismo. De enderezarme el corpiño y domar mi melena enredada. Una cosa es leer sobre lo desconocido en los libros, soñar con explorarlo en persona algún día. Y otra muy distinta es mirarlo directamente a la cara—. ¿Esto es Les Abysses?

—Aquí es. —Enarca una ceja en mi dirección—. ¿Estás lista?

—C-creo que sí.

Michal asiente una única vez antes de levantar una mano hacia la puerta, que se abre en silencio. Entra sin pronunciar palabra, y a mí no me queda más remedio que seguirlo. Me quedo boquiabierta cuando cruzo el umbral, y el aliento me abandona con un súbito silbido.

Lo desconocido es un mundo completamente nuevo.

Los suelos de mármol pulido con remolinos blancos dan paso a una brillante barandilla dorada con enredaderas que trepan por la escalera más magnífica que haya visto jamás. Resisto el impulso de jadear, de mirar boquiabierta y de señalar y quedar completamente en ridículo. Pasé toda mi infancia rodeada de riqueza, por supuesto, pero esta única estancia —me da la sensación de que nos encontramos en una especie de rellano— deja en evidencia a todas las propiedades de mi padre. A mi izquierda, las escaleras se pierden en las sombras. A mi derecha, giran en espiral hacia arriba y desaparecen en una curva, pero eso no importa demasiado, no cuando en el techo que tenemos encima se despliega un fresco de nubes brillantes y cielos azules. Dos árboles enormes se extienden hacia los extremos desde el centro, y varios querubines vuelan entre sus ramas. Cada uno de ellos porta una gran espada llameante.

—Bienvenidos a Edén —dice una voz suave y femenina.

Me sobresalto y me aferro al codo de Michal cuando una mujer de piel blanca con unos peculiares ojos grises del color del humo se materializa frente a nosotros. En las manos, sostiene una hermosa manzana roja, y las piezas por fin encajan en su sitio. Las enredaderas, los árboles, los querubines…

Edén.

Contengo la respiración.

Como en el *Jardín* del Edén.

Le sonrío a la mujer y le hablo a Michal en voz baja.

—Creía que íbamos a Les Abysses.

Él inclina la cabeza hacia mí y responde en un susurro burlón.

—Eso depende por entero de ti. Las damas primero.

—¿Qué?

No obstante, aclara el significado de sus palabras al empujarme hacia delante sin ceremonias. La mujer, en cambio, posa la mirada en mí y, tras una inspección más cercana, me doy cuenta de que sus ojos no tienen pupilas ni esclerótica. Intento no quedarme mirándola fijamente, pero fracaso. El humo gris se arremolina, sin interrupciones, por toda su superficie, y los párpados están bordeados de pestañas pálidas. Permanecen fijos en mi vestido carmesí, curiosos, mientras hago una reverencia.

—*Bonjour, mademoiselle* —saludo mientras la estudio con fascinación a través de mis propias pestañas. Con esa tez monocromática, casi parece una melusina, pero nunca he visto a una con unos ojos como los suyos. Sin embargo, he oído rumores de melusinas que poseen el don de la Vista. Aunque raras, deben de existir; al fin y al cabo, su reina es un oráculo —*el* Oráculo—, una diosa del mar que vislumbra retazos del futuro.

Me enderezo y esbozo una sonrisa aún más amplia.

—Es un placer conocerla.

Con una pequeña y enigmática sonrisa propia, le dice a Michal:

—Conoces las reglas, *roi sombre*. La doncella no es bienvenida aquí.

—La doncella viene conmigo. Eso la hace bienvenida.

Pronuncia las palabras con frialdad, con firmeza, como solo podría hacerlo un rey, y siento que el pecho se me contrae de forma inesperada cuando vuelve a colocarse su máscara cruel. Cuando el negro aterrador inunda sus ojos, cuando su rostro se endurece hasta convertirse en el del vampiro que conocí a bordo del barco y en la pajarera. Esa chispa de interés y esa diversión reticente han desaparecido. Este es el Michal que conozco. No. Este es el Michal que *es*.

Tardo varios segundos en darme cuenta de lo que ha dicho la mujer. *La doncella no es bienvenida aquí*. Un sentimiento extraño, puesto que no la conozco en absoluto. ¿Podría referirse a que los *humanos* no son bienvenidos aquí?

Esos ojos espeluznantes estudian a Michal durante varios segundos más —o al menos eso creo que hacen—, antes de girarse para mirarme.

—Muy bien. —Inclina la cabeza en señal de sumisión—. *Bonjour*, Eva. —Cuando me presenta la manzana con ambas manos, veo que sus dedos tienen un nudillo adicional. *Está claro que es una melusina*. En el agua, les crecen membranas entre esos largos dedos. Sus piernas se transformarán en aletas—. ¿Comerás la manzana y obtendrás el Conocimiento del Bien y del Mal, o resistirás la tentación y buscarás el Paraíso?

Aparto la mirada y parpadeo a toda velocidad. Porque algo acaba de *moverse* en sus ojos, algo sin forma y sombrío al principio, pero más claro con cada segundo que pasa. Algo familiar. No. *Alguien* familiar. Pero… no es posible. Sacudo la cabeza para despejarla y cuando me arriesgo a echar otra mirada, los ojos de la melusina se nublan una vez más. Debo de haberme imaginado la cara que he visto en ellos.

—¿Comerás la manzana —repite, un poco más fuerte ahora— y obtendrás el Conocimiento del Bien y del Mal, o resistirás la tentación y buscarás el Paraíso?

Resulta evidente que espera una respuesta.

Céntrate, Célie.

Me concentro en la manzana en vez de en sus ojos. Conozco esta historia, por supuesto, y no acaba bien: *Ahora la serpiente era más astuta que todas las bestias del campo que el Señor había creado*. La melusina incluso viste una tela negra iridiscente para completar el efecto, una tela que, en contraste con su piel blanca, brilla a la luz de las velas como si estuviera hecha de escamas. Es incluso más pálida que Michal.

—Esto es una blasfemia —le susurro a él, ignorando el ansioso aleteo en mi vientre. Estamos en un Edén metafórico, lo que significa que las escaleras a mi izquierda deben de conducir a Les Abysses, mientras que las escaleras a mi derecha deben de conducir al Paraíso. Lo único que tengo que hacer es comerme la manzana, como Eva, que maldijo a toda la humanidad en un momento de debilidad, y podremos seguir nuestro camino.

Al Abismo.

Dudo y estiro el cuello para echar un vistazo a las sombras de abajo. *Es solo una metáfora ingeniosa*, me apresuro a recordarme. *No es el verdadero Infierno*. Y aun así…

—¿A qué se refiere con lo de «obtener el Conocimiento del Bien y del Mal»? —le pregunto a Michal.

—Justo lo que ha dicho. Si te comes la manzana, ganas la verdad, pero pierdes la eternidad. Si te resistes a la tentación, entras al Paraíso.

—No podrías ser *más* vago, ¿verdad? Hay partes de todo esto que aún comprendo.

Chasquea la lengua con impaciencia.

—Estás perdiendo el tiempo, mascota. Toma una decisión.

—Pero la decisión ya está tomada, ¿no es así? Tenemos que ir abajo. —Suelto un suspiro tembloroso, todavía dudando de si comer la manzana. Esta situación, aunque diferente, me recuerda a otra a orillas de L'Eau Melancolique. Si aprendí algo de esas aguas misteriosas fue que la verdad no siempre ayuda. No siempre es amable—. Solo… quiero entenderlo. Lo que sucederá cuando muerda la manzana. ¿Qué significa «obtener la verdad»?

—Significa algo diferente para cada uno. —Cuando sigo mirándolo, expectante, su tono se vuelve más bien mordaz, y la irritación me aguijonea el pecho al escucharlo—. Después de morder la manzana, nuestra adorable pitonisa, Éponine —señala a la melusina, quien todavía nos observa —, te dirá una verdad acerca de ti misma. ¿Es lo bastante claro para ti?

Está perfectamente claro, y no me gusta ni un pelo.

—¿*Tú* has comido la manzana alguna vez? —pregunto con un deje acusatorio.

—Muchas veces. —Como antes, tuerce los labios en una mueca que no acaba de ser una sonrisa—. Por ejemplo, nuestra pitonisa predijo en una ocasión que tomaría a una novia, una mujer mortal con cabello de ónice y ojos esmeraldas, no muy diferente a ti. —Las mejillas me arden al instante ante esa ridícula imagen de nosotros dos, *juntos*, unidos para siempre en santo matrimonio, antes de que él se acerque sin previo aviso y me coloque un mechón de pelo detrás de la oreja casi con cariño. Sus ojos negros brillan repletos de malicia—. También predijo que la mataría.

—*¿Qué?*

Cuando retrocedo, horrorizada, deja caer la mano y se ríe de forma enigmática.

—Por otra parte, hace quinientos años, le dijo a Odessa que se enamoraría de un murciélago. Que yo sepa, eso aún no ha sucedido. Ahora, ¿debemos quedarnos aquí debatiendo las artimañas de Éponine durante el resto de la noche, o has tomado ya una decisión?

La sonrisa de Éponine no flaquea.

—No son artimañas, *roi sombre*, y eso no es lo único que te dije acerca de tu novia.

Los últimos vestigios de la risa de Michal se desvanecen al oírla.

—Y, como yo te dije *a ti* —añade en voz baja—, eso no sucederá.

—El futuro se revela a menudo de formas extrañas e inesperadas.

—Célie, cómete la manzana —dice Michal con brusquedad—, para que podamos acabar con esto.

Entorno los ojos y paseo la mirada entre ambos. Resulta obvio que no quieren discutir el resto de la predicción de Éponine en voz alta, pero puesto que esa predicción me concierne *a mí*, su secretismo no me parece justo. Y ¿qué podría ser peor que el hecho de que me *matara*? No. Reprimo un estremecimiento. No puede ser cierto. Odessa no se ha enamorado de un murciélago y, lo que es más, Michal ha prometido que no me haría daño. De hecho, es su *única* promesa, y de momento no tengo más remedio que creerle. Además, su desconfianza tiene sentido. Durante mi estancia en Le Présage aprendí que las melusinas pueden ser taimadas; que pueden ser ladinas.

Todas sus palabras tienen a menudo un doble significado. Michal ha encontrado a una novia mortal, sí, pero no para unirse a ella en santo matrimonio. Ha encontrado a una Novia de la Muerte, que es algo completamente diferente. Puede que la segunda parte de la predicción de Éponine esté relacionada con eso.

No significa que Michal vaya a *matarme*.

O, tal vez, dice de nuevo esa voz desdeñosa, *su predicción no hable en absoluto sobre ti.*

Extrañamente perturbada, ignoro esa voz, y cierro los dedos alrededor de la manzana en un gesto instintivo.

—A tu salud —le digo a Michal, y sin más preámbulos, me llevo la dulce fruta a los labios.

Sabe como cualquier otra manzana.

Mastico rápido, ignorando la forma en que se ensancha la sonrisa de Éponine, como un gato que ha acorralado a un ratón particularmente jugoso. Esa impresión no hace más que intensificarse cuando empieza a rodearme, arrastrando tras ella su larga y brillante túnica.

—Saca lo que llevas en el bolsillo.

Dudo un segundo antes de extraer la cruz de plata y permitir que cuelgue de la punta de mis dedos, donde gira y destella a la luz de la lámpara. Éponine la estudia en silencio durante un largo rato. A nuestro lado, Michal sigue cada uno de sus pasos con la mirada. No consigo decidir si es que no le gusta o si sencillamente desconfía de ella; sea como fuere, no envidio a la pitonisa.

—Dime lo que ves —dice la melusina por fin.

Frunzo el ceño. Para ser absolutamente sincera, esperaba algo mucho peor.

—Es una cruz de plata.

—¿Y?

Le entrego la manzana a Michal.

—Y… está decorada, brilla y tiene filigranas alrededor de los bordes. Pertenecía a Babette Trousseau. —Atrapo el colgante en forma de cruz en la palma de la mano y se lo tiendo—. Grabó sus iniciales en el lateral. ¿Lo ves? Justo aquí.

Una risa ligera y encantada brota de la boca de Éponine.

—¿Estás segura?

Frunzo el ceño e inclino la cruz hacia la lámpara más cercana para que la luz dorada incida sobre las marcas.

—Bastante. Sus iniciales son débiles, pero están justo ahí, grabadas en la plata, como he dicho. *BT.*

Michal por fin aparta la mirada de Éponine y me levanta la muñeca para examinar la cruz. A pesar de su ataque de mal genio relacionado con la profecía, su contacto sigue siendo cuidadosamente suave.

—Ahí no pone *BT*.

—Por supuesto que…

—Alguien intentó tallar sobre las letras originales, pero los trazos son diferentes. —Me mira casi con recelo—. No creo que Babette fuera la propietaria original de este colgante.

Aparto la muñeca de él, inexplicablemente ofendida.

—No seas ridículo. ¿De qué hablas?

—¿Por qué no entregaste el collar a tus hermanos después de haber descubierto el cadáver de

Babette?

—Pues… —Frunzo aún más el ceño mientras los miro a él y a Éponine—. Es solo que no me parecía correcto entregar algo tan personal. Es evidente que el colgante significaba algo para Babette, o no lo habría llevado encima. Iba a dárselo a Coco —añado a la defensiva—. Ella querría tenerlo.

—Pero no se lo diste a Coco. Lo guardaste. ¿Por qué?

—Porque *alguien* me secuestró antes de que tuviera oportunidad de hacerlo. —Mi voz resuena un poco más fuerte de lo necesario en la quietud y el silencio del rellano. Puede que porque he desarrollado una extraña conexión con esta cruz, y no me agrada la idea de que pertenezca a otra persona. Puede que, para empezar, porque no debería haberla guardado. O, y puede que esta sea la opción más perturbadora, porque no dejo de ver el rostro de mi hermana en los ojos llenos de humo de Éponine—. ¿Qué *importa* el motivo por el que la he guardado? ¿No deberíamos estar descendiendo a Les Abysses? He comido la manzana, lo que significa que somos libres de bajar.

—Importa —afirma Michal, que me agarra la manga cuando intento empujarlo para avanzar —, porque las iniciales originales son *FT*.

FT.

FT.

Ah. Quiere decir…

FT.

Las letras me sobrepasan como una inundación, pero en lugar de alejarme de aquí, me congelan las entrañas.

—Filippa Tremblay —susurro mientras me giro poco a poco para mirarlo a los ojos—. Crees que el colgante pertenecía a mi hermana.

Responde con un pequeño asentimiento.

—No. —Niego con la cabeza de forma brusca, con fuerza, y el hielo en mi pecho se derrite al calor líquido de mi convicción. Me guardo la cruz en el bolsillo y le quito la manzana de la mano. Resulta que sí existe lo imposible, y nos hemos topado con ello justo en este momento. Michal no va a matar a nadie —no si yo puedo evitarlo—, y mi hermana —mi querida y *difunta* hermana— no pudo ser la dueña de esta cruz antes que Babette. Ya no me cabe la menor duda de que Éponine es una charlatana, y Michal necesita una revisión de la vista—. Parece que ya has olvidado lo que te conté en nuestro pequeño y acogedor confesionario. Permite que te lo recuerde: Filippa lleva muerta más de un año. Los asesinatos comenzaron el mes pasado. No está involucrada en esto.

—Célie —dice Michal en voz baja, pero me niego a escuchar otra palabra. No sobre este tema. En lo que a mí respecta, esta conversación nunca ha tenido lugar y nuestra pitonisa es una sirena con un torpe disfraz. Siguiendo un impulso, hundo los dientes en la manzana una vez más y mastico la dulce fruta sin saborearla.

—Ya está. —Levanto la manzana para mostrarle a la pitonisa mi segundo bocado—. He vuelto a morder tu maldita manzana, así que exijo otra verdad, una verdad *real* esta vez, y no sobre mí. Quiero saber algo sobre Babette Trousset.

Éponine ladea la cabeza, irritantemente tranquila a pesar de las circunstancias.

—Solo puedes morder la manzana una vez por noche, Célie Tremblay.

—Me reconoces por los carteles de fuera. Excelente. —Me cruzo de brazos en mi mejor

imitación de mi hermana, de Lou y de Coco y de todas las demás mujeres testarudas a las que he conocido—. Estás a punto de descubrir mucho más que solo mi nombre. Puedo ser bastante terca cuando me lo propongo.

Aunque no dice nada, Michal se mueve para colocarse detrás de mí. Para *intimidar* detrás de mí.

Éponine finge no darse cuenta. Con otra sonrisa curiosa, dice:

—Mi propia hermana, Elvire, habla muy bien de ti, *mariée*. Creo que la conociste en enero cuando visitate Le Présage. Fuiste amable con ella.

Puede que no sea por los carteles, entonces.

—No fue difícil. Elvire es encantadora.

—Hay muchos humanos que no están de acuerdo. —Una pausa—. Sin embargo, por el bien de mi hermana pequeña, debo preguntar… ¿Estás segura de querer entrar en Les Abysses? No soy la primera pitonisa en advertir de que el descenso a los avernos es fácil, y no seré la última. Si continúas por este camino, no habrá vuelta atrás.

—Babette ha *muerto* —digo con énfasis. *Como si algo de esto hubiera sido fácil*—. Si no encontramos a su asesino, cualquiera de nosotros podría ser el siguiente.

—Mmm. —Su sonrisa se desvanece cuando me estudia, pero ya no parece verme en absoluto; su mirada se ha vuelto peculiar, casi hacia dentro, como si mirara algo que no podemos ver, y su voz adquiere un deje extraño, etéreo—. Buscas a alguien, sí, pero olvidas que alguien te está buscando a ti. Si tú tienes éxito, el asesino también lo tendrá.

Siento que el corazón se me convierte en piedra.

—¿Cómo dices?

Detrás de mí, Michal irradia tanto frío que prácticamente puedo sentir cómo me quema toda la espalda.

—¿Conoces el nombre del asesino, Éponine?

Levanta la cara hacia el techo, aún perdida en el otro mundo. Sus manos también salen disparadas hacia arriba y contrae los dedos como si estuviera buscando algo, tirando de unos hilos invisibles.

—No… Su nombre no es el que necesitáis. Aún no.

Michal me rodea.

—Y, sin embargo, ese es el nombre que quiero. Vas a dármelo.

—No.

—Ten mucho cuidado, pitonisa. —Aunque no puede verlo, en sus ojos reluce una promesa de violencia—. No puedo emplear la coerción contigo, pero existen otras formas de conseguir la información.

Ella baja las manos despacio, y sus ojos parecen aclararse y devolverla al presente. Cuando por fin aterrizan en Michal, se entornan, y se pone recta en toda su considerable altura.

—Qué tonto eres, *vampiro*, al arriesgarte a la ira de mi reina. Vives en una isla, ¿verdad?

Michal reprime un gruñido, pero incluso él parece reacio a provocar a la diosa del mar. Después de varios segundos, obliga a sus rasgos a adoptar una máscara de indiferencia, pero sé —lo *sé*— que si Éponine hubiera invocado cualquier otro nombre, esta noche habría terminado de forma muy diferente para ella.

Lo cual hace que solo yo pueda encargarme.

—No me iré de aquí hasta que me lo expliques. —Separo los pies, me planto una mano en la cadera y la fulmino con la mirada—. Una explicación decente. No más acertijos. —Cuando arquea sus pálidas cejas, en absoluto impresionada, resisto el impulso de encogerme bajo su mirada, porque no me importa si su paciencia se ha agotado. La mía se evaporó hace horas—. Me quedaré aquí toda la noche si es necesario. Espantaré a todos tus clientes. A pesar de toda esta pompa y magnificencia, seguís necesitando clientes, ¿no es así? Esto es un negocio. Les diré a todos que ambos burdeles están repletos de humanos como yo, o… —la inspiración me golpea como un rayo —: ¡o les diré que los *chasseurs* están de camino! —Empujo la manzana hacia ella para dar énfasis —. ¿Es eso lo que quieres? ¿A los cazadores campando por aquí descontrolados?

Nos mira a Michal y a mí con el ceño fruncido.

—¿Te atreves a pronunciar siquiera su nombre en este lugar sagrado?

—Uy, me atrevería a mucho más que a eso. Puede que los invite de verdad. —*Mentira*—. En este preciso instante, la mitad del reino me está buscando. Estoy bastante segura de que uno o dos cazadores responderán a mi llamada. ¿No es… no es así, Michal?

Aunque no me mira, aunque su mirada permanece fría y remota mientras estudia a Éponine, hay casi… cierta satisfacción en la posición de su mandíbula. Puede que triunfe.

—Dice en serio cada palabra —afirma en voz baja mientras camina hacia la pared junto a las escaleras para apoyarse en ella. Ladea la cabeza mínimamente en mi dirección antes de tirar de un hilo carmesí suelto que cuelga de su manga.

—Así es. —Siento un vuelco en el estómago cuando se muestra de acuerdo—. Puedo ser *increíblemente* irritante.

Sin previo aviso, la manzana vuela de mi mano a la de Éponine, quien la aprieta con fuerza en el puño.

—Ya lo veo. —Su voz ha perdido esa cualidad dulce y etérea, y ahora suena muy fea. Muy muy fea, ya lo creo—. Aunque ni siquiera yo puedo ver por qué te adora Elvire. No te daré el nombre que buscas, pero si abandonas mi presencia en este mismo instante, te daré otro: Pennelope Trousset. La prima y confidente de Babette, ella te llevará adonde necesitas ir.

Pennelope Trousset. Me guardo el nombre en la memoria y, por el bien de Elvire, me obligo a tomar una respiración profunda y relajante y vuelvo a hacer una reverencia.

—Gracias, Éponine. Ha sido… interesante conocerte. Por favor, dile a tu hermana que la visitaré pronto.

—No mentiré a mi hermana, Célie Tremblay. Ahora, vete. —Hace un gesto de despedida con su mano esquelética, y esos ojos espeluznantes arden al clavarse en los míos mientras el resto de ella empieza a desvanecerse, a disiparse como el humo en el viento. Su voz, sin embargo, persiste después de que su cuerpo haya desaparecido—. Y cuidado con las compañías que frecuentes. No nos volveremos a ver.

Mientras sigo a Michal por las escaleras, el verdadero significado de sus palabras suena claro y ominoso a mi espalda: *porque estarás muerta*.

Capítulo 32

Les Abysses

A menudo entiendo por qué mi padre cayó en las garras de la magia.

Aunque lo odio por ello, aunque lo culpo por entero de la muerte de mi hermana, entiendo su atractivo. Perdura como un dolor de muelas cuando estás rodeada de gente extraordinaria, cuando tú misma eres total e irreparablemente ordinaria. Cuando Lou llama a las estrellas doblando el dedo, no puedo evitar jadear, y cierro la mandíbula con fuerza. Cuando Reid las atrapa en un ramo brillante, me muerdo con fuerza el carrillo, una y otra vez, hasta que ese dolor de muelas consume mi cuerpo entero. Hasta que no puedo pensar en otra cosa, hasta que lo único que puedo hacer es anhelar.

A veces, creo que mi anhelo me matará.

Lo que es seguro es que mató a mi hermana.

—¿Tienes miedo? —pregunta en voz baja Michal, que tira de mí hacia otra puerta carmesí. Esta se encuentra en la parte inferior de una estrecha escalera en espiral de piedra negra, y cuando la empuja para abrirla, me obligo a marchar a su lado para entrar en primer lugar en la habitación con la barbilla bien alta.

—No —miento con la voz entrecortada.

Sonríe y me sigue.

Subimos a una plataforma de metal que recorre toda la circunferencia de la estancia. Unas enormes chimeneas se curvan a lo largo de las paredes, construidas con la misma piedra negra y tosca que el pasadizo, y en su interior crepita un singular fuego negro que proyecta una luz extraña en el centro de la habitación. Con una súbita punzada de delirio, me percato de que se trata del *Infierno*. A varios centímetros por debajo de la plataforma exterior, es ancho y profundo. Hay cojines de terciopelo oscuro esparcidos por el suelo entre divanes bajos y sofás, y sobre ellos, criaturas que nunca he visto. La mayoría se retuerce y contorsiona tan cerca de los demás que soy incapaz de distinguir dónde termina un cuerpo y dónde empieza otro, pero algunos se limitan a descansar y observar. Las mejillas se me ponen más rojas con cada segundo que pasa. Hay brujas, hombres lobo y melusinas, sí, pero también hay… otros seres. Criaturas a las que nunca antes había visto.

Conoces las reglas. La doncella no es bienvenida aquí.

Cualquier duda sobre el significado de las palabras de Éponine queda despejada cuando una mujer pálida lame la palma ensangrentada de una cortesana llena de cicatrices. Cuando un hombre draconiano pasa su lengua bífida por la oreja de otra. Cuando una mujer con cuernos clava unas uñas afiladas en las caderas de este último. Detrás de ellos, un hombre lobo completamente transformado echa la cabeza hacia atrás y aúlla mientras un hombre con escamas le acaricia la cola. Ni un solo humano —al menos, no uno discernible— participa en la fiesta.

Espera.

Mis ojos tardan varios segundos en ver más allá de… las *relaciones* que tienen lugar a nuestros pies, pero cuando lo hacen, mi mirada vuela entre las diferentes criaturas con creciente pánico. En un mar de telas negras, los cortesanos brillan como faros en la noche… porque todos ellos visten de un carmesí brillante.

Pongo los ojos como platos al darme cuenta, y me tambaleo en el acto.

Todos y cada uno de los cortesanos llevan un vestido carmesí, un traje carmesí, o una capa carmesí. Dos melusinas se han puesto rosas carmesíes en sus melenas plateadas, mientras que unas joyas carmesíes caen sobre el cuello de un hombre lobo de espalda ancha. De hecho, el carmesí es el único color en toda la habitación aparte del negro, lo cual es más que alarmante para cualquier otra persona que lo vista.

En otras palabras, *yo*.

Me giro hacia Michal y, sintiéndome bastante mareada, siseo:

—¿Por qué no me lo has *dicho*? —Me agarro la falda y reprimo las ganas de rodear su garganta de mármol con las manos—. ¡Dame tu capa! —Tiro de su capa negra de viaje. Trágicamente, me dejé la mía a bordo del barco—. ¡Dámela!

Una sonrisa juguetea todavía en sus labios y en sus ojos negros vislumbro un brillo casi travieso mientras esquiva mi ataque.

—Te dije que te vistieras de verde.

—No me dijiste que las cortesanas visten de *rojo*.

—Según tú, no podría haber dicho nada que te hiciera cambiar de opinión.

—Si alguien de aquí cree que soy una cortesana —hago una mueca y niego con la cabeza—, se sentirán…

—¿*Cómo*?

Clavo la mirada en mis zapatos, en el cuero rayado a lo largo de las punteras. En cualquier cosa que no sea Michal, que ve demasiado y, a la vez, nada en absoluto.

—Se sentirán muy decepcionados —susurro, bajando más la voz con cada palabra. Lo odio por obligarme a pronunciarlas. Por hacerme pensar en ellas—. Porque soy… No sabría nada que pudiera ayudarlos, porque soy… porque soy… —mi voz es casi inaudible ahora— virgen.

Aun así, Michal lo escucha. Cuando me atrevo a mirarlo, su sonrisa se ha desvanecido. Sin embargo, para mi sorpresa, en su expresión no se ha filtrado ninguna piedad. No. Esa misma extraña intensidad del ataúd arde en su mirada, y levanta una mano como si fuera a tocarme la mejilla, pero curva los dedos hacia dentro y la deja caer de nuevo a un costado.

—Nadie se sentiría decepcionado —dice secamente. Luego, detiene a un cortesano cercano, un hombre encantador con unos brillantes ojos violetas y resplandeciente piel oscura. Lleva el torso desnudo y unas tachuelas de rubíes forman flores sobre sus pezones—. Necesitamos hablar con

Pennelope Trousset —le dice Michal.

El hombre inclina la cabeza —tiene las orejas puntiagudas— hacia el Infierno.

—Por supuesto, *monsieur*, pero parece que Pennelope ya está comprometida esta mañana. Yo mismo llego tarde a una cita, pero ¿podría sugerirle a Adeline? Nos han dicho que su sangre es la más dulce. —Se saca un reloj de bolsillo con joyas incrustadas del cinturón y comprueba la hora antes de volver hacia mí esos preciosos ojos violetas, que descienden por mi vestido con curiosidad—. ¿Haces tu primer turno esta noche, *chérie*?

Trago saliva.

—Eh… no, *monsieur*.

—¿No? —Parpadea, confundido—. Pero ¿cómo puede ser? Jamás olvido una cara. —Se inclina más cerca, olfatea con delicadeza y su confusión solo aumenta ante lo que huele. Elevo una ferviente oración de agradecimiento por haberme podido cepillar los dientes—. Una cara *humana*, al parecer. ¿Cómo has convencido a Éponine para que te dejara entrar?

Indefensa, miro a Michal en busca de una respuesta, pero él se limita a soltar una risa retumbante y se dirige hacia el Infierno.

—¿Los cortesanos saben lo que eres? —Tratando de no hiperventilar, bajo las escaleras detrás de él—. Has dicho que ya habías estado aquí antes, y esa mujer —sacudo la cabeza hacia nuestra izquierda— está bebiendo la sangre de ese hombre.

—No tienen un nombre para los de nuestra especie, pero conocen y respetan nuestros gustos. —Entre los cuerpos del Infierno, una pareja que baila amenaza con separarnos, pero la mano de Michal serpentea hacia atrás para agarrar la mía. Tira de mí para colocarme a su lado y murmura —: Creía que no estabas asustada.

—*No* lo estoy. Estoy… estoy… —Pero las palabras se me atascan en la garganta cuando miro a la derecha y el hombre draconiano se mueve, brindándome una imagen sin obstrucciones de su… de su… Giro la cara lo más deprisa que puedo, respirando con dificultad, y me llevo una mano temblorosa a la frente. Lo que estoy es lamentablemente poco preparada para una situación como esta. Que es lo que mi madre y mi padre deseaban que estuviera, lo que también querían Evangeline y mis institutrices. En todos mis años, en toda mi educación, ni una sola vez he aprendido… nunca he *visto*…

Filippa se escabullía por nuestra ventana todas las noches, sí, pero nunca me contó lo que *hacía* con su misterioso amante. He oído hablar de sexo, por supuesto, y he leído todos los libros que pude colar en casa al respecto, pero imaginármelo era muy diferente de verlo con mis propios ojos. *Verlo* hace que la habitación parezca mucho más pequeña de lo que debería, mucho más caliente, como si estuviera de pie sobre una llama, quemándome viva lentamente.

Hace que me sienta mareada.

Cuando tropiezo, Michal me atrapa y me empuja hacia el otro lado de la habitación, hacia una cortesana que se arquea en el regazo de un *loup garou*, atrapado a medio camino entre el hombre y el lobo. Sus ojos relucen de color amarillo. Sus dientes emiten un brillo afilado. Aunque no están exactamente en pleno *acto* —al menos, no creo que lo estén—, parecen estar divirtiéndose.

—¿Quieres esperar fuera? —pregunta Michal, y con el *pulgar*… me lo desliza por la muñeca para calmar mi pulso acelerado—. Éponine te ha dado su bendición. No volverá a molestarte.

—No. —Niego fervientemente con la cabeza y me alejo—. No, tengo que hacer esto. *Quiero*

hacerlo. —A continuación, porque no puedo evitarlo, pregunto—: ¿Acaso Éponine es dueña de este lugar?

—Es la *madame*, sí.

—¿Y el Paraíso?

—También lo dirige ella.

—¿Cómo es allí arriba?

Señala a nuestro alrededor.

—Muy parecido a esto. Los cortesanos visten de blanco en lugar de rojo, y un coro de melusinas sumerge a todos los que entran en una especie de trance. —Hace una pausa—. Confieso que solo he visitado el Paraíso una vez. Te hace sentir… como en un sueño.

Te hace sentir como en un sueño.

Justo así me he sentido toda la noche.

Cuando me quedo en silencio, Michal se deja caer en un sofá cercano y apoya un brazo a lo largo del respaldo beige, mientras que yo me quedo torpemente de pie a su lado. Sin pretenderlo, echo un vistazo al hombre lobo y a la cortesana. Esa debe de ser Pennelope. Comparte con su prima el rostro en forma de corazón y el cabello dorado, su piel de marfil repleta de cicatrices. Y la forma en que se mueve… un gran peso se me asienta en el pecho mientras la observo. Jamás podría aspirar a moverme así.

Me obligo a apartar la mirada, a darles privacidad. Como ha señalado el cortesano de ojos violetas de antes, Pennelope parece… un poco ocupada en este momento, y bastante incapaz de responder a nuestras preguntas. Tal vez deberíamos haber pedido cita. ¿Quién sabe cuánto tardarán en… en terminar? Michal parece preparado para esperar, pero como ha dicho, el amanecer se acerca a toda velocidad. ¿Podría simplemente… darle un toquecito en el hombro? Muevo el peso de un pie a otro mientras considero mis opciones. Tal vez pueda aclararme la garganta y provocar que se separen mágicamente.

—Sabes que no es un insulto —dice Michal como quien no quiere la cosa.

—¿El qué? —pregunto, distraída.

—*Virgen*. —Me mira con una ceja enarcada—. Aquí eso no le importa a nadie, de modo que no es necesario que lo susurres como si fuera una maldición.

Abro la boca, sorprendida y mortificada, y aprieto las manos en puños a los costados. Solo hace falta eso para que me olvide por completo de Pennelope y de su acompañante ondulando detrás de nosotros.

—No debería habértelo contado. Jamás te lo habría dicho si hubiera sabido que querrías… hablar del tema.

—¿Por qué no podemos hablarlo? —Ladea la cabeza con curiosidad—. ¿Te incomoda hablar de sexo?

—¿Y si es así? ¿Pondrás fin a esta conversación?

—Es de mala educación responder a una pregunta con otra pregunta, *mascota*.

—No soy tu mascota, y es mucho más grosero que sigas dirigiéndote a mí como tal.

Me estudia con gran interés.

—¿Los amigos no utilizan apelativos cariñosos? Si no recuerdo mal, llamaste Dima a mi querido primo.

—No puedes hablar en serio. —Lo miro con incredulidad, tanto porque recuerde la *única* vez que acorté el nombre de Dimitri como por el hecho de que en las retorcidas profundidades de su mente pueda considerar que *mascota* es un apelativo cariñoso—. No eres mi amigo, Michal Vasiliev.

Enarca una ceja.

—¿No?

—*No* —digo categóricamente—. Que *pienses* siquiera en la amistad cuando planeas mutilar y asesinar a mis seres queridos demuestra que eres bastante incapaz de ello.

Agita una mano en un ademán desdeñoso.

—Toda relación tiene sus problemas.

—*¿Problemas?* Me secuestraste. Me chantajeaste. —Indignada, llevo la cuenta de cada ofensa con los dedos—. Me encerraste en una habitación, y me incitaste a invocar fantasmas. Hace solo unos momentos, has revelado una *profecía* en la que…

Sin embargo, antes de que pueda terminar, un caballero de mandíbula cuadrada se acerca a nosotros —no, se acerca *a mí*— y me tiende una mano ancha. El nítido mordisco del incienso, de la magia, sigue su estela.

—Hola —ronronea sin preámbulos antes de besarme los dedos—. ¿Se me permite conocer tu nombre, *humaine*?

Me pongo rígida al oír esa palabra, abrupta y dolorosamente consciente de que se supone que no debería estar aquí, y de que mi rostro y mi nombre plagan las calles de fuera. Maldiciéndome por haberme olvidado la capa, por llevar este estúpido vestido, agacho la cabeza.

—Fleur —le digo, retirando la mano de la suya con tanta cortesía como me es posible—. Me llamo Fleur… Toussaint.

Me estremezco internamente por el desliz.

—¿Toussaint? —El brujo frunce el ceño al intentar ubicar el nombre, antes de olvidarse del tema e inhalar profundamente. Una amplia y empalagosa sonrisa se extiende por su rostro ante mi olor. *Humaine*—. ¿Podemos pasar algún tiempo juntos esta mañana, *mademoiselle* Toussaint? Estoy… deseoso de conocerte mejor.

—Pues… no. —Niego con la cabeza a modo de disculpa—. No, no lo creo. En realidad, no trabajo aquí, *monsieur*.

La sonrisa del brujo desaparece.

—Disculpa, ¿cómo dices?

—No trabajo aquí. Este vestido… es…

— … es carmesí en Les Abysses —termina, ahora con el ceño fruncido—. Como estás sola en el Infierno, asumo que buscas compañía. —Una pausa oscura—. ¿A menos que los brujos te resulten ofensivos de alguna manera? ¿Es eso lo que sucede, *madame* Toussaint?

—¡No, *no*, en absoluto! Este vestido —le lanzo a Michal una mirada acusatoria y él me la sostiene, completamente relajado— ha sido una broma muy pobre, y me disculpo por cualquier malentendido que haya podido causar.

—Mmm. —Aunque el brujo entorna los ojos, su rostro se relaja un poco después de escuchar la seriedad de mis palabras, y se acerca más para intentarlo de nuevo—. En ese caso… ¿estás *segura* de que no puedo persuadirte para que dejes a tu acompañante el resto de la mañana? Te

prometo que no te arrepentirás.

Ahora soy *yo* la que resiste el impulso de fruncir el ceño. Por lo que parece, no ha oído la parte en la que le he dicho que no trabajo aquí, o bien está convenientemente olvidando los últimos treinta segundos. A regañadientes, miro de nuevo a Michal, quien, una vez más, se ha convertido en el menor de dos males. Se lo ve tremendamente entretenido, pero reprime una sonrisa —todavía reclinado contra el sofá—, y en sus ojos negros veo mi propio reflejo espetándole: «No eres mi amigo, Michal Vasiliev».

Perfecto.

Exhalo con fuerza por la nariz y digo:

—Mis disculpas, *monsieur*, por no haberme explicado bien —el brujo se inclina hacia mí con entusiasmo—, pero ya tengo concertada una cita con *este* caballero. —Me dejo caer rígidamente en el sofá, al lado de Michal, y me obligo a esbozar algo que aspira a ser una sonrisa convincente. El brujo se queda mirando el espacio entre nosotros de forma suspicaz. Me acerco un poco más y le doy a Michal una palmadita incómoda en la rodilla—. Pasaré el resto de la mañana con… con él.

—Así que vete —le dice Michal al brujo con frialdad.

Durante un segundo, parece como si este fuera a discutir, pero con una última mirada de descontento en nuestra dirección, se da la vuelta y se aleja. Retiro la mano de su rodilla de inmediato.

—Creo que voy a matarte —digo con dulzura.

—Creo que podría disfrutarlo —contesta mientras otra criatura (esta vez una criatura escamosa con ojos redondos y vidriosos) se nos acerca. Cuando pregunta por mi nombre, vuelvo a colocar la mano sobre la rodilla de Michal. Cuando pregunta si me apetece unirme a ella junto al fuego, la subo por su muslo, agarrándome a él como si me fuera la vida en ello. Cuando me pide un beso con descaro, me subo directamente al regazo de Michal, y él tiembla de risa debajo de mí.

—Eres *insoportable* —susurro mientras la mujer suspira y se aleja. Apoyo el hombro contra su pecho, incapaz de mirarlo, ya que es posible que este sea el momento más humillante de toda mi vida. Y, sin embargo, aunque admitirlo sea absolutamente *repugnante*, sí que me dijo que me vistiera de verde—. ¿Te importa si… eeeh… me siento aquí hasta que Pennelope termine con su cita? —Entonces, incapaz de ocultar la desesperación de mi voz, añado—: ¿Ha terminado ya su cita?

La risa de Michal se extingue poco a poco.

—No.

Maldita sea.

Me quedo aquí sentada unos instantes, tratando de no reparar en el frío de su piel a través de mi vestido, antes de que se mueva un poco y que su mano libre se deslice por mi espalda.

—Estamos empezando a llamar la atención.

Lanzo una mirada de pánico a mi alrededor y, en efecto, hay más de un par de ojos posados sobre nosotros. Puede que porque soy humana, o puede que porque no estamos enredados en un abrazo apasionado como todas las demás parejas. Por instinto, aprieto la mejilla contra el hombro de Michal, rezando para que el pelo me oculte el rostro. Será un milagro si consigo marcharme de este lugar sin que me reconozcan. El estómago me da un vuelco cuando mi mente reproduce las consecuencias: *chasseurs* entrando en tropel, Jean Luc gritando, Frederic agarrándome del brazo…

—¿Sería terriblemente grosero por tu parte interrumpir a Pennelope? —pregunto rápidamente.

¿De verdad sería tan terrible volver a ver a Jean Luc?

—Nadie de aquí te denunciará a los cazadores, Célie.

—Cien mil *couronnes* son mucho dinero, Michal.

Siento, más que oigo, su gutural gruñido de acuerdo, y aprieta sutilmente el brazo a mi alrededor para inclinarme la cara aún más hacia su pecho. *Escondiéndome*, me doy cuenta con un sobresalto.

—Los *loup garou* son territoriales por naturaleza, ocasionalmente agresivos, y podría percibirlo como un insulto si interrumpiera. Podría atacar. —Al instante, imagino el enorme *loup garou* cargando contra Michal, quien se queda quieto y en silencio, esperando, antes de partirlo por la mitad—. Sí —confirma, interpretando de forma correcta mi estremecimiento—. Dudo de que haya alguien aquí que nos ayude después de eso.

Siento un nudo en la garganta ante nuestra clara falta de opciones.

—Entonces… esperamos.

—Esperamos.

Es la hora más larga de mi vida.

Nunca antes había sido tan consciente de la proximidad de un hombre, de sus duros muslos debajo de los míos o de su mano fría en mi columna. Intento no pensar en ninguna de esas dos cosas, intento no hacer caso de la forma en que las palpitaciones de mi corazón descienden lentamente hasta mi vientre. Los gritos de placer a nuestro alrededor hacen poco para ayudarme en esta situación. Si así es como se complacen en público, no alcanzo a imaginar lo que sucederá en las habitaciones privadas de los cortesanos… ¿a menos que el exhibicionismo mejore la experiencia para algunos? Me retuerzo un poco ante ese pensamiento, todavía sonrojada e inquieta, hasta que la mano en mi espalda me agarra un mechón de pelo y tira. Con fuerza. Jadeo y me alejo para mirarlo a la cara.

—¿Por qué has hecho eso?

—Quédate quieta.

—¿Por qué? —Señalo con la cabeza a Pennelope, quien gime al mismo tiempo que el hombre lobo—. *Ella* no se está quieta.

Enreda los dedos alrededor de mi pelo con más firmeza y tira más fuerte, inclinándome la cara hacia arriba y dejando al descubierto mi garganta. Los ojos le relucen como esquirlas de cristal mientras me sostiene la mirada.

—Exacto. —Cuando abro la boca para decirle *exactamente* dónde puede meterse su arrogancia, arquea las caderas contra mí y casi me atraganto con las palabras. Algo, algo *duro*, se aprieta contra mi pierna—. ¿Debemos imitarlos? ¿Es eso lo que quieres?

El calor me inunda las mejillas, pero no respondo. No *necesito* responder. Por supuesto que no necesito responder, y por supuesto que no *quiero*…

—Interesante. —Sus ojos aterrizan en mi pálida garganta, y ese brazo que tenía apoyado de forma despreocupada en lo alto del respaldo baja hasta mis rodillas. Lo coloca sobre ellas y sus dedos me rozan con suavidad la parte posterior del muslo; se me pone la piel de gallina en las piernas en un instante. Me recoloco en su regazo de nuevo, incapaz de evitarlo. Incapaz de *respirar*. Porque se trata de Michal. Debería asustarme el hambre sin encubrir que veo en su mirada, debería empujarlo lejos de mí —debería hacerlo ahora mismo—, pero el aleteo que siento en el vientre no se parece en nada al miedo. Parece otra cosa, algo tenso, urgente y poderoso. Cuando lo comprendo, la sensación se me atasca en la garganta mientras lo miro. Me siento *poderosa*—. Ya casi han terminado —murmura Michal.

Te dejó colgando sobre el mar, me recuerdo a mí misma con fervor. *Amenazó con ahogar a todos los marineros.*

Sin embargo, mis manos se mueren de ganas por tocarlo, una sensación no muy diferente a lo que sentí cuando bebí su sangre. Excepto que, en esta ocasión, no la he bebido, y eso… eso debería hacerme huir directa hacia el amanecer.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunto en vez de eso.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. —Aunque dudo al pronunciar la palabra, me doy cuenta de que es verdad, *quiero* saber más sobre este mundo extraño y secreto que me han ocultado. Quiero entender, quiero *aprender*, pero sobre todo quiero…

No.

No me atrevo a admitir lo que quiero, ni siquiera ante mí misma.

Porque si admito que quiero que Michal me siga mirando así, también tendré que admitir otras cosas, como el hecho de que el nombre *madame* Toussaint me irrita la piel. No debería, por supuesto. Algún día, será mío. *Madame* Célie Toussaint, esposa devota, madre y cazadora. Un futuro tan organizado como bonito. Sin embargo, tal como le dije a Michal, no tengo intención de volver a la Torre de los *chasseurs*, de suspirar por un respeto que ya me he ganado. Lo que significa…

La culpa arponea el aleteo que siento en el estómago.

¿De verdad sería tan terrible volver a ver a Jean Luc? La respuesta se esconde en la parte más oscura de mi mente, esperando a que la vea. A que me vea a mí misma. He estado demasiado asustada para admitirlo —para perder el único lugar que tengo en este mundo—, pero aquí, a horcajadas sobre lo desconocido, la verdad emerge de entre las sombras. Fea, sí —la cosa más fea que he hecho nunca—, pero es imposible ignorarla.

No quiero casarme con Jean Luc.

Mi corazón se eleva y se estrella simultáneamente cuando al fin reconozco la verdad.

—¿Célie? —Michal arrastra la mirada por mi garganta cuando me acerco su mano a la piel febril de la mejilla. Tiene los dedos fríos. Maravilloso. La culpa se retuerce aún más profundamente.

—Esto no es real —le digo—. Solo estamos fingiendo.

Te hace sentir como en un sueño.

Ladea la cabeza lánguidamente para estudiarme.

—Por supuesto.

Sin embargo, al instante siguiente me roza el labio inferior con el pulgar, separándolo del superior, y lo deja ahí. Retándome, me percato, a dar el siguiente paso. Debería retroceder ante el desafío —esa vocecilla odiosa de mi cabeza me insta a parar, parar, *parar*—, pero, en lugar de eso, cierro la boca alrededor de su dedo. Si acaso es posible, los ojos se le oscurecen aún más, y esa misma embriagadora sensación de poder me recorre entera, llevándose consigo todo lo demás. Sin saber por qué, sin comprender el impulso en absoluto, succiono con suavidad, le lamo la piel con la lengua con una confianza que no debería sentir. Sabe frío y dulce por el jugo de la manzana. Succiono con más fuerza.

—Con calma —dice con los dientes apretados.

A regañadientes, le suelto el pulgar.

—¿Por qué?

—*Porque* —presiona el dedo con fuerza contra mi labio inferior— llevo imaginándome tu sabor desde que te conocí.

Trago saliva y él sigue el movimiento con avidez.

—Creía que a los vampiros no les gustaba el sabor de la sangre humana.

—Estoy convencido de que el sabor de la tuya sí me gustaría.

Lo que sí es seguro es que a mí me gustó el sabor de la *suya*. Nos miramos el uno al otro y, por su expresión, estamos recordando lo mismo: cómo me encaramé a su cuerpo en la pajarera, borracha de su sangre y desesperada por besarlo. ¿Me dejaría besarlo ahora? ¿Lo dejaría *morderme*? Ante ese recuerdo, sacude las caderas hacia arriba en lo que parece ser un acto reflejo, y el calor me apuñala como un cuchillo. Atrapo su pulgar entre los dientes y lo muerdo con brusquedad.

Al instante, sé que he cometido un error.

Todo el cuerpo se le pone tenso y arranca el pulgar de mi boca a una velocidad sobrenatural. Su tono vuelve a ser helado cuando me advierte:

—No vuelvas a hacer eso, nunca más.

—¿Q-Qué? —Con esa única orden gélida, la realidad se estrella contra mí, y parpadeo, confundida y desorientada. Los gritos y gruñidos a nuestro alrededor aumentan cuando vuelvo a la habitación, en mí misma, y me doy cuenta de lo que he hecho. *Ay, Dios*. Me apresuro a echar un vistazo a su inmaculado pulgar—. ¿Te… te he hecho daño?

Él suaviza un poco la expresión.

—No.

Una presión abrupta me arde detrás de los ojos, pero me niego a reconocer que está ahí. Porque no merezco llorar, porque esto es culpa mía —*todo* esto es culpa mía—, y los hombros se me hunden cuando la culpa regresa multiplicada por diez, retorciéndose en mi interior hasta que no puedo mirar a nadie ni a nada. Solo estábamos fingiendo, sí, pero, aun así, estábamos… *yo* estaba…

—Lo siento —le susurro a él. A Jean Luc.

Jean Luc.

Entierro la cara en las manos.

—Célie. Mírame. —Al ver que no respondo y que me tiembla todo el cuerpo, Michal me separa las muñecas y me obliga a mirarlo a los ojos. Arden al contacto con los míos, descarnados y brutales, repletos de una emoción desconocida, y no me gusta. No me gusta la forma en que me

hace *sentir*, como si la piel se me hubiese quedado demasiado pequeña, revelando mi forma exacta de tal modo que él pueda ver cada imperfección—. Nunca muerdas a un vampiro. ¿Entendido? No puedes consumir mi sangre, ni la de *ningún otro* vampiro. Nunca más. Es muy peligroso.

—Pero en la pajarera…

Niega con la cabeza en un movimiento feroz.

—Aquello fue una emergencia. Sin ella, podrías haber muerto. Pero si te sucede algo mientras tienes sangre de vampiro en tu interior, el tuyo será un destino peor que la muerte.

—¿Qué pasará?

—Te volverás como nosotros. Como yo. —Aprieta la mandíbula y lanza una mirada furibunda por encima de mi hombro—. Eso no puede suceder.

—Michal…

—*No* sucederá, Célie. —Sin otra palabra más, me levanta de su regazo y me devuelve al sofá. Me quedo en silencio, contemplando su rígida silueta, y asiento. Porque no sé qué más puedo hacer. Porque no podría haberle perforado la piel *de verdad*, no sin madera o plata, pero incluso la mera posibilidad lo ha trastornado más que cualquier cosa que haya visto.

Sin embargo, sobre todo es porque tiene razón: esto no puede volver a suceder. *Nunca volverá* a suceder.

Me froto una lágrima y echo un vistazo a Pennelope, solo para descubrir que aguarda justo detrás del sofá. Ella enarca una ceja dorada, observándonos, mientras una sonrisa juguetea en sus exuberantes labios rojos.

—Parece que me he perdido la parte divertida. Qué lástima.

Capítulo 33

Una corta entrevista

—¡Pennelope! —Me pongo de pie de un salto y hago una reverencia, rezando para que no lleve mucho rato ahí de pie. No obstante, a juzgar por el brillo divertido en sus ojos dorados, ha escuchado hasta la última palabra que Michal y yo hemos intercambiado. Ojalá el suelo se abriera y me tragara entera—. Es un placer conocerte.

—¿Lo es? Parece que estoy interrumpiendo algo.

A mi lado, Michal se levanta en un silencio sepulcral.

—En absoluto. —Me aliso el vestido en un gesto tímido, aún me tiemblan las piernas. El suyo es mucho más simple, de gasa carmesí, pero mucho más bonito también: cubre su figura de reloj de arena como una nube, brillante y pura, y flota hacia abajo. A pesar de que su amante tenía garras, la tela permanece totalmente intacta, es probable que gracias a un hechizo; el olor punzante de la magia de sangre emana de la tela. Me limpio otra lágrima—. En realidad, te estábamos esperando.

—Soy consciente.

—¿Lo-lo eres?

Agita la mano en un gesto frívolo. A diferencia de su prima, no intenta cubrir sus cicatrices con cosméticos, sino que las deja al descubierto para que reluzcan a la luz del fuego. Se le enroscan en los dedos, las muñecas y los brazos de forma intencionada, como si hubiera planeado la ubicación exacta de cada marca, antes de terminar en una delicada filigrana sobre su pecho.

—Puede que no sea una criatura de la noche como tu amigo aquí presente —le echa una mirada apreciativa a Michal— pero sigo teniendo oídos. No habéis sido precisamente sutiles. No es que sea enteramente vuestra culpa, por supuesto —añade—. Siempre nos percatamos de las visitas de los hijos de la noche. Arriba acaban de llegar otros dos.

Su tono no contiene ninguna reprimenda, solo un gran interés. Aunque preciosa, su cara es casi como la de un hada, con esos ojos rasgados y la nariz puntiaguda, y cuando mueve las cejas con picardía, esa impresión no hace más que intensificarse.

—No obstante, si deseáis concertar una cita —continúa—, me temo que tendrá que ser para mañana por la noche. Mi querido Jermaine ya está esperándome en la habitación, y odia compartir.

Echo un vistazo a nuestro alrededor, buscando la escalera que conduce a los aposentos de los cortesanos, pero no veo ninguna. Tampoco hay puertas. Solo piedra negra y áspera y un crepitante fuego negro. Y sombras: formas incorpóreas que se retuercen contra las paredes del borde exterior, sin verse afectadas por la luz del fuego. No he reparado antes en ellas. *Ni me imagino por qué*, pienso con amargura.

—No hemos venido para concertar una cita —dice Michal en tono imperioso una vez más—. Hemos venido a preguntarte por tu prima.

—¿Mi prima? —Al instante, la sonrisa traviesa de Pennelope se desvanece y el brillo dorado que la envuelve se endurece hasta convertirse en un plateado despiadado. Entorna los ojos para mirarnos—. ¿Qué prima?

—Babette Trousset.

Aprieta los labios.

—Queremos presentarte nuestras condolencias —empiezo a decir a toda prisa, pero Michal me interrumpe.

—Háblanos de los días previos a su muerte. —Ignorando mi ceño fruncido, rodea el sofá para cerrar la distancia entre ellos. Si pretende intimidarla, no funciona; Pennelope se niega a acobardarse ante su acercamiento. No, en sus ojos dorados brilla un desafío silencioso. La reputación de Michal como *criatura de la noche* parece significar muy poco para ella, lo que denota que debe de saber muy poco sobre él. Aun así, resisto el impulso de interponerme entre los dos. Solo he presenciado la verdadera ira de una bruja de sangre en una ocasión, y es una experiencia que no me gustaría repetir—. ¿Compartió algo contigo que pudiera causarte inquietud? —la presiona Michal—. ¿Puede que te presentara a un nuevo amante, o a uno antiguo?

Frunzo aún más el ceño. Este tipo de conversación requiere delicadeza, y Michal está demostrando la misma que un hacha sin filo.

—Nuestras disculpas, *mademoiselle* —digo antes de que pueda volver a hablar—. Somos conscientes de que hablar sobre Babette debe de ser difícil…

Michal, sin embargo, interrumpe una vez más, y su voz se vuelve más fría con cada palabra que pronuncia.

—Puede que hablara de un acuerdo que saliera mal o de un miembro de la familia que necesitaba ayuda.

Al oír esto último, Pennelope hace una mueca, y me apresuro a suavizar la tensión, así que rodeo el sofá yo misma y entrelazo los dedos para no retorcerme las manos. O para no estrangular a Michal.

—Estamos investigando su muerte, por lo que cualquier información que puedas proporcionarnos sobre sus últimos días, cualquier comportamiento inusual, cualquier cara nueva, sería de gran ayuda.

—¿De verdad? —Pennelope se burla de la pregunta, e incluso yo sé distinguir que esa expresión no es propia de su alegre rostro—. Lamento decirte lo mismo que les dije a tus hermanos, Célie Tremblay: ni siquiera sabía que Babette hubiera *ido* a Cesarine, y mucho menos quién robó su cadáver.

Suspiro con resignación. *Por supuesto* que sabe quién soy. Las posibilidades de que me descubran no hacen más que incrementarse.

—¿Los *chasseurs* vinieron a Les Abysses? —pregunta Michal con brusquedad.

Pennelope resopla.

—Desde luego lo intentaron, por una pista que les proporcionaron *tus* amigos, debo añadir —me gruñe—, pero ya conoces a Éponine. Vio venir a esos cabrones, y todo el mundo abandonó el local antes de que llegaran. Todo el mundo excepto yo. —Levanta la barbilla con orgullo. En actitud desafiante—. Me quedé y respondí a sus preguntas porque nadie, *nadie*, quiere vengarse del malnacido que hizo daño a Babette más que yo. Ella y Sylvie son como hermanas para mí, y destriparé a cualquiera que las haya herido.

—¿Sylvie?

Pennelope mira hacia otro lado rápidamente y maldice su desliz en voz baja.

—La hermana pequeña de Babette.

Frunzo el ceño ante esa revelación.

—No sabía que Babette tuviera una hermana.

—Quizá no conoces a Babette tan bien como crees.

—¿Dónde podemos encontrarla? —Un melusino borracho tropieza con Michal, quien lo desvía sin pestañear—. A Sylvie.

Una mezcla de triunfo y angustia se cuela en los ojos de Pennelope.

—No podéis. Sylvie murió hace tres meses. —Antes de que podamos preguntar, añade con sequedad—: Una enfermedad de la sangre.

Oh.

Solo he oído hablar de la enfermedad de la sangre en una ocasión anterior: se llevó la vida de un niño llamado Matthieu, cuya muerte convirtió a su madre en una de las criaturas más malvadas del mundo. Murió en la batalla de Cesarine junto a su amante, La Voisin, también conocida como la tía de Coco, que una vez gobernó a las *Dames rouges* con mano de hierro.

—Lo lamento mucho, Pennelope —digo en voz baja—. Perder a tus dos primas en tan poco…

Pero ella se sacude como si la hubiera golpeado.

—No necesitamos tu lástima.

—Por supuesto que no. —Frunzo el ceño y levanto las manos en un gesto apaciguador. Aunque mi corazón sangra por ella, tendremos que adoptar un enfoque más directo si se niega a cooperar. Me estremezco al pensar en lo que Michal podría hacer de no ser así—. ¿Hay algún lugar más privado donde podamos hablar? ¿Algún lugar más cómodo? —Empujo a un lado el cojín que tengo a mis pies e inspecciono el suelo de debajo tan subrepticiamente como me es posible. Puede que sus aposentos se hallen abajo y que los cojines oculten hábilmente cualquier puerta. Excepto que me tengo que tragar un gemido de frustración. Aquí tampoco hay puertas—. Jermaine está en tu dormitorio, pero ¿quizá podamos retirarnos a la habitación de Babette? —Una pausa cuidadosa —. ¿Ya la has limpiado?

—Eso no es asunto tuyo, cerda.

Frunzo el ceño al oír el insulto. Dada la situación, un arrebato emotivo es perfectamente comprensible, pero también parece… exagerado, de alguna manera. Excesivo. No parecía tener ningún problema con Michal *ni* conmigo hasta que hemos mencionado a Babette, y debía de conocer mi conexión con los *chasseurs* desde el primer momento.

—Tanta hostilidad no es necesaria, Pennelope. Solo estamos intentando ayudar. Si pudieras

responder a nuestras…

—Ya os he dicho todo lo que hay que saber. —Habla con un deje afilado y cortante de finalidad, su voz a punto de hacernos sangre—. ¿Hemos terminado ya? A Jermaine le gusta esperar aún menos que compartir. Quién sabe lo que podría hacer si lo dejo solo mucho más. —Una sonrisa amenazadora—. Y todos sabemos cuánto aborrece Éponine la violencia: la sangre nunca desaparece del todo de los muebles, ¿no es cierto?

—El truco es usar vinagre blanco. —Lejos de amilanarse, Michal continúa estudiándola, con las manos juntas detrás de la espalda y negándose a moverse. Aunque relajado, su cuerpo ha vuelto a quedarse completamente inmóvil—. Asumo que los cazadores registraron las instalaciones durante el interrogatorio.

Pennelope resopla como si no se sintiera impresionada en lo más mínimo.

—Por supuesto que sí.

—¿Todo?

—Todo. —Extiende los brazos para abarcar toda la estancia y mira a Michal directamente a los ojos para dar énfasis. Casi demasiado énfasis—. No encontraron nada de interés. Esta conversación ha terminado, así que me voy. —Marcha hacia las escaleras, pero se detiene justo antes de subirlas. Curva el labio—. Y Éponine oirá hablar sobre esto, caminante nocturno. Espero que te guste nadar.

Capítulo 34

Y un largo rencor

Nos quedamos mirándola en silencio durante un instante. Luego…

—¿Qué ha sido *eso*? —Incrédula, me giro para mirarlo a la cara—. ¿Es que careces por completo de sentido común? El objetivo de todo esto era buscar su ayuda, compadecerse de ella y encandilarla, aplicar solo un poco de presión si todo lo demás fallaba…

Pone los ojos en blanco y da un paso para rodearme.

—Estamos buscando a un asesino, Célie, no vamos a invitarlo a tomar el té.

—¿Y ahora qué? —Lo sigo a través del Infierno echando chispas y por poco le piso los talones… Luego, se los piso de verdad y gruñe antes de darse la vuelta a una velocidad letal y cargarme en brazos una vez más. Perfecto. Tanto mejor para clavarle el dedo en su pecho de idiota, lo cual procedo a hacer. Con mucha vehemencia—. ¿Y ahora qué, señor despiadado? Éponine nos ha enviado con Pennelope por una razón, y por tu culpa, seguro que ella y Jermaine estarán tramando nuestro doloroso e inoportuno final en este preciso instante. —Vuelvo a clavarle el dedo. Y una vez más, por si acaso—. ¿Y bien?

Me fulmina con la mirada desde arriba mientras subimos las escaleras.

—¿Y bien qué?

—¿Qué esperabas lograr acosándola de esa forma? ¿Qué ganamos nosotros?

—Mucho más de lo que crees —dice con frialdad—, señorita brillante.

—Me siento herida, de verdad —me agarro el pecho y finjo dolor—, pero como los cortesanos han escondido sus aposentos, dudo que seamos capaces de entrar en los de Babette sin permiso, y mucho menos llevar a cabo un registro minucioso de su habitación. También necesitábamos a Pennelope para eso.

—Qué rápido olvidas que yo ya he estado aquí antes.

—¿Y eso qué relevancia tiene?

—Sé dónde están las habitaciones de las cortesanas.

—Ah. —Parpadeo y el calor me sube de golpe a la cara por el significado de sus palabras—. *Ah*.

—Por muy deliciosa que encuentre esa mirada —se le oscurecen los ojos cuando se detiene junto a una de las enormes chimeneas de piedra—, me distrae demasiado, y solo tenemos hora y

media antes del amanecer. —Me deja en el suelo y señala con la cabeza el fuego negro que tenemos delante—. Las habitaciones de los cortesanos se encuentran más allá de las llamas, una de las medidas de seguridad de Éponine más ingeniosas. No se puede entrar sin la bendición de uno de ellos. —Su sutil énfasis en la palabra *bendición* me hace fruncir el ceño, pero prosigue antes de que pueda preguntarle al respecto—. Aquellos que lo intentan mueren quemados en cuestión de segundos. Esto es fuego infernal, fuego eterno, hechizado hace muchos años por la propia La Voisin.

—Sé lo que es el fuego infernal. —A principios de este año, estas mismas llamas negras asolaron toda la ciudad de Cesarine, incluida la cripta de mi hermana. Contemplo las mortíferas llamas con temor, y en ese preciso instante, el cortesano de ojos violetas sale de la chimenea que tenemos al lado. *Sale* de ella, cruzando directamente el fuego, como si la parte trasera de la chimenea fuera una especie de puerta. Y me percato de que es justo eso mientras le devuelvo su saludo desconcertado. Un picaporte dorado titila detrás de las llamas. Vuelvo a mirar a Michal—. ¿Qué tipo de bendición podría permitirnos cruzar indemnes el fuego infernal?

—No es una auténtica bendición. Es una laguna en la magia. —Pasa la mano a lo largo de la repisa de la chimenea como si inspeccionara el polvo, pero sus dedos se recrean en las elaboradas espirales y formas demasiado tiempo para tratarse de una mera casualidad. Sus ojos las sondean con demasiada atención. Algunas las reconozco, como la serpiente y la boca ancha y abierta de Abadón, demonio del abismo, pero otras no—. Como todas las brujas, La Voisin dejó un resquicio en el hechizo: los cortesanos pueden cruzar las llamas sin daño, igual que puede hacerlo cualquiera a quien bendigan con un beso.

Un beso.

Repito las palabras débilmente.

—¿Estás… estás diciendo que para entrar en los aposentos de Babette, una cortesana tendrá que… besarnos?

Asiente una vez, cortante, antes de dirigirse a la siguiente chimenea. Pero no es respuesta suficiente. Ni se *acerca* a ser respuesta suficiente y, de repente, este se convierte en el plan más estúpido que he oído en toda mi vida. Cien preguntas más brotan completamente formadas de mis labios mientras me apresuro tras él.

—¿Solo la cortesana a quien pertenece la habitación puede otorgar la bendición o todos tienen acceso a todas las habitaciones? Si se trata del primer caso, ¿cómo diablos vamos a conseguir la bendición de Babette, que está *muerta*? —Cuando vuelvo a pisarle los talones, se gira para mirarme. Puede que esa mirada me hubiera detenido en seco una vez, pero ahora solo me estimula a hablar más rápido—. ¿No levantará sospechas que solicitemos entrar en su habitación? ¿Y qué estás *buscando*, exactamente? Porque si es la segunda opción, no nos hace falta ubicar sus aposentos individuales. Solo tendríamos que *pedirle* a alguien su bendición para entrar en cualquiera de estas chimeneas…

—Por favor —sus hombros, su cuello y su mandíbula irradian tensión—, ve a pedirle un beso a un cortesano. Estoy seguro de que te lo dará sin preguntar, y nadie correrá hacia Pennelope cuando pidas entrar en los aposentos de su prima muerta.

—El sarcasmo es el peor ejemplo de ingenio, Michal. —Levanto la barbilla e inclino la cabeza hacia el Infierno, donde un puñado de cortesanos fingen no mirarnos, y dos más nos miran

fijamente, con expresiones tensas por la sospecha y la ira. O han oído nuestra conversación con Pennelope, o no les hace gracia que un hombre pálido e imperioso merodee fuera de sus dormitorios—. No estamos siendo demasiado discretos ahora mismo, y —bajo la voz— ¿no podrías simplemente obligar a una cortesana a que nos diga dónde ir?

—¿Me engañan mis oídos o la santurrona de *mademoiselle* Célie Tremblay acaba de sugerir que eliminemos el libre albedrío? —Me lanza una mirada de soslayo—. No tenía ni idea de que fueras tan pérfida, mascota. Qué encantador.

Aunque me sonrojo ante sus palabras, disgustada, él sigue palpando las repisas de todas las chimeneas, tan minucioso y sereno como siempre. El sudor me gotea entre los omoplatos. Sin embargo, si el calor del fuego le molesta, Michal no lo demuestra.

—No quiero decir que *debamos* obligarla —digo a toda prisa—. Tan solo estoy preguntando, *hipotéticamente*, qué pasaría si lo hiciéramos.

—Hipotéticamente —repite, en tono seco.

—Por supuesto. Nunca sugeriría de verdad que obligáramos a alguien a hacer algo en contra de su voluntad. No soy… —busco la palabra correcta, pero no la encuentro—. No soy malvada.

—No, no. Solo hipotéticamente malvada. —Vuelve a poner los ojos en blanco cuando farfullo, indignada—. La coerción requiere un esfuerzo mucho mayor en criaturas sobrenaturales que en los humanos. Su propia magia los protege. Cuando un vampiro traspasa su escudo mental, a menudo lo destroza, lo que a su vez destroza la mente. Se necesita un férreo autocontrol para dejar intacta a una criatura, e incluso entonces, la coerción podría fallar.

Incapaz de resistirme, pregunto:

—Pero ¿*tú* podrías hacerlo? ¿Como último recurso?

—¿Insinúas que estoy más allá del mal hipotético?

Con el ceño fruncido, procuro no sonar tan nerviosa como me siento.

—¿Y funcionaría? ¿No destrozarías la mente de nadie y la coerción no fallaría?

—Hipotéticamente.

—Si vuelves a decir la palabra *hipotéticamente*… —Expulso el aire con fuerza por la nariz, enderezo los hombros y recupero el control sobre mí misma una vez más. Las discusiones no nos llevarán a ninguna parte—. ¿Cuántas horas faltan hasta el amanecer? —pregunto de nuevo.

—Una y cuarto.

Aún siento un hormigueo en el cuello por las miradas de los cortesanos cuando me giro para contar todas las chimeneas. Más de una docena en total, cerca de la veintena.

—Y… ¿qué pasará si nos quedamos hasta después del amanecer?

—Los invitados no pueden permanecer en Les Abysses después del amanecer. —Un ruido grave y frustrado reverbera en su garganta y curva los dedos sobre la repisa de la chimenea como si fueran guadañas. Un trozo de piedra se desmorona en su palma, inundando la chimenea de polvo negro—. Todas son idénticas —murmura—. Sin marcas distinguibles.

—¿Puedes oler la magia de sangre a través del humo? —reprimo las ganas de moverme, de rebotar ligeramente sobre las puntas de los pies. Necesitaremos por lo menos una hora para registrar adecuadamente la habitación de Babette, si es que logramos encontrarla siquiera, y eso será solo si Pennelope no se abalanza sobre nosotros y lo estropea todo, cosa que podría hacer en cualquier momento. Ahora empiezo a rebotar, entrelazando los dedos y apretándolos con fuerza

—. Babette no era particularmente confiada. Podría haber colocado protecciones adicionales en su puerta, sobre todo después de que empezara a juntarse con alguien peligroso.

Pero Michal solo niega con la cabeza.

—Demasiados olores. —Se dirige a la siguiente chimenea. Y a la siguiente. Con cada una, se inquieta más, pero su inquietud tiene un aspecto diferente a la mía. En lugar de ponerse nervioso e hiperactivo, se vuelve frío y tranquilo. Impertérrito. Su expresión no refleja ninguna emoción en absoluto mientras estudia cada curva de la piedra y se niega a darse prisa. Cada paso es deliberado. Tranquilo y controlado. Una parte de mi quiere sacudirlo, solo para ver si se desmorona, mientras que el resto sabe que es mejor no hacerlo. Esta podría ser nuestra única oportunidad de descubrir algo sobre el asesino, y no podemos desperdiciarla.

Camino detrás de él, buscando algo que se le haya pasado por alto, pero, por supuesto, no hay nada: la mampostería de todas las repisas es idéntica, al igual que las sombras que bailan en las paredes entre ellas. Examino cada una por turnos. Parecen de forma humanoide, casi como fantasmas, salvo…

Me enderezo de golpe ante ese pensamiento. *Fantasmas*.

¿Qué fue lo que dijo Michal sobre su hermana? *Volverá. La tentación de entrometerse será superior a sus fuerzas.* Una esperanza inesperada crece en mi pecho. Nada podría resultar más entrometido que esta situación, y es evidente que, si Mila murió en Cesarine pero eligió aparecerse en Requiem, los fantasmas no están confinados en el territorio en el que murieron. ¿Podría habernos seguido hasta aquí? ¿Podría decirnos qué chimenea pertenecía a Babette?

Lanzo una mirada furtiva a la espalda de Michal antes de concentrarme con intensa determinación en esa burbuja de esperanza, que crece con cada segundo que transcurre. En el castillo, en el teatro, incluso en la Ciudad Vieja, acechada por vampiros, mis emociones me permitieron cruzar el velo. Me permitieron desterrar a Mila en un momento de resentimiento. Quizá me permitan volver a llamarla.

Solo hay una forma de averiguarlo.

—¿Mila? —susurro con avidez—. ¿Estás aquí?

Al oír su nombre, Michal gira el rostro hacia el mío y aparece a mi lado en el lapso entre dos latidos. Le tiendo la mano sin mirarlo siquiera. Casi me aplasta los dedos con sus prisas.

—¿Mila? —Lo intento de nuevo, buscando en las paredes, en el techo, incluso en el foso, esperando a que aparezca con un *vaya, vaya* y una expresión altanera—. Por favor, Mila, necesitamos tu ayuda. Es un favor sencillo, rápido y fácil.

No ocurre nada.

—Mila. —Ahora ya siseo su nombre y doy una vuelta sobre mí misma, despacio. La irritación aguijonea mi esperanza como un millar de agujas. No tuvo problema en seguirme hasta la pajarera y regañarme —*dos veces*—, pero ¿cuando llega el momento en que la necesitas de verdad? Silencio —. Ay, vamos, Mila. No seas así. Sabes que es terriblemente grosero ignorar a una amiga…

Michal me aprieta la mano y me concentro en la pared que tenemos más cerca. Las sombras continúan girando y retorciéndose, pero una de ellas parece diferente de las demás. Plateada en lugar de negra, de forma más opaca. Sonrío triunfal mientras se materializa, con los brazos entrelazados sobre la cabeza de una forma peculiar. Mi sonrisa se tambalea. Con los ojos cerrados y el rostro contraído por la pasión, mueve las caderas con bastante torpeza y menea la cabeza al

ritmo de una música que no alcanzo a oír. Sus rizos perfectos rebotan de un lado a otro con el movimiento, y se aparta uno de la cara con el aire experto de una actriz de teatro.

Trágicamente, no se trata de Mila.

—Guinevere. —Coloco mi sonrisa en su sitio y rezo por un milagro—. Es un placer verte.

Abre los ojos al oír mi voz y finge sobresaltarse.

—¡Célie! —Se agarra el pecho, dice—: Qué improbable encontrarnos aquí, ¿verdad, querida? Mila mencionó que podrías haber venido, por supuesto, pero jamás esperé que Michal te acompañara. —Una mentira evidente, aderezada con una sonrisa empalagosa—. Entonces, ¿vosotros dos… es oficial? —Antes de que pueda responder, chasquea la lengua con simpatía—. Menuda elección para una primera cita, ¿no? *A mí* me llevó a una cena a la luz de las velas en Le Présage, rematada con un coro de melusinas (qué voces tan angelicales, qué noche tan extasiante), pero no desesperes, querida. Jamás desesperes. —Se adelanta para darme palmaditas en la cabeza, y puede que sea el gesto más condescendiente jamás realizado—. Muy pocos experimentarán alguna vez un amor tan cósmico como el nuestro. Estábamos destinados, ¿sabes?

—Qué… bonito. —Me arriesgo a mirar a Michal, que tiene el aspecto de alguien a quien han golpeado en la cabeza. Con el ceño fruncido por la incredulidad, retrocede e intenta separar los dedos de los míos, pero los aprieto a su alrededor con fuerza. Aunque me lanza una mirada asesina, medio furioso y medio suplicante, me giro y agarro su otra mano también, entrelazando nuestros dedos con fuerza. Si yo no puedo escapar, él tampoco—. Creo que ya os conocéis —digo con dulzura—, pero permitid que vuelva a hacer las presentaciones: Michal, te presento al fantasma de Guinevere, y Guinevere, te presento a Michal Vasiliev, Su Majestad y rey de Requiem.

Los ojos de Guinevere van del uno al otro mientras se percata de lo que digo, y los abre más y más hasta que…

Con un jadeo, se abalanza hasta quedar a la altura de la cara de Michal y se queda flotando a un centímetro o dos de su nariz.

—¿Puedes *verme*, querubín?

Él no aparta la mirada del fuego, del techo, de cualquier cosa que no sea el trémulo fantasma que tiene delante, y menos mal. Seguro que, si la mirara a los ojos, en los suyos solo habría molestia. Sin importarle su reacción, la fantasma añade alegremente:

—Después de todo este tiempo, ¿puedes oírme?

Michal hace una mueca cuando le hace cosquillas en la oreja.

—Hola, Guinevere.

—¡Cielos, sí que *puedes*! —Sin aliento por el triunfo, se apresura a enroscarse varios rizos alrededor del dedo, se pellizca las mejillas hasta que le aparecen unas oscuras manchas plateadas y se alisa su prístino vestido—. ¡Qué felicidad! ¡Esto es la auténtica felicidad! —Entonces, con la eficiencia de un jardinero en primavera, se planta directamente entre Michal y yo, lo cual coloca nuestras manos entrelazadas directamente en su estómago. La piel de los brazos se me pone de gallina—. No tienes que preocuparte por *ella* nunca más, querido Michal. —Se aparta el pelo y me da con él en la cara antes de acariciarle el rígido pecho con la mejilla, ronroneando de satisfacción como un gato—. No ahora que por fin nos hemos reencontrado. Al fin y al cabo, ¿por qué molestarse con pirita barata, cuando se puede tener oro de verdad? Te perdono todas tus groserías, por cierto —le dice mientras me da un codazo para apartarme aún más—. Sé que no *pretendías*

cambiar las cerraduras de todas las puertas del castillo, igual que tú sabes que no era mi intención romper todas las ventanas de la primera planta.

Curvando los labios, Michal la mira a los ojos con una expresión sombría.

—Y algunas de la segunda.

Ella bate las pestañas con dulzura.

—¿No deberíamos dejar el pasado atrás?

—Eso depende. ¿También destruiste el retrato de mi tío Vladimir que hay en mi despacho?

Ella hincha el pecho al instante, como si Michal hubiera insultado a su madre o tal vez pegado a su perro en lugar de haberle hecho una pregunta perfectamente razonable.

—¿Que si yo…? ¿Cómo te atreves…? —Agarrándose el pecho una vez más, retrocede hacia mí, y llega mi turno de hacer una mueca. Me siento como si me hubieran tirado un cubo de agua helada por encima—. ¡He aquí una pregunta formulada con audacia por el hombre que me destrozó el *corazón*! Pero, uy, no, ¡el pobre tío Vladimir ahora tiene bigote! Aflijámonos todos por su semblante, ¡porque la pintura en su rostro significa más para Michal Vasiliev que el amor puro y eterno en el pecho de su amante!

Michal niega con la cabeza, exasperado.

—Nunca fuimos *amantes*, Guinevere…

—¡Ah! —Guinevere se desmaya como si la hubiera apuñalado. Insegura sobre qué otra cosa hacer (pero estoy bastante segura de que tengo que hacer *algo* antes de que le dé un ataque de histerismo en toda regla), le suelto una mano a Michal y envuelvo los hombros de Guinevere con el brazo. Ella se desinfla dramáticamente ante mi contacto y gira la cabeza para sollozar ruidosamente en el hueco de mi cuello—. ¡Y ahora echa la sal! Infligir la herida nunca fue suficiente para él, Célie, querida. Él siempre, *siempre* tiene que negar nuestra conexión, negar el mismísimo *latido* de nuestras *almas*. Te imploro que corras, no que camines, para alejarte de esta desdichada bestia antes de que te parta el corazón en dos, ¡como hizo con el mío!

Cuando Michal empieza a replicar, le lanzo una mirada amenazadora y vocalizo: deja de hablar. Él aprieta la mandíbula con impaciencia.

—No tienes nada que temer en ese aspecto, Guinevere —digo con dulzura mientras acaricio su pelo plateado—. Mi corazón está bastante a salvo. Al fin y al cabo, Michal me secuestró para utilizarme como cebo, y en cuanto sirva a mi propósito, es probable que intente matarme.

Demasiado tarde, recuerdo el ataque de mal genio de Guinevere a las puertas del despacho de Michal —*Los de sangre caliente sois siempre muy presuntuosos al menospreciar la muerte frente a los muertos*—, pero ya no parece importarle menospreciar cualquier cosa que no sea Michal. Puedo empatizar con ese impulso.

—¿De veras? —De alguna forma, sus sollozos se vuelven más fuertes, y por primera vez desde que descubrí mi don, me siento enormemente agradecida de que nadie pueda ver u oír a los fantasmas excepto yo. Aunque una o dos cortesanas del foso siguen mirándonos, probablemente confundidas por mi extraño brazo suspendido y nuestra conversación con el aire, el resto ha perdido el interés o se ha retirado a causa de la inminente llegada del amanecer. Como si sintiera que mi atención se dispersa, Guinevere finge jadear para recuperar el aliento—. ¡Solo le importan sus propios sentimientos!

Asiento sabiamente.

—No estoy del todo convencida de que tenga sentimientos.

—*O* amigos.

—O la más mínima comprensión de lo que implica la amistad.

—¡Ja! —Guinevere se endereza y aplaude con deleite, sus ojos misteriosamente secos, y nos miramos la una a la otra con una extraña y nueva sensación de complicidad—. Sabía que me gustabas, Célie Tremblay —dice mientras alarga la mano para estirarme un mechón de pelo—, y he decidido que de ahora en adelante tú y yo seremos mejores amigas. Las mejores del mundo.

Inclino la cabeza en una media reverencia.

—Sería un honor llamarte «amiga», Guinevere.

Michal parece estar a segundos de lanzarse al fuego. Con el aire de un hombre que intenta recuperar el control de la situación sin conseguirlo, pregunta en tono cortante:

—¿Estás muy familiarizada con Les Abysses, Guinevere? ¿Vienes a menudo?

Ella se gira hacia él en un instante.

—¿Por qué? ¿Estás insinuando que te he seguido hasta aquí? ¿Es eso lo que crees? *Pobre y patética Guinevere, debe de llevar todos estos siglos suspirando por mí…* —Chasquea los dedos debajo de su nariz, con sus ojos de plata líquida ardiendo con intensidad—. Una mujer tiene necesidades, Michal, y no pienso avergonzarme por buscar compañía después de la muerte. ¿Me oyes? ¡No pienso avergonzarme!

Le rozo el brazo antes de que pueda sacarle los ojos a Michal. O antes de que él pueda volver a abrir la boca.

—Nadie intenta avergonzarte, Guinevere. —Aunque los detalles sobre cómo un fantasma busca compañía entre los vivos es algo sobre lo que pienso preguntar más adelante—. Solo necesitamos un favor.

Ella arquea una ceja fina.

—¿De veras?

—Necesitamos saber cuál de estas chimeneas conduce a la habitación de Babette Trousset.

—*Ooooh* —responde con deleite y aspecto de sentirse infinitamente más intrigada—. ¿Y qué es lo que queréis hacer *allí*? Abundan los rumores de que la chica está muerta. —Al decir esto, lanza una mirada ladina y significativa a Michal mientras retuerce otro de sus tirabuzones alrededor del dedo. El gesto apesta a indiferencia, pero, al igual que la anterior actuación de Michal con las chimeneas, no hay nada indiferente al respecto. Entorno un poco los ojos.

Guinevere sabe algo que nosotros desconocemos.

Peor aún, si la conozco mínimamente, intentará provocarnos con su secreto durante el mayor tiempo posible, disfrutando de nuestro apuro. No tenemos tiempo para colgar de su anzuelo, y aunque lo tuviéramos, Michal tendría que arrastrarse sobre el estómago y suplicar antes de que Guinevere le contara algo. Ella querrá verlo retorcerse. Sufrir. Nuestra amistad ha durado tres segundos; no podrá superar un rencor centenario.

La expresión de Michal se oscurece cuando comprende lo mismo que yo.

—Queremos registrar sus aposentos para ver si dejó algo atrás que pueda ponernos sobre la pista de su asesino. —Observo el rostro de Guinevere con atención y frunzo el ceño por la forma en que curva ligeramente las comisuras de la boca. Los ojos le brillan con malicia, o tal vez con júbilo; puede que sean lo mismo en lo referente a ella—. ¿Puedes indicarnos por dónde ir?

—Claro que puedo, querida. Cualquier cosa por una *amiga*. —Retuerce exageradamente la palabra, y me tenso, a la espera del picotazo. En vez de eso, me toca la punta de la nariz con el dedo antes de apuntar a la chimenea que tenemos justo al lado—. *Esa* es vuestra entrada, aunque lamento informaros de que ningún cortesano de aquí os dará su bendición para entrar. Trae mala suerte entrometerse en los asuntos de los muertos; solo es un consejo, querubín —añade mientras me guiña un ojo con saña.

—¿Cualquier cortesano puede dar su bendición? —pregunto.

Guinevere encoge sus delicados hombros.

—El hechizo se puso un poco pegajoso cuando esa horrible arpía intentó personalizarlo para cada chimenea, y además está el tema de la rotación del personal, ya sabes. Se convirtió en una pesadilla logística. No, un hechizo que sirva para todo el mundo es lo mejor, y cualquiera que vista de rojo puede otorgar… —Se interrumpe con brusquedad y cierra los labios con fuerza mientras desplaza la mirada entre nosotros a toda velocidad. Sin embargo, no le hace falta terminar ese pensamiento.

Michal lo hace por ella.

Su mirada desciende hacia mi arrugado vestido carmesí, y al verlo, sonríe. Es una sonrisa letal, victoriosa, y a su paso, me deja la piel de gallina por toda la espalda, como si un dedo frío me la recorriera. *Su* dedo frío. Aunque me mira enarcando las cejas, expectante, no hace ningún movimiento en mi dirección. Con un familiar acceso de calor, me doy cuenta de que está *esperando*. El calor que siento choca contra el frío de su mirada en mitad de una tempestad.

Cualquiera que vista de rojo puede otorgar su bendición.

Guinevere se lanza entre nosotros con un resoplido bastante aterrorizado.

—No sé qué te ha poseído para ponerte un color tan chillón, Célie, pero lo cierto es que no te queda…

—Discúlpame, Guinevere.

—Pero, Célie, querida, no deberías…

La rodeo, sin escucharla apenas, y camino con determinación hacia Michal. Aunque el corazón me retumba en el pecho, tampoco puedo oírlo. No logro escuchar nada que no sea el ensordecedor rugido en mis oídos. *Estás siendo ridícula*, me digo a mí misma con firmeza. *Es solo un beso. Por el bien de la investigación.* Él sigue sin moverse. Sin hablar. No obstante, su sonrisa se ensancha cuando las puntas de nuestras botas se tocan, cuando me pongo de puntillas, cuando levanto el rostro hacia el suyo. Nadie debería ser tan guapo de cerca. Sus gruesas y oscuras pestañas se despliegan en abanico sobre sus ojos mientras baja la mirada a mis labios.

—Tengo que besarte —susurro.

Una vez más, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con sorprendente afecto.

—Lo sé.

Pero no lo hará por mí. No puede. Y si espero mucho más, perderé el coraje, o peor aún, Guinevere me arrastrará de los pelos y nunca sabremos lo que hay en el dormitorio de Babette. *Es por el bien de la investigación*, me repito con desesperación, y antes de que pueda cambiar de opinión, presiono los labios contra los suyos.

Durante un instante, no se mueve. Yo tampoco me muevo. Nos limitamos a permanecer de pie, con su mano todavía ahuecándome la mejilla, hasta que la humillación estalla veloz y caliente

en mi vientre. Aunque mi experiencia sea limitada, *sí* he besado a uno o dos hombres antes, y sé que no debería ser… tan rígido y torpe y… y…

Hago ademán de alejarme, con las mejillas en llamas, pero Michal levanta su mano libre a toda velocidad para retenerme por la cintura y tirar de mí contra él. Cuando jadeo, sobresaltada, desliza la mano por mi pelo y me inclina la cara para profundizar el beso. Le abro la boca guiada por el instinto, y en cuanto nuestras lenguas se rozan, un calor intenso y potente se despliega en mi interior, más lento que antes, pero más poderoso, más profundo. Un anhelo en lugar de una punzada de deseo. Cierro los ojos contra esa realidad —*indefensa* contra ella— y le envuelvo el cuello con los brazos, acercándome más y deleitándome en esta extraña sensación. Su aliento es más frío que el mío. Su cuerpo, más grande, más duro, lo bastante letal para matar. A pesar de eso, me amoldo a él, desesperada por la fricción, por sentir todo su peso. No puedo acercarme lo suficiente para aliviar el dolor, no puedo persuadirlo para que me envuelva por completo. No, me sostiene como si fuera de cristal hasta que creo que podría ponerme a gritar. Puede que ya esté gritando. Porque se trata de Michal. *Michal*. No puedo… no debería…

Con un nuevo jadeo, arranco los labios de los suyos y lo miro, conmocionada. No me suelta, sino que me devuelve la mirada durante un instante. Dos. La habitación se desvanece incluso mientras Guinevere farfulla a nuestra espalda, indignada, hasta que solo quedamos Michal y yo. Sus manos me aprietan ligeramente la cintura. Así de cerca, debería ser capaz de sentir el latido de su corazón, debería ser capaz de ver un rubor en sus mejillas, pero por supuesto, sigue tan pálido y extraño como siempre. Ni un pelo fuera de lugar. Al final, con una sonrisa un tanto burlona, me pasa un pulgar por la mejilla y dice:

—Nadie se sentiría decepcionado, Célie.

Sin una palabra más o una mirada hacia atrás, entra en la chimenea dando zancadas, sin mí.

Capítulo 35

Un hechizo para resucitar a los muertos

Me llevo mis temblorosos dedos a los labios cuando se va. Todavía los siento fríos. Anhelantes, continúan hormigueándome. Exhalo el aire que estaba reteniendo —una extraña pesadez se asienta sobre mí— y abro la boca para decirle algo a Guinevere antes de volver a cerrarla, negando con la cabeza.

—¿No ha sido exactamente lo que esperabas? —Aunque Guin lo dice con desprecio, en sus ojos brilla no exactamente el anhelo, sino tal vez la tristeza mientras también contempla a Michal desapareciendo entre las llamas—. Con él, nunca lo es. La gente a menudo se compadece de mí, eso ya lo sé —añade como si esperara que la contradijera—, pero lo cierto es que no es en mí en quien deberían pensar. Es en él. —Suspira y se pone a arreglarse los rizos en una cascada plateada sobre los hombros—. Yo he amado a menudo y lo he hecho profundamente, con todo mi ser, pero Michal… Lo conozco desde hace mucho tiempo, querubín, y su corazón, si es que tiene uno, late de forma diferente al tuyo y al mío. Hubo momentos en los que me pregunté si latiría siquiera.

—Quiere a su hermana. —Mi voz suena más alta de lo normal—. A sus primos.

Agita la mano con desagrado.

—Una clase de amor lejana y eterna. El amor de un protector. De un patriarca. —Enarca esa ceja fina de nuevo y me dedica una mirada desdeñosa—. ¿Es ese el amor que deseas? ¿Un amor que te convierte en hielo en lugar de prenderte fuego?

Una vez más, abro la boca para discutir, y una vez más, vuelvo a cerrarla sin encontrar las palabras. Porque no ha habido nada gélido en la forma en que me ha besado hace un momento. Tampoco ha habido nada gélido en su forma de tocarme en el Infierno, ni en la respuesta de mi propio cuerpo.

Nadie se sentiría decepcionado, Célie.

Dejo caer la mano y entro en la chimenea antes de tener tiempo de vacilar. Porque si dudo, podría darme la vuelta y huir… de Les Abysses y de esta horrible situación, sí, pero también de Michal. De la intensa culpa que siento en el estómago.

—Claro que —añade Guinevere despacio, con malicia, como si intentara echar sal en la herida —, Michal nunca me miró de la forma en que te mira a ti.

—Adiós, Guinevere. —Las llamas me hacen cosquillas en la piel, inofensivas y

agradablemente cálidas, cuando me giro y hago una reverencia a modo de despedida. Todavía no tengo claro si me gusta demasiado, pero lo cierto es que nos ha ayudado sin pretenderlo; algún día, tal vez seamos amigas de verdad. Una parte de mí así lo espera—. Gracias por tu ayuda.

Flota hacia delante para besarme en la mejilla. Mientras me da otro golpecito en la nariz con el dedo, dice:

—Cuídate, querida, y recuerda lo que te he dicho, el carmesí no es en absoluto tu color. La próxima vez, elige un bonito tono de verde.

Esas palabras tan familiares me detienen en seco.

—¿Por qué verde?

Me responde con una sonrisa pícara.

—Para que haga juego con tus ojos, por supuesto.

A diferencia de la cruda metáfora del Infierno, con su piedra negra y las vestimentas carmesíes de los cortesanos, los aposentos de Babette parecen salidos de una cabaña de cuento de hadas. Abro los ojos como platos cuando cruzo la puerta —¿es lavanda eso que huelo?— y me reúno con Michal en mitad de la primera estancia. Cálida y circular, cuenta con suelos de madera pulidos y una encantadora chimenea con baratijas que cuelgan a lo largo de la repisa: rosas secas y cabos de velas, un espejo roto y una caja de cristal llena de cartas, caracolas y rocas. A la izquierda, una escalera dorada sube en espiral hasta una puerta pintada en el techo.

—¿A dónde crees que lleva? —le pregunto a Michal, vacilante—. ¿Al Paraíso?

No contesta, y esa culpa inexplicable que siento en el pecho se me hunde más dentro. Sin embargo, no tenemos tiempo que perder pensando en un beso incómodo y sus consecuencias, y es probable que la puerta del techo sea una práctica estándar, algún tipo de salida de emergencia en caso de que una cortesana cambie de opinión en mitad de la cita.

Por supuesto. *Céntrate.*

Hemos venido para registrar los aposentos de la difunta, para encontrar pistas que apunten al asesino. Cartas, bocetos, puede que recuerdos fuera de lugar, como la cruz de plata. Intento pensar como Jean Luc o Reid, o incluso Frederic, intento inspeccionar la escena a través de sus ojos, pero es difícil. El aire *sí* huele a lavanda. Un ramo encantador puesto a secar cuelga cerca de la chimenea, y de repente siento los párpados pesados, maravillosamente pesados. Creo que nunca he puesto un pie en una habitación tan encantadora. Junto a la escalera de caracol, entre dos sillones con estampado floral, hay una mesa baja repleta de libros y una humeante taza de té. La porcelana tiene incluso una pequeña y adorable desportilladura cerca del mango.

Instintivamente, me muevo hacia los sillones. No para dormir, por supuesto, solo para descansar un rato.

—Espera.

Tras hablar en voz baja, Michal me toca la parte inferior de la espalda, y yo me giro, medio temiendo lo que pueda decir. Pero no me está mirando a mí. No. Ha entornado sus ojos negros para observar la mesa, el vapor que se eleva de la taza de té desportillada, y frunce el ceño. Una

parte lejana de mi mente se da cuenta de que el té todavía está caliente. Y… desvío la mirada de nuevo hacia la chimenea, al alegre crepitar de sus llamas y a la lavanda que cuelga junto a ella. Evangeline solía ponerme lavanda en el té cuando no podía dormir por la noche. La inquietud me recorre todo el cuerpo al recordarlo. Ahora que lo pienso mejor, estos no se parecen en nada a los aposentos de una persona muerta, y…

Me pellizco el brazo, fuerte. El dolor agudo me despeja la cabeza, y antes de que se nuble de nuevo, descuelgo la lavanda de la pared y la echo al fuego, donde se ennegrece y se desmenuza hasta quedar convertida en ceniza.

—Alguien ha atendido el fuego hace poco. —Me limpio las manos a toda prisa en la falda. Me pican las palmas donde han estado en contacto con las ramitas, y las persistentes notas de lavanda no pueden ocultar el aroma inconfundible de la magia de sangre—. ¿Pennelope?

Michal niega con la cabeza.

—Puedo oírla con Jermaine en la puerta de al lado.

—¿Hay alguien más aquí?

—Si es así, no puedo oírlo.

—Entonces, ¿quién…? —Mi mirada aterriza en la pila de libros junto a la taza de té, el más pequeño de los cuales está abierto y separado de los demás. El tiempo ha amarilleado ligeramente las páginas, que se curvan en los bordes, y la tinta de algunas palabras se ha desvanecido hasta resultar casi ilegible. Una sensación peculiar tira de mi estómago al contemplarlo. Porque este libro me resulta casi familiar, y *siento* aún más que lo es.

—Michal. —Me inclino para examinarlo más de cerca a la luz del fuego, temiendo tocarlo por alguna razón. Seguro que me estoy imaginando los débiles susurros que emanan de las hojas, pero lo que sé a ciencia cierta que no me estoy imaginando es la antigua caligrafía garabateada en la página abierta.

UN HECHIZO PARA RESUCITAR A LOS MUERTOS

Y, debajo, un solo ingrediente, anotado por la misma mano:

Sangre de la Muerte

—Echa un vistazo a esto. —Una explosión de miedo me estalla en el pecho en el momento en que veo las anotaciones garabateadas en la página; se cuela en mi voz, en mi aliento, mientras contemplo las palabras—. Michal. —Esta vez pronuncio su nombre más fuerte, las manos me tiemblan cuando señalo el libro. La cubierta negra parece estar hecha con algún tipo de… *piel*—. Mira lo que hay escrito debajo. —Más que verlo, siento que se agacha a mi lado, su pecho frío y sólido contra mi hombro, porque no puedo apartar la mirada de la página. De los signos de interrogación escritos en tinta antes y después de *Sangre de la Muerte.*

—¿Qué es?

—El grimorio de La Voisin. —La respuesta acude a mí como por instinto, mi subconsciente reconoce el pérfido librito antes de que mi mente lo entienda. Coco lo recuperó del cadáver de su tía después de la batalla de Cesarine, e incluso entonces, el grimorio me provocó una extraña

sensación de pavor. Debió de prestárselo a los *chasseurs* para ayudarlos en su investigación—. Lo vi por última vez en Saint-Cécile, en manos del padre Achille. Lo escondió a la espalda cuando iba de camino a una reunión con Jean Luc y los demás sobre el… el asesino.

—*Lutin*. Melusina. —Michal lee la lista con voz cautelosa junto a mi oído. Al igual que los signos de interrogación, la tinta utilizada para escribirla es más oscura, más negra que la del hechizo original. Nueva. Cada criatura ha sido tachada con una línea gruesa y furiosa—. *Dame blanche*, dragón, *Dame rouge*. *Loup garou*. *Éternel*. —Su voz se endurece al final, y pasa junto a mí para agarrar el libro. La última nota es un único nombre, encerrado en un círculo con los mismos trazos gruesos.

Michal maldice con saña.

—Célie Tremblay.

Y así es.

Necesita tu sangre, Célie.

Observo las letras, los trazos de tinta que forman mi nombre, antes de alargar la mano para alcanzar el grimorio. Hojeo las páginas, aturdida —*Para la invisibilidad, Para la precognición, Para la luna llena*—, hasta que mis dedos se detienen en una página titulada *Para la sed de sangre*. Cierro el libro a toda prisa.

—¿Crees que el padre Achille trajo…?

—No. —Con los labios dispuestos en una mueca, Michal observa el grimorio como si él también sintiera esa desagradable sensación tirante detrás del ombligo—. No.

—Entonces, ¿cómo ha llegado aquí? ¿Podría habérselo dado a… a Pennelope o a otra cortesana? —Mis pensamientos giran desbocados para rellenar los espacios en blanco, para dar sentido a todo. Su predecesor mantuvo una relación clandestina con Morgane le Blanc; ¿tal vez el padre Achille frecuentara Les Abysses y se lo entregó a una amante para que se lo guardara? Sin embargo, incluso mientras lo pienso, sé que no es cierto. El padre Achille no es del tipo que toma una amante, e incluso si lo fuera… ¿por qué iba a traer aquí un libro semejante? Seguro que estaría mejor protegido por los cientos de cazadores que viven en la Torre. ¿Y por qué —aprieto los dedos en torno al lomo del grimorio— por qué escribiría una lista de criaturas mágicas, solo para tachar los nombres como si avanzara por ellos uno por uno? ¿Y por qué en *esa* página?

En respuesta, el título del hechizo aparece en mi mente.

Un hechizo para resucitar a los muertos.

Todo el cuerpo se me queda helado.

La oscuridad viene a por nosotros, Célie. El resto de la advertencia de Mila resuena en el silencio de la habitación. *Viene a por todos nosotros, y en su corazón hay una figura, un hombre.*

Este libro no debería estar aquí.

Ya no cabe ninguna duda: nuestro asesino y el hombre del que me habló Mila están conectados de alguna manera, puede que incluso sean la misma persona. Estas muertes no son obra de un simple asesino, sino de una gran oscuridad que amenaza a todo el reino. No. Que amenaza los reinos de los vivos y los muertos.

—Alguien debe de haberle robado el grimorio al padre Achille. —Junto a mí, Michal vuelve a quedarse inmóvil, con el rostro parcialmente girado hacia la puerta que tenemos enfrente. Supongo que conduce al dormitorio de Babette o a la cocina—. ¿Quizá la misma persona que robó

el cadáver de Babette de la morgue? No puede ser una mera coincidencia que ambos desaparecieran más o menos al mismo tiempo.

De nuevo, no responde.

Sin embargo, la inquietud me atraviesa el pecho y no puedo soportar el silencio.

—De modo… De modo que el asesino robó su cuerpo y el grimorio, y… ¿qué? —Señalo con ímpetu la chimenea crepitante, la humeante taza de té. Así de cerca, alcanzo a ver carmín rojo en el borde—. ¿Se escondió en los aposentos de Babette y le pidió a Pennelope que lo encubriera? ¿Por qué iba a acceder Pennelope? ¡Mató a su prima!

Michal se incorpora despacio.

—Una excelente pregunta.

—A menos que la haya amenazado. —*Eso es*. Por supuesto. El asesino debe de haber amenazado a Pennelope, por eso no nos ha hablado de él de inmediato, y por eso…

Mis ojos se posan de nuevo en el carmín rojo al borde de la taza de té.

Y por eso está tomando el té con él.

—Has dicho que Pennelope está en la habitación de al lado con Jermaine. —Frunzo el ceño al percatarme de algo, y yo también me incorporo—. Ese no es su té. —Michal niega con la cabeza, sin hablar, sin apartar la mirada de la puerta interior. En un acto reflejo, me acerco a él. Nada de esto tiene ningún sentido—. Pero Mila dijo que el asesino… dijo que todo esto gira en torno a un hombre rodeado de oscuridad. ¿Crees que lleva carmín?

—Creo —dice Michal por fin, en voz más baja que nunca— que hemos cometido un grave error. —Se interpone entre la puerta y yo, sus manos engañosamente tranquilas a los costados, y levanta la voz ligeramente—. Ya puedes salir, bruja.

Me quedo petrificada detrás de él cuando la puerta se abre y una mujer familiar de cabellos dorados entra en la habitación. El horror trepa por mi garganta como si fuera bilis. Porque no es Pennelope quien me sonríe ahora.

Es Babette.

Capítulo 36

La hora del té

Sostiene un cuchillo de plata en una mano, y la sangre ya le gotea por el hueco del codo opuesto, en el que —trago saliva con fuerza— lo que parece una pluma de búho sobresale del corte, el cañón clavado directamente bajo la piel.

—Hola, Célie —saluda en voz baja—. Me preguntaba si llamarías a mi puerta. —Una pausa durante la que no puedo dejar de mirarla—. Siempre has sido más inteligente que tus hermanos.

El silencio entre nosotras se alarga y se alarga. En algún lugar por detrás de Michal y de mí, un reloj hace tictac hasta que suena una campanilla. Las siete y media de la mañana. *Treinta minutos para el amanecer*. Aunque mi garganta se esfuerza por hablar, mi boca parece haber olvidado cómo formar palabras. Mi mente es sencillamente incapaz de comprender lo que ven mis ojos: Babette, a salvo y de una sola pieza de nuevo, viva, sin la piel pálida ni marcas de mordeduras en la garganta.

—Te encontré muerta en el cementerio —logro susurrar por fin.

—Me encontraste hechizada en el cementerio. —Da un paso para adentrarse más en la habitación y yo deslizo la mano hacia el brazo de Michal. Pero él no se mueve. No respira. Hasta la última fibra de su ser sobrenatural se halla concentrada en Babette. Ella señala con la cabeza el libro que tengo en la mano y dice—: Solo hace falta mezclar una ramita de belladona con la sangre de un amigo, y se cae en un sueño parecido a la muerte durante veinticuatro horas. Lo cierto es que es un hechizo inteligente, bastante raro y sin precedentes. Uno de los mejores de La Voisin.

Un entumecimiento progresivo se extiende por mis miembros. Que Babette esté aquí plantada sin reservas, con calma, y que admita haber fingido su propia muerte como si hablara del tiempo no puede ser bueno. Trago saliva y echo una mirada disimulada a la puerta del techo. Podríamos huir volviendo a cruzar la chimenea, por supuesto, pero al otro lado están los cortesanos, o a lo mejor la misma Pennelope. No. Si conseguimos rodear a Babette de alguna manera, tendremos una vía de escape más despejada. Pero primero…

—La Voisin está muerta —digo—. La vi morir en la batalla de Cesarine.

—Su trabajo sigue vivo.

—¿Mataste… —me obligo a dar un paso alrededor de Michal, tensando con fuerza mis temblorosos miembros para detener los estremecimientos— mataste a esas criaturas, Babette? —

Sin pretenderlo, mi mirada aterriza en el grimorio. Todavía me susurra cosas horribles que medio reconozco pero no entiendo del todo—. ¿Para… para honrar a tu señora? ¿Estás intentando traerla de vuelta?

Babette se ríe, un sonido alegre y chispeante que no encaja con las circunstancias. *Decididamente, eso no es bueno*. Vestida de negro, no lleva nada de maquillaje salvo por sus labios carmesíes, y sus cicatrices destacan con nitidez ahora que no va empolvada. Con su cabello dorado apartado de la cara, sus pómulos también parecen más pronunciados, casi demacrados. Sombras profundas acechan en su mirada.

—Conozco a muy pocas brujas que deseen honrar a nuestra *señora*. La mayoría espera que siga ardiendo en el Infierno. —Otro paso. Giro un poco hacia la izquierda—. Y no he matado a nadie, cariño. Siempre he tenido muy poco interés en mancharme las manos de sangre. Eso se lo dejo a él.

—¿A quién? —pregunta Michal en un tono glacial.

Babette desplaza sus ojos dorados hasta su rostro.

—Al Nigromante, por supuesto.

Al oír eso, el grimorio *se mueve* en mi mano, temblando de la emoción, y lo dejo caer con un pequeño chillido para alejarlo de mí. Aterriza sobre la alfombra sin hacer ruido y se abre por *Un hechizo para resucitar a los muertos*.

—Ay, Dios —susurro cuando todas las piezas encajan. Aunque las palabras *Sangre de la Muerte* me miran con perfidia, mi visión se centra únicamente en mi nombre, encerrado en un círculo.

Quiere tu sangre, Célie.

El Nigromante.

—Todo lo contrario, me parece —dice Babette en voz baja—, si uno cree en tales cosas. —Con una mueca, se arranca la pluma de la carne y la sangre le gotea por el codo y cae al suelo. La hace girar entre dos dedos mientras la contempla—. De una lechuza común. Vuelve silenciosos mis movimientos, indetectables, incluso a oídos de los vampiros.

—¿Quién es el Nigromante? —pregunto.

—No conozco su nombre. No me hace falta saberlo.

Michal vuelve a colocarse delante de mí con un movimiento sutil. Bien. Eso nos acerca más a las escaleras.

—Quieres traer a tu hermana de vuelta —dice—. A Sylvie. La que murió por una enfermedad de la sangre.

Durante una fracción de segundo, la expresión de Babette se retuerce igual que ha hecho la de Pennelope antes.

—Entre otros. —Luego, sus rasgos se suavizan una vez más—. La enfermedad de la sangre actúa despacio. Se toma su tiempo con las víctimas, envenenando primero su cuerpo y luego su mente. Les roba la salud, su mismísima juventud, hasta que el aire se les espesa en el pecho y sienten el viento como cuchilladas en la piel. Se asfixian y se marchitan. Sienten que la sangre les hierve en las venas, y es imposible de detener porque no hay cura. Solo la muerte. Muchos renuncian a la vida para poner fin al tormento. —Fija la mirada en mí—. Morgane le Blanc modeló el dolor que le infligió a tu hermana a semejanza del que soportó la mía.

Me agarro con fuerza a la manga de Michal y me olvido por completo de mi plan para

escapar.

—¿Qué?

—Filippa era una cáscara después de que Morgane terminara con ella, ¿verdad? Como Sylvie.

Abro mucho los ojos y la miro boquiabierta, afectada. Porque está en lo cierto. Aunque mis padres insistieron en que el ataúd estuviera cerrado durante el funeral de Filippa, nadie sabe mejor que yo lo desfigurada que estaba cuando la encontraron. Los miembros retorcidos, la piel cetrina y hundida. El pelo blanco. *Una cáscara*.

—Mi hermana no merecía morir así —continúa Babette con una voz extrañamente tranquila, casi serena. Deja que la pluma flote hasta el suelo—. ¿Y la tuya?

La garganta amenaza con cerrárseme, y al escuchar sus palabras, lo único que veo es a la Filippa de mis pesadillas: le falta la mitad de la cara y su sonrisa es ancha y perversa cuando me hunde su puño esquelético en el pecho. Cierra los dedos alrededor de mi corazón. Como si yo también padeciera la enfermedad de la sangre, de repente me cuesta respirar, y cuando bajo la mirada, la piel de mi mano parece arrugarse.

¿Te gustaría, cariño? ¿Te gustaría morir?

—Vamos a traerlas de vuelta —dice Babette con sencillez.

Michal puede escuchar mi pulso acelerado. Sé que puede. Coloca la mano detrás de la espalda y yo me quedo mirándola con incomprensión un instante, la suave palma de alabastro expuesta, antes de darme cuenta de que me la está ofreciendo. Entrelazo mis dedos con los suyos al instante, con fuerza. Por una vez, mi propia piel parece igual de fría.

—¿Y fingiste tu propia muerte porque…? —pregunta él.

Babette lo estudia durante tanto rato que temo que no responda.

—Porque la teoría de Jean Luc sobre que el asesino fuera un brujo de sangre puso nervioso al Nigromante. —Se inclina para recuperar el grimorio del suelo y se lo guarda en el bolsillo de la falda—. Porque Cosette nunca se *creería* que las brujas de sangre fueran capaces de matar a las suyas, ni siquiera después de lo de su tía. Porque lo sabe todo sobre *Les Éternels* y sus ansias de sangre, y cree que el mundo también debería conocer su existencia. —Levanta su cuchillo de plata cuando él se mueve, y dice—: Porque su rey es el sospechoso más obvio. Después de la nota de Célie —me señala con la barbilla en un repugnante gesto de gratitud—, los *chasseurs* se han armado hasta los dientes con plata. Están convencidos de que *tú* mataste a todas esas pobres criaturas, *roi sombre*, y eso encaja bastante bien con el hecho de que ahora mismo estés aquí con Célie, casi demasiado bien. Has dejado muchos testigos.

Como antes, no hay satisfacción alguna en su voz. Ningún deleite. Solo una tranquila sensación de seguridad, de calma, como un sacerdote que lee las Escrituras en el púlpito. Ya he escuchado antes este tipo de convicción, y nunca acaba bien. Unas gotas de sudor frío me apelmazan el pelo en la nuca. Tenemos que irnos ya. Vuelvo a echar un vistazo a la puerta del techo.

—¿Testigos de qué?

Me mira casi con tristeza.

—Ojalá las cosas no tuvieran que ser así, Célie. Ojalá sirviera cualquiera menos tú. Siempre has sido amable, y por eso desearía que se encargara cualquiera menos yo, pero ya has visto la lista. —Aunque no se atreve a meter la mano en el bolsillo otra vez, no con Michal en la misma

posición que un lobo preparado para atacar, baja la cabeza para señalar el grimorio que tiene ahí guardado—. El hechizo exige la *Sangre de la Muerte*, y el Nigromante lo ha intentado todo en su búsqueda. Las brujas son bastante mortíferas, sin duda, pero el hechizo no funcionó con mi sangre. Tampoco con la sangre de un *loup garou* o una melusina. Incluso la sangre de la vampira, por muy letal que fuera, resultó ineficaz. —Michal gruñe al oír eso, y cualquier plan de fuga se estrella contra el suelo a mis pies. Ahora, nunca huirá—. Después de eso, el Nigromante estuvo a punto de renunciar. No se dio cuenta de que La Voisin había escrito *Muerte* en mayúsculas por una razón. *Muerte* —susurra la palabra con una especie de reverencia macabra para tratarse de alguien que planea profanarla—. Como si se refiriese a la entidad misma, a la criatura que existe más allá de todo credo y religión, más allá de todo tiempo y espacio, que roba la vida con un simple roce. ¿Cómo iba a saberlo el Nigromante? Nadie ha visto nunca a la Muerte. Los que la ven no sobreviven. —Ladea la cabeza y me observa con curiosidad—. El Nigromante encontró tu sangre por casualidad, tal vez por intervención divina, y la probamos siguiendo un impulso. Ni te imaginas su alegría cuando funcionó.

Su alegría.

Me obligo a respirar. A *pensar*.

—El patio de entrenamiento.

Sus ojos dorados brillan con más intensidad cuando asiente y da otro paso hacia nosotros.

—No te acerques más —gruñe Michal, y por primera vez desde que lo conozco, suena del todo inhumano. Alarga el brazo hacia atrás y lo enrosca protectoramente alrededor de mi cintura, y el instinto me obliga a quedarme inmóvil—. O te arrancaré la garganta.

—Lo dice en serio, Babette —susurro, y la verdad de mis palabras se acumula en un punto frío en mi pecho—. Sea lo que fuere lo que estés planeando, no lo hagas. Aunque logres resucitar a tu hermana, el hechizo te destrozará. ¡Mira a tu alrededor! —Extiendo los brazos, impotente, y le ruego que lo entienda. Que lo *vea*—. ¿No te has dado cuenta? Nuestro reino ha enfermado por culpa de la magia del Nigromante, y los demás, incluso los reinos de los espíritus y los muertos también se están retorciendo, *pudriéndose* y convirtiéndose en algo tan oscuro y extraño como él. ¿Es ese el mundo al que quieres traer a tu hermana?

En respuesta, Babette se limita a volver a inclinarse, esta vez para recuperar la taza de té desportillada. Ya no echa vapor. Aun así, se la acerca a los labios con ese mismo autocontrol crispado.

—¿Por qué tú, Célie? —Hace una mueca tras tragarse el té frío—. ¿Sabrías decírmelo? ¿Por qué tu sangre completa el hechizo?

Dudo, alicaída, pero si el tal Nigromante ya sabe que mi sangre completa el hechizo, la causa no importa.

—Soy una Novia de la Muerte. Él… me tocó en el ataúd de mi hermana, pero me dejó escapar. No sé por qué.

Ella repite las palabras en voz baja.

—Una Novia de la Muerte. Qué… romántico. —Las manos le tiemblan ligeramente cuando me tiende su taza de té—. ¿Quieres un poco?

Frunzo el ceño.

—Eh… no, gracias.

No baja la taza.

—Me disculpo por la lavanda. Ha sido un truco barato, pero no he tenido mucho tiempo para prepararme. Cuando Pennelope me ha avisado de vuestra llegada, he tenido que tomar una decisión rápida. Podría haber huido, por supuesto, pero os habrías dado cuenta casi al instante de que mis habitaciones han sido habitadas. Y el Nigromante… se habría enfurecido conmigo. Creía que tendría que esperar hasta la víspera de Todos los Santos para atraparte, Célie, rodeada de tus muy poderosos amigos, pero en cambio aquí estás, con el rey vampiro. Las circunstancias… son demasiado adecuadas. Demasiado perfectas. No puedo dejarte ir. —Un líquido plateado inunda sus ojos, demasiado brillantes, y guarda un sospechoso parecido con las lágrimas. Traga con fuerza y aparta la mirada mientras parpadea—. Cuando encuentren tu cuerpo sin sangre, todos sabrán que te ha matado él.

El brazo con el que me rodea Michal se aprieta a mi alrededor, y parece dividido entre arremeter contra Babette o sacarme por la puerta.

—Búscate a otra persona —dice en ese mismo tono oscuro. De provenir de cualquier otra criatura, podría sonar a súplica, pero Michal jamás ha sido la presa. Es el depredador, incluso aquí, cuando se enfrenta a brujería y plata.

Babette, sin embargo, no se acobarda.

—No hay nadie más.

—Célie no puede ser la única Novia de la Muerte de este reino. Encuentra a otro para resucitar a tu hermana, o la cazaré cuando despierte. Le infligiré tal dolor que añorará la enfermedad, y la muerte será una bendición para ella. Cuando intentes seguirla, te convertiré en vampira, por lo que deberás vivir eternamente separada de ella como muerta viviente, y nunca más volverás a contemplar el rostro de tu hermana. ¿Me he expresado con claridad?

A la pálida piel de Babette le salen manchas al escuchar la amenaza —no, la *promesa*—, y el arrepentimiento en sus ojos se transforma en furia.

—Ambos sabemos que los vampiros pueden morir, *mon roi*. Puedes amenazar a mi hermana todo lo que quieras, pero él utilizó plata para drenar hasta la última gota de sangre del cuerpo de la *tuya*. —Michal se estremece por el esfuerzo físico de no moverse. El cuchillo plateado de Babette se une a la taza de té entre nuestros cuerpos. Las manos ya no le tiemblan—. No me cabe ninguna duda de que eres más rápido que yo. Más fuerte. Con toda probabilidad, este cuchillo resultará inútil contra ti.

—¿Lo averiguamos? —pregunta Michal con los dientes apretados.

Sin embargo, sigue sin soltarme.

—Por eso —continúa Babette con rotundidad—, he roto el espejo de mi madre y he triturado los fragmentos hasta convertirlos en polvo.

Todo sucede muy rápido.

En el mismo instante en que mi mirada aterriza en la repisa de la chimenea, en el espejo destrozado que yace ahí, ella arroja la taza de té a la cara de Michal. A pesar de habérnoslo advertido, él no se mueve lo bastante deprisa —no *puede* moverse lo bastante deprisa con un brazo todavía rodeándome la cintura— y, en lugar de eso, se gira a medias para cernirse sobre mí. Para *protegerme*. El té frío le moja todo el costado derecho. La piel de su cara y su garganta sisea ante el contacto, y le salen unas brillantes ampollas rojas, mucho peores que cuando lo arañé en la

pajarera. Abro los ojos como platos, horrorizada. Ese té también debía de contener la sangre de Babette, porque su carne… parece estar ardiendo, derritiéndose, y ahora hay auténticas llamas consumiéndole la cara, crepitando con una risa malvada. Aunque agarro una manta para sofocarlas, las llamas solo crecen más, y él se derrumba contra mí. Golpea el suelo con una de sus rodillas.

—Célie —gime—. Arriba, *corre*.

—¡Michal! —Me derrumbo bajo su peso y coloco los brazos por debajo de sus hombros. Porque no puedo dejarlo aquí. No pienso hacerlo. Aunque intento volver a levantarlo, Babette camina hacia nosotros con expresión decidida. Se me seca la boca al vislumbrar el destello de su arma de plata—. ¡No! —Lo agarro con manos frenéticas y torpes, intentando rodar, intentando levantarme, pero no hay nada que pueda hacer, salvo gritar—: ¡Babette, no lo hagas, por favor!

Le hunde el cuchillo profundamente en el costado.

—¡Detente! —Medio enterrada debajo de Michal, medio sollozando, me abalanzo sobre ella, sobre el cuchillo, pero este desaparece entre las costillas del vampiro una, y otra, y otra vez, hasta que su respiración se convierte en un horrible estertor en su pecho—. ¡Babette, *para*!

—No quiero hacerte daño, Célie. Nunca quise hacerle daño a nadie.

Deja caer el cuchillo y aspira grandes y estremecedoras bocanadas de aire —llorando una vez más—, y lo aleja de mí con una patada. La cabeza de Michal se estrella contra el suelo de madera con un ruido sordo y las llamas se extinguen por fin.

—Lo siento mucho. Ojalá sirviera cualquier otra persona. —Se pasa un dedo por la herida que tiene en el codo, se arrodilla a mi lado y me acerca ese dedo a los labios. *No*. Cierro la boca con fuerza al darme cuenta de lo que pretende. La magia de una *Dame rouge* reside en su sangre; si ingiero la suya, será capaz de controlarme, como pasa con la coerción de los vampiros. Bajo su influencia, dejaré que Michal muera sin pensármelo dos veces, y yo misma acudiré a los brazos del Nigromante.

No. *No*, *no*, no…

Gruño y le agarro la muñeca para empujarla con todas mis fuerzas. Me tiemblan los brazos a causa del esfuerzo. Jadeo. Sin embargo, nunca he sido demasiado fuerte, y pronto detecto el intenso olor de su sangre debajo de la nariz. El fuerte olor de sus lágrimas.

—No tienes que hacer esto, Babette…

—Lo siento, Célie. —La voz se le rompe de verdad al pronunciar mi nombre, y casi la creo. Repite las palabras hasta que se entremezclan y resuenan de forma delirante en mis oídos. *Lo siento lo siento lo siento, Célie, lo siento mucho*. Cuando empuja más fuerte, caigo hacia atrás y aterrizo con fuerza sobre la alfombra, cerca de Michal. Sus hermosos ojos negros me miran sin verme. Aprieto los dientes y sacudo la cabeza con las lágrimas más amargas y desesperadas de mi vida. Me gotean por el pelo y desdibujan lo que veo hasta que las escaleras en espiral se mezclan con el techo, que se mezcla con la puerta, que se abre de golpe inesperadamente.

Babette se gira, incrédula, cuando dos rostros idénticos aparecen en la habitación de arriba.

Siempre nos percatamos de las visitas de los hijos de la noche, ha dicho Pennelope. *Arriba acaban de llegar otros dos*.

Dimitri y Odessa.

Aunque quiero gritar por el espantoso alivio que siento —porque están aquí, están aquí, *están*

aquí—, no me atrevo a abrir la boca. Colocada encima de mí, un miedo genuino provoca que a Babette se le salgan los ojos de las órbitas.

—No —susurra.

Sus fuerzas flaquean cuando Dimitri y Odessa avanzan en un borrón, y me aprovecho al máximo de ello para clavarle la rodilla en el estómago. Grita cuando Dimitri la agarra, casi le arranca el brazo de cuajo y la lanza al otro extremo de la habitación. Todavía gritando, se estrella contra uno de los sillones, que cruje de forma siniestra bajo su cuerpo. Odessa se agacha junto a Michal. Sus manos revolotean sobre las heridas de su primo durante medio segundo —con los ojos llenos de sorpresa, muy abiertos—, antes de que lo levante y se lance hacia la escalera. Un nuevo alivio me recorre cuando desaparecen, mientras lucho por ponerme de pie y hacerme con el cuchillo de plata del suelo. Las lágrimas todavía me caen libremente por las mejillas.

Odessa lo ayudará. Ahora está a salvo.

—¿Estás herida? —pregunta Dimitri sin mirarme.

—Creo… creo que estoy bien, pero…

—Deberías seguir a los otros. —Cierra las manos en puños con la mirada clavada en el cuerpo tendido de Babette. Ya casi ha amanecido.

Observo su espalda con nerviosismo, la línea rígida de su cuello. Babette quiere matarme, sí —ha hecho todo lo posible por matar a Michal—, pero… pero…

—Tiene plata en el torrente sanguíneo —le digo a toda velocidad—. Estaba en el té.

Él no dice nada.

—Y la sangre de una *Dame rouge* es veneno para sus enemigos. Si la bebes, vas a…

—He dicho que te *fueras* —gruñe con sorprendente virulencia, señalando hacia la escalera con la cabeza—. *Ahora*.

Aunque me sobresalto un poco, molesta, mis pies se apresuran a obedecerle, rodean a Babette y cruzan la habitación. Durante una fracción de segundo, los ojos de la bruja me siguen como si quisiera acompañarme. Pero Dimitri da los mismos pasos que yo y espera hasta que abro la puerta del techo antes de murmurar:

—Ha sido una tontería dejar a Michal con vida. Hoy te has ganado un enemigo poderoso.

Dejar a Michal con vida.

Giro la cabeza con brusquedad hacia él. Por alguna razón, esas palabras me erizan el vello de la nuca, y su *cara*… como me ha pasado con Michal, nunca antes había visto a Dimitri con un aspecto tan *perverso*. Tiene el labio curvado sobre los colmillos, y la luz del fuego proyecta sombras profundas en sus ojos serios. Ahora parece hambriento. Desconocido. El chico dulce y encantador con hoyuelos ha desaparecido; en su lugar hay un vampiro hecho y derecho.

Con brazos temblorosos, mantengo la puerta abierta sobre mi cabeza y, muy a mi pesar, me quedo para ver cómo Babette se incorpora sobre el sillón roto. Cuando su mirada se desplaza más allá de Dimitri y aterriza en la puerta detrás de él —la puerta que conduce a Les Abysses—, me inunda un nuevo pánico. Alguien habrá oído sus gritos. Pennelope y los demás cortesanos pueden caer sobre nosotros en cualquier momento. Debo irme. Debo seguir a Odessa al Paraíso, y debería ayudarla con Michal en lo que pueda. Y aun así…

—Él ya era mi enemigo —dice Babette con voz trémula mientras Dimitri empieza a rodearla. Frunzo el ceño. Lo teme de una forma en la que no ha temido a Michal. Ya no tiene ni su cuchillo

ni su té de plata, por supuesto, pero sigue siendo una bruja de sangre. El hueco del codo todavía le sangra abundantemente.

—Ahora él también lo sabe —dice Dimitri—. Cuando se recupere, te dará caza y no se detendrá hasta que estés muerta.

La bruja levanta la barbilla.

—No volverá a encontrarme.

—No puedo correr ese riesgo. —Se queda quieto frente a ella—. Dame el libro, Babette.

Jadeo con brusquedad al oír eso —*sabe lo del grimorio*—, pero tampoco parece reparar en mi presencia. Me duelen los brazos por el peso de la puerta sobre mi cabeza.

—Nunca lo conseguirás —susurra, desesperada—. *Jamás*. —Cuando Dimitri da un paso adelante en una silenciosa amenaza, ella cuadra los hombros e inhala profundamente, preparándose para hacer lo único que puede…

Vuelve a gritar. Un grito agudo y penetrante que atraviesa paredes y puertas como un cuchillo corta la mantequilla. Al oírlo, me resbalo y caigo varios escalones, y la puerta se cierra con un golpe.

Si nadie la había oído antes, ahora seguro que sí.

—¡Dimitri! —Lanzando la precaución por la borda, bajo a trompicones el último tramo de escaleras y avanzo hasta detenerme cerca de él, reacia a acercarme demasiado. Creía que quería beberse la sangre de Babette, para castigar a una bruja por hacer daño a su familia, pero ahora… ahora ya no lo sé. Está claro que la conoce de otra cosa, y lo que es peor, también conoce la existencia del grimorio. No solo la conoce, sino que lo *quiere*, y… y… Esgrimo el cuchillo frente a mí como un escudo, sin querer pensar en el resto. No entiendo nada. Nada tiene sentido, y debería haberme ido cuando he tenido la oportunidad. Pennelope llegará en cualquier segundo, y juntas, ella y Babette podrán con Dimitri. Podrían perseguirme, atraparme y… *no*.

Dimitri es mi forma más rápida de salir de aquí. Mi *única* forma de salir de aquí. Apunto enérgicamente hacia las escaleras con el cuchillo.

—Tenemos que irnos. Por favor.

Él no dice nada durante varios segundos, perfora a Babette con la mirada y sus ojos prometen violencia. Pero todavía no la ataca, y seguimos sin huir.

—Dimitri —repito, ahora suplicando. Como sigue sin moverse, atrapado en una batalla silenciosa con Babette, me obligo a tocarle el brazo. *Es Dimitri*, pienso con ferocidad, desesperada. *Te trajo repollo y huevos, y debe de haber una explicación para todo esto*—. Por favor, *por favor*, Dima, vámonos.

Como si fuera una señal, el pomo de la puerta que tenemos detrás empieza a girar, y la voz apagada de Pennelope resuena bruscamente en la habitación.

—¿Babette? ¿Estás bien?

Dimitri por fin exhala, aprieta los dientes y cierra los ojos. Despeja su expresión. Cuando los abre de nuevo, su familiar brillo ha regresado, pero ahora parece diferente. Parece calculador. Tal vez siempre haya tenido este aspecto. Puede que quisiera un amigo con demasiada intensidad para darme cuenta.

—Mis disculpas, *mademoiselle*. —Me guiña un ojo y me ofrece la mano, y yo dudo solo un segundo antes de aceptarla. Me levanta en brazos justo cuando Pennelope irrumpe en la

habitación. Sus ojos asimilan la escena al instante. Con un gruñido, eleva sus manos llenas de sangre, pero ya estamos escaleras arriba, en el techo. Dimitri le dedica una encantadora sonrisa con hoyuelos mientras abre la puerta. Entonces, mira a Babette.

—Espero que corras lejos y rápido, *chérie* —le dice y la visión de sus hoyuelos me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo—. Porque si no te encuentra Michal, lo haré yo.

Capítulo 37

El beso de un vampiro

El Paraíso pasa junto a mí en una avalancha de nubes sedosas y suelos de mármol, y capto las últimas notas del canto de las melusinas antes de que el edificio entero parezca contraerse —como una goma que se rompe— y nos expulse a través de otra puerta extraña cerca del techo. Con una maldición, Dimitri aprieta los brazos a mi alrededor cuando salimos al tejado a trompicones. La puerta desaparece detrás de nosotros como si nunca hubiera existido.

Los invitados no pueden permanecer en Les Abysses después del amanecer.

Al instante siguiente, los primeros rayos de sol aparecen en el horizonte.

Queman la piel de Dimitri en cuanto la tocan, y él vuelve a maldecir —con saña esta vez— y se agacha a la sombra cercana de un tejado a dos aguas.

—Agárrate —dice, y me las arreglo para echarle los brazos al cuello antes de que salte al hastial del tejado de al lado. El cristal de una estrecha ventana que hay ahí está hecho añicos. Dimitri se agacha para cruzarla justo cuando su piel empieza a humear.

En el interior, Odessa está agachada sobre Michal, que yace completamente inmóvil en lo que parece ser el suelo de un ático.

Tiene la mitad de la cara quemada y ennegrecida de forma horrible y la sangre brilla entre los desgarrones de su abrigo de cuero. También empapa la polvorienta tarima sobre la que está tumbado y mancha la madera vieja como un halo. La luz gris y pálida convierte toda la escena en una especie de pesadilla etérea y difusa. Incluso medio quemado, medio roto, Michal parece haber caído del cielo después de que Dios le arrebatara las alas.

Me escabullo de los brazos de Dimitri —ansiosa por alejarme de él— y me estrello contra el suelo junto a Odessa.

—¿Por qué no se está curando?

—¿No has dicho que la bruja puso plata en el té? —Dimitri me sigue como si estuviera preocupado, y frunce el ceño cuando me alejo de él. *Claro*. Va a fingir que su conversación con Babette nunca ha sucedido. De hecho, levanta las manos en un gesto apaciguador y fuerza una risa perpleja. Su mirada desciende hasta el cuchillo de plata que aprieto en el puño—. Y esa hoja no está hecha de algodón de azúcar, Célie.

—*Mademoiselle* Tremblay —espeto.

Abre mucho los ojos.

—¿Estás revocando nuestros privilegios de amistad?

—¿Podemos no hablar de esto ahora mismo?

—Bueno, acabo de salvarte la vida…

—Michal necesita sangre —dice Odessa con brusquedad, ignorándonos a ambos. La luz del sol avanza con constancia por el suelo a través de la ventana rota—. Esta casa pertenece a dos humanos. Puedo oírlos durmiendo abajo. Dima, tráenoslos y atrinchérate en el sótano. —Lo mira a los ojos—. Te llamaré cuando todo haya acabado.

La sonrisa de su hermano vacila, y aparta la mirada de mí para fruncirle el ceño a su hermana.

—Puedo controlarme…

—No, no puedes —Odessa niega con la cabeza con energía— y no tenemos tiempo para discutir. Si te da un ataque y matas a esa gente, Michal también morirá. No aguantará hasta el anochecer para encontrar sangre fresca.

Para encontrar sangre fresca. El estómago me da un vuelco y se precipita hasta algún lugar cercano a mis tobillos.

—¿Vas… vas a entregárselas a Michal? ¿A las personas que viven aquí? —Cuando Odessa asiente, pregunto como una estúpida—: ¿Va a beberse su sangre?

Ella señala la puerta con la barbilla. Hay sillas de madera apiladas contra las paredes, junto con sombrereras y baúles cubiertos de telarañas.

—Puedes quedarte con Dimitri en el sótano si lo deseas. No será un espectáculo para los débiles de espíritu.

—No soy débil de espíritu. Es solo que… ¿los matará?

—Es lo más probable.

—Pero son inocentes. —Sin pretenderlo, me imagino a la gente que duerme abajo, puede que se trate de una pareja de ancianos, puede que sean jóvenes y estén enamorados, o tal vez no sean una pareja sino una madre y su hijo. La bilis me sube por la garganta. Revoloteo hacia el baúl, agitada, incapaz de quedarme quieta por más tiempo, y lo abro. Dentro hay almohadas y mantas bien dobladas. Tomo una de cada y cruzo la habitación.

—No han hecho nada malo, nada para merecer un… un destino tan cruel e inusual.

—¿Cruel e inusual? —repite Odessa con incredulidad—. Somos *vampiros*, Célie. ¿Preferirías que muriera Michal en vez de ellos?

—Por supuesto que no, pero…

—¿Tienes otra sugerencia, entonces?

Sin poder mirarla a ella, a Dimitri, o a *nadie*, coloco la manta en la grieta sobre la ventana, sumergiendo la habitación en la penumbra una vez más. En el silencio. Aprieto la almohada entre mis palmas húmedas y las palabras que se me acumulaban en el pecho estallan con un doloroso aliento.

—Puede beber de mí.

Los mellizos Petrov me miran con idénticas expresiones de incredulidad.

—¿Es que no me has escuchado? —Las cejas de Odessa no dejan de subir más y más arriba—. Podrías morir.

Por ejemplo, nuestra pitonisa predijo en una ocasión que tomaría una novia no muy diferente a ti.

También predijo que la mataría.

Enderezo la espalda con resolución.

—No dejaré que Michal mate a nadie.

—No seas estúpida. —Con la voz repentinamente seria, Dimitri se lanza a colocarse entre Michal y yo, bloqueándome el paso—. No tendrás elección. Si Michal bebe de ti, su instinto se hará cargo, y drenará hasta la última gota de sangre de tu cuerpo. Cuando se despierte, aferrando tu cadáver en sus brazos, nos arrancará el corazón por venganza y matará a los humanos por despecho. ¿Es eso lo que quieres? ¿Una casa llena de cadáveres?

Él no eres tú, quiero espetar, pero me muerdo la lengua. No sé nada sobre Dimitri, no de verdad, salvo las muchas caras que tiene. Quizás esta sea la auténtica. Puede que la sed de sangre no sea culpa suya. Por lo que sé, podría ser hereditario, lo que significa que Michal *podría* perder el control cuando pruebe la mía.

—No permitiré que mueran personas inocentes. —Levanto el cuchillo de plata y añado con ferocidad—: Y tampoco dejaré que pierda el control.

—¿Crees que puedes detenerlo? —Dimitri se pellizca el puente de la nariz como si le doliera —. Está claro que nunca has compartido sangre con un vampiro. No querrás detenerlo, Célie. Le rogarás que la tome toda, y cuando te des cuenta de que te estás muriendo, *si* es que te das cuenta, será demasiado tarde.

—Apártate de mi camino. —Lo empujo con cuidado de mantener el cuchillo de plata entre nosotros, caigo de rodillas junto a Michal y coloco la almohada debajo de su pálida cabeza—. La decisión ya está tomada.

Odessa me agarra la muñeca antes de que pueda abrirme la palma.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Célie? —Aunque sus ojos son sagaces y oscuros e idénticos a los de su hermano, me obligo a sostenerle la mirada de todos modos. Ella no es Dimitri. Ella no dejó el cuerpo de Mila en la basura, no ha exigido el grimorio de una bruja de sangre, la misma que ha intentado matar a Michal, la que ha admitido haber trabajado con el asesino de Mila—. Dima tiene razón. Ninguno de nosotros podrá detener a Michal si pierde el control. *Podría* matarte. ¿De verdad estás preparada para sacrificarte?

—No dejaré que mueran personas inocentes —repito, obstinada.

Odessa me mira fijamente durante otro segundo.

—Está bien. Pero usa esto para hacer el corte, o la plata te envenenará la sangre. —Se arranca un afilado alfiler de oro del pelo y me lo lanza antes de levantarse a toda prisa y remolcar a Dimitri hasta la puerta. Él clava los pies en el suelo—. Sigo queriendo que esperes en el sótano —le dice ella en voz baja—. Obligaré a los humanos a irse antes de reunirme contigo. —Como si percibiera que voy a discutir, añade, exasperada—: No podemos volver a Requiem hasta el anochecer, y dudo que les guste tener a unos vampiros agazapados en su ático todo el día. Además, Michal necesita descansar. —Se frota la sien con una mano mientras sigue arrastrando a Dimitri con la otra—. Ha tenido la endemoniada suerte de que os hayamos seguido. De lo contrario, ambos estaríais muertos.

—¿Por qué nos habéis seguido?

—Yo no he sido —dice con franqueza—. Ha sido mi hermano, y yo lo he seguido a él, en contra de mi buen juicio.

Miramos a Dimitri a la vez, quien sacude la cabeza con amarga decepción y deja de resistirse.

—Somos amigos, *mademoiselle* Tremblay, y Michal no está pensando con claridad. —Me inmoviliza con una mirada pesada—. Ninguno de nosotros lo hace.

—Y la prueba es que Michal ha permitido que una bruja de sangre lo derrotase. —Con aspecto de sentirse disgustada, Odessa abre la puerta—. Si alguien en Requiem se entera de esto, habrá disturbios en las calles. Espero que Michal esté preparado para sufrir las consecuencias de sus actos.

Se me cae el alma a los pies. Aunque abro la boca para describir con precisión lo que ha pasado, para explicarlo, empuja a Dimitri fuera de la habitación antes de que pueda obligarme a pronunciar las palabras. Porque… Desvío la mirada de vuelta al rostro destrozado de Michal, a las manchas de sangre que salpican su cuerpo, y dejo de aferrar el cuchillo con tanta fuerza. No se habría visto superado de no haber sido por mí.

—Eres un idiota —le digo mientras me coloco su cabeza en el regazo—. Su té no me habría hecho daño.

Excepto que, por supuesto, podría haberlo hecho.

Lo roció con su sangre, y si Michal no se hubiera girado, podría haber sido mi piel la que hubiera acabado en llamas en lugar de la suya. ¿Lo ha olido? ¿El veneno? Si es así, ¿por qué diablos me ha protegido? Puede que sea una Novia, sí, y su única conexión con Mila, pero su hermana ya se ha negado a ayudarlo, y no habría necesitado su ayuda si hubiese capturado a Babette.

—Un idiota —repito con la voz ronca, pero mi traicionero pecho se expande de todos modos.

Tomo una respiración profunda y me paso la punta del alfiler dorado por la muñeca.

La sangre brota al instante a su paso, impactante y brillante incluso en la oscuridad, y me estremezco. ¿Cuántas veces he visto a Coco y a Lou hacerse sangre? Ninguna de las dos ha mencionado nunca cuánto pica. Aun así, aprieto la mano en un puño, deseando que la sangre fluya más espesa. Más rápido. Preparándome para el torrente de sensaciones que está por venir. No creo que vaya a doler —Arielle no gimió de *dolor*— pero la inquietud sigue constriñéndome la garganta. Estoy a punto de cruzar una línea más.

No aguantará hasta el anochecer.

Dejo caer el alfiler, agarro mi cuchillo y bajo la muñeca hasta su boca.

Cuando veo que no se mueve, le abro los labios a la fuerza y vierto la sangre más profundamente en su lengua.

—Vamos, Michal. —Aprieto el puño de nuevo y me inclino más cerca para tirar de él y colocarlo más arriba en mi regazo. En busca de cualquier señal de vida. El movimiento de un ojo debajo de un párpado o el espasmo de un dedo. No sucede nada. ¿Podría Odessa haber sobreestimado el tiempo que le quedaba? Frunzo el ceño y rechazo ese pensamiento rápidamente. Los vampiros de la pajarera se marchitaron y envejecieron cuando Michal los mató, y él permanece en perfecto estado, salvo por sus heridas. Lo mezo con suavidad—. Vamos, Michal. Bebe la sangre y despierta. Despierta, despierta, *despierta*…

Su mano me agarra la muñeca.

Jadeo por la repentina presión y resisto el impulso de alejarme incluso cuando dos pinchazos gemelos de dolor estallan al hundirme los dientes en la piel.

—Oh. —Abro los ojos como platos cuando su otra mano se une a la primera. Me acerca más a él, muerde más fuerte y ahora sí que duele—. Michal. —Le empujo la cabeza sin mucha fuerza, pero dudo cuando las quemaduras que tiene en la cara empiezan a sanar. Las ampollas se desvanecen y lo que queda es su fría piel de alabastro—. *Michal*…

Abre los ojos de golpe, negros, vacíos y completamente desconocidos, y en el instante en que conectan con los míos, el palpitante dolor de la muñeca se disuelve en un calor líquido. *Ay, Dios*. El cuchillo se me cae al suelo mientras un gemido acude a mis labios, y su boca sorbe con más fuerza ante el sonido. Los músculos se me contraen en una convulsión a modo de respuesta. Mis caderas ruedan hacia delante. En un movimiento suave, casi lánguido, se gira en mi regazo, tira de mis piernas con un brazo y me aprieta contra el suelo para luego trepar lentamente por mi cuerpo.

—M-Michal…

Con la respiración entrecortada y trabajosa, me suelta la muñeca para mirarme fijamente.

—Célie.

Mi sangre tiñe su boca de un escarlata brillante. Fluye por mi mano y se mezcla con la suya en el suelo. Con un suspiro de satisfacción, me acaricia el hueco del hombro y saborea también la piel de esa zona. Sus labios rozan mi pulso frenético hasta que estiro el cuello hacia arriba, hasta que me arqueo contra él, hacia él, desesperada por aliviar esta *necesidad* palpitante de mi interior.

Si no me toca pronto, tocarme de verdad, creo que podría morirme.

—Michal, por favor, *por favor*…

Me agarro a su espalda, incapaz de parar, y al escuchar el deje de mi voz se aparta para volver a mirarme, fascinado. Un sollozo escapa de mi garganta. Aunque sus ojos siguen siendo profundos y extraños, se lleva mi muñeca a la boca y me la besa con suavidad mientras murmura:

—No llores, *moje sunce*. No llores nunca.

Aunque lo entendiera, no podría responderle. No puedo hablar. Ni siquiera puedo recordar mi propio nombre.

Me incorporo para besarlo, aplasto los labios contra los suyos, y su boca está caliente y fría a la vez, y por todas partes. Él está *por todas partes*. Sus caderas empujan contra las mías, sus dientes atrapan mi labio inferior y sus manos me acunan la cara, la garganta, los hombros, arrastrándose hacia abajo hasta que me separo, retorciéndome y sin aliento. Algo cambia en sus ojos en respuesta. Con un sonido bajo y posesivo que le retumba en el pecho y que siento hasta en los dedos de los pies, entierra los dientes en mi garganta.

Capítulo 38

Santa Célie

Estrellas blancas estallan por toda mi visión. Brillantes. Cegadoras. Ya no veo nada, ya ni siquiera puedo respirar. Soy pura sensación: caliente y abrasadora cuando desliza la palma de la mano por la piel suave de mi muslo. Sin embargo, las estrellas se desvanecen rápidamente con cada succión de su boca, y la oscuridad se extiende como un bálsamo refrescante en las esquinas de mi visión. Suspiro de alivio. De satisfacción. Me arqueo contra él una vez más y meto una mano entre su pelo sedoso antes de dejarla caer al suelo, a un lado. Roza algo frío. Duro.

¿Crees que puedes detenerlo? Aunque frunzo el ceño ante ese pensamiento intrusivo, se aleja bailando de mi mente, reemplazado por uno mucho más lento y más soñoliento. Mucho más fácil de atrapar. *No querrás detenerlo, Célie.*

Otro gemido acude a mis labios en respuesta.

Encima de mí, Michal se queda rígido al oírlo y me suelta la pierna como si le quemara. Se echa hacia atrás —con las rodillas a ambos lados de mi cuerpo— y parpadea rápidamente. Durante una fracción de segundo, la confusión brilla cristalina y descarnada en sus ojos negros. Incredulidad. Conmoción. Aunque esbozo una sonrisa tranquilizadora, mi mente permanece placenteramente confusa, y su mirada desciende hasta mi garganta antes de que pueda pensar en detenerlo. Su cara se retuerce en una mueca de repugnancia.

Mi sonrisa vacila un poco.

—¿Pasa algo malo?

—¿*Malo*? —Su propia garganta se mueve como si no pudiera obligarse a hablar. Levanta las manos como si tuviera miedo de tocarme—. ¿He…? Dime que no te he forzado…

La comprensión me alcanza dos segundos demasiado tarde, y mi sonrisa se desvanece por completo cuando la realidad se estrella contra mí.

—¡Ay, Dios mío, no! No. No me has forzado a nada. Me… me he ofrecido *voluntaria*. —Aunque coloco una mano sobre la herida para ocultarla de la vista, mi gesto hace poco para mitigar el daño y, de todos modos, me resulta imposible ocultar toda la sangre. Todavía brilla, oscura y resbaladiza, sobre mi vestido. Le mancha las manos, me mancha la piel, el suelo a nuestro alrededor, y…y la habitación empieza a dar vueltas mientras lo observo todo. A él también se le oscurece la expresión mientras contempla la escena—. Pero ¿cómo-cómo *estás*? —pregunto a toda

velocidad, incorporándome sobre un codo. Con ese movimiento, el cuchillo de plata sale despedido dando vueltas, y me estremezco cuando Michal sigue su recorrido a través de la habitación—. ¿Te sientes mejor? Si no te importa que lo diga, durante un rato has tenido muy mal aspecto. Pero ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que lo tenías. Babette debe de haberte apuñalado una docena de veces…

Pero Michal está recuperando el sentido. Empieza a cerrar los ojos y se esfuerza por recobrar el control de sus rasgos, por obligarse a volver a lucir esa horrible e inescrutable máscara. Como si yo no hubiera hablado en absoluto, me aparta la mano de la garganta, lo que desafortunadamente revela la marca de mordedura que tengo en la muñeca.

—No es nada —digo a toda prisa, tirando de mi manga hacia abajo para tapar la herida—. No me ha dolido. No has perdido el control en ningún momento.

—¿Cómo dices?

Retrocedo un poco ante el brillo que veo en sus ojos.

—He… He dicho que no has perdido el control. Era un cumplido.

—Ah. Era un cumplido. —Se inclina hacia delante y las venas del cuello se le hinchan bajo la piel. A pesar de nuestra proximidad, baja tanto la voz que casi no lo oigo—. ¿Tienes la más mínima idea de lo afortunada que eres, Célie? ¿De lo *estúpida*? —gruñe la última palabra, y parpadeo, sobresaltada—. Podría haberte matado, podría haber hecho algo peor que matarte, ¿y quieres felicitarme por mi autocontrol? ¿Crees que nunca te haría daño? Soy un vampiro y te has ofrecido como un cordero para ir al matadero. ¿Qué habría pasado de no haberme detenido? ¿Y si hubiera tomado más de lo que querías dar?

Al oír su tono, al ver su *expresión*, mi mirada aterriza instintivamente en el cuchillo, que ahora yace del todo inservible junto a un apolillado maniquí, aunque no es que haya servido de algo hasta ahora. Siento náuseas en el estómago al recordar la advertencia de Dimitri, ante mi propia e imprudente confianza de que podría dominar a un vampiro, y a un vampiro como Michal, para más inri. *No querrás detenerlo, Célie. Le rogarás que la tome toda*. Los últimos restos de la agradable niebla de mis pensamientos se disipan y me dejan fría y humillada sobre el sucio suelo de este ático. Como Michal sigue mirándome, expectante, murmuro:

—He tomado precauciones.

—¿Precauciones? —Se levanta con brusquedad y cruza la habitación a una velocidad sobrenatural para recoger el cuchillo y ponérmelo a la fuerza en la palma. Cuando dudo sobre si aceptarlo (porque, a ver, ¿de qué me serviría?), aplasta mis dedos alrededor de la fría empuñadura de plata y tira de mí para ponerme en pie—. ¿Y qué tal te han ido esas *precauciones*?

Me obligo a levantar la barbilla para mirarlo a los ojos.

—Como he dicho, no has perdido el control en ningún momento.

—Podría haber…

—Pero *no* lo has hecho. —Como antes, al otro lado de la chimenea de Babette, estamos cara a cara, pero Michal ya no sonríe. No… con el cuchillo de plata todavía colocado entre nosotros, parece preparado para lanzarme sobre su hombro y navegar directos de vuelta a Requiem, donde imagino que me espera una celda húmeda llena de ratas. De hecho, ante mi obstinación, retira los labios para dejar al descubierto los dientes, y las *mejillas*, por lo general blancas como el alabastro, se le sonrojan por la furia y la sangre fresca. *Mi* sangre. Me apresuro a mirar hacia otro lado,

decidida a olvidar los últimos diez minutos, o tal vez las últimas diez horas, de mi vida. En lo que a mí respecta, no han sucedido—. Espero que podamos encontrar vinagre blanco en la despensa. Si diluimos la sangre antes de que se seque, incluso podríamos evitar dejar manchas en el suelo de esta pobre pareja.

Michal me suelta la muñeca con disgusto y se acerca a la ventana como si tuviera ganas de alejarse de mí.

—¿Cómo escapamos de Les Abysses?

Domino el impulso de responderle de malos modos.

—Odessa y Dimitri.

—¿Nos han traído aquí?

—Sí.

—¿Te han pedido que me curaras?

—No. —Nuevas estrellas brotan en mi visión al negar con la cabeza, y me guardo el cuchillo en el bolsillo con tanta fuerza que rasgo la tela—. Querían que bebieras de los humanos de abajo, pero no lo he permitido.

—¿Por qué?

—Odessa dijo que podrías matarlos —contemplo su espalda rígida, negándome a sentirme más tonta de lo que ya me siento—, y no merecían morir solo porque nosotros hayamos caído en una trampa.

A una velocidad sorprendente, aprieta la sábana entre los puños, con los brazos tensos por el intento de contenerse.

—De modo que, *naturalmente*, has preferido que te matara a ti.

—Por supuesto que no, pero…

—Joder, de verdad tienes ganas de morir.

Un instante de silencio. Luego…

La habitación se inclina cuando cargo hacia él, mientras la conmoción se convierte en una ira nauseabunda en mi vientre. Acaba… de *maldecir*. Nadie ha maldecido nunca delante de mí, y… ¿y cómo se atreve a hablarme de esta forma? No he hecho nada malo, salvo haber salvado su miserable pellejo. ¿Cómo se atreve a tratarme como si hubiera cometido un crimen atroz? Aunque tengo la intención de agarrarlo, de sacudirlo, me tambaleo precariamente después de solo dos pasos, y necesito apoyarme en un baúl cercano para mantener el equilibrio.

—Basta —le digo con brusquedad—. Si no fuera por mí, estarías muerto en el suelo, podrías mostrar un poco más de gratitud.

—No me siento agradecido —replica con dureza—. Si alguna vez lo vuelves a hacer, te mataré por puro rencor.

—Es una amenaza vacía, Michal Vasiliev, y ambos lo sabemos. Ahora, si ya has terminado de enfurruñarte, te lo agradecería si pudieras devolverme el favor y curarme. Sé lo que sientes acerca de la sangre vampírica, pero dadas las circunstancias…

—Dadas las circunstancias, te mereces algo más que un mareo. —Respira hondo como si intentara calmarse, pero luego vuelve a maldecir, prácticamente se arranca el abrigo de cuero y lo arroja por encima del hombro. Aterriza con un sonido húmedo a mis pies. Sangre fresca —probablemente mía— me salpica todo el dobladillo, y habla en voz baja y despiadada cuando dice:

»Al fin y al cabo, el pueblo apedreó a San Esteban hasta que murió, y San Lorenzo acabó en la parrilla. Podría organizar cualquiera de las dos cosas cuando volvamos a Requiem, pero ¿tal vez prefieras saltarte los preliminares e ir directa a la crucifixión?

Clavo las uñas aún más en la madera.

—¿Crees que quiero ser una mártir?

—Creo que es tu mayor ambición.

—No sabes nada de mí.

—Tampoco tú, al parecer —gruñe mirando hacia la ventana—, si crees que sacrificarte por esos humanos ha tenido algo que ver con ellos. Igual que pasaba con tus predecesores, solo tiene que ver contigo y con tu deseo de demostrar que eres digna de algún premio imaginario. En este caso, la *muerte*. ¿Es eso lo que hará falta? ¿Hará falta que mueras para que te vean como algo más que una bonita muñeca de porcelana?

Abro la boca, presa de la indignación. *Conmocionada*.

—¿Cómo has…? ¿*Qué* acabas de decir?

—¿No fue eso lo que te condujo a huir sola a Brindelle Park? ¿Las ganas de encontrar a un asesino suelto antes que los demás? —Sigue negándose a mirarme a la cara y todavía aprieta la sábana entre sus puños—. Si no es para salvar a tus amigos con valentía, ¿por qué te ibas a meter en unas calles infestadas de vampiros para enviar una carta? ¿Te llorarían si fuera de otra manera?

—Por supuesto que mis amigos…

—¿Estás segura? —Por fin se da la vuelta, y se mueve tan rápido que la sábana se arremolina detrás de él. Clava sus ojos negros en los míos—. ¿Has demostrado ser lo bastante buena? ¿Lo bastante desinteresada? Quizá lo siguiente que deberías hacer es meter la cabeza en la boca de un *loup garou* hambriento. Después de todo, el pobre tiene dolor de muelas, ¿y acaso eso no les demostraría a todos lo valiente que eres? ¿Lo competente que eres?

Me tambaleo hacia atrás.

—Eso no es…

—Y si te muerde, porque en el fondo sabías que lo haría, bueno, al menos habrás intentando ayudar a alguien que lo necesitaba. —Levanta más la voz con cada palabra, más cabreado, y avanza hacia mí como una tormenta formándose en el horizonte—. Puede que tus amigos te recuerden en tu funeral. Puede que lloren y se den cuenta de lo estúpidos que fueron al subestimarte. Eso es lo que quieres, ¿no es cierto? ¿Su aprobación?

Aunque abro la boca para negar esa *ridícula* afirmación, habla por encima de mí una vez más.

—O tal vez sea *tu* aprobación la que estás tan desesperada por ganarte. Quizá seas *tú* la que se ve a sí misma como una bonita muñeca, no ellos.

—Para. —Tengo las pantorrillas presionadas contra el baúl, y deslizo las manos por la madera, húmeda y fría, mientras un odio venenoso se agita en mi estómago en oleadas. Nunca antes me había sentido así, como si una criatura maligna se hubiera resquebrajado en mi interior, y si no ataco, si no golpeo, muerdo, *hiero*, su veneno me matará—. No vas a tratarme así —digo, furiosa—. Todo el mundo me trata así, como si fuera pequeña y estúpida, pero no lo soy. Si la elección es entre mi vida o la vida de un amigo, siempre elegiré la de mi amigo. Siempre. Pero no puedes entenderlo, ¿verdad? No has tenido ni un amigo en toda tu existencia porque eres demasiado frío, demasiado cruel, demasiado poderoso para preocuparte por alguien que no seas tú mismo. Es

patético, ¿y a dónde te ha llevado? Tu reinado es débil, tu hermana está muerta y es probable que tu primo la haya matado.

Se detiene a escasos centímetros de distancia, aprisionándome efectivamente contra el baúl.

—¿Mi primo?

—Sí, tu primo. —Disfruto del veneno que rezuma mi voz, disfruto del hecho de saber más sobre su familia que él, *yo*, la pequeña y tonta Célie, la muñequita, la idiota, la *mártir* cuyas mayores ambiciones son las pedradas y una parrilla caliente—. Dimitri intentó robar el grimorio después de que Odessa te llevara lejos. Conocía a Babette de algo. Está involucrado en esto, justo delante de tus arrogantes narices, pero estás demasiado ocupado arrancando corazones para verlo.

—Dice la mujer cuya hermana le dio esa cruz a Babette —gruñe.

—Por última vez, mi hermana no…

—*Basta*, Célie. Esa cruz pertenecía a tu hermana…

— … no tenemos absolutamente *ninguna* prueba de eso…

— … y de alguna manera terminó en manos de Babette, la bruja de sangre que fingió su propia muerte, que admitió haber matado a *mi* hermana y que intentó secuestrarte para un hombre llamado el Nigromante, que necesita tu sangre para resucitar a los muertos. —Aprieta las manos como si reprimiera el deseo de sacudirme físicamente—. *FT*. Filippa Tremblay. Esa cruz te llama por una razón y, como tenemos pocas posibilidades de volver a encontrar a Babette, tu hermana se ha convertido en nuestra próxima sospechosa.

Lo empujo con ambas manos con todas mis fuerzas, en el centro del pecho, pero parece hecho de roca. De diamante. No se mueve, la embestida ni siquiera lo obliga a redistribuir el peso, y yo me lanzo una y otra y otra vez, casi gritando de frustración.

—Mi hermana está *muerta*.

Me agarra de las muñecas cuando me lanzo a por el cuchillo que tengo en el bolsillo.

—Igual que lo estaba Babette.

—El cuerpo de Pippa no desapareció de una morgue, Michal. —Aunque me retuerzo y me giro para soltarme, se niega a dejarme ir. Los ojos me arden con lágrimas calientes y amargas ante mi completa y total impotencia, pero no puedo, no quiero, secármelas. *Que las vea*, pienso con malicia. Que vea lo tonta que soy, lo estúpida que soy por ir tras vampiros y fantasmas y *magia* cuando solo soy Célie—. La enterramos, la *enterré*, y estuve tendida junto a su cadáver durante dos semanas como prueba. ¿No recuerdas por qué le tengo miedo a la oscuridad? ¿Por qué le tengo miedo a *todo*?

Michal frunce el ceño ante algo que ve en mi expresión y relaja un poco el agarre.

—Célie…

Sin embargo, al igual que con Babette, aprovecho mi ventaja y me alejo de él.

—No vuelvas a tocarme. ¿Queda claro? Si lo haces, yo… yo… —Sin embargo, la fuerza de mi rabia me ahoga y no logro terminar la amenaza. La verdad es que no sé qué haré. Como Michal ha demostrado de manera tan sucinta, no dispongo de armas naturales, ni de una gran habilidad o fuerza más allá del desprecio por mi propia vida. Cuando lo reconozco, la garganta se me cierra hasta dejar un hueco del tamaño de una aguja y, sin una palabra más, me giro hacia la puerta, incapaz de seguir soportando su presencia.

Debo concederle a Michal que no me toca. Se limita a reaparecer entre la puerta y yo,

impidiéndome avanzar.

—¿A dónde vas?

Derramo unas lágrimas tan espesas y raudas que dejo de ver sus rasgos.

—Lejos de a-aquí. —*Lejos de ti*.

—No deberías salir de la casa, Célie.

—¿O *qué*? —Me restriego los ojos con las palmas, desesperada por hallar una forma de no verlo. Desesperada por escapar de esta situación, aunque sea solo un instante, pero irremediable y trágicamente incapaz de ello. Y lo odio, *lo odio*, pero a él lo odio más por hacerme sentir así. Como si todo lo que la gente ha dicho alguna vez sobre mí fuera verdad—. ¿Qué vas a hacer, Michal? ¿Me arrastrarás de vuelta a Requiem encadenada? ¿Me encerrarás y tirarás la llave? Eres *despreciable*.

No habla durante un largo rato, y cuando por fin me aparto las manos de los ojos y me froto las lágrimas de las mejillas, parece haberse acercado un paso más. Los brazos le cuelgan flojos a los costados.

—No —dice en voz baja.

—¿A qué te refieres con ese «no»?

No responde de inmediato. Se limita a mirarme fijamente, con una expresión bastante perdida, y esa es toda la vacilación que necesito. Me lanzo a rodearlo. Aunque no hace ningún movimiento para detenerme, siento sus ojos en la espalda mientras corro para cruzar la puerta y bajar las escaleras. Casi me doy de bruces con Odessa y Dimitri en el pasillo de abajo. Por sus miradas, sé que han escuchado hasta la última palabra entre Michal y yo, pero no consigo obligarme a ralentizar la velocidad.

—¡Célie! —Dimitri intenta agarrarme del brazo, pero Odessa lo hace retroceder mientras salgo corriendo hacia una segunda escalera—. Célie, *por favor*, ¡necesito hablar contigo!

—Déjala, Dima —murmura.

—Pero tiene que entender…

Me pierdo el resto de su conversación cuando cruzo la puerta de la entrada y desaparezco de la vista. La puerta principal se cierra a mi espalda antes de que nadie pueda seguirme y, por primera vez en casi una quincena, la luz del sol cae a raudales desde el cielo cristalino, pintando los adoquines de la calle de un tono dorado brillante y reluciente. Me calienta las mejillas húmedas, la melena despeinada, y me provoca unas punzantes lágrimas nuevas en los ojos. Inhalo dolorosamente ante esa imagen tan poco familiar. *La luz del sol*.

Luego, caigo de rodillas y sollozo.

Capítulo 39

Lágrimas Como Estrellas

Sentada en los escalones, lloro durante tanto rato que me empiezan a doler las rodillas y los ojos me arden. Cuando mi cuerpo se niega a dejar escapar otra lágrima, totalmente seca y exhausta, cambio de posición para estar más cómoda y, por primera vez, echo un vistazo empañado por las lágrimas a la calle que me rodea. Aunque Les Abysses debe de estar en algún punto por debajo de mis pies, este parece un barrio de clase media perfectamente normal. Modestas casas de ladrillo se alinean a ambos lados, complementadas con jardines pequeños pero cuidados, y un gato solitario toma el sol en una ventana. Más abajo, un niño pequeño con un abrigo de lana juega a lanzarle un palo a su perro, pero por lo demás, los aldeanos ya han dado comienzo al día: los hombres frente a sus escritorios, las mujeres encargándose de las tareas del hogar. Es todo muy cómodo. Muy silencioso.

No lo soporto.

Érase una vez, me habría imaginado una de estas casas como propia. Habría soñado con tener un perro —un pequeño y ruidoso terrier—, y un jardín, donde plantaría rosas que treparían por la puerta de entrada de roble, y mi hermana habría vivido justo en la puerta de al lado. Habría besado a mi esposo todos los días, y juntos, habríamos hecho algo que valiera la pena con nuestras vidas —puede que ser dueños de una panadería, una galería, o simplemente un bote—. Podríamos haber navegado alrededor del mundo viviendo intrépidas aventuras con nuestro perro, o quizá con nuestras decenas de hijos. Podríamos haber sido felices.

La vida no es un cuento de hadas, Célie.

Sollozando, me acurruco para resguardarme del fresco viento otoñal. Aunque nadie pasa por aquí en su caminata matutina y ningún cartel de recompensa revolotea por estos umbrales, no puedo quedarme para siempre. ¿Quién sabe cuántas personas se han asomado entre las cortinas y me han visto? Quizá ya hayan alertado a los *chasseurs*. Para ser sincera, no los culparía; no estoy siendo precisamente discreta. De hecho, me siento estridente bajo la brillante luz del sol, pálida y expuesta y cubierta de sangre. Como un cadáver abandonado sobre la nieve recién caída para que se pudra.

Tal vez sea tu aprobación la que estás tan desesperada por ganarte.

Como con un diente roto, mastico las palabras de Michal una y otra vez. *Quizá seas tú la que se*

ve a sí misma como una bonita muñeca. Las ha pronunciado con mucha convicción, con mucha impaciencia, como si no pudiera retenerlas ni un segundo más. Como si me conociera mejor que yo misma, porque eso es lo que ha insinuado, ¿no es así? ¿Que no entiendo mis propias emociones, mis propios deseos? Temblando ligeramente, me meto los dedos congelados en los bolsillos. Pese a la luz del sol, siento más frío que de costumbre, incómoda en mi propia piel.

Debería volver dentro. A pesar de lo que Michal haya dicho sobre mí, no puedo recuperar mi vida en el West End, y *eso* lo sé con certeza. Nunca seré dueña de un bote, de un jardín de rosas o de una puerta de entrada de roble, nunca viviré en la casa de al lado de mi hermana. La imagen mental de la expresión de suficiencia de mi padre cuando se dé cuenta de que he fracasado, o de la tensa preocupación de mi madre, hace que la bilis acuda a mi garganta. No puedo enfrentarme a ellos. No puedo enfrentarme a nadie, y mucho menos a Michal, pero ¿qué otra opción tengo? Una vez más, él es, de alguna forma, el mal menor, y… ¿y *cómo* han llegado las cosas a ser de esta manera? ¿Cómo he llegado a elegir la compañía de un arrogante e imperioso vampiro antes que la de los de mi propia sangre?

Dice la mujer cuya hermana le dio esa cruz a Babette.

Renuente, me saco la cruz de plata del bolsillo para volver a examinarla. Su brillo resulta casi cegador a la luz del sol, más brillante y más claro que nunca, y si la inclino de cierta manera —siento una punzada en el estómago—, *sí* que parece que las iniciales originales podrían haber sido *FT*. Las curvas de la *B* parecen más tenues que el resto de los trazos. Más recientes. Igual que las anotaciones en el grimorio de La Voisin. Trazo con el pulgar los bordes festoneados de la cruz sin verlos realmente. Porque ¿cómo pudo mi hermana poseer este collar? ¿*De verdad* se relacionaba con Babette y el tal Nigromante, o es que Babette le robó la cruz de alguna manera? Presiono el pulgar con más fuerza contra los bordes. Impaciente. Puede que el *FT* que poseía este collar no fuera Filippa Tremblay en absoluto, sino otra persona. Puede que Michal no tenga *ni idea* de lo que habla, cosa que lo obliga a aferrarse a un clavo ardiendo, igual que hacemos los demás.

No sabes nada de mí.

Tampoco tú, al parecer, si crees que sacrificarte por esos humanos ha tenido algo que ver con ellos.

Sintiéndome desgraciada, hago ademán de levantarme, pero en ese preciso instante, rozo con el pulgar un festón más afilado que el resto. Justo en el borde del brazo horizontal de la cruz. Le echo una mirada distraída y se me escapa un jadeo. Me inclino más cerca para contemplar el adornado mecanismo oculto dentro de las espirales, convencida de que debo de estar equivocada. Porque parece como una especie de… una especie de broche, lo que significaría que la cruz no es una cruz en absoluto, sino un relicario. *Un relicario*. Contengo la respiración y levanto la cruz a la altura de mi nariz. Seguro que Michal se habría dado cuenta si la cruz se hubiera abierto; seguro que lo habría visto con tanta claridad como ha visto las verdaderas iniciales, y aun así… Vuelvo a inclinar la cruz a la luz del sol. El cierre está oculto con suma habilidad, y si no hubiera recorrido este preciso borde con el pulgar, jamás habría reparado en él.

Un aleteo entra en erupción en mi vientre.

Un compartimento tan pequeño y oculto sería el lugar perfecto para guardar un secreto.

Ansiosa —con la boca repentinamente seca—, abro el pequeño compartimento con el pulgar y un minúsculo trozo de pergamino revolotea hasta mi regazo. Se me entrecorta la respiración al verlo. Amarillento y rasgado, el pergamino ha sido doblado hasta alcanzar el tamaño de mi uña,

pero está claro que debía de ser importante si el dueño lo llevaba tan cerca del corazón. Con dedos temblorosos, desdoblo el pergamino y me pongo a leer:

Mi querida Filippa,

Parece una noche digna de Frost. Reúnete conmigo debajo de nuestro árbol a medianoche, y los tres estaremos juntos para siempre.

Dos frases. Dos simples líneas. Las contemplo como si a base de pura concentración fuera a convertirlas en falsas, releo las palabras dos veces, tres, cuatro. El resto de la carta ha sido arrancado, probablemente desechado. El corazón me da un vuelco doloroso cada vez que veo su nombre en la parte superior, tan claro e indiscutible como el cielo sobre nuestras cabezas: *Filippa*.

Ya no cabe ninguna duda.

Esta cruz le pertenecía.

Ella también leyó esta nota, la sostuvo en sus manos antes de guardarla dentro de este medallón para custodiarla. ¿También fue su amante quien le dio la cruz? ¿Talló sus iniciales en el lateral como si fueran una promesa, como el anillo que me dio Jean Luc?

Reúnete conmigo debajo de nuestro árbol a medianoche, y los tres estaremos juntos para siempre.

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Me pregunto cuánto tiempo debió de esperar debajo de ese árbol antes de darse cuenta de que ella nunca acudiría. Antes de darse cuenta de que su sueño solo había sido eso: un sueño. ¿Y quién es esa misteriosa tercera persona que menciona? *Los tres estaremos juntos para siempre*. Frunzo el ceño al releer esa frase y los primeros rastros de inquietud se despliegan por mi columna vertebral. Estoy segura de que no se refería a Babette. Filippa debió de recibir esta nota en vida, por lo que la bruja debía de estar demasiado ocupada cuidando a su hermana enferma para huir con nadie. ¿Y a qué viene lo de *Frost*? De hecho, cuanto más contemplo la carta, menos sentido tiene.

Parece una noche digna de Frost.

Frost. Me devano los sesos, tratando de ubicar la palabra, pero lo único que acude a mi mente son briznas de hierba que relucen a la luz de la luna, puede que un chapitel en el palacio de hielo imaginario de Filippa. ¿Sería una clave para alertar a Filippa de no dejar posibles huellas? Bufo ante ese pensamiento —mi madre y mi padre siguiéndola a medianoche, examinando sus huellas en el césped—, pero, a decir verdad, nada de esto tiene la menor gracia. No, me siento un poco peor que antes de haber encontrado la nota, y una parte de mí desearía haberla dejado en paz. Vuelvo a doblar la carta con los dedos fríos.

Pippa no quería que supiera nada sobre esta parte de su vida. Debía de tener sus razones, y yo…

No la conocía en absoluto.

Aprieto los labios con fuerza, encorvo los hombros contra el viento, vuelvo a meter la carta en el relicario y cierro el compartimento una vez más. No pienso hablarle a Michal de la nota. No le diré nada sobre Filippa. Querrá estudiarla, rastrear sus últimos movimientos, y ¿qué diablos íbamos a descubrir? Mi hermana no mató a nadie, no *mataría* a nadie, y aunque este relicario establezca una tenue conexión con Babette y el Nigromante… ¿cómo es posible que Filippa los

conociera? ¿Cómo iba a ser posible que trabajara con ellos? Morgane la mató antes de que comenzaran los asesinatos en Cesarine. *No*. Niego con la cabeza, resuelta, vehemente, y me pongo de pie. *Mi hermana no estaba involucrada en esto*.

Casi no oigo el pequeño *pssst* desde el otro lado de la calle.

Me detengo con el pie en el aire, me doy vuelta, casi convencida de que no he oído ese sonido, y me sobresalto al ver unos ojos en el seto. Con los ojos entrecerrados, echo un vistazo a izquierda y derecha antes de observar más de cerca las ramas de acebo. Los ojos son grandes, demasiado grandes para pertenecer a un ser humano, y de color marrón oscuro, casi familiar. Se parecen a los de… bueno, a los de un *lutin*. Amandine cuenta con muy pocas fincas, sin embargo, y aún menos campos: el terreno es demasiado montañoso, el suelo demasiado poco fértil, lo que significa que este *lutin* se ha alejado mucho de casa o está muy, *muy* perdido.

—¿Hola? —saludo en voz baja, levantando una mano en un gesto apaciguador como hice en el campo del granjero Marc hace tanto tiempo. ¿De verdad han pasado solo dos semanas? Me han parecido varias vidas—. ¿Disculpe? ¿Se… encuentra bien?

El *lutin* se arrastra un poco bajo el seto, esos ojos demasiado grandes ni siquiera parpadean. *¿Mariée?*

Al oír esa palabra, me pongo rígida en un acto reflejo, ante la esperada pero no deseada intrusión en mi mente.

—No respondo a ese nombre. —Luego, al sentir que lo mismo podría hacer las cosas bien, añado—: Soy Célie. ¿Quién sois?

Tú me conoces, Mariée, y yo te conozco.

Frunzo el ceño ante ese familiar trino. No es posible que sea…

—¿Lágrimas Como Estrellas?

Asiente y me hace un gesto para que me acerque, y las ramas de acebo tiemblan a su alrededor ante el movimiento. *Tengo que hablar contigo, Mariée. Tenemos que hablar*.

—Yo… —Extrañamente reacia a cruzar la calle, bajo el último de los escalones y espero a que salga de las sombras del matorral y se me acerque. Cuando veo que no lo hace, me detengo al borde de los adoquines—. ¿Cómo me has encontrado? —pregunto, incapaz de que un deje cauteloso se me cuele en la voz. ¿Es posible que captara mi olor en La Fôret des Yeux y me haya seguido hasta Amandine? Y si es así, ¿cómo es que Michal no se ha percatado? Con delicadeza, me llevo la mano a la nariz y siento los ojos húmedos de nuevo. Incluso desde el otro lado de la calle, distingo que Lágrimas Como Estrellas huele más bien… más raro que antes. El espeso aroma floral de su perfume es nuevo, pero ni siquiera puede enmascarar por completo el asqueroso olor que hay debajo. De hecho, huele casi como…

Dejo caer la mano, me sacudo un poco y me niego a terminar ese pensamiento. Su olor no puede ser lo que creo que es. Aquí no. No ahora. No en una preciosa mañana de otoño.

Necesito tu ayuda, Mariée. Ahora hace gestos más enfáticos, y no puedo evitar acercarme más, poco a poco. Parece muy agitado, sus movimientos convulsos y extraños, como si necesitara hacer un esfuerzo consciente para usar sus extremidades. Una mosca grande y gorda zumba en las ramas que lo rodean, un sonido fuerte y antinatural en el silencio de la calle. Con un sobresalto, me percato de que el niño y su perro han vuelto a entrar. *Necesito tu ayuda*.

—¿Por qué me llamas Novia? —A pesar del frío roce del miedo que siento en el cuello, levanto

la barbilla y hablo más fuerte, más claro, bajo el brillante sol matutino—. ¿Te ha pasado algo?

Más cerca. Acércate.

—No hasta que me des una explicación. ¿Va todo bien?

Se golpea la cabeza, angustiado. *Necesito tu ayuda, Mariée. Fríos como la escarcha. Necesita tu ayuda para arreglarnos.*

Me detengo de repente en mitad de la calle vacía, llena de repulsión y preocupación a partes iguales.

—¿Quién necesita mi ayuda? —Sin pretenderlo, meto la mano en el bolsillo y enrosco los dedos alrededor de la empuñadura de plata del cuchillo—. ¿Quién es? —Entonces, arrojando la precaución por la borda—: ¿Es el Nigromante? ¿Es él quien necesita mi ayuda? ¡Dímelo, Lágrimas Como Estrellas!

No obstante, el *lutin* se limita a negar con la cabeza y rechina sus dientes afilados como agujas, gesticulando y gesticulando para que cierre la distancia que nos separa. Dos moscas más se unen a la primera. Aunque zumban alrededor de su rostro ensombrecido, no las aparta. Ni siquiera parpadea, sino que se mece de un lado a otro entre los arbustos, agarrándose los codos huesudos y recitando: *Fríos como la escarcha. Mal. Estamos fríos como la escarcha. Ayuda.*

La imagen de él ahí —en un estado mental claramente afectado— es tan lamentable, tan desgarradora, que frunzo el ceño ante el hecho de que me haya disgustado en algún momento. Esto no es culpa suya. *Nada* de esto es culpa suya, y necesita desesperadamente mi ayuda, no que lo sentencie. Si el Nigromante le ha hecho daño de alguna forma, tal vez pueda volver a curarlo. Como mínimo, puedo devolverlo con su familia a La Fôret des Yeux para que puedan cuidarlo como merece. *Eso es*. Cuadro los hombros y avanzo directa hacia los arbustos, pero la puerta se abre de golpe a mi espalda en ese preciso instante.

—Célie —me llama Michal en voz baja. Está de pie en la puerta, justo al límite del rectángulo de luz solar que cubre el suelo de la entrada, con las manos entrelazadas a la espalda—. Por favor, vuelve dentro ahora mismo.

A cada lado de él, Odessa y Dimitri se alzan altos y silenciosos, observando. Aunque no distingo sus expresiones en la penumbra de la entrada, si la tensión de los ojos de Michal sirve de indicación, los tres me han estado vigilando. Esa certeza cuaja en mi estómago. Por desgracia para ellos, sin embargo, no pueden hacer nada *más* que mirar, no con el sol tan alto y precioso en el cielo. Levanto más la barbilla, esforzándome por parecer tranquila y segura. Si él puede ser civilizado, yo también.

—Tengo un amigo en apuros, y pretendo ayudarlo.

Dimitri avanza, pero Michal le bloquea el paso con un brazo y se aferra al marco de la puerta con fuerza.

—Esa criatura ya no es tu amiga.

Contengo una réplica mordaz, porque esto ya no gira alrededor de Michal. Ni siquiera gira a mi alrededor, en realidad no, y si no ayudo enseguida a Lágrimas Como Estrellas, podría hacerse daño sin querer.

—Necesita nuestra ayuda, Michal. Algo anda mal…

Sin embargo, las demás palabras mueren en mi lengua cuando me giro y descubro que Lágrimas Como Estrellas ya no se esconde en el seto. No, ahora lo tengo justo delante, y ese *olor*…

no ha sido cosa de mi imaginación. Los ojos me empiezan a lagrimear de inmediato, y necesito toda mi fuerza de voluntad para no retroceder un paso. Así de cerca, apesta innegablemente a podredumbre, a decadencia, pero es peor aún: su piel, antes morena, tiene un aspecto anormalmente pálido a la luz del sol, fina como el papel y ligeramente flácida sobre su rostro afilado. Una espeluznante película blanca cubre sus ojos demasiado grandes mientras me contempla fijamente.

Ahora sí que retrocedo un paso.

—¿Qué-qué te ha *pasado*…?

Antes de que pueda terminar, me agarra la muñeca con sus largos dedos. Están fríos como el hielo. *Ven conmigo, Mariée. Debes venir conmigo.*

Atragantándome con el olor y con los ojos aún llorosos, intento liberar el brazo, pero él aprieta aún más su agarre, como un tornillo, hasta que casi chillo de dolor.

—Suéltame, Lágrimas Como Estrellas. —Aunque procuro mantener un tono de voz mesurado y tranquilo, una nota de desesperación se abre paso, y a mi espalda, Michal maldice con saña desde la puerta—. Por favor. No… no quieres hacerme daño. Somos amigos, ¿recuerdas? Te di vino de saúco, un vino de saúco *riquísimo*.

Sigue moviendo la cabeza de un lado a otro, como si no pudiera oírme en absoluto. Y quizá no pueda. Quizá solo pueda decir lo que el Nigromante le ha ordenado que dijera, quizá solo pueda hacer lo que el Nigromante le ha ordenado que hiciera. *Mi amo necesita ayuda. Me ordena que lo ayude, y que tú me ayudes a mí.*

—¿Quién es tu amo? —Me agacho para mirarlo, impotente, a esos ojos desdichados, y una mosca aterriza directamente sobre la esclerótica de su pupila. Me trago la bilis y la aparto con la mano libre—. ¿Cómo se llama? ¿Te…? —Siento asco cuando la misma mosca revolotea por mi pelo —. ¿Te mató, Lágrimas Como Estrellas? ¿Tu amo te arrebató la vida?

Una gota no es suficiente. La necesitamos toda.

—¿Toda *qué*? ¿Mi sangre? ¿Necesita —trago saliva con fuerza— toda mi sangre para resucitar a los muertos? ¿Es eso lo que hizo contigo?

Él se convulsiona de nuevo en respuesta, y de forma lenta pero segura empieza a remolcarme por la calle, murmurando todo el tiempo: *Fríos como la escarcha. Algo va mal. Estoy mal.*

—Célie —dice Michal con brusquedad—. Tu cuchillo.

Clavo los pies en el suelo, el pánico me araña la garganta. El cuchillo aún me pesa en el bolsillo, sí, pero no… No creo que… Lágrimas Como Estrellas ha muerto, y es cierto que algo va muy mal. Esa comprensión me vibra en el pecho, demasiado impactante y terrible para ignorarla por más tiempo. Está muerto, pero sigue agarrándome el brazo, sigue caminando y hablando entre los vivos, todavía cumple con las órdenes de su amo con la fuerza de una criatura del doble de su tamaño. ¿Qué dijo Babette en Les Abysses?

El Nigromante encontró tu sangre por casualidad, y la probamos siguiendo un impulso.

¿Probaron esa única gota de mi sangre con Lágrimas Como Estrellas? ¿Esta… esta criatura que tengo delante es el resultado de su experimento? ¿El verdadero Lágrimas Como Estrellas existe todavía dentro de él, o su alma ya ha partido de este mundo y ha dejado solo un caparazón detrás? ¿Todavía puede sentir dolor? Retuerzo la muñeca con más fuerza, raspándome la piel, pero aun así no me suelta.

—Dime cómo ayudarte —le pido, desesperada—. Por favor, no puedo darte mi sangre, pero… pero podría esconderte de él. ¿Qué te parece? Podría llevarte de vuelta con tu familia.

Mi amo está cerca. Debemos ir con él. Debemos acudir a su encuentro.

—¿Dónde está? —Miro a mi alrededor como una loca, medio esperando que el Nigromante caiga de la copa del cerezo del vecino—. ¿Dónde está tu amo? ¡Dímelo!

Mal, mal, algo va mal.

En algún lugar por detrás de nosotros, Michal se ha puesto a gritar, y también Dimitri y Odessa, pero no puedo oírlos; no puedo prestar atención a sus letales órdenes. Porque no soy una vampira, y esto no es culpa de Lágrimas Como Estrellas. No puedo hacerle daño, e incluso si pudiera… Aprieto los dientes y le clavo las uñas en la mano con la suficiente fuerza para hacerle daño, pero ni una gota de sangre escapa de las diminutas lunas crecientes. Ni sangre ni gritos de dolor. Mi histeria se dispara al darme cuenta.

Incluso si *pudiera* hacerle daño, un simple cuchillo no serviría de nada. No, tendré que… que…

Un cuchillo.

Mis pensamientos aterrizan en la hoja de plata que guardo en el bolsillo, en la hoja que antes ha brillado tanto que casi me ha dejado ciega. *Los lutins aprecian las cosas buenas de la vida.* Pinté veinte jaulas de color dorado para atraer a Lágrimas Como Estrellas y a los suyos en la granja de *monsieur* Marc. Puede que ahora tampoco sea necesario hacerle daño. Puede que solo necesite distraerlo.

Entierro mi mano libre en el bolsillo y saco el arma, que destella bajo el sol matutino, que arde aún más brillante y más alto en el cielo que antes. La plata emite un resplandor casi blanco —fulguroso, deslumbrante— entre nosotros, y cuando los ojos de Lágrimas Como Estrellas aterrizan en ella, se ensanchan mínimamente.

—¿Te gusta? —Agito el cuchillo por encima de su cabeza cuando se estira para agarrarlo. Unos puntos de luz refulgentes aparecen sobre los adoquines—. Es bonito, ¿verdad? Será tuyo si puedes alcanzarlo.

Al oír mis palabras, lanza una dentellada y se pone de puntillas, pero soy mucho más alta; ni siquiera puede tocar el mango mientras sigue agarrándome la muñeca, que me esfuerzo por mantener baja a un costado.

—Adelante —le digo mientras asiento de forma alentadora. Se estira un poco más y sus frágiles brazos empiezan a temblar—. Ya casi lo tienes.

Por fin, sus dedos se alejan —solo un centímetro— de mi muñeca, pero ese es todo el margen que necesito. Lanzo el cuchillo calle abajo, me alejo de él, giro y echo a correr hacia los demás sin mirar atrás. Sin embargo, sus largas manos no vuelven a aferrarme mientras salto a los brazos extendidos de Michal, mientras Odessa cierra con un portazo detrás de mí, mientras Dimitri echa un vistazo a la calle a través de las cortinas.

—Se ha ido —dice, incrédulo—. ¡Ese pequeño roñoso ha desaparecido!

Todavía respirando con dificultad, me separo de Michal y empujo a Dimitri para apartarlo y mirar a través de la brecha de las cortinas hacia donde estaba Lágrimas Como Estrellas. Solo veo un sol alegre y unas hojas de arce naranja. Incluso el cuchillo de plata se ha esfumado —desaparecido— como si me lo hubiera imaginado todo.

Capítulo 40

La gallina cloqueante

Por la noche, nos apiñamos al borde de Cesarine, mirando hacia los muelles desde un callejón bastante húmedo y pútrido. Huele a pescado. O a desperdicios. Arrugo la nariz, presa del desagrado. No obstante, ninguno de los vampiros comenta nada al respecto, a excepción de Odessa, que hace la misma mueca que si alguien le hubiera clavado alfileres en los ojos, así que tampoco digo nada. Si ellos pueden soportar este hedor, yo también.

—Creo que deberías ponerte la capucha —me murmura Michal al oído—. Ya casi han terminado la inspección.

Me ha prestado su capa de viaje antes de abandonar Amandine. Aunque Dimitri ha ofrecido la suya, ambos lo hemos ignorado, y una tregua silenciosa se ha instalado entre nosotros en ese momento —una desconfianza mutua hacia Dimitri, por supuesto, pero también el mutuo entendimiento de que ninguno de los dos mencionará lo ocurrido entre ambos en el ático—. No logro decidir si me siento agradecida por ello. Ahora que mi ira ha disminuido, solo queda una especie de vergüenza hueca, una que no soy capaz de examinar demasiado a fondo.

Y mucho menos ahora mismo.

Me echo la capucha sobre el pelo, que la brisa de medianoche hace aletear del mismo modo que los avisos de recompensa. Arrancados por el viento y descoloridos por la lluvia, ensucian cada centímetro disponible de este callejón, formando una capa más gruesa aquí que en Amandine. Como si mi padre sospechara que acabaría por volver a casa, o tal vez que nunca llegué a abandonar Cesarine. Incapaz de evitarlo, vuelvo a caminar de un lado a otro mientras la capa ondea alrededor de mis pies en el lodo del callejón. Demasiado larga. Demasiado grande. Me arremango con irritación para dejar al descubierto las manos, sintiéndome como una especie de parca, un eterno presagio de mala suerte. Lo único que me falta es una guadaña.

Me cuido de no mirar hacia los muelles.

—Este retrato no se parece en nada a ti —reflexiona Odessa mientras arranca un cartel de la sucia pared de ladrillos y escudriña mi cara de cerca—. Tienes un aspecto demasiado… regio. Como una emperatriz viuda y bastante cascarrabias que conocí en el pasado. —Cuando le arrebato el aviso de sus dedos enguantados, rompiendo mi cara en dos en el proceso, enarca una ceja, desconcertada, y aleja su mitad sin ninguna emoción—. Vaya, Célie, ¿qué sucede? Pareces

molesta.

—¿Debería examinar *tu* rostro a un centímetro de distancia?

—No me importaría en absoluto, querida. No tengo nada que esconder. —Con una sonrisa, se encoge de hombros y se aleja—. No obstante, deberías saber —dice— que la ira crónica retuerce el cuerpo humano desde dentro: presión arterial alta, problemas cardíacos y digestivos, dolores de cabeza e incluso trastornos cutáneos. —Se acerca para estirar el surco entre mis ojos mientras los suyos brillan con picardía. Aunque todavía no ha intentado atraparme en una conversación sobre su hermano, parece más decidida a relacionarse conmigo que antes, más decidida a que le *guste*, pero *sé* que ha escuchado mis sospechas—. Estudié medicina hace varios años.

—Entonces eres prácticamente una curandera. —Aparto su mano de un golpe, irritada, pero ella se limita a reírse y cruza el callejón hacia Dimitri, que ha estado intentando llamar mi atención durante la mayor parte de las últimas cuatro horas, sin éxito alguno. Cuando ahora lo miro por accidente, se impulsa hacia delante con ferviente determinación.

—Célie…

Me alejo con un gemido, incapaz de mirarlo a la cara; la nota de mi hermana parece estar abriendo un agujero en llamas en mi corpiño. Resisto el impulso de darme cabezazos y rechinar los dientes igual que Lágrimas Como Estrellas —porque lo que quiero decir, por supuesto, es *nunca*. Puede que Dimitri sea mejor sospechoso que mi hermana, pero si Filippa conocía a Babette… y es un *si* muy grande, ¿significa eso que también lo conocía a él? ¿Podría haber sido su misterioso amante? ¿Quiero saberlo siquiera?

—Basta ya, Dimitri —le digo con cansancio cuando vuelve a abrir la boca—. Déjame en paz.

Basta ya, Célie. Déjalo.

Sin inmutarse, reaparece frente a mí, mete la mano en su capa y saca un pequeño saco de lino.

—Sé que no quieres hablar conmigo ahora mismo, pero ¿cuándo fue la última vez que comiste? Me he tomado la libertad de procurarme algo de pan a nuestro paso por la ciudad…

Reacciono por instinto y le doy un manotazo a la bolsa que tiene en la mano, que se estrella entre ambos contra el suelo sucio. Me niego a disculparme.

—¿Y qué más te has tomado la libertad de procurarte?

Parpadea.

—No sé…

—Todavía tiene sangre en el cuello, *monsieur* Petrov.

La expresión de Dimitri se endurece durante una fracción de segundo antes de volver a esbozar una sonrisa brillante. A continuación, extrae una pera dorada de su capa y la agita frente a mi nariz.

—No seas así, querida. A pesar de lo que *creas* haber escuchado en Les Abysses, no soy un asesino, bueno, no *ese* asesino, y a estas alturas debes de estar hambrienta. ¿Qué sentido tiene morirse de hambre?

—Es suficiente, primo —dice en voz baja Michal, que está apoyado en la boca del callejón, observando la conmoción en los muelles y mezclándose con la oscuridad como si hubiera nacido hecho de sombras en lugar de ser un hombre—. No es el momento ni el lugar.

—Pero sospecha…

—Sé lo que sospecha, y créeme —le lanza a Dimitri una mirada esperanzada por encima del

hombro—, mantendremos una larga conversación al respecto cuando volvamos a Requiem. Aunque no estoy de acuerdo con la teoría de que mataste a Mila, me contarás hasta el último detalle de tu relación con Babette Trousset, y también seré informado del contenido de su grimorio, en particular sobre la página titulada PARA LA SED DE SANGRE. —Un silencio oscuro —. Supongo que sabes algo al respecto.

Dimitri lo fulmina con la mirada en un silencio amotinado.

Aunque no estoy de acuerdo con la teoría de que mataste a Mila…

Me alejo a toda velocidad mientras procuro no maldecir a Michal por su repentina e inconveniente racionalidad. Si no sospecha de Dimitri, debe de sospechar de otra persona, y como la nota en la cruz de Filippa arda con más intensidad, lo cierto es que empezaré a humear.

Me la meto debajo del cuello en un gesto aparentemente relajado y me pongo a caminar una vez más, mientras mis pensamientos corren desenfrenados. Porque este no es el momento ni el lugar para insistir en el tema de Dimitri. Ni siquiera es el momento o el lugar para pensar en Filippa, y… y porque mis mejores botas ahora están desgastadas. Están *manchadas* después de nuestra pequeña aventura en Amandine, y es probable que la sangre nunca desaparezca. Debería haberlas empapado en vinagre blanco, debería haberlas frotado hasta que el cuero pareciera nuevo y lustroso otra vez. La pareja de ancianos que vivía en la casa tenía la despensa *llena* de cosas como vinagre blanco y jabón, y nunca se habrían enterado de haber tomado prestado un poco. Niego con la cabeza mientras camino, cada vez más agitada. Jamás lo habrían sabido si hubiera prendido *fuego* a mis botas, o si me hubiera deshecho de este vestido ensangrentado y hubiera corrido desnuda y pegando alaridos por La Fôret des Yeux y jamás hubiera vuelto a ser vista….

—Célie. —Una vez más, Michal se gira desde la boca del callejón, con los labios torcidos en una sonrisa irónica. Nuevos gritos resuenan a su espalda, en los muelles—. Tu corazón ha empezado a palpitar.

Me llevo una mano a mi pecho acelerado.

—¿De veras? No sé por qué.

—¿No?

—No.

Él suspira, sacude la cabeza y se impulsa para alejarse de la pared y acudir a mi lado. Como siempre, junta sus manos pálidas detrás de la espalda, y ese gesto familiar me proporciona un extraño y mínimo consuelo, a pesar de la forma en que parece mirarme desde arriba.

—Hoy has escapado de una criatura no muerta.

Enderezo la espalda.

—En efecto.

—Solo unas horas antes de eso, has sido más lista que una bruja de sangre.

Odessa examina distraídamente un clavo afilado.

—Con ayuda.

—Ambos eran mucho más inteligentes que esos a los que llamas «hermanos» —continúa Michal sin hacerle caso. Aunque anhelo mirar por encima de su hombro ante la mención de los *chasseurs*, me obligo a mí misma a concentrarme en su cara en lugar de eso. Algo parecido al orgullo brilla con fuerza e intensidad en sus ojos—. No volverán a comprobar los ataúdes, Célie. Incluso los cazadores temen la idea de la muerte y, aunque nunca lo admitan, también temen su

proximidad. Cuando el capitán del puerto termine su inspección, nos meteremos dentro sin que nadie se fije y mis marineros nos subirán a bordo de nuestro barco sin interferencias. Estaremos de vuelta en Requiem antes del amanecer.

Como en respuesta, el capitán del puerto, un hombre fornido de tez morena y ojos de lince, golpea con su mano nudosa el último de los ataúdes y grita que está todo despejado. Su tripulación pasa a la siguiente carga que está programada que desembarque y deja a los empleados de ojos vacíos de Requiem, S.A., dando vueltas hasta que Michal les ordene lo contrario. Por lo visto, este cargamento de ataúdes ha sido elaborado a partir de una rara conífera que se encuentra solo en La Fôret des Yeux, o al menos, eso es lo que me ha contado Michal. Ha sido bastante difícil atender a los mejores aspectos de su plan cuando, más allá de él, más allá del callejón, de los marineros y de los ataúdes, los *chasseurs* pululan por los muelles y sus abrigos azules hacen las veces de pequeños destellos de recuerdos en mitad de la oscuridad. Brillantes, dolorosos e intrusivos.

Una voz familiar se alza con brusquedad entre ellos.

Cierro los ojos al oír ese sonido.

—Dicho eso —murmura Michal—, todavía puedo arreglar las cosas para que hables con él.

Abro los ojos de golpe, por instinto, y lanzo la mirada por encima del hombro de Michal antes de poder contenerme, buscando con desesperación a la única persona a la que no deseo ver.

La encuentro al instante.

Allí, atravesando el grueso de sus hombres, un Jean Luc frustrado asesta una patada a un barril de grano. El contenido se desparrama a los pies de un granjero furioso, que grita por la pérdida de existencias hasta ponerse morado. Jean Luc, sin embargo, ya se ha lanzado a enderezar el barril. Se afana para recoger el grano de la calle con las manos desnudas mientras sacude la cabeza y se disculpa por encima de la diatriba del granjero. Cuando Frederic se arrodilla para ayudar, Jean Luc maldice amargamente y lo aleja de un empujón.

Doy un pequeño e involuntario paso hacia delante.

Jean Luc.

El pecho parece tensárseme al verlo, tan cerca de mí, tan *querido* para mí, pero tan lejos también. Fuimos muy parecidos una vez. Todavía recuerdo el brillo feroz y decidido en sus ojos durante la batalla de Cesarine. Pasamos la mayor parte de la noche llevando a los niños hasta la relativa seguridad del Soleil et Lune. A pesar del horror de las circunstancias, nunca me había sentido más conectada a otra persona. Trabajamos de la mano con un propósito común: servir a esos niños, sí, pero también servirnos el uno a la otra. Esa noche formamos una compañía —una verdadera compañía—, y por la mañana, cuando Jean limpió disimuladamente las lágrimas de Gabrielle de sus mejillas, supe que lo amaba.

Ese recuerdo hace que me duela el corazón.

Verlo esta noche es como contemplarse en un espejo roto; de alguna forma, su reflejo es más nítido que antes. Fracturado. Aunque su pelo oscuro sigue siendo el mismo, los ojos le brillan con una especie de luz enloquecida y unas sombras profundas se han deslizado debajo, como si no hubiera dormido en semanas. A sus órdenes, los *chasseurs* incautan equipaje para una partida de búsqueda improvisada, mientras que la policía ha establecido varios bloqueos a lo largo de los muelles e inspecciona con atención la cara de todas y cada una de las personas que pasan. Uno de

los agentes aferra del brazo a una desprevenida mujer de pelo oscuro y se niega a soltarla hasta que su marido, que sostiene a un bebé llorón con una mano y a un niño gritón con la otra, amenaza con una demanda civil.

Al otro lado del camino, Basile ha soltado accidentalmente una bandada de gallinas y docenas de hombres corren por la orilla intentando atraparlas antes que el perro del capitán del puerto, que ladra de felicidad y lanza dentelladas a los pies de los transeúntes. A la luz de las antorchas, Charles sostiene un vestido carmesí que ha sacado del equipaje de otra mujer mientras Frederic intenta calmar al furioso capitán del puerto, que se precipita hacia el granjero y Jean Luc con varios miembros de su tripulación pisándole los talones.

—¡Eres un bufón! —Golpea fuerte a Jean Luc en el pecho, y todos los que están cerca murmuran su acuerdo con amargura—. Llevo *cincuenta años* encargándome de estos muelles, y nunca había visto un espectáculo tan descuidado…

—*¡Estropeado!* —Bramando de rabia, el granjero patea su barril de grano sucio de tal modo que vuelve a caer al suelo. Jean Luc observa en silencio cómo los granos se derraman sobre sus botas —. Informaré de esto al rey, *cazador*. Me habéis costado más de cien cuartos, y recuerda mis palabras, pagaréis por cada *couronne* que me habéis hecho perder…

—Y dónde *está* el viejo Achille, ¿eh? —El capitán del puerto da vueltas en busca del arzobispo mientras Jean Luc traga saliva y aprieta la mandíbula, todavía mirándose los pies. Detrás de él, Reid emerge de entre la multitud de espectadores, con expresión tensa y grave mientras guía al perro del capitán con un trozo de cuerda—. Dudo que él sepa la que estáis montando, ¿no? Puedes estar seguro de que también hablaré con él, y pienso exigir algún tipo de compensación. Solo hay que echar un vistazo a mi puerto. Se ha atrasado el trabajo, hay jóvenes llorando, mierda de gallina por todas partes…

—¿Y para *qué*? —Ahora, el granjero empuja de verdad a Jean Luc, y Reid y yo damos un paso adelante al mismo tiempo. Cuando Reid le apoya una mano en el hombro, con el ceño fruncido, el hombre se ríe de forma desagradable y escupe a los pies de Jean Luc—. ¿Porque tu putita podría estar escondida en lo que cultivo? —Se aleja de Reid y patea el grano hacia Charles, que todavía sostiene el vestido carmesí—. Sí, todos lo hemos oído, ¿no es verdad? Lo sabemos todo sobre su encuentro amoroso en el norte. Mi hermano es amigo de uno de tus cazadores, ¿lo sabías? Y parece que no está muerta, después de todo. Tampoco fue secuestrada. Parece que, en vez de eso, se escapó con alguna *criatura*.

Suelto un suspiro de dolor cuando el cuerpo de Jean Luc se pone rígido.

—Se busca a *mademoiselle* Tremblay para interrogarla por una investigación de asesinato —dice Reid en voz baja, entregándole la cuerda del perro a Frederic—. Podría proporcionar una prueba muy necesaria para identificar al asesino y llevarlo ante la justicia. —Da un paso para colocarse junto a Jean Luc y se dirige al resto del puerto, en voz más alta ahora, fuerte y estable—. Pedimos disculpas por las molestias, y apreciamos su cooperación en nuestros esfuerzos por localizar a *mademoiselle* Tremblay, quien, a pesar de las conjeturas, seguimos creyendo que fue secuestrada. Fue vista por última vez en Amandine, huyendo de un lugar llamado Les Abysses…

—Un burdel —gruñe el granjero.

— … y pronto podría subir a un barco que la sacase de Cesarine —continúa Reid con determinación, ignorando el estallido de susurros escandalizados. Le echa una mirada a Jean Luc,

quien asiente secamente y se cuadra de hombros. Aunque la mirada de Jean permanece tensa y su respiración es bastante superficial, su voz está repleta de un nuevo deje de autoridad cuando se dirige a la multitud.

—Si eso sucediera —dice—, nuestras posibilidades de recuperar a *mademoiselle* Tremblay desaparecerían con la marea. Rogamos su paciencia solo un poco más mientras tratamos de proteger a una mujer inocente de un mal innombrable.

Recuperar.

Proteger.

Las palabras se me atascan en la garganta cuando el granjero escupe de nuevo, el capitán del puerto resopla y Jean Luc los ignora a ambos antes de girarse de golpe para atrapar a la gallina más cercana. *Conversación terminada*. Tras sacudir la cabeza, Reid lo sigue y, para mi horror, el pollo corre directo hacia los ataúdes mientras los *chasseurs* y la policía reanudan su búsqueda.

Conteniendo la respiración, trato de imitar a Michal y fundirme en las sombras, infinitamente agradecida por su capa negra.

—Jean Luc, espera. —Reid empieza a trotar suavemente para alcanzarlo, asustando en el proceso al animal, una gallinita gorda que cloquea de forma particularmente estridente y que se acerca al ataúd que compartiré con Michal—. Háblame.

—No hay nada que hablar. —Jean Luc se lanza con fiereza a por la gallina, pero esta se escapa —. Ese granjero idiota ya lo ha dicho todo, ¿no? Célie está viva y los rumores la sitúan en un burdel mágico a cientos de kilómetros de aquí. No solo como clienta —añade con amargura—, sino también, al parecer, como trabajadora.

Reid se acerca a la gallina con cautela.

—No sabemos por qué estaba allí.

—Los informes de los testigos fueron bastante claros, Reid.

—Célie no te haría eso, Jean.

El corazón se me estrella en algún lugar entre los pies y estalla en pedazos contra los adoquines. No debería estar escuchando esta conversación. Como antes, estas palabras no son para mí, y sin embargo, ¿qué puedo hacer para escapar de ellas? Retrocedo lo más silenciosamente posible, me giro —decidida a darles privacidad, o tal vez a huir—, y me estrello contra el pecho de Michal. Alarga las manos para estabilizarme y me agarra por los brazos, y una nueva humillación, una nueva *vergüenza*, me recorre al observar su fría expresión. Echo un vistazo hacia donde Odessa y Dimitri están inmóviles como estatuas en la parte trasera del callejón, igual de quietos, fríos y silenciosos. Ellos también pueden escuchar cada palabra. *Sé* que pueden, y creo que voy a vomitar sobre los zapatos de Michal otra vez.

¿Porque tu putita podría estar escondida en lo que cultivo?

Parece que se escapó con alguna criatura.

Y luego, tras mi vergüenza, llegan dos palabras.

Recuperar.

Proteger.

—Entonces, ¿dónde está? —Al oír el sonido de su voz, me giro una vez más, y Jean Luc extiende los brazos en una súplica impotente y señala los ataúdes, los muelles, la ciudad en general, con creciente agitación. Contrae el rostro. Las manos le empiezan a temblar—. Si puede

visitar un burdel en Amandine, si prácticamente puede desnudarse para un desconocido, ¿por qué no puede visitar a su prometido en la Torre de los *chasseurs*?

Pero Reid niega con la cabeza en un gesto seco, impaciente, mientras las manos de Michal se alejan de mis brazos.

—No sabemos nada acerca de los vampiros. Por lo que sabemos, *podría* haber sido coaccionada…

—No llevaba su anillo de compromiso. —La gallina cloquea, olvidada entre ellos, y picotea el grano derramado—. ¿Te ha contado Lou esa parte? Todos los informes decían lo mismo: vestido carmesí de cortesana y sin anillo en el dedo.

—Eso no significa nada. *Nada*. No, escúchame, Jean. —Reid agarra a Jean Luc del brazo cuando este resopla y empieza a alejarse—. *Escucha*. Os peleasteis la noche de su secuestro, y entonces tampoco lo llevaba puesto. No lo llevaba en Brindelle Park. —Aunque Jean Luc gruñe, Reid no lo suelta—. El mismo vampiro podría habérselo quitado, o podría haberlo perdido en el forcejeo cuando la secuestraron. Hay cien explicaciones posibles…

Ahora, Jean Luc se desembaraza de su agarre con brusquedad.

—Y no sabremos la verdadera hasta que la encontremos.

Reid suelta un suspiro pesado y observa cómo Jean se marcha y deja atrás a la gallina.

—Estás decidido a pensar lo peor.

—No, lo que estoy *decidido* a hacer es encontrarla —gruñe por encima del hombro—. Encontrarla, arrestar a la maldita *criatura nocturna* que se la llevó, y no volver a perderla de vista nunca más.

Después de otro largo instante, Reid lo sigue de vuelta al tumulto —el capitán del puerto y Frederic casi han llegado a las manos por culpa del perro del primero— y yo me quedo en el doloroso silencio del callejón.

—¿Célie? —me llama Dimitri en voz baja, pero levanto una mano para silenciarlo, incapaz de hablar.

Recuperar.

Proteger.

Era consciente de que esas palabras sabían mal, me sabían acres y resentidas en la boca. Su condena anterior está suavemente entretejida con ellas, fortaleciendo su rencor.

Ni que pudiera expulsarla. Célie es delicada.

Ambos sabemos que Morgane te habría rajado la garganta si Lou no hubiera estado allí.

No volver a perderla de vista nunca más.

Me las trago y me obligo a contemplar a Michal, a sostener la mirada de esos ojos negros.

—No —le digo, tratando de imitar su compostura, de adoptar el semblante frío y desapasionado de un vampiro. Yo también puedo ser de piedra. No me resquebrajaré y no me romperé—. No quiero hablar con él.

Aunque Michal aprieta los labios como si quisiera objetar, asiente bruscamente en vez de eso y reajusta su capucha sobre mi pelo. Cuando retrocede y me ofrece su mano, el significado del gesto es fuerte y claro: esta vez, la elección de irme con él es mía.

Acepto su mano sin dudarlo.

No hablamos mientras tira de mí hacia nuestro ataúd, mientras Odessa y Dimitri nos siguen al

suyo, mientras sus marineros nos remolcan a través del puerto en dirección a nuestro barco. Aun así, contengo la respiración, cuento cada latido y rezo para que nada salga mal. ¿Están todas las estatuas tan huecas por dentro como me siento ahora? ¿Son tan frágiles? ¿Todo el mundo sufre en secreto este sentimiento de miedo? Por lo menos, el perro del capitán del puerto ha dejado de ladrar y los niños se han callado. Incluso el granjero ha dejado de maldecir. Solo quedan las concisas órdenes de los *chasseurs*, los gruñidos de los mercaderes y de la tripulación del capitán del puerto.

Parpadeo para retener unas lágrimas de alivio.

Justo cuando exhalo, convencida de que hemos llegado a la pasarela, un marinero deja escapar un grito de pánico cerca de mi cabeza. Una gallina chilla en respuesta, y el ataúd entero se tambalea y se ladea. El brazo de Michal serpentea alrededor de mi cintura al instante siguiente, pero antes de que nos dé tiempo a volver a respirar, nos estrellamos contra la pared del ataúd y caemos en picado a los adoquines cuando la tapa se abre de golpe. Aunque Michal jura con saña y se retuerce en el aire para colocarse debajo de mí, mis dientes entrechocan unos con otros cuando caemos al suelo.

Cuando rodamos hacia un par de botas familiares cubiertas de grano.

—Ay, Dios —susurro.

Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios…

—Créeme. —Con un suspiro y mirando hacia las estrellas con resignación, la cabeza de Michal golpea los adoquines mientras un Jean Luc horrorizado nos mira boquiabierto y un silencio absoluto desciende sobre el puerto—. No será de ninguna ayuda.

Capítulo 41

El último

Despacio, me pongo de pie.

Nunca antes había tenido tanta gente mirándome, anonadada, pero por una vez en mi vida, no me ruborizo bajo su atención. No tropiezo ni tartamudeo ante su incredulidad, ante su creciente indignación. No, siento las extremidades como si estuvieran hechas de hielo, y las manos me tiemblan al alisar mi vestido carmesí, al retirarme el pelo de la cara y levantar la barbilla. Porque no sé qué más hacer. Sé que no puedo mirar a Jean Luc, no puedo soportar ver la cruda acusación de su mirada. Todo color ha desaparecido de su rostro, y aunque abre la boca para hablar, no le salen las palabras. No lo entiende. Por supuesto que no, nadie lo entiende y, presa de la impotencia, la barbilla me empieza a temblar.

Todo esto es culpa mía.

De repente, me agacho para recoger a la gallina, pero esta grazna y salta entre mis dedos antes de salir corriendo. Demasiado rápida para que la atrape. Perseguirla constituye un acto reflejo, mis pasos resuenan con fuerza y de forma antinatural en el silencio del puerto, pero no importa; la gallina podría estar herida, y si lo está, esas heridas también serían culpa mía. Tengo que… atraparla de alguna manera, puede que vendarle la pata. Mis pies se mueven más deprisa, con más torpeza. Odessa estudió medicina, así que podría saber cómo…

La gallina se va directa hacia Jean Luc.

Pierdo la cabeza por completo y salto hacia ella, decidida a *ayudar* de alguna manera, pero con un agudo grito de pánico, el animal cambia de dirección y choca directamente contra las espinillas de Reid. Patino hasta detenerme una fracción de segundo antes de seguir su ejemplo. Él se inclina para recogerla y me saluda con amabilidad.

—Hola, Célie.

—¡Reid! ¿Cómo estás? —Me enderezo de inmediato, todavía temblando como una hoja, y fuerzo una sonrisa trémula. Antes de que pueda responder, añado a toda prisa—: ¿Deberíamos… deberíamos echarle un vistazo a su ala? Parece que tiene las plumas un poco alborotadas, como si… Podría tenerla rota o…

Pero Reid niega con la cabeza con una sonrisa incómoda.

—Creo que la gallina está bien.

—¿Estás seguro? —Hablo cada vez más alto—. Porque…

En este instante, sin embargo, Jean Luc me agarra la muñeca, justo donde tengo el mordisco de Michal, y me da la vuelta para que lo mire. En su rostro arden mil preguntas no formuladas. Aunque trato de no hacerlo, me estremezco cuando siento el dolor, no puedo evitarlo. *Duele*. Ante mi repentina inhalación, Michal, Odessa y Dimitri se materializan al instante a mi lado, y la mirada de Jean Luc recorre a toda prisa la distancia entre sus rostros etéreos y mi muñeca y las obvias marcas de dientes que se ven ahí. La sangre que ahora aflora con suavidad entre sus dedos. Abre los ojos y, casi por instinto, me aparta la capa de la garganta para revelar las heridas más profundas y oscuras que hay en esa zona. Aprieta la mandíbula y aferra la Balisarda que lleva en el cinturón.

—Jean… —empiezo a decir a toda prisa.

—Ponte detrás de mí —dice con urgencia, y trata de alejarme de Michal y los demás, pero clavo los pies en el suelo y niego con la cabeza, y la garganta se me cierra de tal forma que llega a dolerme. Me mira con incredulidad—. Ahora, Célie.

—N-No.

Cuando me giro para liberarme de su agarre y retroceder hacia Michal, cuando Michal desliza un brazo protector alrededor de mi cintura, la comprensión se estrella contra Jean Luc con la fuerza de una guillotina al caer. Puedo ver el segundo exacto en el que llega: parpadea, y su expresión queda súbitamente vacía. Luego se contorsiona hasta transformarse en algo desconocido, algo feo, y deja caer mi muñeca.

—Le has dejado… Te ha *mordido*.

Aprieto la muñeca contra el pecho.

—No significa lo que crees.

—¿No? —Aunque trata de ocultar sus sospechas, una nota de temor se desliza en su voz—. ¿Qué significa, entonces? ¿Acaso él…? ¿Te ha obligado…?

—No me ha obligado a hacer nada —digo a toda velocidad—. Estaba… Jean, estaba herido y necesitaba mi sangre para curarse. Habría muerto sin ella. Compartir la sangre con un vampiro no es siempre… No tiene que ser…

—¿No tiene que ser *qué*? —Los ojos de Jean Luc se centran en mi rostro y, maldiciendo mi propia estupidez, lo miro con impotencia. No puedo pronunciar la palabra. No puedo. Todavía agarrándome la muñeca, rezo con más fuerza que nunca en mi vida, a quién o a qué entidad, no lo sé, porque está claro que Dios me ha abandonado—. Célie —advierte cuando el silencio se alarga demasiado.

—No tiene que ser… sexual —termino con una vocecilla.

Retrocede como si lo hubiera abofeteado. Cuando los susurros recorren la multitud, aprieta la mandíbula y me preparo, a la espera de lo peor.

—Así que es verdad —dice con frialdad—. De verdad eres una puta.

Un ruido bajo y amenazador reverbera en el pecho de Michal. Lo siento por toda mi columna mientras me aprieto contra él y niego con la cabeza de nuevo. Esta vez en señal de advertencia. No puedo permitir que Michal ataque a Jean Luc, y no puedo permitir que Jean Luc ataque a Michal. Porque si alguno de los dos le hace daño al otro, no sé lo que haré, y porque… porque merezco la ira de Jean Luc. Sí. Merezco su dolor. Y porque como Lou y Coco me dijeron una vez, una puta no

es lo peor que puede ser una mujer. Aun así…

—No lo has dicho en serio —le digo en voz baja.

Resopla y señala con amargura el vestido carmesí que llevo debajo de la capa de Michal.

—¿De qué otra forma lo llamarías? Durante quince días, todo el reino te ha estado buscando, temiendo lo peor, temiendo lo que podríamos encontrar, y ¿dónde has estado? —Aprieta los nudillos con fuerza alrededor de su Balisarda—. Entreteniendo a los lugareños.

Al final, sus ojos se desvían hacia Michal, quien suelta una risa sombría.

—No soy un lugareño, capitán, y es una suerte para ti.

Odessa le da un fuerte codazo en el costado.

Jean Luc los observa a ambos durante varios segundos, el disgusto y la inquietud pugnando en su rostro, antes de girarse hacia mí y gruñir:

—¿Quién es?

Abro la boca para responder, pero vuelvo a cerrarla a toda prisa. ¿Cómo diablos puedo explicar quién es Michal sin revelar su secreto no solo a cientos de personas boquiabiertas, sino también a todo un contingente de *chasseurs*, quienes, de forma más que inconveniente, esgrimen espadas de plata?

Al sentir mi vacilación, Michal da un paso adelante con soltura.

—Puesto que estoy de pie justo frente a ti —dice con esa voz calmada que aspira a ser agradable—, es bastante grosero no preguntarme directamente. Estoy seguro de que el prometido de Célie debería saberlo mejor que nadie. No obstante —la piel de Jean Luc se sonroja ante el insulto—, con la intención de terminar esta conversación sin demora, ya sabes quién soy. Célie te lo ha dicho. —Inclina un poco la cabeza, sus fríos ojos negros ni siquiera pestañean—. Soy Michal Vasiliev, y estos son mis primos, Odessa y Dimitri Petrov. Hemos contratado los servicios de Célie para vengar el asesinato de mi hermana, quien, según creo, es solo un nombre en una larga lista de víctimas. —Se endereza y añade—: No debería sorprenderte que Célie ya haya localizado el cadáver y el grimorio que perdiste. Halló ambas cosas en Les Abysses mientras trabajaba encubierta.

El silencio se vuelve más profundo tras su discurso y *siento* los ojos de todos los presentes en el puerto descender hasta mi vestido carmesí.

—Michal —susurro, parpadeando rápidamente. En toda mi vida, nadie ha pensado siquiera sobre mí de esa forma, y mucho menos lo ha expresado ante cientos de testigos. No debería significar tanto, no está diciendo ninguna mentira, pero, aun así, las rodillas amenazan con cederme bajo la curiosa mirada del gentío.

No me romperé. No me romperé.

—En ese burdel —continúa Michal impasible, apretando las manos a la espalda y paseando a mi alrededor—, Célie descubrió que en realidad Babette Trousset no está muerta, sino vivita y coleando. La bruja de sangre fingió su propia muerte antes de robar tu precioso grimorio y huir a los brazos de su prima Pennelope Trousset, quien la ha refugiado en secreto durante días. Presumiblemente, ambas mujeres han estado actuando a las órdenes de un hombre que se hace llamar el Nigromante. Por supuesto, Célie investigó todo esto mientras estaba *fuera de tu vista*.

Jean Luc, momentáneamente atónito ante la revelación, parece volver en sí cuando Michal le da la vuelta a sus palabras de forma vergonzosa.

—Porque la secuestraste…

Sin embargo, antes de que ninguno de los dos pueda hacer algo más que una mueca de desdén, Reid aparece entre ellos, todavía sujetando en brazos a la gallina de aspecto resentido. Para mi sorpresa, no se dirige a Jean Luc ni a Michal, sino que me mira con atención.

—¿Estás herida, Célie? —Sus ojos aterrizan en la sangre que me empapa todo el vestido, la muñeca, la garganta—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy…

Como si no pudiera oírme, Jean Luc vuelve a envainar la Balisarda con una fuerza brutal.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que no está bien. Está claro que no es ella misma y que lleva mucho tiempo sin serlo.

Pronuncia las palabras como un edicto, como si su percepción de mi bienestar fuera más correcta que la mía, y unas llamas lamen el hielo que siento en el pecho.

—No te lo estaba preguntando a ti, Jean. Me lo estaba preguntando *a mí*. Y para que conste, *es* de mala educación hablar de una persona como si no estuviera presente cuando la tienes delante.

Me mira boquiabierto, como si hubiera perdido la cabeza.

—Pero ¿tú te estás escuchando? La Célie que conozco nunca estaría de acuerdo con alguien como…

—Puede que la Célie que conoces nunca haya existido. ¿Alguna vez te lo has planteado? —Instintivamente, agarro la cruz que llevo al cuello hasta que los bordes se me clavan en la palma. Alimentan el fuego en mi pecho—. Puede suceder sin que nos demos cuenta, nos enamoramos de una idea en lugar de una persona. Nos damos unos a otros pedazos de nosotros mismos, pero nunca el todo, y sin el todo completo, ¿cómo podemos conocer realmente a alguien?

Y nunca conocerás un mundo sin la luz del sol, ¿verdad? No nuestra querida Célie.

Ella tampoco me conoció nunca de verdad.

—Célie, ¿de qué… de qué estás *hablando*? —Esta vez, Jean Luc agarra mi mano ilesa y la aprieta desesperadamente en busca de algún tipo de seguridad—. ¿Es por los *chasseurs*? Escucha, si ya no quieres ser cazador, cazador*a*, no tienes que serlo. Hablé… Célie, hablé con el padre Achille el mes pasado, y estuvo de acuerdo en que puedo comprar una casa fuera de Saint-Cécile sin revocar mis votos. Podemos *alejarnos* de la Torre. —Cuando mi otra mano suelta la cruz, también me la agarra, sus ojos brillantes por la emoción, o tal vez sean lágrimas no derramadas. Se acerca aún más y baja la voz—. Ya he estado mirando algunas, incluso hay una disponible justo al final de la calle de Lou y Reid. Tiene un naranjo en la parte de atrás, y… y quería que fuera una sorpresa por tu cumpleaños. —Se lleva mis manos a los labios y deposita un beso suave sobre mis nudillos—. Quiero construir un *hogar* contigo.

Le sostengo la mirada durante un largo instante, esforzándome por mantener la compostura. Y luego…

—¿Qué quieres que haga allí, Jean? ¿Exprimir esas naranjas todas las mañanas antes de que te vayas a trabajar? ¿Enseñar a nuestra media docena de niños a bordar y a ordenar la biblioteca alfabéticamente? ¿Es eso lo que quieres?

Me retuerce las manos como si tratara de volver a inculcarme algo de sentido.

—Creía que eso era lo que *tú* querías.

—¡No *sé* lo que quiero!

—¡Elige lo que sea, entonces! —Ahora ya no hay duda de que las lágrimas brillan en sus ojos, y odio verlas. Me odio aún más a mí misma—. Elige lo que sea, y haré que suceda…

—No quiero que hagas que suceda, Jean. —Necesito toda mi fuerza de voluntad para no alejarme, para no huir y humillarlo delante de toda esta gente. No se merece eso. No se merece *esto*, pero yo tampoco—. ¿No puedes entenderlo? Quiero hacer que suceda por mí misma. *Necesito* hacer que suceda por mí…

—¿Por eso te escapaste con él? —Desesperado de nuevo, su mirada aterriza en mi garganta una vez más, y después de otro angustioso segundo, cierra los ojos como si no pudiera soportar verla y exhala de forma irregular—. ¿Te fuiste para castigarme? ¿Para *demostrar* tu valía de alguna manera?

Esa palabra se hunde directamente en mis costillas y en mi corazón, demasiado familiar y auténtica para ignorarla. Jean Luc no sabe lo que está diciendo, por supuesto. No quiere hacerme daño, pero hace solo unos momentos ha escupido la palabra *secuestro* como una maldición.

—No me escapé —digo con los dientes apretados—, pero ahora desearía haberlo hecho. —Abre mucho los ojos—. Piensa en todas las reuniones, en todos los secretos que guardaste… ¿Puedes decir, sinceramente, que te arrepientes? Si pudieras, ¿harías algo de forma diferente?

Aunque le planteo la pregunta a Jean Luc, mi propia respuesta surge rápida y segura entre nosotros.

Todo esto es culpa mía, sí, pero no me arrepiento de las decisiones que he tomado. Son las que me han traído hasta aquí. Sin ellas, nunca habría reparado en esta profunda inquietud que anida en mi pecho cuando miro a Jean Luc, a Reid, a Frederic y a mis antiguos hermanos. Jamás habría oído este silencio ensordecedor.

Puede que no sepa exactamente lo que quiero, pero sé que ya no está aquí.

—Todo lo que hice —dice Jean Luc al fin— fue para protegerte.

Ahora soy yo la que aprieta *sus* manos, tratando de verter hasta la última gota de mi amor y respeto en este roce. Porque eso es lo que es: el último.

—Lo siento, Jean, pero no necesito que me protejas. Nunca necesité que me protegieras. Necesitaba que me amaras, que confiaras en mí, que me consolaras y me impulsaras. Necesitaba que me lo contaras cuando tenías un mal día y que te rieras conmigo cuando yo tenía uno bueno. Necesitaba que me esperaras para atrapar a esos *lutins* en la granja de Marc, como también necesitaba que rompieras las reglas y me *besaras* cuando la carabina miraba hacia otro lado. —Se sonroja de nuevo y mira alrededor rápidamente, pero sería una hipócrita asquerosa si protegiera sus sentimientos ahora—. Necesitaba que buscaras mi consejo cuando encontraste el primer cadáver, incluso aunque no pudieras pedirme ayuda. Necesitaba que valoraras mi perspicacia. Necesitaba que me provocaras y me pincharas y me acariciaras el pelo cuando lloraba; necesitaba cien cosas diferentes de ti, Jean Luc, pero tu protección nunca fue una de ellas.

»Y ahora… ahora ya no necesito nada de ti. He aprendido a sobrevivir por mi cuenta. —Trago saliva y me obligo a decir el resto, a reconocer la verdad que contienen esas palabras—. En las últimas dos semanas, he cruzado el velo y he bailado con fantasmas. He bebido la sangre de un vampiro y he vivido en la oscuridad. Y sigo aquí. —Levanto la voz al afirmarlo, hablo más fuerte —. Sigo *aquí*, y estoy muy cerca de encontrar al asesino. Me persigue, Jean, me quiere *a mí*, y sé que, con un poco más de tiempo, podré atraparlo.

Aunque intento apartarme, las manos de Jean Luc me retienen con fuerza.

—¿A qué te refieres con eso de que te quiere *a ti*? ¿De qué estás hablando?

—¿Estás *escuchándome* siquiera? ¿Has oído lo otro que he…?

—¡Por supuesto que te estoy escuchando! Ese es el problema, te estoy escuchando, ¡y acabas de decir que un lunático que se hace llamar el Nigromante va detrás de ti! —Aparta mis manos como si lo hubieran quemado—. Célie, llevas desaparecida menos de dos semanas, y de alguna manera has logrado captar el interés de un asesino. ¿No ves lo poco seguro que es eso? ¿No ves lo mucho que necesitas estar rodeada de gente que…?

—¿ ... que me encierre en la Torre de los *chasseurs*? —A pesar de todos mis esfuerzos, unas lágrimas calientes y furiosas brotan de mis ojos. No me lo puedo creer. No puedo creer*le*. Creía que, si podía explicarme correctamente, lo entendería, tal vez incluso sentiría remordimiento, pero está claro que Filippa no es la única persona con la que me he equivocado a lo grande. *Se siente herido*, me recuerdo con ferocidad, agarrándome los codos, pero no es el único. Doy otro paso hacia atrás y añado—: ¿Que me diga que sea una buena cazadora y espere en mi habitación mientras los hombres se encargan de todo?

A sus ojos asoma un brillo peligroso y endereza los hombros con el aire de un hombre preparándose para hacer algo desagradable.

—Basta, Célie. Vas a volver a la Torre conmigo, te guste o no, y terminaremos esta conversación en privado. —Su mirada va de Reid a Frederic y a la multitud que nos observa antes de fijarla en Michal en último lugar—. No hagas esto más feo de lo que tiene que ser —le advierte.

Michal ya no suena frío e impasible.

—No, de eso ya te has encargado tú.

—No voy a ir *a ninguna parte* contigo —gruño.

—Claro que sí. —Jean Luc se abalanza sobre mi brazo y reacciono sin pensar, reacciono más rápido incluso que los vampiros que tengo detrás. Me lanzo hacia un lado y le arrebato la Balisarda del cinturón cuando da un traspié para evitar cargar contra Michal en lugar de contra mí. Lo demás sucede como a cámara lenta. Se le dobla el pie, resbala un poco sobre los adoquines y corrige en exceso mientras se gira para mirarme y pierde el equilibrio en el proceso.

Con un degradante ruido sordo, cae al suelo a mis pies, y las risas estallan por todo el puerto. Una persona incluso aplaude.

Se me para el corazón al oír ese sonido.

—Ay, Dios mío. —Cualquier furia que sintiera se desvanece al instante y caigo de rodillas para tenderle la Balisarda mientras también intento ponerlo de pie, sacudirle el lodo del abrigo—. ¿Estás bien? Lo siento mucho, Jean, no pretendía… —Sin embargo, me aparta las manos, con la expresión más fría y enfadada que le he visto nunca. Toma su Balisarda y se pone de pie con rigidez, y yo lo imito, sintiéndome más mareada con cada segundo que pasa—. Por favor, créeme, no pretendía…

—Vete.

Pronuncia la palabra de manera simple, irrevocable, y mis manos extendidas se paralizan entre nosotros. Sin mirarme, le quita la gallina a Reid, que está pálido e inmóvil, y la devuelve a la jaula con las demás. Por encima del hombro, me dice:

—Y no vuelvas.

PARTE 4

Quand on parle du loup,
on en voit la queue.
Hablando del rey de Roma,
por la puerta asoma.

Capítulo 42

La princesa invisible

A decir verdad, apenas recuerdo el viaje de vuelta a Requiem.

Recuerdo aún menos el bajar del barco, tambalearme por la pasarela detrás de Michal y los demás. Él ha debido de guiarnos a través del mercado lleno de gente en dirección al castillo, he debido de poner un pie delante del otro, pero nunca sabré exactamente cómo he llegado a mi habitación, cómo me he quitado el vestido manchado de sangre y me he derrumbado en este cómodo sillón junto al fuego.

Michal no me ha seguido.

Tal vez presintiera que necesitaba estar sola, que necesitaba pensar y que no podría hacerlo con él cerca. Eso, y que lo he visto dirigiendo a Dimitri hacia su estudio para una larguísima conversación, lo que significa que estoy perdiendo un tiempo precioso mirando distraídamente estas llamas. Debería estar recorriendo los pasillos en busca de la habitación de Dimitri, forzando la cerradura y buscando cualquier cosa que lo relacione con mi hermana. Tal vez Michal pueda arrancarle toda la verdad a su primo, pero tal vez no, lo que significa que es el momento de actuar. ¿Quién sabe cuándo podría surgir otra oportunidad?

Por desgracia, mi cuerpo se niega a moverse.

Odessa chasquea la lengua con irritación y revuelve el armario que hay detrás del biombo de seda. La niebla del exterior todavía se aferra a su capa de lana y a sus botas lustradas, y su sombrilla mojada está apoyada contra el balaustre.

—No era necesario que me siguieras —le digo.

—No te he seguido, querida. Te he *acompañado*.

—En ese caso, no era necesario que me *acompañaras*. —Froto las gotas de humedad de la cruz de Filippa, trazo sus bordes lisos con el pulgar. Cuando la uña se me engancha en el pestillo secreto, suspiro y vuelvo a dejarla colgando de mi cuello, sintiéndome mareada y confundida y agotada en general. Tengo que levantarme; tengo que registrar la habitación de Dimitri. En vez de eso, un escalofrío sacude mi cuerpo y mi estómago retumba—. Michal prometió que no me pasaría nada malo aquí, y aunque no lo hubiera hecho, dudo que alguien esté dispuesto a atacar después de lo que ocurrió en la pajarera.

—Subestimas su agitación en este momento. Mañana es la víspera de Todos los Santos, y

Michal ha conseguido atraparnos a todos aquí como ratas en una jaula. Son palabras de Priscille, no mías —añade con total despreocupación, cuando le lanzo una mirada dubitativa. Separa un vestido de raso de color rosa del resto—. También estás actuando de forma extraña.

—¿Disculpa?

—Siempre eres un poco extraña, por supuesto, por todas esas tonterías de la Novia y el Nigromante, pero tu comportamiento ha sido más extraño de lo habitual desde que salimos de Amandine. Dijiste poco menos de un puñado de palabras al volver a Cesarine, y dijiste aún menos en el barco de regreso a Requiem, a menos que cuentes ese horrible encuentro de por medio con tu prometido, y prefiero no reconocer que sucedió. Ese hombre es un completo y absoluto asno, y estoy bastante de acuerdo en que tomaste la decisión correcta al romper el compromiso.

La miro con incredulidad. Conmocionada. Sin tener en cuenta el hecho de que Odessa posee el descaro de llamar «extraño» a cualquiera, nunca esperé que fuera tan… tan perceptiva. Tal vez porque habla mucho sobre los globos oculares humanos y la Iglesia primitiva, o tal vez porque, por lo general, hace gala de una mirada de supremo aburrimiento.

—No es un asno —murmuro a la defensiva.

Ahora parece cualquier cosa menos aburrida. Me mira con esos ojos inteligentes y felinos y pregunta:

—¿Por eso has estado tan callada? ¿Por tu despreciable prometido?

Aparto la mirada rápidamente.

—Exprometido.

—Sí. Ese. —Cuando no respondo, se me acerca y chasquea sus afilados dedos para indicarme que me ponga de pie. Obedezco a regañadientes—. O… ¿puede que te arrepientas de la atroz acusación que lanzaste contra mi hermano? —Frunce los labios color ciruela antes de pasarme el vestido rosa por la cabeza—. No, tampoco es eso. Quizás aún te empeñes en que asesinó a nuestra prima y sigues conspirando para lograr la desaparición de toda la raza vampírica. ¿Me voy acercando?

—Porras. Me has descubierto.

Ahora frunce el ceño y me aprieta los tirantes del vestido con más fuerza.

—Creo que ocultas algo, Célie Tremblay.

No me atrevo a discutir, me arrastro de vuelta a mi sillón y levanto las rodillas hasta el pecho para rodeármelas con los brazos. Clavo la mirada en el fuego.

—¿La mataste? —pregunto—. ¿A Priscille?

—¿Y si lo hubiera hecho? Puedes estar segura de que ella te habría matado *a ti*. —Entonces, antes de que pueda presionarla para que me dé una respuesta de verdad, se sienta en el otro sillón y pregunta—: ¿De verdad has hablado con Mila? —Aunque su tono sigue siendo relajado, *demasiado* relajado, sus ojos desmienten el interés que siente cuando asiento, incapaz de reunir la energía necesaria para mentir o desviar la conversación. Elige un libro de la mesa entre nosotras sin comprobar el título—. ¿Y… dijo si volvería de visita? No es que la eche de menos, pero si por casualidad la viera…

—La última vez que hablé con Mila, me dejó claro que no podía ayudarnos.

Odessa pone los ojos en blanco.

—Mi prima tan encantadora como siempre, pero no *necesito* su ayuda. Solo quiero… bueno,

hablar con ella, supongo.

Un trueno retumba en el silencio que sigue a su declaración.

Ah. Apoyo la barbilla en las rodillas. Aunque nunca he pensado mucho en la muerte de Mila más allá de Michal, él no fue el único que perdió a un miembro de su familia esa noche. Por supuesto que Odessa también acusa su ausencia. De hecho, no la he visto pasar tiempo con nadie excepto con Dimitri; no cuenta con una madre cariñosa o unas tías quisquillosas, no tiene con quién bromear o amigas disfrazadas de damas de honor. Esa comprensión me provoca una punzada inesperada en el pecho. Que tu hermano sea tu único compañero… debe de ser increíblemente solitario.

—Michal dijo que no podría mantenerse alejada durante mucho tiempo —digo cuando el silencio entre nosotras continúa alargándose. Una rama de olivo—. Dijo que la tentación de entrometerse sería superior a sus fuerzas.

Una sonrisa renuente da forma a sus labios.

—Eso suena muy típico de mis dos primos.

—¿Quieres que compruebe si está aquí?

Devuelve el libro a la mesa mientras finge considerarlo, tratando con todas sus fuerzas de permanecer indiferente.

—Supongo… si no te resulta terriblemente difícil.

Suspirando por su terquedad, cierro los ojos y me concentro en el dolor hueco que siento en el pecho. Me doy cuenta de que se trata de *anhelo*. Por encima de todo, anhelo saber la verdad sobre mi hermana, al igual que Odessa anhela volver a ver a su prima. Mientras que lo primero está más allá de mi alcance —aunque a solo unos centímetros—, lo segundo sí está en mis manos. Puedo hacer esto por Odessa. Puedo hacer esto por Mila, y puedo hacer esto por mí; todavía no estoy lista para registrar la habitación de Dimitri, o para descubrir la verdad sobre Filippa. Puede que nunca lo esté.

Como en respuesta, el frío se torna más intenso a mi alrededor y la presión en los oídos aumenta hasta transformarse en dolor. Cuando abro los ojos una vez más, Odessa jadea levemente ante la nueva luz plateada que emiten y se inclina para acercarse más y estudiarlos.

—Michal me había hablado del brillo, por supuesto, pero su descripción no le hace justicia. Qué *deliciosamente* espeluznante. Cuéntame, ¿te afecta a la vista? Por ejemplo, ¿emite algún brillo más suave sobre tu campo de visión?

—Quítate el guante. —Con una sonrisa triste, extiendo mi palma desnuda en su dirección. La mira con curiosidad, pero tira de las puntas de su guante de todos modos; cuando su piel entra en contacto con la mía, jadea de nuevo, con los ojos muy abiertos y sorprendidos por la similitud de nuestras temperaturas.

—Fascinante… —La palabra parece quedársele atascada en la garganta cuando sigue mi mirada y ve a Mila, que se cierne sobre el altillo, mirándonos con una expresión bastante tímida. Al verla, tanto el calor como el dolor florecen juntos en mi pecho. Parece que Odessa no es la única que echa de menos a su prima.

—*¿Mila?* —Odessa prácticamente me arrastra hasta la escalera de caracol—. ¿De verdad eres tú?

Una pequeña sonrisa se extiende por el rostro de la aludida, y levanta una mano opaca a

modo de saludo.

—Hola, Des. —Cuando sus ojos se mueven hacia mí, se aclara la garganta con una risita incómoda—. Célie.

No puedo evitar mi propia sonrisa reticente en respuesta. Odessa sigue parpadeando a toda velocidad, intentando sin demasiado éxito dominar su sorpresa y deleite.

—Por un momento —digo—, llegué a pensar que habías avanzado sin despedirte, con todas esas tonterías que dijiste en la pajarera sobre negarte a *perseguirnos* y dejarnos ir, pero nos has estado siguiendo todo este tiempo, ¿verdad?

Mila se pasa su larga melena por encima del hombro y se desplaza hasta la planta inferior para reunirse con nosotras.

—Y menos mal, porque Guinevere nunca me habría seguido de no haber sido así, y demostró ser muy útil en Les Abysses. —Una pausa traviesa—. He oído que ahora sois las mejores amigas. Qué increíblemente especial.

—¿Guinevere? —Odessa nos mira alternativamente a una y a otra, intentando a todas luces dar sentido a nuestra conversación—. ¿Hablamos de Guinevere de *Mimsy*, la zorra desvergonzada que destrozó las ventanas de mi laboratorio? —Antes de que alguien pueda responder, como si no pudiera evitarlo, añade—: Y los fantasmas no pueden *avanzar*, Célie. Después de la muerte de sus cuerpos materiales, deben elegir entre cruzar al reino de los muertos o permanecer cerca del reino de los vivos. Ni siquiera tú puedes llegar a aquellos que eligen lo primero, y los segundos —mira a Mila como disculpándose— permanecen atrapados entre ambos reinos para toda la eternidad, incapaces de existir de verdad en ninguno de los dos.

Mila pone los ojos en blanco mientras mira el candelabro.

—Hablas como si te hubieras tragado *Cómo comunicarse con los muertos* enterito.

—Puede que lo ojeara un poco —resopla Odessa— después de que Michal me dijera que había hablado contigo. —Al mencionar a su hermano, el humor se desvanece de los ojos de Mila y su rostro se tensa casi imperceptiblemente. Aun así, Odessa lo ve—. Venga. No puedes seguir molesta con él después de todos estos años.

—Para tu información, no estoy *molesta* con él. Es solo que no quiero…

Odessa la interrumpe con un resoplido y lanza una mirada exasperada en mi dirección.

—Michal convirtió a Mila en vampira cuando eran jóvenes, y ella nunca lo perdonó. —A Mila, le dice con severidad—: Estabas *enferma*. ¿Qué esperabas que hiciera tu pobre hermano? Si yo hubiera visto a Dimitri consumiéndose así, muriendo despacio y de forma tan miserable, habría hecho cosas mucho peores para salvarlo.

Frunzo el ceño ante esta nueva información. Por primera vez en mi vida, no se me ocurre una sola cosa que decir. Porque Michal nunca ha mencionado nada de esto, ¿y por qué iba a hacerlo? Hasta la semana pasada lo creía un sádico, y no tuve reparos en decírselo tal cual. Aun así… un calor inexplicable me inunda el cuello, y tiro infructuosamente de la tela del vestido para que no me constriña la garganta. Yo compartí mucho sobre mi hermana en Amandine. Él podría haber hecho lo mismo. Le habría prestado encantada toda mi atención.

Como si sintiera mi incomodidad, Odessa me aprieta la mano, pero no hace nada más para reconocerla.

—Se pasó años, *años*, sin hablarle a Michal, y todo porque también entregó su corazón a un

asno igual de indigno que tu cazador.

Mila exhala bruscamente, ofendida, y cruza los brazos con fuerza contra el pecho.

—Esto no tiene nada que ver con Pyotr.

—¿No? ¿No intentó cortarte la cabeza cuando le mostraste tus preciosos colmillos nuevos? —Cuando Mila frunce el ceño, negándose a responder, Odessa asiente con oscura satisfacción, el epítome de una hermana mayor. Ese dolor en mi pecho se multiplica por diez—. Michal no ha convertido a una sola criatura desde ese día —me informa—. En toda su existencia, solo ha engendrado a su ingrata hermanita, que aún lo castiga por ello todos los días.

La comprensión se agita en mi estómago, y su insistencia —no, su *beligerancia*— sobre que nunca beba de él ni de ningún otro vampiro cobra sentido de repente. Aun así… le frunzo el ceño a Odessa, confusa.

—¿Quién te engendró a ti, entonces?

Ella mira deliberadamente a Mila, quien, a pesar de toda su sabiduría, parece bastante más joven en presencia de su prima. Permanece cruzada de brazos. Con la mandíbula tensa. Tal como se comportó en la pajarera con Michal, a quien parece defender y condenar en igual medida.

—¿Qué? —nos espeta a los dos—. No esperaríais en serio que viviera eternamente con la única compañía de *Michal*. Quiero a mi hermano, de verdad que sí, pero tiene tanta personalidad como esa roca. —Señala con la barbilla el acantilado que tenemos detrás—. Salvo que esa roca no trata de controlar todos mis movimientos.

El calor que siento en el cuello hormiguea con más intensidad, hasta que ya no me incomoda, sino que se transforma en una irritación abrupta y alarmante. Mi boca se abre antes de que pueda pensarlo mejor, antes de que pueda detener la mordaz acusación.

—No parece justo guardarle rencor a Michal si también convertiste a tus familiares en vampiros, Mila.

Un sonido de incredulidad escapa de su garganta.

—¡Como si supieras algo al respecto! El hecho de que ahora a ti te tenga encandilada no significa que todos los demás lo estén, y…y… —se le escapa un gemido de frustración, y todo su cuerpo parece desplomarse cuando el mío se pone rígido— y *lo siento*. Eso ha sido algo horrible que decir, y por supuesto que no lo decía en serio. Es solo que Michal es Michal, y eligió por mí. *Siempre* elige por mí, y ahora ya ni siquiera soy una vampira. Estoy *muerta*. Todos vosotros habéis estado dando vueltas por el mundo, viviendo un montón de aventuras maravillosas, y yo no puedo ir con vosotros. No de verdad. Nadie puede *verme* siquiera excepto a través de ti, Célie, y es solo que… no es… —Sea lo que fuere, Mila parece no poder expresarlo, pero aun así lo entiendo: justo. No es justo. ¿Qué dijo Michal sobre su hermana?

Todo aquel que posaba los ojos en ella la adoraba.

Y ahora es invisible.

Suavizando la expresión, Odessa se coloca a la altura de Mila, en el escalón inferior.

—Sabes que todos te echamos de menos, Mila. Incluso los aldeanos. Nadie está resentido contigo por las decisiones de Michal. Sí sienten resentimiento hacia las medidas de seguridad extremas alrededor de la isla, pero nunca se han sentido resentidos contigo.

Mila se limpia furiosamente las mejillas.

—Eso ya lo sé. Por supuesto que sí. Solo estoy siendo tonta.

Una especie de tranquila resignación se asienta sobre mí. Ni siquiera en la muerte ha encontrado Mila la paz con su hermano, consigo misma, y si no me ando con cuidado, lo mismo se dirá de mí. Me esconda o no de la verdad, el Nigromante seguirá intentando matarme. Nada de lo que descubra acerca de mi hermana cambiará esa realidad; entonces, ¿por qué, exactamente, tengo tanto miedo de buscar? Lo peor ya pasó; mi hermana está muerta, y me niego a seguirla al más allá.

Aún no.

—En cuanto *a ti* —dice Odessa, tirando de mi mano hasta que me reúno con ella en la escalera —, tienes que hablar con mi hermano. Detesto admitirlo, pero la idea de que tengas planes de muerte y destrucción no encaja contigo, simplemente no eres de esas, y Dimitri merece la oportunidad de defenderse.

—Tal vez tengas razón. —Tiro de Odessa para apartarla de las escaleras y cruzo la habitación hasta donde mi capa verde oscuro cuelga de un gancho al lado el armario—. ¿Dónde puedo encontrarlo? ¿En su habitación?

Odessa y Mila intercambian una mirada rápida y furtiva.

—No estoy segura de que su habitación sea el mejor lugar para hablar —dice Mila después de varios segundos—. Puede que en el estudio de Michal…

—Es una conversación que preferiría mantener en privado.

Odessa se obliga a esbozar una sonrisa incómoda.

—Por supuesto, querida, pero dadas las circunstancias…

Saco el cuchillo de plata de la capa de viaje de Michal, que Odessa debe de haber colgado junto a la mía. Su sonrisa se tambalea cuando me guardo el arma en la bota.

—Dadas las circunstancias, no tiene nada que ocultar, ¿correcto? ¿Por qué no deberíamos reunirnos en su habitación?

Ninguna de las dos dice nada durante un largo instante. Entonces, cuando temo haber exagerado mi mano, Mila habla por fin.

—Su habitación está en la torre norte, es la tercera puerta a la izquierda, pero… intenta no juzgarlo con demasiada dureza, Célie. Necesita toda la ayuda que podamos brindarle.

Capítulo 43

La historia de Dimitri

Lo que fuera que esperara encontrar en la habitación de Dimitri —cadáveres, tal vez, o grilletes ensangrentados y frascos llenos de dientes— no se corresponde con el luminoso y colorido dormitorio que me aguarda. De hecho, cuando cruzo la puerta por primera vez, retrocedo casi de inmediato, convencida de que he ido a parar a la estancia equivocada. Una gran chimenea ilumina toda la escena. Bufandas de color aguamarina, magenta y amarillo verdoso cuelgan del techo y de las persianas, mientras que una variedad de sombreros descansa sobre los postes de su cama y se alzan en pilas precarias sobre su mesita de noche.

En el pasillo, niego con la cabeza para despejarme y cuento las puertas con más cuidado.

Una. Dos. Tres.

Abro la puerta y me encuentro con la misma extraña casa de fieras, parecida a la carpa de un circo, lo cual significa que Dimitri debe de ser, bueno, una especie de *coleccionista*. Tomo una profunda respiración, cruzo el umbral y cierro la puerta detrás de mí.

Hay llaves centelleando desde los curvos muros de piedra, junto a cestos y más cestos llenos de libros. Libros *extraños*. Me acerco con cautela y sigilo y tomo el que está encima de todo: una edición de bolsillo de la Santa Biblia. Debajo se encuentra *Gatos a la moda y las personas que los cosieron*. Devuelvo ambos libros a su sitio con una mueca.

Hará falta un milagro para encontrar algo de Filippa en medio de todo este lío.

A continuación, me dirijo al escritorio, porque si había una carta, tiene que haber más, y si Dimitri fue quien las escribió, seguro que las habrá guardado. *O*, dice una vocecita esperanzada en mi cabeza, *no conocía a Filippa en absoluto*.

Ese sería el mejor de los escenarios, por supuesto.

Y también el peor.

Sin una conexión entre Dimitri y Filippa —y, por lo tanto, con Babette— tengo exactamente cero formas de encontrar al Nigromante.

Resulta que el escritorio rivaliza incluso con el desorden de las paredes: frascos de perfume, botones y rollos de monedas desparejas cubren la superficie, y en el interior de los cajones encuentro cajas de cerillas y relojes de bolsillo, una estilográfica y hasta una vieja muñeca andrajosa. Cosas corrientes. Cosas prosaicas.

Cientos de ellas, y ni una sola carta a la vista.

Frustrada y aliviada, cierro el cajón de golpe, suspiro profundamente y me giro para echar un vistazo general a la habitación. Al margen de Filippa y su amante secreto, al margen de Dimitri y Babette e incluso del Nigromante, esta habitación no tiene sentido. ¿*Esto* es lo que Odessa y Mila temían que viera? ¿La colección de chorradas de Dimitri?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Con un chillido, me alejo del escritorio de un salto y me giro hacia la puerta, donde Dimitri está apoyado con los brazos cruzados y los labios apretados en un gesto suspicaz.

—¡Dimitri! ¡Has vuelto!

—Y tú estás husmeando en mi habitación.

—No estaba… Para tu información, no estaba husmeando en ningún lado. Solo te estaba esperando. La última vez que hablamos, querías tener una conversación, y ahora, bueno, estoy lista para tenerla.

Se aleja del umbral y entra en la habitación antes de cerrar la puerta con un suave clic. Intento no estremecerme ante ese sonido.

—No, no lo estás —dice.

—¿Cómo dices?

—No estás lista para mantener una conversación. Justo ahora, estabas rebuscando en mi escritorio, y también puedo olerte en mis libros. —Entorna los ojos mientras me estudia—. Has estado buscando algo.

Nos miramos durante varios segundos. La cautela parece hacer acto de presencia en su expresión a medida que el silencio entre nosotros se vuelve más profundo, o más bien, una especie de tirantez, y me pregunto si su larga charla con Michal habrá ido muy mal. Al final, señalo todas las chucherías a nuestro alrededor.

—¿Qué es todo esto?

Sus ojos aterrizan en la hilera de zapatos debajo del pie de su cama.

—Yo no maté a Mila, Célie.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Y tú tampoco crees que la haya matado, o no te habrías arriesgado a venir aquí sola. No soy el Nigromante. No —vacila y traga saliva— quiero tu sangre para ningún rito oscuro.

Sin embargo, algo en su voz cambia al pronunciar esas palabras, y se me eriza el vello de la nuca cuando recuerdo una vez más la advertencia de Michal. *Dimitri es un adicto. No ha pensado en nada más que en tu sangre desde que te conoció ayer.*

De repente, me siento increíblemente tonta por venir aquí y, de repente, no tengo nada más que perder. Saco el cuchillo de mi bota, lo coloco entre nosotros y gruño:

—¿Conocías a mi hermana?

No retrocede al ver la plata, no da ninguna señal de haberla visto, sino que parpadea como si hubiera hablado en un idioma extranjero.

—¿A quién?

—A mi hermana —repito con los dientes apretados—. Filippa Tremblay. Morgane la asesinó el año pasado, pero quiero saber… necesito… Vas a decirme si la conociste.

Abre un poco los ojos al ver mi expresión y levanta las manos en un gesto conciliador.

—Célie, no he visto a tu hermana en toda mi vida.

—Pero no estás exactamente vivo, ¿verdad? Y no he preguntado si la habías visto. Te he preguntado si la *conocías*.

—¿Hay alguna diferencia? —pregunta, impotente.

Aprieto el cuchillo hasta que los nudillos se me quedan blancos mientras estudio su rostro, mientras busco cualquier cosa —*cualquier cosa*— que revele un posible subterfugio.

—Puedes conocer a una persona sin verla siquiera. Mediante cartas, por ejemplo.

—Nunca supe de la existencia de tu hermana y nunca le escribí. La única persona a quien he escrito una carta es a la *Dame des Sorcières*. —Se encoge de hombros sin fuerzas y deja caer los brazos—. Es amiga tuya, ¿verdad? ¿Louise le Blanc? Le escribí el mes pasado.

Ahora me toca a mí parpadear.

—¿Le escribiste una carta a Lou?

Con los hombros caídos, me rodea —levanto más el cuchillo cuando pasa por mi lado— y se derrumba en una silla de cuero cerca de su cama. Un collar de oro cuelga del reposabrazos. Tiene mucho cuidado de no tocarlo mientras se frota la cara con una mano cansada.

—Tienes que escucharme, Célie. Te conozco, piensas lo peor, pero no podrías estar más equivocada. No soy el Nigromante —repite, con más contundencia esta vez—. No estoy aliado con él, no maté a ninguna de esas criaturas, y lo único que quiero de Babette es el grimorio. *Necesito* ese grimorio.

—Lo has dejado excepcionalmente claro.

—Sigues sin entenderlo. —Con un gemido de frustración, echa la cabeza hacia atrás y contempla los ramos de flores cerca del techo mientras busca las palabras adecuadas—. Michal te habló de la sed de sangre —dice por fin. Aunque no es una pregunta, asiento de todos modos, y su boca adopta un ademán sombrío—. Así que sabes que soy un adicto. Puede que no mate a sangre fría como el Nigromante, pero mis manos están igual de manchadas; no, están *peor*. —Cierra los ojos como si las palabras le hubieran costado algo, como si le hubieran causado un dolor increíble —. Merezco tus sospechas, tu odio. Aunque no siempre ha sido así: la aflicción se vuelve más difícil de controlar con cada año que pasa, he perdido la cuenta de a cuántas personas he matado. Pero todavía puedo ver sus rostros —añade con desconsuelo mientras hace un gesto para señalar la habitación. Siento la boca seca—. Todavía saboreo su miedo en el instante en que se dan cuenta de que no voy a parar, de que *no puedo* parar, y esa… *esa* es la verdadera adicción.

Cuando abre los ojos de golpe, retrocedo un paso y tiro varios frascos de perfume. Se hacen añicos contra el suelo.

—¿Te refieres… quieres decir…? —Como una loca, observo el desorden a nuestro alrededor y el estómago me da un vuelco cuando lo comprendo. Pero no puede ser cierto. No puede estar pasando—. Dimitri —bajo la voz hasta convertirla en un susurro horrorizado y levanto la muñeca andrajosa—: ¿Esto son *recuerdos*?

—Para no olvidarlos. —En sus ojos aparece un brillo inquietante cuando clava la mirada en la muñeca—. A ninguno de ellos.

—Pero hay *cientos*…

—Haces bien en temerme —dice en tono sombrío—. Si no fuera por Michal, te habría matado en el preciso instante en que entré en tu habitación. No habría sido capaz de contenerme. Hueles…

deliciosa.

Algo en su expresión me recuerda sobremanera a Yannick, y retrocedo otro paso, al venírseme a la cabeza el resto de la advertencia de Michal.

Cuando Dimitri se alimenta, pierde la conciencia. Muchos vampiros se olvidan de sí mismos durante la caza, pero un vampiro afectado por la sed de sangre va más allá de eso. No recuerda nada, no siente nada, e inevitablemente mata a su presa de formas espantosas y horripilantes. Si pasa el tiempo suficiente, se convierte en un animal como Yannick.

—Te quiero lejos de mí. —La voz me tiembla ligeramente al lanzar una mirada apresurada a la puerta, y Dimitri se incorpora despacio—. No te me acerques más.

—No quiero hacerte daño, Célie. —Se le quiebra la voz al decir esto último, pero la sombra se desvanece de sus facciones tan deprisa como ha aparecido, dejándolo pequeño, solo y desgraciado —. *No* te haré daño. Lo prometo.

—No parece una promesa que estés en condiciones de cumplir.

—Pero ¿es que no lo ves? —Aunque se retuerce las manos con desesperación, no hace ningún movimiento para cerrar la distancia entre nosotros, y me relajo mínimamente—. Por esto necesito el grimorio. Ese hechizo es lo único que puede curar la sed de sangre. Sin él, volveré a matar, una y otra vez, hasta que Michal se vea obligado a arrancarme el corazón. Y me lo mereceré. Célie, *me lo merezco* por todo el dolor que he causado. Cuando me conociste… la sangre del pasillo… acababa de…

—Para. —Sacudo la cabeza, frenética, y retrocedo hasta la puerta—. Por favor, no quiero saber…

—Mila intentó mantenerme bajo control. Fue la única que mostró empatía. Ni siquiera Odessa entendió nunca por qué no podía controlarme. Estudió detenidamente sus libros en busca de una explicación, una cura, pero al final, fue Mila quien sugirió que visitáramos a la *Dame des Sorcières*.

La mano se me queda paralizada sobre el pomo de la puerta. No sé qué decir, qué *pensar*, mientras mi mente se esfuerza por comprender que unos *vampiros* buscaran la ayuda de Louise le Blanc, la misma mujer que se pasea por ahí como la Anciana, riéndose a carcajadas y pellizcándole el trasero a Reid. Pero quizá tenga sentido. Lou es la bruja más poderosa del reino y derrotó a la mujer más malvada de la historia.

—Ella te habría ayudado —susurro a mi pesar.

—Le escribí para contarle lo de mi aflicción. —Dimitri niega con la cabeza en un gesto de disgusto, todavía cuidadosamente inmóvil por lo demás—. O, al menos, escribí a Saint-Cécile.

—¿Que hiciste *qué*?

—No sabía dónde más encontrarla, e incluso en Requiem nos enteramos de su matrimonio con el *chasseur*.

—Michal recopiló hasta el último detalle de toda mi *vida* en una sola noche. Seguro que podría haber encontrado su dirección. ¿Por qué ibas a enviar una carta a la Torre de los *chasseurs* para solicitar magia? Puede que hayan evolucionado desde la batalla de Cesarine, pero no tanto.

Dimitri levanta la barbilla y un rastro de terquedad regresa a su mirada.

—No quería involucrar a Michal. Él no hubiera permitido que fuéramos, y cuando la *Dame des Sorcières* respondió con una hora y un lugar para nuestra reunión, Mila insistió en acompañarme.

—Eso no tiene ningún sentido. —Frunzo el ceño y suelto poco a poco el pomo de la puerta—.

Lou se fue de Saint-Cécile el año pasado. No pudo recibir ninguna carta entregada allí.

—No. —Con cautela, como si apaciguara a un animal salvaje, mete la mano en su abrigo y saca un trozo de pergamino doblado. Me lo tiende con una sola mano, obligándome a cruzar la habitación para tomarlo—. No lo hizo.

Lo agarro a toda prisa antes de retroceder hasta su escritorio.

No registro las palabras en sí mismas mientras desdoblo el pergamino. No. Es la caligrafía. Mi mirada se detiene en ella y siento que el corazón se me petrifica al ver los trazos familiares de la pluma, masculinos y espeluznantes en su conjunto. Porque solo la he visto una vez antes, en la carta de amor doblada dentro del relicario de mi hermana.

—No fue Louise le Blanc quien nos recibió a las afueras de Saint-Cécile esa noche —continúa Dimitri—. Un hombre con una capa con capucha atacó desde las sombras, y… perdí el control. —Sus ojos se vuelven distantes al pronunciar las palabras, y sé que están viendo un escenario diferente al de su macabro dormitorio—. Debería haber olido la magia en sus venas, debería haber reconocido que era un brujo de sangre, pero en vez de eso, solo… reaccioné.

—¿Qué pasó? —susurro.

—Lo mordí. —Se encoge un poco, como si reviviera el momento exacto, el sabor exacto de la sangre del Nigromante—. Y como sabes por Les Abysses, la sangre de una *Dame rouge*, o en este caso, de un *Seigneur rouge*, actúa como veneno para sus enemigos. Incluso con los vampiros. A duras penas escapé con vida.

—¿Y Mila?

Niega con la cabeza.

—Babette se unió al hombre encapuchado con alguna especie de inyección. Debía de contener más sangre suya, porque Mila cayó al instante. Lo único que pude hacer fue quedarme mirando mientras lanzaban un hechizo del grimorio que la dejó seca. —La voz se le quiebra al final, y una horrible presión se me acumula en la garganta al imaginarme la escena. No debió de ser indoloro ni rápido—. Cuando terminaron con ella, avanzaron por el callejón, tentándome con su grimorio. Prometiéndome que podrían traerla de vuelta, que podrían darme el hechizo que necesitaba para curar la sed de sangre. Tenía que… tenía que irme de allí, Célie. Tenía que dejar a Mila, o habría muerto. Me habrían matado a mí también. Los tres huimos justo cuando llegaron los *chasseurs*.

Siento la garganta demasiado cerrada para hablar.

Simplemente no es justo.

Mila no quiso revelar la verdad ni siquiera tras su muerte. Y eso *no es* justo, soportó una ejecución horrible mientras buscaba una cura para su primo y Dimitri escapó ileso. Abandonó su cadáver en la basura detrás de Saint-Cécile y ha asesinado a *cientos* de inocentes, pero es él quien sobrevive para llorarla. Para llorarse a sí mismo. Si tuviera algo en el estómago, lo habría echado en este instante.

Con cuidado, le devuelvo la carta y murmuro:

—Lo siento.

No puedo ni mirarlo. No se me ocurre nada más que decir.

—Quería a mi prima. —En un abrir y cerrar de ojos, Dimitri se coloca frente a mí, un fuego ardiendo en sus ojos marrones. Levanto el cuchillo en un acto reflejo—. La quería, Célie, y haré lo que sea necesario para vengar su muerte. Yo mismo le arrancaré el corazón al Nigromante.

Encenderé la pira de Babette. —Aparta el cuchillo de un manotazo, me agarra por los hombros y me obliga a enfrentarme directamente a esa ardiente mirada. A *verlo* de verdad—. Pero primero necesito su grimorio. Necesito recuperar el control, y necesito asegurarme de que lo de Saint-Cécile no se repita nunca.

Y tiene una expresión tan sincera, tan *feroz* —la combinación perfecta del Dimitri que conocí y el Dimitri al que descubrí en Les Abysses—, que sé que es la auténtica. Lo sé en lo más hondo de mi alma. Ha hecho cosas horribles, sí —cosas imperdonables—, pero todo el mundo las ha hecho.

Incluso Filippa.

Si nadie lo ayuda, ayudarlo de verdad, seguirá matando, y su espantosa colección seguirá creciendo hasta que lo aplaste bajo su peso.

—Te ayudaré a encontrar el grimorio —le digo.

Rezo para vivir lo suficiente como para arrepentirme.

Capítulo 44

Una mariposa de plata

Mis padres nunca envolvieron los regalos destinados a Filippa y a mí. Esa tarea siempre recaía en Evangeline, que tenía la desafortunada costumbre de esperar hasta Nochebuena para envolver cualquier presente. Volvía loca a mi madre, pero para mí se convirtió en una tradición anual: cuando el reloj daba la medianoche, despertaba a Pippa y, juntas, por lo general fingiendo que éramos piratas, nos escabullíamos hasta el estudio de mi padre para inspeccionar el botín. Incluso improvisé unos parches para los ojos y un loro ligeramente deforme para que ella lo luciera en el hombro. Lo llamó Fabienne e insistía en llevarlo a todas partes hasta que mi madre intervino, gritando algo acerca de la suciedad, y lo tiró a la basura. Filippa y yo lloramos durante una semana entera.

Por supuesto, a medida que pasaban los años, Pippa se volvió más reacia a fingir conmigo. Sus sonrisas se tornaron menos indulgentes y desaparecieron por completo el año en que Evangeline nos dejó. Al año siguiente, nuestra nueva institutriz, una mujer de piel cetrina y cara pálida que detestaba a los niños, guardó nuestros regalos en un armario cerrado con llave fuera de su dormitorio. Cuando aun así desperté a Pippa, decidida a continuar con nuestro juego, se echó la manta sobre la cabeza y se dio la vuelta con un gemido.

—Vete, Célie.

—¡Pero si todo el mundo está dormido!

—Como deberías estarlo tú —se quejó.

—Venga, Pip. Padre vio un pañuelo azul precioso en el mercado la semana pasada y quiero ver si me lo compró. Dijo que estoy preciosa de azul.

Abrió un ojo para fulminarme desde detrás de sus legañas.

—El azul te queda fatal.

—No tanto como a ti. —Le clavé el dedo en las costillas un poco más fuerte de lo estrictamente necesario—. Bueno, ¿te vienes? Si no está allí, me lo compraré como regalo anticipado. —Le sonreí a la luz de la vela entre nuestras camas—. Este año, Reid vendrá la mañana de Navidad, y quiero ir a conjunto con su abrigo.

En ese momento, retiró su manta y entornó los ojos.

—¿Y cómo vas a comprarlo? No tienes dinero.

Me encogí de hombros, completamente despreocupada, y me dirigí a la puerta del dormitorio.

—Padre me dará un poco si se lo pido.

—Sabes de dónde saca el dinero, ¿no? —Pero yo ya avanzaba por la oscuridad del pasillo, lo cual la obligó a agarrar la vela y sisear—: ¡Célie! —Corrió detrás de mí—. Nos vas a meter en problemas a los dos, lo sabes, ¿no? —Se frotó los brazos para combatir el frío—. Y todo por una bufanda fea. De todos modos, ¿*por qué* necesitas ir a conjunto con Reid? ¿De verdad tiene que ponerse su uniforme de *chasseur* para añadir un leño a nuestro fuego de Yule?

Al llegar a la puerta de la habitación de nuestra institutriz me giré para mirarla.

—¿Por qué estás tan decidida a odiarlo?

—No lo odio. Es solo que me parece ridículo.

Me quité las horquillas del pelo y me agaché para meterlas en la cerradura de la puerta del armario.

—Bueno, ¿qué quieres *tú* esta Navidad? ¿Una pluma bonita y un fajo de pergamino? ¿Un frasco de tinta? Has estado escribiendo un montón de cartas…

Cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho.

—*Eso* no es asunto tuyo.

Me esforcé para no poner los ojos en blanco, metí las horquillas más hondo en la cerradura y soplé un mechón de pelo para apartármelo de la cara. El libro que había leído sobre forzar cerraduras hacía que pareciera mucho más fácil.

—Uf, aparta. —Pippa me pasó la vela, tomó las horquillas y se agachó hasta quedar al nivel del ojo de la cerradura. Con unos pocos giros rápidos y precisos de sus dedos, el mecanismo hizo clic y el pomo giró con facilidad. La puerta se abrió.

»Ya está. —Se puso de pie y señaló la bufanda azul doblada en el estante del medio—. No habrá necesidad de rebajarse. Mañana coincidirás con tu amado cazador por Navidad, y el mundo seguirá girando.

Me quedé mirándola, asombrada.

—¿Cómo lo has *hecho*?

—Te repito que no es asunto tuyo.

—Pero…

—Célie, forzar una cerradura no es una tarea hercúlea. Cualquiera puede hacerlo con un poco de paciencia. Aunque ahora que lo digo, puede que para ti suponga un problema. Siempre te han servido todo lo que has querido en bandeja de plata. —Entonces retrocedí, herida, con la mano medio extendida hacia mi bufanda, y los hombros de Pippa se desplomaron mientras sacudía la cabeza—. Lo siento, *ma belle*. No debería haber dicho eso. Te… te enseñaré a forzar cerraduras a primera hora de la mañana.

—¿Por qué? —pregunté, sorbiendo por la nariz—. Está claro que no tienes muy buena opinión de mí.

—No, no. —Me agarró la mano cuando la separé de la bufanda—. Es solo… todo esto. —Su mirada se desplazó de mala gana al armario, donde había lazos de raso para el pelo y joyeros de terciopelo apilados en ordenadas filas. Ese año, *père* le había comprado una maqueta en miniatura del universo; los planetas emitían un suave resplandor a la luz de la vela—. Nuestros padres no son buena gente, Célie, y tampoco lo es… —Se detuvo de golpe, dejó caer mi mano y apartó la

mirada—. Bueno, sencillamente sacan a relucir lo peor de mí. Eso no significa que deba desquitarme contigo.

Sentí las mejillas inexplicablemente cálidas mientras apartaba la mirada de ella y le señalaba los montones de regalos. Puede que Filippa creyera que yo era una mimada —puede que incluso una insulsa—, pero al menos no estaba decidida a ver el mundo medio vacío.

—Sé que nuestros padres pueden ser… difíciles, Pip, pero eso no significa que solo sean malos. Estos regalos son la única forma que conocen de demostrarnos su amor.

—¿Y cuando se acabe el dinero? ¿Cómo nos querrán entonces?

Pippa sacudió la cabeza, me quitó la vela y se dio la vuelta para echar a andar por el pasillo, y entendí su mensaje alto y claro: *se acabó la conversación*. Sentí un nudo en el pecho mientras observaba cómo se alejaba, hasta que me sorprendió al mirar por encima del hombro y dijo:

—No puedes conseguir nada sin dar algo a cambio, Célie. En este mundo todo tiene un precio, incluso el amor.

En aquel entonces, no tenía forma de saber dónde había escuchado esa expresión.

Solo sabía que era verdad, porque mi hermana lo había dicho, y ella jamás me mentiría.

No me puse el pañuelo azul esa mañana de Navidad y Filippa arrojó su maqueta del universo a la misma papelera a la que nuestra madre había arrojado a Fabienne.

—Tengo un regalo para ti.

Con las manos entrelazadas a la espalda, Michal se mantiene muy erguido y extrañamente vulnerable en su dormitorio, con la camisa arremangada tras haberse quitado la chaqueta. Echo una mirada nerviosa a la pequeña mesa que tiene al lado. Alguien —presumiblemente el sirviente malhumorado que ha venido a buscarme— la ha llenado de fruta, quesos, carnes y pasteles. La boca se me hace agua al instante ante lo que parece ser *pain au chocolat* y, reacia, bajo el resto de las escaleras en contra de mi buen juicio. No hay hojas de col a la vista.

—No tenías por qué…

—Por supuesto que sí. —Se aclara la garganta, retira una de las dos sillas de la mesa y me hace señas para que me siente—. Y este no es el regalo. Esto es *comida*, cosa que deberías haber recibido desde que llegaste a Requiem.

Me hundo en el asiento y doblo la servilleta en mi regazo en un acto reflejo antes de alcanzar el plato más cercano: huevos con champiñones silvestres y queso salado. Si Michal quiere algo de mí, tengo que ser lo bastante inteligente para darme cuenta. Eso significa comida. El estómago me ruge para expresar que está de acuerdo.

—Una sirvienta me traía comida de vez en cuando. Y Dimitri —añado tras una ocurrencia tardía—. Una encantadora cena a base de repollo, mantequilla y huevos duros.

—Repollo y mantequilla —repite Michal.

Asiento y casi gimo con el primer bocado, y su mirada desciende hasta la herida a medio curar en mi garganta. De repente, se sienta en la silla frente a mí.

—Odessa me ha contado que has hablado con él.

—Las buenas noticias vuelan.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que crees en su historia? ¿Crees que es inocente?

Me procuro una crepe de lo alto de una pila tambaleante.

—No diría exactamente que es *inocente*, pero sí, ya no creo que Dimitri sea el Nigromante.

Aunque siento el pecho tenso al admitirlo, me niego a reconocerlo y me centro en cambio en la magnífica variedad de comida que tengo delante antes de añadir varias rodajas de manzana y queso blanco a mi plato. Michal sigue cada movimiento con gran interés. *Demasiado*. Sé lo que está pensando, por supuesto. Sin Dimitri como sospechoso, solo nos quedan dos personas que investigar: Coco y ahora Filippa. Puesto que el baile de disfraces es mañana por la noche, sin duda Coco será el hilo más fácil de seguir, pero si Coco Monvoisin supiera algo sobre el Nigromante —*sobre todo* después de que estableciera un vínculo con Babette—, ya estaría muerto.

La cruz de Filippa continúa apretándome el cuello.

Aun así, me meto un enorme bocado de mermelada de fresa en la boca, retrasando lo inevitable. Luego, trago saliva.

—Deberíamos volver a Les Abysses.

Michal empuja una hogaza de brioche por la mesa antes de servir café en una copa de cristal y también deslizarla hacia mí con aire despreocupado.

—A Babette se la ha tragado la tierra, lo más probable es que se haya ocultado con el propio Nigromante. Nadie la ha visto ni oído hablar de ella desde que huyó.

—Pero Pennelope…

— … ha desaparecido junto con el resto del Edén. Ahora, el edificio está vacío y abandonado, lo único que queda es polvo. —Hace una pausa mientras me observa oler el café—. Sabía que Éponine no se quedaría después de nuestro desafortunado encuentro con Babette. A pesar de sus amenazas, teme demasiado a los vampiros como para arriesgarse a despertar mi ira, o la del Nigromante. Estoy seguro de que él tampoco se sintió satisfecho con los procedimientos.

—Ya veo. —Asiento con una horrible sensación de vacío y procuro no hacer una mueca. De repente, el café me sabe amargo en la boca—. Eso… eso *es* bastante desafortunado.

—En efecto.

Nos quedamos en silencio, excepto por el sonido de mi tenedor contra el plato. Se vuelve más penetrante con cada momento que pasa —más fuerte, *insoportable*—, hasta que mi conciencia me impide seguir pinchando los huevos.

—¿Has acabado? —pregunta Michal en voz baja.

Asiento sin hablar, sin mirarlo tampoco, y en vez de eso, contemplo las paredes salpicadas de mica de su cueva. La marea debe de haberse retirado en algún momento de la noche; un islote de piedra brilla ahora en el centro de la caverna, demasiado pequeña y demasiado distante para verla bien.

—Solo es visible durante la marea baja —murmura Michal, siguiendo mi mirada—. Mila siempre nos arrastraba a Dimitri, a Odessa y a mí para que celebráramos fiestas en el jardín en ocasiones especiales. Ella elegía los ramos de flores y traía botellas de sangre con unas gotas de champán. Insistía en que Dimitri y yo lleváramos puños de encaje.

Puedo escuchar la sonrisa en su voz con tanta claridad como puedo imaginarme la escena de sus recuerdos: un cuarteto de vampiros etéreos remando mar adentro a la luz de la luna, cada uno

con un cesto lleno de rosas y una botella de sangre.

—Eso suena… precioso —digo al fin. Y es verdad. Una fiesta de vampiros en el jardín suena a algo sacado directamente de un cuento de hadas, y… y no sé qué dice eso sobre mí.

Necesito contarle lo de la nota de Filippa.

Necesito contarle lo de la caligrafía que he reconocido, necesito trazar algún tipo de plan en caso de que el Nigromante ataque de nuevo. Retorciendo la servilleta que tengo en el regazo, respiro hondo y digo:

—Michal…

—Ven aquí.

Sorprendida, levanto la mirada y descubro que ya no está sentado en la mesa, sino de pie, quieto y en silencio junto a su cama. Encima de la colcha hay una caja de ropa negra como la tinta atada con un lazo esmeralda. Las letras doradas estampadas en la parte frontal rezan BOUTIQUE DE VÊTEMENTS DE M. MARC y destellan a la luz de las velas. Vacilante, me pongo de pie.

—¿Es mi disfraz para la víspera de Todos los Santos?

—*Monsieur* Marc lo entregó hace una hora, junto con sus saludos. —Se aclara la garganta de nuevo y, a menos que me equivoque mucho, ahora parece casi… *nervioso*. Pero no puede ser verdad; se trata de Michal, y si el rey de los vampiros ha sentido alguna vez siquiera una punzada de incertidumbre, me casaré con Guinevere.

—Solicité que hiciera algunas modificaciones en el vestido original —dice, metiendo las manos en los bolsillos—. Espero… espero que te gusten.

Muy a mi pesar, me pica la curiosidad, doy un paso adelante y tiro de la cinta esmeralda.

—¿Qué problema había con el vestido original? ¿No te gustan las mariposas?

—Al contrario.

—Entonces, ¿qué has…? —La respuesta, sin embargo, me deja momentáneamente muda al levantar la tapa de la caja y apartar el papel de seda negro—. Ay, mi madre —susurro.

En lugar del vestido de cola de golondrina esmeralda prometido, *monsieur* Marc ha confeccionado un brillante y resplandeciente vestido plateado. Incluso doblado dentro de la caja, la gasa parece fluir como agua, y cuando lo saco —incrédula, atónita— la falda se despliega para revelar miles de intrincados diamantes cosidos en cada pliegue. El corazón se me sube a la garganta. Los diamantes en cuestión reflejarán la luz de hasta la última vela del salón de baile cuando camine, y la *cola…* es de la longitud de una catedral, como mínimo, y se divide por la mitad para asemejarse a las dos alas de una mariposa, que se unen a las mangas transparentes por la muñeca.

Una capelina de diamantes, más larga que la falda pero igual de impresionante, completa el conjunto.

Me hacen falta varios intentos para conseguir hablar.

—No puedo… Esto es lo más… ¿Cómo…?

Al verme balbucear, el rostro de Michal se relaja un poco y las comisuras de su boca esbozan una sonrisa.

—*Un papillon*. —Se saca del bolsillo un pañuelo de seda y aparta cuidadosamente a un lado la capelina para revelar una máscara de media cara bordada con unas delicadas alas de organza. Va con cuidado de no tocar nada con la piel desnuda—. Aunque creo que podría haber ampliado la

definición al pedirle a *monsieu*r Marc que creara una de metal.

Ansiosa, deslizo las manos por la tela mientras la vuelvo a meter dentro la caja. No puedo aceptar un regalo así. Por supuesto que no puedo. Las palabras que salen de mi boca, sin embargo, son bastante diferentes.

—¿La ha cosido con plata de verdad? *¿Cómo?*

Michal se encoge de hombros, ensancha la sonrisa y mis manos juguetean un poco con la tapa de la caja en respuesta. No sé si lo había visto sonreír antes; al menos, no así. Abiertamente. Con sinceridad. Le suaviza toda la expresión, dulcifica sus rasgos crueles y los convierte en algo casi humano… y lo vuelve imposiblemente más hermoso—. *Él* te diría que hiló la paja hasta convertirla en oro. Sin embargo, la realidad es que me debía un favor, y le gustas lo suficiente como para ponerse guantes.

Cuando me entrega la cinta esmeralda, me roza la palma con los dedos sin pretenderlo. Los deja ahí durante otro segundo. Dos. Luego, lenta, deliberadamente, traza las líneas de esa zona, y se me pone la piel de gallina por todas las piernas. Su tono se vuelve irónico:

—También te pide un baile mañana por la noche.

Enarco las cejas.

—No me digas.

—Creo que sería de mala educación negarse.

—Sería de peor educación aún para con los pobres dedos de mis pies aceptar sin preguntar primero cómo baila.

Sus dedos siguen subiendo, subiendo, subiendo. Contengo la respiración de forma casi dolorosa cuando me rozan la fina piel de la muñeca y se deslizan por debajo de la maltratada cinta que llevo atada ahí.

—Ni la mitad de bien que Reid Diggory. —Los ojos le brillan cuando fracaso en mi intento por ignorar la sensación de hormigueo que siento en el brazo—. Además, no es ni la mitad de alto. Aunque debo decir, mascota, que después de verlo, creo que tu percepción de *monsieur* Diggory es incorrecta.

—¿Crees que eres más alto?

—Sé que soy más alto. —Desliza los dedos por debajo de mi manga y me la sube por el antebrazo hasta que alcanza el suave pliegue de mi codo. Lo acuna en su mano—. Y… un bailarín mucho mejor.

Cuando me presiona una vena con el pulgar, el calor me recorre de arriba abajo, y esto… esto no debería estar sucediendo. Apenas me está *tocando*. Con la voz temblorosa, me las arreglo para decir:

—No… No puedes saberlo solo con verlo.

—Tú tampoco puedes, a menos que también bailes conmigo.

El más mínimo indicio de unos colmillos se cuela en su sonrisa. Sin embargo, ya no me asusta. No después del ático. *En especial*, después del ático. La muñeca y la garganta parecen palpitarme como seres vivos ante el recuerdo, y no son palpitaciones de dolor, sino de otra cosa. Algo afilado y repleto de necesidad.

—No… —*Necesito aclararme las ideas. Necesito salir de esta habitación antes de hacer algo realmente estúpido*—. No sé si es buena idea, Michal.

—¿Por qué no?

—Porque… —Lo miro sin aliento. ¿Cómo respondo a esa pregunta sin humillarme por completo? ¿Porque no puedo pensar cuando me miras así? ¿Porque soy una tonta por mirar atrás? ¿Porque es muy pronto, y porque mis amigos están de camino, y porque…? *Mis amigos*. La comprensión me perfora los pulmones como una cuchilla—. ¿Tu plan sigue siendo castigar a Coco por lo que han hecho el Nigromante y Babette? Dudo que tengamos tiempo para bailar si es así.

Aparta la mano de mi codo. Su sonrisa se desvanece con ella, y el Michal gélido y sereno de siempre reaparece al instante. Siento los músculos flojos por el alivio. He sido testigo de su ira, de su gracia, de su *poder*, y he sobrevivido a todos ellos, pero ¿su encanto? No creo que nadie pueda sobrevivir a eso.

—Tienes mi palabra, Célie Fleur Tremblay —dice, recalcando las palabras con una simple reverencia—, de que ningún vampiro hará daño a tus amigos cuando lleguen mañana, y eso me incluye a mí. Si creyera que serviría de algo, cancelaría la fiesta, pero vendrán a por ti al margen de eso. A estas alturas, dudo que el mismísimo Infierno pudiera mantener a Louise le Blanc alejada de Requiem. —Un destello violento en su mirada—. Pero el Infierno es justo el sitio al que la mandaré si intenta llevarte por la fuerza.

A pesar de su amenaza, el corazón parece hincháreseme en el pecho hasta alcanzar el doble de su tamaño. *No les va a hacer daño*. Sin embargo, vuelve a deshincharse con la misma rapidez, porque si Coco, Lou y Reid vienen a Requiem, Jean Luc también vendrá. A pesar de sus últimas palabras, no desperdiciará la oportunidad de investigar una isla de vampiros. Me limpio las palmas en la falda tan discretamente como me es posible.

Solo puedo esperar que él y Michal no se maten entre sí.

—¿Célie? —pregunta este último.

—Lou nunca haría eso.

Asiente en un gesto seco.

—Bien. Eso facilita las cosas. —Antes de que pueda preguntar siquiera, dice—: Necesito que hagas algo por mí, pero si accedes, te estarás poniendo en peligro.

Las palabras de Filippa perforan los últimos rastros de mi euforia. *No puedes conseguir nada sin dar algo a cambio, Célie*. Por supuesto que Michal quiere algo a cambio de la comida, del magnífico vestido. *En esto mundo, todo tiene un precio.*

Lo miro con los ojos entornados.

—¿Qué tipo de peligro?

—Del tipo que involucra al Nigromante.

—Ya veo. —El primer indicio helado de comprensión me recorre la columna mientras nos miramos el uno al otro. Toda la calidez que he visto en su expresión se ha congelado una vez más, y los ojos le brillan como pedazos de hielo negro—. ¿Eso es todo?

—Tus amigos no son los únicos que llegarán cuando se levante el hechizo en la víspera de Todos los Santos. El Nigromante no será capaz de resistirse a la tentación. Si eliges permanecer en Requiem, esta podría ser su única oportunidad de encontrarte hasta Yule. No querrá correr ese riesgo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo no lo haría. —Da un paso atrás, alejándose de mí, y vuelve a la mesa para

destapar el único plato que no se ha tocado. Revela una sola copa de sangre. Vacía la mitad de un único trago y lo observo, dividida entre el asco y la fascinación, el movimiento de su garganta y cómo aprieta la mano alrededor del cristal. Parte de mí se pregunta a qué sabe un vampiro. Una parte de mí se detesta por preguntármelo—. El Nigromante está tan desesperado por tu sangre —dice después de otro momento— que sacrificó como mínimo a seis criaturas en su busca, y a una de ellas justo a las afueras de la Torre de los *chasseurs*. No se molestó en esconder los cadáveres de sus víctimas, lo que me dice que es tonto o intrépido. Debemos suponer que se trata de lo último. No esperará otros dos meses para conseguir su premio.

Con un suave tintineo, devuelve la copa a la bandeja dorada. No obstante, no vuelve a acercarse a mí.

—Quieres usarme como cebo —digo al final.

En circunstancias diferentes, podría haber dolido más, pero esto es demasiado importante. Si el Nigromante tiene éxito, no solo moriré yo, sino que también se rasgará el velo entre los vivos y los muertos. ¿Quién sabe qué consecuencias tendría eso? ¿Qué pasa si, una vez rasgado, el velo permanece abierto para siempre?

Michal inclina la cabeza.

—Lo comprenderé si tienes miedo, pero…

—Sería bastante estúpido no tenerlo, ¿no? Ese hombre quiere recolectar mi sangre para resucitar a los muertos, y lo intentará ya me encuentre bailando como una mariposa o acobardada en mi habitación. —Recojo la caja de ropa y la aprieto contra el pecho como una especie de escudo, o tal vez solo sea algo que hacer con las manos. De repente, el día de mañana parece muy cercano —. Sea como fuere, estaré en peligro, así que cuando él se aproveche de que el hechizo no estará activo, nosotros deberíamos hacer lo mismo. Deberíamos estar preparados.

Michal no dice nada durante un largo momento, y en lugar de eso, se limita a mirarme fijamente. Luego, con la mandíbula tensa, añade:

—No permitiré que te pase nada, Célie.

—Yo tampoco.

Esas palabras me sorprenden incluso a mí, e instintivamente, agarro la caja con más fuerza. Pero son ciertas: no me iré en silencio cuando llegue el Nigromante, y si cree que podrá secuestrarme sin que me resista, será el último error que cometa. No soy una muñeca. Soy una Novia de la Muerte y usaré todas las armas de mi arsenal en su contra. Hasta el último secreto.

No puedes conseguir nada sin dar algo a cambio, Célie.

Si quiero derrotar al Nigromante, también necesitaré la ayuda de Michal.

—Michal. —Marcho hacia él con un nuevo propósito—. Hay algo más que deberías saber. Encontré una nota de un amante secreto dentro de la cruz de mi hermana. Planeaban fugarse, pero Morgane la mató antes de que lo hicieran. —Le pongo la caja en el pecho, busco la cruz que llevo al cuello y saco el pedazo de pergamino de dentro. Entre las cejas de Michal aparece una arruga cuando lo desdoblo y echa un rápido vistazo a las palabras—. La caligrafía coincide con la carta que Dimitri recibió del Nigromante.

Clava la mirada en mis ojos.

—Crees que era su amante secreto.

—Sí.

Suelta un suspiro áspero e incrédulo.

—Pero eso significa…

—Lo sé. —Doblo la nota y la vuelvo a guardar en la cruz, escondo ambas cosas y recupero la caja del vestido de los brazos rígidos de Michal. Lo único que podemos hacer ahora es esperar—. El Nigromante planea matarme para resucitar a mi hermana.

Capítulo 45

Baile de máscaras, parte i

Hace dos semanas, pensé que moriría en la víspera de Todos los Santos. De alguna forma, todo ha cambiado desde entonces, todo y nada en absoluto. Aliso el corpiño plateado de mi vestido, reajusto la máscara de organza y tomo una profunda respiración antes de salir al pasillo de mi habitación. Las tenues notas de un inquietante violín ya se desplazan a la deriva por el castillo, junto con el suave murmullo de las voces. Según Odessa, la verdadera fiesta no dará comienzo hasta medianoche, pero solo puedo dar vueltas en mi habitación durante un tiempo determinado.

Coco y Lou estarán aquí pronto. Estarán *aquí*, en Requiem, y podré hablar con ellas, verlas y abrazarlas. Con suerte, Reid y Beau también vendrán.

Y Jean Luc.

El pecho se me contrae de una forma en absoluto relacionada con el corsé. Después de cómo nos separamos en Cesarine, no creo que vaya a alegrarse de verme. *Vete*, me dijo con esa voz horriblemente vacía, *y no vuelvas*. Pero eso… eso fue entonces. Resisto el impulso de morderme las uñas, que Odessa me ha pintado con esmalte transparente. Puede que Jean haya cambiado de opinión desde que nos separamos; puede que, luego de que su ira se desvaneciera, se diera cuenta de que, después de todo, no me odia. Levanto las manos para pellizcarme las mejillas. ¿Querrá hablar conmigo acerca de lo sucedido? ¿Él también querrá hacerme cambiar de opinión?

Peor aún —siento el pecho imposiblemente más tenso que antes—, ¿qué les ha contado a los demás sobre lo que pasó en el puerto? ¿Estarán enfadados por haberme marchado con Michal? Lo cierto es que amenazó con matar a Coco, y no tienen forma de saber que ha cambiado de opinión. ¿*Importa* siquiera que haya cambiado de opinión? No tengo respuesta para eso —no tengo respuesta para nada—, y cuando la siguiente pregunta se abre paso, me da la sensación de que voy a marearme otra vez.

Porque ¿y si no viene nadie?

A sus ojos, puede que haya elegido a Michal antes que a ellos, que haya elegido Requiem antes que Cesarine. Ya sabrán que he roto mi voto de *chasseur*. Puede que perciban mis acciones como imperdonables, como una ruptura irrevocable de nuestra amistad. Sí. Está claro que voy a marearme. Salvo…

El Nigromante.

Al margen de todo lo que he hecho para herirlo, Jean Luc sigue siendo el capitán de los *chasseurs*, y no ignorará lo que dijo Michal en el puerto. No puede permitirse el lujo de ignorarlo. Si conozco a Jean Luc, insistirá en la debida diligencia, y todo un contingente de cazadores invadirá la isla esta noche, porque si Michal dijo la verdad, estamos más cerca que nunca de atrapar al Nigromante, y si *yo* dije la verdad, el Nigromante me está acechando.

Jean Luc ha trabajado demasiado para perderse la acción. La gloria. El corazón me da un miserable vuelco.

Puede que mis amigos lo acompañen por la misma razón.

Odessa me sigue hasta el pasillo y me aparta las manos a un lado antes de que pueda llevármelas al pelo.

—El Nigromante no podrá matarte si ya estás muerta. Toca otro mechón de mi obra maestra y frustraré sus planes yo solita.

Se ha pasado las últimas dos horas rizándome el pelo con unas tenacillas calientes y sujetándome meticulosamente la mitad de la melena en la nuca. El resto me cae en cascada por la espalda para unirse a mis alas, que me dobla rápidamente para recolocarlas. Unos guantes largos del raso azul más intenso le cubren las manos, las muñecas y los brazos. Combinan a la perfección con su capa de color zafiro y complementan la diadema de perlas sobre su frente y el damasco granate de su corpiño, un escándalo sin mangas de escote temerario, más corsé que otra cosa. Los pechos casi se le escapan por la parte superior mientras se endereza con un asentimiento de satisfacción. Sin duda, es la *madonna* más sensual que he visto en la vida y, a juzgar por la sonrisa de sus labios rojo sangre, lo sabe perfectamente.

—¿Estás *segura* de que me reconocerá?

—Célie, querida —dice en tono amable—, serás el único ser humano presente hasta que lleguen tus amiguitos, e incluso entonces… no habrá vampiro, humano *o* necrófilo que no repare en ti con ese vestido. Ahora deja de preocuparte. Vas a estropearte el maquillaje.

A pesar de la máscara que llevo, Odessa se ha pasado otra media hora aplicándome un polvo iridiscente en los párpados, en la frente y en las mejillas. Ahora, cada centímetro de mí brilla a la luz de los candelabros del pasillo. Incluso ha adherido unos diamantes diminutos en las esquinas exteriores de mis ojos.

—¿Habrá…? ¿Habrá sangre ahí abajo? —pregunto, nerviosa.

Enarca una ceja bajo una máscara propia bastante peculiar: unos hilos de oro dibujan un patrón abierto entretejido con diamantes, por lo que la máscara no es tal cosa en realidad, sino otro artículo de joyería.

—Somos vampiros, Célie. Siempre habrá sangre.

Tras esas palabras, me da la mano y me arrastra por el pasillo.

Me concentro en el manojo de nervios que siento en el pecho y me deslizo a través del velo para encontrar a Mila, que flota a nuestro lado con una sonrisa traviesa.

—¿Algo inusual? —le pregunto para distraerme.

—El hechizo no se romperá hasta la medianoche —me responde con dulzura—. ¿O te referías a mi hermano?

—Cállate.

—¿Qué pasa? —Odessa me mira y entorna los ojos desde detrás de su máscara—. ¿Es Mila? ¿Ha visto algo?

Si un fantasma puede dar saltitos, eso es lo que hace Mila ahora, aplaudiendo y prácticamente cacareando de alegría.

—Nunca había visto a Michal tan agitado, casi le arranca la cabeza a Pasha cuando el idiota ha sugerido esperar fuera de tu habitación. Él e Ivan se reunirán contigo en el salón de baile. Estás preciosa esta noche, Célie —añade, en un tono un poco melancólico—. Los vampiros tienden a codiciar las cosas hermosas.

El calor se extiende por mis mejillas ante el cumplido, pero trato de no pensar en eso. Dejo los pensamientos sobre *Michal* a un lado.

—Nunca tan preciosa como tú.

—La sensiblería —dice Odessa mientras Mila sonríe— me asfixia.

A decir verdad, ambas tienen también un aspecto casi surrealista esta noche —demasiado hermosas para existir—, y me siento como si estuviera flotando en un sueño. El castillo también parece diferente con la música, las suaves e incorpóreas voces y las velas titilantes en todos los pasillos. No menos inquietante, por supuesto, porque las sombras, las telarañas y la sensación de *conciencia* persisten, pero de alguna manera resulta más misterioso. Como si pudiera girar en la esquina equivocada y acabar en otro lugar completamente diferente: abandonada en La Fôret des Yeux en una noche nevada de luna llena, tal vez, o atrapada en una pesadilla disfrazada de habitación.

Esa impresión no hace más que intensificarse cuando entramos en el salón de baile, y jadeo, cortando así la conexión con Mila y volviendo a traspasar el velo. Vampiros de todas las formas, tamaños y colores se mueven lentamente por la enorme sala, no solo por la pista de baile de ónix, sino también por las paredes doradas y hasta por el mismísimo *techo*. Me quedo boquiabierta mientras echo la cabeza hacia atrás para observarlos.

—Yo no haría eso si fuera tú —murmura Odessa, cerrándome la mandíbula con un dedo enguantado y reacomodándome la capelina alrededor de la garganta—. No hay necesidad de provocar al dragón, por así decirlo.

Apenas la escucho.

Desde el otro lado de la habitación, Pasha e Ivan avanzan hacia nosotras a través de la multitud con expresiones decididas. Un cuarteto de cuerda toca una canción quejumbrosa sobre la tarima que ambos tienen a la espalda, y las parejas del techo bailan el vals entre los candelabros con extraña gracia y belleza. Las velas arrojan una luz dorada sobre su pálida piel. Mil velas más rodean la tarima, a los músicos, las largas y elegantes mesas en las esquinas de la habitación. Hay pirámides de copas de cristal llenas de sangre sobre cada una de ellas. Odessa sigue la dirección de mi mirada y la suya propia brilla con más intensidad de la habitual. Eufórica.

—La hemos mezclado con champán. Sin embargo, he pedido champán *real* para ti, por si te apetece unirte a la fiesta.

Niego con la cabeza, abrumada.

—No, gracias.

Me empuja hacia las mesas de todos modos, rodeando un conjunto de enormes calabazas a las que han tallado unos ojos entrecerrados y traviesos. Hay aún más velas titilando en su interior, y

lo que parecen esqueletos reales descansan entre ellas, algunos colgando desde arriba. Alguien los ha vestido con anchos sombreros de terciopelo con penachos de plumas y con las lujosas túnicas de sacerdotes y fariseos. Uno incluso lleva un vestido de crepé color marfil y la tiara dorada de una reina. Con una extraña sensación de hundimiento, recuerdo el cráneo en el exterior de la tienda de *monsieur* Marc.

Hola otra vez, padre Roland. Tienes un aspecto estupendo.

Aparto la mirada rápidamente y encuentro a Odessa examinando las copas de sangre. Elige una y bebe de ella con delicadeza.

—Mmm… Sangre de melusina. Incluso fría, es mi favorita.

Un trío de vampiros se reúne con nosotras en la mesa para elegir sus copas. Una miríada de joyas desciende por sus gargantas, y me miran de forma siniestra desde detrás de sus máscaras brillantes. Uno lleva puesta una capa de pelo de *loup garou* —con las mangas repletas de encaje—, mientras que sus dos compañeros se han pintado a sí mismos para asemejarse a unas esculturas. Una resplandeciente pintura dorada les cubre todo el cuerpo.

Además, van desnudos.

—¿A qué te sabe la sangre? —le pregunto a Odessa con brusquedad. Pasha e Ivan se materializan a nuestra espalda, rígidos e imponentes, y el trío de vampiros lanza una última mirada desdeñosa en mi dirección antes de alejarse.

—Bueno. —Odessa frunce los labios mientras reflexiona y toma otro sorbo—. Supongo que a mí me sabe igual que a ti, excepto que, por supuesto, los nervios de mi lengua la perciben de otra forma. Nutre mi cuerpo y, por consiguiente, mi cuerpo la anhela. El regusto metálico sigue ahí, pero no me repugna como a ti. Y la sal… se vuelve adictiva. La sangre de una melusina tiene un vigor particular, probablemente debido al tiempo que pasaron en el agua marina de L'Eau Melancolique. —Inclina la copa en mi dirección—. ¿Te gustaría probarla?

—No. —Reprimo un escalofrío y echo un vistazo más allá, a otra vampira vestida como una rosa sangrante. Detrás de ella baila una pareja ataviada como antiguos dioses del bosque. Uno de ellos incluso lleva los enormes cuernos de ciervo del Hombre Salvaje—. Me parece que la sangre con alcohol podría ser más fuerte que el propio champán, y se supone que estamos buscando al Nigromante. —A pesar de todos mis esfuerzos, las palabras contienen una sutil reprimenda.

—En realidad —me corrige en tono ofendido—, se supone que debemos mezclarnos con los invitados. No lo conseguiremos si no dejas de mirar a todo el mundo boquiabierta como un bacalao.

—No parezco un bacalao.

Agita una mano y me ignora.

—Además, seremos capaces de olerlo cuando llegue. Debido a su magia, las brujas de sangre poseen un aroma muy distintivo.

Me muerdo el labio y echo un vistazo a la estancia.

—Perdóname, Odessa, pero cuando nos conocimos me confundiste con una bruja de sangre. Su olor no puede ser *tan* distinto, o yo ni siquiera estaría aquí. —Por encima del ruido de la música, el reloj del campanario da las once y media. Cuando me sobresalto al oír el ruido, casi vuelco su copa, y Odessa se la lleva a los labios con una sonrisa—. ¿Michal no debería estar ya aquí? —pregunto a la defensiva—. ¿Dónde está?

—Llegará a medianoche. —Dimitri aparece a nuestro lado con una sonrisa y una joven bastante alta y bonita colgada del brazo. Se han vestido de flora y fauna para la ocasión; él luce la piel y la máscara alargada de un lobo gris, mientras que el vestido del color de los pétalos de rosa de ella flota vaporosamente alrededor de sus tobillos. Enredaderas y flores auténticas adornan su máscara. Aunque no le veo la mayor parte de la cara, de tez marrón dorada, parece… humana.

—Esta es Margot Janvier —me la presenta con orgullo, y la joven ofrece una sonrisa tímida en respuesta—. Es la dueña de *le fleuriste* de la Ciudad Vieja. —Le da un apretón en el codo—. Margot, esta es *mademoiselle* Célie Tremblay, nuestra invitada de honor esta noche.

—*Bonsoir, mademoiselle* Tremblay —saluda en voz baja.

Correspondo a su sonrisa mientras intento no revelar mi incredulidad. ¿*Esta* es la florista de Dimitri? ¿Una mujer humana? Seguro que hasta él sabe lo irresponsable que ha sido traerla esta noche, lo irresponsable que es obsesionarse con ella siquiera. Se me hiela la sangre al imaginar que su preciosa máscara de seda acabe en la habitación de él. Me obligo a hacer una reverencia a pesar de todo.

—Es un placer conocerla, *mademoiselle* Janvier. Su disfraz es impresionante, ¿eso son flores de viola y azafrán?

—Sabe de botánica. —La sonrisa de Margot se ensancha en señal de aprobación y levanta su mano libre hasta las delicadas flores que le adornan el rostro—. Y, por favor… llámeme Margot.

La canción termina con una prolongada nota de anhelo y, cuando empieza la siguiente pieza, ambos se despiden de nosotros, Dimitri guía a Margot hasta la pista de baile. Inquieta, observo cómo se alejan durante varios segundos antes de girarme hacia Odessa.

—¿Sabe lo de su sed de sangre?

Para mi sorpresa, la expresión de Odessa es un reflejo de la mía.

—No. He perdido la cuenta de cuántas veces le he dicho a Dimitri que se mantuviera alejado de ella. No hace caso —se limita a decir mientras deja su copa medio vacía en la bandeja de un camarero que pasa junto a nosotras. Tuerce la boca como si hubiera perdido el apetito—. Dice que la ama.

—¿Y es verdad?

—En su cabeza, tal vez. —Aparta la mirada cuando Dimitri echa la cabeza hacia atrás y se ríe de algo que ha dicho Margot—. ¿Quién puede saberlo con exactitud? Mi hermano tiende a enamorarse de toda persona a la que conoce.

Nos quedamos en silencio mientras el reloj avanza y, al final, mis pensamientos se apartan de Dimitri y Margot y pasan a Ivan y a Pasha, quienes siguen acechando a nuestra espalda. A los vampiros que nos rodean y que lanzan miradas rápidas y cortantes en nuestra dirección. Ninguno se acerca, sin embargo, y doy gracias a Dios por ello. Ya estoy bastante de los nervios, más y más tensa con cada canción. No sé si quiero que el reloj acelere o disminuya la velocidad, porque cuando llegue Michal, el hechizo que rodea a la isla se habrá roto, y el Nigromante vendrá.

Detecto el instante exacto en que se rompe el hechizo.

Sucede un segundo antes de que el reloj marque la medianoche: el aire parece agitarse, *despertarse*, y cuando la primera campanada resuena en el castillo, se ondula hacia el exterior en una oleada que alcanza el mar. Me agarro al brazo de Odessa para mantener el equilibrio cuando el suelo parece temblar y las lámparas tintinean con suavidad en lo alto. Los músicos dejan de tocar de golpe y contemplan el cristal del techo con expresión impasible.

—Ya empieza —murmura Odessa.

Michal aparece en la tarima cuando se extingue la última campanada.

Aunque no hace ningún sonido, todo el mundo gira la cabeza hacia él, y el silencio resultante parece más profundo de lo habitual. Antinatural. Tardo varios largos e inquietantes segundos en darme cuenta de por qué: Margot y yo somas las únicas que necesitamos respirar. El resto permanecen fríos e inmóviles como estatuas. Incluso los que están en el techo parecen haber sido tallados en el fresco, tal vez creados como parte del propio castillo. Duraderos, antiguos y siniestros. Ni siquiera parpadean. Varios escalofríos me recorren la columna cuando pienso en ello, y no suelto el brazo de Odessa.

Los ojos de Michal me encuentran al instante entre la multitud. Me examinan despacio, a conciencia, como si no le importara lo más mínimo que todas las criaturas de esta sala estén esperando a que hable. No, como si *esperara* que ellos esperen. Y los vampiros obedecen. Ni uno solo lo interrumpe mientras me contempla fijamente, y yo…

No puedo evitarlo. *Dios mío*, no puedo.

Yo también lo miro fijamente.

Con el pecho desnudo, su característico cuero negro cubre todo lo demás: sus botas, sus pantalones, su máscara, incluso las dos correas que cruzan sus anchos hombros. Sostienen las alas colosales que se yerguen a su espalda, cada una compuesta por cientos de miles de plumas de obsidiana. Se me seca la boca al verlas. A diferencia de las alas de cuervo, estas plumas no recogen ni reflejan la luz; no, más bien dan la impresión de absorberla, envolviendo así a Michal en un perverso halo de oscuridad. Casi parece el… Ladeo la cabeza y se me escapa un lento jadeo de comprensión.

Es el Ángel de la Muerte.

Y no puede quitarme los ojos de encima.

El calor se me acumula en el vientre cuanto más mira, una especie de fuego líquido que se extiende por mi pecho y mis mejillas. Las fosas nasales de los vampiros más cercanos se ensanchan en respuesta. Odessa les lanza una mirada cortante, y Pasha e Ivan aparecen rápidamente a ambos lados de nosotras. Ivan se detiene tan cerca que puedo sentir el frío que emana de su brazo; no lleva un disfraz como los demás. Ni siquiera una máscara podría ocultar su amenazadora expresión.

—Buenas noches —dice Michal por fin, juntando las manos detrás de la espalda. Aunque habla en voz baja, apenas más alto que un susurro, cada una de sus palabras resuena con una precisión letal—. Y bienvenidos a mi casa en esta víspera de Todos los Santos. Todos tenéis un aspecto magnífico. —Sus ojos se desplazan brevemente hacia mí antes de inspeccionar a la multitud una vez más—. Comprendo que la fiesta es diferente este año. No he podido invitar a vuestros seres queridos a Requiem, pero no me disculparé por ello. La amenaza del mundo exterior nunca había estado tan cerca, y no podemos arriesgar nuestro hogar por el bien de una

noche ebria de sangre. —Una pausa significativa—. Sin embargo… ni siquiera yo puedo evitar que el hechizo que rodea Requiem desaparezca, La magia que protege esta isla es inflexible y eterna, pero esta noche, si vuestros seres queridos así lo eligen, no puedo impedir que se unan a vosotros.

Aunque los vampiros permanecen inmóviles, una corriente de… algo parece recorrerlos al escuchar sus palabras. ¿Anticipación? No. *Desafío*. Se me eriza el vello de la nuca.

—Dicho esto —continúa Michal, y su tono sigue siendo engañosamente suave—, os insto a que recordéis que yo también soy inflexible y eterno. No perdonaré a quienes pongan en peligro nuestro hogar, y tampoco los olvidaré. —Separa las manos, extiende los brazos de par en par en actitud de súplica, y los poderosos músculos de su pecho se estiran con el movimiento. Una extraña punzada me recorre el estómago ante las vistas. Me tenso, suelto el brazo de Odessa y mantengo los míos apretados a ambos lados—. Para acabar, os invito a disfrutar del baile de máscaras y a quedaros hasta el amanecer.

Baja de la tarima sin otra palabra, y la concurrencia le abre camino en un acto reflejo cuando avanza a través de ella.

Directo hacia mí.

—Ay, Dios —susurro mientras los músicos reanudan la canción y los vampiros vuelven a beber y a socializar poco a poco—. Le debo un baile a *monsieur* Marc —espeto bruscamente, en voz *muy alta*. Me estremezco, doy un paso atrás y busco desesperadamente cualquier señal de su pelo de algodón de azúcar. Allí. En el extremo opuesto del salón, charla animadamente con un joven fornido y su compañera de pechos generosos. También lleva la máscara de pavo real más ostentosa que he visto en mi vida.

Odessa no sigue mi mirada, sino que sonríe ante lo que sea que ve en mi expresión.

—*Monsieur* Marc parece bastante ocupado en este momento, ¿no es así? —Luego enrolla un mechón de mi pelo alrededor de su dedo y dice—: Buena suerte.

Se funde con la muchedumbre antes de que pueda rogarle que se quede.

Michal aparece un segundo después, y no tengo más remedio que devolver su leve reverencia con una propia.

—Hola, Michal —lo saludo, un poco sin aliento. De cerca parece aún más inalcanzable: su pecho de alguna manera resulta más ancho sin la camisa, su cuerpo, menos culto y más primitivo. Pero *por supuesto* que es menos culto. No lleva camisa, y yo… yo…

Niego con la cabeza, maldiciendo mi mirada errante, cuando él inclina la cabeza para estudiarme. Cuando sus labios se levantan por las comisuras, aprieto con fuerza la delicada tela de mi falda para ocultar el temblor de mis manos. Porque ¿por qué le estoy mirando los *labios*? No estamos aquí para mirarnos boquiabiertos el uno a la otra, y tengo que concentrarme. Tengo que *concentrarme*. Porque estamos *aquí* para atrapar al Nigromante, para atraerlo hacia una falsa sensación de…

—Hola, mascota. —La sonrisa de Michal se ensancha y, con una delicadeza increíble, toma una de mis manos con la suya antes de depositar un beso en el interior de mi muñeca. Mis rodillas amenazan con dejar de sostenerme—. Pareces… nerviosa esta noche.

—¿Nerviosa? No estoy nerviosa.

—Tu pulso suena más fuerte que la música.

—En ese caso, deja de escuchar mi pulso y no tendremos ningún problema. Tienes que saber

que escuchar cosas como esa es muy invasivo. Puede que me haya bebido varias copas de champán antes de llegar y eso justifique que tenga el corazón acelerado. ¿Se te había pasado por la cabeza? O puede que haya estado bailando vigorosamente con Odessa…

Él se ríe, y el sonido vibra por mi piel hasta que me estremezco.

—Mi prima —dice en voz baja— detesta bailar, y a menos que me equivoque mucho, pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a beber. Al fin y al cabo, fuiste *tú* la que me invitó a bailar la última vez. —Los ojos le brillan a la luz de las velas—. Y sería una pena que me lo pidieras de nuevo. ¿Quién sabe cuál sería mi respuesta?

Mi traicionera mirada viaja a toda velocidad entre la plata de mi vestido y la piel desnuda de sus brazos y su torso. Si —*si*— acepto bailar con él, eso no implica que tengamos que… tocarnos más de lo estrictamente necesario. De hecho, *no podríamos*, y eso… eso sería lo mejor, ¿verdad? Después de todo, difícilmente podamos integrarnos en la fiesta si continuamos aquí de pie y mirándonos fijamente.

Cierto.

Enderezo la espalda.

—Michal, ¿te apetece bailar?

La respiración se me entrecorta ligeramente ante la sonrisa que divide su rostro en respuesta. Cuando me mira así, me siento objeto de la mirada de un lobo voraz, como si anhelara perseguirme, como si, en cualquier segundo, pudiera ceder a la tentación y saltar sobre mí.

—Creía que nunca me lo pedirías.

Con cuidado de no tocar mi vestido y con nuestras manos como único punto de contacto, me conduce a la pista de baile justo cuando el cuarteto de cuerdas inicia un vals sobrecogedor.

—¿Cómo vas a…? —empiezo a preguntar, pero me rodea la espalda con un brazo y tira de mí para acercarme a él. Al contacto con mis alas, la piel le arde al instante. Giro el cuello, horrorizada, y digo—: Michal, *no*…

—¿Estás retirando tu oferta?

—Por supuesto que no, pero estás… No deberías tener que… —Sacudo la cabeza para despejarla y la giro para mirarlo con incredulidad—. Estás ardiendo. Seguro que podemos encontrar… unos guantes o una chaqueta…

—Relájate, Célie. —En todo caso, su agarre se aprieta a mi alrededor, y su sonrisa se desvanece cuando ve mi expresión—. No le tengo miedo al dolor.

—¿No? ¿Cuál es tu miedo, entonces?

Sus ojos se demoran varios segundos en mi pelo, en mi máscara, en mis mejillas.

—La filofobia —dice por fin—. Si pudieras viajar a cualquier lugar del mundo, ¿a dónde irías?

La pregunta me sorprende, y respondo sin vacilar.

—A Onirique. —Al ver que no dice nada, que espera a que continúe, explico a toda prisa—: Es un pueblo en L'Eau Melancolique, más pequeño que Le Présage, por supuesto, pero legendario por sus sobrecogedoras luces. Elvire me dijo que también cuenta con la biblioteca más antigua del mundo, en la que guardan tablillas de hace miles de años. —Ahora sí que dudo y le lanzo una mirada suspicaz—. ¿Por qué?

Sin responder, me guía hasta el corazón de la pista de baile, y su cuerpo se mueve con tanta agilidad, con tanta firmeza contra el mío, que en cuestión de segundos me olvido por completo de

su pregunta. Me olvido de sus quemaduras. Me olvido de lo que podría significar *filofobia* y me olvido de nuestro plan, del Nigromante y de los balcones. De hecho, todo desaparece, excepto mi mano en su hombro, la forma en que su músculo se flexiona bajo ella, la gracia con la que guía todos mis movimientos. Hasta que…

—Háblame de tu madre.

Casi tropiezo cuando formula la pregunta, pero su mano permanece firme en mi cintura.

—Pero no has respondido a mi pregunta. Así… así no es como funciona nuestro juego.

—¿Quién dice que aún estoy jugando?

Lo miro por un momento, con los ojos muy abiertos, antes de soltar:

—Háblame sobre *tu* madre, entonces.

—Si es lo que deseas. —Se encoge de hombros y me hace girar alrededor de Dimitri y de Margot—. Murió cuando yo era joven, así que recuerdo muy poco sobre ella, salvo por su voz. Cantaba de forma encantadora. ¿Tú cantas, *mademoiselle*?

Resisto una mueca.

—No si puedo evitarlo.

—¿Y si te lo pido amablemente?

—Podría llegar a pensar que padeces un problema psicológico muy arraigado.

—Me parece justo. —Vuelve a mostrar esos colmillos, afilados y sorprendentemente blancos, y el estruendo de una risa le recorre el pecho—. ¿Preferirías reencarnarte en un perro o en un gato?

—*Muchos* problemas psicológicos muy arraigados. —Me atrae hacia sí de repente y nuestras caras quedan más cerca que antes, demasiado cerca, tanto que puedo ver el marrón intenso de sus ojos. Cuando levanta nuestras manos para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja, la cabeza empieza a darme unas pocas vueltas. O *muchas*—. Un perro —susurro mientras le miro los labios—. Pero no creo en la reencarnación.

—Interesante. ¿De qué raza?

—Nunca aprendí ninguna raza. Mi madre detesta a los animales. —Cuando me levanta, me tambaleo contra su pecho, mareada, nerviosa y desconcertada. Esta es la conversación más extraña que he mantenido en toda mi vida. Si no supiera que es imposible, podría creer que intenta conocerme mejor. Ser mi amigo—. ¿Por qué tantas preguntas, *monsieur*? Este no es el momento, o el lugar, para semejante conversación.

—Tal vez tengas razón. ¿Cuándo es un buen momento?

A pesar del deje sardónico en su voz, no puedo invocar la ira suficiente para fulminarlo con la mirada. De hecho, ni siquiera quiero fulminarlo, y eso… eso debería aterrorizarme. En cambio, lo acerco más a mí y entrelazo mis dedos con los suyos—. ¿Sueles hablar mientras bailas?

—Solo en circunstancias extraordinarias.

Me sonrojo al oír eso —con esfuerzo, con júbilo—, y cuando la canción llega al *crescendo*, giro para volver a su pecho, el mío, rosa y febril. Él arrastra la nariz por la curva de mi cuello antes de darme otro beso ahí. Luego, me aleja cuando intento girar.

He bailado con muchas parejas en mi vida: mi padre, mis instructores, Jean Luc, incluso Reid, y ninguna de esas experiencias —*ninguna* de ellas— puede compararse a bailar con Michal.

No quiero parar nunca.

Sin embargo, la canción pronto llega a su fin, con una nota inquietantemente conmovedora, y

de mala gana, Michal y yo nos soltamos.

—Eso ha sido… —Mi mirada desciende hasta las quemaduras en sus brazos, en su pecho, marcas de mi cuerpo que permanecerán en su piel. Necesitará sangre para curarse, y al imaginármelo bebiendo de Arielle otra vez, bebiendo de *cualquiera*, un fuego abrasa todo mi ser—. Inesperado —termino débilmente.

Me mira como si fuera un hombre hambriento.

—¿Lo ha sido?

—Michal, yo…

Pero niega con la cabeza y se saca una cinta de plata del bolsillo. Sus palmas, ya inflamadas y rojas, emiten un suave siseo cuando me la ofrece.

—Lo que dije —dice en voz baja— sobre que te quedes en Requiem… Lo decía en serio. —Me cierra los dedos alrededor de la cinta y traga saliva—. Eres bienvenida a quedarte todo el tiempo que desees.

Incapaz de sostenerle la mirada, contemplo la cinta en lugar de a él. El extremo ondula ligeramente —una, dos veces—, mientras la aprieto contra mi pecho. Por supuesto que lo decía en serio. Michal *siempre* lo dice todo en serio, pero vivir de verdad en Requiem… Sin pretenderlo, echo un vistazo a los vampiros que nos rodean. Aunque le conceden a Michal un amplio margen, sus miradas malévolas parecen seguirme de todos modos por la habitación, resplandecientes por el hambre. Por las ansias de violencia.

¿Sería posible vivir aquí?

Tras un profundo suspiro, sacudo la cabeza y abro la boca para darle las gracias…

Y las puertas del salón de baile estallan con una cegadora esfera de luz.

Capítulo 46

Baile de máscaras, parte ii

Se desata el caos.

Los vampiros se dispersan en todas direcciones, chillando, siseando y agachándose para cubrirse, mientras Michal me empuja detrás de él y Dimitri resguarda a Margot con su brazo en su huida por detrás de la tarima. Odessa aparece al instante a nuestro lado, protegiéndose la cara con los brazos, mientras su piel echa humo.

—¿Qué pasa? —grita, presa del pánico—. ¿Qué está pasando?

Pero no lo sé, no puedo responderle, y Michal también está echando humo, más rápido que los demás por culpa de mi vestido. Trato de ponerme delante de él, para protegerlo de la luz imposible que brilla en la habitación, pero incluso en llamas, su cuerpo es demasiado fuerte. Impenetrable.

—¡Michal, *apártate*!

—Quédate detrás de mí.

Con los ojos entrecerrados, contempla la esfera de luz, que se divide perfectamente en dos cuando Louise le Blanc aparece entre ambas, sosteniendo cada una de ellas en una palma.

—*Bonsoir* —saluda con amabilidad a toda la estancia en general mientras su pelo ondea al ritmo de las palpitaciones de las esferas. El calor emana de ellas en oleadas hasta que, con un horrorizado jadeo, me doy cuenta de lo que son.

Soles.

Sostiene dos soles ardientes en miniatura en cada mano, y ahora los vampiros se esconden detrás de las mesas, aferrándose con desesperación a las sombras de la tarima. Lou pasa junto a ellos sin dedicarles una segunda mirada, totalmente despreocupada. El olor terroso de su magia la sigue.

—Estoy buscando —continúa— a Michal Vasiliev. Un pajarito me ha contado que desea hablar con una querida amiga mía, pero por desgracia, tendrá que tratar conmigo en su lugar.

Esto… esto es malo. Esto es *malo*. Con esos soles en las manos, Lou podría causar un daño indescriptible, y ni siquiera sabrá nunca que él… que Michal…

Me muevo para lanzarme hacia delante, pero Odessa todavía tiene los pies sobre mi cola y el impulso me lleva hacia atrás. Tropiezo y hago un quiebro para equilibrarme, pero Odessa también

se mueve, todavía protegiéndose el rostro, y pierdo el equilibrio por completo. *Ay, Dios*. Giro a toda velocidad y caigo en sus brazos, que me envuelven instintivamente para impedir que ambas acabemos estrellándonos contra el suelo. La piel se le ampolla al entrar en contacto con la mía. Aunque reprime un grito de dolor, ahora estamos completamente enredadas, y Michal…

Da un paso adelante mientras extiende los brazos para ocultarnos a Odessa y a mí.

—Bienvenida a mi casa, Louise le Blanc, encantado de conocerte. Soy Michal Vasiliev.

Lou frena hasta detenerse en mitad del salón, y su sonrisa se ensancha mientras lo estudia. Su mirada se detiene un instante en sus pantalones de cuero y en las magníficas alas a su espalda.

—Por supuesto que lo eres. —Levanta las esferas entre ambos y estas se vuelven todavía más brillantes, casi cegadoras. Incluso Michal se estremece. Cuando oigo su jadeo de dolor, los últimos resquicios de mi autocontrol se hacen añicos. Empujo a Odessa —*estará bien, estará bien, estará bien* — y corro hacia el espacio que ha quedado abierto en el centro de la habitación.

—¡Lou, espera! ¡Espera! —Abre un poco los ojos cuando me ve patinar hasta detenerme frente a ella, agitando los brazos como una loca y sin aliento—. No es necesario que le hagas daño. Ha prometido no tocar a Coco, ni a ninguno de vosotros. —Aunque miro hacia atrás en busca de Coco, Reid o incluso Jean Luc, no veo a ninguno en el pasillo de más allá. Ni a ellos ni a nadie más. El espacio permanece vacío salvo por los fragmentos de la puerta y algunos pedazos de metal—. Serás… serás tratada como una invitada de honor —digo, en voz más débil ahora. *Por lo menos, Lou ha venido. Por lo menos, no me ha incinerado en el acto*—. Mi invitada de honor. Lo ha prometido. Ha prometido que no haría daño a nadie.

Los soles en sus manos se atenúan ligeramente. Lou entorna los ojos y examina mi rostro durante varios segundos.

—¿Y le crees?

—Sí.

—¿*Confías* en él?

Asiento frenéticamente, bajo los brazos y contengo la respiración. Por favor. *Por favor por favor por favor…*

Aunque Lou inclina la cabeza mientras reflexiona, los soles continúan ardiendo y brillando en sus manos. Intento no mirar atrás. No sé cuánto tiempo puede soportar la luz del sol un vampiro —aunque se trate de una imitación —antes de estallar en llamas.

—¿Y me estás diciendo esto por propia voluntad? ¿No te han obligado?

Parpadeo, sobresaltada. Porque nunca le he contado lo de la coerción. Ahora que lo pienso, tampoco le he contado lo de la luz del sol, pero… pero eso apenas importa ahora. Necesito *demostrar* de alguna forma que Michal es digno de confianza antes de que todo este lugar se convierta en humo.

Miro detrás de ella de nuevo.

—¿Ha venido Coco contigo? ¿Está por aquí cerca?

Lou entorna los ojos.

—¿Por qué?

—Porque la sangre de una *Dame rouge* es venenosa para sus enemigos. Si su sangre no le hace daño, sabrás que os estamos diciendo la verdad. Por favor, Lou —añado en voz baja cuando sigue sin moverse—. Deja que os lo demostremos.

—Me estás pidiendo que arriesgue la vida de mi mejor amiga.

—Te estoy pidiendo que confíes en mí.

Después de varios largos segundos, Lou asiente, solo un breve descenso de su barbilla, y Coco, Reid, Beau y Jean Luc parecen despegarse de las mismísimas paredes del pasillo. Los miro boquiabierta por la incredulidad, con el corazón en la garganta, y apenas percibo el afilado mordisco de la magia de sangre.

—Depende de ti —le murmura Lou a Coco, pero esta última ya ha presionado la punta de su afilada uña contra el pulgar. Sale una sola gota de sangre.

La habitación entera parece contener la respiración.

Ignorando la reacción de los vampiros, Coco avanza para pasar junto a mí, pero la agarro de la manga en el último minuto, repentinamente aterrorizada.

—Si *tú* piensas en él como en un enemigo, ¿seguirá…?

—No quiero que sea mi enemigo, Célie. —Despega mi mano de su brazo con una expresión cautelosa, pero también comprensiva—. Has dicho que confiabas en él —dice con sencillez.

Lo único que puedo hacer es limitarme a mirar mientras cruza la tierra de nadie que se ha abierto entre nosotros y Michal, con el dedo extendido durante todo el trayecto. Cuando se detiene ante él, expectante, la mirada del vampiro se encuentra con la mía. Su pobre piel brilla en carne viva y rosada por la luz solar artificial de Lou, pero si le molesta, ni lo menciona. Todavía mirándome directamente, recoge la sangre del dedo de Coco. Su piel no burbujea, no se ampolla, pero por si acaso, a continuación se lleva la sangre a la boca y la chupa con delicadeza mientras los demás esperamos con gran expectación.

No pasa nada.

El cuerpo se me queda flojo por el alivio, porque *no pasa nada*, y cuando Coco se gira hacia mí y sonríe, los soles en miniatura de las palmas de Lou desaparecen al instante. Parpadeo en la repentina penumbra, luchando por contener las lágrimas, mientras Lou avanza y entrelaza nuestros brazos por el codo.

—Bueno, entonces —dice con naturalidad— eso cambia las cosas, ¿no?

Sí, en efecto.

Cuando tira de mí para darme un abrazo, no puedo impedir que caiga la primera lágrima. Gotea por su pelo mientras se ríe y me abraza más fuerte, y Coco se apresura a unirse a nosotras y a rodearnos con los brazos.

—Te hemos echado de menos, Célie —susurra.

Un sollozo se me atasca en la garganta mientras nos abrazamos.

—Yo también os he echado de menos.

Varios instantes después. Odessa lleva a Lou, Coco, Reid, Beau y Jean Luc a una antecámara fuera del salón de baile, y Michal hace todo lo posible por apaciguar a sus invitados a medio curar. Siguiendo sus órdenes, los músicos vacían varias copas de sangre antes de regresar a sus puestos en el escenario y tocar una animada melodía. Decenas de sirvientes atraviesan la multitud

amotinada con aún más copas —esta sangre, de alguna manera, es fresca, más *cálida*—, y las reparten con presteza.

En un cuarto de hora, todos los vampiros de la habitación han recuperado su aspecto brillante y resplandeciente.

Excepto por los ojos.

Afilados y rencorosos, siguen a Michal cuando él también acepta una copa y se bebe el contenido de un solo trago. Casi al instante, las quemaduras en su piel se desvanecen para dejar paso al suave alabastro. No obstante, antes de que pueda acercarme a él, Lou y Coco salen de la antecámara con sus nuevos trajes: Lou disfrazada como un esbelto gato negro y Coco como el hada verde.

No puedo evitar sonreír cuando las veo avanzar en mi dirección.

Monsieur Marc no ha tenido tiempo de coser sus disfraces, por supuesto, pero los ha ajustado lo mejor que ha podido siguiendo mis descripciones. Las medias negras y el vestido de Lou le sientan como un guante, al igual que el brillante conjunto esmeralda que ha conseguido para Coco. Michal sospechaba que mis amigos querrían hacer una gran entrada cuando llegaran a Requiem, y tenía razón. Su entrada no ha podido llamar más la atención.

Sin embargo, con estos disfraces, nuestra trampa no se ha estropeado por completo.

Si el Nigromante —*dondequiera* que esté— ha sido testigo de la excesiva calidez de su llegada, también habrá sido testigo de nuestra reconciliación. Para cualquier espectador, pareceremos amigos separados que se reúnen para un baile de máscaras en la víspera de Todos los Santos, y a todos los efectos, lo somos. Somos unos amigos que se han reunido para un baile de máscaras en la víspera de Todos los Santos y que por casualidad están planeando la ruina de un sádico asesino. Instintivamente, mi mirada revolotea por la habitación en busca de cualquier señal de un invitado nuevo y desconocido, una tarea imposible, por desgracia, ya que habría sido necesario memorizar los rostros de todos los presentes en el salón antes de que se anulara el hechizo.

—Miau —dice Lou, rodeándome y examinando de verdad mi vestido en esta ocasión—. Y nosotros que creíamos que te habían tomado como rehén. ¿Esos son diamantes reales?

Me arde la cara cuando Coco se inclina más cerca para inspeccionar mi capelina. Una sonrisa maliciosa divide su rostro en dos y finge un suspiro melancólico.

—Y pensar que podrían haberme secuestrado a mí en tu lugar.

—Eres tremendamente graciosa, Cosette. —Beau, a quien *monsieur* Marc ha vestido con el traje de arlequín de un bufón de la corte, frunce el ceño mientras se nos acerca echando chispas y tirando de su manga demasiado corta y adornada con lentejuelas. Las campanillas de su sombrero tintinean a cada paso—. ¿Te lo puedes creer? Rey de toda Belterra, con un *león* como escudo de armas, y me han puesto un disfraz de payaso. —Sacude la barbilla con irritación al ver pasar a un vampiro que viste la cota de malla dorada de un caballero—. Ese, ese sí que es un disfraz digno de la realeza. No me lo puedo *creer*…

Con una risa, Coco le da un beso en la mejilla.

—Aquí no eres rey, Beau.

—No, está claro que no. —Lou enarca las cejas en un gesto de apreciación cuando Michal se acerca. Por lo que parece, todas sus reservas han desaparecido al verlo beber la sangre de Coco y sobrevivir para contarlo. Moviendo las cejas, me da un codazo en las costillas y dice—: Bien hecho,

Célie.

Si es posible, las mejillas me arden aún más.

—No sé a qué te refieres.

—¿No? —A pesar de toda su cháchara, una sonrisa verdaderamente encantada aparece en su cara pecosa cuando ve a Reid entre la multitud. Camina hacia Michal portando la máscara mecánica y el traje oscuro de un hombre mecánico. Las mangas y las perneras, sin embargo, han sido enrolladas varias veces, como si el traje perteneciera antes a un gigante. Miro con los ojos entornados a Michal, quien me devuelve la mirada con un aire de suprema satisfacción—. ¿Te lo explico? —pregunta Lou con inocencia.

Detrás de Reid, sin embargo, está Jean Luc.

No lleva ningún disfraz, solo una sencilla máscara dorada hecha de yeso.

—Tengo cazadores rodeando todo este castillo —le gruñe a Michal antes de colocarse entre Lou y Coco. No me mira. No mira a nadie. Se cruza de brazos y mantiene la vista clavada en el suelo de obsidiana como si su vida dependiera de ello. Me duele el corazón al verlo ahí de pie, rígido, rodeado por todos nuestros amigos, pero de alguna manera, todavía solo.

Lou tose con incomodidad en el silencio que cae sobre nosotros.

Incapaz de soportarlo, murmuro:

—Hola, Jean Luc.

Curva el labio ligeramente, la única indicación de que me ha oído. Al menos, se ha deshecho de su abrigo de *chasseur* en la antecámara; la camisa impoluta debajo de ella brilla de color blanco a la luz de las velas. A mi lado, Michal dice en voz baja:

—¿Continuamos? —Aunque pronuncia esas palabras para mí, los otros también las escuchan. Lou ladea la cabeza en una pregunta tácita, mientras que Reid y Coco fruncen el ceño. Beau echa chispas por los ojos abiertamente, casi tan malhumorado como Jean Luc. Sus cascabeles siguen tintineando con cada uno de sus movimientos.

Cuando asiento, Michal tiende una mano pálida hacia Lou, quien no puede dejar de mirarla, fascinada.

—¿Me honraría con un baile, *ma Dame*?

Tras echarle una mirada curiosa a Reid, quien asiente una vez, coloca su mano en la de Michal con vacilación.

—No sé a *qué* estáis jugando vosotros dos, pero, por mi parte, me muero de ganas de descubrirlo. ¿Coco? ¿Beau? —Agarra la mano de Coco mientras Michal la aleja y Coco toma la de Beau a su vez. Juntos, los cuatro caminan hacia la pista de baile, donde se les unen a toda prisa Dimitri y Odessa. Margot ha desaparecido, con suerte se habrá ido a casa, por lo que Dimitri puede interceptar a Coco y presentarse; y Odessa hace lo mismo con Beau.

Me permito un rápido suspiro de alivio. Esta parte del plan, al menos, ha ido como la seda. Sabía que sería así. Mis amigos siempre han temido poco y han sido muy valientes.

Por desgracia, me han dejado a solas con Reid y Jean Luc.

Me aclaro la garganta y me giro con cautela hacia Jean.

—Me alegro de que estés aquí. Tenemos mucho de lo que hablar…

—No he venido por eso, Célie.

—Pero *estás* aquí —insisto, tal vez un poco desesperada—. ¿Recuerdas cuando no podía

encender un fuego al comienzo de mi entrenamiento? Estábamos rodeados por nuestros hermanos en La Fôret des Yeux, y no quise intentarlo porque creí que todos se reirían de mí. Sin embargo, tú no dejaste que me rindiera. Me dijiste que no hay momento como el presente, que a veces tenemos que hacer cosas, aunque no queramos hacerlas.

—No. —La palabra se le atasca en la garganta cuando levanta la cabeza y su mirada es la única arma que le hará falta esta noche. Su dolor, su ira, su angustia, me atraviesan más deprisa de lo que podría hacerlo una espada—. No finjas que seguimos conociéndonos.

Antes de que pueda decir algo más, gira sobre los talones y se aleja para apostarse junto a los esqueletos y las calabazas. Cabizbaja, lo observo sin seguirlo, sin protestar. Una pequeña parte secreta de mí esperaba un perdón que no me he ganado, pero por supuesto que eso no ha sucedido. Puede que nunca lo haga. Jean Luc nunca ha sido de los que perdonan con facilidad, y nunca olvida.

—¿Se lo ha contado todo? —le pregunto a Reid, incapaz de reprimir el tono lastimero de mi voz—. ¿A Lou, Coco y Beau? ¿Saben lo que pasó en los muelles?

—Sí. —Con un suspiro pesado, él también observa a su amigo, quien le espeta algo a un sirviente que pasa por su lado y le enseña su Balisarda—. Dale tiempo, Célie. Entrará en razón.

—¿De veras?

—No hay nadie que quiera atrapar al Nigromante más que él.

Al oír sus palabras, la cruz de Filippa parece colgar con más pesadez de mi cuello, y me obligo a darle la espalda a Jean Luc. Con el tiempo, puede que se dé cuenta de que ambos merecíamos algo mejor, pero eso ahora no es importante, ¿verdad? *No puede* ser importante en este momento. No cuando nuestro plan está en marcha.

—¿Me vas a invitar a bailar?

Reid parpadea, sorprendido, y una pequeña sonrisa juega con las comisuras de su boca.

—¿Le gustaría bailar, *mademoiselle* Tremblay?

—Lo cierto es que sí, *monsieur* Diggory.

Acepto su mano y permito que me guíe hasta la pista de baile antes de inclinarme más cerca y susurrar:

—Sería una pena que nos escucharan. —Con la máxima discreción posible, señalo con la cabeza a los vampiros que nos rodean y coloco el brazo libre sobre el suyo, la mano en su hombro —. Tenemos mucho con lo que ponernos al día.

Por suerte, entiende de inmediato a qué me refiero, y su mirada se vuelve distante mientras busca un patrón. Su magia se comporta de forma diferente a la de Coco, diferente incluso a la de Lou desde que ella se convirtió en la *Dame des Sorcières*. Él y el resto de su familia pueden ver y manipular los patrones del universo; esa manipulación es la forma que tienen las *Dames blanches* y los *Seigneurs blancs* de lanzar hechizos: entregan pedazos de sí mismos para obtener algo a cambio. Justo como dijo Filippa.

No puedes conseguir nada sin dar algo a cambio, Célie.

Ese peso tan grande y familiar vuelve a asentarse en mi pecho al pensar en mi hermana, y observo a Reid de forma bastante distante mientras busca el hechizo correcto, mientras sus ojos azules se mueven de izquierda a derecha. También conocía a Filippa. Durante toda nuestra infancia, la conoció mejor que nadie, excepto tal vez Evangeline y yo. ¿Qué pensaría si supiera de

su relación con el Nigromante? ¿Entendería este profundo dolor que siento en la boca de mi estómago? ¿Él también sigue llorándola?

Si le cuento su secreto, ya no la llorará solo *a ella*. También llorará su recuerdo, y eso, eso sería increíblemente egoísta por mi parte.

¿No es así?

—Puedo quitarles el oído —murmura Reid después de varios segundos—, pero no podré hablar durante nuestra conversación. —Vuelve a fijar los ojos en los míos—. ¿Será necesario que hable?

Se supone que debo explicarle el plan, al igual que Michal, Odessa y Dimitri se lo están explicando a los demás. Explicar el plan es mi *tarea*. Pensamos que sería mejor, que atraería menos atención, dividir y vencer en la pista de baile en lugar de congregarnos en un rincón y cuchichear. Y aun así…

—Puede que sea mejor si no lo haces.

Frunce el ceño al oírme, pero sin pronunciar otra palabra, mueve la muñeca que tiene apoyada en mi cintura. Cuando el olor de la magia nos envuelve, asiente para que continúe. Todavía extrañamente reacia a hablar a un volumen normal, abro la boca para contarle lo de nuestra trampa, que Beau me llevará al balcón norte, pero las palabras que salen son completamente diferentes.

—¿Te acuerdas… de los últimos años de vida de Filippa?

Fuera lo que fuere lo que Reid esperaba que dijera, está claro que no se trataba de esto. Frunce todavía más el ceño mientras examina mi rostro, pero asiente de todos modos, y el significado queda claro. *Sí, lo recuerdo*.

—Estaba… distante, casi solitaria, y la pesqué escabulléndose de nuestra habitación más de una vez, siempre en la oscuridad de la noche. Sé que también te trató a ti de forma diferente. —Sus manos me aprietan imperceptiblemente al alejarme de él, y luego vuelven a acercarme. Sé por instinto que está recordando lo mismo que yo: la última vez que hablaron, Filippa lo llamó «soldado testarudo» y salió de casa hecha una furia. Antes de que pueda reconsiderarlo, digo—: Reid, creo que tenía una aventura con el Nigromante.

Retrocede un poco, conmocionado, y entorna los ojos.

—Es posible que no supiera que él era un nigromante en ese momento, por supuesto, pero estaban relacionados de alguna manera —lo informo, impotente—. Tenían… tenían planeado huir juntos, y no puedo… No sé cómo… —Respiro hondo y de forma temblorosa—. No entiendo cómo pudo estar con una persona así. Cómo es posible que lo *amara*. —Luego, puesto que él no puede hablar y yo sí, puesto que no hay nada que ninguno de nosotros pueda decir realmente—: Tú también la conocías. La *conocías*. ¿Alguna vez sospechaste que podría hacer algo como esto? ¿Fui yo la que… fui yo la que lo pasó por alto, Reid? ¿Y si resulta que no la conocía lo más mínimo?

Demasiadas preguntas, me doy cuenta, sintiéndome desgraciada. No puede responderlas todas…

Reid me da un apretón en la mano y tira de mí para darme un abrazo aplastante, y con ello —increíblemente—, mi cuerpo se libera de toda la tensión. Me atraganto con un sollozo. Ha pasado… mucho tiempo desde que alguien me abrazó así, no como amigo o amante, sino como familia. Como un hermano. Como alguien que me conoce, que me *conoce* de verdad, y que

entiende mi dolor, mi confusión y mi culpa porque siente lo mismo.

Pero eso no es todo.

—¿Sabes? Heriste mis sentimientos —le digo en voz baja cuando nos separamos—. Todos lo hicisteis. Lo que escuché en la sala del consejo… No merecía que me tratarais así, Reid. Nadie merece ser tratado como si sus pensamientos, sentimientos y experiencias no importaran, y todavía menos por parte de sus amigos más cercanos. —A pesar de las palabras, mi voz no contiene ninguna acusación o reprimenda, y para mi sorpresa, también he dejado de sentir ira. Quizá porque esto ya no es un enfrentamiento. Es la declaración de un hecho—. No soy secundaria.

Reid deja de bailar de golpe, justo en mitad de la pista, me agarra por los hombros y se inclina para mirarme directamente a los ojos. *Lo sé*, me transmite, su expresión solemne y llena de arrepentimiento. *Lo lamento*.

A nuestro alrededor, las otras parejas continúan meciéndose y girando, pero Michal y Lou nos siguen con el rabillo del ojo. Los otros también han terminado sus charlas, y está claro que nos esperan a Reid y a mí para pasar a la segunda fase de nuestro plan. La trampa en sí.

Le acuno la mejilla a Reid y susurro:

—Te perdono. Ahora… esto es lo que vamos a hacer.

Capítulo 47

La trampa

Media hora más tarde, en el balcón más al norte del salón de baile, Beau y yo nos acurrucamos juntos contra el viento. Un pintoresco patio se extiende a nuestros pies, parcialmente oculto por dos antiguos robles, tal como Michal dijo. Uno de ellos ha crecido hacia arriba y por encima de la balaustrada de piedra y estira sus ramas hacia el castillo, mientras que el otro oculta el resto del patio de la vista. El efecto es de una privacidad casi total, y gracias a Dios por ello, puesto que Beau parece decidido a arruinar nuestro plan antes de empezar.

—A ver si lo entiendo. —Cruza los brazos sobre el pecho. En parte, es probable que por enfado, pero también para protegerse de este horrible frío—. Te has ofrecido voluntaria como cebo para el tal Nigromante.

Me froto los brazos por encima de las mangas y susurro:

—Necesita mi sangre para llevar a cabo la verdadera nigromancia, sí, pero ¿puedes bajar la voz? Se supone que debes consolarme.

—Está bien. —Entre nosotros, nuestro aliento toma la forma de unas nubecillas blancas mientras me complace y me palmea la espalda a regañadientes—. Y por culpa de esta bastante desafortunada decisión, de alguna forma yo también he sido ofrecido voluntario como cebo. —Mientras habla, las omnipresentes nubes de Requiem se separan para revelar una brillante luna de otoño, que baña las ridículas lentejuelas de su traje en una apagada luz plateada—. Yo —repite con incredulidad, haciendo sonar la campanilla de su sombrero para más énfasis—. La única persona de aquí sin ningún medio para ayudar si el Nigromante de verdad decide hacer acto de presencia e intentar *recolectar tu sangre*.

—Por eso precisamente te elegimos a ti y no a los demás. —Me apoyo contra él, ansiosa, temblando, y sollozo tan fuerte como me resulta posible. Quizá no debería haberme quitado la máscara tan pronto; por lo menos habría conservado la nariz caliente. Sin embargo, cuando Reid ha fingido insultarme al final de nuestro vals, ha sido necesario que me la quitara para pretender estallar en llanto y huir hacia un Beau con ganas de amotinarse y al que está claro que no le gusta ni un poco nuestra estratagema—. Necesitamos proporcionar al Nigromante una falsa sensación de seguridad. Es mucho más probable que nos ataque a nosotros que si Michal, Lou o incluso Jean Luc me hubieran acompañado aquí fuera. *Consuélame*, por favor.

—Me siento halagado, de verdad. —Me rodea los hombros con un brazo rígido, me obliga a apoyar la cabeza en el hueco de su cuello y me acaricia la oreja—. Ya está, ya está.

—Venga, no seas así. Tú mismo lo has dicho, eres la persona menos amenazante del grupo.

—Y estoy sufriendo por ello, por lo que parece. ¿Cuánto tiempo nos va a *llevar* esto? —Más fuerte, añade—: No llores, Célie, querida. Resulta *evidente* que mi querido hermano está sobrecompensando algo.

Ignorando su ceño fruncido, me soplo aire caliente en las palmas y hago un valiente intento por arrancar alguna emoción de mi pecho. Solo necesito una, *una* emoción experimentada con intensidad, para atravesar el velo y comprobar cómo van las cosas con Mila, que seguro que ya me espera allí. No debería ser difícil. Hasta este momento, he sido capaz de deslizarme dentro y fuera del otro mundo a mi antojo; sin embargo, esta noche mis nervios están al límite, y el viento agita salvajemente sus extremos deshilachados. No puedo concentrarme en una única emoción. De hecho, no puedo concentrarme en nada que no sea el ruido incesante del disfraz de Beau cuando este se estremece.

Levanto la cabeza de su hombro y siseo:

—¿Puedes dejar de *tintinear* un momento? Intento concentrarme.

—Ay, lo siento. ¿Acaso esto resulta increíblemente frustrante para ti? —Pone los ojos en blanco, agarra su sombrero y lo lanza más allá de la balaustrada, salvo que, en lugar de desaparecer de la vista, se engancha en la rama de un árbol. Se queda ahí, colgando, repicando como loco con otra ráfaga de viento, hasta que parece probable que sea Beau quien salte desde el balcón—. Me gustaría recalcar —dice con los dientes apretados— que no era así como me imaginaba esta noche.

—¿No? —Presiono la oreja contra su hombro en un esfuerzo por amortiguar el odioso tintineo. Incluso ahora, el Nigromante podría estar escondido ahí abajo, esperando su oportunidad para atacar, para matar, pero… no. Con los dientes castañeteándome, niego con la cabeza. No puedo pensar así. Michal también se esconde en algún lugar y no permitirá que nos pase nada. Solo tenemos que esperar—. ¿Qué parte de la noche no está a la altura de tus expectativas?

—Para empezar —Beau me envuelve los hombros con la esquina de su capa de raso—: Me hubiera gustado que hubiera menos referencias a la necrofilia. Nadie dijo nada sobre nigromantes cuando me subí a este barco. ¿Ayudarte a escapar de la isla de los vampiros? Sí, sin lugar a dudas. —Se le tensa un músculo de la mandíbula—. Sobre todo, después de que Lou mencionara la coerción y Jean Luc nos convenciera de que debía de ser la razón por la que elegiste volver a este horrible sitio. —Retrocedo instintivamente ante la imagen que pinta: Jean Luc discutiendo con los demás, desesperado por convencerlos de que me estaban obligando. Desesperado por convencerse a sí mismo. Incluso admitir que me había ido le habría costado, y yo… mi mente aleja el resto de ese pensamiento—. Sin embargo, ahora que hemos establecido que *no* estás siendo obligada…

—¿Me dejarías a merced del Nigromante?

Tiene sentido, por supuesto. Beau no es como yo; ni siquiera es como Reid o Jean Luc. Él es de la realeza, el rey de toda Belterra, y su gente seguro que notará su ausencia mientras se dedica a perseguir a fugitivos y asesinos.

—Por supuesto que no. —Beau suspira, derrotado, y deja caer los hombros debajo de la capa —. Es solo que hoy es el cumpleaños de Coco. ¿Lo sabías? Nació en la víspera de Todos los Santos.

—*¿Qué?* —Siento un vuelco en el estómago al darme cuenta y me pongo recta de golpe para mirarlo boquiabierta. Porque claro que me sé el cumpleaños de Coco. ¿Cómo he podido olvidarlo? Peor aún, en lugar de celebrarlo, ha pasado la noche en un barco que navegaba hacia su posible muerte, y yo podría ser la peor amiga que se haya descrito como tal—. Madre mía —susurro, horrorizada—, no le he comprado ningún regalo.

—En vista de las circunstancias —dice Beau en tono irónico—, creo que te lo perdonará. Yo mismo tenía planeado un regalo bastante especial, antes de darme cuenta de que pasaríamos la mayor parte de la noche atrayendo a un brujo asesino hasta un balcón subártico. La verdad es que hace más frío que en una teta de bruja aquí fu… *¿Por qué pones esos ojos?*

Salta lejos de mí, horrorizado, y la temperatura cae en picado cuando mi arrepentimiento ata cada nervio deshilachado y forma un pequeño y pulcro lazo. Me aplasta hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, hasta que cruzo el velo que nos separa del otro mundo, donde Mila descansa sobre la rama del árbol más cercano, con la falda y el pelo ondeando al viento.

Con una sonrisa, mueve las campanas del sombrero de Beau a un ritmo aleatorio.

—¿Por qué has tardado tanto?

Paseo la mirada entre ella y el sombrero, y abro mucho los ojos, presa de la indignación.

—No era el viento en absoluto. Eras *tú*.

Beau me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza antes de girar la suya hacia el árbol, donde Mila esboza una sonrisa aún más amplia y a mitad de melodía cambia a un himno navideño realmente mortificante.

—¿Con quién hablas? —pregunta, con los ojos muy abiertos—. ¿Y por qué… por qué esas campanas están tocando de repente *Hacia Belén va una burra*?

—Basta, Mila. —Avanzo hacia la balaustrada y me pongo de puntillas para arrebatarle el sombrero, pero este cuelga justo fuera de mi alcance—. Lo estás asustando.

—Eres tú la que habla con el aire, Célie.

—¡Dame el sombrero de una vez!

—¿Qué está pasando? —Beau da un paso adelante y toma mi mano para alejarme de la rama del árbol con expresión alarmada—. ¿Y quién es Mila? ¿Es… es el árbol? ¿El árbol se llama Mila?

Con un suspiro, aparto la mano y fulmino al fantasma en cuestión.

—No, el árbol no se llama Mila —espeto—. Es el nombre de la hermana muerta de Michal, Mila Vasiliev, y como no deje de hacer tintinear ese sombrero, podría tener que matarla de nuevo.

Beau parpadea.

—¿Cómo dices?

—Has preguntado que con quién estoy hablando. Se llama Mila, y el Nigromante la mató hace varios meses. —Los ojos amenazan con salírsele de las órbitas, pero los ignoro, me cruzo de brazos y me sacudo mentalmente con energía. Porque la interpretación de Mila de *Hacia Belén va una burra* importa incluso menos que el ridículo sombrero de Beau. Se supone que debemos actuar como si necesitara un momento fuera para recuperar la compostura, sin discutir sobre campanas y fantasmas. Bajo la voz y le pregunto a Mila:

—¿Has visto… ya a alguien?

Su sonrisa se desvanece y deja de tocar las campanas de inmediato.

—A más de uno, por desgracia. Espero que Michal esté preparado para enseñar los dientes en

señal de advertencia, porque esta noche han llegado más de cien criaturas a Requiem, docenas de brujas de sangre incluidas, y cualquiera de ellos podría ser nuestro nigromante.

—¿Estás *segura* de eso? —La voz horriblemente familiar de Guinevere la precede desde el salón de baile, y nos giramos a la vez cuando atraviesa las puertas de caoba para reunirse con nosotros. Me esfuerzo por no soltar un gemido—. Creía que habías dicho que el Nigromante era un *brujo* de sangre. Eso reduce bastante los candidatos, querida Mila.

Los fantasmas, decido, acabarán por matarme.

Aunque abro rápidamente la boca para decirle que se vaya, cambio de parecer al instante, porque ¿quién soy yo para rechazar información? Sin ella, lo único que podemos hacer Beau y yo es quedarnos aquí y esperar lo peor.

—Aproximadamente, ¿cuántos has visto, Guinevere? ¿Hay alguno en el castillo?

—¿Guinevere? —pregunta Beau con un hilo de voz.

La susodicha posa los ojos sobre él al instante, y estos le brillan con alegre interés.

—Espera un momento. ¿Quién es este?

Madre mía.

Antes de que pueda responder, se precipita hacia delante e irrumpe en su espacio personal antes de ladear la cabeza y estudiarlo desde las puntas de su pelo negro hasta las suelas de sus botas de cuero. Ni siquiera su disfraz la disuade. En todo caso, parece aumentar la atracción; con un ruidito de apreciación, acaricia con un dedo las lentejuelas de su manga.

—Esto —dice— sí que es una novedad bienvenida.

Le aparto la mano de un golpe mientras Beau retrocede ante el frío e invisible contacto.

—Que ni se te pase por la cabeza, Guin.

Con una brusca exhalación, Beau retrocede hacia las puertas y me arrastra con él.

—Célie, querida, pareces sentirte mucho mejor. A lo mejor deberíamos volver a la fiesta y…

Me aprieta el codo con la mano y en sus ojos oscuros por fin se reflejan las formas flotantes y nacaradas de Mila y Guinevere.

—Madre del amor hermoso —susurra mientras las señala con un dedo tembloroso—. Son… Célie, son…

—Fantasmas —termino con resignación—. Por si te sirve de ayuda, solo puedes verlas porque me estás tocando. En cuanto Guinevere se pase de la raya —le lanzo una mirada penetrante— puedes soltarme y no será necesario que vuelvas a verla nunca más.

Con un resoplido burlón, Guinevere flota a nuestro alrededor en un círculo.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso? —A Beau, le ronronea—: Guinevere de Mimsy, a su servicio. No hay necesidad de preguntar quién es, por supuesto. Incluso obligado a llevar un traje de payaso, una nunca podría confundir esas ondas despeinadas y esa mandíbula cincelada con cualquier otra cosa que no fuera la nobleza.

Aunque Beau la mira boquiabierto, incrédulo, no puede evitar murmurar:

—Realeza.

Si pudiera, seguro que Guinevere pegaría un saltito al escuchar esa noticia, pero en vez de eso, su forma incorpórea la obliga a hincharse hasta alcanzar el triple de su tamaño.

—Su Majestad. —Se lleva una mano al pecho—. Es un honor conocerlo.

Con aire impaciente, Mila se lanza hacia delante y saca una caja de terciopelo de las

profundidades del bolsillo del pecho de Beau. Yo no había reparado en ella antes, e incluso Beau se sobresalta un poco cuando la agita debajo de las narices de Guinevere.

—¿Sabes qué es esto, Guin? —continúa antes de que la aludida pueda responder—. Es el único incentivo que necesitas para dejar en paz al pobre hombre. —Al abrirla, revela un anillo de oro con un magnífico rubí en el centro. Brilla con tanta intensidad, tan *precioso*, que jadeo y se lo quito para examinarlo desde todos los ángulos a la luz de la luna.

—¿Esto es…? —Me giro para encararme a Beau, y ahora me toca a mí pegar un saltito mientras una enorme sonrisa divide mi rostro en dos—. Beauregard Lyon, ¿esto es un anillo de compromiso?

Me lo arrebata, revisa apresuradamente si hay daños y vuelve a guardárselo en el bolsillo. Avergonzado, dice:

—Es posible.

—Pregúntale cómo pensaba declararse. Se puede saber mucho sobre un hombre por cómo elige pedir matrimonio. —Mientras se aleja de nosotros, Guinevere levanta su nariz respingona en el aire, y me doy cuenta de que Beau me ha soltado el codo en su prisa por recuperar el anillo. Si es posible, sonrío aún más al darme cuenta. Planeaba pedirle matrimonio a Coco en su *cumpleaños*, y ese, ese debe de ser el motivo de que se haya mostrado tan grosero esta noche. Quería que fuera una noche especial. Quería que fuera de ambos. Todo es tan ridículamente romántico que podría echarme a llorar otra vez, salvo que en esta ocasión no estaría fingiendo. Porque…

El calor que siento en el pecho se enfría con una ráfaga de viento helado.

Porque no ha podido hacerlo. A pesar de sus grandes planes, ya no es su cumpleaños; ha perdido su oportunidad por mi culpa.

—Ah. —La palabra me abandona junto a un suspiro doloroso, y me agarro los codos, temblando de nuevo por el frío. Aunque la parte racional de mi mente sabe que no es culpa mía, que no le he pedido al Nigromante que me pusiera en su punto de mira, sigo sintiéndome responsable en cierto sentido—. Lo siento mucho, Beau.

Agita una mano sin mirarme.

—No hay por qué. En realidad, es probable que me hayas ahorrado una gran humillación. Coco nunca ha sido muy sentimental.

—Habría dicho que sí —digo con firmeza—. *Dirá* que sí.

Aunque se encoge de hombros, no dice nada más, y si el Nigromante está en algún lugar escuchando, espero que sienta un completo y absoluto *rechazo* por estar causando tantos estragos en nuestras vidas.

Y… bueno… por haber acabado con otras tantas.

Guinevere lanza un suspiro dramático en mitad del silencio.

—Uno de *mis* amantes se me declaró una vez en un callejón putrefacto detrás de una taberna, mientras vomitaba.

—Eso —dice Mila— es repugnante.

—Sí. Bastante. —Guinevere le lanza a Beau una mirada de cejas enarcadas por el rabillo del ojo—. Lo dejé por su hermano a la mañana siguiente.

Aunque Beau ya no puede verlas ni oírlas, parece darse cuenta de que la conversación ha continuado sin él, y sobre él. Se pasa una mano cansada por el pelo y habla en un murmullo bajo.

—En serio, Célie, creo que es hora de volver dentro. Si el Nigromante iba a atacar, ya lo habría hecho, y…

Las campanillas de su sombrero tintinean de nuevo.

Con el ceño fruncido, miro a Mila y a Guin, pero ninguna de ellas flota cerca del árbol siquiera. El aire también se ha tornado antinaturalmente quieto y silencioso. *Qué extraño*.

—¿Alguna de vosotras…? —empiezo a preguntar, pero Mila niega con la cabeza.

—Debe de haber sido el viento —susurra, pero el vello de la nuca se me eriza de todas formas. Mila es un fantasma. No tiene por qué susurrar, no hay razón para temer nada. Nadie puede escucharla, excepto yo y Guinevere, que frunce el ceño y echa un vistazo debajo del balcón para investigar.

Abre los ojos como platos. Se gira de nuevo para mirarme y dice:

—Célie, *corre*…

Pero es demasiado tarde. Unos dedos largos aparecen en la balaustrada, y antes de que Beau y yo podamos hacer algo que no sea retroceder entre tambaleos, aferrándonos el uno a la otra, una figura pálida se desliza sobre el parapeto y aterriza en el balcón con una gracia letal. Abro la boca, y la conmoción me recorre el cuerpo como una inyección de cicuta, inmovilizándome donde estoy. Porque no es el Nigromante quien me sonríe ahora, con su vestido gris paloma salpicado de luz de estrellas.

Es Priscille.

Capítulo 48

El rey y su corte

—*Bonjour, humaine* —dice mientras se alisa el corpiño de gasa.

Antes de que Beau y yo podamos dar media vuelta y echar a correr, Juliet me agarra por detrás mientras otro vampiro desconocido le coloca los brazos a Beau en la espalda y arrastra la nariz por su cuello. Aunque forcejea, su fuerza no es nada comparada con la de un vampiro, y este presiona los dientes contra su yugular hasta que el rey de Belterra se queda quieto, cierra los ojos y contiene el aliento.

—Dejadlo en paz… —Con un gruñido, intento acercarme a ellos, pero Juliet envuelve mi propia garganta con una mano helada.

—Yo no me preocuparía por tu amigo —me murmura al oído—. Al fin y al cabo, tu sangre sabe más dulce.

Instintivamente, me lanzo de vuelta al otro lado del velo antes de que se fije en Mila o en Guinevere. A juzgar por el brillo frío y cristalino en los ojos de Priscille, estos vampiros están sedientos de sangre, de *mi* sangre. Las palabras que Yannick pronunció en la pajarera revolotean por mi cuerpo y me atraviesan como diminutos cuchillos: *Me tomaré mi tiempo*. Si Juliet o Priscille se dan cuenta de que puedo ver a los muertos, de que puedo comunicarme con ellos, ¿quién sabe qué más harán?

—No tenéis por qué hacernos daño. —La mano de Juliet casi me aplasta la garganta cuando trago, buscando alguna señal de Michal. Debería estar aquí a estas alturas. Le aprieto tanto el brazo que los nudillos se me ponen blancos, pero no importa con cuánta violencia la arañe, mis uñas no pueden perforar su piel. De repente, mis pulmones no son capaces de respirar. Porque si Michal *pudiera* llegar hasta mí, lo haría, pero no está aquí. *No está aquí*—. Todavía tenéis tiempo de cambiar de opinión. Podéis iros, escondernos, no volver nunca a este lugar y rezar para que Michal no os encuentre nunca.

Priscille sonríe enseñando los dientes —colmillos afilados, demasiado largos— y tres vampiros más trepan por el balcón detrás de ella.

—Qué suerte que ni siquiera Su Majestad pudiera impedir que el hechizo alrededor de Requiem se levantara esta noche —dice, burlándose de las palabras de Michal con una risa áspera. De reojo, echa una mirada retorcida al vampiro que está a su lado, con el que comparte sus

salvajes rizos negros, su figura generosa, su gruñido. Un hermano, tal vez, o un primo—. Tampoco ha podido impedir que nuestros parientes se unieran a nosotros, y no sabes con cuánta paciencia han esperado este momento.

Forcejeo inútilmente contra Juliet, incapaz de alcanzar el cuchillo de plata que llevo en la bota. No me he preparado para esto. Como una tonta, como una *estúpida*, no me he preparado para esto, porque se suponía que era el Nigromante quien atacaría esta noche, no una facción de vampiros amotinados. Aunque intento hacer fuerza hacia atrás, estampar la plata de mi vestido contra su pecho, me aparta de ella con una fuerza impresionante.

—Por favor —susurro—. Michal puede perdonar a tus parientes por haber venido a Requiem, pero no os perdonará si nos hacéis daño. Por favor, por favor, soltadnos.

—Lo llama *Michal* —gruñe Juliet, quien me aprieta aún más con la mano hasta que empiezo a ver borroso en las esquinas. Hasta que me ahogo y me quedo sin aliento—. Permite que la humana pronuncie su nombre, que traiga a sus repugnantes compañeros a nuestra isla, a nuestro *hogar*, y los honra por encima de todos los demás. Uno incluso lleva la capa de un cazador. —Cuando me las arreglo para rozarle el brazo con el hombro, gruñe y rasga la capa por la mitad para después arrojar a un lado la prenda de incalculable valor. Los diamantes se dispersan en todas direcciones —. Un rey con lealtades divididas no es ningún rey.

Los otros vampiros sisean para demostrar que están de acuerdo.

La frustración casi me hace gritar.

—Pero sus lealtades no están divididas…

—¿Quieres que supliquemos el perdón de nuestro rey, humana? —Ante mi impotencia, la sonrisa de Priscille se vuelve sumamente letal—. ¿Quieres que nos arrodillemos y le supliquemos que olvide? Somos *vampiros*. No pediremos perdón ni permiso a alguien tan débil, y no seguiremos aceptando su mandato. —Con una mirada ardiente y el pecho agitado, se gira para dirigirse a los demás en un arrebato de pasión—. Amigos, el reinado de Michal Vasiliev termina esta noche…

Con los ojos desorbitados, se interrumpe de golpe y, durante una fracción de segundo, mi mente no logra procesar la velocidad a la que Michal se mueve para colocarse frente a ella. Sin embargo, cuando lo consigo, cuando reconozco su pelo liso y pálido y su piel de alabastro, casi lloro de alivio y me dejo caer en los brazos de Juliet. Aunque tiene marcas de dentelladas rezumando en la garganta, no importa. Aunque un ala cuelga medio arrancada de su espalda, Michal está aquí, ileso, y su mera *presencia* ha aterrorizado a Priscille hasta hacerla callar.

Entonces veo la sangre que gotea por su mano, las vísceras entre sus dedos, y me doy cuenta de que le ha arrancado las cuerdas vocales.

A mi lado, Beau se atraganta ante la imagen y se dobla sobre sí mismo: el vampiro que lo retenía ha huido, solo para ser capturado por Ivan, quien salta por encima del parapeto y le rompe el cuello. El atacante se derrumba como un saco de ladrillos. Priscille se atraganta, se lleva las manos a la garganta y se gira, desesperada por escapar, por vivir, pero Odessa aparece para bloquearle el camino. También Dimitri y Pasha. Uno por uno, incapacitan a los vampiros insurgentes en un movimiento borroso y líquido, rompiéndoles las rótulas, agarrándolos del pelo y arrastrándolos hacia las puertas de caoba del salón de baile.

Lou, Reid, Coco y Jean Luc trepan por las ramas del roble varios segundos después, con

expresiones cenicientas y sombrías. Ninguno parece gravemente herido, gracias a Dios, pero Reid ya tiene un moretón que le está hinchando la mejilla por lo que sea que haya sucedido abajo y Coco sangra por un corte en el antebrazo. Beau corre hacia ella, y Dimitri…

También gira la cara hacia ella en un movimiento brusco. Hacia su sangre. Durante un único instante, en sus ojos aparece un brillo salvaje, pero Pasha gruñe y lo empuja para cruzar las puertas hasta que desaparecen de la vista.

Solo queda Juliet, con la mano alrededor de mi garganta.

—Suéltala —gruñe Michal.

Aunque se acerca despacio, con cuidado, a donde Juliet me retiene contra la balaustrada, el cuerpo entero de la vampira se tensa, y algo parece romperse en su interior. Con un gruñido, intenta hundirme los dientes en la yugular. *Demasiado lenta*. Michal se abalanza en un instante, con los ojos brillantes por la rabia, y también la agarra por la garganta mientras me aparta a un lado con su otra mano. Doy vueltas sin control hacia Jean Luc, que me atrapa contra su pecho. Sin embargo, en lugar de arrancarle las cuerdas vocales como ha hecho con Priscille, Michal cruza las puertas del salón de baile.

Casi vuela mientras sube a la tarima con Juliet a cuestas.

Todos corremos tras él, Beau y yo tropezando ligeramente, y nos encontramos con que todo el salón se ha quedado en silencio.

Salvo por Juliet. Ella todavía se retuerce y patea, sisea, escupe y tira de la mano de Michal, que este emplea para sostenerla en alto por la garganta. A pesar de sus esfuerzos, no la suelta. Ni siquiera se estremece. Con expresión fría y cruel —y una mirada totalmente inhumana— se dirige a su público con un susurro.

—Entre vosotros, hay algunos que cuestionan mi fuerza.

Pasha, Ivan, Dimitri y Odessa forman una especie de barricada alrededor de los debilitados compañeros de Juliet. Cuando uno intenta levantarse porque las rodillas se le están curando, Pasha le rompe la tibia y el vampiro grita de dolor. El familiar de Priscille me lanza una dentellada, con los ojos ardiendo de odio, hasta que Dimitri le arranca los colmillos de la boca a la fuerza. La sangre salpica el suelo de obsidiana y me apresuro a mirar hacia otro lado y a acercarme a Coco y a Beau, cuyas expresiones afectadas son un reflejo de la mía. En cierta forma, esto parece mucho peor que la situación con Yannick en la pajarera. Esto parece más una exhibición, una *actuación*, salvo por el hecho de que los actores y actrices se arrastran y sangran por el suelo en lugar de sobre el escenario. Sin pretenderlo, mi mirada vuelve a aterrizar en Priscille y en su garganta desgarrada.

Esto es… esto es enfermizo.

—Algunos creéis que me he vuelto demasiado débil para gobernar esta isla. Creéis que me he vuelto un inepto, puede que incapaz de protegeros de los peligros que aguardan más allá de Requiem. —Una pausa—. ¿Es eso lo que crees, Juliet? —le pregunta Michal en voz baja—. ¿Te imaginas como monarca? ¿Como reina? ¿Crees que el verdadero poder proviene de cazar a los que son más débiles que tú?

Ella le enseña los dientes en respuesta.

—Ya veo. —Asintiendo para sí mismo, Michal la levanta más alto, y sus pies arañan el suelo de la tarima—. En ese caso… permíteme calmar tus preocupaciones. —Levanta la voz para

dirigirse a todos los presentes—. Permitidme abordar *todas* vuestras inquietudes y, por fin, dejar que vuestros pequeños miedos se desvanezcan.

Con un simple movimiento de muñeca, separa la cabeza de Juliet de sus hombros, cuyo cuerpo entero se reseca hasta quedar en los huesos antes de que él lo deje caer al suelo con un ruido sordo. Contemplo fijamente el cadáver, incapaz de parpadear. Incapaz de *pensar*. Hasta el último pensamiento huye de mi cabeza hasta que solo queda Michal. De pie junto a ella, mira a su gente con una expresión tan extraña, tan *vacía*, que tampoco puedo mirarlo a él.

—Santo cielo —susurra Beau, y sigo su mirada hasta la multitud.

No sé qué esperaba. Que los vampiros gritaran, tal vez, o que sisearan como lo está haciendo Priscille. Tal vez creyera que se dispersarían con miedo ante semejante exhibición de dominio, o que se precipitarían hacia la tarima para atacar. Al fin y al cabo, nos superan en número. Podrían hacerlo.

Nada, sin embargo, podría haberme preparado para el placer que detecto en sus miradas mientras contemplan a Michal.

Con murmullos de entusiasmo, se separan para formar un tosco círculo en mitad del salón de baile, y cuando los vampiros encarcelados empiezan a retorcerse de terror, un temor helado susurra una advertencia que me recorre la columna. El círculo que están formando parece un pozo. Una *jaula*. Incrédula, doy un paso hacia Michal, pero tanto Beau como Coco me retienen por la parte trasera del vestido, y Lou niega con la cabeza en un movimiento lento y asqueado.

—Esto no es algo que debamos ver nosotros, Célie.

Reid asiente con solemnidad.

—Deberíamos irnos.

Pero no podemos *marcharnos* sin más —los miro con desesperación—, porque el Nigromante sigue ahí fuera. Pese a todos nuestros cuidadosos planes, no ha venido, y aun así casi muero a manos de unos vampiros vengativos. No… no entiendo este lugar. Se me cierra la garganta a medida que asimilo todas las repercusiones de la noche. *El Nigromante no ha venido*. No ha venido, ¿y cómo… cómo voy a dormir esta noche? Tomo respiraciones cortas y dolorosas. ¿Cómo voy a *vivir* si el Nigromante podría estar al acecho al girar cualquier esquina? Podría estar escondido en mi habitación incluso ahora, y si no lo está, podría tratarse de *monsieur* Dupont. Podría ser Ivan o Pasha o incluso Dimitri. La bilis me sube por la garganta al imaginármelos acechando en las sombras, esperando, y sin pretenderlo, miro hacia atrás, a Michal.

La sangre de Juliet todavía le mancha la mano.

Me habría matado. *Todos ellos* me habrían matado de forma brutal y horripilante si él no hubiera intervenido. ¿Qué otra cosa podía hacer excepto devolver el golpe con contundencia? ¿Qué otra cosa podría haber hecho para evitarlo?

No.

Sacudo la cabeza, y me acerco a Lou, a Reid, a Coco y a Beau e incluso a Jean Luc, y al detectar mi movimiento, Michal clava la mirada en la mía. Una pregunta tácita se agita en sus ojos. Pero no puedo darle la respuesta que anhela; no puedo seguir haciendo esto, no puede soportar tanta *violencia*. ¿De verdad cree que podría llegar a vivir aquí? ¿De verdad cree que podría sobrevivir?

Lou me aprieta la mano en una silenciosa muestra de consuelo, pero ni siquiera su presencia sirve de mucho para tranquilizarme en estos momentos. Cuando Odessa aparece a nuestro lado y

toma mi otra mano, Michal se aclara la garganta sobre la tarima.

—La fiesta ha terminado oficialmente —dice—. Abandonad este lugar, y no regreséis. —Señala con la cabeza a Pasha y a Ivan y dice—: Haced con ellos lo que os plazca.

Gira en redondo y desaparece por una anodina puerta en la pared del fondo. Odessa tira con más insistencia de mi mano y me susurra que me dé prisa, más prisa, mientras Pasha e Ivan ponen de pie a los vampiros encarcelados. Mientras arrastran sus cuerpos boca abajo hasta el centro de la jaula.

—Célie, *muévete*…

Esta vez con fuerza, Odessa me conduce hasta el balcón para bajar por el árbol y llegar al patio, pero no antes de que escuche los gritos.

Capítulo 49

Té derramado

Un gran fuego crepita en mi habitación, donde Lou, Coco y yo nos acurrucamos en los mullidos sillones junto a la chimenea con unas humeantes tazas de té al limón en las manos. El reloj sobre la repisa de la chimenea marca las tres en punto de la mañana. Nos hemos quitado los disfraces justo después de entrar, y alguien ha llamado a la puerta poco después. Ivan y Pasha estaban en el pasillo, con el ceño fruncido, nos han tendido la bandeja de té con brusquedad y nos han explicado que esta noche vigilarían nuestra puerta.

Ahora me encuentro mirando aturdida la pared de libros. Hilera tras hilera de lomos agrietados. A mi lado, Lou comparte butaca con Coco, con la cabeza apoyada sobre su hombro y las piernas extendidas sobre el reposabrazos. La cinta plateada que Michal me dio cuelga floja entre mis dedos mientras leo todos los títulos.

Las aventuras de Od, Bodrick y Flem.

Briar y Bean.

La hermana Wren.

Está claro que se trata de la sección de cuentos de hadas. Casi me río por la ironía. Casi. Hace solo unas horas, creía que los vampiros eran capaces de vivir dentro de las páginas de uno de estos libros, navegando hasta islotes secretos con cestas de rosas y botellas de sangre, pero esas botellas de sangre tienen que venir *de alguna parte*.

Qué tonta he sido.

La rápida ejecución de Yannick y los demás por parte de Michal me llevó a creer que las muertes no le proporcionaron ningún placer, pero esta noche… esta noche ha demostrado lo contrario. Esta noche ha sido calculador, cruel y prácticamente sádico, cosa que su gente ha aprobado. Esa certeza me provoca un dolor agudo e inesperado hasta que me concentro de nuevo en los títulos. En las letras doradas desvaídas. En cualquier cosa para olvidar el recuerdo de la mano manchada de escarlata de Michal. De los gritos ensordecedores de Priscille.

¿Cómo está la pequeña rosa?

La reina invernal y su palacio.

Mis ojos se detienen en este último: un lomo de tela color marfil con letras desvaídas. Reconozco el libro. Nosotras teníamos una copia, y durante años ocupó un lugar de honor en lo

alto de la mesilla de noche de Filippa. Todas las noches me leía el cuento de la reina de hielo Frostine, que se enamoró de un príncipe del verano. Él pasaba con su carruaje iluminado por el sol frente a su palacio todos los años, derritiendo la nieve y el hielo, y ella lo odiaba inmensamente por ello, hasta que un año encontró un tallo de campanillas de invierno en el umbral de su puerta. Furiosa, aplastó los pétalos blancos con la bota. Al año siguiente, sin embargo, encontró una alfombra entera de ellas en su jardín, y como no podía aplastarlas todas, no tuvo más remedio que enamorarse del príncipe.

Era una historia ridícula.

Más tarde, la propia Filippa me lo diría. Pero ¿qué pensaría ella de todo esto? ¿Qué haría? ¿Me aconsejaría que huyera lejos y a toda velocidad de Requiem y su oscuridad, o me instaría a reconsiderarlo? Al fin y al cabo, ella se enamoró del Nigromante. Puede que, para ella, Juliet y los demás se merecieran su destino. Enrosco los dedos con más fuerza alrededor de mi taza mientras busco a ciegas otra sección que leer. *Cualquier* otra sección. La de horticultura, tal vez, o la de anatomía humana.

—Es… una habitación interesante. —Lou sigue mi mirada hasta la estantería antes de girarse en su asiento y estirar el cuello para echar un vistazo al altillo de arriba. Señala con su copa el retrato de una mujer de aspecto particularmente severo con la piel marchita y una verruga en la nariz—. Esa se parece una barbaridad a mi forma de Anciana, o, supongo, a la forma de Anciana de mi bisabuela. Yo no he posado para ningún retrato, pero estoy casi segura de que esos son los mismos pelos de la barbilla. —Cuando me niego a reír, a mostrar cualquier tipo de reacción, añade —: La leyenda afirma que le gustaban tanto que encargó treinta y siete retratos de sí misma como la Anciana y los colgó por todo Chateau le Blanc. Treinta y seis de ellos siguen allí. Después de su muerte, mi abuela los metió todos en una sola habitación, y una noche entré en ella por accidente. —Finge un estremecimiento—. Tuve pesadillas durante una *semana*.

Cuando sigo sin contestar, Coco suspira y dice:

—Te habrían matado, Célie.

No aparto la mirada de *Mitología de las plantas*.

—Lo sé.

Las tres volvemos a quedarnos en silencio de nuevo, aunque es tenso, hasta que por el rabillo del ojo veo a Lou negar con la cabeza y apretar la mandíbula en un gesto obstinado.

—Intentaron matarte, y si Michal no hubiera estado allí, yo tampoco habría dudado. —Se inclina hacia delante en su asiento—. Puede que hubiera elegido un método diferente, sí, pero también los habría matado.

Cuando ve que no dejo de contemplar la estantería, incapaz de responder, engancha la pata de mi silla con el pie y me hace girar hacia ellas.

—Jean Luc no fue el único que se volvió loco de dolor, ¿sabes? —dice—. Cuando no apareciste en mi casa, pensamos que te habían matado. Que encontraríamos tu cadáver en el Doleur a la mañana siguiente, flotando con todos los peces muertos.

Coco aparta la mirada a toda velocidad, tensa.

Tras echarle un vistazo, Lou continúa:

—Y luego, cuando recibimos tu nota…

—¿Cómo pudiste pedirnos que no viniéramos a buscarte? —pregunta Coco en voz baja y

tensa—. ¿Cómo pudiste pensar que te abandonaríamos aquí para que murieras?

Contemplo sus expresiones de dolor, compungida.

—No pretendía… no creía…

—No, está claro. —Lou suspira y deja su taza de té a medio tomar sobre la mesa—. Mira, no te estamos culpando por lo que pasó, de verdad que no, pero ¿en serio tienes tan mal concepto de nosotras?

—Por supuesto que no. —Me inclino hacia delante con ansiedad y también dejo mi taza sobre la mesa, incapaz de articular la incredulidad que se abre paso por mi pecho. Tengo… tengo que arreglar esto de alguna forma. Tengo que *explicárselo*—. Michal quería *mataros*, y yo solo intentaba…

—¿Protegernos? —Lou enarca una ceja y le lanza a Coco una mirada de soslayo—. Eso suena vagamente familiar, ¿no?

Siento un nudo en el pecho ante su insinuación y me pongo de pie y paso junto a ellas de camino a la chimenea. Sin embargo, cuando la alcanzo, giro en redondo y me dirijo hacia la estantería.

—Eso… eso no es justo. Jean Luc me trata como si fuera de cristal, y cuando estoy con él, incluso me lo empiezo a creer.

—Nunca has sido de cristal, Célie. —Siento la intensidad de la mirada de Lou en mi espalda e, incapaz de soportarlo, me doy la vuelta para volver a mirarla a la cara—. Por lo que he podido ver, desde que llegaste a Requiem te has hecho amiga de vampiros y fantasmas, te has infiltrado en un burdel mágico y has expuesto un complot de nigromancia tú solita. Antes de eso, incapacitaste a una de las mujeres más perversas del mundo, prestaste juramento para convertirte en la primera mujer *chasseur*, y sobreviviste a un secuestro horrible y extremadamente violento. ¿A quién le importa si lloras de vez en cuando? ¿A quién le importa si todavía tienes pesadillas? —Sacude la cabeza—. Puede que ahora sientas que eres una persona diferente, pero eso no significa que antes fueras menos. No significa que fueras débil en el pasado.

Coco asiente con vehemencia, con su taza todavía apretada contra el pecho.

—Todos hacemos lo que podemos con las cartas que nos han repartido.

Una pausa.

—¿Diferente es… malo? —les pregunto en voz baja.

Para mi sorpresa, ambas me miran con algo parecido al orgullo. Sin embargo, no es condescendiente, como temía que pudiera ser. No, es puro, y es feroz. Es… es *real*.

Sonriendo ante lo que sea que vea en mi expresión, Lou vuelve a dar unas palmaditas a la silla que tiene al lado.

—Por supuesto que no es malo. Has cambiado tus cartas, eso es todo. Ahora eres tú la que reparte, y el resto tenemos que hacer lo mismo.

—Cambiando de tema —Coco tuerce la boca en una sonrisa—, ¿os habéis fijado en el traje de Reid esta noche? Parecía el de un gigante.

Lou se ríe y se recuesta en el asiento una vez más.

—Por lo menos no tenía *campanillas*. Tú espérate hasta Yule, voy a encargar una réplica del traje de Beau y se lo daré con su madre presente. Insistirá en que se lo pruebe.

Vacilante, vuelvo a mi asiento, tomo mi taza de té e inhalo profundamente. *Aún está tibio.*

—Jean Luc estará bien, Célie —añade Coco después de otro instante, como si retomara una conversación inconclusa—. Sé que parece un caso perdido en este momento, pero estará bien. Al margen de lo que diga sobre una casa con un naranjo, no le has robado su futuro. Todavía tiene su posición, y aunque te mudaras a esa casa con él, aunque exprimieras esas naranjas, Saint-Cécile siempre sería su hogar. Le encanta estar allí y es lo que debería hacer. Ha trabajado más duro que nadie para cambiar sus propias cartas.

—No me robes la metáfora —dice Lou.

Ese anhelo familiar me inunda el pecho cuando las observo juntas, cuando pienso en esa casa con el naranjo. Habría sido muy fácil, absolutamente perfecto, si Jean Luc y yo encajáramos. Podría haber vivido allí junto a Lou, Reid, Coco y Beau. Aunque ella no lo sepa, un enorme rubí pronto brillará en el dedo de Coco, porque a pesar de que son diferentes, a pesar de que su camino juntos será largo y difícil, Coco y Beau se quieren. Se *eligen* el uno al otro.

—No puedo volver a la Torre de los *chasseurs* —digo en voz baja—. No pienso hacerlo.

—Lo sabemos. —La sonrisa de Lou se vuelve bastante nostálgica cuando engancha mi silla de nuevo y tira de mí más cerca, y más cerca aún, hasta que nuestras patas de madera chocan—. Pero tampoco deberías preocuparte por eso. Has abierto la veda para que una docena de nuevas novicias te imitasen, todas mujeres. —Sin previo aviso, su mano sale disparada y me atrapa la muñeca para atraerme hacia su silla y acabar derramando el té sobre nosotras. Entre risas, dice—: El otro día, una de ellas golpeó a Reid en el *trasero* en el patio de entrenamiento. Fue glorioso. Creo que se llama Brigitte.

—Fue la primera vez que Jean Luc sonrió desde que te fuiste —añade Coco, tirando alegremente el resto de su té en el regazo de Lou. Cuando grito y me alejo, también lo vierte sobre el mío alegremente—. No estará triste para siempre, Célie.

—Tampoco tú lo estarás. —Lou echa un vistazo a la cinta plateada a la que todavía me aferro con mi mano libre. Si repara en que me he quitado la cinta esmeralda de la muñeca, no menciona nada al respecto—. Es bonita. —Tira de un extremo—. Y útil, a juzgar por los acontecimientos de esta noche.

—Está claro que ya no estamos en Cesarine —dice Coco mientras su sonrisa se desvanece—. Aunque este lugar parece tan retorcido como el castillo. La semana pasada, Beau juró que las sombras en nuestro dormitorio nos *susurraban*, y la noche anterior, el seto sur del laberinto se… murió entero. Las hojas se convirtieron en cenizas justo delante de su hermana pequeña.

—Melisandre también ha estado actuando de forma extraña. —Lou lanza un suspiro triste—. No come y casi no duerme.

—Los gatos son los guardianes de los muertos —murmuro—. Se han sentido atraídos hacia Requiem desde el primer experimento del Nigromante.

Mi mirada aterriza en la cinta, y el té de mi camisón de repente parece más frío que antes. No he visto a Michal desde… desde la ejecución, y no sé qué le diré cuando lo vea. ¿Qué *puedo* decir? La violencia de la que he sido testigo esta noche… sé desde ya que nunca podré dejar de verla. Vivirá en mi memoria durante el resto de mi vida.

—Tampoco creo que pueda quedarme aquí.

La mirada de Lou permanece segura y firme mientras toma la cinta y me recoge el pelo a un lado antes de atármela con cuidado alrededor de los gruesos mechones.

—¿Por qué no?

—Porque este lugar… es… ¿cómo puede alguien vivir junto a tal crueldad sin que eso lo cambie?

Lou y Coco comparten una mirada larga e inescrutable. Es una mirada que no entiendo, que tal vez no pueda entender, y más que cualquier otra cosa, cimenta mi decisión. Porque no quiero entender nunca esa mirada. No quiero saber nunca cómo es vivir en un mundo como este, un mundo donde la sangre es moneda de cambio y solo los más fuertes sobreviven.

—No lo sé —dice Lou por fin—. Creo que solo una persona puede responder a eso, y me da la impresión de que no quieres preguntárselo. Pero serás bienvenida en Cesarine en cualquier momento. Mi casa siempre está abierta.

—Igual que el castillo —dice Coco—. Beau y yo te trataríamos como si fueras de la realeza.

Incapaz de contenerse, los ojos de Lou brillan con picardía.

—Pero Chateau le Blanc está más precioso que nunca en esta época del año…

—¿Has estado en el palacio de verano de Beau en Amandine? El lugar entero está cubierto de rosas…

Me obligo a soltar una risa antes de que puedan agarrarme de los brazos y empezar con el tira y afloja.

—Sí que tengo una pregunta. —Cuando ambas se giran hacia mí, expectantes, se la formulo—: ¿Cómo supisteis que la luz del sol daña a los vampiros? ¿Y lo de la coerción? No mencioné ninguna de las dos cosas en mi nota.

—Cierto. —Lou se ilumina, y con un movimiento de muñeca, las persianas de las ventanas del altillo se estremecen levemente antes de abrirse de sopetón. Cuando un cuervo de tres ojos desciende en picado desde el alero y da golpecitos en la ventana, Lou la abre con otro giro de muñeca. El pájaro vuela por la habitación y se posa sobre su mano extendida—. Te presento a mi pequeño espía, Garra. Resulta que me siguió hasta Brindelle Park la noche de tu secuestro, y te siguió a ti hasta ese horrible barco. Creo que quería ayudar. —Le acaricia el pico y el animal cierra los ojos en un perezoso gesto de apreciación—. Pero un hombre repulsivo llamado Gastón lo encerró en una jaula antes de que pudiera volver conmigo. Cuando lo liberaste, nos entregó algo más que tu nota. ¿No lo sabías? —Me mira con curiosidad—. El cuervo de tres ojos es un símbolo de la familia Le Blanc.

Dejo mi taza vacía a un lado, bostezo e imito a Lou al acariciar el pico del ave.

—Encantada de conocerte, Garra. Y gracias. —Por encima de su cabeza, miro a los ojos a Lou y a Coco—. A *todos.*

El pájaro me picotea los dedos antes de echar a volar para posarse en el candelabro.

—Deberías descansar. —Coco también se incorpora, recoge nuestras tazas y las deja sobre la repisa de la chimenea mientras sofoca un bostezo propio—. Si el Nigromante se deja ver esta noche, lo haré trizas yo misma.

Lou agita la mano y la ventana se cierra otra vez y las persianas vuelven a bajarse. Todo se cierra con una serie de clics reconfortantes. Luego, se levanta de un salto, saca una bolsa de viaje de debajo de su silla y extrae una tira de cuero flexible del interior.

Con un guiño, me la entrega.

—Por si acaso.

—¿Qué… es?

—Una funda de muslo, Célie. Todo el mundo debería tener una.

Coco se ríe.

—Ya estamos.

—Me niego a disculparme. Enséñame a una sola persona que esté menos atractiva con una funda de muslo y entonces hablaremos. —Se recuesta en su silla y señala la cama—. Meteos las dos. Garra y yo nos encargaremos de la primera guardia.

Coco se cubre la cabeza con las mantas y se queda dormida casi al instante, pero, a pesar de mi cansancio, permanezco despierta durante un largo rato. El tiempo suficiente para ver caer la cabeza de Lou, para observar cómo el libro que tiene en la mano resbala hasta la alfombra. El tiempo suficiente para ser testigo de cómo el fuego de la chimenea mengua hasta que solo quedan las brasas. Los ojos de Garra, sin embargo, permanecen brillantes y agudos a la luz del fuego.

Te habrían matado, Célie.

Me giro para colocarme de lado, inquieta y temblando. Cada vez que cierro los ojos, la imagen del rostro de Priscille destella en mi subconsciente y oigo sus gritos mientras los vampiros la desgarran miembro a miembro. El relicario de Filippa me aprieta la garganta cuando me doy la vuelta de nuevo para esconderme aún más debajo de las mantas. Tratando de olvidar. Una parte de mí se pregunta dónde estará el Nigromante en este momento, mientras que la otra teme salir de esta habitación.

Miedo.

De eso se trata.

Me giro de cara a la chimenea, me deslizo a través del velo por puro instinto y, tal como esperaba, Mila está sentada en la silla de enfrente de Lou. Aunque no digo nada, ella parece sentir mi presencia; su mirada es inusualmente tensa, grave, cuando me mira y dice:

—Sabes que tus amigas tienen razón. Esos vampiros no se habrían detenido hasta matarte.

Como no quiero despertar a Lou y a Coco, asiento con la cabeza.

—Duérmete, Célie. —Con una sonrisa triste, Mila se dirige a donde Garra está posado, junto al juego de té—. Tienes el mismo aspecto que una muerta.

Como si hubiera estado esperando permiso todo este rato, caigo en un sueño inquieto.

Sueño con rosas, docenas de ellas, cubiertas de escarcha. Los pétalos se vuelven azules poco a poco. Mi aliento también se condensa en nubecillas blancas mientras una cesta de pícnic se balancea en el hueco de mi codo y desciendo los escalones de piedra hasta el dormitorio de Michal. Dentro del cesto de mimbre, el hielo trepa por el cristal de dos botellas. Pinta su superficie de blanco y la vuelve opaca, y cristaliza el líquido escarlata del interior. Saco una rosa de la cesta y me pongo la flor moribunda en el pelo.

Debo tener el mejor aspecto posible para la fiesta en el jardín.

Una peculiar luz blanca brilla en el islote que hay en mitad de la gruta, resplandeciente sobre el agua oscura y resaltando las motas de mica en las paredes de la caverna. Al verlo, siento un

suave tirón detrás del ombligo y no puedo evitar acercarme más. Cada paso deja hielo astillado en el suelo. Michal nunca mencionó la luz mágica durante el cuento de hadas.

Puede que ya me esté esperando allí.

Cuando detecto un movimiento a mi espalda, echo un vistazo a la cama del centro de la habitación. Una figura pálida se retuerce y gira dentro de ella, sus respiraciones cortas e irregulares, mientras la manta esmeralda se le enreda alrededor de las caderas. Inclino la cabeza, curiosa, porque nunca antes he visto dormir a Michal. No me había percatado de que los vampiros *podían* dormir, pero por supuesto, si pueden respirar, si pueden comer, tiene sentido que también puedan soñar. Ignorando el tirón insistente de mi estómago, acuno la cesta contra el pecho y me acerco sigilosamente, salvo porque la cesta se ha desvanecido, y también las rosas, y la sangre, de modo que me encuentro agarrando el aire. Me miro las palmas de las manos, confundida. *Qué extraño*.

Sin embargo, Michal aferra la sábana con la mano cerrada en un puño y rueda hacia mí mientras murmura *Célie*.

Me sobresalto al oírlo y aparto la mirada de mis propias manos para descubrirlo cerrando los ojos con fuerza, como si sintiera dolor. Aunque las marcas de mordeduras que tenía en la garganta han sanado y han dejado una piel de alabastro perfecta, su respiración sigue siendo trabajosa. Tiene el cuerpo tenso. Como antes, no lleva camisa, de modo que tiene al descubierto todo el pecho, los hombros y la espalda.

Y es bellísimo.

No sé cuánto tiempo me quedo mirándolo, *anhelándolo*, pero aquí, en esta extraña tierra de sueños, por fin puedo admitir que nunca lo contemplaré lo suficiente. Nunca beberé hasta hartarme de este hombre, y una parte de mí siempre se preguntará por él. Una parte de mí siempre lo llorará.

Una parte de mí siempre lo echará de menos.

Cuando le retiro un mechón de pelo de la frente, se estremece, y unos diminutos cristales de hielo aparecen allí donde le toco la piel. Me aparto, suspiro y los copos de nieve revolotean en el aire. El tirón que siento en el estómago se vuelve más insistente ahora, casi impaciente, a medida que me acerco a la orilla una vez más. La luz del islote sigue brillando con inocencia, y cuanto más la miro, más y más brilla. De hecho, un zarcillo de calor parece resquebrajar el hielo de la gruta y enrollarse en mis muñecas para atraerme más y más cerca, hasta que floto sobre las olas.

Tardo varios segundos en reconocer la sensación de aleteo en mi pecho, en oír los fervientes latidos de mi corazón.

Huele a miel de verano.

—Célie. —Una Mila aterrorizada sale disparada del agua para bloquearme el camino, con un brillo salvaje en los ojos y las manos levantadas entre nosotras—. Tienes que despertarte ahora mismo.

—¿Por qué? —En lugar de rodearla, fluyo directamente a través de ella, mis propios ojos clavados con ansiedad en la brillante luz blanca. Sé por instinto que no es luz mágica. No, es otra cosa, algo cómodo y familiar, como volver a casa después de un largo viaje, y no puedo luchar contra este *tirón* que siento en el estómago. Indefensa contra él, digo, casi sin aliento:

—Mila, creo que podría ser…

—No, no lo es. —Intenta darme la mano sin ningún éxito, para impedirme que vaya más lejos —. No importa lo que parezca, lo que te haga sentir, no es tu hermana, Célie. No es ella.

Pero necesito saberlo. Sea lo que fuere lo que brilla en ese islote, necesito verlo más de lo que nunca he necesitado nada en toda mi vida. Sin añadir nada más, paso corriendo junto a ella en dirección a la rocosa orilla, y pronto dos ataúdes de cristal se materializan dentro del brillante halo de luz. Me quedo boquiabierta cuando nos acercamos. Son lo único que puedo ver.

Porque Mila se equivoca.

Uno de los ataúdes está vacío, y el otro contiene el cadáver medio desfigurado de Filippa.

Capítulo 50

El Nigromante

Cuando abro los ojos de golpe, salto de la cama, aterrorizada y desorientada, y casi pierdo el equilibrio en la penumbra. Las brasas todavía arden con suavidad e iluminan a Lou, desmadejada en el mismo sillón mullido. Detrás de mí, los suaves ronquidos de Coco inundan la habitación. *Gracias a Dios*. Suelto un suspiro tembloroso y me llevo un dedo a los labios mientras Garra se mueve en la repisa de la chimenea y me mira parpadeando.

—Chist —le susurro—. Solo necesito hablar con Michal.

Aunque chasquea el pico con desaprobación, subo las escaleras de puntillas sin hacerle caso, sin detenerme a ponerme una bata y unas pantuflas. No quiero despertar a Lou y a Coco. Al fin y al cabo, podría no ser nada, solo una pesadilla, y lo último que necesitamos es otra falsa alarma. Sin embargo, el corazón todavía me amenaza con palpitar cuando abro la puerta y salgo al pasillo.

—¿Qué haces? —La áspera voz de Pasha me recibe de inmediato y me giro, agarrándome el pecho y reprimiendo un grito. Su mirada se torna acusatoria mientras se cruza de brazos e Ivan se acerca por mi espalda. La luz de las velas proyecta una sombra suave y parpadeante sobre sus rostros—. No deberías estar aquí, *casse-couille*. Ya casi ha amanecido.

Doy un paso hacia atrás y choco con el pecho de Ivan.

—Necesito ver a Michal. Es urgente.

Se ríe, pero el sonido carece de cualquier rastro de humor. Ni siquiera suena humano.

—Define «urgente».

—Por favor…

—¿Célie? —El propio Michal avanza por el pasillo como si se hubiera materializado a partir de la oscuridad, y casi lloro de alivio al ver su ceño fruncido. Su cabello pálido parece despeinado, y lleva la camisa arrugada, como si se la hubiera puesto a toda prisa—. ¿Qué pasa? Me ha parecido sentir…

—*Michal*. —Esquivo a Ivan y corro a su encuentro mientras me retuerzo las manos e intento no decírselo todo a la vez—. Creo que he cruzado el velo en mi sueño, o… o a lo mejor no… y he visto, bueno… podría haber sido solo un sueño, pero…

Sus ojos negros examinan los míos con atención, y toma mis manos entre las suyas.

—Cálmate. *Respira*.

—Claro. —Asiento con fervor y le aprieto los dedos, esforzándome por estar presente en el pasillo. En este momento y en esta realidad—. Empezó como un sueño, pero todo estaba frío, anormalmente frío, como cuando cruzo el velo. Y creo, creo que estaba invitada a una fiesta en el jardín, pero cuando llegué a tu habitación, había una luz.

—¿Estabas en mi habitación? —pregunta, en tono afilado.

Me encojo de hombros con impotencia.

—No sé. Creo que a lo mejor sí, pero como he dicho, podría haber sido un…

—No lo ha sido. —Sacude la cabeza con brusquedad y mira por encima de mi hombro a Pasha e Ivan. Tensa la mandíbula y me hace avanzar por el pasillo hasta doblar una esquina y bajar otro tramo de escaleras, para alejarnos de sus ojos y oídos curiosos—. O, al menos, no ha sido solo un sueño. Te he sentido allí. —Suelta un suspiro áspero e incrédulo—. Me has tocado la cara.

Lo miro, horrorizada, mientras el silencio desciende entre nosotros. Porque *sí* le he tocado la cara, y si lo ha sentido, me ha sentido *a mí*.

—Pero era una fiesta en el jardín —susurro—. Había rosas y botellas de sangre…

—Puede que empezara como un sueño, pero no terminó ahí. Suena como algún tipo de proyección astral. ¿Alguna vez habías cruzado el velo en sueños?

—¿Proyección astral? —repito débilmente—. No… Michal, no sé qué es eso, no sé qué es nada de esto, pero las rosas y la sangre se desvanecieron cuando te vi. El sueño se volvió más nítido de alguna manera, y había una *luz* en mitad de la gruta.

—Debes de haberte despertado. —Frunce el ceño y prácticamente puedo ver los engranajes girando en su mente. No es que entienda todo esto más que yo—. ¿Qué pasó después de que vieras esa luz?

—La seguí hasta el islote. En cierto modo, floté a través del agua, y Mila estaba allí. —Aprieto las manos alrededor de las suyas y abro mucho los ojos cuando el alcance completo de la escena vuelve a mí en una terrorífica oleada: el cadáver tendido de mi hermana, su pacífica expresión, las manos cruzadas con elegancia sobre el pecho. Y los puntos. La bilis surge ante el recuerdo, y me ahogo, incapaz de aceptar su existencia, incapaz de aceptar que el Nigromante, que él…—. Tenemos que volver al islote. —Tiro de sus manos, busco desesperadamente cualquier señal de las puertas de obsidiana de su despacho, de la armadura o del árbol de familia—. El Nigromante está aquí, Michal. Ha traído el cadáver de mi hermana a Requiem y lo ha escondido, *la* ha escondido, en la caverna junto a tu dormitorio. Tenemos que ir allí. Tenemos que… que ayudarla de alguna forma…

Incluso mientras pronuncio las palabras, me doy cuenta de lo ridículas que suenan. Porque ¿cómo podríamos *ayudar* a mi hermana muerta? ¿Cómo puede estar aquí siquiera? Su cuerpo ardió en las catacumbas con todos los demás, e incluso antes del fuego infernal de Coco, no había nada *pacífico* en el rostro de Filippa la última vez que la vi. Por el amor de Dios, le faltaba la mitad. Que su cuerpo pueda estar aquí, en Requiem, es imposible, impensable, la peor de todas las trampas que el Nigromante podría haber tendido. Y si no ha sido un sueño, seguro que es una trampa. La misma sombría comprensión se extiende por los ojos de Michal mientras nos miramos mutuamente.

Incluso antes de que abra la boca, la desesperación me atraviesa como un cuchillo, porque, por supuesto, no puedo pedirle que se ponga en peligro. Ni siquiera debería ir *yo*, pero la idea de dejar

el cuerpo de Filippa en manos del Nigromante me pone enferma físicamente. Ya la ha profanado. ¿Qué más tiene planeado?

Michal exhala despacio, y la fuerza de su mirada me empujaría hacia atrás si no siguiera agarrándome las manos.

—Esto podría ser peligroso —dice.

—Lo sé.

—Podría ser una trampa. Tu hermana podría no estar aquí. El Nigromante podría haberse colado en tu mente de alguna forma y haber alterado tu percepción. Podría hacer cosas mucho peores con la brujería.

—Es mi hermana, Michal. —Me atraganto con las palabras, trago bilis y recuerdo las palabras de la propia Filippa de hace tanto tiempo. *Nunca dejaré que las brujas te atrapen. Nunca*. No podíamos saber lo que nos costaría la promesa, pero incluso entonces, a los doce años, lo dijo en serio. Ella nunca me habría dejado en manos del Nigromante. Ni muerta—. Pero si tienes razón, si no está aquí y todo esto es una elaborada artimaña… necesito asegurarme. Necesito saberlo.

—Pero ¿por qué? —Sus ojos recorren los míos en un desesperado intento por entenderlo—. ¿Por qué arriesgarse? Tu hermana está muerta, Célie, y el Nigromante no puede resucitarla sin tu sangre. Si fueras ahí, podrías estar haciendo justo lo que él quiere. A menos que… —baja la voz—: ¿Quieres que la resucite?

Me lo quedo mirando, atónita. Incrédula. Luego, aparto las manos de las de él.

—¡Por supuesto que no quiero que la resucite! ¿Cómo has podido *pensar* eso siquiera?

—Tenía que preguntarlo…

—En absoluto, pero si hubieras visto lo que yo he visto, si supieras lo que le ha hecho a su cuerpo… —Pero, por supuesto, Michal no lo entiende. Apenas me entiendo yo misma. Los riesgos deberían superar con creces la recompensa, pero la idea de que el Nigromante se quede con el cadáver de mi hermana y que lo mutile me resulta tan intolerable como que la resucite—. No puede quedársela —digo, tajante.

—Está bien. —Michal habla entre dientes con un control forzado mientras echa un vistazo a las escaleras que acabamos de bajar. Por lo que sé, Pasha e Ivan podrían estar escuchando desde arriba, aguardando sus instrucciones—. Entonces deja que vaya *yo* a recuperar…

—No vas a ir a ninguna parte sin mí. *Yo* soy el cebo, ¿recuerdas? Nuestra trampa del balcón no ha funcionado, pero podemos usar la *suya* a nuestro favor, Michal. Sabemos dónde estará el Nigromante y sabemos lo que quiere. Si vamos juntos, tendremos más posibilidades de capturarlo que nunca.

—Pero los demás…

—¿Quién sabe qué espías tiene el Nigromante en el castillo en estos momentos? —Levanto las manos en un gesto de frustración, de *pánico*, porque sigue sin entenderlo. Ahora tengo las palmas húmedas por el sudor, tan frías como la piedra que nos rodea. Se las ve pálidas y brillantes a la luz de las antorchas—. Si alertamos a los demás, podría huir. Podría llevarse a mi hermana y desaparecer, ¿y quién sabe cuándo volverá a intentarlo otra vez? ¿Quién sabe qué más le hará? Me niego a esperar otra semana, otro día, otro momento para detenerlo. Después de Pip… y de Mila… y…

—Tú. —Michal aprieta los dientes y tensa la mandíbula con una impaciencia apenas contenida

—. No dejará de darte caza hasta que estés muerta. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes cómo podría acabar esto si no somos listos? —Cuando lo fulmino con la mirada, resuelta, atrapa mi mano una vez más y me acaricia los dedos como si tratara de recomponerse. De calmarse—. Estás decidida a hacer esto, ¿verdad? —Cuando asiento, sacude la cabeza y dice—: ¿Escondes algún arma en ese camisón, al menos?

Me levanto la falda sin dudarlo y revelo el cuchillo de plata que llevo atado al muslo.

—Cortesía de Louise le Blanc.

—Recuérdame que le dé las gracias. —Con una maldición musitada en voz baja, me da un beso rápido y duro en la frente—. Prométeme que te quedarás cerca de mí y harás caso a todo lo que te diga.

Asiento, frenética.

—Por supuesto.

—Lo digo en serio, Célie. Si hacemos esto, lo hacemos juntos.

Juntos. Aunque la palabra en sí no resuelve nada, suena inexplicablemente a esperanza, a promesa, y le aprieto la mano en respuesta, sin aliento.

—Lo juro.

Nos miramos el uno al otro durante otro largo momento. Y luego…

—Cierra los ojos —dice, y el aire fresco se precipita por mi pelo mientras obedezco.

Cuando los abro de nuevo un instante después, estamos en la orilla del islote.

Aunque la luz de la luna brilla desde el otro extremo de la caverna, por lo demás, toda la gruta permanece oscura y silenciosa. Hasta las olas yacen en calma esta noche, lamiendo con suavidad las botas de Michal.

La peculiar luz blanca ya no está.

Me alejo de sus brazos a trompicones mientras desenvaino el cuchillo del muslo y examino ese pedazo de roca estéril. No solo se ha ido la luz, sino que los ataúdes de cristal tampoco están. Simplemente… han desaparecido. Solo quedan restos húmedos de piedra con motas de mica donde se alzaban como pilares hace menos de media hora.

—¿Tienes una luz mágica? —le pregunto a Michal, desesperada.

Sin el cadáver de Filippa, dudo que esto sea una trampa, y si no lo es, puede que…

El estómago me da un vuelco ante lo horrible de esa comprensión.

A lo mejor sí que ha sido solo un sueño. Puede que el Nigromante no esté aquí en absoluto y me lo haya imaginado todo.

Con el ceño fruncido, Michal se saca la piedra del bolsillo. Se la arrebato antes de que pueda cambiar de opinión y la apunto hacia cada esquina del islote. No aparece nada nuevo. Con los hombros hundidos, siento un peso en el corazón y, cabizbaja, miro hacia atrás, a Michal. Estaba muy segura de que ella estaría aquí. Absolutamente *convencida* de que lo que he visto en mi sueño era real. O tal vez —ahora me tiembla la barbilla, y aprieto los dientes con fuerza, decidida a no llorar—, tal vez solo quería que lo fuera.

Porque incluso profanada, incluso cosida por un loco, podría haber vuelto a ver a mi hermana. Durante un instante, podría haber fingido que seguía viva.

No. Podría haber fingido que cumplía mi promesa.

Despacio, bajo la luz mágica a un lado. Porque ya no sé lo que quiero. Ni siquiera sé qué hago

aquí, o por qué siento una decepción tan amarga por no haber caído en una trampa.

—Tenías razón —susurro al fin—. Lo siento. No está…

—Espera. —Con el ceño fruncido, Michal avanza hacia el islote. Sus fosas nasales se ensanchan—. Huelo magia de sangre.

Magia de sangre.

Las palabras son como el golpe de un garrote en la cabeza y me lanzo hacia delante para agarrarlo de la manga. *Por supuesto*.

—¿Estás seguro?

Asiente de nuevo y entorna los ojos mientras estudia el aire frente a nosotros.

—Nunca había olido una tan intensa.

Con cautela, extiende una mano, y en lugar de atravesar el aire, como debería hacer, golpea contra algo. Me quedo boquiabierta. A toda prisa, yo también adelanto una mano, y mis dedos chocan con un cristal liso y frío. Con un jadeo, los arrastro de izquierda a derecha para calcular el tamaño y la anchura del objeto invisible que tengo delante.

—Es un ataúd —susurro después de varios segundos, con la voz teñida de incredulidad—. Michal, es un ataúd.

No responde, y cuando retiro los dedos, los tengo cubiertos de sangre.

Como si hubiera pronunciado una palabra mágica, el ataúd se materializa sobre una plataforma delante de mí, y en su interior, Pippa yace más fría y quieta que nunca. Siento que se me retuerce el corazón, que pega un brinco, que casi se parte en dos cuando bajo la mirada para observarla. Incluso muerta, su melena negra es exactamente como la recuerdo. Sus labios rosados están igual de llenos. Si no fuera por los horribles puntos de sutura que tiene en un lado de la cara, podría estar durmiendo. Una doncella hechizada que espera a su príncipe.

Presiono el cristal con más fuerza con mis dedos ensangrentados. Embadurnan aún más el extraño símbolo en el que no he reparado en ningún momento de mi sueño: un ojo con una línea de sangre que lo atraviesa. Un odio puro y sin adulterar me recorre las venas cuando me doy cuenta de que el Nigromante debe de haberlo dibujado. Debía de saber que vendría.

—¿Me ayudas con la tapa? —le pido a Michal en voz baja y feroz. El Nigromante no tendrá a mi hermana, y tampoco me tendrá a mí—. Hay que mover el cuerpo antes de que vuelva…

Un sonido de asfixia es su única respuesta, y me giro, confundida.

De su pecho sobresale la punta de una hoja de plata.

Tardo varios segundos en asimilar la imagen, en comprender qué es la mancha oscura que se extiende por su camisa, en que mis ojos se abran con horrorizada incredulidad. Aunque tiendo los brazos hacia él por instinto, se tambalea hacia atrás, sin apartar la vista del cuchillo, como si él tampoco lo entendiera. La sangre se le escapa por la boca.

—*Michal*.

Corro hacia él, pero alguien me agarra del camisón por la espalda y tira de mí hacia atrás hasta que choco con un pecho. Aunque intento girarme, lanzando puñaladas como una salvaje, Babette me golpea la mano contra el ataúd de Filippa, y el cuchillo de plata se me escurre de las puntas de los dedos. Cae al suelo y se estrella contra una bota bien lustrosa.

—No quería hacer eso —dice una voz horriblemente familiar—. *Esperaba* que vinieras sola.

Tras arrancar su Balisarda de entre los hombros de Michal y limpiar la sangre en la tela azul de

sus pantalones, Frederic entra en el resplandor de mi luz mágica con la sonrisa más agradable que le he visto nunca.

En la muñeca lleva pintado el mismo ojo manchado que adornaba el ataúd, y esto… *esto no puede estar pasando*. A lo mejor estoy soñando otra vez… o… o algo más, algo siniestro, porque *Frederic* no puede ser un brujo de sangre. Porque Frederic no puede estar *aquí*, en este islote, con el cadáver oculto de mi hermana.

—Hola, *ma belle* —me saluda con cariño—. Puede que te sorprenda, pero no tienes ni idea de las ganas que tenía de conocerte. De forma adecuada esta vez —levanta su Balisarda y sacude la cabeza con lo que parece arrepentimiento—, sin tantos engaños. ¿Me creerías si te digo que también te considero algo así como una hermana?

Con un empujón que no le supone ningún esfuerzo, echa a Michal al agua, y observo, petrificada, cómo el inmortal y todopoderoso rey vampiro se tambalea hacia atrás mientras se agarra el pecho ensangrentado con una mano desecada.

Frederic debe de haberle rozado el corazón.

No.

Se me agarrota todo el cuerpo ante esa posibilidad, y no puedo moverme, no puedo respirar, no puedo evitar que ese gris letal trepe por su muñeca. Mi mente se niega a creerlo. No obstante, Babette me agarra rápido, y aunque me lanzo hacia él, no me suelta. *No. No no no no NO*…

Al instante siguiente, Michal cae hacia atrás y desaparece bajo el agua sin otro sonido.

Ya no está.

Me aprieto contra el pecho de Babette, contemplando el lugar donde estaba hace un instante.

—La verdad sea dicha, siento que ya te conozco. Pip tenía razón. Tenéis los mismos ojos. —La voz de Frederic, aún afable, casi *cálida*, me llega como desde el otro extremo de un largo túnel, imposible de escuchar. Porque el agua en la que se ha desvanecido Michal ha dejado de ondear. Otra ola se alza sobre la roca. Borra todo rastro de él hasta que no queda nada en absoluto. Ni siquiera yo—. Me mataba contemplarlos cada día en la Torre.

Michal ya no está.

—Lo siento, Célie —murmura Babette.

—Yo también. —Tras un suspiro, Frederic chasquea la lengua en señal de compasión antes de sacarse una jeringuilla del bolsillo. La reconozco vagamente de la Torre de los *chasseurs*. Los curanderos de allí experimentaron con cicuta en una ocasión, como medio para incapacitar a las brujas, pero el veneno nunca diferenciaba entre los que usaban la magia y los que no. Es la misma inyección que utilicé con Morgane le Blanc—. Pero nunca deberías haber estado con alguien así, Célie. Filippa no lo habría aprobado.

Mi mirada salta a la suya al oír su nombre.

—No hables de mi hermana —gruño.

—También posees la misma terquedad. —Su mirada recorre mi rostro con una sensación de profundo anhelo. Se detiene en mi piel de marfil, en mis ojos esmeraldas, antes de acercarse para capturar un mechón de mi pelo oscuro y acariciarlo entre sus dedos. Cuando le golpeo la mano, incapaz de empujarlo lejos de mí, el anhelo en sus ojos cambia, se afila, se convierte en algo mucho más angustioso—. Tu ojo será la pareja perfecta cuando la traiga de vuelta.

Siento un dolor agudo en el hombro y el mundo entero se torna oscuro.

Capítulo 51

Frostine y su príncipe del verano

Cuando me despierto, veo el mundo a través de una neblina de sangre escarlata.

Lo tiñe todo: el ataúd de cristal que se alza sobre mí, las paredes de la caverna que vislumbro más allá, la luz mágica que todavía tengo en la mano. Aunque contraigo los dedos a su alrededor, los siento más pesados que de costumbre, más torpes. Igual que mis pensamientos. Tardo varios segundos de confusión en recordar lo que ha pasado.

Filippa.

Frederic.

Michal y Babette y…

El corazón me late de forma lenta y dolorosa.

La inyección.

Ay, Dios. Aunque la cicuta aún corre espesa por mis venas —casi puedo *sentir* cómo se coagula —, me obligo a girar la cabeza de todos modos, me obligo a parpadear, a concentrarme en la escena que me rodea. Las manos me tiemblan por el esfuerzo.

Alguien me ha cambiado el camisón por un opulento conjunto de encaje escarlata. El velo a juego es lo que oscurece mi visión. Con un tremendo esfuerzo, me lo aparto de los ojos y me lo arranco del cuello, pero me cuesta llevar a cabo el movimiento. Debilitado, el brazo se me vuelve a caer a un costado, y me veo obligada a mirar, derrotada, la expresión vacía de mi hermana. Todavía yace en el ataúd de cristal que está junto al mío. Más allá de ella, Frederic está sentado en un bote salvavidas con ese mismo ojo manchado dibujado en el casco; estudia minuciosamente el grimorio mientras el barco se balancea con suavidad al ritmo de las olas. Un cuenco vacío y un cuchillo de trinchar perversamente afilado aguardan a su lado, mientras que su abrigo de *chasseur* y su Balisarda yacen olvidados a sus pies. Desechados. El corazón me late con furia al verlos. Eran solo un disfraz, de todos modos. Una treta.

Vamos, me dijo una vez. *¿No te sientes como si estuvieras jugando a los disfraces?*

La adrenalina me recorre en una gran oleada de humillación y furia.

Frederic es el Nigromante.

Ni en mis sueños más locos habría pensado que fuera posible… no con toda su cháchara sobre *honrar la causa y reformar la hermandad*, pero, por supuesto —el estómago se me revuelve con saña

—, una Balisarda lo ponía en una posición que no podría haber alcanzado de otro modo. Con ella, accedió no solo a la Torre de los *chasseurs* sino también a información sobre todas las criaturas del reino. Debía de necesitar ese acceso para comenzar sus… experimentos, y si su propósito siempre ha sido resucitar a Filippa, ¿qué mejor forma de empezar que ganándose la confianza de sus enemigos? Al fin y al cabo, fue él quien encontró el primer cadáver. Según dijo la propia Babette, las circunstancias eran demasiado convenientes. Demasiado perfectas.

Y yo… no me he dado cuenta de nada.

Mi corazón continúa bombeando la cicuta por mi cuerpo a un ritmo traicionero y brutal, pero en lugar de debilitarme aún más, parece que cada vez siento más fuerza en las extremidades. La sangre me resuena con estruendo en los oídos. Es probable que también planee *encontrar* mi cadáver, idéntico a los otros, y llevárselo a Jean Luc antes de llorar junto a él en mi funeral. El ataúd estará cerrado, por supuesto. Como el de Filippa.

Nunca dejaré que las brujas te atrapen. Nunca.

Me concentro en la imagen de su perfil y empujo la tapa del ataúd lo más silenciosamente posible. No se mueve. Lo intento de nuevo, con más fuerza esta vez, pero el cristal permanece inamovible a mi alrededor, firme. Me percato con amargura de que es cosa de magia. La misma que ha empleado para atraerme hasta aquí, para volverse a sí mismo, a Babette y a todo lo demás, invisibles. Mi mirada aterriza en el grimorio que sostiene en las manos.

—¿Dónde está Babette?

Mi voz suena sorprendentemente fuerte incluso para mis propios oídos y Frederic levanta la cabeza, asombrado.

—Bueno, bueno —dice claramente impresionado por el hecho de que mi cuerpo haya superado la cicuta—. La princesa ha despertado mucho antes de lo esperado. Complica bastante más las cosas, pero si prefieres estar despierta…

Se encoge de hombros y cierra el grimorio antes de levantarse la manga. Un corte reciente ya brilla en su antebrazo, y sumerge un dedo en la sangre antes de pintar el mismo ojo extraño en la cubierta del grimorio. Cuando traza una línea que lo atraviesa, el grimorio desaparece al instante. Invisible.

—Babette —repito, ahora agarrando la luz mágica con tanta fuerza que casi se me incrusta en la palma—. ¿Dónde está?

—Con un poco de suerte, distraerá a tus amigos. Sin embargo, yo no me haría demasiadas ilusiones. Estarás muerta antes de que lleguen. —Se inclina para recuperar el cuenco y el cuchillo de trinchar, y en mitad del movimiento levanta brevemente la mirada—. Espero que estés cómoda. He tenido que trabajar con lo que ya había en la isla. —Una pequeña sonrisa—. Pip me dijo que necesitabas cuatro almohadas para cerrar los ojos por la noche. Un ataúd palidece en comparación, estoy seguro.

Entorno los ojos al detectar una extraña nostalgia en su voz.

—Ahora que lo mencionas, *preferiría* estar de pie, tal vez incluso vestida con mi propia ropa, pero alguien me ha envenenado.

—Uy. —Tiene la decencia de parecer vagamente arrepentido, pero viniendo de un asesino, una reacción así supone poco consuelo, y tiene aún menos sentido. A juzgar por el cuchillo de trinchar que esgrime, no ha experimentado un repentino ataque de mala conciencia—. Por lo

menos puedo garantizarte que no he sido *yo* quien te ha cambiado de ropa, aunque sí he escogido el vestido.

Suelta esas palabras como si se trataran de un regalo. Como si toda mujer joven soñara con llevar un vestido tan precioso y lujoso en su lecho de muerte. Sin darse cuenta, vuelve a agacharse para recuperar su morral, saca una piedra de afilar de sus profundidades y la sumerge en el mar.

Observo, desconcertada, cómo afila el borde de su cuchillo mientras me devano los sesos en busca de cualquier cosa que pudiera disuadirlo de esta locura. Porque este Frederic parece diferente del Frederic que conocí en la Torre. Cariñoso, de alguna manera, casi exasperado, como si de verdad se considerara mi hermano mayor. Tal vez pueda disuadirlo de continuar con todo esto.

—Babette dijo que solo usaste una gota de mi sangre con Lágrimas Como Estrellas —digo rápidamente—. Seguro que no es necesario matarme.

—Siempre has investigado a fondo. Nuestro preciado capitán nunca se ha dado cuenta de lo valiosa que podría ser esa mente tuya. —Se aleja un paso del bote con una risa apreciativa—. Tampoco me ha gustado nunca que estuvieses con ese idiota. Siempre has sido demasiado buena para él.

Lo miro fijamente, presa de la incredulidad. Si pudiera saltar de este ataúd y clavarle ese cuchillo en el pecho, lo haría.

—Me atacaste en el patio de entrenamiento.

—Y me disculpo por ello, pero venga ya, Célie, ¿qué estabas haciendo con los *chasseurs*? ¿No te explicó tu hermana lo *despreciables* que son? —Niega con la cabeza, y toda la benevolencia de su expresión se endurece hasta que solo queda el Frederic al que siempre he conocido. Hace una mueca—. Intenté demostrar una y otra vez que ese no era tu sitio, y tú te resististe una y otra vez. Supongo que tiene sentido —echa un vistazo a la caverna oscura que nos rodea—, teniendo en cuenta las compañías que frecuentas ahora.

Todo instinto de razonar con él se marchita al oírle decir eso.

—Has matado a seis criaturas.

—Y mataría a una docena más, a cien, a *mil*, para resucitar a tu hermana. Por eso —dice en tono feroz al detenerse junto al ataúd de Filippa—, recibirá *toda* tu sangre en lugar de una sola gota. Como estoy seguro de que sabes tras tu pequeño teatrillo en Les Abysses, el hechizo solo indica *Sangre de la Muerte*. No es muy específico, y no creo que debamos correr ningún riesgo. ¿Y tú?

El frío se desliza por mi columna, y esta vez, no es cosa de la cicuta. La forma en la que habla, la forma en la que *acaricia* el cristal sobre el rostro de Filippa… Frederic no es cariñoso en absoluto; Frederic es *retorcido*, y ningún razonamiento lógico lo desviará de su curso. La bilis me sube por la garganta. Ha cosido la *piel* de otra persona en la cara de Filippa, por todos los santos, y ha amenazado con arrancarme el ojo después de desangrarme. Aferro la luz mágica y la estampo contra el cristal con un gruñido. No se rompe. Ni siquiera se agrieta.

—Mi hermana no querría esto —le espeto.

—Siempre me ha parecido mejor pedir perdón que permiso.

Después de levantar la tapa del ataúd de Filippa, frota los puntos de su mejilla con los nudillos en actitud tierna. Cuando vuelve a hablar, sin embargo, su voz carece de cualquier calidez

o devoción, lo que gotea un veneno de acción retardada. Se acumula con cada palabra.

—¿Crees que habría *querido* que Morgane la secuestrara esa noche? ¿Que la torturara y la mutilara? ¿Crees que, si estuviera aquí ahora mismo, escogería la muerte para dejarte vivir?

Aunque abro la boca para responder, para gruñirle, vuelvo a cerrarla de golpe, y la luz mágica se me resbala de la mano. Porque *no* sé lo que elegiría Filippa si estuviera aquí. No de verdad. No sé si daría su vida por la mía, si es justo siquiera pedirle semejante cosa a otra persona. Aunque sea a una hermana.

A los doce años juró protegerme, pero las promesas que se hacen en la infancia no son la realidad de la vida adula.

Frederic levanta la mirada hacia mí, sus ojos oscuros llenos de animosidad.

—Nunca has sido tan ingenua como fingías ser, *ma belle*. Incluso ahora, conoces la respuesta; incluso ahora, eliges tu vida antes que la de ella, pero deberías haber sido tú. —Aprieta las manos de forma protectora sobre los hombros de Filippa—. Morgane debería haberte castigado a ti, debería haberte matado a ti. Fuiste tú, después de todo, quien se enamoró de un cazador, y era tu amado padre el que robaba mercancías a las brujas. Filippa no hizo nada, *nada*, para merecer su destino —gruñe—, y aunque tenga que arrancarte el corazón yo mismo, lo revertiré. La traeré de vuelta.

Incluso ahora, eliges tu vida antes que la de ella.

A Frederic no le hará falta un cuchillo para arrancarme el corazón. Sus palabras se cuelan entre mis costillas, más afiladas que cualquier arma, y me empalan hasta que puede que, después de todo, me desangre. Mi mirada aterriza de nuevo en su preciosa cara destrozada. ¿De verdad me culpaba como lo hace Frederic? En sus últimos momentos, ¿deseó que yo ocupara su lugar? ¿Lo desearía ahora?

No.

Sacudo la cabeza para combatir ese pensamiento. Frederic ya se coló en mi mente una vez, más de una vez, si soy sincera conmigo misma, y si se lo permito, hará trizas el recuerdo de mi hermana. La volverá a coser, transformándola en algo espantoso y oscuro, igual que ha hecho con su cuerpo.

Frederic ladea la cabeza, le alisa el pelo a Filippa y ajusta el cuello de su sencillo vestido blanco. La cruz vuelve a emitir un intenso brillo plateado y perfecto alrededor de su cuello. La presión se me acumula detrás de los ojos mientras la miro, porque debería haber estado ahí todo el tiempo. Nunca debería haber desaparecido. Frederic debería haber llorado a mi hermana con nosotros, y debería haberla enterrado con la cruz. Cuando vuelvo a hablar, mi voz está teñida de acusación.

—Le diste el collar a Babette. Grabaste sobre sus iniciales.

Agita una mano en actitud desdeñosa.

—Como muestra de buena fe y protección: una ventaja para Babette, por así decirlo. Nunca le perteneció de verdad, y no debería haberlo llevado al escenificar su muerte.

—¿Por qué escenificarla? ¿*Querías* que la encontrara?

—Por supuesto. —Suelta un ruidito burlón—. Jean Luc sospechaba que la matanza era obra de una *Dame rouge*. ¿De qué otra manera podíamos alejarlo a él y a tus apreciados hermanos de nuestro rastro? Una bruja de sangre tenía que morir, y Babette tenía que desaparecer para poder

continuar con nuestro trabajo.

Luego se queda en silencio y se dedica a alisar el vestido sobre el torso de Filippa. Preparándola, me doy cuenta con un vuelco repugnante en el estómago. No puedo dejar que le haga esto. Que *nos* haga esto. Aprieto los dientes contra una nueva oleada de dolor y cruzo el velo en busca de Mila, de Guinevere, de cualquiera que pudiera ayudarme. No obstante, no hay fantasmas en la gruta, y caigo de nuevo a través del velo presa de un pánico ciego, imposiblemente sola.

Por instinto, me llevo la mano a la garganta, desesperada por sentir ese pedacito de Filippa, de familia y de esperanza… pero solo queda el esbelto peso de la cinta de plata de Michal.

Michal.

Esos cuchillos que tengo clavados en el corazón se hunden aún más cuando echo un vistazo al agua a mi espalda.

Hace una semana, habría rezado por un milagro. Habría rezado para que, de alguna manera, la Balisarda de Frederic no hubiera rozado el corazón de Michal. Habría rezado para que saliera de un salto del agua, ileso, frío e imperioso una vez más. Ahogo un gemido. Porque ahora ni siquiera puedo rezar por esas cosas, no podré sobrevivir a la desilusión cuando los cielos se nieguen a escuchar. Aunque sobreviva, este cuento de hadas nunca tendrá un final feliz, y todo porque no quise escuchar. Porque lo obligué a seguirme al abismo, y porque no pude salvarlo cuando lo hizo.

Ni siquiera he podido salvarme a mí misma.

Si Michal no está muerto ya, lo estará pronto. Y quién sabe si Frederic y Babette perdonarán a los demás.

Esto es culpa mía. *Todo* es culpa mía.

Mi respiración se vuelve más rápida, más áspera, con cada pensamiento, y la oscuridad atenaza mi visión. Aunque las lágrimas me provocan pinchazos en los ojos, sacudo la cabeza con brutalidad para no derramarlas. No puedo sucumbir al pánico ahora. No puedo dejar que me controle. Si se lo permito, Frederic nunca tendrá una oportunidad… Moriré antes de que su cuchillo me toque.

No. Busco algo a ciegas, cualquier cosa, que me aleje del precipicio. Porque tiene que haber esperanza en alguna parte. *Siempre* hay esperanza. Eso me lo enseñó Lou, y Coco, y Jean Luc, y Ansel y Reid.

Y Michal.

Su nombre me calcina el pecho, calentándome como las primeras brasas de un fuego. No debería, por supuesto. Él no debería hacerme sentir de esta forma, pero… he vivido y prosperado en el castillo de un rey vampiro durante semanas. He caminado entre monstruos, bailado con fantasmas y llegado a conocerlos mucho más. *Esa* es la auténtica realidad del mundo. De *mi* mundo. Un fantasma puede ser tan desinteresado, amable y cariñoso como cualquiera, y un vampiro puede abrazarte en un ataúd. Puede acariciarte el pelo y susurrar que tú también vales más. Y las hermanas…

Las hermanas pueden quererse verdadera y eternamente, aunque tengan sus diferencias.

Ese pensamiento me sienta como un puñetazo en el abdomen.

Filippa no se habría elegido a sí misma si eso significara sacrificarme.

Evocando pensamientos sobre ella, sobre *todos*, levanto la mano y estampo la luz mágica

contra el cristal. Sigue negándose a romperse, pero algo se mueve en la oscuridad, muy por encima de mi cabeza, un poco más allá del alcance de la luz. El destello de un ala. Un ojo redondo y brillante.

Garra.

Sonrío, porque sé, en este momento, que mi fuerza nunca ha sido como la de los demás. No soy astuta ni valiente como Lou, ni soy estratega o disciplinada como los *chasseurs*. No. Soy Célie Tremblay, Novia de la Muerte, y mi fuerza siempre ha estado y siempre estará en mis seres queridos. En mis *amigos*.

Garra desciende peligrosamente bajo, mirándome a los ojos, antes de volar hacia arriba una vez más.

El codo amenaza con cederme por el alivio, y lanzo la luz mágica hacia Frederic cuando él también levanta la mirada. Choca con el cristal con un estruendo ensordecedor. Si se da cuenta de que Lou está en camino, me matará aún más rápido. Eso no puede pasar. Recojo la luz mágica y la estrello contra el cristal otra vez, y otra, y otra, hasta que Frederic exhala despacio y se obliga a sonreír.

—He permitido que te quedaras esa luz mágica en un acto de bondad —dice con un esfuerzo evidente por ser civilizado—. No hagas que me arrepienta.

—¿Sabía Pippa que eras un brujo? —pregunto, desesperada por retener su atención.

—Lo descubrió con el tiempo. La magia la fascinaba.

Con una última y ferviente mirada a su amada, recoge su cuenco y su cuchillo y rodea su ataúd con un propósito claro. Resulta evidente que la conversación ha terminado, pero si dejo que esta charla muera, todas las señales apuntan a que moriré con ella, sobre todo si tiene ese cuchillo en la mano. Bajo la luz mágica, emite un brillo retorcido y siniestro que me incita a hablar. Porque me niego a irme en silencio. Me niego a dejar que mis amigos mueran como daño colateral.

—Le pediste que huyera contigo.

—Por supuesto que sí. —Aunque no es una pregunta, la responde de todas formas. Y me doy cuenta de que *seguirá* contestando, si continuamos hablando de Filippa. Con esa horrible y ávida luz en sus ojos, parece incapaz de evitarlo. Solo me hace falta retrasarlo. Solo me hace falta distraerlo hasta que llegue Lou.

—Y ella accedió. Si no fuera por ti y por tu padre, muchas cosas podrían haber sido diferentes hoy. ¿Quién sabe? Puede que ahora estuviésemos encendiendo una vela y preparándonos para la misa de Todos los Santos, junto a Filippa y a Reid. —Se detiene entre nuestros dos ataúdes—. Sin embargo, lo que podría haber sido ya no importa. Pronto, todo volverá a ser como antes. —Señala el rostro cosido de mi hermana y dice—: Como puedes ver, incluso el daño causado por Morgane ha sido deshecho, y en unos momentos, Pippa despertará. Respirará, caminará y vivirá de nuevo, y los tres estaremos juntos una vez más.

¿Los tres?

Sin pretenderlo, dirijo la mirada al otro lado, donde espero encontrar a la hermana pequeña de Babette, Sylvie, en un tercer ataúd de cristal. Sin embargo, no hay nada. Solo aire vacío y el mar oscuro. Puede que todavía lo esté ocultando con invisibilidad. Al fin y al cabo, *su* cuerpo no era necesario para atraerme aquí, pero si Frederic está a punto de comenzar el ritual, ¿no debería alguien preparar su cadáver también? Babette lo ha arriesgado todo para ayudarlo.

—¿No querrás decir «los cuatro»? —pregunto—. ¿Dónde está Sylvie, de todos modos?

El agua ondula ligeramente detrás de él.

—No podrían importarme menos Babette o su hermana. Conocerla fue una bendición, sí, y también compartir un propósito común, pero como ya he dicho, el hechizo no especifica cuánta sangre necesitará Filippa. Hasta la última gota será para ella.

—Pero Sylvie…

— … no es mi esposa ni mi hija y, por lo tanto, no es mi responsabilidad.

Esas palabras, pronunciadas con tanta sencillez, son más paralizantes que cualquier inyección de cicuta. Parpadeo, convencida de que no lo he oído bien, antes de pasear la mirada entre él y Filippa. Aunque su vientre permanece plano y suave, sus manos yacen entrelazadas con delicadeza sobre él, como si estuviera acunando a un… a un…

—No puede ser.

Aunque mi mente rechaza esa posibilidad al instante, el horror clava sus garras en mi propio vientre, chillando y arañándome el pecho, la garganta, dejando una cruel comprensión a su paso. El encuentro, la nota, la fuga…

Los tres estaremos juntos para siempre.

Los *tres*.

Frederic, Filippa y…

—Frostine —dice Frederic con voz tensa, acercándose a rozar las yemas de los dedos de Filippa. Su pálido rostro se refleja en el cuchillo que lleva en la mano—. Es un nombre horrible para una niña pequeña, pero nunca podría negarle nada a tu hermana. Aunque sugerí Nieve como alternativa, su corazón ya había elegido a la pequeña Frost.

Parece una noche digna de Frost.

—Me… me lo habría dicho. Si Pip estuviera embarazada, yo lo habría sabido.

—Es la única razón que la habría impulsado a dejarte. —Entrelaza sus dedos con los de ella, como si no estuvieran fríos y flácidos al tacto. Tuerce la boca en una sonrisa triste—. Pero Frost no tardó en convertirse en nuestro mundo entero. Lo era todo para nosotros. El día en que tu hermana se enteró, caminó un kilómetro y medio a través de la nieve para contármelo. —Le aprieta la mano y los dedos de Pippa crujen y se doblan dentro de su agarre. Ahora están deformados—. Íbamos a ser una familia.

La palabra traquetea en mi mente como la cola de una serpiente furiosa y acorralada. Familia, familia, *familia*.

Iban a ser una familia.

Y mi hermana… iba a ser madre.

La presión se me acumula detrás de los ojos ante tamaña revelación. Dentro del corazón. Cuando en la orilla de la habitación de Michal estallan los gritos, cuando un cuervo grazna, los sonidos crean eco, como si provinieran del final de un largo túnel, y lo único que puedo ver es a Filippa y sus manos entrelazadas. Nunca le habló a Frederic de su palacio de hielo. Puede que tratara de olvidarlo con el transcurso de los años, a medida que sus circunstancias cambiaron y su resentimiento creció, pero nunca pudo aplastar los pétalos blancos con la bota. Una lágrima se mezcla con mi pelo. Por fin encontró a su príncipe del verano, pero en lugar de bailar en un jardín de campanillas, ella y su hija fueron enterradas en él. Otra lágrima cae.

—Si te ayuda —Frederic sigue el recorrido de la lágrima por mi mejilla, absorto, y de alguna manera *traspasa* el cristal para limpiármela—, puedo hablarle de tu sacrificio. Puede que incluso te llore.

Desde el otro lado de la caverna, la feroz voz de Lou se eleva por encima del resto y el extraño momento entre nosotros se hace añicos.

La expresión melancólica de Frederic se desvanece ante ese sonido, y me estremezco y grito cuando mueve el cuchillo hacia arriba y me corta la cinta de la garganta.

—A lo mejor incluso le pondremos a nuestra hija tu nombre en segundo lugar —dice con fervor—. Suena bastante bien, ¿verdad? ¿Frostine Célie?

Aunque agarro la luz mágica e intento pegarle con ella en la cara, me atrapa la muñeca y me la retuerce. Como los de Filippa, mis dedos crujen y se rompen en una ardiente explosión de dolor. Me arrebata la piedra de la mano con facilidad. Esta cae al suelo con un estrépito y gira en todas direcciones, desorientándome, cegándome, y se desliza hasta la orilla del agua, donde… donde…

Abro mucho los ojos.

Donde una mano de alabastro se abre paso entre las olas y se estrella sobre la orilla.

La sigue un Michal ensangrentado y destrozado.

Sale del mar con el cuerpo tenso, y mi corazón se hincha, tartamudea de incredulidad al verlo. Ni siquiera el mar ha podido limpiar la sangre que aún mana de su pecho. Resbala por la parte delantera de su cuerpo en un macabro torrente escarlata, manchándole la camisa, manchando la roca, la misma luz mágica. No debería estar vivo. No *puede* estar vivo y, aun así, se sigue arrastrando hacia delante mientras pronuncia un gutural «Célie».

Cernido sobre mí, Frederic vacila con su cuchillo de trinchar levantado. Le agarro la muñeca con fuerzas renovadas, con *esperanzas* renovadas, y la conmoción retuerce su expresión cuando se gira y ve a Michal.

—¿Qué…?

Con ambas manos, lo empujo con todas mis fuerzas y cede un centímetro o dos, distraído, antes de darse la vuelta para enfrentarse a mí. Me enseña los dientes. No obstante, he estado mucho tiempo rodeada de vampiros para encogerme de miedo al verlo a él así. Aunque los brazos me tiemblan por el esfuerzo, lo mantengo a raya. Filippa no habría dejado de luchar, y yo tampoco lo haré. *Lucharé* hasta mi último aliento, e incluso después de eso también…

Al instante siguiente, el olor de la magia explota por toda la caverna.

En respuesta, el agua que tenemos detrás retrocede y se separa como hizo el Mar Rojo para Moisés y revela a Lou en la orilla opuesta. Tiene los brazos en tensión por el esfuerzo de mantener las olas separadas. Con un rugido de furia, Jean Luc corre hacia nosotros por el camino abierto en el fondo del mar, seguido por Reid, Coco y Beau. Detrás de ellos, Dimitri tiene a Babette acorralada y Odessa tira de su brazo con urgencia.

Están aquí.

Pienso esas palabras incluso cuando Frederic me agarra del pelo, mientras una parte separada de mi mente se da cuenta de que la distancia entre nosotros es demasiado grande. Sin embargo, cuando tira de mi cabeza para levantármela y me obliga a colocarla sobre el cuenco, lo golpeo y le araño la muñeca. Me resisto y pataleo y empujo hacia arriba con ambas rodillas.

Aunque grito el nombre de Michal, no responde. *No puede* responder porque también se está

muriendo.

Igual que en el patio de entrenamiento, pienso con desesperación mientras retuerzo y arqueo el cuerpo, mis talones resbalan frenéticamente por el cristal. Me niego a rendirme. Me niego a dejar de luchar y me niego a permitir que Frederic gane. *Ojos, orejas, nariz e ingle.*

Repito las palabras como un mantra en mi cabeza. Cada segundo que paso diciéndolas es un segundo que estoy viva.

Ojos oídos nariz ingle ojos oídos nariz…

No obstante, no estamos en el patio de entrenamiento, y cuando mi rodilla por fin conecta con el estómago de Frederic, él me golpea la cabeza contra el lateral del ataúd. El dolor explota por todo mi cráneo en una cegadora oleada, y la sangre, caliente y mareante, me gotea por la oreja. Silencia los sonidos de los gritos de mis amigos, el jadeo de Michal cuando Frederic lo aleja de una patada, hasta que lo único que alcanzo a escuchar es un timbre agudo. Empiezo a ver borroso en las esquinas. Aunque procuro enderezarme, no encuentro agarre, y Frederic…

Un destello plateado. Un dolor abrasador. Aunque intento gritar, la oscuridad desciende sobre mí cuando me atraganto con algo espeso y húmedo, y el zumbido en mis oídos alcanza un punto álgido, intensificándose más y más hasta que ya no puedo pensar, ya no puedo respirar…

Y todo acaba con un estallido blanco.

Capítulo 52

Una luz dorada

Cuando era niña, el verano era la estación que menos me gustaba de todas. Nunca he disfrutado particularmente del calor, pero a veces, a primera hora de la mañana, me subía al árbol que quedaba a la altura de la ventana de mi habitación para ver el amanecer. Levantaba las mejillas para que quedaran bañadas en esa luz dorada y me deleitaba en su suave calidez. Observaba cómo mis vecinos abrían las ventanas, escuchaba su primera risa del día y experimentaba una profunda sensación de paz.

En lo más profundo de la caverna, una luz dorada atraviesa el agua.

Por instinto, siento que no es la misma que la del recuerdo de mi infancia. No se trata del sol, y ya no estoy sentada en el árbol de mi habitación. Esto es algo diferente. Algo… mejor. Cuanto más contemplo esta luz dorada, parece brillar con más intensidad, pero soy incapaz de poner nombre al sentimiento que emana de su interior. No consigo sentir nada en absoluto.

Aunque mi aliento crea vaho mientras voy a la deriva en este lugar sin nombre, ya no siento el frío. *Qué extraño*. Tampoco siento ya ningún dolor, y el zumbido que oía ha quedado silenciado. Frunzo el ceño y bajo la mirada a mis dedos para examinar el líquido oscuro que los cubre. Que pinta mis palmas. Que estropea las mangas de mi vestido escarlata y mancha el precioso encaje negro.

—Célie.

Sorprendida, me giro y encuentro a Mila mirándome con una expresión de tristeza. De alguna manera, debo de haber cruzado el velo sin pretenderlo, pero eso no explica las lágrimas en sus ojos.

—Lo siento mucho —susurra—. Esto no tenía que suceder. Cuando el Nigromante ha atacado, no… no he podido ayudarte, así que, en vez de eso, he corrido a advertir al pájaro. Los animales a veces pueden presentir a los espíritus, aunque no podamos comunicarnos de verdad.

—¿De qué estás hablando?

Su mirada se desplaza hacia abajo, y yo la sigo hasta el islote árido que surge del mar, más pequeño ahora por culpa de la marea, pero no menos familiar. Frederic se inclina sobre uno de los dos ataúdes de cristal que hay en el centro. Con una mano, levanta la cabeza oscura de una joven pálida. Con la otra, sostiene un gran cuenco de piedra, y mientras observamos, este se llena hasta

el borde de sangre.

Cuando se endereza y corre hacia el segundo ataúd, hacia *Filippa*, siento que el estómago se me retuerce con una profunda sensación de perversión, porque mi cuerpo aún yace en ese primer ataúd. *Yo* yazco todavía en ese primer ataúd, y la sangre me baña las manos y la garganta hasta que no sé decir dónde termina y dónde empieza mi vestido. Aunque la respiración aún hace vibrar mi pecho, mis ojos miran hacia arriba sin ver.

Están fijos en mí.

Me acerco, nerviosa, y me llevo una mano vacilante a la garganta. Mis dedos se deslizan con una facilidad repugnante sobre la piel empapada. Pero sigo sin sentir dolor, ni siquiera cuando trazo la línea irregular que abre mi carne. Frederic no ha sido muy preciso. El corte no es limpio. Ahora, levanta la cabeza de mi hermana con una mano y, con la otra, le vierte mi sangre en la boca.

—Mila —susurro, incapaz de apartar la mirada—, ¿por qué ya no hace frío aquí?

Me rodea los hombros con el brazo y una progresiva sensación de pavor me eriza el vello de la nuca. Su brazo es sólido. *Cálido*.

—No es necesario que veas esto. Tienes que prepararte.

—¿Prepararme para *qué*?

—La muerte —dice con tristeza mientras señala con la cabeza mi cuerpo roto.

Por el rabillo del ojo, detecto que esa luz dorada sigue brillando, y si me esfuerzo, alcanzo a distinguir una risa suave. Salvo que no la escucho. La *siento*. Se instala debajo de mi piel, pero lo ignoro y observo a Mila con incredulidad.

—Pero no puedo… no estoy… —*No*. Me aparto de ella, negando con la cabeza, y me lanzo hacia el islote y hacia mi cuerpo, hacia Frederic y Filippa y Michal, que intenta ponerse de rodillas —. No puedo estar *muerta*. Estoy *justo ahí*. —Me giro para mirarla a la cara cuando me sigue y le golpeo el pecho con un dedo. La sangre brota de mi garganta de forma horripilante, al compás de mi pulso—. Mira, todavía respiro. No me estoy muriendo.

Ella aparta el pelo de la cara de mi cuerpo con un afecto desgarrador. Una lágrima se desliza por su nariz.

—Lo siento, Célie. Es demasiado tarde. No estarías aquí si no fuera así, y no podrás quedarte mucho rato, a menos que decidas quedarte para siempre.

A menos que decidas quedarte para siempre.

Al escuchar sus palabras, la luz dorada parece atenuarse ligeramente.

Para siempre.

—No. —Repito la palabra una y otra vez, negándome a seguir escuchándola. Negándome a reconocer la presencia de esa *mezquina* luz dorada. Mis amigos ya casi han llegado al islote ahora, y… y arreglarán este desaguisado. Lou y Coco lo arreglarán todo, y Jean Luc y Reid se ocuparán de Frederic. Michal u Odessa me darán su sangre para curarme, y… y todo volverá a estar bien. *Todo estará bien*.

—Puede que no sea tan malo —dice Mila, vacilante—, si eliges quedarte. Yo estoy aquí, después de todo, y también Guinevere, y tus amigos son todos humanos. Se nos unirán en poco tiempo.

Decidida, empujo de nuevo contra el velo, pero ya no lo siento ahí. La presión de mi cabeza se ha desvanecido, así que en vez de eso me arrojo sobre mi cuerpo, me deslizo dentro e intento

agarrarme. No lo consigo. La desesperación se eleva hacia mí como la marea alrededor del islote, y lo intento una y otra vez, casi gritando de frustración a estas alturas. *No puedo estar muriendo. No puedo estar muerta*. Me elevo mientras estallo en un torrente de lágrimas a medida que la luz dorada remite.

—No puedo quedarme aquí, Mila. Por favor, no puedo dejar a mis amigos, a mi *hermana*…

Entonces, Odessa se precipita a nuestro lado como un borrón, robando mi súplica y tirando el cuenco medio vacío de las manos de Frederic. Mi sangre salpica en todas direcciones cuando lo agarra por los hombros y lo lanza por los aires. Aterriza con fuerza en el suelo, pero la vampira se abalanza con la misma rapidez y le rodea la garganta con los dedos. Los ojos parecen a punto de salírsele de las cuencas.

Durante un glorioso segundo, parece que Odessa podría acabar con esto. Que podría matarlo antes de que le hiciera daño a alguien más.

Sin embargo, antes de que pueda romperle el cuello, Dimitri se abalanza sobre ella y la apresa contra el suelo.

Ay, mi madre. Me lanzo hacia ellos, frenética, porque mi sangre está por todas partes, y es fresca. Rocía la piedra escarlata, cubre el costado del cuerpo de Frederic, incluso corre en riachuelos hacia el mar. *Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios*.

Para cualquier otra persona, esta escena parecería sacada de una pesadilla. Para Dimitri, esta escena es directamente el infierno.

—¿Qué haces? —Con un siseo, Odessa forcejea con él, pero los ojos de su hermano se han convertido en algo silvestre y salvaje—. ¡Dimitri! ¡Para! Por favor, *detente* y suéltame…

—Todavía tiene el grimorio —gruñe Dimitri, incapaz de razonar.

Los observo forcejear con una impotencia enloquecedora. Nunca habría predicho esto, que Dimitri atacaría a su propia hermana, a su propia gemela, pero la sed de sangre demuestra ser más fuerte incluso que la familia. Sin dudarlo, arroja a su hermana al mar, y esta se estrella contra el agua con un tremendo estruendo.

—*¡Odessa!*

Aunque no pueda escuchar mi grito, me retuerzo las manos y me lanzo tras ella, luego giro de golpe para correr hacia Frederic. Porque necesito hacer algo. Necesito ayudar de alguna manera, pero cuando salto hacia él, mi cuerpo pasa directamente a través del suyo.

Como si ya no existiera en absoluto.

Sin esperanza ahora, echo la mirada atrás, a mi cuerpo, que palidece más con cada segundo. Como para enfatizarlo, la luz dorada se atenúa al mismo ritmo al que flaquean los latidos de mi corazón. *Se me acaba el tiempo*. Peor aún, no puedo hacer nada para detenerlo. Nada para ralentizarlo, nada para curar la herida que tengo en la garganta y nada para detener el sangrado. Nada para salvar a mis amigos.

—Si me matas —Frederic le enseña los dientes a Dimitri, quien lo levanta en el aire por el cuello—, nunca lo encontrarás.

El grimorio.

Si no fuera por ese perverso libro, nada de esto habría sucedido. Si se lo hubiera quitado al padre Achille cuando tuve la oportunidad, si no lo hubiera dejado caer en Les Abysses…

—¿Dónde está, Célie? —pregunta Mila con urgencia—. ¿Dónde lo ha escondido?

—¡No lo sé! —Me retuerzo las manos de nuevo, ahogando las lágrimas—. Ha… ha usado su sangre para volverlo invisible, pero no he visto dónde… —Abro mucho los ojos, horrorizada, cuando Jean Luc llega a la isla por fin.

Como Odessa, no duda, desenvaina su Balisarda y se lanza directamente contra Frederic. Con un nuevo gruñido, Dimitri lo bloquea, pero Reid corre hacia delante con su propio cuchillo de plata. Y Odessa… se alza del agua como un espíritu vengativo y entorna los ojos cuando Jean Luc y Reid atacan a su hermano.

Antes de que ninguno de los dos pueda moverse, arroja a Reid contra el ataúd de Filippa, que se vuelca con mi hermana todavía dentro. Su cadáver rueda por las piedras, sus extremidades enfermizamente flácidas, extremo sobre extremo, antes de detenerse cerca del agua. Frederic se lanza tras ella con una maldición.

—¡Tenemos que hacer algo! —Incluso mientras grito esas palabras, la luz dorada continúa desvaneciéndose, apenas brilla ya. El corazón se me sube a la garganta. Porque ¿cómo puedo abandonarlos? ¿Cómo voy a *irme*? En un frenesí, recorro sus rostros con la mirada.

Jean Luc consigue darle a Odessa, cuya piel chisporrotea cuando intenta esquivarlo para proteger la espalda de su hermano. Reid se ha puesto en pie y está rodeando a Dimitri, buscando una abertura para atacar a Frederic, que sostiene a Filippa en brazos.

Y Michal… Michal se impulsa hacia mi ataúd justo cuando llegan Coco y Beau.

—Tienes que *decidir*, Célie. —Sin previo aviso, Mila me agarra por los hombros y me sacude con fuerza, alejando mi atención de mis amigos—. Ahora no puedes ayudarlos, y tu tiempo está tocando a su fin. ¿Entiendes lo que te digo? —Me sacude con más fuerza cuando intento dejarla atrás, para encontrar una forma de *ayudar*—. Si no eliges ahora, perderás la oportunidad de hacerlo para siempre. No puedes hacer nada…

Pero los acontecimientos se han descontrolado peligrosamente. Allá adonde miro, mis amigos se atacan unos a otros. Beau se lanza como poseído a por Dimitri, pero el vampiro le arrebata la espada de la mano como si fuera un niño con un soldadito de plomo. Con los ojos muy abiertos, frenético, tira de Beau hacia él y hunde los dientes en la suave carne de su garganta.

Coco y Odessa gritan al unísono, y ambas se lanzan contra Dimitri al mismo tiempo. Odessa lo alcanza primero.

Con otro gruñido inhumano, Dimitri arroja a Beau a un lado y le rompe el cuello a su hermana.

Incluso Mila grita ahora, me suelta los hombros y vuela hacia delante, decidida a detenerlo, mientras Coco atrapa a Beau y los dos ruedan hasta el agua. La luz dorada titila una vez, dos veces, pero Odessa… no puedo *abandonarla*. Aunque me dejo caer de rodillas, Mila me empuja hacia los últimos parpadeos de la luz dorada.

—¡Vete, Célie! ¡Odessa se curará!

—No puedo…

—¡VETE *YA*!

Sin embargo, cuando salgo disparada hacia arriba, las dos paredes de agua que Lou mantenía a raya chocan y forman una ola cataclísmica. El agua inunda el islote, y Jean Luc se desliza hacia la corriente y agarra las piernas de Dimitri mientras el mar se los traga a ambos. Reid se aferra al ataúd de Filippa mientras Lou se coloca en el último trozo de piedra. Sus ojos brillan con furia ante

la escena que tiene delante: Coco remolcando a Beau hasta la orilla, Odessa tendida boca abajo, Michal aferrado a mi ataúd, y Frederic y Filippa…

Desaparecidos.

Con una sensación hueca y hundida, me doy cuenta de que se han llevado los últimos rayos de la luz dorada con ellos. Mi pecho da una última sacudida y se estremece antes de quedarse en silencio también. Sin embargo, nadie se da cuenta.

Nadie salvo Michal.

Se inclina sobre mi cuerpo y su hermoso rostro ceniciento se contrae en el segundo exacto en que me falla el corazón. Puede oírlo. Lo sabe. Su frente se derrumba contra la mía en señal de derrota, y no puedo evitarlo, me acerco, cautivada, cuando sus labios comienzan a moverse.

—Por favor, quédate —murmura.

Con sus últimas fuerzas, se pasa una mano por la sangre que le mana del pecho y la presiona contra mis labios.

Epílogo

El olor de los recuerdos es algo curioso. Se necesita muy poco para enviarnos atrás en el tiempo: un rastro de zumo de naranja en los dedos, un pedazo descolorido de pergamino debajo de mi cama. Ambas cosas me traen recuerdos de la infancia a su propia y extraña manera. Me escabullía hasta el jardín a medianoche para recoger las naranjas, las pelaba a la luz de la luna y me las comía frescas. En el pergamino escribía mis propios cuentos de hadas y protegía el secreto de mi hermana, guardándolos en las sombras bajo mi cama. Escondiéndolos ahí.

Ella no habría entendido su significado. ¿Cómo podría? Apenas entendía yo misma esas historias: cuentos de cisnes y espejos mágicos, sí, pero también de traición y muerte. En algunos, mis heroínas triunfaban, vencían a un gran mal y sacaban a su príncipe del infierno. En otros, el mismo príncipe era el gran mal, y él y mi heroína gobernaban juntos en el infierno, de la mano, uno junto al otro.

Esas historias siempre fueron mis favoritas.

Cuando me despierto esta mañana, lo primero que veo es la nieve. Cae densa y silenciosa desde un cielo nublado y me besa las mejillas en una amable caricia. Suaviza el sonido de las olas. Unos dedos callosos me apartan el pelo de la cara cuando me incorporo y echo un vistazo al bote.

—¿Cómo te sientes? —pregunta una voz profunda y familiar.

El sonido de esa voz debería acelerarme el corazón. Creía que nunca la volvería a escuchar.

Mi corazón, sin embargo, permanece tranquilo. Se queda quieto, y si escucho con la suficiente atención, podría pensar que ni siquiera late.

—Hambrienta —digo, y acepto el espejo dorado que sostiene en la mano.

Aunque me remete aún más la manta por debajo de las piernas, preocupado, no lo siento. La verdad es que no siento nada, ni el frío, ni el calor, ni siquiera la embriagadora corriente de su contacto. En el pasado me hacía arder. Me arrastraba hasta el infierno.

Levanto el espejo y observo mi reflejo en mitad de la nieve. Trazo la hilera de puntos oscuros, examino la piel pálida, que no es mía —la ceja ligeramente más clara y el ojo esmeralda—, y sonrío.

Tal vez podamos gobernarlo juntos.

Agradecimientos

Como siempre, he contraído una enorme deuda con muchas personas durante la creación de este libro y, como siempre, gran parte de esa deuda es con vosotros. Los lectores. Las secuelas como esta no suceden sin vosotros. No suceden sin la devoción que me habéis demostrado no solo a mí, sino también a mis personajes. Aunque Célie ocupa un lugar central en *Un velo escarlata*, jamás habría podido contar su historia de no haber sido por la efusión de amor que disteis a Lou, Reid, Coco, Beau y Ansel. Todos estaremos eternamente en deuda con vosotros.

RJ, Beau, James, Rose y Wren, de alguna forma gestionáis mis plazos de entrega mejor que yo, pero aun así quiero que sepáis que valoro cada llamada secreta a la puerta de mi despacho. Nunca dejéis de interrumpirme. Nunca dejéis de traerme queso y galletas o de hacerme globos de nieve. Sois lo más brillante de mi vida, y os quiero a todos más de lo que nunca sabréis.

Mamá y papá, la mesa de vuestra cocina es un santuario; nunca llegará el día en que rechace comer con vosotros. Gracias por escucharme, por apoyarme y por aconsejarme. Pero, por encima de todo, gracias por quererme por lo que soy, no por lo que hago.

A mi adorable familia y amigos, tanto cercanos como lejanos, gracias por todas las noches de juegos, por todas las peleas al Catan, por todas las quedadas para tomar café y tablas de charcutería. Gracias por cada mensaje de texto o llamada para comprobar cómo estaba. Aprecio mucho todos esos gestos, igual que os quiero y aprecio a cada uno de vosotros.

Pete, siempre te estaré agradecida por haberme guiado y siempre me asombrará tu profundo conocimiento de la industria editorial. Mi situación ha sido más complicada que la de la mayoría, pero no dudaste en apuntarte a mi equipo de todas formas. Eso ha significado y sigue significando mucho para mí. Gracias.

Erica, después de seis años juntas, puedo decir con total confianza que no hay nadie más a quien le confíe mi trabajo, y tampoco nadie ha sido más paciente que tú. Gracias por tu amabilidad. Gracias por entenderlo cuando necesito más tiempo. Gracias por querer a Lou y a Célie, y gracias por ayudarme a escribir este pedazo de tocho. Si tu estantería se derrumba bajo su peso, será un excelente tope para la puerta.

Alexandra, Alison, Audrey, Jessie, Kristen, Sara, Lauren, Michael y el resto de mi incomparable equipo en HarperTeen, gracias, gracias, gracias por haber cuidado tanto este libro. Vuestra creatividad y habilidad han sido imprescindibles para dar vida a *Un velo escarlata*. Creo que ya es hora de un viaje a Nueva York para conocer (o reencontrarnos) a todos en persona.

Y, por último, pero no menos importante, Jordan Gray… A menudo te atribuyo el ingenio y el encanto de Beau, pero nunca podría haber escrito un personaje como Célie, que es indiscutiblemente amable, femenina y vulnerable, sin tu guía. Todavía recuerdo el momento de sentarme a escribir *Dioses y monstruos* y titubear cuando me preguntaste: «¿Qué le pasa a Célie?». Aunque me da vergüenza admitirlo, ya la había relegado al papel de exnovia celosa. Me desafiaste a verla de forma diferente, como un personaje con defectos, sí, pero también como a una joven protegida y afligida por el dolor con una voluntad de hierro. Se convirtió en un homenaje a la fuerza gracias a ti… y me parece muy adecuado. Tú me inspiras a diario. Siempre te querré. Gracias por ser mi hermana.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK